NOVELAS
DE
CERVANTES

Universidad de Deusto
Biblioteca de Loyola
Sala
Biblioteca
Estante
Plúteo
Sa. 1
24
5

Universidad de Deusto
Biblioteca

NOVELAS EXEMPLARES DE MIGVEL DE CERVANTES.

Año 1664.

Pliegos 51.

Lyc. del Corr. de Libros y su Librería

CON LICENCIA.

En Seuilla, Por Iuan Gomez de Blas.

Universidad de Deusto
Biblioteca

NOVELAS
DE
CERVANTES.

SVMA DE LA TASSA.

LOS Señores del Consejo Real de Castilla, tassaron este libro intitulado: Nouelas Exemplares de Miguel de Cervantes, à quatro marauedis cada pliego, el qual tiene cō principios, y tablas cincuenta pliegos y medio, que al dicho respeto monta dozientos y dos marauedis, y à este precio mandaron se vēda; y que esta Tassa se ponga en cada vno de los dichos libros. En Madrid à 28. dias del mes de Abril de 1664. años.

SVMA DE LA LICENCIA.

TIENE Licencia de los Señores del Consejo Iuan Gomez de Blas, para poder imprimir este libro intitulado: Nouelas Exēplares de Miguel de Ceruantes, como mas largamente consta de su original.

FEE DE ERRATAS.

Fol. 1. Ladros, di Ladrones, fol. 101. mayores, di naypes, fol. 144. la primera, di pimienta, fol. 168. Barço, di Baco, fol. 169. arsenal, di arenal, fol. 172. trobaua, di tronaua, fol. 176. hazera, di en la cera, fol. 177. ruina, di ruin, fol. 186. aruiendole, di pareciendole.

Este libro intitulado: Nouelas Exemplares de Miguel de Ceruantes, con estas erratas corresponde, y està impresso conforme al que antes lo estaua, que rubricado le sirve de original. Madrid 28. de Abril de 1664.

Lic. Don Carlos Murcia de la Llana.

NO-

NOVELA DE LA GITANILLA.

LOs Gitanos, y Gitanas, parece que solamente nacieron en el mundo para ser ladrones: nacen de padres ladrones: crianse con ladrones: estudian para ladrones, y finalmente salen con ser ladrones corrientes: y molientes à todo ruedo, y la gana de hurtar, y el hurtar, son en ellos como accidentes inseparables, que no se quitan sino con la muerte. Vna, pues, desta nacion, Gitana vieja (que podia ser jubilada en la ciencia de Caco) criò vna muchacha en nombre de nieta suya, a quien puso nombre Preciosa, y a quien enseñò todas sus gitanerias, y modos de embelecos, y traças de hurtar. Saliò la tal Preciosa la mas vnica bayladora, que se hallaua en todo el Gitanismo, y la mas hermosa, y discreta que pudiera hallarse, no entre los Gitanos, sino entre quantas hermosas, y discretas pudiera pregonar la fama. Ni los Soles, ni los ayres, ni todas las inclemencias del Cielo, a quien mas que otras gentes, estàn sugetos los Gitanos, pudieron deslustrar su rostro, ni curtir sus manos; y lo que es mas, que la criança tosca en que se criaua, no descubria en ella sino ser nacida de mayores prendas, que de Gitana; porque era en estremo cortes, y bien razonada. Con todo esto era algo desembuelta; pero no de modo que descubriesse algun genero de deshonestidad: antes con ser aguda, era tan honesta, que en su presencia no osaua alguna Gitana vieja, ni moça, cantar cantares lasciuos, ni dezir palabras no buenas: y finalmente la abuela conocio el tesoro que en la nieta tenia; y assi determinò el aguila vieja sacar à bolar su aguilucho, y enseñarle à viuir por sus viñas. Saliò Preciosa rica de villancicos, de coplas, seguidillas, y çarabandas, y de otros versos, especialmente de romances, que los cantaua con especial donayre, porque su taymada abuela echò de ver, que tales

juguetes, y gracias en los pocos años, y en la mucha hermosura de su nieta, auian de ser felicissimos attractiuos, è incentiuos para acrecentar su caudal: y assi se los procurò, y buscò por todas las vias que pudo, y no faltò Poeta que se los diesse, que tambien ay Poetas que se acomodan con Gitanos, y les venden sus obras, como los ay para ciegos, que les finguen muchos milagros, y tambien van a la parte de la ganancia: de todo ay en el mundo, y esto de la hambre tal vez haze artojar los ingeniosa cosas que no estàn en el mapa. Criose Preciosa en diuersas partes de Castilla, y a los quinze años de su edad, su abuela putativa la boluiò à la Corte, y a su antiguo rancho, que es adonde ordinariamente le tienen los Gitanos, en los campos de santa Barbara, pensando en la Corte vender su mercaduria, donde todo se compra, y todo se vende. Y la primera entrada que hizo Preciosa en Madrid, fue vn dia de Santa Ana, Patrona, y Abogada de la Villa, con vna dança en que iban ocho Gitanas, quatro ancianas, y quatro muchachas, y vn Gitano gran baylarin, que las guiaua: y aunque todas iban limpias, y bien adereçadas, el asseo de Preciosa era tal, que poco a poco fue enamorando los ojos de quantos la mirauan: de entre el son de el tamboril, y castañetas, y fuga del bayle, saliò vn rumor que encarecia la belleza, y donayre de la Gitanilla, y corrian los muchachos à verla, y los hombres a mirarla. Pero quando la oyeron cantar, por ser la dança cantada, alli fue ello, alli si que cobrò aliento la fama de la Gitanilla, y de comun consentimiento de los Diputados de la fiesta, desde luego se señalaron el premio, y joya de la mejor dança, y quando llegaron a hazerla en la Iglesia de Santa Maria, delante de la Imagen de Santa Ana, despues de auer baylado todas, tomò Preciosa vnas sonajas; al son de las quales dando en redondo, largas, y ligerissimas bueltas, cantò el Romance siguiente.

ARbol preciosissimo,
Que tardò en dar fruto,
Años que pudieron
Cubrirse de luto.
Y hazer los deseos
Del consorte puros,
Contra su esperança,
No muy bien seguros.
De cuyo tardarse
Nacio aquel disgusto.
Que lançò del Templo
Al varon mas justo.
Santa tierra esteril,
Que al cabo produxo
Toda la abundancia
Que sustenta el mundo.
Casa de moneda,

Do se forgò el cuño.
Que diò a Dios la forma,
Que como hombre tuuo,
Madre de vna Hija,
En quien puso, y pudo
Mostrar Dios grandezas
Sobre humano curso.
Por vos, y por ella
Sois Ana el refugio
Do van por remedio
Nuestros infortunios.
En cierta manera
Teneis (no lo dudo)
Sobre el nieto imperio
Piadoso, y justo.
A ser comunera
Del Alcaçar sumo.
Fueran mis parientes,
Con vos de consuno.
Que hija, y que nieto.
Y que yerno al punto,
A ser causa justa,
Cantarades triunfos.
Pero vos humilde
Fuisteis el estudio.
Donde vuestra hija
Hizo humildes cursos
Y aora a su lado
A Dios el mas justo
Gozais del alteza,
Que apenas barrunto.

El cantar de Preciosa fue para admirar a quantos la escuchauan. Vnos dezian: Dios te bendiga, la muchacha: otros, lastima es que esta moçuela sea Gitana. En verdad, en verdad, que parecia ser hija de vn gran señor. Otros auia mas groseros, que dezian: Dexen crecer a la rapaza, que ella harà de las suyas, a fee que se và anudando en ella gentil red barredera, para pescar coraçones. Otro mas humano, mas basto, y mas modorro (viendola andar tan ligera en el bayle) la dixo: A ello hija, a ello, andad amores, y pisad el poluito a tan menudito. Y ella respondiò sin dexar el bayle: Y pisarelo yo a tan menudito. Acabaronse las visperas, y la fiesta de Santa Ana, y quedò Preciosa algo cansada; pero tan celebrada de hermosa, de aguda, y de discreta, y de bayladora, que a corrillos se hablaua della en toda la Corte. De alli a quinze dias boluiò a Madrid, como tenia de costumbre, con otras tres muchachas, consonajas, y con vn bayle nueuo, todas apercebidas de romances, y de cantarcillos alegres; pero todos honestos, q̃ no consentia Preciosa, que las que fuessen en su compañia, cantassen cantares descompuestos, ni ella los cantò a mas, y muchos miraron en ello, y la tuuieron en mucho. Nunca se apartaua della la Gitana vieja, hecha su Argos, temerosa nó se la despauilassen, y traspusiessen: llamaua la nieta, y ella la tenia por abuela. Pusieronse a baylar à la sombra en la calle de Toledo, por cõplacer à los q̃ las mirauan, y de los que las venian siguiendo, se hizo fue-

go vn gran corro, y en tanto que baylauan, la vieja pedia limosna a los circunstantes, y llouian en ella ochauos, y quartos como piedras à tablado; que tambiẽ la hermosura tiene fuerça de despertar la caridad dormida. Acabado el bayle, dixo Preciosa: si mẽ dàn quatro quartos, les cantaré vn romance, yo sola, q̃ trate de quando la Reyna N. S. Margarita saliò à Missa de parida en Valladolid, y fue à San Lorente: digoles, que es famoso, y compuesto por vn Poeta de los del numero, como Capitan del Batallon. Apenas huuo dicho esto, quando casi todos los que en la rueda estauan, dixeron à vozes: cantale Preciosa, y ves aqui mis quatro quartos: y assi granizaron sobre ella quartos, que la vieja no podia cogerlos. Hecho pues, su agosto, repicò Preciosa sus sonajas, y al tono corriente cantò este romance.

SAliò à Missa de parida
la mayor Reyna de Europa
en el valor, y en el nombre
rica, y admirable joya.
Como los ojos se lleua,
se lleua las almas todas,
de quantos miran, y admiran
su deuocion, y su pompa.
Y para mostrar que es parte
del cielo en la tierra toda,
à vn lado lleua el Sol de Austria
al otro la tierna aurora.
A sus espaldas se sigue
vn luzero, que a deshora
saliò la noche del dia
que el Cielo, y la tierra lloran,
Y si en el Cielo ay estrellas
que lucientes carros forman,
en otros carros su Cielo
viuas estrellas adornan.
Aqui el anciano Saturno
la barba pule, y remoça,
y aunque tardo, và ligero,
que el placer cura la gota,
El dios parlero và en lenguas
lisongeras, y amorosas,
y Cupido en cifras varias
que rubies, y perlas bordan.
Alli và el furioso Matte,
en la persona curiosa,
demas de vn gallardo joben
que de su sombra se asombra,
Iunto à la casa del Sol
và Iupiter, que no ay cosa
dificil à la priuança
fundada en prudentes obras.
Và la Luna en las mexillas
de vna, y otra humana Diosa,
Venus casta en la belleza
de las que este cielo forman.
Pequeñuelos Ganimedes
cruzan, van, bueluen, y tornan
por el cinto tachonado
de esta esfera milagrosa.
Y para que todo admire,
y todo assombre, no ay cosa
que de liberal no passe,
hasta el estremo de prodiga.
Milan con sus ricas telas
allí và en vista curiosa;
las Indias con sus diamantes,
y Arabia con sus aromas.

Con

Con los mal intencionados
va la embidia mordedora,
y la bondad en los pechos
de la lealtad Española.
La alegria vniuersal
huyendo de la congoxa,
calles, y plaças discurre,
descompuesta, y casi loca.
A mil mudas bendiciones
abre el silencio en la boca,
y repiten los muchachos
lo que los hombres entonan.
Qual dize fecunda vid,
crece, sube, abraça, y toca
el olmo felize tuyo,
que mil siglos te haga sombra.
Para gloria de ti misma,
para bien de España, y honra,
para animo de la Iglesia,
para assombro de Mahoma.
Otra lengua clama, y dize:
viuas, ò blanca paloma,
que nos has dado por crias
aguilas de dos Coronas.
Para auyentar de los ayres
las de rapiña furiosas,
para cubrir con sus alas
à las virtudes medrosas.
Otra mas discreta, y graue
mas aguda, y mas curiosa,
dize, vertiendo alegria
por los ojos, y la boca:
Esta perla que nos diste
nacar de Austria, vnica, y sola,
que de maquinas que rompe
que de designios que corta.
Que de esperanças q̃ infunde
que de deseos mal logra:
que de temores aumenta,
que de preñados aborta.
En esto se llegò al templo
del Fenix santo, que en Roma
fue abrasado, y quedò viuo
en la fama, y en la gloria.
A la imagen de la vida,
à la del Cielo Señora,
à la que por ser humilde
las estrellas pisa agora.
A la Madre, y Virgen junto
à la Hija, y a la Esposa
de Dios, hincada de hinojos,
Margarita à si razona:
Lo que me has dado te doy,
mano siempre dadiuosa,
que a do falta el fauor tuyo
siempre la miseria sobra.
Las primicias de mis frutos
te ofrezco, Virgen hermosa,
tales quales son las mias,
recibe, ampara, y mejora,
A su padre te encomiendo,
que humano Atlãte se encorba,
al peso de tantos Reynos,
y de climas tan remotas.
Sè que el coraçon del Rey
en las manos de Dios mora,
y sè que puedes con Dios
quanto pidieres piadosa.
Acabada esta oracion,
otra semejante entonan
niños, y vozes que muestran
que està en el Cielo su gloria,
Acabados los Oficios
con reales ceremonias,
boluiò a su punto este cielo,
y esfera marauillosa.
¶ Apenas acabò Preciosa su romance, quando de el ilustre auditorio, y graue Senado que la oia, de muchas se formo vna

voz sola que dixo: Torna à cantar Preciosa, que no faltarán quartos como tierra. Mas de dozientas personas estauan mirando el bayle, y escuchando el canto de las Gitanas: y en la mayor fuga dellas acertò a passar por alli vno de los Tenientes de la Villa, y viendo tanta gente junta, preguntò, què era? y fuele respondido, que estauan escuchando a la Gitanilla hermosa, que cantaua. Llegòse el Teniente que deuia ser curioso, y escuchò vn rato, y por no ir contra su grauedad, no escuchò el romance hasta el fin; pero auiendole parecido por estremo bien la Gitanilla, mandò a vn criado suyo dixesse a la Gitana vieja, q̃ à la nochecer fuesse a su casa con las Gitanillas, porque queria que las oyesse Doña Clara su muger. Hizolo assi el criado, y la vieja le dixo, que si iria. Acabaron el bayle, y el canto, y mudaron lugar: y en esto llegò vn page muy bien adereçado a Preciosa, y dandole vn papel doblado, le dixo: Preciosica, canta el romance que aqui và, porque es muy bueno, y yo te irè dando otros de quando en quando, con que cobres fama de la mejor romancera de el mundo. Esso aprenderè yo de muy buena gana, respondiò Preciosa, y mire señor, que no me dexe de dar los Romances q̃ dize, con tal condicion que sean honestos: y si quiere q̃ se los pague, concertemos por dozenas, y dozena cantada, dozena pagada, porque pensar que le tengo de pagar adelantado, es pensar lo imposible. Para papel siquiera, que me dè la señora Preciosa, dixo el page estarè contento: y mas, que el Romance que no saliere bueno, y honesto, no ha de entrar en cuenta. A la mia quede el escogerlos, respondio Preciosa, y con esto se fueron la calle adelante, y desde vna reja llamaron vnos Caualleros a las Gitanas. Assomòse Preciosa a la reja, que era baxa, y vio en vna sala muy bien adereçada, y muy fresca, muchos Caualleros, que vnos paseandose, y otros jugando à diuersos juegos se entretenian. Quierenme dar barato señores, dixo Preciosa (que como Gitana hablaua cecea, y esto es artificio en ellas, que no naturaleza.) A la voz de Preciosa, y a su rostro, dexaron los que jugauan el juego, y el paseo los paseantes, y los vnos, y los otros acudieron a la reja, por verla q̃ ya tenian noticia della, y dixeron: Entren, entren las Gitanillas, q̃ aqui les darèmos barato. Caro seria ello, respondiò Preciosa, si nos pellizcassen. No a fe de Caualleros, respondiò vno, bien puedes entrar niña, segura q̃ nadie te tocarà a la vida de tu çapato, no por el Abito que

què traygo en el pecho, y pusose la mano sobre vno de Calatrana. Si tu quieres entrar Preciosa, dixo vna de las tres Gitanillas, que iban con ella, entra en hora buena, que yo no pensò entrar a donde ay tantos hombres. Mira Christina, respondiò Preciosa, de lo que te has de guardar, es de vn hombre solo, y a solas, y no de tantos juntos: porque antes el ser muchos quita el miedo, y rezelo de ser ofendida: aduierte Christinica, y està cierta de vna cosa, que la muger que se determina a ser honrada, entre vn exercito de Soldados lo puede ser. Verdad es, q̃ es bueno huir de las ocasiones, pero han de ser de las secretas, y no de las publicas. Entremos Preciosa, dixo Christina, que tu sabes mas que vn sabio. Animòlas la Gitana vieja, y entraron, y apenas huuo entrado Preciosa, quando el Cauallero de Abito vio el papel que traia en el seno, y llegandose a ella se le tomò, y dixo Preciosa: Y no me lo tome señor: que es vn Romance que me acaban de dar aora, que aun no le he leìdo. Y sabes tu leer hija, dixo vno? Y escriuir, respondiò la vieja, que a mi nieta hela criado yo, como si fuera hija de vn Letrado. Abriò el Cauallero el papel, y viò que venia dentro dèl vn escudo de oro, y dixo: En verdad Preciosa, que trae esta carta el porte dentro: toma este escudo, que en el Romance viene. Basta, dixo Preciosa, q̃ me ha tratado de pobre el Poeta, pues cierto que es mas milagro darme a mi vn Poeta vn escudo, q̃ yo recibirle: si con esta añadidura han de venir sus Romances, traslade todo el Romancero general, y embiemelos vno a vno, que yo les tentarè el pulso: y si vinieren duros, serè yo blanca en recibirlos. Admirados quedaron los q̃ oian a la Gitanica, assi de su discrecion, como del donayre con que hablaua. Lea señor, dixo ella, y lea alto, veremos si es tan discreto esse Poeta, como es liberal: leyò el Cauallero assi.

Gitanica, que de hermosa
te pueden dar parabienes,
por lo que de piedra tienes,
te llama el mundo Preciosa.
Desta verdad me assegura
esto, como en ti verás,
que no se aparta jamas
la esquiueza, y la hermosura.
Si como en valor subido,
vas creciendo en arrogancia
no le arriendo la ganancia
a la edad en que has nacido.
Que vn basilisco se cria
en ti, que mate mirando,
y vn imperio q̃ aunque blando
nos parezca tirania.
Entre pobres, y aduares,
como nacio tal belleza?
ò como criò tal pieça
el humilde Mançanares?

Por esto serà famoso,
al par del Tajo dorado,
y por Preciosa, preciado
mas que el Ganges caudaloso.

Dizes la buenauentura,
y dàs la mala contino,
que no van por vn camino
tu intencion, y tu hermosura.

Porque en el peligro fuerte
de mirarte, ò contemplarte,
tu intencion va a disculparte,
y tu hermosura a dar muerte.

Dizen que son hechizeras
todas las de tu nacion;
pero tus hechizos son
de mas fuerças, y mas veras.

Pues por lleuar los despojos
de todos quantos te ven,
hazes, ò maña: que esten
tus hechizos en tus ojos.

En sus fuerças te adelantas,
pues bayland' nos admiras,
y nos matas si nos miras,
y nos encantas si cantas.

De cien mil modos hechiças
hables, calles, cantes, mires,
ò te acerques, ò retires,
el fuego de amor atizas.

Sobre el mas esento pecho
tienes mando, y señorio,
de lo que es testigo el mio
de tu imperio satisfecho.

Preciosa, joya de amor
esto humildemente escriue
el que por ti muerte, y viue
pobre, aunque humilde amador.

En pobre acaba el vltimo verso (dixo a esta sazon Preciosa) mala señal, nunca los enamorados han de dezir que estàn pobres, porque a los principios, a mi parecer, la pobreza es muy enemiga del amor. Quien te enseña esso rapaza (dixo vno?) Quien me lo ha de enseñar? respondiò Preciosa, no tengo yo mi alma en mi cuerpo? no tengo quinze años? y no soy manca, ni renca, ni astropeada del entendimiento. Los ingenios de las Gitanas van por otro Norte q̃ los delas demas gentes: siempre se adelantan a sus años; no ay Gitano necio, ni Gitana lerda. Que como el sustẽtar su vida consiste en ser agudos, astutos, y embusteros, despauilan el ingenio a cada passo, y no dexan que crie moho en ninguna manera. Ven estas muchachas mis compañeras, q̃ estàn callando, y parecen bobas? pues entrenles el dedo en la boca, y tientenlas las cordales, y veràn lo que verán. No ay muchacha de doze, que no sepa lo de veinte y cinco, porque tienen por maestros, y preceptores al diablo, y al vso, que les enseña en vn hora, lo que auian de aprender en vn año. Con esto que la Gitanilla dezia, tenia suspensos a los oyentes, y los que jugauan, la dieron barato, y aun los que no jugauan. Cogio la hucha de la vieja treinta reales, y mas rica, y mas alegre que vna Pasqua de Flores, ante cogio sus corderas, y fuese en casa del señor Teniẽte que,

quedando, que otro dia boluería con su manada a dar contento à aquellos tan liberales señores. Ya tenia auiso la señora D. Clara, muger del señor Teniente, como auian de ir a su casa las Gitanillas, y estaua las esperando como el agua de Mayo, ella y sus donzellas, y dueñas, con las de otra señora vezina suya, que todas se juntaron para ver a Preciosa. Y apenas huuieron entrado las Gitanas, quando entre las demas resplandeciò Preciosa, como la luz de vna antorcha entre otras luzes menores; y assi corrieron todos à ella: vnas la abraçauan, otras la mirauan: estos la bendecian, aquellas la alabauan. D. Clara dezia, estos si q̃ se pueden dezir cabellos de oro, estos si que son ojos de esmeraldas. La señora su vezina la desmenuça na toda, y hazia pepitoria de todos sus miembros, y coyunturas. Y llegando a alabar vn pequeño hoyo que Preciosa tenia en la barba, dixo: y què hoyo! en este hoyo han de tropeçar quantos ojos le miraren. O, ò esto vn escudero de braço de la Señora D. Clara, què allí estaua, de luenga barba, y largos años y dixo: esse llama v.m. hoyo, señora mia? pues yo: poco de hoyos, ò esse no es hoyo; sino sepultura de deseos viuos: por Dios tan linda es la Gitanilla que hecha de plata, ò de alcorça, no podia ser mejor. Sabes dezir la buenauentura? De tres, ò quatro maneras, respondiò Preciosa. Y esso mas, dixo D. Clara: por vida del Teniente mi señor, que me la has de dezir niña de oro, y niña de plata, y niña de perlas, y niña de carbuncos, y niña del Cielo, que es lo q̃ mas q̃ se puede dezir. Denle, denle la palma de la mano a la niña; y con que haga la Cruz dixo la vieja, y vera que de cosas les dize, que sabe mas que vn Doctor de Medicina. Echò la mano a la faltriquera la señora Tenienta, y hallò que no tenia blanca. Pidiò vn quarto a sus criadas, y ninguna le tuuo, ni la señora vezina tampoco, lo qual visto por Preciosa, dixo: Todas las Cruzes, en quanto Cruzes, son buenas, pero las de palta, ò de oro son mejores, y el señalar la Cruz en la palma de la mano con moneda de cobre, sepan vuestras mercedes que menoscaba la buenauentura, a lo menos la mia: y assi tengo aficion a hazer la Cruz primero con algun escudo de oro, ò con algun real de a ocho, ò por lo menos de a quatro, que soy como los Sacristanes, que quando ay buena ofrenda se regozijan. Donayre tienes niña, por tu vida, dixo la señora vezina, y boluiendose al escudero, le dixo: Vos señor Contreras tendreis a mano algun real de a quatro, dadmele, que en vi-

viniendo èl Doctor mi marido
os le boluerè. Si tengo, respondiò Contreras, pero tengole
empeñado en veinte y dos ma-
rauedis, q̃ cenè anoche: deme-
los, que yo irè por èl en bolan-
das. No tenemos entre todas vn
quarto, dixo D. Clara, y pedis
veinte y dos marauedis? Andad
Contreras, que siempre fuistes
impertinente. Vna donzella de
las presentes, viendo la esterili-
dad de la casa, dixo a Preciosa:
Niña, harà algo al caso, que se
haga la Cruz con vn dedal de
plata? Antes, respondio Precio-
sa, se hazen las Cruzes mejores
del mundo con dedales de pla-
ta, como sean muchos. Vno tem-
go yo, replicò la donzella, si es-
te basta, hele aqui, con condi-
cion que tambien se me ha de
dezir a mi la buenauentura. Por
vn dedal tantas buenauentu-
ras, dixo la Gitana vieja? nic-
ta acaba presto, que se haze noche.
Tomo Preciosa el dedal, y la
mano de la señora Tenienta, y
dixo:

HErmosita, hermosita,
la de las manos de plata
mas te quiere tu marido,
que el Rey de las Alpujarras.
Eres paloma sin hiel,
pero a vezes eres braua,
como Leona de Oran,
ò como Tigre de Ocaña,
Pero en vn tras, en vntris
el enojo se te passa,
y quedas como alfeñique,
ò como cordera mansa.
Riñes mucho, y comes poco,
algo zelosita andas,
que es jugueton el Teniente,
y quiere arrimar la vara.
Quando donzella, te quiso
vno de vna buena cara,
que mal ayan los terceros,
que los gustos desbaratan.
Si a dicha tu fueras Monja,
oy tu Conuento mandaras:
porque tienes de Abadesa,
mas de quatrocientas rayas.
No te lo quiero dezir,
pero poco importa, vaya:
embiudaràs otra vez,
y otras dos serás casada.
No llores señora mia,
que no siempre las Gitanas
dezimos el Euangelio:
no llores, señora, acaba.
Como te mueras primero,
que el señor Teniente, basta
para remediar el daño
de la viudez que amenaza.
Has de heredar muy presto
hazienda en abundancia:
tendras vn hijo Canonigo,
la Iglesia no se señala.
De Toledo no es posible:
vna hija rubia, y blanca
tendras, que si es Religiosa,
tambien vendra à ser Prelada.
Si tu esposo no se muere
dentro de quatro semanas,
verasle Corregidor
de Burgos, ò Salamanca.
Vn lunar tiene, què lindo!
ay Iesus, què luna clara!
què

que Sol, q̃ allà en los antipodas
escuros valles aclara.
Mas de dos ciegos por verle
dieran mas de quatro blancas:
agora si es la risica,
ay que bien aya essa gracia.
Guardate de las caidas,
principalmente de espaldas,
que suelen ser peligrosas
en las principales damas.
Cosas ay mas que dezirte,
si para el Viernes me aguardas
las otras, que son de gusto,
y algunas ay de desgracias.

Acabò su buenauentura Preciosa, y con ella encendiò el de-
seo de todas las circunstantes,
en querer tambien saber la su-
ya, y assi se lo rogaron todas, pe-
ro allà las remitio para el Vier-
nes venidero, prometiendola q̃
tendrian reales de plata, para
hazer las Cruzes. En esto vi-
no el señor Teniente, a quien
contaron marauillas de la Gi-
tanilla: èl las hizo baylar vn po-
co, y confirmò por verladeras,
y bien dadas las alabanças que a
Preciosa auian dado: y ponien-
do la mano en la faltriquera,
hizo señal de querer darla al-
go, auiendola espulgado, sacu-
dido, y rascado muchas vezes,
al cabo sacò la mano vazia, y di-
xo: Por Dios que no tengo blã-
ca, dadle vos Doña Clara, vn
real a Preciosica, que yo os le
darè despues. Bueno es esso, se-
ñor, por cierto si, aì està el real
de manifiesto: no hemos tenido
entre todas nosotras vn quarto
para hazer la señal de la Cruz, y
quiere q̃ tengamos vn real? pues
dadle alguna valõica vuestra,
o alguna cosita, que otro dia
nos boluerà a ver Preciosa, y la
regalaremos mejor. A lo qual
dixo D. Clara; pues por que otra
vez venga, no quiero dar nada
a Preciosa. Antes si no medan
nada, dixo Preciosa, nunca mas
boluerè acà: mas si boluere a
seruir a tan prencipales señores,
pero traere tragado, que nome
hã de dar nada, y ahorrarme la
fatiga de esperarlo. Coheche
vuessa merced señor Teniente,
coheche, y tendrà dineros: y no
haga vsos nueuos, que morirà
de hambre. Mire señora, por
ai he oido dezir (y aunque mo-
ça, entiendo que no son buenos
dichos) que de los oficios se ha
de sacar dinero, para pagar las
condenaciones de las residen-
cias, y para pretender otros car-
gos. Assi lo dizen, y lo hazen
los desalmados, replicò el Te-
niente; pero el juez que da bue-
na residencia, no tendrà que pa-
gar condenacion alguna, y el
auer vsado bien su oficio serà èl
valedor, para que le den otro.
Habla v.m. muy a lo santo, se-
ñor Teniente, respondiò Pre-
ciosa, andese a esso, y cortarè-
mosle de los harapos para re-
liquias. Mucho sabes Preciosa,
dixo el Teniente, calla, que yo
darè

darè traça, que sus Magestades te vean, porque eres pieça de Reyes. Querranme para truhana respondiò Preciosa, y yo no lo sabré ser, y todo irà perdido: si me quisiessen para discreta, aun lleuarmerian: pero en algunos palacios mas medran los truhanes, que los discretos. Yo me hallo bien con ser Gitana, y pobre, y corra la suerte por donde el Cielo quisiere. Ea niña, dixo la Gitana vieja, no hables mas, que si has hablado mucho, y sabes mas de lo que yo te he enseñado: no te assotiles tanto, que te despuntarás: habla de aquello que tus años permiten, y no te metas en altanerias, que no ay ninguno que no amenace caida. El diablo tienen estas Gitanas en el cuerpo, dixo a esta saçon el Teniente. Dispidieronse las Gitanas, y al irse, dixo la donzella del dedal: Preciosa, dime la buenauentura, ò buelueme mi dedal, que no me queda con que hazer labor: Señora donzella, respondiò Preciosa, haga cuenta que se la he dicho, y procurease de otro dedal, ò no haga vaynillas hasta el Viernes, que yo boluerè, y le dirè mas venturas, y auenturas, que las que tiene vn libro de Cauallerias. Fueronse, y juntaronse con las muchas labradoras, que a la hora de las Aue Marias suelen salir de Madrid, para boluerse a sus Aldeas: y entre otras boluian muchas, con quien siempre se acompañauan las Gitanas, y boluian seguras, porque la Gitana vieja viuia en contino temor, no le saltreassen a su Preciosa. Sucediò, pues, que la mañana de vn dia que boluian a Madrid a coger la garrama con las demas Gitanillas, en vn valle pequeño, q e està obra de quinientos passos, antes que se llegue a la villa, vieron vn mancebo gallardo, y ricamente adereçado de camino. La espada, y daga que traìa, eran como de zirse suele, vna asqua de oro, sombrero con rico cintillo, y con plumas de diuersas colores adornado. Repararon las Gitanas en viendole, y pusieronsele a mirar muy despacio, admiradas de que a tales horas vn tan hermoso mancebo estuuiesse en tal lugar a pie, y solo. El se llego a ellas, y hablando con la Gitana mayor, le dixo: Por vuestra vida, amiga, que me hagais placer, que vos, y Preciosa me oigais aqui a parte dos palabras, que seràn de vuestro prouecho. Como no nos desuiemos mucho, ni nos tardemos mucho, sea en buen ora, respondiò la vieja, y llamando a Preciosa, se desuiaron de las otras obra de veinte passos, y assi en pie, como estaua, el mancebo les dixo. Yo vengo de manera rendido

do à la discrecion, y belleza de Preciosa, que despues de auerme hecho mucha fuerça, para escusar llegar à este punto, al cabo he quedado mas rendido, y mas imposibilitado de escusarlo: yo señoras mias (que siempre os he de dar este nombre, si el cielo mi pretension fauorece) soy cauallero, como lo puede mostrar este habito: y apartando el ferreruelo, descubriò en el pecho vno de los mas calificados que ay en Españ: soy hijo de fulano, que por buenos respetos aqui no se declara su nombre. Estoy debaxo de su tutela, y amparo: soy hijo vnico, y el q espera vn razonable mayorazgo. Mi padre està aqui en la Corte, pretendiendo vn cargo, y ya està consultado: y tiene casi ciertas esperanças de salir con èl. Y con ser de calidad, y nobleza que os he referido, y de la que casi se os deue ya de ir trasluzido, con todo esso quisiera ser vn gran señor, para leuantar a mi grandeza la humildad de Preciosa, haziendola a mi igual, y mi señora. Yo no lo pretendo para burlarla, ni en las veras del amor que la tengo puede ceber genero de burla alguna: solo quiero seruirla del modo que ella mas gustare, su voluntad es la mia. Para con ella es de cera mi alma, donde podrà imprimir lo que quisiere, y para conseruarlo, y guardarlo, no serà como impresso en cera, sino como esculpido en marmoles, cuya dureza se opone à la duracio de los tiempos. Si creeis esta verdad, no admitirà ningun desmayo mi esperança. Pero si no me creeis, siempre me tendra temeroso vuestra duda: mi nombre es este (y dixole) el de mi padre ya os lo he dicho: casa donde viue es tal calle, y tiene tales, y tales señas: vezinos tiene, de los quales podreis informaros, y aun de los que no son vezinos tambien; que no es tan escura la calidad, y el nombre de mi padre, y el mio, que no lo sepan en los patios de Palacio, y aun en toda la Corte. Cien escudos traigo aqui en oro para daros en arras, y señal de lo que pienso daros, porque no ha de negar la hazienda el que dà el alma. En tanto que el Cauallero esto dezia, le estaua mirando Preciosa atentamente, y sin duda que no le dieron de parecer mal, ni sus razones, ni su talle; y boluiendose à la vieja, le dixo: Perdoneme abuela, de que me tomo licencia para responder à este tan enamorado señor. Responde lo que quisieres, nieta, respondiò la vieja, que yo sè que tienes discrecion para todo. Y Preciosa dixo: Yo señor Cauallero aunque soy Gitana pobre, y humildemente nacida, tengo vn cierto espiritillo fantastico acà dentro, que à gran

des cosas me lleua. A mi ni me mueuen promesas, ni me desmoronan dadiuas, ni me inclinan sumissiones, ni me espantan finezas enamoradas: y aunque de quinze años, que segun la cuenta de mi abuela, para este San Miguel los harè, soy ya vieja en los pensamientos, y alcançò mas de aquello que mi edad promete: mas por mi buen natural, que por la experiencia; pero con lo vno, ò con lo otro, sè que las passiones amorosas en los recien enamorados, son como impetus indiscretos, que hazen salir la voluntad de sus quicios: la qual atropellando inconuenientes, desatinadamente se arroja atràs su deseo, y pensando dar con la gloria de sus ojos, da con el infierno de sus pesadumbres. Si alcança lo que desea, mengua el deseo con la possession de la cosa deseada, y quizà abriendose entonces los ojos del entendimiento, se vè ser bien que se aborrezca lo que antes se adoraua. Este temor engendra en mi vn recato tal, que ningunas palabras creo, y de muchas obras dudo. Vna sola joya tengo, que la estimo mas que a la vida, que es la de mi entereza, y virginidad, y no la tengo de vender à precio de promessas, ni de dadiuas, porque en fin serà vendida, y si puede ser cõprada, serà de muy poca esti-

ma: ni me la han de lleuar traças, ni embelecos; antes pienso irme con ella à la sepultura, y quiza al Cielo, que ponerla en peligro, que quimeras, y fantasias soñadas la embistan, ò manose en. Flor es la de la virginidad, que a ser possible, aun con la imaginacion no auia de dexar ofenderse. Cortada la rosa del rosal, con que breuedad, y facilidad se marchita. Este la toca, aquel la huele, el otro la deshoja: y finalmente entre las manos rusticas se deshaze. Si vos señor, por sola esta prẽda venis, no la aueis de lleuar, sino atada con las ligaduras, y lazos del matrimonio, que si la virginidad se ha de inclinar, ha de ser à este santo yugo, que entonces no seria perderla, sino emplearla en ferias, que felices ganancias prometen. Si quisieredes ser mi esposo, yo lo serè vuestra: pero hã de preceder muchas condiciones, y aueriguaciones primero. Primero tengo de saber si sois el que dizes: luego hallada esta verdad, aueis de dexar la casa de vuestros padres, y la aueis de trocar con nuestros ranchos; y tomando el trage de Gitano, aueis de cursar dos años en nuestras escuelas, en el qual tiẽpo me satisfarè yo de vuestra condicion, y vos de la mia: al cabo del qual, si vos os contentaredes de mi, y yo de vos, me entregarè por vuestra esposa: pero hasta entonces tẽgo de ser vuestra hermana en el trato, y vuestra humilde en seruiros. Y aueis de considerar, que en el tiempo deste nouiciado podrà ser, que cobrasedes la vista que agora aueis de tener perdida, ò por lo menos turbada, y viesse-des que os conuenia huir de lo que agora seguis con tanto ahinco: y cobrando la libertad perdida, con vn buen arrepentimiento, se perdona qualquier culpa. Si con estas condiciones quereis entrar a ser soldado de nuestra milicia, en vuestra mano està; pues faltando alguna de ellas, no aueis de tocar vn dedo de la mia. Pasmòse el moço à las razones de Preciosa, y pusose como embelesado, mirando al suelo, dando muestras, que considerava lo que responder deuia. Viendo lo qual Preciosa, tornò a dezirle: No es este caso de tan poco momento, que en los que aqui nos ofrece el tiempo, pueda, ni deua resoluerse. Bolueos, señor a la Villa y considerad de espacio lo que viere-des que mas os conuenga, y en este mismo lugar me podreis hablar todas las fiestas que quisieres, al ir, ò venir de Madrid. A lo qual respondiò el gentil hombre: Quando el Cielo me dispuso para quererte, Preciosa mia, determinè de hazer por ti quãto tu voluntad acertasse a pedirme (aũque nunca cupo en mi pensamiento; que me auias de pedir lo que me pides.) Pero pues es tu gusto, q̃ el mio al tuyo se ajuste, y acomode, cuentame por Gitano desde luego, y haz de mi todas las experiencias que mas quisieres, que siempre me has de hallar en el mismo que agora te significo: mira quando quieres que mude el trage, que yo querria que fuesse luego, que con ocasion he ir à Flandes, engañarè a mis padres, y sacarè dineros para gastar algunos dias, y serà hasta ocho los que podrè tardar en acomodar mi partida: à los que fueren con migo, yo los sabrè engañar de modo que salga con mi determinacion. Lo que te pido es (si es que ya puedo tener atreuimiento de pedirte, y supli carte algo) q̃ si no es oy (dõde te puedes informar de mi calidad, y de la de mis padres) q̃ no vayas mas à Madrid: porq̃ no querria que algunas demasiadas ocasiones q̃ alli pueden ofrecerse, me faltasse la buenauentura q̃ tanto me cuesta. Esso, no señor galan, respondiò Preciosa; sepa que con migo ha de andar siempre la libertad desenfadada, sin que la ahoge, ni turbe la pesadumbre de los zelos: y entienda, que no la tomarè tan demasiada, que no se eche de ver desde bien lexos, que llega mi honestidad a mi desembol-tura, y en el primero cargo en

en qué quiero estaros, es en el de la confiança que aueis de hazer de mi. Y mirad que los amantes que entran pidiendo zelos, ò son simples, ò desconfiados. Satanas tienes en tu pecho, muchacha, dixo à esta sazon la Gitana vieja: mira que dizes cosas que no las dirà vn Colegial de Salamanca. Tu sabes de amor, tu sabes de zelos, tu de confianças, como es esto, que me tienes loca? y te estoy escuchando, como a vna persona espantada, que habla Latin, sin saberlo. Calle abuela, respondiò Preciosa, y sepa que todas las cosas que me oye son no nada, y son de burlas, para las muchas que de mas veras me quedan en el pecho. Todo quanto Preciosa dezia, y toda la diferecion que mostraua, era añadir leña al fuego que ardia en el pecho del enamorado Cauallero. Finalmente quedaron, en que de allí à ocho dias se verian en aquel mismo lugar donde el vendria à dar cuenta del tiempo en que sus negocios estauan, y ellas auian tenido tiempo de informarse de la verdad que les auia dicho: sacò el moço vna bolsilla de brocado, donde dixo que iban cien escudos de oro, y diòselos à la vieja: pero no queria Preciosa que los tomasse en ninguna manera, à quien la Gitana dixo: Calla niña, que la mejor señal que este señor ha dado de estar rendido es auer entregado las armas en señal de rendimiento, y el dar en qualquiera ocasion que sea, siempre fue indicio de gentil pecho. Y acuerdate de aquel refran que dize: Al Cielo rogando, y con el maço dando. Y mas que no quiero yo que por mi pierdan las Gitanas el nombre que por luengos siglos tienen adquirido de codiciosas, y aprouechadas. Cien escudos quieres tu que desseche, Preciosa? y de oro en oro, que pueden andar cosidos en el alforça de vna saya que no valga dos reales, y tenerlos allí como quien tiene vn juro sobre las yeruas de Estremadura. Y si alguno de nuestros hijos, nietos, ò parientes, cayere por alguna desgracia en manos de la justicia, avrà fauor tan bueno, que llegue à la oreja del juez, y escriuano; como el destos escudos, si llega à sus bolsas? Tres vezes, por tres delitos diferentes, me he visto casi puesta en el asno para ser açotada: y de la vna me librò vn jarro de plata: y de la otra vna sarta de perlas: y de la otra quarenta reales de à ocho que auia trocado por quartos, dando veinte reales mas por el cambio. Mira niña que andamos en oficio muy peligroso, y lleno de tropieços, y de ocasiones forçosas: y no ay defensa que mas presto nos amparen, y socorran, como las armas inuencibles del gran Felipo: no

no ay passar a delante de su plus vltra. Por vn doblon de dos caras se nos muestra alegre la tristeça del Procurador, y de todos los Ministros de la muerte, que son harpias de nosotras las pobres Gitanas, y mas precian pelarnos, y dessollarnos a nosotras, que a vn salteador de caminos: jamas por mas rotas, y desastradas que nos vean, nos tienen por pobres, que dizen q̃ somos como los jubones de los Gauachos de Velmonte, rotos, y grasientos, y llenos de doblones. Por vida suya abuela, que no diga mas, que lleua termino de alargar tantas leyes en fauor de quedarse con el dinero, que agote sa de los Emperadores; quedese con ellos, y buen prouecho le haga, y plegue a Dios que los entierre en la sepultura, donde jamas tornen à ver la claridad del Sol, ni aya necessidad que la vean. A estas nuestras compañeras serà forçoso darles algo, que ha mucho que nos esperan, y ya deuen de estar enfadadas. Assi verán ellas (replicò la vieja) moneda destas, como veen al Gran Turco agora. Este buen señor verà si le ha quedado alguna moneda de plata, ò quartos, y los repartirà entre ellas, que cõ poco quedarán contentas. Si traigo (dixo el galan) y sacò de la faltriquera tres reales de a ocho, q̃ repartiò entre las tres Gitanillas, con que quedaron mas alegres, y mas satisfechas q̃ suele quedar vn Autor de Comedias, quando en competencia de otro le suelen retular por las esquinas Victor, Victor. En resolucion concertaron, como se ha dicho, la venida de allí a ocho dias, y que se auia de llamar, quando fuesse Gitano, Andres Cauallero: porque tambiẽ auia Gitanos entre ellos de este apellido. No tuuo atreuimiento Andres (que assi le llamaremos de aqui a delante) de abraçar a Preciosa, antes embiandole con la vista el alma, sin ella, si assi dezirse puede, las dexò, y se entrò en Madrid, y ellas contentissimas hizieron lo mismo. Preciosa algo aficionada (mas con benebolencia, que con amor) de la gallarda, y gentil disposicion de Andres, ya deseaua informarse, si era el que auia dicho. Entrò en Madrid, y a pocas calles andadas, encontrò con el page Poeta, de las coplas, y el escudo: y quando èl la viò, se llegò a ella diziendo: Vengas en buen hora, Preciosa: leiste por ventura las coplas q̃ te di el otro dia? A lo que Preciosa respondiò: Primero que le responda palabra, me ha de dezir vna verdad, por vida de lo que mas quiere. Conjuro es esse, respondiò el page, que aunq̃ el dezirla me costasse la vida, no la negarè en ninguna manera. Pues la verdad q̃ quiero que me diga (dixo Preciosa) es, si por ventura es Poeta? A

ſerlo, replicò el page, forçoſamente auia de ſer por ventura: pero has de ſaber Precioſa; que eſſe nõbre de Poeta muy pocos le merecen, y aſsi yo no lo ſoy, ſino vn aficionado a la poeſia; y para lo que he meneſter, no voy a pedir, ni a buſcar verſos agenos, los que te di ſon mios, y eſtos que te doy agora tambien; no por eſto ſoy Poeta, ni Dios lo quiera. Tan malo es ſer Poeta? replicò Precioſa. No es malo, dixo el page; pero el ſer Poeta a ſolas no lo tengo por muy bueno. Haſe de vſar de la poeſia, como de vna joya precioſsima, cuyo dueño no la trae cada dia, ni la mueſtra a todas gentes, ni a cada paſſo, ſino quando comuenga, y ſea razon que la mueſtre. La Poeſia es vna belliſsima donzella, caſta, honeſta, diſcreta, aguda, retirada, y que ſe contiene en los limites de la diſcrecion mas alta. Es amiga de la ſoledad, las fuentes la entretienen, los prados la conſuelan, los arboles la deſenojan, las flores la alegran; y finalmente deleita, y enſeña a quantos con ella comunican. Con todo eſſo, reſpondio Precioſa, he oido dezir, que es pobriſsima, y que tiene algo de mendiga. Antes es al reues, dixo el page, porque no ay Poeta que no ſea rico, pues todos viuen contentos con ſu eſtado: Filoſofia que la alcançan pocos; pero que te ha mouido, Precioſa, a hazer eſta pregunta? Hame mouido, reſpondiò Precioſa, porque como tengo a todos, ò los mas Poetas por pobres, causòme marauilla aquel eſcudo de oro que me diſtes entre vueſtros verſos embuelto; mas aora que sè que no ſois Poeta, ſino aficionado a la poeſia; podria ſer que fueſſedes rico, aunque lo dudo; la cauſa que por aquella parte que os toca de hazer coplas, os ha de deſaguar quanta hazienda tuuieres, que no ay Poeta, ſegun dizen, que ſepa conſeruar la hazienda que tiene, ni grangear la que no tiene. Pues yo no ſoy de eſſos, replicò el page; verſos hago, y no ſoy rico, ni pobre: y ſin ſentirlo, ni deſcontarlo, como hazen los Ginoueſes ſus combites, bien puedo dar vn eſcudo, y dos a quien yo quiſiere. Tomad Precioſa perla, eſte ſegundo papel, y eſte ſegundo eſcudo que và en él, ſin que os pongais a penſar ſi ſoy Poeta, ò no. Solo quiero que penſeis, y creais, que quien os dà eſto, quiſiera tener para daros las riquezas de Midas. Y en eſto le diò vn papel, y tentando le Precioſa, hallò que dentro venia el eſcudo, y dixo: eſte papel ha de viuir muchos años; porque trae dos almas conſigo, vna la del eſcudo, y otra la de los verſos, que vienen llenos de almas, y coraçones. Pero ſepa el ſeñor page, que no quie-

quiero tantas almas conmigo: y ſino ſaca la vna, no aya miedo que reciba la otra: por poeta le quiero, y no por dadiuoſo, y deſta manera tendremos amiſtad que dure: pues mas aina puede faltar vn eſcudo por fuerte que ſea, que la hechura de vn Romance. Pues aſsi es, replicò el page, q̃ quieres Precioſa, q̃ yo ſea pobre por fuerça, no deſeches el alma que en eſſe papel te embio, y bueluemele el eſcudo, que como le toques con la mano, le tendrè por reliquia mientras la vida me durare. Sacò Precioſa el eſcudo del papel, y quedò con el papel, y no le quiſo leer en la calle. El page ſe fue contentiſſimo, creyendo que ya Precioſa quedaua rendida, pues con tanta afabilidad le auia hablado. Y como ella lleuaua pueſta la mira en buſcar la caſa del padre de Andres, ſin querer detenerſe a baylar en ninguna parte, en poco eſpacio ſe puſo en la calle do eſtaua, que ella muy bien ſabia: y auiendo andado haſta la mitad, alçò los ojos a vnos balcones de hierro dorados, que le auian dado por ſeñas, y viò en ellos a vn Cauallero de haſta edad de cinquenta años, con vn Abito de Cruz colorada en los pechos, de venerable grauedad, y preſencia; el qual apenas tambien huuo viſto la Gitanilla, quando dixo: Subid niñas, que aqui os daràn limoſna. A eſta voz acudieron al balcon otros tres Caualleros y entre ellos el enamorado Andres, q̃ quando viò a Precioſa perdio la color, y eſtuuo a punto de perder los ſentidos, tanto fue el ſobreſalto q̃ recibio con ſu viſta. Subieron las Gitanillas todas, ſino la grande que ſe quedò a baxo, para informarſe de los criados de las verdades de Andres. Al entrar las Gitanillas en la ſala, eſtaua diziendo el Cauallero anciano a los demas: Eſta deue de ſer ſin duda la Gitanilla hermoſa, que dizen q̃ anda por Madrid. Ella es, replicò Andres, y ſin duda es la mas hermoſa criatura que ſe ha viſto. Aſsi lo dizẽ, dixo Precioſa, que lo oyò todo entrando: pero en verdad q̃ ſe deuẽ de engañar en la mitad del juſto precio. Bonita, bien creo q̃ lo ſoy, pero tan hermoſa como dizen, ni por pienſo. Por vida de Don Iuanico mi hijo, dixo el anciano, q̃ aun ſois mas hermoſa de lo que dizen, linda Gitana. Y quien es Don Iuanito ſu hijo? pregũtò precioſa: eſſe galan que eſtà a vueſtro lado, reſpondio el Cauallero. En verdad que penſè, dixo Precioſa, q̃ juraua v.m. por vida de algũ niño de dos años; mirad q̃ D. Iuanico, y que brinco. A mi verdad q̃ pudiera ya eſtar caſado, y q̃ ſegun tiene vnas rayas en la frente, no paſſaran tres años ſin q̃ lo eſtè, y muy a ſu guſto,

si es que desde aquí allà no se le pierde, ò se le trueca. Basta, (dixo vno) que sabe la Gitanilla de rayas. En esto las tres Gitanillas que iban con Preciosa, se arrimaron a vn rincon, y cosiendose las bocas vnas con otras, se juntaron, por no ser oidas. Dixo la Cristina: Muchachas, este es el Cauallero que nos dio esta mañana los tres reales de a ocho. Assi es verdad, dixeron ellas, pero no se lo mentemos, ni le digamos nada, si el no nos lo mienta: q̃ sabemos si quiere encubrirse? En tanto que esto entre las tres passaua, respondio Preciosa a lo de las rayas: Lo que veo con los ojos, con el dedo lo adiuino. Yo sè del señor Don Iuanico, sin rayas, que es algo enamoradizo, impetuoso, y azelerado, y gran prometedor de cosas que parecen imposibles: y plegue a Dios que no sea mentirosito, que seria lo peor de todo. Vn viaje ha de hazer aora muy lexos de aqui: vno piensa el vayo, y otro el que le ensilla: el hombre pone, y Dios dispone; quizà pensarà que và à Oñez, y darà en Gauiboa. A esto, respondiò Don Iuan: En verdad Gitanica, que has acertado en muchas cosas de mi condicion, pero en lo de ser mentiroso, vas fuera de la verdad, porque me precio de dezir la entodo acontecimiento. En lo del viaje largo has acercado, pues sin duda, siendo Dios seruido, dentro de quatro, ò cinco dias me partirè a Flandes, aunque tu me amenazas q̃ he de torcer el camino, y no querria que en el me sucediesse algun desman q̃ lo estoruasse. Calle señorito, respondiò Preciosa, y encomiendese à Dios, que todo se harà bien, y sepa que yo no sè nada de lo que digo; y no es marauilla, q̃ como hablo mucho a bulto, acierte en alguna cosa, y yo querria acertar en persuadirte a que no te partiesses, sino que sosegasses el pecho, y te estuuiesses con tus padres, para darles buena vejez, porq̃ no estoy bien con estas tus idas y venidas a Flandes, principalmente los moços de tan tierna edad como la tuya. Dexate crecer vn poco, para que puedas lleuar los trabajos de la guerra, quanto masque harta guerra tienes en tu casa, hartos combates amorosos te sobresaltan el pecho. Sossiega, sossiega alborotadito, y mira lo que hazes antes que te cases, y danos vna limosnita por Dios, y por quien tu eres, que en verdad q̃ creo que eres bien nacido. Y si à esto se junta el ser verdadero, yo cantarè la gala al vencimiento de auer acertado en quanto te he dicho. Otra vez te he dicho niña (respondiò el D. Iuan, que auia de ser Andres Cauallero) que en todo aciertas, sino en el temor q̃ tienes, que no de

uo de ser muy verdadero, que en esto te engañas sin alguna duda, la palabra que yo doy en el campo, la cumplirè en la ciudad, y adonde quiera, sin serme pedida: pues no se puede preciar de cauallero quien toca en el vicio de mentiroso. Mi padre te darà limosna por Dios, y por mi, que en verdad que esta mañana di quanto tenia a vnas damas, que a ser tan lisongeras como hermosas, especialmente vna dellas, no me arriendo la ganancia. Oyendo esto Christina con el recato de la otra vez, dixo a las demas Gitanas, y niñas. Que me matẽ, si no lo dize por los tres reales de a ocho que nos diò esta mañana. No es assi, respondiò vna de las dos: porque dixo que eran damas, y nosotras no lo somos; y siendo él tan verdadero, como dize, no auia de mentir en esto. No es mentira de tanta consideracion, respondiò Christina, la que se dize sin perjuizio de nadie, y en prouecho, y credito del que la dize. Pero con todo esso veo, que no nos dà nada, ni nos mandan baiiar. Subiò en esto la Gitana vieja, y dixo: nieta acaba, que es tarde, y ay mucho que hazer, y mas q̃ dezir. Y que ay abuela, preguntò Preciosa, ay hijo, ò hija? hijo, y muy lindo, respondiò la vieja; ven Preciosa, y oirás verdaderas marauillas: plegue a Dios q̃ no muera de sobre parto, dixo Preciosa: todo se mirarà muy bien, replicò la vieja, quãto mas q̃ hasta aqui todo ha sido parto derecho, y el Infante es como vn oro: Ha parido alguna señora, preguntò el padre de Andres Cauallero? si señor, respondiò la Gitana, pero ha sido el parto tan secreto, que no le sabe sino Preciosa, y yo, y otra persona; y assi no podemos dezir quien es. Ni aqui lo queremos saber, dixo vno de los presentes: pero desdichada de aquella que en vuestras lenguas deposita su secreto, y en vuestra ayuda pone su honra. No todas somos malas, respondiò Preciosa, quizà ay alguna entre nosotras que se precia de secreta, y de verdadera, tanto quanto el hombre mas estirado que ay en esta sala: y vamonos abuela, que aqui nos tienen en poco; pues en verdad que no somos ladronàs, ni rogamos a nadie. No os enojeis, Preciosa, dixo el padre, que a lo menos de vos imagino que no se puede presumir cosa mala, que vuestro buen rostro os acredita, y sale por fiador de vuestras buenas obras. Por vida de Preciosita, que bayleis vn poco con vuestras compañeras, que aqui tengo vn doblon de oro de a dos caras, que ninguna es como la vuestra, aunque son de dos Reyes. Apenas huuo oido esto la vieja, quando dixo a niñas, haldas en cinta, y dad

contẽtò à estos señores. Tomò las sonajas Preciosa, y dierõ sus buelta, hizieron, y deshizieron todos sus laços, con tanto donayre, y desemboltura, q̃ tras los pies se llevauan los ojos de quantos la mirauan, especialmẽte los de Andres, que assi se ibã entre los pies de Preciosa, como si alli tuuieran el centro de su gloria: pero turbose la suerte de manera, que se la boluio en infierno: y fue el caso, que en la fuga del bayle, se le cayò a Preciosa el papel que la auia dado el paje? y apenas huuo caido, quando le alçò el que no tenia buen concepto de las Gitanas, y abriendole al punto, dixo: Bueno, sonetico tenemos, cesse el bayle, y escuchense, que segun el primer verso, en verdad que no es nada necio. Pesole a Preciosa, por no saber lo que en èl venia, y rogò que no lo leyessen, y que se le boluiessen? y todo el ahinco que en esto ponia, eran espuelas que aprimauan el deseo de Andres para oirle. Finalmente el Caualliero le leyò en alta voz, y era esto:

Quando Preciosa el pãdero te toca,
Y hiere el dulce son los aires vanos,
Perlas son q̃ derrama cõlas manos,
Flores son que despide de la boca.
Suspensa el alma, y la cordura loca,
Queda à los dulces actos sobre humanos.
Que de limpios, honestos, y de sanos,
Su fama al Cielo leba xado toca.

Colgados del menor de sus cabellos,
mil almas lleua, y à sus plãtas tiene
Amor rendidos vna, y otra flecha,
Ciega, y alũbra con sus soles bellos.
Su imperio amor por ellas le mãtiene
Y aun mas grandezas de su amor sospecha.

¶ Por Dios, dixo el que leyò el soneto, que tiene donayre el Poeta que le escriuiò. No es Poeta, señor, sino vn paje muy galan, y muy hombre de bien, dixo Preciosa. Mirad lo que aueis dicho Preciosa, y lo que vais a dezir, que essas no son alabanças del paje, sino alabanças que trasspassan el coraçon de Andres, que las escucha: sabeislo vos niña? pues bolued los ojos, y vereisle desmayado encima de la silla, con vn trasudor de muerte: ropa ponse os de zella, que os ama tan de burlas Andres, que no le hiera, y sobresalte el menor de vuestros descuidos. Llegaos à èl en hora buena, y dezilde algunas palabras al oido, que vayan derechas al coraçon, y le buelua de su desmayo. Nosotros andados atraer sonetos cada dia en vuestra alabança, y vereis quales los hazemos. Todo esto passò assi como se ha dicho, que Andres en oyendo el soneto, mil zelosas imaginaciones le sobresaltaron: no se desmayò, pero perdio la color de manera, que viendole su padre, le dixo: Que tienes D. Andres, que pareces va s a desmayar, segun que se te ha mudado el color? Esperense, dixo a essa sazon Preciosa, dexenme dezir vnas ciertas palabras al oido, y veran como no se desmaya. Y llegandose a èl, le dixo casi sin mouer los labios: gentil animo para Gitono, como podreis Andres sufrir el tormento de toca, pues no podeis lleuar el de vn papel? y haziendole media dozena de Cruzes sobre el coraçõ, se apartò del, y entonces Andres respirò vn poco, y dio a entender, que las palabras de Preciosa le auian aprouechado: finalmente el doblon de dos caras se le dieron a Preciosa, y ella dixo à sus compañeras, que lo trocaria, y repartiria con ellas hidalgamẽte. El padre de Andres la dixo, que le dexasse por escrito las palabras que auia dicho a don Andres, que las queria saber en todo caso. Ella dixo, que las diria de muy buena gana, y que entendiessen que aunque parecian cosa de burla, tenian gracia especial para preseruar del mal de coraçon, y los vaguidos de cabeça, y que las palabras eran:

CAbezita, cabezita,
Tente en ti no te resvales,
Y apareja dos puntales
De la paciencia bendita:
Solicita
La bonita,
Confiancita,
No te inclines
A pensamientos ruines,
Veras cosas,
Que te toquen en milagrosas,
Dios delante,
Y San Christoual gigante.

Con la mitad de estas palabras que le digan, y con seis Cruzes que le hagan sobre el coraçõ a qualquiera persona que tuuiere vaguidos de cabeça, dixo Preciosa, quedarà como vna mançana. Quando la Gitana vieja oyò el ensalmo, y el embuste, quedò passmada, y mas lo quedò Andres, que viò que todo era inuencion de su ingenio. Quedaronse con el sonero, porque no quiso pedirle Preciosa, por no dar otro tarrago a Andres, que ya sabia ella, sin ser enseñada, lo que era dar sustos, martelos, y sobresaltos celosos a los rendidos amantes. Despidieronse las Gitanas, y al irse, dixo Preciosa a Don Iuan: Mire señor, qualquiera dia de esta semana esprospera para partidas, y ninguno es aciago, apresure el irse lo mas presto que pudiere, que le aguarda vna vida ancha, libre, y muy gustosa si quiere acomodarse a ella. No es tan libre la del soldado, a mi parecer, respondio D. Iuan, que no tenga mas de sujecion, que de libertad: pero con todo esso yo hare como viere. Mas vereis de lo que pensais, le respondiò Preciosa, y ruego a Dios os lleue, y traiga con bien, como

mo vuestra buena presencia merece. Cõ estas vltimas palabras quedò contento Andres, y las Gitanas se fueron contentissimas: trocaron el doblon, repartieronle entre todos igualmente, aunque la vieja guardiana lleuaua siempre parte, y media de lo que se juntaua: assi por la mayoridad, como por ser ella aguja por quien se guiauan en el maremagno de sus bayles, donayres, y aun de sus embustes. Llegose en fin el dia que Andres Cauallero se apareciò vna mañana en el primer lugar de su aparecimiento, sobre vna mula de alquiler, sin criado alguno: hallò en èl a Preciosa, y a su abuela, de las quales conocido, le recibieron con mucho gusto. El les dixo, que le guiassen al rancho, antes que entrasse el dia, y con èl se descubriessen las señas que lleuaua, si acaso le buscassen: ellas, que como aduertidas, vinieron solas, dieron la buelta, y de allia poco rato llegaron a sus barracas: entrò Andres en la vna, que era la mayor del rancho, y luego acudieron a verle diez, ò doze Gitanos, todos moços gallardos, y bien hechos, a quien ya la vieja auia dado cuẽta del nueuo compañero que les auia de venir, sin tener necessidad de encomendarles el secreto, que como ya se ha dicho, ellos le guardan con sagacidad, y puntualidad nunca vista: echaron luego ojo a la mula, y dixo vno dellos: Esta se podrà vẽder èl lueues en Toledo. Esso no, dixo Andres, porque no ay mula de alquiler que no sea conocida de todos los moços de mulas que traginan por España. Par-Dios señor Andres, dixo vno de los Gitanos, que aunque la mula tuuiera mas señales que las que han de preceder el dia tremendo, aqui la transformaramos de manera, que no la conociera la madre que la pario, ni el dueño que la ha criado. Con todo esso, respondiò Andres, por esta vez se ha de seguir, y tomar el parecer mio: A esta mula se ha de dar muerte, y ha de ser enterrada donde aun los huessos no parezcã. Pecado grãde, dixo otro Gitano, a vna inocente se ha de quitar la vida? No diga tal el buen Andres, sino haga vna cosa: mirela bien aora, de manera q̃ se le quedẽ estampadas todas sus señales en la memoria, y dexemela llevar a mi, y si de aqui a dos horas la conociere, que me lardeen como a negro fugitiuo. En ninguna manera consentirè, dixo Andres, que la mula no muera, aunque mas me asseguren su transformacion: yo temo ser descubierto si a ella no la cubre la tierra: y si se haze por el prouecho que de vẽder la puede seguirse, no vengo tan desnudo a esta cofradia, que no pueda pagar de entrada mas de lo que valen quatro mulas. Pues assi lo quiere el señor Andres Cauallero, dixo otro Gitano, muera la sin culpa, y Dios sabe si me pesa, assi por su mocedad, pues aun no ha cerrado, cosa no vsada entre mulas de alquiler, como porque deue ser andariega, pues no tiene costras en las hijadas, ni llagas de la espuela. Dilatose su muerte hasta la noche, y en lo que quedaua de aquel dia, se hizieron las ceremonias de la entrada de Andres a ser Gitano, que fueron. Desembaraçaron luego vn rancho de los mejores del aduar, y adornaronle de ramos, y juncia, y sentose Andres sobre vn medio alcorñoque, pusieronle en las manos vn martillo, y vnas tenazas, y al son de dos guitarras que dos Gitanos tañian, le hizieron dar dos cabriolas, luego le desnudaron vn braço, y con vna cinta de seda nueua, y vn garrote, le dierron dos buelras blandamente. A todo se hallò presente Preciosa, y otras muchas Gitanas viejas, y moças, que las vnas con marauilla, otras con amor le mirauan, tal era la gallarda disposicion de Andres, que hasta los Gitanos le quedaron aficionadissimo. Hechas pues las referidas ceremonias, vn Gitano viejo tomò por la mano a Preciosa, y puesto delante de Andres, dixo: Esta muchacha, q̃ es la flor, y la nata de toda la hermosura de las Gitanas, que sabemos que viuen en España, te la entregamos, ò ya por esposas, ò ya por amiga, que en esto puedes hazer lo que fuere mas de tu gusto, porque la libre, y ancha vida nuestra, no està sugeta a melindres, ni a muchas ceremonias: mirala bien, y mira si te agrada, ò si ves en ella alguna cosa que te descontẽte, y si la ves, escoge entre las donzellas, que aqui estan, la que mas te contentare, que la que escogieres te darèmos; pero has de saber, que vna vez escogida, no la has de dexar por otra, ni te has de empachar, ni entrometer, ni con las casadas, ni con las donzellas. Nosotros guardamos rigurosa, y inuiolablemente la ley de la amistad: ninguno solicita la prẽda q̃ es del otro: libres viuimos de la amarga pestilencia de los zelos: entre nosotros, aunque ay muchos incestos, no ay ningun adulterio, y quando le ay en la muger propia, ò alguna bellaqueria en la amiga, no vamos à la justicia à pedir castigo, nosotros somos los juezes, y los verdugos de nuestras esposas, ò amigas, con la misma facilidad las matamos, y las enterramos por las montañas: y desiertos, como si fueran animales nocuos: no ay pariente que las vengue, ni padres que nos pidã su muerte. Con este temor, y miedo, ellas pro-

Universidad de Puerto Rico Biblioteca

pre cura r ser castas y nosotros (como ya he dicho) viuimos seguros. Pocas cosas tenemos que no sean comunes à todos, excepto la muger, ò la amiga, que queremos q̃ cada vna sea del que le cupo en suerte: entre nosotros assi haze diuorcio la vejez, como la muerte: el que quisiere, puede dexar la muger vieja, como èl sea moço, y escoger otra que corresponda a su gusto de sus años. Con estas, y cõ otras leyes, y estatutos nos cõseruamos, y viuimos alegres: somos señores de los campos, de los sembrados, de los mõtes, de las fuentes, y de los rios. Los montes nos ofrecen leña de valde, los arboles fruta, las viñas vuas, las huertas hortaliza, los rios pezes, y los vedados caça, sombra las peñas, ayre fresco las quiebras, y casas las cuevas. Para nosotros las inclemencias del Cielo son oreos, refrigerio las nieues, baños la lluuia, musicas los truenos, y hachas los relampagos. Para nosotros son los duros terrones, colchones de plumas: el cuero curtido de nuestros cuerpos, nos sirue de arnès impetrable, que nos defiende: à nuestra ligereza no la impidẽ grillos, ni la detienẽ barrãcos, ni la contrastã las paredes: a nuestro animo no le tuercen cordeles; ni le ahogã tocas, ni le domã potros. Del si, al no, no hazemos diferencia, quando nos conuiene: siempre nos preciamos mas de martires, que de confessores. Para nosotros se crian las bestias de carga en los campos, y se cortan las faldriqueras en las Ciudades. No ay aguila, ni ninguna otra aue de rapiña, q̃ mas presto se abalance a la presa que se le ofrece que nosotros nos abalançamos a las ocasiones q̃ algun interes nos señalen: y finalmente tenemos muchas habilidades que felize fin nos promenten, por q̃ en la carcel cantamos, en el potro callamos: de dia trabajamos, y de noche hurtamos, ò por mejor dezir, auisamos que nadie viua descuidado de mirar donde pone su hazienda. No nos fatiga el temor de perder la honra, ni nos desvela la ambicion de acrecentarla, ni sustentamos vandos, ni madrugamos a dar memoriales, ò acompañar magnates, ni a solicitar fauores. Por dorados techos, y suntuosos palacios estimamos estas barracas, y mobiles ranchos: por quadros, y paises de Flandes, los que nos da la naturaleza en estos leuantados riscos, y eleuadas peñas, rendidos prados, y espesos bosques, que a cada passo a los ojos se nos muestran. Somos Astrologos rusticos, porque como casi siempre dormimos al cielo descubierto, a todas horas sabemos las que son del dia, y las que son de la noche

che, vemos como arrincona, y barre la Aurora las estrellas del cielo, y como ella sale con su compañera la Alua, alegrando el ayre, enfriando el agua, y humedeciendo la tierra, y luego tras ella el Sol dorando cũbres (como dixo el *Poeta*) y rizando mortes; ni tememos quedar elados por su ausencia quando nos hiere al soslayo con sus rayos, ni quedar abrasados quando con ellos perpendicularmente nos toca. Vn mismo rostro hazemos al Sol, que al yelo, à la esterilidad, que à la abundancia. En conclusion somos gente que viuimos por nuestra industria, y pico, y sin entremeternos con el antiguo refran, Glesia, ò Mar, ò casa Real: tenemos lo que queremos, pues nos contentamos cõ lo que tenemos. Todo esto os he dicho generoso mancebo, porque no ignoreis la vida à que aueis venido, y el trato que aueis de professar: el qual os he pintado aqui en borron, que otras muchas cosas ireis descubriendo en el, con el tiempo no menos dignas de consideracion que las que aueis oido. Callò en diziendo esto el elocuente, y viejo Gitano, y el nouicio dixo, que se holgaua mucho de auer sabido tan loables estatutos, y que èl pensaua hazer profession en aquella orden tan puesta en razon, y en politicos fundamentos, y que solo le pesaua no auer venido mas presto en conocimiento de tan alegre vida, y que desde aquel punto renunciaua la profession de Caualliero, y la vanagloria de su ilustre linage, y lo ponia todo debaxo del yugo, ò por mejor dezir debaxo de las leyes, con que estos viuian, pues con tan alta recompensan le satisfacian el deseo de seruirlos, entregandole à la diuina Preciosa, por quien èl dexaria muchas Coronas, y dilatados Imperios, y solo los desearia, para seruirla. A lo qual respondiò Preciosa: puesto que estos señores legisladores han hallado por sus leyes, que he de ser, y soy tuya; y que por tuya te me han entregado, yo he hallado por la ley de mi voluntad, que es la mas fuerte de todas, que no quiero serlo, sino es con las condiciones que antes que aqui vinicsses, y entre los dos concertamos: dos años bas de viuir en nuestra compañia primero que de la mia gozes; porque tu no te arrepẽtas por ligero, ni yo quede engañada por presurosa. Condiciones rompen leyes, la que te he puesto sabes, si las quieres guardar, podrà ser q̃ sea tuya, y tu seas mio, y dõde no, aun no es muerta la mula, tus vestidos estàn enteros, y de tus dineros no te falta vn ardite: la ausencia

que

que has hecho, no ha sido aun de vn dia, que de lo que dèl falta te puedes seruir, y dar lugar que consideres lo que mas te conuiene. Estos señores bien pueden entregarte mi cuerpo; pero no mi alma, que es libre, y nacio libre, y ha de ser libre en tanto que yo quisiere. Si te quedas, te estimarè en mucho; si te buelues no te tendrè en menos, porque a mi parecer los impetus amorosos corren a rienda suelta, hasta que encuentran con la razon, ò con el desengaño, y no querria yo que fuessès tu para conmigo, como es el caçador, que en alcançando la liebre que sigue, la coge, y la dexa, por correr tras de otra que le huye; ojos ay engañados, que a la primera vista tambien les parece el oropel, como el oro; pero à poco rato bien conocen la diferencia q̃ ay al de lo fino a lo falso. Esta mi hermosura que tu dizes que tengo, que la estimas sobre el Sol, y la encareces sobre el oro, que sè yo, si de cerca te parecerà sombra, y tocada caeràs en que es de alquimia. Dos años te doy de tiẽpo para que tantees, y ponderes lo que serà bien que escojas, ò serà justo que desseches: que la, prenda vna vez comprada, nadie se puede deshazer della, sino con la muerte, bien es que aya tiempo, y mucho para miralla, y ver en ella las faltas, que tiene, que yo no me rixo por la barbara licencia que estos mis parientes se han tomado de dexar las mugeres, ò castigarlas quando se les antoja. Y como yo no pienso hazer cosa que lla me al castigo, no quiero tomar compañia que por su gusto me desseche. Tienes razon, *Preciosa*, dixo a este punto Andres, y assi si quieres que asse gure tus temores, y menoscab tus sospechas, jurandote, qu no faldrè vn punto de las orde nes, que me pusieres, mira qu juramento quieres que haga, què otra seguridad puedo da te, que a todo me hallaràs di puesto. Los juramentos, y pro mesas que haze el cautiuo, por que le den libertad, pocas ve zes se cumplen con ella, dix *Preciosa*, y assi son, segun pien so, los del amante, que por con seguir su deseo, prometen à l alas de Mercurio, y los rayos d Iupiter; como me prometiò mi vncierto *Poeta*, y juraua p la laguna Estigia. No quiero j ramentos, señor Andres, ni qui ro promessas, solo quiero remi tirlo todo à la experencia del te nouiciado, y a mi se me que dará el cargo de guardarm quando vos le tuuieredes d ofenderme. Sea assi, respond Andres; solo vna cosa pido a e tos señores, y cõpañeros mio y es, que no me fuercen a q hurte ninguna cosa por tiem de vn mes si quiera, porque me parece que no he de acertar a ser ladron, si antes no preceden muchas liciones. Calla hijo, dixo el Gitano viejo, que aqui te industriaremos de manera que salgas vn aguila en el oficio, y quando le sepas has de gustar grandemente del, de modo que te comas las manos tras èl. Ya es cosa de burla salir vacio por la mañana, y boluer cargado a la noche al rancho? De açotes he visto yo boluer a algunos de essos vazios, dixo Andres. No se toman truchas a bragas enjutas, replicò el viejo; todas las cosas desta vida estàn sujetas a diuersos peligros, y las acciones del ladron al de las galeras, açotes, y horca: pero no porque corra vn nauio tormenta, ò se anegue, han de dexar los otros de nauegar: Bueno seria, que porque la guerra come los honbres, y los cauallos, dexasse de auer soldados; quanto mas que el que es açotado por justicia entre nosotros, es tener vn abito en las espaldas, que le parece mejor que si le traxesse en los pechos, y de los buenos. El toque està no acabar cozeando al ayre en la flor de nuestra juuentud: y a los primeros delitos, q̃ el mosqueo de las espaldas, ni el apalear el agua en las galeras, no lo estimamos en vn cacao. Hijo Andres, repo adaora en el nido debaxo de nuestras alas, q̃ a su tiempo es sacarèmos a bolar, y en parte donde no boluias sin presa, y lo dicho dicho, q̃ os aueis de lamer los dedos tras cada hurto. Pues para recompensar, dixo Andres, lo que yo podia hurtar en este tiempo; q̃ se me dà de venir, quiero repartir dozientos escudos entre todos los del rancho. Apenas huuo dicho esto, quando arremetieron a èl muchos Gitanos, y leuãtãdole en los braços, y sobre los ombros, le cãtauan el vitor, vitor, y el grande Andres, añadiendo: y viua, viua Preciosa, amada prenda suya. Las Gitanas hizieron lo mismo con Preciosa, no sin embidia de Christina, y de otras Gitanillas, q̃ se hallaron presentes, que la embidia tambien se aloja en los aduares de los barbaros, y en las choças de pastores, como en Palacios de Principes; y esto de ver medrar al vezino, que me parece que no tiene mas meritos que yo, fatiga. Hecho esto, comieron largamente: repartiose el dinero prometido cõ equidad, y justicia; tenouaronse las alabanças de Andres; subieron al cielo la hermosura de Preciosa. Llego la noche, acocotaron la mula, y enterraronlo de modo q̃ quedò seguro Andres de ser por ella descubierto, y tambien enterrarõ cõ ella sus alhajas, como fueron silla, freno, y cinchas, a yso de los Indios; q̃ se-

sepultan con ellos sus mas ricas preseas. De todo lo que auia visto, y de los ingenios de los Gitanos, quedò admirado Andres, y con proposito de seguir su empressa, sin entremeterse nada en sus costumbres, ó a lo menos escusarlo por todas las vias que pudiesse, pensando essentarse de la jurisdicion de obedecerlos en las cosas injustas q̃ le mandassen, a costa de su dinero. Otro dia les rogò Andres q̃ mudassen de sitio, y se alexassen de Madrid, porque temia ser conocido si allí estaua: ellos dixeron que ya tenian determinado irse a los montes de Toledo, y desde alli correr, y garramar toda la tierra circunvecina. Leuantaron, pues, el rancho, y dieronle a Andres vna pollina en que fuesse, pero èl no la quiso, sino irse apie, siruiendole de lacayo a Preciosa, que sobre otra iba. Ella contentissima de ver como triunfaua de su gallardo escudero: y el ni mas, ni menos de ver junto à si à la que auia hecho señora de su alvedrio. O poderosa fuerça deste que llaman dulce dios de la amargura (titulo que le ha dado la ociosidad, y el descuido nuestro) y con que veras nos auasallas! Caualleroes Andres, moço de muy buen entendimiento, y criado en la Corte, y con el regalo de sus ricos padres; y desde ayer acà ha hecho tal mudança, que engañò à sus criados, y a sus amigos: desdò las esperanças que sus padres en èl tenian: dexò el camino de Flandes, donde auia de exercitar el valor de su persona, y acrecentar la honra de su linage, y se vino a postrar a los pies de vna muchacha, y a ser su lacayo: que puesto que hermosissima, en fin era Gitana, priuilegio de la hermosura traer al redopelo, y por la mano à sus pies à la voluntad de essenta. De alli à quatro dias llegaron à vna alegre, y fresca aldea, dos leguas de la gran Toledo, donde assentaron su aduar, dando primero algunas prendas de plata al Alcalde del pueblo, en fianças de que en èl, en todo su termino no hurtarian ninguna cosa, ni harian otro daño alguno, de que contra essos se pudiesse formar querella. Hecho esto, todas las Gitanas viejas, y algunas moças de los Gitanos, se esparcieron por todos los lugares, ò a lo menos apartados por quatro, ò cinco leguas de aquel donde auia assentado su Real. Fue cõ ellas Andres a tomar la primera leccion de ladron; pero aunque vieron muchas en aquella salida, ninguna se le assentò, ante correspondiendo a su buena sangre, con cada hurto que se maestros hazian, se le arrãcaua à èl el alma: y tal vez hurtaua que pagò de su dinero los hurtos que sus compañeros auian

hecho, conmouido de las lagrimas de sus dueños: de lo qual los Gitanos se desesperauan, dizierdole, que era contrauenir a sus estatutos, y ordenanças que prohibian la entrada a la caridad en sus pechos, la qual en temiendola, auian de dexar de ser ladrones, cosa que no les estaua bien en ninguna manera. Viendo, pues esto Andres, dixo, que el queria hurtar por si solo, sin ir en compañia de nadie. Porque para huir del peligro tenia ligereza, y para cometerle no le faltaua el animo: assi que el premio, ò el castigo de lo que hurtasse, queria que fuesse solo suyo. Procuraron los Gitanos disuadirle de su buen proposito, dizierdole, que le podrian suceder ocasiones, donde fuesse necessaria la compañia: assi para acometer, como para defenderse: y que vna persona sola no podia hazer grandes presas. Pero por mas que dixeron, Andres quiso ser ladron solo, y señor, con intencion de apartarse de la quadrilla, y comprar por su dinero alguna cosa que pudiesse dezir que la auia hurtado, y deste modo cargar lo que menos pudiesse sobre su conciencia. Viendo, pues, desta industria, en menos de vn mes traxo mas prouecho a la compañia, que traxeron quatro de los mas estirados ladrones della, de que no poco se holgaua Preciosa, viendo a su tierno amante tan lindo, y tan despejado ladron: pero con todo esso estaua tan temerosa de alguna desgracia, que no quisiera ella verle en afrenta por todo el tesoro de Venecia, obligada a tenerle aquella buena voluntad, los muchos seruicios, y regalos, que su Andres le hazia. Poco mas de vn mes se estuuieron en los terminos de Toledo, donde hizieron su Agosto, aunque era por el mes de Setiembre: y desde alli se entraron en Estremadura, por ser tierra rica, y caliente. Passaua Andres con Preciosa honestos, y enamorados coloquios: y ella poco a poco se iba enamorando de la discrecion, y buen trato de su amante; y èl del mismo modo, si pudiera crecer su amor fuera creciendo, tal era la honestidad, discrecion, y belleza de su Preciosa. A do quiera que llegauan, èl se lleuaua el premio, y las apuestas de corredor, y de saltar mas que ninguno: jugaua a los bolos, y a la pelota estremadamente: tirauala barra con mucha fuerça: y singular destreza: finalmente en poco tiempo bolò su fama por toda Estremadura, y no auia lugar donde no se hablasse de la gallarda disposicion del Gitano Andres Cauallero, y de sus gracias, y habilidades: y al par desta fama, corria la de la hermosura de la Gitanilla, y no auia Villa, lugar, ni aldea, donde

de no lo llamassen, para regozijar las fiestas votiuas suyas, ò para otras particulares regozijos. Desta suerte iba el aduar rico, prospero, y contento; y los amantes gozosos con solo mirarse. Sucediò, pues, que teniendo el aluar entre vnas encinas, algo apartado del camino, oyeron vna noche, casi a la mitad della, ladrar sus perros con mucho ahinco, mas de lo que acostumbrauan; salieron algunos Gitanos, y con ellos Andres, a ver a quien ladrauan, y vieron que se defendia, dellos vn hombre vestido de blanco, a quien tenian los perros assido de vna pierna: llegaron, y quitaronle, y vno de los Gitanos le dixo: Quien diablos os truxo por aqui hõbre, a tales horas, y fuera de camino? venis a hurtar por venturas? porque en verdad que aueis llegado a buen puerto. No vengo a hurtar, dixo el mordido, ni sè si vengo, ò no fuera de camino, aunque bien veo que, vengo descaminado: pero dezidme señores, està por aqui alguna venta, ò lugar, donde pueda recogerme esta noche, y curarme de las heridas q estos perros me han hecho? No ay lugar, ni venta donde podamos encaminaros (respondiò Andres) mas para curar vuestras heridãs, y alexaros esta noche no os faltarà comodidad en nuestros ranchos, venios con nosotros, que aunque somos Gitanos, no lo parecemos en la caridad. Dios la vse con vosotros, respondiò el hõbre: lle badme a donde quisierdes, q̃ el dolor desta pierna me fatiga mucho. Llegòse a èl Andres, y algunos de los otros Gitanos cariatiuos (q̃ aun entre los demonios ay vnos peores que otros, y entre muchos malos hombres, suele auer algun bueno) y entre ellos le lleuaron. Hazia la noche clara con la Luna, demanera que pudieron ver que el hombre era mozo de gentil rostro, y talle, y venia vestido todo de blanco y atrauesado por las espaldas, ceñida a los pechos vna como camisa, ò talega de lienço. Llegaron a la barraca, ò toldo de Andres, y con presteza encendieron lumbre, y luz: y acudio luego la abuela de Preciosa a curar el herido, de quien ya auian dado quenta. Tomò algunos pelos de los perros, frios en azeite, y labando primero con vino dos mordeduras que tenia en la pierna izquierda, le puso los pelos con azeyte en ellas, y encima vn poco de romero verde mascado. Hiòselo muy bien con paños limpios, y santiguòle las heridas, y dixole: dormid amigo que con el ayuda de Dios no serà nada. En tanto que curauan al herido, estaua Preciosa delante, y estuuole mirando ahincadamente, y lo mismo hazia èl a ella, de modo que Andres echò de ver en la atencion con que el moço la mirauа: pero echolo a que la mucha hermosura de Preciosa se lleuaua tras si los ojos. En resolucio despus de curado el moço, le dexaron solo sobre vn lecho de heno seco: y por entonces no quisierõ preguntarle nada de su camino, ni de otra cosa. Apenas se apartarõ del, quãdo Preciosa llamò à Andres aparte, y le dixo: acuerdaste Andres de vn papel q̃ se me cayò en tu casa, quãdo baylaua cõ mis cõpañeras, q̃ segun creo te diò vn mal rato? si acuerdo, respondiò Andres, y era vn soneto en tu alabança, y no malo. Pues has de saber Andres (respõdiò Preciosa) que el que hizo aquel soneto es esse moço dormido, q̃ dexamos en la choça, y en ninguna manera me engaño, porq̃ me hablo en Madrid dos, ò tres vezes, y aun medio vn Romance muy bueno: alli andaua a mi parecer como paje, mas no de los ordinarios, sino de los fauorecidos de algun Principe. Y en verdad te digo Andres, que el moço es discreto, bien razonado, y sobremanera honesto, y no sè que pueda imaginar de esta su venida, y en tal trage. Què puedes imaginar, Preciosa, respondio Andres? ninguna otra cosa, sino q̃ la misma fuerça q̃ a mi me ha hecho Gitano, le ha hecho a èl parecer mosquetero, y venir a buscarte. Ha Preciosa, Preciosa, y como se và descubriendo que te quieres preciar de tener mas que vn rendido: y si esto es assi, acabame a mi primero, y luego matarás à èlle otro, y no quieras sacrificarnos juntos en las aras de tu engaño, por no dezir de tu belleza. Valgame Dios, respondiò Preciosa, Andres, y quan delicado andas, y quan de vn sutil cabello tienes colgadas tus esperanças, y mi credito; pues con tanta facilidad te ha penetrado el alma la dura espada de los zelos. Dime Andres, si esto tuuiera artificio ò engaño alguno, no supiera yo callar, y encubrir quien era este moço. Soy tan necia por ventura, q̃ te auia de dar ocasion de poner en duda mi bondad, y buen termino. Calla Andres por tuvida, y mañana procura sacar del pecho deste tu assombro, adonde và, ò a lo que viene; podrà ser que estuuiesse engañada tu sospecha, como yo no lo estoy del que sea el que he dicho. Y para mayor satisfacion tuya, pues ya he llegado a terminos de satisfacerte, de qualquier manera, y con qualquier intencion que este moço venga, despidele luego, y haz que se vaya, pues todos los de nuestra parcialidad te obedecen, y no avrà nin-

guno, que contra tu voluntad le quiera dar acogida en su rācho: y quando esto assi no suceda, yo te doy mi palabra de no salir del mio, ni dexarme ver de sus ojos, ni todos aquellos que tu quisieres que no me vean. Mira Andres, no me pesa a mi de verte zeloso; pero pesarme ha mucho si te veo indiscreto. Como no me veas loco, Preciosa, respondiò Andres, qualquiera otra demonstracion serà poca, ò ninguna, para dar à entender a donde llega, y quanto fatiga la amarga, y dura presuncion de los zelos; pero con todo esso yo harè lo que me mandas, y sabrè que es lo que este señor page, y Poeta quiere, a donde và, y què es lo que busca, que podrà ser que por algun hilo, que sin cuydado muestre, sacasse yo todo el ouillo, con q̃ temo viene à enredarme. Nunca los zelos, à lo que imagino, dexan el entendimiento desembaraçado, para que pueda juzgar las cosas, como ellas son: siempre miran los zelos con antojos de allende, que hazen grandes las cosas pequeñas, los enanos gigantes, y las sospechas verdades: por tu vida, y por la mia, que procedas en esto, y en todo lo que tocare à nuestros conciertos, cuerda, y secretamente, q̃ si assi lo hizieres, bien sè que me has de conceder la palma de honesta, y recatada, y de verdadera en todo extremo. Con esto se despidiò de Andres, y el se quedò esperando el dia para tomar la confession al herido, llena de turbacion el alma, y de mil contrarias imaginaciones; no podia creer, sino que aquel page auia venido alli, traido de la hermosura de Preciosa, porque piensa el ladron que todos son de su condicion. Por otra parte la satisfacion que Preciosa le auia dado, le parecia ser de tanta fuerça, que le obligaua a viuir seguro, y a dexar en las manos de su bondad toda su ventura. Llegòse el dia, visitò al mordido, preguntòle como se llamaua, donde iba, y como caminaua tan tarde, y tan fuera de camino: aunque primero le preguntò, como estaua, y si se sentia sin dolor de las mordeduras. A lo qual respondiò el moço, que se hallaua mejor, y sin dolor alguno, de manera que podia ponerse en camino. A lo de dezir su nombre, y à donde iba, no dixo otra cosa, sino que se llamaua Alonso Hurtado, y que iba à nuestra Señora de la Peña de Francia, à vn cierto negocio y que por llegar con breuedad caminaua de noche, y que la passada auia perdido el camino, y acaso auia dado con aquel aduar, donde los perros que la guar-

guardauan, le auian puesto de el modo que auia visto. No le pareciò à Andres legitima esta declaracion, sino muy bastarda, y de nuevo boluieron à hazerle cosquillas en el alma sus sospechas, y assi le dixo: hermano, si yo fuera juez, y huuierades caido debaxo de mi jurisdicion por algun delito, el qual pidiera que se os hizieran las preguntas que yo os he hecho, la respuesta que me aueis dado obligara que os apretara los cordeles. Yo no quiero saber quien sois, como os llamais, ò à donde vais; pero aduiertoos, que si os conuiene mentir en este vuestro viage, mintais con mas apariencia de verdad. Dezis que vais à la Peña de Frãcia, y la dexais a mano derecha, mas atras deste lugar donde estamos bien treinta leguas. Caminais de noche por llegar presto, y vais fuera de camino, por entre bosques, y encinares, que no tienen sendas apenas, quanto mas caminos. Amigo, leuantaos, aprended à mentir, y andad en hora buena; pero por este buen auiso que os doy, no me direis vna verdad? Que si direis, pues tan mal sabeis mentir. Dezidme, sois por ventura vno que yo he visto muchas vezes en la Corte, entre page, y Cauallero, que tenia fama de ser gran Poeta? Vno que hizo vn Romance, y vn Soneto à vna Gitanilla, que los dias passados andaua en Madrid, y era tenida por singular en la belleza? Dezidmelo, que yo os prometo por la fee de Cauallero Gitano, de guardaros el secreto que vos vieredes, que os conuiene. Mirad, que negarme la verdad, de que no sois el que yo digo, no lleuaria camino, porque este rostro que yo veo aqui, es sin duda el que yo vi en Madrid, que la fama de vuestro entendimiento me hizo muchas vezes que os mirasse como à hombre raro, è insigne: y assi me quedò en la memoria vuestra figura, que os he venido a conocer por ella, aun puesto en el diferente trage en que estais agora, de el que yo os vi entonces. No os turbeis, animaos, y no penseis que aueis llegado à vn pueblo de ladrones, sino à vn asilo, que os sabrà guardar, y defender de todo el mundo. Mirad, yo imagino vna cosa, y si es assi como la imagino, vos aueis topado con vuestra buena suerte, en auer encontrado conmigo. Lo que imagino es, que enamorado de Preciosa, aquella hermosa Gitana, à quien hizistes los versos, aueis venido à buscarla, por loque yo no os tendrè en menos, sino en mucho mas: que aunque Gitano, la experien-

riencia me ha mostrado adonde se estiende la poderosa fuerça de amor, y las transformaciones que haze hazer a los que coge debaxo de su jurisdicion, y mando: si es esto assi, o no creo que sin duda lo es, aqui està la Gitana. Si, aqui està, que yo la vi anoche, dixo el mordido: razon con que Andres quedò como difunto, pareciendole que auia salido al cabo con la confirmacion de sus sospechas: anoche la vi, tornò a dezir el moço; pero no me atreui à dezir quien era, porque no me conuenia. De essa manera, dixo Andres, vos sois el Poeta que yo he dicho. Si soy, replicò el mancebo, que no lo puedo, ni quiero negar, quizà podrà ser, que adonde he pensado perderme, huuiesse venido a ganarme, si es que ay fidelidad en las seluas, y buen acogimiento en los montes. Ay le sin duda, respondio Andres, y entre nosotros los Gitanos, el mayor secreto de el mundo. Con esta confiança podeis, señor, descubrirme vuestro pecho, que hallareis en el mio lo que vereis, sin doblèz alguno; la Gitanilla es parienta mia, y està sugeta à lo que yo quisiere hazer della, si la quisieredes por esposa, yo, y todos sus parientes gustaremos de ello: y si por amiga, no vsaremos de ningun melindre, con tal que tengais dineros, porque la codicia por jamàs sale de nuestros ranchos. Dineros traigo, respondiò el moço: en estas mangas de camisa que traigo ciñidas por el cuerpo, vienen quatrocientos escudos de oro. Este fue otro susto mayor que recibio Andres, viendo que el traer tanto dinero, no era sino para conquistar, ò comprar su prenda: y con la legua ya turbada, dixo: buena cantidad es essa, no ay sino descubriros, y manos a labor, que la muchacha, que no es nada boba verà quan'bien le està ser vuestra. Ay amigo, dixo a esta sazon el moço, quiero que sepais, que la fuerça que me ha hecho mudar de traje, no es la de amor que vos dezis, ni de desear a Preciosa, que hermosas tiene Madrid, que pueden, y saben robar los coraçones, y rendir las almas tan bien, y mejor que las mas hermosas Gitanas, puesto que confiesso, que la hermosura de vuestra parienta, a todas las que yo he visto se auentaja. Quien me tiene en este trage a pie, y mordido de perros, no es amor, sino desgracia. Con estas razones que el moço dezia, iba Andres cobrando los espiritus perdidos, pareciendole que se encaminaua a otro paradero del que èl se imaginaua: y deseoso de salir de aquella confusion, boluiò a reforçarse

çarse a la seguridad, con que podia descubrirse, y assi el prosiguiò, diziendo: Yo estaua en Madrid en casa de vn Titulo, aquien seruia, no como a señor, sino como a pariente; este tenia vn hijo vnico, y heredero suyo, el qual assi por el parentesco, como por ser ambos de vna edad, y de vna condicion misma, me trataua con familiaridad, y grande amistad. Sucediò, que este Caualiero se enamorò de vna doncella principal, a quien el escogiera de bonissima gana para su esposa, si no tuuiera la voluntad sugeta, como buen hijo, a la de sus padres, que esperauan a casarle mas altamente; pero con todo esso la seruia a hurto de todos los ojos, que pudieran con las lenguas sacar a la plaça sus deseos, solos los mios eran testigos de sus intentos. Vna noche que deuia auer escogido la desgracia para el caso que agora os diré; passando los dos por la puerta desta señora, vimos arrimados a ella dos hombres, al parecer de buen talle, quiso reconocerlos mi pariente, y a penas se encaminò àzia ellos, quando echaron con mucha ligereza mano a las espadas, y a los broqueles, y se vinieron a nosotros; que hizimos lo mismo, y con iguales armas nos acometimos: durò poco la pendencia, porque no durò mucho la vida de los dos contrarios, que de dos estocadas, que guiaron los zelos de mi pariente, y la defensa que yo le hazia, las perdieron: caso estraño, y pocavezes visto! Triunfando, pues, de lo que no quisieramos boluimos a casa, y secretamente (tomando el dinero que pudimos) nos fuimos a San Geronimo, esperando el dia, que descubriesse lo sucedido, y las presunciones que se tenian de los matadores. Supimos que de nosotros no auia indicio alguno, y aconsegaronos los prudentes Religiosos que nos boluiessemos a casa, y que no diessemos, ni despertassemos con nuestra ausencia alguna sospecha contra nosotros. Y ya que estauamos determinados de seguir su parecer, nos auisaron, que los señores Alcaldes de Corte auian preso en su casa a los padres de la doncella, y a la misma doncella, y que entre otros criados a quien tomaron la confesion, vna criada de la señora dixo, como mi pariente passeaua a su señora de noche, y de dia: y que con este indicio auian acudido a buscarnos, y no hallandonos, sino muchas señales de nuestra fuga, se confirmò en toda la Corte ser nosotros los matadores de aquellos dos Caualleros, que lo eran, y muy

principales. Finalmente con parecer del Conde mi pariente, y del de los Religiosos, despues de quinze dias que estuvimos escondidos en el Monasterio, mi camarada en habito de Frayle, con otro Frayle se fue la buelta de Aragon, con intencion de passarse a Italia, y desde alli a Flandes, hasta ver en que parana el caso. Yo quise diuidir, y apartar nuestra fortuna, y que no corriesse nuestra suerte por vna misma derrota, seguir otro camino diferente del suyo, y en habito de moço de Frayle, a pie, sali con vn Religioso, que me dexò en Talauera: desde alli a aqui he venido solo, y fuera de camino, hasta que a noche llegue a este encinal, donde me ha sucedido lo que aveis visto. Y si preguntè por el camino de la Peña de Francia, fue por responder algo a lo que me preguntaua, que en verdad que no sè donde cae la Peña de Francia, puesto que sè que està mas arriba de Salamanca. Assi es verdad, respondio Andres, y ya la dexais a mano derecha, casi veinte leguas de aqui, porque veais quan derecho camino lleuamades, si allà fuerades. El que yo pensaua lleuar, replicò el moço, no es sino a Seuilla, que alli tengo vn Cauallero Ginoues, grande amigo del Conde mi pariente, que suele embiar a Genoua gran cantidad de plata, y lleuo desinio que me acomode con los que la suelen lleuar, como vno dellos; y con esta estratagema seguramente podrè passar hasta Cartagena, y de alli a Italia, por que han de venir dos Galeras muy presto a embacar esta plata. Esta es (buen amigo) mi historia, mirad si puedo dezir que nace mas de desgracia pura, que de amores aguados: pero si estos señores Gitanos quisiessen lleuarme en su compañia hasta Seuilla, si es que van allà, yo se lo pagaria muy bien, que me doy a entender que en su compañia irè mas seguro, y no con el temor que lleuo. Si lleuarân, respondiò Andres, y sino fueredes en nuestro aduar, porque hasta agora no sè si và al Andalucia, ireis en otro, que creo que auemos de topar dentro de dos dias, y con darles algo de lo que lleuais, facilitareis con ellos otros imposibles mayores. Dexole con esto Andres, y vino a dar cuenta a los Gitanos de lo que el moço le auia contado, y de lo que pretendia, con el ofrecimiento que le hazia de la buena paga, y recompensa. Todos fueron de parecer, que se quedasse en el aduar, solo Preciosa tuuo el contrario: y la abuela dixo, que ella no podria ir a Seuilla, ni a sus contornos

à causa que los años passados auia hecho vna burla a vn gorrero llamado Truxillos, muy conocido en ella, al qual le auia hecho meter en vna tinaja de agua hasta el cuello, desnudo en carnes, y en la cabeça vna corona de cipres, esperando el filo de media noche: para salir de la tinaja a cauar, y sacar vn gran tesoro, que ella le auia hecho creer que estaua en cierta parte de su casa: dixo mas, que como oyò el buen gorrero tocar à Maytines, por no perder la coyuntura, se diò tanta priessa à salir de la tinaja, que dio con ella, y con èl en el suelo; y con el golpe, y con los cascos se magullò las carnes, y se derramò el agua; y èl quedò nadando en ella, y dando vozes, que se anegaua. Acudieron su muger, y sus vezinos con luzes, hallaronle haziendo efectos de nadador, soplando, y arrastrando la barriga por el suelo, y meneando braços, y piernas con mucha priessa, y diziendo a grandes vozes: Socorro señores, que me ahogo, tal le tenia el miedo, que verdaderamente, pensò que se ahogaua. Abraçaronse con èl, sacaronle de aquel peligro, boluiò en si, contò la burla de la Gitana, y con todo esso cauò en la parte que le señalè mas de vn estado en hondo, a pesar de todos quantos le dezian que era embuste mio; y si no se lo estoruara vn vezino suyo, que tecaua ya en los cimientos de su casa, el diera con entrambas en el suelo, si le dexaran cauar todo quanto esquisiera. Supose este cuento por toda la ciudad, y hasta los muchachos le señalauan con el dedo, y cantauan su credulidad, y mi embuste. Esto contò la Gitana vieja, y esto diò por escusa de no ir a Seuilla. Los Gitanos, que ya sabian de Andres Cauallero, que el moço traìa dineros en cantidad, con facilidad le acogieron en su compañia, se ofrecieron de guardarle, y encubrirle todo el tiempo que el quisiesse, y determinaron de torcer el camino a mano izquierda, y entrarse en la mancha, y en el Reyno de Murcia: Llamaron al moço, y dieronle quenta de lo que pensauan hazer por èl, èl se lo agradeciò, y diò cien escudos de oro, para que los repartiessen entre todos. Con esta dadiua quedaron mas blandos que vnas Martas: solo a Preciosa no contentò la quedada de Don Sancho (que assi dixo el moço que se llamaua) pero los Gitanos se le mudaron en el de Clemente, y assi le llamaron desde alli adelante. Tambien quedò vn poco torcido Andres, y no bien satisfecho de auerse quedado Clemente,

por parecerle que con poco fundamento auia dexado sus primeros desgnios ; mas Clemente, como si le leyera la intencion, entre otras cosas le dixo, que se holgaria de ir al Reyno de Murcia, por estar cerca de Cartagena, à donde si viniessen galeras, como el pensaua que auian de venir, pudiesse con facilidad passar a Italia. Finalmente por traerle mas ante los ojos; y mirar sus acciones, y escudriñar sus pensamiẽtos, quiso Andres que fuesse Clemente su camarada, y Clemente tuuo esta amistad por gran fauor que se le hazia. Andauan siempre juntos, gastauan largo, llouian escudos, corrian, saltauan, baylaban, y tirauan la barra mejor que ninguno de los Gitanos, y eran de las Gitanas mas que medianamente queridos, y de los Gitanos en todo estremo respetados. Dexaron, Pues a Estremadura, entraronse en la Mancha, y poco a poco fueron caminando al Reyno de Murcia. En todas las aldeas, y lugares que passauan auia desafios, de pelota, de esgrima, de correr, de saltar, de tirar la barra, y de otros exercicios de fuerça, maña, y ligereza, y de todos salian vencedores. Andres, y Clemente, como de solo, Andres queda dicho. En todo este tiempo, que fueron mas de mes, y medio, nunca tuuõ Clemente ocasion, ni el la procuro de hablar a Preciosa; hasta que vn dia estando juntos Andres, y ella, llegò el a la conuersacion, porque le llamaron, y Preciosa le dixo: Desde la vez primera que llegaste, a nuestro aduar, te conoci Clemente, y se me vinieron a la memoria los versos que en Madrid me diste; pero no quise dezir nada; por no saber con que intento venias a estas estancias, y quando supe tu desgracia, me pesò en el alma, y se assegurò mi pecho, que estaua sobresaltado, pensando que como auia Don Iuanes en el mundo, que se mudauan en Andres; assi podia auer Don Sancho, que se mudassen en otros nombres. Hablote desta manera, porque Andres me ha dicho, que te ha dado cuenta de quien es, y de la intencion con que se ha buelto Gitano (y assi era la verdad, que Andres le auia hecho sabidor de toda su historia, por poder comunicar con el sus pensamientos) y no pienses que te fue de poco prouecho el conocerte, pues por mi respeto, y por lo que yo de ti dixe, se facilitò el a cogerte, y admitirte en nuestra compañia donde plega à Dios te suceda todo el bien que acertares a desearte. Este buen deseo quiero que me pagues, en que no afees

afees a Andres la baxeza de su intento, ni le pintes quan mal le està perseuerar en este estado, que puesto que yo imagino, que debaxo de los candados de mi voluntad, està la suya; toda via me pesarà de verle dar muestras, por minimas que sean, de algun arrepentimiento. A esto respondiò Clemente: No pienses Preciosa vnica, que Don Iuan con ligereza de animo, me descubrio quien era: primero le conoci yo, primero me descubrieron sus ojos sus intentos. Primero le dixe yo quien era, y primero le adiuiné la prision de su voluntad, que tu señalas; y èl dandome el credito que era razon que me diesse, fiò de mi secreto el suyo, y èl es buen testigo si alabè su determinacion; y escogido empleo, que no soy (ò Preciosa) de tan corto ingenio, que no alcance hasta donde se estiendan las fuerças de la hermosura; y la tuya, por passar de los limites de los mayores extremos de belleza, es disculpa bastante de mayores yerros, si es que pueden llamarse yerros los que se hazen por tan forçosa causa. Agradezcote (señora) lo que en mi credito dixiste, y yo pienso pagartelo en desear que estos enredos amorosos salgan a fines felizes, y que tu gozes de tu Andres, y Andres de su Preciosa, en conformidad, y gusto de sus padres, porque de tan hermosa junta veamos en el mundo los mas bellos renueuos que pueda formar la bien intencionada naturaleza. Esto desearè yo Preciosa; y esto le dirè siempre a tu Andres, y no cosa que le diuierta de sus bien colocados pensamientos. Con tales efectos dixo Clemente estas razones, que tuuo en duda Andres, si las auia dicho como enamorado, ò como comedido, q̃ la infernal enfermedad zelosa es tan delicada q̃ en los atamos del Sol se pega, y de los q̃ toca à la cosa amada se fatiga el amãte, y se desespera: pero con todo esso no tuuo zelos confirmados, mas fiados de la bondad de Preciosa, que de la ventura suya, que siempre los enamorados se tienen por infelizes, mientras no gozan lo que desean. En fin Andres, y Clemente eran camaradas, y amigos, assegurandolo todo la buena intencion de Clemente, y el recato, y prudencia de Preciosa, que jamas dio ocasion a que Andres tuuiesse della zelos. Tenia Clemente sus puntas de Poeta, como lo mostrò, en los versos que diò a Preciosa, y Andres se picaua vn poco, y entrambos eran aficionados a la musica: sucediò, que estando el aduar aloxado en vn valle quatro leguas de Murcia, vna noche, por entretenerse, sen-

sentados los dos, Andres al pie de vn alcornoque, y Clemente al de vna encina, cada vno con vna guitarra, combidados del silencio de la noche, començando Andres, y respondiendo Clemente, cantaron estos versos,

And. MIra Clemente el estrellado velo
con que esta noche fria
compite con el dia,
de luzes bellas adornado el Cielo,
y en esta semejança,
si tanto tu diuino ingenio alcança;
a quel rostro figura,
donde assiste el estremo de hermosura.

Clem. Donde assiste el estremo de hermosura,
y adonde la Preciosa,
honestidad hermosa,
con todo estremo de bondad se apura:
en vn sujeto cabe,
que no ay humano ingenio que le alabe,
sino toca en diuino,
en alto, en raro, en graue, en peregrino.

And. En alto, en graue, en raro, en peregrino
estilo nunca vsado,
al Cielo leuantado,
por dulce al mundo, y sin igual camino,
tu nombre, ò Gitanilla.
causando assombro, espanto, y marauilla,
la fama, yo quisiera
que la lleuara hasta la octaua Esfera.

Clem. Que la lleuara hasta la octaua Esfera,
fuera decente, y justo,
dando a los cielos gusto,
quando el son de tu nombre allà se oyera,
y en la tierra causara,
por donde el dulce nombre renouara,
musica en los oidos,
paz en las almas, gloria en los sentidos.

And. Paz en los almas, gloria en los sentidos
se siente quando canta
la sirena que encanta,

y adormece a los mas aparcebidos,
y tal es mi Preciosa,
que es lo menos que tiene el ser hermosa,
dulce regalo mio,
corona del donayre, honor del brio.

Clem. Corona del donayre, honor del brio
eres, bella Gitana,
frescor de la mañana,
zefiro blando en el ardiente Estio,
rayo, con que amor ciego
conuierte el pecho mas de nieue, en fuego,
fuerça, que si la haze,
suauemente matà, y satisfaze,

Señales iban dando de no acabar tan presto el libre, y el cautiuo, sino sonora a sus espaldas la voz de Preciosa, que las suyas auia escuchado: suspendiolos el oirla, y sin mouerse, prestando la marauillosa atencion, la escucharon; ella (ò no sè si de improuiso, ò si en algun tiempo, los versos que cantaua le compusieron con estremada gracia, como si para responderle fueran hechos) dixo los siguientes.

En esta empresa amorosa,
donde el amor entretengo,
por mayor ventura tengo
ser mas honesta, que hermosa
La que es mas humilde planta,
si la subida endereza,
por gracia, ò naturaleza,
a los cielos se leuanta.
En este mi baxo cobre,
siendo honestitad su esmalte,
no ay buen deseo que falte,
ni riqueza que no sobre.
No me causa alguna pena,
no q̃rerme, ò no estimarme;
que yo pienso fabricarme
mi suerte, y ventura buena.
Haga yo lo que en mi es,
q̃ a ser buena me encamine,
y haga el Cielo, y determine
lo que quisiere despues.
Quiero ver si la belleza
tiene tal prerrogatiua,
que me encumbre tã arriba,
que aspire a mayor alteza.
Si las almas son iguales,
podrà la de vn labrador
igualarse por valor,
con las que son Imperiales.
De la mia lo que siento
me sube a grado mayor;
porque Magestad, y amor
no tienen vn mismo assiento.

Aqui dio Preciosa fin a su canto, y Andres, y Clemente se leuantaron a recibirla; passaron entre los tres discretas razones, y Preciosa descubriò en las suyas su entendimiento, y su honestidad, y su agudeza, de tal manera, que en Clemente hallò disculpa la intencion de Andres q̃ aun hasta entonces no la auia ha-

hallado, juzgando mas mocedad, que a cordura su arrojada determinacion. Aquella mañana se leuantò el aduar, y se fue a alojar en vn lugar de la jurisdicion de Murcia, tres leguas de la Ciudad, donde le sucediò a Andres vna desgracia, que le puso a punto de perder la vida, y fuè, que despues de auer dado en aquel lugar algunas prendas de plata, como tenian de costumbre, Preciosa, y su abuela, y Christiana, con otras dos Gitanillas, y los dos, Clemente, y Andres, se alojaron en el meson de vna viuda rica, la qual tenia vna hija de edad de diez y siete, ò diez y ocho años, algo mas desembuelta que hermosa, por mas señas se llamaua Iuana Carducha. Esta, auiendo visto baylar las Gitanas, y Gitanos, la tomò el diablo, y se enamorò de Andres tan fuertemente, que propuso de dezirselo, y tomarle por marido, si èl quisiesse, aunque a todos sus parientes les pesasse: y assi buscò conyuntura para dezirselo, y hallola en vn corral, donde Andres auia entrado a requerir dos pollinos. Llegose a èl, y con priessa, por no ser vista, le dixo. Andres (que ya sabia su nombre) yo soy doncella, y rica, que mi madre no tiene otra hija sino a mi; este meson es suyo, y sin esto tiene muchos majuelos, y otros dos pares de casas; hasme parecido bien, si me quieres por esposa, a ti te està bien: responderme presto, y si eres discreto, quedate, y veràs q̃ vida nos damos. Admirado quedò Andres de la resoluciõ de la Carducha, y con la presteza q̃ ella pedia, le respondiò: Señora doncella, yo estoy apalabrado para casarme, y los Gitanos no nos casamos sino cõ Gitanas: guardela Dios por la merced q̃ me quiere hazer, de q̃ yo no soy digno. No estuuo dos dedos de caerse muerta la Carducha, con la assi da respuesta de Andres, a quien replicara, sino viera que entraban en el corral otras Gitanas. Saliose corrida, y de buena gana se vẽgara, si pudiera. Andres como discreto, determinò de poner tierra enmedio, y desviarse de aquella ocasion, q̃ bien leyò en los ojos de la Carducha que sin los laços matrimoniales se le entregara a toda su voluntad, y no quiso verse pie a pie, y solo en aquella estacada, y assi pidiò a todos los Gitanos que aquella noche se partiessen de aquel lugar. Ellos q̃ siempre le obedecian, lo pusieron luego por obra, y cobrando sus fianças aquella tarde se fueron. La Carducha q̃ lo viò, q̃ en irse Andres se le iba la mitad de su àlma, y q̃ no le quedaua tiempo para solicitar el cumplimiento de sus deseos, ordenò de hazerle quedar a Andres por fuerça, ya que de grado no podia: y assi con

con la industria, sagacidad, y secreto que su mal intento le enseñò, puso entre las alhajas de Andres, q̃ ella conocio por suyas, vnos ricos corales, y dos patenas de plata, con otros brincos suyos: y apenas auia salido del meson, quando diò vozes, diziendo, que aquellos Gitanos le lleuan robadas sus joyas, a cuyas vozes acudiò la justicia, y toda la gẽte del pueblo. Los Gitanos hizieron alto, y todos juraua que no lleuauan cosa hurtada, y que ellos harian parẽtes todos los sacos, y ropa de su aduar. Desto se cõgoxò mucho la Gitana vieja, temiendo que en aquel escrutinio se manifestassen los dixes de la hermosa Preciosa, y los vestidos de Andres, que ella con gran cuydado, y recato guardaua; pero la buena de la Carducha lo remediò con grãde brebedad, porque al segundo emboltorio que miraron, dixo que preguntassen qual era el de aquel Gitano gran bayladór, que ella le auia visto entrar en su aposento dos vezes, y que podria ser que aquel las lleuasse. Entendiò Andres, que por èl lo dezia, rindiose, y dixo: señora donzella esta es mi recamara, y este es mi pollino; si vos hallaredes en ella, ni en èl lo que os falta, yo os lo pagarè con las serenas, fuera de sujetarme al castigo que la ley dà a los ladrones. Acudieron luego los ministros de justicia a desbalijar el pollino, y a pocas buelras dieron con todo el hurto, de que quedò tan espantado Andres, y tan absorto, que no pareciò sino estatua sin voz de piedra dura. No sospechè yo mal, dixo a esta sazon la Carducha, mirad con què buena cara se encubre vn tan grande ladron? El Alcalde que estaua presente, començò a dezir mil injurias a Andres, y a todos los Gitanos, llamandolos de publicos ladrones, salteadores de caminos. A todo callaua Andres, suspenso, è imaginatiuo, y no acabaua de caer en la traicion de la Carducha. En esto se llegò a el vn soldado bizarro, sobrino del Alcalde, diziendo: No veis qual se ha quedado el Gitano podrido de hurtar, apostare yo que haze melindres, y que niega el hurto, con auerselo cogido en las manos, que bien aya quien os echa en galeras a todos. Mirad, si estuuiera mejor este bellaco en ellas, siruiendo a su Magestad, que no andarse baylando de lugar en lugar, y hurtando de venta en monte. A fee de soldado, q̃ estoy por darle vna bofetada; que le derribe a mis pies, y diziendo esto, sin mas, ni mas alço la mano, y le diò vn bofeton tal, que le hizo boluer de su embelesamiento, y le hizo acordar

se

se de que no era Andres Gitano, sino D. Iuan, y Cauallero; y arremetiendo al soldado con mucha presteza, y mas colera, le arrancò la espada de la bayna, y se la embainò en el cuerpo, dando con èl muerto en tierra. Aqui fue el gritar del pueblo, aqui el amotinarse el Alcalde, aqui el desmayarse Preciosa, y el turbarse Andres de verla desmayada; aqui el acudir todos à las armas, y dar tras el matador. Creciò la confusion, creciò la grita, y por acudir Andres al desmayo de Preciosa, dexò de acudir à su defensa. Y quiso la suerte, que Clemente no se hallasse al desastrado sucesso, que con los vagajes auia ya salido del pueblo: finalmente tantos cargaron sobre Andres, que le prendieron, y le aherrojaron con dos muy gruessas cadenas. Bien quisiera el Alcalde ahorcarle luego, si estuuiera en su mano; pero huuo de remitirle à Murcia, por ser de su jurisdicion, no le lleuaron hasta otro dia, y en el que alli estuuo, passò Andres muchos, y muy grandes martirios, y vituperios, que el indigno Alcalde, y sus Ministros, y todos los del lugar le hizieron. Prendiò luego el Alcalde à todos los demas Gitanos, y Gitanas que pudo, porque los mas huyeron, y entre ellos Clemente, que temiò ser cogido, y descubierto. Finalmente con su maria del caso, y con vna c fila de Gitanos entraron el A calde, y sus Ministros, con m cha gente armada, en Murci entre los quales iba Preciosa el pobre Andres ceñido de c denas sobre vn mucho, con e posas, y pie de amigo. Sa toda Murcia à ver los pres que ya se tenia noticia de muerte de el soldado; pero hermosura de Preciosa fue quel dia tanta, que ninguno miraua, que no la bendeci Llegò la nueua de su belleza los oidos de la señora Corre dora, que deseosa de verla, l zo que el Corregidor su m rido mandasse, que aquella G tanica no entrasse en la care y todos los demas si. A And le pusieron en vn estrecho c laboço, cuya obscuridad, y falta de la luz de su Preciosa trataron de manera, que bi pensò no salir de alli, sino p la sepultura. Lleuaron à Pr ciosa con su abuela, à que la C rregidora la viesse, y assi c mo la viò, dixo: Con razon alaban de hermosa. Y llegàd à si, la abraçò tiernamente, y se hartaua de mirarla, y preg tò à su abuela, q̃ que edad te dria aquella niña? Quinze añ respondiò la Gitana, dos me mas, ò menos. Estos tuuie aora la desdichada de mi Con tança: ay amigas, que esta ni

me ha renouado mi desventura, dixo la Corregidora. Tomò en esto Preciosa las manos de la Corregidora, y besandoselas muchas vezes, se las bañaua cõ lagrimas, y le dezia: señora mia, el Gitano preso no tiene culpa, porq̃ fue prouocado: llamaronle ladron, y no lo es; dieronle vn bofeton en su rostro, q̃ es tal, q̃ en èl se descubre la bondad de su animo. Por Dios, y por quien vos sois, señora, que le hagais guardar su justicia, y q̃ el señor Corregidor no se dè priessa à executar en èl castigo, con que las leyes le amenazan; y si algun agrauio os ha dado mi hermosura, entretenedla con entretener el preso, porq̃ en el fin de su vida està el de la mia: èl ha de ser mi esposo, y justos, y honestos impedimẽtos han estoruado, q̃ aun hasta agora no nos auemos dado las manos. Si dineros fueren menester para alcançar perdõ de la parte, todo nuestro Aduar se venderà en publica almoneda, y se darà aun mas de lo que pidieren. Señora mia, si sabeis q̃ es amor, y algun tiempo le tuuistes, y agora le teneis à vuestro querido esposo, doleos de mi, q̃ amo tierna, y honestamente al mio. En todo el tiempo que esto dezia, nunca la dexò las manos, ni apartò los ojos de mirarla atentamente, derramando amargas, y piadosas lagrimas en mucha abundancia: y assi mismo la Corregidora la tenia a ella assida de las suyas, mirãdola ni mas ni menos con no menor ahinco, y con no menos lagrimas. Estãdo en esto entrò el Corregidor, y hallando a su muger, y a Preciosa tan llorosas, y tã encadenadas, quedò suspenso, assi de su llanto cõmo de su hermosura; pregũtò la causa de aquel sentimiento, y la respuesta q̃ le diò Preciosa, fue soltar las manos de la Corregidora, y assirse de los pies del Corregidor, diziendo: señor, misericordia, misericordia, porq̃ si mi esposo muere, yo tambien soy muerta, èl no tiene culpa: pero si la tiene, deseme a mi la pena; y si esto no puede ser, a lo menos entretengase el pleito, en tanto q̃ se procuran, y se buscan los remedios posibles para su libertad, q̃ podrà ser, q̃ al que no pecò de malicia, le embiasse el cielo la salud de gracia. Con nueua suspẽsion quedò el Corregidor de oir las discretas razones de la Gitanilla, y q̃ ya si no fuera por no dar indicio de flaqueza, la acompañara en sus lagrimas. En tanto q̃ esto passaua, estaua la Gitana vieja considerando muchas, y diuersas cosas, y al cabo de toda esta suspẽsion, è imaginacion, dixo: Esperenme vuestras mercedes, señores mios, vn poco, que yo harè que estos llantos se conuiertan en gusto,

gusto, aunque à mi me cueste la vida; y assi, con ligero passo se salió de donde estaua, dexando à los presentes confusos con lo q̃ dicho auia. En tãto, pues, que ella boluia, nunca dexò Preciosa las lagrimas, ni los ruegos de q̃ se entretuuiesse la causa de su esposo, con intencion de auisar a su padre, que viniesse a entender en ella. Boluiò la Gitana cõ vn pequeño cofre debaxo del braço, y dixo al Corregidor, q̃ cõ su muger, y ella se entrassen en vn aposento, que tenia grandes cosas que dezirles en secreto. El Corregidor, creyendo, q̃ algunos hurtos de los Gitanos queria descubrirle, por tenerle propicio en el pleito del preso, al momento se retirò con ella, y con su muger en su recamara, a donde la Gitana, incandose de rodillas ante los dos, dixo: Si las buenas nuecas que os quiero dar, señores, no merecieren alcançar en albricias el perdõ de vn grande pecado mio, aqui estoy para recibir el castigo que mereciere; pero antes q̃ se confiesse, quiero que me digais, señores, si conoceis estas joyas, y descubriendo el cofrecito, donde venian las de Preciosa, se le puso en las manos al Corregidor: y en abriendole, viò aquellos dixes pueriles; pero no cayò en lo que podian significar: Mirolos tambien la Corregidora; pero tampoco dio en la cuẽta, solo dixo; estos son adornos de alguna pequeña criatura. Assi es verdad, respondiò la Gitana, y de que criatura sea, lo dize en este escrito que està en esse papel doblado. Abriole cõ gran priessa el Corregidor, y leyòlo, que dezia desta suerte. Llamauase la niña Doña Costança de Azeuedo, y de Meneses, su madre Doña Guiomar de Meneses, y su padre D. Fernando de Azeuedo, Cauallero del Abito de Calatraua; desparecila dia de la Ascension del Señor à las ocho de la mañana de el año de mil y quinientos y nouenta y cinco: traìa la niña puestos estos brincos que en este cofre estàn guardados. Apenas huuo oido la Corregidora las razones del papel, quando conociò los brincos, se los puso a la boca, y dandoles infinitos besos, se cayò desmayada. Acudiò el Corregidor a ella, antes que a preguntar à la Gitana por su hija. Y auiendo buelto en si, dixo: Muger buena antes Angel, que Gitana, donde està el dueño, digo criatura, cuyos eran estos dixes? A donde, señora? respondiò la Gitana, en vuestra casa la teneis: Aquella Ginanilla os sacò las lagrimas de los ojos es su dueño, y es sin duda alguna vuestra hija, que yo la hurtè en Madrid de vuestra casa dia, y hora que este papel di-

Oye-

Oyendo esto la buena señora, soltò los chapines, y desalada, y corriendo, saliò à la sala, adonde auia dexado a Preciosa, y hallola rodeada de sus donzellas, y criadas, todavia llorando: arremetiò à ella, y sin dezir nada, con gran priessa la desabrochò el pecho, y mirò si tenia debaxo de la teta izquierda vna señal pequeña, a modo de lunar blanco, con que auia nacido; y hallole ya grande, que con el tiempo se auia dilatado. Luego con la misma celeridad la descalçò, y descubriò vn pie de nieue, y de marfil, hecho a torno, y viò en èl lo que buscaua, que era, que los dos de los vltimos del pie derecho se trauauan el vno con el otro, por medio, con vn poquito de carne, la qual quando niña nunca se la auian querido cortar, por no darla pesadumbre. El pecho, los dedos, los brincos, el dia señalado del hurto, la confession de la Gitana, y el sobresalto, y alegria que auian tenido sus padres, quando la vieron, con toda verdad confirmaron en el alma de la Corregidora ser Preciosa su amada hija, y assi cogiendola en braços, se boluiò con ella adonde el Corregidor, y la Gitana estauan. Iba Preciosa confusa, que no sabian a que efecto se auian hecho con ella aquellas diligencias, y mas viendose lleuar en braços de la Corregidora, y que la daua de vn beso, hasta ciento. Llegò en fin la Corregidora cargada con Preciosa a la presencia de su marido, y passandola de sus braços, à los del Corregidor, le dixo. Recibid, señor, à vuestra hija Costança, que esta es sin duda alguna, porque la señal de los dedos juntos, y la del pecho he visto; y mas que a mi me lo esta diziendo el alma desde el instante que mis ojos la vieron. No lo dudo, respondiò el Corregidor, teniendo en sus braços a Preciosa, que los mismos efectos han passado por la mia, que por la vuestra, y mas que tantas puntualidades juntas, como podian suceder, si no fuera por milagro? Toda la gente de casa andaua absorta, preguntandose vnos a otros, que seria aquello; y todos dauan biẽ lexos de el blanco: porque quien auia de imaginar que aquella Gitanilla era hija de sus señores? El Corregidor dixo a su muger, a su hija, y a la Gitana vieja, que aquel caso estuuiesse secreto, hasta que èl le descubriesse. Y assi mismo dixo à la Gitana vieja, que èl la perdonaua el agrauio que le auia hecho en hurtarle la mitad de su alma, pues la recompensa de auersela buelto, mayores albricias merecia, y que solo le pesaua que sabiendo ella la calidad de Preciosa, la huuiesse desposado con vn Gitano, y mas con vn ladron

homicida. Ay (dixo à esto Preciosa) señor mio, que ni es Gitano, ni ladron, puesto que es matador; pero fuelo del que le quitò la honra; y no pudo hazer menos de mostrar quien era, y matarle. Como, que no es Gitano, hija mia? dixo Doña Guiomar. Entonces la Gitana vieja contò breuemente la historia de Andres Cauallero, y que era hijo de Don Francisco de Carcamo, Cauallero del Abito de Santiago, y que se llamaua Don Iuan de Carcamo, tambien del Abito, cuyos vestidos ella tenia, de quando los mudò en los de Gitano. Contò el concierto que entre Preciosa, y Don Iuan estaua hecho, de guardar dos años de aprobacion para desposarse, ò no. Puso en su punto la honestidad de entrambos, y la agradable condicion de Don Iuan. Tanto se admiraron desto, como del hallazgo de su hija, y mandò el Corregidor a la Gitana, que fuesse por los vestidos de Don Iuan. Ella lo hizo assi, y boluiò con otro Gitano, que los truxo. En tanto que ella fue, y boluiò, hizieron sus padres a Preciosa cien mil preguntas, a quien respondiò con tanta discrecion, y gracia, que aunque no la huuieran reconocido por hija, los enamorara. Preguntandole si tenian alguna aficion a Don Iuan, respondiò, que no mas de aquella que le obligaua a ser agradecida a quien se auia querido humillar a ser Gitano por ella; pero q̃ ya no se estendiera a mas el agradecimiento de aquello que sus señores padres quisiessen. Calla, hija Preciosa, dixo su padre, que este nombre de Preciosa quiero que se te quede en memoria de tu perdida, y de tu hallazgo, que yo como tu padre, tomo a cargo el ponerte en estado q̃ no desdiga de quien eres. Suspirò oyendo esto Preciosa, y su madre, como era discreta, entendiò que suspiraua de enamorada de Don Iuan, y dixo a su marido: Señor, siendo tan principal Don Iuan de Carcamo, como lo es, y queriendo tanto a nuestra hija, no nos estaria mal darsela por esposa. Y èl respondiò: Aun a penas oy la auemos hallado, y ya quereis que la perdamos? Dexad que primero la gozemos algun tiempo; que en casandola, no serà nuestra, sino de su marido. Razon teneis, señor, respondiò ella, pero dad orden de sacar a Don Iuan, que deue de estar en algun calaboço metido, passando las penalidades que se pueden considerar, de sus prisiones, sin las humedades, y sauandijas inmundas que inquietan a los pobres pacientes que estàn en èl, esperando salga el dia para gozarle, y verse libres de tanta opresion, y mala vezindad como padecen. Si estarà, dixo Preciosa, que à vn ladron matador, y sobre todo Gitano, no le avràn dado mejor estancia. Yo quiero ir a verle, como que le voy a tomar la confession, respondiò el Corregidor, y de nuevo os encargo, señora, que nadie sepa esta historia, hasta que yo lo quiera descubrir, q̃ assi cõuiene à mi oficio. Y abraçando a Preciosa, fue luego à la carcel, y entrò en el calaboço donde Don Iuan de Carcamo estaua, y no quiso que nadie entrasse con èl. Hallole con entrambos pies en vn cepo, y con las esposas en las manos, y que aun no le auian quitado el pie de amigo. Era la estancia obscura; pero hizo que por arriba abriesse vna lumbrera, por donde entraua vna luz escasa: y assi como le viò, le dixo: Como està buena pieça? que assi tuuiera yo atrillados quantos Gitanos ay en España, para acabar con todos ellos en vn dia, como Neron quisiera en otro con toda Roma, sin dar mas de vn golpe. Sabed, ladron puntoso, que yo soy el Corregidor desta Ciudad, y vengo a saber de mi à vos, si es verdad que es vuestra esposa vna Gitanilla que viene con vosotros. Oyendo esto Andres, imaginò que el Corregidor se deuia de auer enamorado de Preciosa, que los zelos son de cuerpos sutiles, y se entran por otros cuerpos sin romperlos, ni diuidirlos: pero con todo esto respondiò. Si ella ha dicho que yo soy su esposo, es mucha verdad, y si ha dicho que no lo soy, tambien ha dicho verdad: porque no es posible que Preciosa diga mentira. Tan verdadera es? (dixo el Corregidor) No es poco serlo, para ser Gitana. Aora bien, mancebo, ella ha dicho que es esposa vuestra; pero que nunca os ha dado la mano. Ha sabido, que segun es vuestra culpa; aueis de morir por ella, y ha me pedido, que antes de vuestra muerte la despose con vos, porque se quiere honrar con quedar viuda de vn tan grande ladron como vos. Pues hagalo v.m. señor, como ella lo suplica: que como yo me despose con ella, irè contento a la otra vida, como parta desta con nombre de ser suyo. Mucho la deueis de querer (dixo el Corregidor.) Tanto respondiò el preso, que apoderlo dezir, no fuera nada. En efeto, señor Corregidor, mi causa se concluya, yo matè al que me quiso afrentar, yo adoro a esta Gitanica, morirè contento, si muero en su gracia, y tambien sè que no nos ha de faltar la de Dios, pues entrambos auemos guardado honesta-

mente, y con puntualidad, lo que nos prometimos. Pues esta noche embiarè por vos, dixo el Corregidor, y en mi casa os desposareis con Preciosa, y mañana estareis en la horca: con que yo avrè cumplido con lo que pide la justicia, y con el deseo de entrambos. Agradecioselo Andres, y el Corregidor boluiò à su casa, y diò cuenta a su muger de lo que con Don Iuan auia passado. En el tiempo que èl faltò de su casa, diò cuenta Preciosa à su madre, de todo el discurso de su vida, y de como siempre auia creido ser Gitana, y ser nieta de aquella viéja; pero que siempre se auia estimado en mucho mas de lo que de ser Gitana se esperaua. Apretola su madre; q̃ la dixesse la verdad, si queria bien a Don Iuan. Ella con mucha verguença, y con los ojos en el suelo, le dixo, que por auerse considerado Gitana, y que mejoraua su suerte en casarse con vn Caualiero del Abito, y tan principal, como Don Iuan de Carcamo, y por auerme visto por experiencia su buena condiciõ, y honesto trato, alguna vez le auia mirado con ojos aficionados, pero que en resolucion, ya auia dicho que no tenia otra voluntad de aquella que ellos quisiessen. Llegò la noche, y siendo casi las diez, sacaron à Andres de la carcel, sin las esposas, y el pie de amigo, pero no sin alguna gran cadena, que desde los pies, todo el cuerpo le ceñia. Llegò deste modo, sin ser visto de nadie, sino de los que le traian en casa del Corregidor, y con silencio, y recato le entraron en el aposento donde le dexaron solo: de alli a vn rato entrò vn Clerigo: y le dixo, que se confessasse, porque auia de morir à otro dia. A lo qual respondiò Andres, de muy buena gana me confessarè, pero como no me desposan primero? Y si me han de desposar, por cierto que es muy malo el talamo que me espera. Doña Guiomar, que todo esto sabia, dixo a su marido que eran demasiados los sustos que á Don Iuan daua, que los moderasse, porque podria ser perdiesse la vida con ellos. Pareciole buen consejo al Corregidor: y assi entrò a llamar al que le confessara, y dixole, que primero auian de desposar al Gitano con Preciosa, y que despues se confessaria, y que se encomendasse a Dios de todo coraçon, que muchas vezes suele llouer sus misericordias en el tiempo que estan mas secas las esperanças. En efeto Andres saliò à vna sala donde estauan solamente Doña Guiomar, el Corregidor, Preciosa, y otros dos criados de casa; pero quando Preciosa vió a D. Iuan ceñido con vna cadena, descolorido, y los ojos tiernos, con muestras de auer llorado, se le cubriò el coraçon, y se arrimò al braço de su madre, la qual abraçandola consigo, le dixo: Buelue en ti, niña, que todo lo que vès ha de redundar en tu gusto, y prouecho. Ella que estaua ignorante de aquello, no sabia como consolarse; la Gitana vieja estaua turbada, y los circunstantes colgados del fin de aquel caso. El Corregidor dixo: Señor Tenientecura, este Gitano, y esta Gitana son los que v.m. ha de desposar? Esso no podrè yo hazer, si no proceden primero las circunstancias que para tal caso se requiere; donde se han hecho las amonestaciones? adonde està la licencia de mi Superior, para que con ella se haga el desposorio? Inaduertencia ha sido mia, respondiò el Corregidor, pero yo harè que el Vicario la dè. Pues hasta que la vea, respondiò el Tenientecura, estos señores perdonen: y sin replicar mas palabra, porque no sucediesse algun escandalo, se saliò de casa, y los dexò a todos confusos. El padre ha hecho muy bien, dixo a esta sazon el Corregidor, y podria ser fuesse prouidencia del cielo esta, para que el supliçio de Andres se dilate, porque en efeto èl se ha de desposar con Preciosa; y han de proceder primero las amonestaciones, dons

de se darà tiempo al tiempo, que suele dar dulce salida a muchas amargas dificultades, y con todo esto queria saber de Andres, si la suerte encaminasse sus sucessos de manera que sin estos sustos, y sobresaltes, se hallasse esposo de Preciosa, si se tendria por dichoso: ya siendo Andres Caualiero, ò ya don Iuan de Carcamo? Assi como oyò Andres nombrarse por su nombre, dixo: Pues Preciosa no ha querido contenerse en los limites del silencio, y ha descubierto quien soy, aunque essa buena dicha me hallàra hecho Monarca del mundo, la tuuiera en tanto, que pusiera termino a mis deseos, sin ossar desear otro bien, sino el del Cielo. Pues por esse buen animo que aueis mostrado, señor Don Iuan de Carcamo, a su tiempo harè que Preciosa sea vuestra legitima consorte; y agora os la doy, y entrego en esperança, por la mas rica joya de mi casa, de mi vida, y de mi alma: y estimadla en lo que dezis, porque en ella os doy a doña Costança de Meneses, mi vnica hija, la qual si os iguala en el amor, no os desdize nada en el linage. Atonito quedò Andres, viendo el amor que le mostrauan, y en breues razones Doña Guiomar contò la perdida de su hija, y su hallazgo, con las certissimas señas que la Gitana vieja auia dado de su hur-

to, con qué acabò Don Iuan de que laratonito, y suspenso; pero muy alegre sobre todo encarecimiento abraçò a sus suegros, llamòlos padres, y señores suyos, besò las manos a Preciosa, que con lagrimas le pedia las suyas. Rompiòse el secreto, saliò la nueua del caso con la salida de los criados, que auian estado presentes, el qual sabido por el Alcalde tio del muerto, viò tomados los caminos de su vengança, pues no auia de tener fuga el rigor de la justicia, para executarla en el yerno de el Corregidor. Vistiòse Don Iuan los vestidos de camino que allì auia traido la Gitana. Bolueronse las prisiones, y cadenas de hierro, en libertad, y cadenas de oro: la tristeza de los Gitanos presos en alegria, pues otro dia los dieron en fiado. Recibiò el tio del muerto la promessa de dos mil ducados, que le hizieron, porque baxasse de la querella, y perdonasse a Don Iuan; el qual no olvidandose de su camarada Clemente, le hizo buscar; pero no le hallaron, ni supieron dèl, hasta que desde allì a quatro dias, hauo nueuas ciertas, q̃ se auia embarcado en vna de los Galeras de Genoua, que estauan en el Puerto de Cartagena, y ya se auian partido. Dixo el Corregidor a Don Iuan, que tenia por nueua cierta, que su padre Don Francisco de Carcamo estaua proueido por Corregidor de aquella Ciudad, que seria bien esperarle, para que con su beneplacito, y consentimiento, se hiziessen las bodas. Don Iuan dixo que no sabria, de lo que èl ordenasse; pero que ante todas cosas se auia de desposar con Preciosa. Concediò licencia el Arçobispo, para que con sola vna amonestaciò se hizieste. Hizo fiesta la Ciudad por ser muy bien quisto el Corregidor, con luminarias, toros y cañas el dia del desposorio. Quedòse la Gitana vieja en casa que no se quiso apartar de Preciosa. Llegaron las nueuas del caso a la Corte, supo Don Francisco de Carcamo ser su hijo Gitano, y ser Preciosa la Gitanilla que el auia visto, cuya hermosura disculpò con èlla la ruindad de su hijo, que ya le tenia por perdido, por saber que se auia ido a Flandes, y mas porque viò quan bien le estaua el casarse con hija de tan gran Caualliero, y tan rico, còmo era Don Fernando de Azeuedo. Dentro de quatro dias, despues desta platica, llegò el Corregidor a su casa, donde fue recebido con grandissimo regocijo de todos los vezinos, que ya sabian la nueua de la buelta de Don Iuan, y de su esposa Preciosa, a quien todos amauan, por su discreciòn, y buen termino, y por su sin igual belleza de la Gitanilla. Y de tal manera escriuiò el famoso Licenciado Poço, que en sus versos, durarà la fama de Preciosa, mientras los siglos duraren. Oluidauaseme de dezir como la mesonera descubriò a la Justicia no ser verdad lo del hurto de Andres, a quien no respondiò pena alguna, porque con la alegria se enterrò la vengança, y resucitò la clemencia.

EL AMANTE LIBERAL.

NOVELA SEGVNDA.

LAMENTABLES ruinas de la desdichada Nicosia, apenas enjutas de la sangre de vuestros valerosos, y mal afortunados defensores: si como carecèis de sentido, le tuuieredes agora en esta soledad donde estamos, pudieramos lamentar juntas nuestras desgracias, y quizà el auer hallado compañia en ellas aliuiara nuestro tormento. Esta esperança os puede auer quedado, mal derribados torreones, que otra vez (aunque no para tan justa defensa, como la en que os derribaron) os podeis vèr leuantados. Mas yo desdichado: què bien podrè esperar en la miserable estrecheza en que me hallo, aunque buelua al estado en q̃ estaua antes deste en q̃ agora me veo. Tal es mi desdicha q̃ en la libertad fui sin ventura, y en el cautiuerio no la espero.

Estas razones dezia vn cautiuo Christiano, mirando desde vn recuesto las murallas derribadas de la ya perdida Nicosia, y assi hablaua con ellas, y hazia comparacion de sus miserias à las suyas como si ellas fueran capazes de entender (propria condicion de afligidos, que lleuados de sus imaginaciones, hazen, y dizen cosas agenas de toda razon, y buen discurso. En

esto salio de vn pauellon ò tienda, de quatro que estauan en aquella campaña puestas, vn Turco mancebo de muy buena disposicion, y gallardia, y llegandose al Christiano, le dixo: Apostaria yo, Ricardo amigo, que te traen por estos lugares tus continuos pensamientos? Si traen, respondio Ricardo, que este era el nombre del cautiuo: mas qué aprouecha, si en ninguna parte à do voy hallo tregua, ni descanso en ellos; antes me los han acrecentado estas ruinas, que desde aqui se descubren. Por las de Nicosia diràs, dixo el Turco? Pues por quales quieres que diga repitiò Ricardo, si no ay otras que a los ojos, porque aqui se ofrezcan. Bien tendràs que llorar, replicò el Turco, si en estas contemplaciones entras: porque los que vieron avrà dos años à esta nombrada, y rica Isla de Chipre en su tranquilidad, y sossiego, gozando sus moradores en ella de todo aquello que la felicidad humana puede conceder a los hombres, y aora los vè, ò contempla, ò desterrados della, ò en ella cautiuos, y miserables, como podrà dexar de no dolerse de su calamidad, y desventura? Pero dexemos estas cosas, pues no lleuan remedio, y vengamos a las tuyas, que quiero ver si le tienen: y assi te ruego, por lo que debes à la buena voluntad que te le mostrado, y por lo que te obliga de ser entrambos de vna misma patria, y auernos criado en nuestra niñez juntos, que me digas, qué es la causa que te trae tan demasiadamente triste, que puesto caso que sola la de cautiuo, es bastante para entristecer el coraçon mas alegre del mundo: todavia imagino, que de mas atras traen el corriente tus desgracias; porque los generosos animos como el tuyo, no suelen rendirse a las comunes desdichas tanto, que dèn muestras de extraordinarios sentimientos, y hazeme creer esto, el saber y que no eres tan pobre, que te falte para dar quanto pidieren por tu rescate: ni estàs en las riberes del mar Negro, como cautiuo de consideracion, que tarde ò nunca alcança la deseada libertad? Assi que no auiendote quitado la mala suerte las esperanças de verte libre, y con todo esto verte rendido a dar miserables muestras de tu desventura no es mucho que imagine que tu pena procede de otra causa que de la libertad, que perdiste. La qual causa te suplico me digas, ofreciendote quanto puedo, y valgo: y quizà para que yo te sirua ha traido la fortuna este rodeo, de auerme hecho vestir deste habito que aborrezco. Ya sabes, Ricardo, que mi amo el Cadi desta ciudad (que es lo mismo q̃ ser Obispo

Sabes tambien lo mucho que vale, y lo mucho que con èl puedo. Iuntamente con esto no ignoras el deseo encendido que tengo de no morir en este estado, que parece que professo, pues quando mas no pueda, tengo de confessar, y publicar à vozes la Fè de Iesu Christo, de quien me apartò mi poca edad, y menos entendimiento: puesto que sè, que tal confession me ha de costar la vida, que a trueco de no poder la del alma, darè por bien empleado perder la del cuerpo. De todo lo dicho quiero que infieras, y que consideres, que te puede ser de algun prouecho mi amistad, y que para saber que remedios, ò alliuios puede tener tu desdicha, es menester que me la cuentes, como ha menester el Medico la relacion del enfermo: assegurandote que la depositarè en lo mas escondido del silencio. A todas estas razones estuuo callando Ricardo, y viendose obligado dellas, y de la necessidad, le respondiò con estas: Si assi como has acertado, ò amigo Mahamut (que assi se llamaua el Turco) en lo que en mi desdicha imaginas, acertàras en su remedio, tuuiera por bien perdida mi libertad, y no trocara mi desgracia con la mayor ventura que imaginarse pudiera: mas yo se que ella es tal, que todo el mundo podrà saber bien la causa de donde procede, mas no avrà persona que se atreua, no solo à hallarle remedio, pero ni aun alliuio. Y para que queden satisfecho de esta verdad, te la contarè en las menos razones q̃ pudiere; pero antes que entre en el confuso laberinto de mis males, quiero que me digas, que es la causa que Azam Baxà mi amo, ha hecho plantar en esta campaña estas tiendas, y pauellones antes de entrar en Nicosia, a donde viene proueido por Virrey, ò por Baxà, como los Turcos llaman a los Virreyes? Yo te satisfarè breuemente, respondio Mahamut, y assi has de saber, que es costumbre entre los Turcos, que los que van por Virreyes de alguna Prouincia no entran en la Ciudad donde su antecessor habita, hasta que él salga della, y dexe hazer libremente al que viene la residencia, y en tanto que el Baxà nueuo la haze, el antiguo se està en la campaña esperando lo que resulta de sus cargos, los quales se le hazen sin que èl pueda intervenir a valerse de sobornos, ni amistades, si ya primero no lo ha hecho: Hecha pues la residencia se la dà al que dexa el cargo, en vn pergamino cerrado, y sellado, y con ella se presenta à la puerta del gr Señor que es como dezir en la Corte, ante el grã Consejo del Turco: la qual vista por el Visir Baxà,

y por

y por los otros quatro Baxaes menores (como si dixesse nos ante el Presidente del Real Cõsejo, y Oidores) ò le premian, ò le castigan, segun la relacion de la residencia; puesto que si viene culpado, con dineros rescata, y escusa el castigo. Si no viene culpado, y no le premian, como sucede de ordinario, con dadiuas, y presentes alcança el cargo que mas se le antoja, porque no se dan alli los cargos, y oficios por merecimientos, sino por dineros: todo se vende, y todo se compra. Los proueedores de los cargos, roban a los proueidos en ellos, y los desuellan; pero deste oficio comprado, sale sustancia para comprar otro, que mas ganancia promete. Todo và como digo, todo este Imperio es violento, señal que prometia no ser durable; pero à lo que yo creo, y assi deue ser verdad, le tienen sobre sus ombros nuestros pecados; quiero dezir, los de aquellos q̃ descaradamente, y arrienda suelta ofenden a Dios, como yo hago, èl se acuerde de mi, como quien es, por la causa que hé dicho, pues tu amo Azan Baxa ha estado en esta campaña quatro dias: y si el de Nicosia no ha salido como deuia, ha sido por auer estado muy malo, pero ya està mejor, y saldrà oy, ò mañana sin duda alguna, y se ha de aloma en vnas tiendas que estan de tras de este recuesto, que tu no has visto, y tu amo entrarà luego en la Ciudad, y esto es lo que ay que saber de lo que me preguntaste. Escucha, pues, dixo Ricardo, mas no sè si podre cũplir lo que antes dixe, que en breues razones te contaria mi desventura, por ser ella tan larga, y desmedida, que no se puede pedir con razon alguna; con todo esso harè lo que pudiere, y lo que el tiempo diere lugar. Y assi te pregunto primero, si conoces en nuestro lugar de Trapana vna doncella, a quien la fama daua nombre de la mas hermosa muger que auia en toda Sicilia? vna doncella digo, por quien dezian todas las curiosas lenguas, y afirmaràn los mas raros entendimientos, que era la de mas perfecta hermosura que tuuo la edad passada, tiene la presente, y espera tener la que està por venir: vna de quien los Poetas cantauan, que tenia los cabellos de oro, que eran los ojos dos resplandecientes soles, y sus mexillas purpureas rosas, sus dientes perlas, sus labios rubies, su garganta alabastro: y que sus partes con el todo, y el todo con sus partes, hazian vna marauillosa, y concertada armonia, y consonancia, esparciendo naturaleza, sobre todo vna suauidad de colores tan natural, y perfecta, que jamas pudo la embidia hallar cosa en q̃ ponerla tacha.

Que es posible Mahamut, que ya no me has dicho quien es, y como se llama sin duda creo, ò que no me oyes, ò que quando en Trapana estauas, carecias de sentido. En verdad, Ricardo, respondiò Mahamut, que si la que has pintado con tan to estremos de hermosura, no es Leonisa, hija de Rodolfo Florencio, no sè quien sea, que esta sola tenia la fama que dizes. Essa es, ò Mahamut, dixo Ricardo, essa es, amigo, la causa principal de todo mi bien, y de to la mi desventura; essa es, que no la perdida libertad, por quien mis ojos han derramado, derraman, y derramaràn lagrimas sin cuento, y la por quien mis suspiros encienden el ayre cerca, y lexos, y la por quien mis razones cansan al cielo que las escucha, y a los oidos q̃ las oyen: essa es, por quien tu me has juzgado por loco, ò por lo menos por de poco valor, y menos animo. Esta Leonisa, para mi leona, y mansa cordera para otro, es la que me tiene en este miserable estado: porque has de saber, que desde mis tiernos años, ò a lo menos desde que tuue vso de razon, no solo la amè, mas la adorè, y serui con tanta solicitud, como si no tuuiera en la tierra otra deidad, a quien perdiesse, ni adorasse. Sabian sus deudos, y sus padres mis deseos, y jamas dieron muestra de que les pesasse, considerando que iban encaminados a fin honesto, y virtuoso; y assi muchas vezes se yo que se lo dixeron a Leonisa, para disponerle la voluntad a que por su esposo me recibiesse. Mas ella, que tenia puestos los ojos en Cornelio, el hijo de Ascanio Rotulo (que tu bien conoces) mancebo galan, atildado, de blandas manos, y riços cabellos, de voz meliflua, y de amorosas palabras: y finalmente todo hecho de ambar, y de alfeñique, guarnecido de telas, y adornado de brocados, no quiso ponerlos en mi rostro, no tan delicado como el de Cornelio, ni quiso agradecer si quiera mis muchos, y continuos seruicios, pagando mi voluntad con desdeñarme, y aborrecerme; y a tanto llegò el estremo de amarla, que tomàra por partido dichoso, que me acabara a pura fuerça de desdenes, y desagradecimientos, con que no diera descubierros, aunque honestos fauores a Cornelio. Mira, pues, si llegando se a la angustia del desden, y aborrecimiento, la mayor, y mas cruel rabia de los zelos, qual estaria mi alma de dos tan mortales pesares combatida? Disimulauan los padres de Leonisa los fauores que a Cornelio hazia, creyendo (como estaua en razon que creyessen) que atraido el moço de su incomparable, y bellissima hermosura, la escogèria por su

esposa; y en ello grangearian yerno mas rico, que conmigo: y bien pudiera ser, si assi fuera; pero no le alcançaran (sin arrogancia se ha dicho) de mejor condicion que la mia, ni de mas altos pensamientos, ni de mas conocido valor, que el mio. Sucediò, pues, que en el discurso de mi pretension, alcancè a saber que vn dia del mes passado de Mayo, que este de oy haze vn año, Leonisa, y sus padres, y Cornelio, y los suyos, se iban todos a solazar con toda su parentela, y criados, al jardin de Asca nio, que està muy cerca de la marina en el camino de las salinas. Bien lo sè, dixo Mahamut, passa adelante Ricardo, que mas de quatro dias tuue en èl, quando Dios quiso, mas de quatro buenos ratos. Supelo (continuò Ricardo) y al mismo instante que lo supe, me ocupò el alma vna furia, vna rabia, y vn infierno de zelos, con tanta vehemencia, y rigor, que me sacò de mis sentidos, como lo verás por lo que luego hize, que fue irme al jardin donde me dixeron que estauan, y hallè a la de mas de la gente solazandose, y debaxo de vn nogal sentados, a Cornelio, y a Leonisa, aunque desviados vn poco. Qual ellos quedaron con mi vista, no lo sè, de mi sè dezir, que quedè tal con la suya, que perdi la de mis ojos, y me quedè como estatua sin voz, ni movimiento alguno: pero no tardò mucho en despertar el enojo a la colera, y la colera a la sangre del coraçon, y la sangre a la ira, y la ira a las manos y a la lengua: puesto que las manos se ataron con el respeto (a mi parecer) deuido al hermoso rostro que tenia delante; pero la lengua rompio el silencio con estas razones: Contenta estarás (ò enemiga mortal de mi descanso) en tener con tanto sossiego delante de tus ojos la causa que hará que los mios viuan en perpetuo, y doloroso llanto. Llegate, llegate cruel vn poco mas, y enrede tu yedra a esse inutil tronco que te busca. Peyna, ò ensortija aquessos cabellos de esse tu nueuo Ganimedes, que tibiamente te solacea. Acaba ya de entregarte a los vanderizos años de esse moço, en quien estàs contemplando, porque perdiendo yo la esperança de alcançarte, acabe con ella la vida que aborrezco. Piensas por ventura, soberuia, y mal considerada dozella, que contigo sola se han de romper, y faltar las leyes, y fueros, que en semejantes casos en el mundo se vsan? Piensas (quiero dezir) que este moço altiuo por su riqueza, arrogante por su gallardia, inexperto por su edad poca, confiado por su linaje, ha de querer, ni poder, ni saber guardar firmeza en sus amores, ni estimar lo inestimable, ni conocer lo que conocen los maduros, y experimentados años; no lo pienses, si lo piensas, porque no tiene otra cosa buena el mundo, sino hazer sus acciones siempre de vna misma manera; porque no se engañe nadie, sino por su propia ignorancia. En los pocos años està la inconstancia mucha, en los ricos la sobervia, la vanidad, en los arrogantes, y en los hermosos el desden, y en los que todo esto tienen, la necedad que es madre de todo mal sucesso. Y tu, ò moço, que tan a tu saluo piensas lleuar el premio mas deuido a mis buenos deseos, q̃ à los ociosos tuyos, porq̃ no te leuantas de esse estrellado de flores, donde yazes, y vienes à sacarme el alma, que tanto la tuya aborrece? Y no porque me ofendas en lo que hazes, sino porque no sabes estimar el bien que la ventura te concede: y veese claro que le tienes en poco, en que no quieres mouerte à defenderle, por no ponerte à riesgo de descomponer la afectada compostura de tu gallardo vestido. Si essa tu reposada condicion tuuiera Aquiles, bien seguro estuuiera Vlises de no salir con su empressa, aunque mas le mostrara resplandecientes arvete, y recreate entre las donzellas de tu madre, y alli ten cuidado de tus cabellos, y de tus manos, mas dispuestas a denanar sirgo, que a empuñar la dura espada. A todas estas razones jamas se leuantò Cornelio del lugar donde le hallè sentado: antes se estuuo quedo, mirandome como embelesado sin moverse. A las leuantadas vozes, con que le dixe lo que has oido, se fue llegando la gente que por la huerta andaua, y se pusieron a escuchar otros muchos oprobios que a Cornelio dixe. El qual tomando animo con la gente q̃ acudiò, porque todos, ò los mas eran sus parientes, criados, ò allegados, diò muestra de leuantarse: mas antes que se pusiesse en pie, puse mano a mi espada, y acometile, no solo a èl, sino a todos quantos alli estauan. Pero apenas viò Leonisa reluzir mi espada, quando le tomò vn recio desmayo, cosa que me puso en mayor coraje, y mayor despecho. Y no te sabrè dezir, si los muchos que me acometieron, atendian no mas de a defenderse, como quien se defiende de vn loco furioso, ò si fue mi buena suerte, y diligencia, ò el Cielo, que para mayores males queria aguardarme, porque en efeto heri siete, ò ocho de los que hallé mas a mano: a Cornelio le valiò su buena diligencia, pues fue tanta la que puso en los pies huyendo, que se escapò de mis manos. Estando en esse tan manifiesto peligro, cercado de mis enemigos, que ya como ofen-

ofendidos procurauan vengarse, me socorriò la ventura con vn remedio, que fuera mejor auer dexado alli la vida, que no restaurandola por tan no pensado camino, venir a perderla cada hora mil, y mil vezes. Y fue, que de improuiso dieron en el jardin mucha cantidad de Turcos de dos galeras de Cosarios de Viserta, que en vna cala que alli cerca estaua, auian desembarcado, sin ser sentidos de las centinelas de las torres de la marina, ni descubiertos de los corredores, ò atajadores de la costa. Quando mis contrarios los vieron, dexandome solo, con presta celeridad se pusieron en cobro. De quantos en el jardin estauan, no pudieron los Turcos cautiuar mas de tres personas, y a Leonisa, que aun estaua desmayada: a mi me cogieron con quatro disformes heridas, vengadas ante por mi mano, con quatro Turcos, que de otras quatro dexè sin vida tendidos en el suelo. Este assalto hizieron los Turcos con su acostumbrada diligencia: y no muy contento del sucesso, por ser tanto a costa suya, se fueron a embarcar, y luego se hizieron à la vela, y en breue tiempo se pusieron en la Fabiana. Alli hizieron reseña, por ver que gente era la que les faltaua, y hallaron que los muertos eran quatro Soldados, de à quellos que ellos llaman Leuantes, y de los mejores, y mas estimados que traia. Quisieron tomar en mi la vengança, y assi mandò el Arraez de la Capitana, baxar la entena para ahorcarme. Todo esso miraua Leonisa, q̃ ya auia buelto en si, y viendose en poder de los Cosarios, detras mar abundancia de hermosas lagrimas, y torciendo sus manos delicadas, sin hablar palabra, estaua atenta a ver si entendia lo que los Turcos dezian. Mas vno de los Christianos del remo, le dixo en Italiano, como el Arraez mandaua ahorcar a aquel Christiano (señalandome à mi) porque auia muerto en su defensa quatro de los mejores Soldados de las galeotas. Lo qual oido por Leonisa, (la vez primera se mostrò para mi piadosa, dixo al cautiuo, q̃ dixesse à los Turcos que no me ahorcassen, porque perderian vn gran rescate, y que les rogaua boluiessen a Trapana, que luego me rescatarian. Esto digo, fue la primera, y aun serà vltima caridad que vsò conmigo Leonisa, y todo para mayor mal mio. Oyendo, pues, los Turcos lo que el Cautiuo les dezia le creyeron, y mudòles el interès la colera. Otro dia por la mañana alçando vandera de paz boluieron à Trapana. Aquella noche la passè con el dolor que imaginarse puede, no tanto por el que mis heridas me causauan, quanto por imaginar el

peligro en que la cruel enemiga mia entre aquellos Barbaros estaua. Llegados, pues, como digo à la ciudad, entrò en el puerto la vna galeota, y la otra se quedò fuera; coronose luego todo el puerto, y la ribera toda de Christianos; y el lindo de Cornelio desde lexos estaua mirando lo q̃ en la galeota passaua: acudiò luego vn mayordomo mio a tratar de mi rescate, al qual dixe, en ninguna manera tratasse de mi libertad, sino de la de Leonisa, y que diesse por ella todo quanto valia mi hazienda, y mas le ordenè, que boluiesse a tierra, y dixesse a sus padres de Leonisa, q̃ le dexassen a el tratar de la libertad de su hija, y que no se pusiessen en trabajo por ella. Hecho esto el Arraez principal, que era vn renegado Griego, llamado Izuf pidio por Leonisa seis mil escudos, y por mi quatro mil, añadiendo, que no daria el vno sin el otro. Pidiò esta gran suma (segun despues supe) porque estaua enamorado de Leonisa, y no quisiera el rescatalla, sino darle al Arraez de la otra galeota, con quien auia de partir las presas que se hiziessen por mitad, à mi en precio de quatro mil escudos, y mil en dinero, que hazian cinco mil, y quedarse cõ Leonisa por otros cinco mil, y esta fue la causa por que nos apreciò a los dos en diez mil escudos. Los padres de Leonisa no ofrecieron de su parte nada, atenidos a la promessa que de mi parte mi mayordomo les auia hecho. Ni Cornelio mouiò los labios en este negocio: y assi despues de muchas demandas, y respuestas, concluyò mi mayordomo en dar por Leonisa cinco mil, y por mi tres mil escudos. Aceptò Izuf este partido, forçado de las persuasiones de su compañero, y de lo que todos sus soldados le dezian. Mas como mi mayordomo no tenia junta tanta cantidad de dineros, pidiò tres dias de termino para juntarlos, con intencion de malbaratar mi hazienda, hasta cumplir el rescate. Holgose desto Izuf, pensando hallar en este tiempo ocasion para que el concierto passasse adelante. Y boluiendose a la Isla de Fabiana, dixo, que llegado el termino de los tres dias boluería por el dinero; pero la ingrata fortuna, no cansada de maltratarme, ordenò, que estando de lo mas alto de la Isla, puesta à la guarda vna centinela de los Turcos, bien dentro à la mar, descubriò seis velas Latinas, y entendiò (como fue verdad) q̃ deuian ser, ò la esquadra de Malta, ò alguna de las de Sicilia. Baxo corriendo a dar la nueua, y en vn pẽsamiẽto se embarcarõ los Turcos q̃ estauã en tierra, qual guisãdo de comer, qual lauãdo su ropa, y çarpando cõ no vista presteza, dieron al agua los re-

remos, y al viento las velas, y puestas las proas en Berberia, en menos de dos horas perdieron vista a las galeras, y assi cubiertos con la Isla, y con la noche q̃ tenia cerca, se asseguraron del miedo que auian cobrado. A tu buena consideracion dexo, ò Mahamut amigo, que consideres quál iria mi animo en aquel viage tan contrario del que yo esperaua; y mas quando otro dia, auiendo llegado las dos galeotas a la Isla de Pantanalea, por la parte del Mediodia, los Turcos saltaron en tierra a hazer leña, y carne (como ellos dizen) y mas quando vi que los Arraez saltaron en tierra, y se pusieron a hazer las partes de todas las presas q̃ auian hecho. Cada accion destas fue para mi vna dilatada muerte. Viniendo, pues, a la particion mia, y de Leonisa, Izuf dió a Fetala (que assi se llamaua el Arraez de la otra galeota) seis Christianos, los quatro para el remo, y dos muchachos hermosissimos, de nacion Corços, y a mi con ellos, por quedarse con Leonisa, de lo qual se contentó Fetala: y aunque estuue presente a todo esto, nunca pude entender lo que dezian, aunque sabia lo que hazian, ni entendiera por entonces el modo de la particion, si Fetala no se llegara a mi, me dixera en Italiano: Christiano, ya eres mio, en dos mil escudos de oro te me han dado, si quisieres libertad, has de dar quatro mil, sino, acà morir. Preguntèle era tambien suya la Christiana, dixome que no, sino que Izuf quedaua con ella, con intencion de boluerla Mora, y casarse con ella. Y assi era la verdad, porque me lo dixo vno de los Cautiuos del remo, que entendia bien el Turquesco, y se lo auia oido tratar à Izuf, y a Fetala. Dixele à mi amo, que hiziese de modo, como se quedasse con la Christiana, y que se daria por su rescate solo diez mil escudos de oro, en oro. Respondiome no ser possible; pero que hara que Izuf supiesse la gran suma que se ofrecia por la Christiana, quizà lleuado del interesse mudaria de intencion, y la rescataria. Hizolo assi, y mando todos los de su galeota se embarcassen luego, porque se queria ir a Tripol de Berberia, donde le el era, Izuf assi mismo determinò irse a Viserta, y assi se embarcaron con la misma priessa que suelen, quando descubren, ò galeras de quien temer, ò baxeles a quien robar. Mouioles a darse priessa, por parecerles que el tiempo mudaua con muestras de borrasca. Estaua Leonisa en tierra; pero no en parte que yo la pudiesse ver, sino fue, que al tiempo de embarcarnos, llegamos juntos a la marina. Lleuaua de la mano su nueuo amo, y su mas nueuo amante; y alentar por la escala, que estaua puesta desde tierra à la galeota, boluio los ojos a mirarme; y los mios, que no se quitauan della, la miraron con tan tierno sentimiento, y dolor, que sin saber como, se me puso vna nube antes ellos, que me quitò la vista, y sin ella, y sin sentido alguno, di conmigo en el suelo: lo mismo me dixeron despues, que auia sucedido a Leonisa, porque la vieron caer de la escala a la mar, que Izuf se auia echado tras della, y lasacò en braços.

Eão me contaron dentro de la galeota de mi amo, donde me auian puesto sin que yo lo sintiesse: mas quando bolui de mi desmayo, y me vi solo en la galeota, y q̃ la otra, tomando otra derrota, se apartaua de nosotros, lleuandose consigo la mitad de mi alma, ò por mejor dezir, toda ella; cubrioseme el coraçon de nueuo, y de nueuo maldixe mi ventura, y llamè a la gente a vozes, y eran tantos los sentimientos que hazia, que mi amo enfadado de oirme con vn grueso palo me amenaçò, que si no callaua me mataria. Reprimi las lagrimas, recogi los suspiros, creyendo que con la fuerça que les hazia, rebentarian por parte que abriessen puerta al alma, que tanto deseaua desamparar este miserable cuerpo: mas la suerte aun no contenta de auerme puesto en tan encogido estrecho, ordenò de acabar con todo, quitandome las esperanças de todo mi remedio, y fue que en vn instante se declarò la borrasca que ya se temia; y el viento, que de la parte de Mediodia soplaua, y nos embestia por la proa, començò a reforçar con tanto brio, que fue forçoso boluer la popa, y dexar correr el baxel por donde el viento queria lleuarle. Lleuaua designio el Arraez de despuntar la Isla, y tomar abrigo en ella por la vanda del Norte; mas sucediole al rebès su pensamiento, porque el viento cargò con tanta furia que todo lo que hasta alli auia nauegado, que fueron dos dias, continuos con sus noches, en poco mas de catorze horas, nos vimos a seis millas, ò siete de la propia Isla de donde auiamos partido, y sin remedio alguno ibamos a embestir en ella, y no en alguna playa, sino en vnas muy leuantadas peñas; que a la vista se nos ofrecian, amenaçando de ineuitable muerte a nuestras vidas.

Vimos a nuestro lado la galeota de nuestra conserua, donde estaua Leonisa, y a todos sus Turcos, y cautiuos remotos, haziendo fuerça con los remos, para entretenerse, y no dar en

las peñas. Lo mismo hizieron los de la nuestra, con mas ventaja, y esfuerço, a lo que pareciò, que los de la otra: los quales cansados del trabajo, y vencidos del teson del viento, y de la tormenta, soltaron los remos, se abandonaron, y se dexaron ir a vista de nuestros ojos a embestir en las peñas, donde diò la galeota tan grande, y terrible golpe, que toda se hizo pedaços.

Començaua à cerrar la noche, y fue tamaña la grita de los que se perdian, y el sobresalto de los que en nuestro baxel temian perderse, que ninguna cosa de la que nuestro Arraez mandaua se entendia, ni se hazia; solo se atendia a no dexar los remos de las manos, tomando por remedio boluer la proa al viento, y echar las dos ancoras a la mar, para entretener con esto algun tiempo la muerte, que por cierta tenian. Y aun que el miedo de morir era generalmente en todos, en mi era muy al contrario, porque con la esperança engañosa de vèr en el otro mundo à la que auia tan poco que de este se auia partido, cada punto que la galeota tardaua en anegarse, ò en embestir en las peñas, era para mi vn siglo de mas penosa muerte. Las leuantadas olas, que por encima del baxel y de mi cabeça passauan, me hazian estar atento, a vèr si en ellas venia el cuerpo de la desdichada Leonisa. No quiero detenerme aora, ò Mahamut, en contarte por menudo los sobresaltos, los temores, las ansias, los pensamientos que en aquella luenga, y amarga noche tuue, y passe, por no ir contra lo que primero propuse, de contarte breuemente mi desventura, basta dezirte que fueron tantos, y tales, que si la muerte viniera en aquel tiempo, tuuiera bien poco que hazer en quitarme la vida.

Vino el dia con mucstras de mayor tormenta que la passada, y hallamos que el baxel auia virado vn gran trecho auiendose desviado de las peñas a buen espacio, y llegadose a vna punta de la Isla: y viendose tan apique de doblarla, Turcos, y Christianos con nueua esperança, y fuerças nueuas, al cabo de seis horas doblamos la punta, y hallamos mas blando el mar, y mas sossegado, de modo, que mas facilmente nos aprouechamos de los remos, y abrigados con la Isla, tuuieron lugar los Turcos desaltar en tierra, para ir a vèr si auia quedado alguna reliquia de aquella galeota, que la noche antes diò en las peñas: mas aun no quiso el Cielo conceder me el alliuio que esperaua, que

ner, de vèr en mis braços el cuerpo de Leonisa, que aunque muerto, y despedaçado, holgara de verle, por romper aquel imposible, que mi estrella me puso, de juntarme con èl, como mis buenos deseos merecian: y assi rogue a vn renegado, que queria desembarcarse, que le buscasse, y viesse si la mar lo auia arrojado a la orilla. Pero como ya he dicho, todo esto me negò el Cielo, pues al mismo instante tornò a embrauecerse el viento, de manera, que el amparo de la Isla no fue de algun prouecho.

Viendo esto Fetala, no quiso contrastar contra la fortuna, que tanto le perseguia; y assi mandò poner el trinquete al arbol, y hazer vn poco de vela, boluiò la proa a la mar, y la popa al viento, y tomando èl mismo el cargo del timon, se dexò correr por el ancho mar, seguro que ningun impedimento se estoruaria su camino. Iban los remos igualados en la cruxia, y toda la gente sentada por los vancos, y balleste-tas sin que en toda la galeota se descubriesse otra persona, que la del comitre, que por mas seguridad suya se hizo atar fuertemente al Estanterol. Bolaua el baxel con tanta ligereza, que en tres dias, y tres noches, passando a la vista de Trapana, de Melazo, y de Palermo, emboccò por el Faro de Mecina, con marauilloso espanto de los que iban dentro, y de aquellos que desde la tierra los mirauan.

En fin, por no ser tan prolixo en contar la tormenta, como ella fue en su porfia, digo que cansados, hambrientos, y fatigados con tan largo rodeo, como fue baxar casi toda la Isla de Sicilia, llegamos a Tripol de Berberia, a donde a mi amo (antes de auer hecho con sus Leuantes la cuenta del despojo, y dadoles lo que les tocaua, y sucurrido al Rey, como es costumbre) le diò vn dolor de costado, y tal, que dentro de tres dias diò con èl en el infierno. Pusose luego el Rey de Tripol en toda su hazienda, y el Alcayde de los muertos, que alli tiene el gran Turco (que como sabes, es heredero de los que no le dexan en su muerte) estos dos tomaron toda la hazienda de Fatala, mi amo, y yo cupe a este, que entonces era Virrey de Tripol, y de alli a quinze dias le vino la patente de Virrey de Chipre, con el qual he venido hasta aqui, sin intento de rescatarme: y aunque èl me ha dicho muchas vezes que me rescate, pues soy hombre principal, como se lo dixeron los soldados de Fatala, jamàs he acudido a ello, antes le he dicho, que le engañaron los que

le dixeron grandezas de mi posſibilidad. Y ſi quieres Mahamat, que te diga todo mi penſamiento, has de ſaber que no quiero boluer a parte, donde por alguna via pueda tener coſa que me conſuele, y quiero que juntandoſe a la vida del cautiuerio, los penſamientos, y memorias que jamas me dexan de la muerte de Leoniſa, vengan a ſer parte para que yo no la tenga jamas de gusto alguno. Y ſi es verdad que los continuos dolores forçoſamente ſe han de acabar, o acabar a quien los padece, los mios no podràn dexar de hazerlo, porque pienſo darles renda de manera que en pocos dias den alcance a la miſerable vida, que tan contra mi voluntad ſoſtengo. Eſto es, ò Mahamat hermano el triſte ſucceſſo mio, eſta es la cauſa de mis ſuſpiros, y de mis lagrimas, mira tu aora, y conſidera ſi es baſtante para ſacarlos de lo profundo de mis entrañas, y para engendrarlos en la ſequedad de mi laſtimado pecho. Leoniſa muriò, y con ella mi eſperança, que puesto que la que tenia viuiendo ella, toda via, toda via: y en eſte toda via ſe le pegò la lengua al paladar, demanera que no pudo hablar mas palabra, ni detener las lagimas (que como ſuele dezirſe) hilo a hilo le corrian por el roſtro en tanta abundancia, que llegaron a humedecer el ſuelo. Acompañò le en ellas Mahamut: pero paſſandoſe aquel paraſiſmo, cauſado de la memoria renouada en el amargo cuento, quiſo Mahamut conſolar a Ricardo con las mejores razones que ſupo, mas el le las atajò, diziendo: Lo que has de hazer amigo es aconſejarme, que harè yo para caer en deſgracia de mi amo, y de todos aquellos con quien yo comunicare, para que ſiendo abborrecido dèl, y dellos, los vnos, y los otros me maltraten y perſigan de ſuerte, que añadiendo dolor a dolor, y pena a pena, alcance con brebedad lo que deſeo, que es acabar la vida.

Aora he hallando ſer verdadero (dixo Mahamut) lo que ſe ſuele dezir, que lo que ſe ſabe ſentir, ſe ſabe dezir: aunque algunas vezes el ſentimiento enmudece la lengua; pero como quiera que ello ſea, amigo Ricardo, ora llegue tu dolor tus palabras, ora ellas ſe le aventajen, ſiempre has de hallar en mi vn verdadero amigo, ò para ayuda, ò para conſejo, que aunque mis pocos años, y el deſatino que he hecho en veſtirme eſte habito, eſtan dando voz que de ninguna de eſtas dos coſas que te ofrezco ſe puede fiar ni eſperar alguna, yo procurarè que no ſalga verdadera eſta ſoſpecha, ni puede tenerſe por cierta tal opinion. Y puesto que tu no quieras, ni ſer aconſejado, ni fauorecido, no por eſſo dexarè de hazer lo que te conuiene, como ſuele hazerſe con el enfermo, que pide lo que no le dan, y le dan lo que le conuiene. No ay en toda eſta Ciudad quien pueda, ni valga mas que el Cadi mi amo, ni aun el tuyo, que viene por Viſorrey della, ha de poder tanto. Y ſiendo eſto aſsi (como lo es) yo puedo dezir, que ſoy el que mas puede en la Ciudad; pues puedo con mi patron todo lo que quiero. Digo eſto, porque podria ſer dar traça con èl, para que vinieſſes a ſer ſuyo: y eſtando en mi compañia, el tiempo nos dirà lo que auemos de hazer, a ti para conſolarte: ſi quiſieres, ò pudieres tener conſuelo, y a mi para ſalir deſta a mejor vida, ò a lo menos a parte donde la lengua mas ſeguta, quando la dexe. Yo te agradezco Mahamut, reſpondiò Ricardo, la amiſtad que me ofreçes, aunque eſtoy cierto, que con quanto hizieres, no has de poder coſa que en mi prouecho reſulte. Pero dexemos agora eſto, y vamos a las tiendas, porque a lo que veo, ſale de la Ciudad mucha gente, y ſin duda es el antiguo Virrey, que ſale a eſtarſe en la campaña, por dar lugar a mi amo a que entre en la Ciudad a hazer la reſidencia. Aſsi es, dixo Mahamut, ven pues Ricardo, y veràs las ceremonias con que le reciben, que sè que guſtarás de verlas. Vamos en buen hora, dixo Ricardo, quizà te avrè meneſter, ſi a caſo el guardian de los cautiuos de mi amo no me ha echado menos, que es vn renegado, Corço de nacion, y de no piadoſas entrañas. Con eſto dixeron la platica, y llegaron a tiempo que llegaua el antiguo Baxà, y el nueuo le ſalia a recibir a la puerta de la tienda.

Venia acompañado Ali Baxà (que aſsi le llamaua el que dexaua el gouierno) de todos los Genizaros, que de ordinario eſtan de preſidio en Nicoſia, deſpues que los Turcos la ganaron, que ſerian haſta quinientos. Veniandos a las, ò hileras, los vnos con eſcopetas, y los otros con alfanges deſnudos: llegaron a la puerta del nueuo Baxà Hazan, y la rodearon todos, y Ali Baxà, inclinando el cuerpo, hizo reuerencia a Hazan, y èl con menos inclinacion le ſaludò. Luego ſe entrò Ali en el pauellon de Hazan, y los Turcos le ſubieron ſobre vn poderoſo caualloricamente adereçado, y trayendole a la redonda de las tiendas, y por todo vn buen eſpacio de la campaña, dauan vozes, y gritos, diziendo en ſu lengua: Viua, viua, Soliman Sultan, y

Hazan Baxà en su nombre. Repitieron esto muchas vezes, reforçando las vozes, y los alaridos, y luego le boluieron a la tienda, donde auia quedado Ali Baxà, el qual con el Cadi, y Hazan se encerraron en ella por espacio de vna hora solos. Dixo Mahamut a Ricardo, que se auia encerrado a tratar de lo que conuenia hazer en la Ciudad, cerca de las obras que Ali dexaua començadas. Dende alli a poco rieto, salió el Cadi a la puerta de la tienda, y dixo a vozes en lengua Turquesca, Arabiga, y Griega, que todos los que quisieren entrar a pedir justicia, ò otra cosa contra Ali Baxà, podrian entrar libremente, que alli estaua Hazan Baxà, a quien el Gran señor embiaua por Virrey de Chipre, que les guardaria todo la razon, y justicia. Con esta licencia los Genizaros dexaron desocupada la puerta de la tienda, y dieron lugar a que entrassen los que quisiessen. Mahamut hizo que entrasse con èl Ricardo, que por ser esclauo de Hazan, no se le impidiò la entrada. Entraron a pedir justicia, assi Griegos, y Christianos, como algunos Turcos, y todos de cosa de tan poca importancia, que les mas despachò el Cadi sin dàr traslado a la parte, sin autos, ni mandas, ni respuestas: que todas las causas (sino son las matrimoniales) se despachan en pie, y en vn punto, mas à juizio de buen varon, que por ley alguna. Y entre aquellos Barbaros (si lo son en esto) el Cadi, es Iuez competente de todas las causas, que las abreuia en la vña y las sentencias en vn soplo, sin que ya apelacion de su sentencia para otro Tribunal. En ell entrò vn Chauz (que es como Alguazil) y dixo que estaua a la puerta de la tienda vn Iudio, que traia a vender vna hermosissima Christiana, mando el Cadi, que le hiziesse entrar. Saliò el Chauz y boluiò a entrar luego, y con vn venerable Iudio, que traia de la mano vna muger vestida en habito Berberisco, tan bien adereçada, y compuesta, que la pudiera estàr tan bien la mas rica Mora de Fez, ni de Marruecos, que en aderezarse lleuan ventaja a todas las Africanas aunque entren las de Argel con sus perlas tantas. Venia cubierto el rostro con vn tafetan carmesi. Por las gargantas de los pies que se descubrian parecian dos carcajes (que assi le llaman las manillas en Abrigo) al parecer de puro oro: y en los braços que assi mismo, por vna camisa de cendal delgado se descubrian, è traslucian, traia otros carcajes de oro sembrados de muchas perlas. En resolucion en quanto al traje, ella venia rica, y gallardamente adereçada. Admirados desta primera vista el Cadi

y los demàs Baxacs, antes que otra cosa dixessen, ni preguntassen, mandaron al Iudio, que hiziesse que se quitasse la Christiana el antifaz. Hizolo assi, y descubriò vn rostro, que assi deslumbrò los ojos, y alegrò los coraçones de los circunstantes, como el Sol, que por entre cerradas nubes, despues de mucha escuridad, se ofrece a los ojos de los que le desean. Tal era la belleza de la cautiua Christiana, y tal su brio, y gallardia. Pero en quien con mas afecto hizo Impresion la marauillosa luz que auia descubierto, fue en el lastimado Ricardo, como en aquel que mejor que otro la conocia, pues era su cruel, y amada Leonisa, que tantas vezes, y con tantas lagrimas por èl auia sido tenida, y llorada por muerta. Quedò a la improuisa vista de la sin igual belleza de la Christiana, traspassado el coraçon de Ali, y en el mismo grado, y con la misma herida se hallò el de Haza, sin quedarse esento de la amorosa llaga el del Cadi, que mas suspenso que todos, no quitaua los ojos de los de Leonisa. Y para encarecer las fuerças poderosas de amor se ha de saber, que en aquel mismo punto nació en los coraçones de los tres, vna a su parecer firme esperança de alcançarla; y assi, sin querer saber el como, ni el donde, ni el quando auia venido a poder del Iudio, le preguntaron el precio que por ella queria. El Iudio respondiò, que quatro mil doblas, que vienen a ser dos mil escudos. Apenas huuo declarado el precio, quando Ali Baxà dixo, que el los daua por ella, y que fuesse luego a contar el dinero a su tienda. empero Hazen Baxà, que estaua de parecer de no dexarla, aunque aucnturasse en ello la vida, dixo: Yo assimismo doy por ella las quatro mil doblas, que el Iudio pide: y no las diera, ni me pusiera a ser contrario de lo que Ali ha dicho, si no me forçara lo que èl mismo dirà, que es razon que me obligue, y fuerçe, y es: que esta gentil esclaua no pertenece para nosotros, sino para el gran Señor solamente: y assi digo, que su nombre la comprò: veamos aora, quien serà el atreuido que me la quite? Yo sere, replicò Ali, porque para el mismo efecto la pretendo comprar deste Iudio: y esso me a mi mas a cuento hazer al gran Señor este presente, por la comodidad de lleuarla luego a Constantinopla, gratificando con èl la voluntad del gran Señor, que como hombre que quedò (Hazan como tu ves) sin cargo alguno, he menester buscar medios de tenerle, de lo que tu estàs seguro por tres años, pues oy comiença a mandar, y agouernar este riquissimo Reyno,

de Chipre. Assi por estas razones, y por auer sido el primero q̃ ofrecì el precio por la cautiua, està puesto en razon, ò Hazan, que me la dexes. Tanto mas es de agradecerme a mi, respondiò Hazan, el procurarla, y embiarla al gran Señor, quanto lo hago sin moverme a ello interes alguno. Yen lo de la comodidad de lleuarla, vna galeota armarè, con sola mi chusma, y mis esclauos que la lleuen: Acorose en estas razones Alì, y leuantandose en pie, empuño el alfange, diziendo: Siendo, ò Hazan, mis intentos buenos, que es presentar, y lleuar esta Christiana al gran Señor? y auiendo sido yo el comprador primero, està puesto en razon, y en justicia, que ma la dexes a mi: y si otra cosa pensares, este alfange que empuño, defenderà mi derecho, y castigarà tu atreuimiento. El Cadì, que a todo estaua a tento, y que no menos que los dos ardia, temeroso de quedar sin la Christiana, imaginò como podria atajar el gran fuego que se auia encendido, y juntamente quedarse con la cautiua, sin dar alguna sospecha de su dañada intencion; y assi leuantandose en pie se puso entre los dos, que ya tambien lo estauan, y dixo: Sossiegate, Hazan, y tu, Alì, estate quedo, que yo estoy aqui, que sabrè, y podrè componer vuestras diferencias de manera, que les dos consig is vuestros intentos, y el gran Señor, como deseais, sea seruido. A las palabras del Cadi (obedecierõ luego; y aun si otra cosa mas dificultosa le mandarà, hizieran lo mismo (tanto es el respecto q̃ tienen a sus canas los de aquella dañada secta) prosiguiò el Cadi, diziendo: tu dizes Alì, que quieres esta Christiana para el gran Señor, y Hazan te lo contradize; y aun que el no sabe fundar su razon, yo hallo, que tiene la misma que tu tienes, y es la intencion, que sin duda diuiò de nacer à vn tiempo mismo que la tuya, de querer comprar la esclaua para el mismo efecto: solo le lleua tu la ventaja en auerte declarado primero; y esto no ha de ser parte para que de todo en todo quede defraudado de su buen deseo; y assi me parece serà bien concertaros en esta forma, que la esclaua sea de entrambos, pues el vso della ha de quedar a la voluntad del gran Señor para quien se comprò, a èl toca dis poner della, y en tanto, pagarà tu Hazan, dos mil doblas, y Alì otras dos mil, y quedese la cautiua en poder mio, para que en nombre de entrambos yo la embie a Constantinopla, porq̃ no quede sin algun premio, siquiera por auerme hallado presente,

y assi me ofrezco de embiarla a mi costa, con la autoridad, y decencia q̃ se deue a quiẽ se embia, escriuiendo al gran Señor todo lo q̃ aqui ha passado, y la voluntad que los dos aueis mostrado a su seruicio. No supieron, ni pudieron, ni quisieron contradezirle los dos enamorados Turcos, y aunq̃ vieron q̃ por aquel camino conseguian su deseo, huuieron de passar por el parecer del Cadi, formando, y criando cada vno allà en su animo, vna esperança, que aunque dudosa, les prometia poder llegar al fin de sus encendidos deseos. Hazan, que se quedaua por Virrey en Chipre, pensaua dar tantas dadiuas al Cadi, que vencido, y obligado, le diesse la cautiua. Alì imaginò de hazer vn hecho, que le asseguro salir con lo que deseaua, y teniendo por cierto cada qual su designio, vinieron con facilidad en lo que el Cadi quiso: y de consentimiento, y voluntad de los dos, se la entregaron luego, y luego pagaron al Iudio cada vno dos mil doblas. Dixo el Iudio, que no la auia de dar con los vestidos q̃ tenia, por q̃ valian otras dos mil doblas: y assi era la verdad, a causa q̃ en los cabellos q̃ parte por las espaldas sueltos traia, y parte atados, y enlazados por la frente) se parecian algunas hileras de perlas que con estremada gracia se enredauan con ellos. Las manillas de los pies, y manos assi mismo venian llenas de gruessas perlas. El vestido era vna almalafa de raso verde, toda bordada, y llena de trencillas de oro. En fin les pareciò a todos que el Iudio anduuo corto en el precio q̃ pidiò por el vestido: y el Cadi, por no mostrarse menos liberal que los dos Baxaes, dixo que el queria pagarle, porque de aquella manera se presentasse al gran Señor la Christiana. Tuuieronlo por bien los dos competidores, creyendo cada vno, que todo auia de venir a su poder. Falta aora por dezir, lo que sintio Ricardo de ver andar en el almoneda su alma, y los pensamientos que en aquel punto le vinieron, y los temores que le sobresaltaron, viendo, q̃ el auer hallado su querida prenda, era para mas perderla: no sabia darse a entender si estaua durmiendo, ò despierto, no dando credito a sus ojos de lo que veian; porque le parecia cosa imposible ver tan impensadamente delante de ellos a la que pensaua, que para siempre los auia cerrado. Llegòse en esto a su amigo Mahàmut, y dixole: No la conoces amigo? No la conozco, dixo Mahamut. Pues has de saber, replicò Ricardo, q̃ es Leonisa. Què es lo q̃ dizes Ricardo? dixo Mahamut. Lo que has oido, dixo Ricardo. Pues calla, y no la descubras, dixo Mahamut,

que

que su ventura và ordenando que la tengas buena, y prospera, porque ella và a poder de mi amo. Parecete, dixo Ricardo, que serà bien ponerme en parte adonde pueda ser visto? No (dixo Mahamut) porque no la sobresaltes, ni dès a entender que la has visto, que podria ser que redundasse en perjuizio de mi designio. Seguirè tu parecer, respondiò Ricardo, y assi anduuo huyendo de que sus ojos se encontrassen con los de Leonisa, la qual tenia los suyos, en tanto, que esto passaua entre Mahamut, y Ricardo, clauados en el suelo, y derramando dellos algunas lagrimas. Allegose en este tiempo el Cadi a ella, y asiendola de la mano, la entregò a Mahamut, mandando que la lleuasse a la Ciudad, y se la entregasse a su señora Halima, y le dixesse la tratasse como esclaua del gran Señor: Hizolo assi Mahamut, y dexò solo a Ricardo, que con los ojos fue siguiendo a su estrella, hasta que se le encubriò con los muros de Nicosia. Llegose al Iudio, y preguntole que adonde auia comprado, ò en què modo auia venido a su poder aquella cautiua Christiana? El Iudio respondiò, que en la Isla de la Pantanalea la auia comprado a vnos Turcos que allì auiandado al trauès. Y queriendo proseguir adelante, lo estoruò el venirle a llamar de parte de los Baxaes, què querian preguntarle lo mismo que Ricardo tanto deseaua saber, y con tanta diligencia procuraua: y con esto se despidio dèl. En el largo trecho de camino que auia desde las tiendas a la Ciudad, y en el espacio con que fue gozando de la sin par hermosura, y gracia de Leonisa, tuuo lugar Mahamut de preguntarle (en lengua Italiana) que de què lugar era? La qual respondiò, que de la ilustre Ciudad de Trapaña, de padres nobles, y ricos, aunque ella por si en todo mal afortunada. Preguntole assimismo Mahamut, si conocia en aquella Ciudad a vn Cauallero rico, y noble por su persona, y partes dotado de no menos riquezas que se llamaua Ricardo? Oyendo lo qual Leonisa, diò vn gran suspiro, salido de lo intimo del coraçon, y dixo: Si conozco por mi mal, y desgraciada suerte. Còmo por vuestro mal, dixo Mahamut? Porque èl me conociò a mi por el suyo, y por mi desventura, respondiò Leonisa. Y por ventura, preguntò Mahamut, conocistes tambien en la misma Ciudad otro Cauallero de gentil disposicion, hijo de padres muy ricos, y por su persona muy valiente, liberal, y muy discreto, que se llama Cornelio? rãbien le conozco, respondiò Leonisa, y podrè dezir mas, por mi mal, que no a Ricardo. Mas quien

quien sois vos, señor, que los conoceis, y por ellos me preguntais? Que sin duda el Cielo condolido de quantos trabajos, y fortunas, hasta aqui he passado, me ha hechado aparte, donde, ya que no se acaben, halle con quien me consuele en ellos. Soy dixò Mahamut, natural de la Ciudad de Palermo, que por varios accidentes estoy en este traje, y vestido, diferente del que yo solia traer, y mi alma professa, aunque dissimulada, y encubiertamente: y conozcolos porque no ha muchos dias que estuuieron en mi poder, que a Cornelio le cautiuaron vnos Moros de Tripol de Berberia, y le vendieron a vn Turco, que le traxo a esta Isla, donde vino con mercancias; porque es mercader de Rodas, el qual tenia tanta satisfaciòn, y credito de la verdad de Cornelio, y estaua tan confiado de su persona, que le fiqua toda su hazienda. Bien se la sabrà guardar, dixo Leonisa, porque sabe guardar muy bien la suya; pero dezidme, señor, como, ò con quien vino Ricardo a esta Isla? Vino respondiò Mahamut, con vn Cosario, que le cautiuò estando en vn jardin de la marina de Trapana, y con èl, dixo que auian cautiuado a vna doncella, que nunca me quiso dezir su nombre, aunque muchas vezes me alabò su hermosura. Estuuo aqui algunos dias con su amo, que iba a visitar el sepulcro de Mahoma (que està en la Ciudad de Almedina) y al tiempo de la partida cayò Ricardo tan enfermo, è indispuesto, q̃ su amo me lo dexò por se. de mi tierra, para que le curasse, y tuuiesse cargo dèl, hasta su buelta, ò que si por aqui no boluiesse, se le embiasse a Constinopla, que èl me auisaria quando allà estuuiesse. Pero el Cielo lo ordenò de otra manera, pues el sin ventura de Ricardo, sin tener accidente alguno en pocos dias se acabaron los de su vida, siempre llamando entre si a vna Leonisa, a quien èl me auia dicho que queria mas què a su vida, y a su alma: la qual Leonisa me dixo, que en vna galeota que auia dado al trauès en la Isla de la Pantanalea, se auia ahogado, cuya muerte siempre lloraua, y siempre plañia, hasta que le traxo a termino de perder la vida, que yo no le senti enfermedad en el cuerpo, sino muestras de dolor en el alma. Dezidme, señor, replicò Leonisa, esse moço que dezis, en las platicas que tratò con vos (que como de vna patria, deuieron ser muchas) nombrò alguna vez a essa Leonisa, contò el modo con que a ella, y a Ricardo cautiuaron? Si nombrò, dixo Mahamut, y me preguntò si auia aportado por esta Isla vna Christiana deste nombre, de tales, y tales señas, a la

qual

qual holgaria de hallar para rescatarla, si es que su amo se auia ya desengañado, de que no era tan rica como èl pensaua, aunque podia ser que por auerla gozado, la tuuiesse en menos; que como no passassen de trecientos, ò quatrocientos escudos, èl los daria de muy buena gana por ella, porque vn tiempo la auia tenido alguna aficion. Bien poca deuia de ser, dixo Leonisa, pues no passaua de quatrocientos escudos: mas liberal es Ricardo, y mas valiente, y comedido, Dios perdone a quien fue causa de su muerte, que fui yo, que soy la sin ventura, que èl lloro por muerta, y sabe Dios si holgoria de que el fuera viuo, para pagarle con el sentimiento que viera que tenia de su desgracia, el que mostrò de la mia. Yo, señor, como ya os he dicho, soy la poco querida de Cornelio, y la bien horada de Ricardo, que por muchos, y varios casos he venido a este miserable estado en que me veo; y aunque es tan peligroso, siempre (por fauor del Cielo) he conseruado en èl la entereza de mi honor, con la qual viuo contenta en mi miseria: aora, ni sè donde estoy, ni quien es mi dueño, ni adonde han de yr conmigo mis contrarios hados: por lo qual os ruego, señor, si quiera por la sangre que de Christiano teneis, me aconsejeis en mis trabajos, que puesto que el ser muchos me han hecho algo aduertida, sobreuienen cada momento tantos, y tales, que no sè como me he de auenir con ellos. A lo qual respondiò Mahamut, que èl haria lo que pudiesse en seruirla, aconsejandola con su ingenio, y con sus fuerças: aduirtiola de la diferencia, que por su causa auian tenido los Baxaes, y como quedaua en poder del Cadi su amo, para llenarla presentada al gran Turco Celin a Constantinopla; pero que antes que esto tuuiesse efecto, tenia esperança en el verdadero Dios, en quien creia, aunque mal Christiana, que lo auia de disponer de otra manera; y la aconsejaua se huuiesse bien con Halima, la muger del Cadi su amo, en cuyo poder auia de estar, hasta que le embiassen a Constantinopla, aduirtiendola de la condición de Halima: y con estas le dixo otras cosas de su prouecho, hasta que la dexò en su casa, y en poder de Halima, a quien dixo el recado de su amo. Recibiola bien la Mora, por verla bien adereçada y tan hermosa. Mahamut se boluiò a las tiendas, a contar a Ricardo lo que con Leonisa le auia passado: y hallandole, se lo contò todo, punto por punto: y quando llegò al de el sentimiento que Leonisa auia hecho quando le dixo que era muerto, casi se le vinieron las lagrimas a los ojos. Di-

Dixole como auia fingido el cuento del cautiuerio de Cornelio, por ver lo que ella sentia. Aduirtiole la tibieza, y malicia con que de Cornelio auia hablado: todo lo qual fue pistima para el afligido coraçon de Ricardo, el qual dixo a Mahamut: Acuerdome, amigo Mahamut, de vn cuento que me contò mi padre, que ya sabes quan curioso fue, y este quanta honra le hizo el Emperador Carlos Quinto, a quien siempre siruio en honrosos cargos de paz, y de guerra. Digo pues, que me contò, que quando el Emperador estuuo sobre Tunez, y la tomò con la fuerça de la Goleta, estando vn dia en campaña, y en la tienda, le traxeron a presentar vna Mora, por cosa singular en belleza, y que al tiempo que se la presentaron entrauan algunos rayos del Sol por la tienda, y dauan en los cabellos de la Mora, que con los mismos del Sol, en ser rubios competian: cosa nueua en las Moras, que siempre se precian de tenerlos negros: contaua que en aquella ocasion se hallaron en la tienda, entre otros muchos, dos Caualleros Españoles, el vno era Andaluz, y el otro era Catalan, ambos muy discretos, y ambos Poetas, y auiendola visto el Andaluz començò con admiracion a dezir vnos versos, que ellos llaman coplas, con vnas consonancias, ò consonantes dificultosos, y parando en los cinco versos de la copla, se detuuo sin darle fin, ni a la copla, ni a la sentencia, por no ofrecersele tan de improuiso los consonantes necessarios para acabarla. Mas el otro Caualliero, que estaua a su lado, y auia oido los versos, viendole suspenso, como si el hurtara la media copla de la boca, la prosiguio, y acabò con las mismas consonancias. Y esto mismo se me vino a la memoria, quando vi entrar a la hermosissima Leonisa por la tienda del Baxà, no solamente escureciendo los rayos del Sol, si la tocaran, sino a todo el cielo con sus estrellas. Passo no mas, dixo Mahamut, detente amigo Ricardo, que a cada passo temo, que has de passar tanto la raya en las alabanças de tu Nella Leonisa, que dexando de parecer Christiana, parezcas Gentil, dime, si quieres, estos versos ò coplas, que despues hallaremos en otras cosas de mas gusto, y aun quizà de mas prouecho. En buen hora, dixo Ricardo, y bueluote a aduertir, que cinco versos dixo el vno, y los otros cinco el otro, todos de improuiso, y son estos:

COmo quando el Sol assoma
por vna montaña baxa.
y de supito nos toma,
y con su vista nos doma
nuestra vista, y la relaxa:

como

como la piedra balaxa,
que no consiente carcoma,
tales el tu rostro Axa,
dura lança de Mahoma,
que las mis entrañas raxa.

Bien me suena al oido, dixo Mahamut, y mejor me suena, y me parece que estès para dezir versos, Ricardo, porque el dezirlos, ò el hazerlos, requiere animos muy desapasionados. Tambien se suelen (respondiò Ricardo) llorar endechas, como cantar hymnos, y todo es dezir versos. Pero dexando esto a parte, dime, què piensas hazer en nuestro negocio? que puesto que no entendi lo que los Baxaes trataron en la tienda, en tanto que tu lleuaste a Leonisa, me lo contò vn Renegado de mi amo. Venceciano, que se hallò presente, y entiende bien la lengua Turquesca: y yo lo que he menester ante todas cosas, es buscar traças como Leonisa vaya a manos del gran Señor. Lo primero que se ha de hazer, respondiò Mahamut, es que tu vengas a poder de mi amo, que esto hecho, despues nos aconsejaremos en lo que mas nos conuiniere. En esto vino el guardian de los cautiuos Christianos de Hazan, y lleuò consigo a Ricardo. El Cadi boluiò a la Ciudad con Hazan, que en breues dias hizo la residencia de Ali, y se la diò cerrada, y sellada, para que se fuesse a Constantinopla: el fue luego, dexando muy encargado al Cadi, que con breuedad embiasse la cautiua, escriuiendo al gran Señor, de modo que le aprouechasse para sus pretensiones. Prometioselo el Cadi con traidoras entrañas, porque las tenia hechas ceniza por la cautiua. Yendo Ali lleno de falsas esperanças, y quedando Hazan no vacio dellas, Mahamut hizo de modo que Ricardo viniesse a poder de su amo. Iban se passando dias, y el deseo de vèr a Leonisa apretaua tanto a Ricardo, que no alcançaua vn punto de sossiego. Mudòse Ricardo el nombre en el de Mario, porque no llegasse el suyo a oidos de Leonisa, antes que èl la viesse, y el verla era muy dificultoso, a causa que los Moros son en estremo zelosos, y encubren a todos los hombres los rostros de sus mugeres: puesto que no mostrarse ellas a los Christianos, no se les haze de mal, que deue de ser que por ser cautiuos, no los tienen por hombres cavales. Sucediò, pues, que vn dia la señora Halima viò a su esclauo Mario, y tan visto, y tan mirado fuè, que se le quedò grauado en el coraçon, y fixo en la memoria. Y quizà poco contenta de los floxos abraços de su anciano marido, con facilidad diò lugar a vn mal deseo, con la misma diò cuenta de

Leonisa, a quien ya queria mucho, por su agradable condicion: y trataua la con mucho amor, y respecto, por ser prenda del gran Señor: dixole, como el Cadi auia traido a casa vn cautiuo Christiano, de tan gentil donayre, y parecer, que a sus ojos no auia visto mas lindo hombre en toda su vida, y que dezian que era Chilibi (que quiere dezir Cauallero) y de la misma tierra de Mahamut, su Renegado, y que no sabia como darle a entender su voluntad, sin que el Christiano la tuuiesse en poco, por auerse la declarado. Preguntole Leonisa, como se llamaua el cautiuo? y dixole Halima, que se llamaua Mario. A lo qual replicò Leonisa: Si fuera Cauallero, y del lugar que dizen, yo lo conociera, mas de esse nombre Mario, no ay ninguno en Trapana: pero, haz señora, que le vea, y hable, que yo te dirè quien es, y lo que dèl se puede esperar. Assi serà, dixo Halima, porque el Viernes quando esté el Cadi haziendo la zalà en la Mezquita, le harè entrar acà dentro, donde le podràs hablar a solas: y si te pareciere darle indicios de mi deseo, haraslo por el mejor modo que pudieres. Esto dixo Halima a Leonisa, y no auian passado dos horas, quando el Cadi llamò a Mahamut, y a Mario, y con no menos eficacia que Halima auia descubierto su pecho a Leonisa: descubriò el enamorado viejo el suyo a sus dos esclauos, pidiendoles consejo en lo que haria para gozar de la Christiana, y cumplir con el gran Señor, cuya ella era, diziendoles, que antes pensaua morir mil muertes, que entregarla al gran Turco. Con tales afectos dezia su passion el Religioso Moro, que la puso en los coraçones de sus dos esclauos que todo lo contrario de lo que èl pensaua, pensauan. Quedò puesto entre ellos, que Mario, como hombre de su tierra (aunque auia dicho que no la conocia) tomasse la mano en solicitarla, y en declararle la voluntad suya: y quando por este modo no la pudiesse alcançar, que vsaria èl de la fuerça, pues estaua en su poder. Y esto hecho, con dezir que era muerta, se esc farian de embiarla a Constantinopla. Contentissimo quedò el Cadi con el parecer de sus esclauos, y con la imaginada alegria, ofreciò desde luego libertad a Mahamut, mandandole la mitad de su hazienda despues de sus dias: assimismo prometio a Mario (si alcançasse lo que queria) libertad, y dineros con que boluiesse a su tierra rico, honrado, y contento. Si èl fue liberal en prometer, sus cautiuos fueron prodigos, ofreciêdole de alcançar la Luna del Cielo, quanto mas a Leonisa, como èl diesse comodidad para ha-

hablaria. Essa darè yo Mario: quanta èl quisiere, respondiò el Cadi, porque harè que Halima se vaya en casa de sus padres, que son Griegos Christianos, por algunos dias; y estando fuera, mandarè al portero que dexe entrar a Mario dentro de casa todas las vezes que èl quisiere, y dirè a Leonisa, que bien puede hablar con su paysano quando le diere su gusto. Desta manera començò a boluer el viento de la ventura de Ricardo, soplando en su fauor, sin saber lo que hazian sus mismos amos. Tomado pues entre los tres este apuntamiento, quien primero le puso en platica fue Halima, bien assi como muger, cuya naturaleza es facil, y arroja liza, para todo aquello que es de su gusto. Aquel mismo dia dixo el Cadi a Halima que quando quisiesse podria irse a casa de sus padres a holgarse con ellos los dias que gustasse: pero como ella estaua alboroçada con las esperanças que Leonisa le auia dado: no solo no se fue a casa de sus padres, sino al fingido paraysо de Mahomano quisiera irse: y assi le respondiò, que por entonces no tenia tal voluntad; y que quando ella la tuuiesse lo diria, mas que auia de lleuar consigo a la cautiua Christiana. *Ello no*, replicò el Cadi, que no es bien que la prenda del gran Señor sea vista de nadie, y mas que se le ha de quitar que comuerse con Christianos, pues sabeis que llegando a poder del gran Señor, la han de encerrar en el Serrallo, y boluerla Turca, quiera ò no quiera. Como ella ande conmigo, replicò Halima, no importa que este en casa de mis padres, ni que comunique con ellos, que mas comunicare yo, no dexo por esso de ser buena Turca: y mas, que lo mas que pienso estar en su casa, serà quatro ò cinco dias, porque el amor que os tengo no me da licencia para estar tanto ausente, y sin veros. No la quiso replicar el Cadi, por no darla ocasion de engendrar alguna sospecha de interesse. Llegose el Viernes, y el Cadi fue a Mezquita, de la qual no pudo salir en casi quatro horas: y assi nas le viò Halima apartado los vmbrales de casa, quando mandò llamar a Mario, a quien no le dexaua entrar vn Christiano Corço, que seruia de portero en la puerta del patio, si Halima no diera vozes que le dexasse: assi entrò confuso, y temblando como si fuera a pelear con vn exercito de enemigos. Estaua Leonisa del mismo modo de traje, que quando entrò en la tienda del Baxà, sentada al pie de vna escalera grande de marmol, que a los corredores subia: tenia la cabeça inclinada sobre la palma de la mano derecha, el braço sobre las rodillas, los ojos a la parte contraria de la puerta por donde entrò Mario, de manera que aunque el iba azia la parte donde ella estaua, ella no le veia. Assi como entrò Ricardo, passeò toda la casa con los ojos, y no vio en toda ella, sino vn mudo, y sossegado silencio, hasta que parò la vista donde Leonisa estaua. En vn instante al enamorado Ricardo le sobrevinieron tantos pensamientos, que le suspendieron, y alegraron, considerandose veinte passos (a su parecer) ò poco mas desviado de su felicidad, y contento. Considerauase cautiuo, y a su gloria en poder ageno. Estas cosas reboluiendose entre si mismo, se mouiò, poco a poco y cõ temor, y sobresalto, alegre, triste, temeroso, y esforçado, se iba llegando al centro dõde estaua el desu alegria, quando a deshora boluio el rostro Leonisa, y puso los ojos en los de Mario, que con atencion la mirana. Mas quando la vista de los dos se encontraron, con diferentes efectos, dieron señal de lo que sus almas auian sentido. Ricardo se parò, y no pudo echar pie adelante. Leonisa, que por la relacion de Mahamut, tenia a Ricardo por muerto, y el verle viuo tan no esperadamente, llena de temor, y espanto, sin quitar del los ojos, ni boluer las espaldas, boluiò atras quatro ò cinco escalones, y sacãdo vna pequeña Cruz del seno, la besaua muchas vezes, y se santiguò infinitas, como si alguna cosa del otro mundo estuuiera mirando. Boluio Ricardo de su embelesamiento, y conocio por lo que Leonisa hazia, la verdadera causa de su temor, y assi le dixo: A mi me pesa, ò hermosa Leonisa, que no ayan sido verdad las nueuas que de mi muerte te dio Mahamut, porque con ellas escusarà los temores que agora tengo, de pensar, si toda via està en su entereza el rigor que contino has vsado conmigo. Sossiegate, señora, y baxa: y si te atreues a hazer lo que nũca hiziste, que es llegarte a mi, llega, y veràs que no soy cuerpo fantastico: Ricardo soy Leonisa, Ricardo el de tanta ventura, quanta tu quisieres que tenga. Pusose Leonisa en esto el dedo en la boca, por la qual entendiò Ricardo que era señal de que callasse, ò hablasse mas quedo, y tomando algun poco de animo, se fue llegando a ella en distancia que pudo oir estas razones Habla passo Mario (que assi me pareces q̃ te llamas agora) y no trates de otra cosa de la q̃ yo te tratare: yaduierte, que podrà ser q̃ el aueis nos oido, fuesse parte para que nunca nos boluiessemos a ver. Halima nuestra ama creo q̃ nos escucha, la qual me ha dicho q̃ te adora: hame pues-

to por interceſſora de ſu deſeo, ſi a él quieres correſponder, aprouecharteha màs para el cuerpo, q̃ para el alma; y quando no quieras, es forçoſo que lo finjas, ſi quiera porque yo te lo ruego, y por lo que merecen deſeos de muger declarados. A eſto reſpondiò Ricardo: Iamàs pensè, ni puede imaginar, hermoſa Leoniſa, que coſa que me pidieras, trajera conſigo impoſſible de cumplirla, pero la que me pides, me ha deſengañado. Es por ventura la voluntad tan ligera, que ſe pueda mouer, y lleuar a donde quiſieren lleuarla? O eſtarle ha bien al varon honrado, y verdadero fingir en coſas de tanto peſo? Si a ti te parece que alguna deſtas coſas ſe deue, ò puede hazer, haz lo que guſtares, pues eres ſeñora de mi voluntad; mas ya sè que tambiẽ me engañas en eſto, pues jamàs la has conocido, y aſsi no ſabes lo que has de hazer della. Pero a trueco que no digas, que en la primera ocaſion que me mandaſte, dexaſte de ſer obedecida, yo perderè del derecho que deuo a ſer quien ſoy, ſatisfarè tu deſeo, y el de Halima, fingidamente, como dizes, ſi, es que ſe ha de grangear con eſto el bien de verte, y aſsi finge tu las reſpueſtas a tu guſto, q̃ deſde aqui las firma, y confirma mi fingida voluntad. Y en pago deſto que por ti hago (que es lo mas que a mi parecer podrè hazer aunque de nueuo te dè el alma que tantas vezes te he dado) ruego que breuemente me pagas, como eſcapaſte de las manos de los Coſarios, y como viniſte a las del Iudio que te vendiò. Mas eſpacio, reſpondiò Leoniſa pide el cuento de mis deſgracias, pero con todo eſſo te quiero ſatisfacer en algo. Sabràs, pues, que a cabo de vn rato que nos apartamos, boluiò el baxel de Izuf con vn recio viento a la miſma Isla de Pantalea, donde tambien vimos vueſtra Galeota: pero la nuue ſin poderlo remediar, embiò en las peñas. Viẽdo, pues, q̃ ſe amotinaua a los ojos ſu perdicion, vaciò cõ grã preſteza dos botes, les, que eſtauan llenos de agua, tapòlos muy bien, y atòlos cuerdas el vno con el otro, ſome a mi entre ellos, deſnudo ſe luego, y tomando otro bote entre los braços, ſe atò con cordel el cuerpo, y con el mismo cordel diò cabo à mis mugeriles, y con grande animo arrojò a la mar, lleuando tras ſi. Yo no tuue animo para arrojarme, que otro me impeliò, y me arrojò Izuf, donde caì ſin ningun ſentido, ni boluì en mi, haſta que me hallè en tierra en braços dos Turcos, que buelta la al ſuelo, me teniã derramada gran cantidad de agua, que

bebido. Abrì los ojos atonita, y eſpantada, y vi a Izuf junto a mi, hecha la cabeça pedaços, q̃ ſegun deſpues ſupe, al llegar a tierra diò cõ ella en las peñas donde acabò la vida. Los Turcos aſsi miſmo medixeron, que tirando de la cuerda, me ſacarõ a tierra caſi ahogada. Solas ocho perſonas eſcaparon de la deſdichada galeota; ocho dias eſtuuimos en la Isla guardãdome los Turcos el miſmo reſpeto que ſi fuera ſu hermana. Eſtauamos eſcõdidos en vna cueua, temerоſos ellos, q̃ no baxaſſen de vna fuerça de Chriſtianos q̃ eſtà en la Isla, y los cautiuaſſen, ſuſtentaronſe con el vizcocho mojado q̃ la mar echò a la orilla de lo q̃ lleuauan en la galeota, lo qual ſalian a coger de noche. Ordenò la ſuerte para mayor mal mio, que la fuerça eſtuuieſſe ſin Capitan, que pocos dias auia que era muerto, y en la fuerça no auia ſino veinte Soldados. Eſto ſe ſupò de vn muchacho que los Turcos cautiuaron, que baxò de la fuerça a coger conchas a la marina. A los ocho dias llegò a aquella coſta vn baxel de Moros, que ellos llaman Carmuçales: vieronle los Turcos, y ſalieron de donde eſtauan, y haziendo ſeñas al baxel, que ſe llegò a tierra, tanto que conociò ſer Turcos los que le llamauan: ellos contaron ſus deſgracias, y los Moros los recibieron en ſu baxel, en el qual venia vn Iudio riquiſsimo mercader, y toda la mercancia del baxel, ò la mas era ſuya: era de baratagarços, algaizeres, y otras coſas que de Berberia ſe lleuan a Leuante. Los Turcos ſe fuerõ en el baxel a Tripol, y en el camino me vẽdieron al Iudio, q̃ diè por mi dos mil doblas, precio exceſsiuo, ſi no lo hiziera liberal el amor que el Iudio me deſcubrio. Dexãdo, pues, los Turcos en Tripol tornò el baxel a hazer ſu viaje, y el Iudio diò en ſolicitarme deſcaradamente, yo le hize la cara que merecian ſus torpes deſeos. Viendoſe, pues, deſeſperado de alcançarlos, determinò de deshazerſe de mi en la primera ocaſion que ſe le ofreciеſſe. Y ſabiendo que los dos Baxàes. Ali, y Azan eſtauan en aquella Isla, donde podia vender ſu mercaderia tan bien como en Xio, en quien penſaua venderla, ſe vino aqui con intencion de venderme à alguno de los Baxàes, y por eſſo me viſtiò de la manera q̃ aora me ves, por aficionarles las voluntades a que me compraſſen. He ſabido que me ha comprado eſte Cadi, para lleuarme aprenſẽtar al gran Turco, de que no eſtoy poco temeroſa. Aqui he ſabido de tu fingida muerte, y te sè dezir (ſi lo quieres creer) que me pesò en el alma, y que te tuue mas embidia que laſtima? y no

por quererte mal, que ya que
soy desamorada, no soy ingrata,
ni desconocida, sino porq̃ auias
acabado con la tragedia de tu
vida. No dizes mal, señora, res-
pondio Ricardo, si la muerte
no me hauiera estoruado el bié
de boluer a verte, que aora en
mas esti no este instante de glo-
ria que gozo en mirarte, que
otra ventura (como no fuera la
eterna) que en la vida, ò en la
muerte pudiera alleg rar mi
deseo. El que tiene mi amo el
Cadi, a cuyo poder he venido,
por no menos varios acciden-
res que los tuyos, es el mismo
para contigo, que para conmi-
go lo és el de Halima. Hame
puesto à mi por interprete de
pensamientos: acepte la em-
presa, no por darle gusto, sino
por el que grangeaua en la co-
modidad de hablarte, porque
veas, Leonisa, el termino a que
nuestras desgracias nos han trai
no, a ti a ser medianera de vn
imposible, que en lo que me
pides conoces a mi a serlo tam
bien de la cosa que menos pen-
sè, y de la que darè por no al-
cançarla, la vida que aora estì-
mo en lo que vale la alta ven-
tura de verte. No sè que te di-
ga, Ricardo, respondiò Leonisa,
que salida se tome al labirintio
donde (como dizes) nuestra cor
ta ventura nos tiene puestos.
Solo sè dezir, que es menester
vsar en esto lo que de nuestra
condicion no se puede esper
que es el fingimiento, y en
ño, y assi d go, que de ti da
Halima algunas razones,
antes la entretengan, que de
peren. Tu de mi podras dezi
Cadi, lo que por seguridad
mi honor, y de su engaño vi
que mas conuenga. Y que
pongo mi honor en tus ma
bien puedes creer del, que l
go con la entereza, y verd
podian tener en duda ta
caminos como he andado
tantos combates como h
frido; el hablarnos serà f. ci
mi serà de grandissimo gus
hazerlo con presupuesto,
jamas me has de tratar cos
a tu declarada intencion p
pezca, que en la hora q
hizieres, en la misma, me
dirè de verte: porque no
ro que pienses, que es de
cos quilates mi valor, que
hazer con èl la cautiuidad
que la libertad no pudo c
fauor del cielo, que mi
mas se acrisola, queda co
pureza, y mas limpio. Co
tate con que he dicho, q
me darà, como solia, fastid
vista; porque te hago sab
cardo, que siempre te tu
desabrido, y arrogante, y
sur ias de ti algo mas de lo
denias. Confiesso tambie
me engañaua, y que pod
que hazer aora la experie
me pusiesse la verdad de

de los ojos el desengaño: y es-
tando desengañada, fuesse con
ser honesta, mas humana. Vete
con Dios, que temo no nos aya
escuchado Halima, la qual en-
tiende algo de la lengua Chris-
tiana, a lo menos de aquella
mezcla de lenguas que se vsa,
con que todos nos entẽdemos.
Dizes muy bien, señora, respon
dio Ricardo, y agradezcote in-
finito el desengaño que me has
dado, que le estimo en tanto,
como la merced que me hazes
en dexar verte: y como tu di-
zes, quizà la experiẽcia te darà
a entender quan llana es mi con
dicion, y quan humilde, esp
cialmente para adorarte, y sin q̃
pusieras termino, ni raya a mi
trato, fuera èl tan honesto para
contigo, que no acertaras a de-
searle mejor. En lo que toca a
entretener al Cadi, viue descui
dada: haz tu lo mismo con Ha-
lima, y entienda señora, que des
pues que te he visto, ha nacido
en mi vna esperãça tal, q̃ me as
segura que presto hemos de al-
cançar la libertad deseada: y cõ
esto quedate a Dios, que otra
vez te contarè los rodeos por
donde la fortuna me traxo a es-
te estado, despues que de ti me
apartè, o por mejor dezir, me
apartaron. Con esto se despidie
ron, y que dò Leonisa conten-
ta, y satisfecha de el llano pro-
ceder de Ricardo, y èl contẽ-
tissimo de auer oido vna pala-
bra a Leonisa sin aspereza: es-
taua Halima cerrada en su apo-
sento, rogando à Mahoma tra-
xesse Leonisa buen despacho de
lo que la auia encomendado. El
Cadi estaua en la mezquita re-
compensando con los suyos, los
deseos de su muger, teniendo
los solicitos, y colgados de la
respuesta que esperaua oir de su
esclauo, a quien auia dexado
encargado hablasse a Leonisa,
pues para hazerlo, le daria co-
modidad Mahamut, aunque
Halima estuuiesse en casa: Leo-
nisa acrecentò en Halima el
torpe deseo, y deshonesto a-
mor, dandole muy buenas es-
peranças, que Mario haria to-
do lo que pudiesse. Pero que
auia de dexar passar primero
dos Lunas antes que concedies
se con lo que deseaua èl mucho
mas que ella, y que este tiempo
y termino pedia: causa que
hazia vna plegaria a Dios, para
que le diesse libertad. Contentò
se Halima de la disculpa, y
de la relacion de su querido Ri
cardo, a quien ella diera libert
tad antes del termino del vo-
to, como èl concediera con su
voluntad, y deseo: y assi rogò a
Leonisa, le rogasse dispensasse
con el tiempo, y acortasse la di
lacio, q̃ ella desde luego le ofre-
cia quanto el Cadi le pidiesse
por su rescate. Antes q̃ Ricardo
respondiesse a su amo, se acon-
sejò con Mahamut, de que le

responderia: y acordaron entre los dos, que le desesperassen, y aconsejassen, que lo mas presto que pudiessen la lleuassen a Cõstãtinopla, y q̃ en el camino, ò por grado, ò por fuerça alcançaria su deseo. Y que para el inconueniente que se podia ofrecer de cumplir con el gran Señor, seria bueno comprar otra esclaua; y en el viaje fingir, ò hazer de modo, que Leonisa cayesse en ferma, y q̃ vna noche, con el secreto posible, echarian la Christiana comprada a la mar, diziendo, que era Leonisa, la cautiua del gran Señor, que se auia muerto, y que esto se podia hazer, y se haria de modo que jamàs la verdad fuesse descubierta en algun tiempo, y el que lasse sin culpa con el gran Señor, y con el cumplimiento de su voluntad. Y que para la duracio̅ de su gusto, despuesse daria traza cõueniẽte, y mas prouechosa. Estaua tan ciego el mísero, y anciano Cadi, que si otros dos mil disparates le dixeran (como fueran encaminados a cumplir sus esperanças) todos los creyera, quanto mas que le parecio, que todo lo q̃ le dezia, lleuaua buen camino, y prometia prospero sucesso: y assi era la verdad, si la intencion de los dos consejeros no fuera leuantarse con el baxel, y darle à èl la muerte, en pago de sus locos pensamientos, Ofrecioselo al Cadi otra dificultad, a su parecer mayor de las que en aquel caso se le podian ofrecer, y era pensar que su muger Halima no le auia de dexar ir a Constãtinopla, si no lleuaua consigo: pero presto facilitò, diziendo, que en cambio de la Christiana que auia de comprar, para que muriesse por Leonisa, seruiria Halima de quien deseaua librarse, mas que de la muerte. Con la misma facilidad que lo pensò, con la misma se lo concedieron Mahamut, y Ricardo: y quedãdose mes en esto, aquel mismo dio cuẽta el Cadi a Halima, del viaje que pẽsaua hazer a Constantinopla, a lleuar la Christiana al gran Señor, de cuya grandeza, y liberalidad esperaua le hiziesse gran Cadi del Cairo, ò de Costantinopla. Halima le dixo muy alegre: q̃ le parecia muy bien su determinacion, creyendo que se dexaria Ricardo en casa. Mas quando el Cadi le certificò, que le auia de lleuar consigo, y a Mahamut tambien, tornò a mudar de parecer, y a desaconsejarle lo que primero le auia aconsejado. Mas resolucion cõcluyò, que si no lleuaua consigo, no pensaua dexarle ir en ninguna manera. Contentose el Cadi de hazer lo que ella queria, porq̃ pensaua descudir presto de su cuello aquella, para èl tan pesada carga.

se descuidaua en este tiempo. Hazan Baxà, de solicitar al Cadi le entregasse la esclaua, ofreciendole montes de oro, y auiẽdole dado Ricardo de valde, cuyo rescate apreciaua en dos mil escudos: facilitauale la entrega cõ la misma industria que el se auia imaginado de hazer muerta la cautiua, quãdo el grã Turco embiasse por ella. Todas estas dadiuas, y promessas aprouecharon con el Cadi, no mas de ponerle en la voluntad, q̃ abreuiasse su partida. Y assi solicitado de su deseo, y de las importunaciones de Hazan, y aun delas de Halima, q̃ tambiẽ fabricaua en el ayre vnas esperanças, dentro de veinte dias adereçò vn vergantin de quince bancos, y le armò de buenas boyas Moros, y de algunos Christianos Griegos. Embarcò en èl toda su riqueza, y Halima no dexò en su casa cosa de momento, y rogò a su marido, q̃ la dexasse lleuar consigo a sus padres, para que viessen a Constantinopla. Era la intencion de Halima la misma q̃ la de Mahamut, hazer con el, y con Ricardo, que en el camino se alçassen con el vergantin: pero no les quiso declarar su pensamiento, hasta verse embarcada, y esto con voluntad de irse a tierra de Christianos, y boluerse a lo que primero auia sido, y casarse con Ricardo: pues era de creer, que lleuãdo tantas riquezas consigo, y boluiendose Christiana, no dexaria de tomarla por muger. En este tiempo hablò otra vez Ricardo con Leonisa, y la declarò toda su intencion: y ella le dixo la que tenia Halima, q̃ con ella auia comunicado: encomendaronse los dos el secreto, y encomendandose a Dios, esperauan el dia de la partida: el qual llegado, saliò Hazan acompañandolos hasta la marina, cõ todos sus soldados, y no los dexò hasta que se hizieron a la vela, ni aun quitò los ojos del vergantin, hasta perderle de vista. Y parece que el ayre de los suspiros que el enamorado Moro arrojaua, impedia cõ mayor fuerça las velas, que la apretauan, y lleuauã el alma. Mas como aquel a quien el amor auia tanto tiẽpo que sossegar no le dexaua, pensando en lo que auia de hazer para no morir a manos de sus deseos, puso luego por obra lo que con largo deseo, y resuelta determinacion tenia pensado: y assi en vn baxel de diez y siete bancos, que en otro puerto auia hecho armar, puso cinquenta soldados, todos amigos, y conocidos suyos, a quien èl tenia obligados con muchas dadiuas, y promessas, y dioles ordẽ que saliessen al camino, y tomassen el baxel del Cadi, y sus riquezas, passando a cuchillo quantos en el iban, si no fuesse a Leonisa

la cautiua, que a ella sola queria por despojo, auẽtajado a los muchos aueres q̃ el vergantin lleuaua. Ordenòles tambiẽ qué le echassen a fondo, de manera q̃ ninguna cosa quedasse, que pudiesse dar indicio de su perdicion. La codicia del saco les puso alas en los pies, y mas viendo quan poca defensa auian de hallar en los del vergantin, segun iban desarmados, y sin sospecha de semejante acontecimiento. Dos dias auia que el vergantin caminaua, que al Cadi se le hizieron dos siglos, porque luego en el primero quisiera poner en efeto su determinacion, mas aconsejaronle sus esclauos que cõuenia primero hazer de suerte que Leonisa cayesse mala, para dar color a su muerte, y q̃ esto auia de serlo algunos dias de enfermedad. El no quisiera sino dezir, que auia muerto de repente, y acabar presto con todo, y despachar a su muger, y aplacar el gran fuego q̃ las entrañas poco a poco le iban consumiendo; pero en efecto huuo de conceder con el parecer de los dos. Ya en esto auia Halima declarado su intẽto a Mahamut y a Ricardo, y ellos estauan en ponerlo por obra al passar de las Cruzes de Alexandria, òal entrar de los Castillos de la Notolia: pero fue tanta la priessa q̃ el Cadi les daua, que se ofrecierõ de hazerlo en la primera comodidad que se les ofreciesse. Y vn dia, al cabo de seis que nauegauan, y q̃ ya le parecia al Cadi q̃ bastaua el fingimiento de la enfermedad de Leonisa, importunò a sus esclauos, q̃ otro dia concluyessen con Halima, y la arrojassen al mar amortajada, diziendo ser la cautiua del gran Señor. Amaneciẽdo, pues, el dia en q̃ segun la intencion de Mahamut, y de Ricardo auia de ser el cumplimiento de sus deseos, ò el fin de sus dias, descubrieron vn baxel que a vela, y remo venia dando caça: temierõ fuesse de corsarios Christianos, de los quales, ni vnos, ni otros podian esperar ningun buen sucesso, fuera que de serlo, se temiã ser los Moros cautiuos, y los Christianos aunque quedassen con libertad quedarian desnudos, y robados. Pero Mahamut, y Ricardo, en la libertad de Leonisa, y de la entrambos, se contentaron con todo esto que se imaginauã: mian la insolencia de la gente corsaria, pues jamas la que se a tales exercicios, de qualquiera ley, ò nacion que sea, dexa tener vn animo cruel, y vna dicion insolente: pusieronse defensa, sin dexar los remos las manos, y hazer todo quanto pudiessen. Pero pocas horas daron, que vieron que les entrando de modo que en nos de dos, se les pusieron de cañon: viendo esto amaynaron: soltaron los remos, tomaron las armas, y los esperaron, aunque el Cadi dixo, que no temiessen, porque el baxel era Turquesco, y que no les haria daño alguno. Mandò poner luego vna vandera blãca de paz en el penol de la popa, porq̃ la viessen los que ya ciegos, y codiciosos venian con gran furia a embestir al mal defendido vergantin. Boluio en esto la cabeça Mahamut, y vio que de la parte de Poniẽte venia vna galeota, a su parecer de veinte bancos: dixoselo al Cadi, y algunos Christianos que iban al remo, dixerõ que el baxel q̃ se descubria era de Christianos: todo lo qual les doblò la confusion, y el miedo, y estuuan suspensos, sin saber lo que harian, temiendo, y esperãdo el sucesso que Dios quisiesse darles. Pareceme q̃ diera el Cadi en aquel punto, por hallarse en Nicosia todo la esperança de su gusto: tanta era la confusion con que se hallaua, aunq̃ le quitò presto della el baxel primero que sin respeto de las vanderas de paz, ni de lo que a su religiõ deuian, embistieron con el del Cadi, con tanta furia, que estuuo poco en echarle a fondo: luego conociò el Cadi los que le acometian, y viò que erã soldados de Nicosia, y adiuinò lo que podia ser, y diose por perdido, y muerto: y sino fuera que los codiciosos soldados se dieron antes à robar, que a matar, ninguno quedàra con vida, mas quando ellos andauan mas encendidos, y mas atentos en su robo, diò vn Turco vozes, diziendo: Arma, soldados, q̃ vn baxel de Christianos nos embiste: y assi era la verdad, pòrque el baxel q̃ descubrio el vergãtin del Cadi venia con insignias, y vanderas Christianescas, el qual llegò cõ toda furia a embestir al baxel de Hazan: pero antes q̃ llegasse, preguntò vno desde la proa en lengua Turquesca, que baxel era aquel? Respondieronle, que de Hazan Baxà, Virrey de Chipre. Pues como se atreue el Turco, siendo vosotros Mosolimanes, embestis, y robais a este baxel, que nosotros sabemos que va en el el Cadi de Nicosia? A lo qual respondieron: que ellos no sabian otra cosa mas, de que el Baxà les auia ordenado le tomassen: y que ellos, como sus soldados, y obedientes, auian hecho su mandamiento. Satisfecho de lo q̃ saber queria el Capitan del segundo baxel q̃ venia a la Christianesca, dexò de embestir al de Hazan, y acudiò al del Cadi, ya la primera rociada matò mas de diez Turcos de los q̃ dentro estauan, y le entrò con grande animo, y presteza: mas apenas huuieron puesto los pies dentro, quando el Cadi conocio que el q̃ le embestia no era Christiano, sino Ali Baxà,

Baxà el enamorado de Leonisa, el qual con el mismo intento que Hazan, auia estado esperando su venida: y por no ser conocida, auia hecho vestidos a sus soldados como Christianos, para que con esta industria fuesse mas cubierto su hurto. El Cadi que conociò las intenciones de los amantes, y traidores, comẽçò a grandes vozes a dezir su maldad, diziendo: Que es esto traidor Ali Baxa? como siendo tu Mosoliman (que quiere dezir Turco) me salteas como Christiano? Y vosotros traidores, soldados de Gazan, que demonio os ha mouido a cometer tan grande insulto? Como por cumplir el apetito lasciuo del que aqui os embia, quereis ir cõtra vuestro natural Señor? A estas palabras, suspendieron todos las armas, y vnos a otros se miraron, y se conocieron por que todos auian sido soldados de vn mismo Capitan, y militado debaxo de vna Vandera: y confundiendose con las razones de el Cadi, y con su mismo malefi cio, se les embotaron los filos de los alfanges, y se les desmayaron los animos: solo Ali cerrò los ojos, y los oidos a todo, y arremetiendo al Cadi, le diò vna tal cuchillada en la cabeça, q̃ si no fuera por la defensa q̃ hizieron cien varas de toca, cõ que venia cẽñida, sin duda se la partiera por medio: pero con todo le derribò entre los bancos del baxel, y al caer, dixo Cadi: O cruél renegado, enemigo de mi Profeta, es posible que no ha de auer quien castigue tu crueldad, y tu grande osolencia? como maldito has osado poner las manos, y las armas en tu Cadi, y en vn ministro de Mahoma? Estas palabras añadieron fuerça a las primeras, las quales oidas de los soldados de Hazã, y mouidos de temor que los soldados de Ali les auian de quitar la presa (que ya ellos por suya tenian) determinaron de ponerlo todo en ventura, començando vno, y siguiendole todos, dieron en los soldados de Ali, con tanto animo, que en poco espacio los pararon mas que ellos, los reduxeron a numero pequeño; pero los que quedaron, boluiendo sobre los vengarõ a sus compañeros, dexando de los de Hazan a pocas quatro con vida, y estos muy mal heridos. Estauan mirãdo Ricardo, y Mahamut que de quando en quando sacauan la cabeça por el escotillon de la camara de popa, por ver en què paraua aquella herrería que sonaua, y viendo como los Turcos estauã casi todos muertos, y los viuos mal heridos, y quan facilmente se podia dar cabo de todos, llamò a Mahamut, y a dos sobrinos de Hali ma, que ella auia hecho embarcar consigo, para que ayudassen a leuantar el baxel: y con ellos, y con su padre, tomando algunos alfanges de los muertos, saltaron en crugia, y apellidando: libertad, libertad, y ayudados de las buenas boyas, Christianos Griegos, con facilidad los degollaron a todos, y rindieron: y passando sobre la galeota de Ali la ganaron, con quanto en ella venia. De los q̃ en el segundo encuentro murieron, fue de los primeros Ali Baxà, que vn Turco en vengança del Cadi, le matò a cuchilladas. Dieronse priessa todos, por consejo de Ricardo, a passar quantas cosas auia de precio en su baxel, y en el de Hazan, a la galeota de Ali, que era baxel mayor, y acomodado para qualquier carga, o viaje, y ser los remeros Christianos: los quales contento, con la alcança da liberrad, y con muchas cosas que Ricardo repartio entre todos, se ofrecierõ de lleuarle hasta Trapana, y aun hasta el cabo del mundo, si quisiesse. Y con esto Mahamut, y Ricardo, llenos de gozo, por el buen sucesso, se fueron a Halima, y la dixeron, q̃ si queria bolverse a Chipre, que cõ las buenas boyas le armariã su mismo baxel, y le darian la mitad de las riquezas que auia embarcado: mas ella, que en tãta calamidad no auia perdido el

cariño, y amor que a Ricardo tenia, dixo: que queria irse con ellos a tierra de Christianos; de lo qual sus padres se holgaron en estremo. El Cadi boluio en su acuerdo, y le curaron, como la ocasion les diò lugar, a quien tambien dixeron: que escogiesse vna de dos, ò que se dexasse lleuar a tierra de Christianos, ò boluiesse en su mismo baxel a Nicosia. El respondiò, que ya q̃ la fortuna le auia traido a tales terminos, le agradecia la libertad que le daua, y que queria ir a Constantinopla à quexarse al gran Señor, del agrauio que de Hazan, y de Ali auia recibido. Mas quando supo que Halima le dexaua, y se queria boluer Christiana, estuuo en poco de perder el juizio. En resolucion le armaron su mismo baxel, y le proueyerõ de todas las cosas necessarias para su viaje, y aun le dieron algunos zequies de los que auian sido suyos: y despidiẽdose de todos con determinacion de boluerse a Nicosia, pidio antes que se hiziesse a la vela, q̃ Leonisa le abrazasse, que aquella merced, y fauor seria bastante para poner en oluido toda su desvẽtura. Todos suplicaron a Leonisa diesse aquel fauor a quien tãto la queria, pues en ella no iria contra el decoro de su honestidad. Hizo Leonisa lo q̃ le rogarõ, y el Cadi le pidio le pusiesse las manos sobre la cabeça,

beça, porque èl llenasse esperanças de sanar de su herida: en todo le contentò Leonisa. Hecho esto, auiendo dado vn barreno al baxel de Hazan, fauoreciendoles vn leuante fresco, que parecia que llenaua las velas para entregarse en ellas, se las dieron, y en breues horas perdieron de vista el baxel del Cadi, el qual con lagrimas en los ojos, nacidas de la pena del coraçon, mirando como se llenauan los vientos su hazienda, su gusto, su muger, y toda su alma con bien diferentes pensamientos de los que llenaua el Cadi, nauegauan Ricardo, y Mahamut, y assi sin querer tocar en tierra en ninguna parte, passaron a la vista de Alexandria, de donde se lançaron; y sin amainar velas, y sin tener necessidad de aprouecharse de los remos, llegaron a la Isla de Corfu, dõde hizieron agua: y luego sin detenerse passaron por los infamados riscos Acroceraunos, y desde lexos descubrieron a Peq̃ino, promontorio de la fertilissima Tinacria, a vista de la qual, y de la insigne Isla de Malta, bolaron, que no con menos ligereza nauegaua el dichoso leño. En resolucion, baxando la Isla, de allí a quatro dias descubrierõ la Lampadosa, y luego la Isla dõde se perdieron: cuya vista estremeciõ Leonisa, viniendole a la memoria el peligro en que en ella se auia visto. Otro dia vieron delante de si la deseada, y amada patria: renouose el alegria en sus coraçones, y alborotaronse sus espiritus con el contento, que es vno de los mayores que en esta vida se puede tener, llegar despues de lo ẽgoçatiuerio saluo, y sano a la patria. Y al que a esta se le puede igualar, es el que recibe de la victoria alcançada de sus enemigos. Auiase hallado en la galeota vna caxa llena de vanderas, y flamulas de diuersas colores de sedas, con las quales hizo Ricardo adornar la galeota. Poco despues de amanecer se hallaron a menos de vna legua de la ciudad, y vogando a quatreles, y alçando de quando en quando alegres vozes, y gritos, se iban llegãdo al puerto, en el qual en vn instante parecio infinita gente del pueblo, q̃ auiendo visto como aquel bien adornado baxel tan de espacio se llegaua a tierra, no quedò gẽte en toda la ciudad q̃ dexasse de salir a la marina. En este entretanto auia Ricardo pedido, y suplicado a Leonisa, que se adornasse, y vistiesse de la misma manera que quando entrò en la tienda de los Baxaes, porque quería hazer vna graciosa burla a sus padres. Hizolo assi, añadiendo galas a galas, perlas a perlas, y belleza a belleza (que facile acrecentarse con el contento) se vistiò de modo, que de nuevo causò admiracion, y marauilla. Vistiòse assimismo Ricardo à la Turquesca, y lo mismo hizo Mahamut, y todos los Christianos del remo, que para todos huuo en los vestidos de los Turcos muertos. Quando llegaron al puerto serian las ocho de la mañana, que tan serena, y clara se mostraua, que parecia que estaua atenta mirando aquella alegre entrada. Antes de entrar en el puerto, hizo Ricardo disparar las pieças de la galeota, que eran vn cañõ de cruxia, y dos falcontes: respondiò la ciudad con otras tantas. Estaua la gente cõfusa, esperando llegasse el bizarro baxel; pero quando vieron que era Turquesco, porque se diuisauan los blancos turbantes de los que Moros parecian, temerosos, y con sospechas de algun engaño, tomaron las armas, y acudieron al puerto todos los que en la ciudad sõ de milicia, y la gente de acauallo se tendiò por la marina; de todo lo qual recibieron gran contento, los que poco a poco se fueron llegãdo hasta entrar en el puerto, dãdo fondo junto a la tierra, y arroxando en ella la plancha, soltaron los remos todos, y vno a vno como en procession, salieron a tierra: la qual con lagrimas de alegria besaron vna, y muchas vezes, señal clara que

dio a entender ser Christianos, que con aquel baxel se auian allegado. A la postre de todos salieron el padre, y madre de Halima, y sus dos sobrinos, todos (como està dicho) vestidos a la Turquesca; hizo fin, y remate la hermosa Leonisa, cubierto el rostro con vn tafetã carmesi. Traianla en medio Ricardo, y Mahamut, cuyo espectaculo llenò tras si los ojos de toda aquella multitud que los mirauа. En llegando a tierra, hizieron como los demas, besando la postrados por el suelo. En esto llegò a ellos el Capitan, y Gouernador de la Ciudad, que bien conociò que eran los principales de todos: mas apenas huuo llegando, quando conociò a Ricardo, y corriò con los braços abiertos, y señales de grandissimo contento a abraçarles. Llegaron con el Gouernador, Cornelio, y su padre, y los de Leonisa, con todos sus parientes, y los de Ricardo, que todos eran los mas principales de la ciudad. Abraçò Ricardo al Gouernador, y respondiò a todos los parabienes q̃ le dauan. Travò de la mano a Cornelio, el qual como le conociò, y se viò assido dèl, perdio la color del rostro, y casi començò a temblar de miedo, y teniendo assi misma de la mano a Leonisa, dixo: Por cortesia os ruego, señores, q̃ antes q̃ entremos en la ciudad, vea el

Tem-

Templo, a dar las gracias tã justamente deuidas a nuestro Señor de las grandes mercedes q̃ en nuestra desgracia nos ha hecho, me escucheis ciertas razones, q̃ dezirlos quiero. A lo qual el Gouernador respondiò, q̃ dixesse lo q̃ quisiesse, que todos le escucharian con gusto, y con silencio. Rodearonle luego todos los mas de los principales, y èl alçando vn poco la voz, dixo desta manera: Bien se os deue acordar, señores, de la desgracia que algunos meses ha, en el jardin destas salinas me sucedió cõ la perdida de Leonisa. Tambien no se os avrà caido de la memoria la diligencia que yo puse en procurar su libertad, pues oluidádome de la mia, ofrecí por su rescate toda mi hazienda, aunq̃ esta que al parecer fue liberalidad, no puede, ni deue redundar en mi alabança, pues la daua por el rescate de mi alma. Lo que despues acà a los dos ha sucedido, requiere para mas tiempo otra sazon, y coyuntura, y otra lengua no tã turbada como la mia, baste deziros por aora: que despues de varios, y estraños acaecimientos, y despues de mil perdidas esperãças de alcançar remedio de nuestras desdichas, el piadoso cielo, sin ningun merecimiento nuestro, nos ha buelto a la deseada patria, quanto llenos de contentos, colmados de riquezas, y no nace dellos, ni de la libertad alcança la el sin igual gusto, o que tengo, sino del que imagino q̃ tiene esta en paz, y en guerra, dulce enemiga mia, assi por verse libre, como por ver como vee el retrato de su alma; toda via me alegro de la general alegria que tienen los que me han sido compañeros en la miseria. Y aun que los tristes acontecimientos suelen mudar las condiciones, y aniquilar los animos valerosos; no ha sido assi con el verdugo de mis buenas esperanças, porque con mas valor, y entereza que buenamente dezirse puede, ha passado el naufragio de sus desdichas, y los encuentros de mis ardientes quanto honestas importunaciones; en lo qual se verifica, que mudan el cielo, y no las costumbres, los que en ellos tal vez hizieron assiento. De todo esto q̃ he dicho, quiero inferir, que yo le ofrecí mi hazienda en rescate, y le di mi alma en mis deseos: di traça en su libertad, y aventurè por ella, mas que por la mia, la vida, y todos estos, q̃ en otro sujeto mas agradecido pudieran ser cargos de algun momento, no quiero yo que lo sean, solo quiero lo sea este en que te pongo aora: y diziendo esto, alçò la mano, y con honesto comedimiento quitò el antifaz del rostro de Leonisa, que fue como quitarse la nuue, que

tal vez cubre la claridad del Sol, y prosiguiò, diziendo: Ves aqui, ò Cornelio, te entrego la prenda q̃ tu deues de estimar sobre todas las cosas q̃ son dignas de estimarse: y vès aqui, tu hermosa Leonisa, te doy al que tu siempre has tenido en la memoria: esta si quiero que se renga por liberalidad: en cuya cõparacion dàr la hazienda, la vida, y la honra, no es nada. Recibela, ò venturoso mancebo, recibela, y si tu conocimiento llega a conocer valor tan grande, estimate por el mas venturoso de la tierra. Cõ ella te daré assimismo, todo quanto me tocare de parte, en lo que a todos el cielo nos ha dado, que bien creo que passarà de treinta mil escudos. De todo puedes gozar a tu sabor, con libertad, quietud, y descanso: y plega al cielo, que sea por luengos, y felizes años. Yo sin ventura, (pues quedo sin Leonisa) gusto de quedar pobre, que a quien Leonisa le falta, la vida le sobra. Y diziendo esto, callò, como si al paladar se le huuiera pagado la lengua, pero desde alli a vn poco, antes q̃ ninguno hablasse, dixo: Valgame Dios, y como los apretados trabajos turban los entendimientos; yo señores, con el deseo que tengo de hazer bien, no he mirado lo que he dicho, porque no es posible que nadie pueda mostrarse libe

ral de lo ageno. Què jurisdicio tengo yo en Leonisa, para darla a otro? ò como puedo ofrecer lo que està tã lexos de ser mio? Leonisa es suya, y tan suya, que a faltarle sus padres (que felizes años viuan) ningun oposito tuuiera a su voluntad; y que se pudieran poner las obligaciones, que como discreta, deue de pesar que me tiene, desde aqui las cancelo, y doy por ningunas, y assi de lo dicho me desdigo, y no doy a Cornelio nada, pues no puedo, solo confirmo la mãda de mi hazienda hecha a Leonisa, sin querer otra recompensa, sino que tenga por recompensa mis honestos pensamientos, y que crea, que nunca se encaminaron a otro punto que el que pide su incõparable honestidad, su valor, è infinita hermosura. Callò Ricardo en diziendo esto, a lo qual Leonisa, respondiò en esta manera: Si algũ fauor, ò Ricardo amigo, yo hize a Cornelio (en el tiempo que tu andauas de mi enamorado, y zeloso) imaginà, que fue tan honesto, como guiado o por la voluntad, y ordẽ de mis padres, que atentos a què le mouiessen a ser mi esposo, permitian que se los diesse. Si quedas desto satisfecho, bien lo estarás de lo que de mi te ha mostrado la experiencia cerca de mi honestidad, y recato. Esto, digo, por darte a entender, Ricardo, que siẽpre

pre fuy mia, sin estar sugeta a otro que a mis padres, a quien aora humilmente, como es razon, suplico me dèn licencia, y libertad para disponer la que tu mucha valentia, y liberalidad me ha dado. Sus padres dixeron que se la dauan, porque fiauan de su discrecion, que vsaria della de modo, que siempre redùdasse en su honra, y en su prouecho. Pues con esta licencia (prosiguio la discreta Leonisa) que no que no se me haga de mal, mostrarme desembuelta, a trueque de no mostrarme desagradecida; y assi, ò valiente Ricardo, mi voluntad hasta aqui recatada, perplexa, y dudosa, se declara en fauor tuyo; porq̃ sepan los hombres, q̃ no todas las mugeres son ingratas, mostrandome yo siquiera agradecida: tuya soy Ricardo, tuya sere hasta la muerte, y si ya otro mejor conocimiento, no te mueue a negar la mano, que de mi esposo te pido. Quedò como fuera desi a estas razones Ricardo, y no supo, ni pudo responder con otras a Leonisa, que con hincarse de rodillas ante ella, y besarla las manos, que las tomò por fuerça muchas vezes, bañandolas en tiernas, y amorosas lagrimas. Derramòlas Cornelio de pesar, de alegria los padres de Leonisa, y de admiracion, y de contento todos los circunstantes. Hallòse presente el Obispo, ò Arçobispo de la Ciudad, y con su bendicion, y licencia lleuò al Templo, y dispensando en el tiempo, los despose en el mismo punto. Derramose alegria por toda la Ciudad: la qual dieron muestras aquella noche infinitas luminarias; otros muchos dias la dieron muchas juegos, y regozijos que hizieron los parientes de Ricardo, y de Leonisa. Reconciliaronse con la Iglesia Malmut, y Halima, la qual imposibilitada de cumplir su deseo de verse esposa de Ricardo, contentòse con serlo de Malmut. A sus padres, y los sobrinos de Halima dio la liberalidad de Ricardo, de las partes que le cupieron del despojo, y cientemente cõ que viuiessen Todos, en fin, quedaron muy tentos, libres, y satisfechos la fama de Ricardo, salien de los terminos de Sicilia, estendio por todos los de Ita y de otras muchas partes, baxo del nombre del Amaliberal, y aun hasta oy dura los muchos hijos que tuuo nisa, que fue exemplo raro de discrecion, honestidad recato, y hermosura.

NOVELA TERCERA.

RINCONETE,

Y CORTADILLO.

EN la venta del Molinillo, que està puesta en los fines de los campos de Alcudia, como vamos de Castilla à la Andaluzia, vn dia de los calurosos del Verano, se hallaron en ella à caso dos muchachos de hasta edad de catorce a quinze años, el vno, y el otro passaua de diez y siete; ambos de buena gracia, pero muy descosidos, maltratados; capa no la tenian, los calçones eran de lieço, las medias de carne. Bien es verdad q̃ lo enmẽdauan los çapatos, porq̃ los del vno erã alpargatas, tã traidos, como lleuados, y los del otro picados, y sin suelas, q̃ mas le seruian de cormas, que de çapatos. Traia el vno montera, el otro vn mal sombrero, baxo de copa, y ancho de falda. A la espalda, y ceñida por los pechos, traìa el vno vna camisa de color de camuça, encerrada, y recogida en vna manga: el otro venia escueto, puesto que en el seno se le parecia vn gran bulto, que à lo que despues pareciò, era vn cuello de los que llaman valones, almidonado cõ grasa, y tan deshilado de roto, que todo parecia hilachas. Venian en èl embueltos, y guardados vnos naypes de figura ouada: porque de exercitarlos se le auian gastado las puntas, y porque durassen mas se las cercenaron, y los dexaron de aquel talle. Estauan los dos quemados del Sol, las vñas cayreladas, las manos no limpias. El vno tenia vna media espada, y el otro vn cuchillo de cachas amarillas: salieronse los dos a sestear en vn portal, ò cobertizo que delante de la venta se haze; y sentandose frontero el vno del otro, el q̃ parecia de mas edad, dixo al mas pequeño:

De qué tierra es v.m. señor gentil hombre, y para donde bueno camina? Mi tierra, señor caualIero, respondio el preguntado, no la sè, ni para donde camino tampoco. Pues en verdad, dixo el mayor, que no parece v.m. del cielo, y que este no es lugar para hazer su asiento en el, que por fuerça se ha de passar adelante. Assi es, respondio el mediano, pero yo he dicho verdad en lo que he dicho: porque mi tierra no es mia, pues no tengo en ella mas de vn padre, que no me tiene por hijo, y vna madrastra, que me trata como andado: el camino que lleuo es a la ventura, y alli le daria fin donde hallasse quien me diesse lo necessario para poder passar esta vida. Y sabe v.m. algun oficio? pregunto el grande: y el menor respondio: No sè otro, sino que corro cõmo vna liebre, y salto como vn gamo, y corro de tixera muy delicadamente. Todo esso es bueno, y vtil, y prouechoso, dixo el grande: porque avrà sacristan que le dè a v.m. la ofrenda de todos Santos, por que para el Iueues Santo le corte florones de papel para el monumento. No es mi corte de essa manera, respondio el menor sino q̃ mi padre, por misericordia del cielo, es sastre, y calcetero, y me enseñò a cortar antiparas, que como v.m. bien sabe, son medias calças con abamjes, que por su propio nombre se suelen llamar polainas, y cortolas tan bien, que en verdad que me podria examinar de maestro, sino que la corta suerte me tiene arrinconado. Todo esso, y mas acontece por los buenos, respondiò el grande, y siempre he oido dezir, que las buenas habilidades son las mas perdidas; pero aun edad tiene v.m. para enmendar su ventura. Mas si yo no me engaño, y el ojo no me miente, otras gracias tiene v.m. secretas, y no las quiere manifestar. Si tengo, respondio el pequeño; pero no son para en publico, como v.m. ha muy bié apuntado. A lo que replicò el grande: Pues yo le quiero dezir, que soy vno de los mas secretos moços que en gran parte se puedan hallar: y para obligar a v.m. que descubra su pecho, y descanse con migo, quiero obligar con descubrir el mio primero, porque imagino, que no sin misterio nos ha juntado aqui la suerte, y piensa que auemos de ser desde hasta el vltimo dia de nuestra vida verdaderos amigos. Yo, señor hidalgo, soy natural de Fuenteda, lugar conocido, y famoso por los ilustres passageros que por èl de contino passan: mi nombre es Pedro del Rincon, mi padre es hõbre de calidad, porque es ministro de la Santa Cruzada, quiero dezir, q̃ es bu-

ro, como los llama el vulgo. Algunos dias le acõpañé en el oficio, y le aprendi de manera, q̃ no daria ventaja èn echar las bulas al que mas presumiesse en ello; pero en viendome vn dia aficionado mas al dinero de las bulas, que a las mismas bulas, me abracè con vn talego, y di conmigo en Madrid, donde con las comodidades que alli de ordinario le ofrecen, en pocos dias saquè las entrañas al talego, y le dexè con mas doblezes que pañiçuelo de desposado. Vino el que tenia a cargo el dinero tras mi: prendieron me, tuue poco fauor, aunque viendo aquellos señores mi poca edad, se contentaron con que me arrimassen al aldauilla, y me mosqueteassen las espaldas por vn rato, y con que saliesse desterrado por quatro años de la Corte: tuue paciencia, encogi los ombros, sufri la tanda, y mosqueo: sali a cumplir mi destierro, con tanta priessa que no tuue lugar de buscar cabalgaduras. Tome mis alhajas, las que pude, y las que me parecieron mas necessarias, y entre ellas saquè estos naypes (y a este tiempo descubriò los que se han dicho, que en el cuello traia) con los quales he ganado mi vida por los mesones, y ventas que ay desde Madrid aqui, jugando a la veinte y vna: y aunque v.m. los vee tan astrosos, y maltratados, vsan de vna marauillosa virtud, con quien los entiende que no alçarà, que no quede vnas debaxo Y si v.m. es versado en este juego, verà quanta ventaja lleua el que sabe que tiene cierto vn as à la primera carta, que le puede seruir de vn punto, y de once, que con esta ventaja, siendo la veinte y vna embidada, el dinero se quede en casa. Fuera desto, aprendi de vn cierto Embaxador ciertas tretas de quinolas, y del parar, à quien tambien llaman el andaboba; que assi como v. m. se puede examinar en el corte de sus antiparas, aisi puedo ser yo maestro en la ciencia villanesca: con esto voy seguro de no morir de hambre, porque aunque llegue a vn cortijo ay quié quiera passar tiempo, jugando vn rato, y desto hemos de hazer luego la experiẽcia los dos: armemos la red, y veamos si cae algun paxaro destos harrieros que aqui ay, quiero dezir, que jugaremos los dos à la veinte y vna, como si fuesse de veras, que si algvno quisiere ser tercero, el serà el primero que dexe la pecúnia. Sea en buen hora, dixo el otro, y en merced muy grande tengo la que v.m. me ha hecho en darme cuenta de su vida, con que me ha obligado a q̃ yo no le encubra la mia, que diziendola mas breue es esta. Yo naci en el Piadoso lugar puesto

entre Salamanca, y Medina del Campo mi padre es sastre, enseñòme su oficio, y de corte de tisera, con mi buen ingenio saltò a cortar bolsas: enfadòme la vida estrecha del aldea, y el desamorado trato de mi madrastra. Dexè mi pueblo, vine a Toledo a exercitar mi oficio: y en èl he hecho marauillas; porque no pende relicario de toca, ni ay faltriquera tan escondida q̃ mis dedos no visiten, ni mis tiseras no corten, aunque le estèn guardando con ojos de Argos. Y en quatro meses que alli estuue nunca fuy cogido entre puertas, ni sobresaltado, ni corrido de corchetes, ni soplado de ningun cañuto. Bien es verdad, que avrà ochodias que vna espia doble diò noticia al Corregidor, el qual aficionado a mis buenas partes, queria verme; mas yo que por ser humilde no queria tratar con personas tan graues, procurè de no verme con èl; y assi sali de la Ciudad con tanta priessa, q̃ no tuue lugar de acomodarme de caualgaduras, ni blancas, ni de algun coche de retorno, ò por lo menos de vn carro. Esto se borre, dixo Rincon, y pues nos conocemos no ay para q̃ aquessas grandezas, ni altiuezes: cõfessemos llanamente, que no teniamos blanca, ni aũ çapatos. Sea assi, respondiò Diego Cortado (que assi dixo el menor que se llamaua (y pues nuestra amistad como v.m. señor Rincon ha dicho) ha de ser perpetua comencemosla con fantasias, y loables ceremonias; y leuantandose Diego Cortado a braço con Rincon, y Rincon a èl, tiernamente, y estrechamente, y luego se pusieron los dos a jugar a la veintena, con los referidos naypes, limpios de poluo, y de paja, mas no de grassa, y malicia, y a pocas manos alçaua tambien por ella Cortado como Rincon su maestro. Salìò en esto al portal vn harriero, y pidiò quèrer hazer tercio. Acogieronle de buena gana, y en menos de media hora le ganaron doze reales, veinte y dos marauedis, que fue darle doze lançadas, y veinte dos mil pesadumbres, y creyendo el harrierro que por ser muchachos no se lo defenderian, quiso quitarles el dinero: mas ellos poniendo el vno mano a su media espada, y el otro al de cachas amarillas, le dieron tanto que hazer, que a no salir sus compañeros, sin duda lo passara muy mal. A esta sazon passaron a caso por el camino vna tropa de caminantes a caualloque iuan a sestear a la venta del Alcalde, que està media legua mas adelante: los quales viendo la pendencia del harriero con los dos muchachos, los apaciguaron, y les dixerõ que si a casoiuã a Sequilla, que se viniessen con ellos. Allà vamos, dixo Rincon, y seruiremos a vuessas mercedes en todo quanto nos mandaren; y sin mas detenerse, saltaron delãte de las mulas, y se fueron con ellos, dexando al harriero agrauiado, y muy enojado, y a la ventera admirada de la buena criança de los picaros, q̃ les auia estado oyendo su platica, sin que ellos advirtiessen en ello: y quando dixo al harriero, que les auia oido dezir, que los mayores que tratan eran falsos, se pelaua las baruas, y quisiera ir a la venta tras ellos a cobrar su hazienda, porque dezia que era grandissima afrenta, y caso de menos valer, que dos muchachos huviessen engañado a vn hombraço tan grande como èl: sus compañeros le detuuieron, y le aconsejaron, q̃ no fuesse, siquiera por no publicar su inhabilidad, y grande simpleza. En fin, tales razones le dixeron que aunque no le consolaron, le obligaron a quedarse. En esto Cortado, y Rincon se dierõ tan buena maña en seruir a los caminantes, que lo mas del camino los lleuauan a las ancas: y aunque se les ofrecian algunas ocasiones de tentar las balijas de sus medios amos, no las admitieron, por no perder la ocasion tan buena del viaje de Sequilla, donde ellos tenian grãde deseo de verse. Con todo esto a la entrada de la Ciudad, que fue

a la oracion, y por la puerta de la Aduana, a causa del registro, y almojarifazgo que se paga, no se pudo contener Cortado, de no cortar la balija, ò maleta, que a las ancas traìa vn Frances de la camarada: y assi con el de sus cachas, le diò tan larga, y profunda herida, que se parecian patentemẽte las entrañas, y sutilmente sacò dos camisas buenas, vn relox de Sol, y vn librito de memorias, cosas que quando las vieron, no les dierõ mucho gusto, y pensaron, q̃ pues el Frances lleuaua a las ancas aquella maleta, no la auia de auer ocupado con tan poco peso, como era el que tenian aquellas presas, y quisieran boluer a darle otro tiento, pero no lo hizieron, imaginando que ya lo avrian echado menos, y puesto en recaudo lo q̃ quedaua. Auiãse despedido antes que el salto hiziessen, de los que hasta alli los auian sustentado: y otro dia vendieron las camisas en el mal baratillo, que se haze fuera de la puerta del Arenal, y dellas hizieron veinte reales. Hecho esto se fueron a ver la Ciudad, y admiròles la grandeza, y sumptuosidad de su mayor Iglesia, el gran concurso de gente del rio, por ser tiempo de flota: y auia en el seis galeras, cuya vista les hizo suspirar, y aun temer el dia que sus culpas les auiã de traer a morar en ellas: echarõ de ver

los muchos muchachos de la es portilla, que por alli andauan informandose de vno dellos, q̃ oficio era aquel, y si era de mucho trabajo y de que ganancia? Vn muchacho Asturiano, que fue a quien le hizieron la pregunta, respondio, que el oficio era descansado, y de que no se pagaua alcauala, y que algunos dias salia con cinco, y con seis reales de ganancia, con que comia, y bebia, y triunfaua como cuerpo de Rey, libre de buscar amo a quien dar fianças, y seguro de comer a la hora que quisiesse, pues a todas lo hallaua en el mas minimo bodegon de toda la ciudad. No les parecio mal a los dos amigos la relacion del Asturiano, ni les descontentò el oficio, por parecerles que venia como de molde para poder vsar el suyo con cubierta, y seguridad, por la comodidad que ofrecia de entrar en todas las casas: y luego determinaron de comprar los instrumentos necessarios para vsarle, pues lo podian vsar sin examen. Y preguntandole al Asturiano, que auian de comprar? les respondio, que siendos costales pequeños, limpios, ò nuevos, y cada vno tres espuertas de palma, dos grandes, y vna pequeña, en las quales se repartia la carne, pescado, y fruta, y en el costal el pã, y èl les guiò donde lo vendian, y ellos del dinero de la galima del Frances lo compraron todo y dentro de dos horas pudieron estar graduados en el nuevo oficio, segun les ensayauan las portillas, y assentauan los costales. Auisòles su adalid, de los puestos donde auian de acudir por las mañanas a la carniceria y a la plaça de S. Saluador: los dias de pescado a la pescaderia y a la costanilla: por las tardes trio: los Iueues a la feria. Todo esso tomaron bien de memoria y otro dia de mañana se plantaron en la plaça de S. Saluador apenas huuieron llegado, quando los rodearon otros moços del oficio, que por lo flamante de los costales, y espuertas, vieron ser nuevos en la plaça, hizieronles mil preguntas, y a todas respondieron con gran discrecion. En esto llegarõ vn medio estudiante, y vn soldado, aficionados de la limpieça de las espuertas de los dos nouatos, el que parecia Estudiante llamò a Cortado, y el soldado a Rincon. En nombre de Dios dixeron ambos: para bien se comience el oficio dixo Rincon, que v.m. me estrene señor mio. A lo qual respondio el soldado: La estrena no serà mala, porque estoy de ganancia, y soy enamorado, y tengo de hazer vn banquete a vnas amigas de mi señora. Pues cargue v.m. a su gusto, que animo tengo, y fuerças para llegarme toda esta plaça, y aun si fuere menester que ayude a guisarlo, lo harè de muy buena voluntad. Contentose el soldado de la buena gracia del moço, y dixole, que si queria seruir, que èl le sacaria de aquel oficio? A lo qual respondio Rincon, que por ser aquel dia el primero que le vsaua, no le queria dexar tan presto, hasta ver a lo menos lo que tenia de malo, ò bueno: y quando no le contentasse, èl daua su palabra de seruirle antes a èl que a vn Canonigo. Riòse el soldado, cargole muy bien, mostròle la casa de su dama, para que la supiesse de alli adelante, y èl no tuuiesse necesidad, quando otra vez le embiasse, de acompañarle. Rincon prometio fidelidad, y buen trato: diole el Soldado tres quartos, y en vn buelo boluio a la plaça, por no perder coyuntura, porque tambien esta diligencia les aduirtiò el Asturiano, y de que quando llenasse pescado menudo, conuiene a saber, albures, sardinas, ò anchouas, bien podian tomar algunas, y hazerles la salua, siquiera para el gusto de aquel dia, pero que esto auia de ser con toda sagacidad, porque no se perdiesse el credito, que era lo que mas importaua en aquel oficio. Por presto que bolùio Rincon, ya hallò en el mismo puesto a su compañero Cortado. Llegòse Cortado a Rincon, y preguntole, que como le

auia ido? Rincon abriò la mano, y mostrole los tres quartos. Cortado entrò la suya en el seno, y sacò vna bolsilla, que mostraua ser de ambar, en los tiempos passados: venia algo hinchada, y dixo: Con esta me pagò su reuerencia del estudiante, y con dos quartos: mas tomalda vos Rincon, por lo que puede sucedder. Y auiendosela ya dado secretamente, veis aqui do buelue el estudiante trasudando, y turbado de muerte, y viendo a Cortado, le dixo: si a caso auia visto vna bolsa de tales señas, que con quinze escudos de oro en oro, y con tres reales de a dos, y tantos marauedis en quartos, y en ochauos le faltaua, y q̃ le dixesse si la auia tomado en el entreranto que con el auia andado comprando? A lo qual, con gran disimulo, sin alterarse, ni demudarse, respondie Cortado: Lo que yo sabré dezir dessa bolsa, es, que no deuè de estar perdida, si ya no es que v.m. la puso a mal recaudo. Esto es ello, pecador de mi, respondio el Estudiante, que la deui de poner a mal recaudo pues, me la hurtaron. Lo mismo digo, dixo Cortado; pero para todo ay remedio, sino para la muerte, y el que v.m. podrà tomar, es, lo primero, y principal, tener paciencia, que de menos nos hizo Dios: vn dia viene tras otro dia y donde las dàn las toman, y

podria ser que con el tiempo el que lleuò la bolsa se viniesse a arrepentir, y se la boluiesse a vuessa merced sahumada. El sahumerio le perdonariamos, respondió el Estudiante, y Cortado prosiguio, diziendo; quanto mas que cartas de descomunió ay, para ir a ver, y buena diligencia, que es madre de la buena ventura, aunq̃ a la verdad no quisiera yo ser el lleuador de tal bolsa porq̃ si es q̃ vuessa merced tiene algun orden Sacro, parecermeia a mi que auia cometido algun grande incesto, ò sacrilegio. Y como que ha cometido sacrilegio, dixo a esto el dolorido Estudiante, que puesto que yo no soy Sacerdote, sino Sacristan de vnas Monjas, el dinero de la bolsa era del tercio de vna Capellania que me diò a cobrar vn Sacerdote amigo, y es dinero sagrado, y bendito. Con su pan se lo coma, dixo Rincon, a este punto, no le arricendo la ganancia, dia del juizio ay, donde todo saldrà en la colada, y entonces se verà quien es Callejas, y el atreuido que se atreuio a hurtar, y menoscabar el tercio de la Capellania. Y quanto renta cada año, digame señor Sacristan por su vida? Renta la puta que me pariò, y estoy agora para dezir lo que renta, respondio el Sacristan, cõ algũ tanto de demasiada colera: dezidme hermano si sabeis algo, fino quedad con Dios, que yo la quiero hazer pregonar. No me parece mal remedio esse, dixo Cortado, pero aduierta v.m. no se le oluiden las señas de la bolsa, ni la cantidad puntualmente del dinero que và en la dicha bolsa, que si yerra en vn ardite no parecerà en dias del mũdo, y esto le doy por hado. No ay q̃ temer desso, dixo el Sacristan, que lo tengo mas en la memoria, que el tocar de las campanas, no me errarè en vn atamo. Sacò en esto de la faltriquera vn pañuelo randado, para limpiarse el sudor, que le llouia de su rostro, como de alquitara; y apenas le huuo visto Cortado, quando lo marcò por suyo. Y auiendose ido el Sacristan, Cortado le siguio, y le alcançò en las gradas, donde le llamò a parte, y alli le començò a dezir tantos disparates, al modo de los q̃ llaman bernardinas, cerca del hurto, y hallazgo de su bolsa, dandole buenas esperanças, q̃ concluir jamàs razon que començasse, que el pobre Sacristan estaua embelesado escuchándole: y como no acabaua de entender lo que le dezia, hazia q̃ le repitiesse la razon dos, y tres vezes. Estauale mirando Cortado a la cara atentamente, y no quitaua los ojos de sus ojos. El Sacristan le miraua de la misma manera, estando colgado de sus palabras: este tã grãde embelesamiento, diò lugar a Cortado, que concluyesse su obra, y sutilmente le sacò el pañuelo: y despidiendose del, le dixo: que a la tarde procurasse de verle en aquel puesto, porque èl traia entre ojos, que vn muchacho de su mismo oficio, y de su tamaño, que era algo ladroncillo, le auia tomado la bolsa, y que èl se obligaua a saberlo dentro de pocos, ò de muchos dias. Con esto se consolò algo el Sacristan, y se despidiò de Cortado, el qual se vino donde estaua Rincon, que todo lo auia estado mirando, vn poco apartado del: y mas abaxo estaua otro moço de la esportilla, que viò todo lo que auia passado, y como Cortado daua el pañuelo a su camarada Rincon, y llegandose a ellos, les dixo assi: Digãme señores galanes, voacedes son de mala entrada, ò no? No entendemos essa razon, señor galan, respondiò Rincon. Que no entrauan señores Murcios de Teba, ni de Murcia, dixo Cortado, si otra cosa quiere, digala, sino vayase con Dios. No lo entiende, dixo el moço? pues yo se lo darè a entender, y a beber con vna cuchara. Quiero dezir, señores, si son vuessas mercedes ladrones; mas no sè para què les pregunto esto, pues ya que lo son: mas diganme, como no han ido al aduana del señor Monipodio? Pagase en esta tierra almoxarifazgo de ladrones? señor galan, dixo Rincon. Si no se paga, a lo menos registrandose ante el señor Monipodio, que es su padre, y su maestro, assi les aconsejo que se vengan conmigo a darle la obediencia con tiempo, ò si no, no se atreuan a hurtar sin su señal, que les costarà caro. Yo pensè, dixo Cortado, que el hurtar era oficio libre, horro de pecho, y alcauala, y que si se paga, es por junto, dando por fiadores a la garganta, y a las espaldas. Pero pues assi es, y en cada tierra ay su vso, guardemos nosotros el desta, que por ser la mas principal del mundo, serà el mas acertado de todo èl: y assi puede vuessa merced guiarnos dõde està esse caualiero que dize, que ya yo tengo barruntos de que es muy calificado. Y como que es calificado, y suficiente, respondiò el moço: es lo tanto, que en quatro años que ha que tiene el cargo de ser nuestro mayor padre, no han padecido sino quatro en el in finibus terræ, y obra de treinta embesados, y de sesenta y dos gurapas. En verdad, señor, dixo Rincon, que assi entendemos essos nombres, como bolar: comencemos à andar, que yo lo irè declarando por el camino, respondiò el moço, con otros algunos, que assi les conuiene saberlos, como el

el pan de la boca; y assi les fue diziendo, y declarando otros nombres de los que ellos llamá Germanescos, ò de la Germania, en el discurso de su platica, que no fue corta, porque el camino era largo: en el qual dixo Rincon a su guia. Es vuessa merced por ventura ladron? Si, respondio èl, para seruir a Dios, y a buenas gentes, aunque no de los muy cursados, que toda via estoy en el año del nouiciado. A lo qual respondio Cortado: cosa nueua es para mi, que aya ladrones en el mundo, para seruir a Dios, y a la buena gente. A lo qual respondiò el moço: Señor, yo no me meto en Teologias, lo que sè es, que cada vno en su oficio puede alabar a Dios, y mas con la orden que tiene dado Monipodio a todos sus ahijados. Sin duda, dixo Rincon, deue ser buena, y santa, pues haze que los ladrones si quan a Dios. Es tan santa, y buena, replicò el moço, que no sè yo si se podrà mejorar en nuestro arte. El tiene ordenado, que de lo q̃ hurtaremos, demos alguna cosa, ò limosna a el para azeyte de la lampara de vna deuota Imagen q̃ està en esta Ciudad, y en verdad, q̃ hemos visto grandes cosas por esta buena, y para que los dias passados, dieron tres ansias a vn quatrero que auia murciado dos roznos, y cõ estar flaco, y quartanario, las frio, y sin cantar como si fuera nada: y esto atribuimos los de el arte, a su buena deuocion: porque sè que me han de preguntar algunos vocablos de los que he dicho, quiero curarme en salud, y dezirselo antes que me lo pregunten. Sepan vuessedes, que quatrero es ladron de bestias, ansias es tormento, roznos los animos, hablando cõ perdon. Primer desencierto, es, primeras buletas de cordel que dà el verdugo. Tenemos mas que rezaremos nuestro Rosario, repartido en toda la semana, y algunos de nosotros no hurtamos el dia de Viernes, ni tenemos conuersacion con muger que se llame Maria, el dia del Sabado. De perlas me parece todo esso, dixo cortado: pero digame v.m. hazese otra restitucion, ò penitencia mas de la dicha? En esso de restituir no ay que auisar, respondiò el moço, que es cosa imposible, por las muchas partes en que se diuide lo hurtado, llegando cada vno de los ministros, y contribuyentes la suya. Y assi el primero hurtador no puede restituir nada, quanto mas que no ay quien nos mande hazer esta diligencia, a causa que nunca nos confessamos: y si sacan cartas de comunion, jamàs llegan à nuestra noticia, porq̃ jamas vamos a la Iglesia al tiempo que se leen, sino es los dias de Iubileo, porque

la ganancia que nos ofrece el concurso de tanta gente. Y cõ solo esso que hazen, dizen essos señores, dixo Cortadillo, que su vida es santa, y buena? Pues q̃ tiene de mala? replicò el moço, no es peor ser herege, ò matar a su padre, y madre, ò ser solomico. Sodomita, querrà dezir v.m. respondio Rincon. Esso digo, dixo el moço. Todos es malo, replico Cortado; pero pues nuestra suerte ha querido que entremos en esta Cofradia, v.m. alargue el passo, que muero por verme con el señor Monipodio, de quien tantas virtudes se cuentan. Presto se les cũplirà su deseo, dixo el moço, q̃ ya desde aqui se descubre su casa, vs.ms. se quedẽ a la puerta, q̃ yo entrarè a ver si està desocupado, porq̃ estas son las horas quando el suele dar audiencia. En buena sea, dixo Rincon, y adelantandose vn poco el moço, entrò en vna casa no muy buena, sino de mala apariencia, y los dos se quedaron esperando a la puerta; èl saliò luego, y los llamò, y ellos entraron, y su guia los mandò esperar en vn pequeño patio ladrillado, y de puro limpio, y algimifrado, parecia q̃ vertia carmin de lo mas fino: a vn lado estaua vn banco de tres pies, y al otro vn cantaro desbocado con vn jarrillo encima, no menos falto que el cantaro: a otra parte estaua vna estera de Enea, y en medio vn tiesto, que en Sevilla llaman, maceta de albahaca. Mirauan los moços atentamente las alhajas de la casa, en tanto que baxò el señor Monipodio: y viendo que tardaua, se atreuio Rincon a entrar en vna sala baxa; de dos pequeñas que en el patio estauan, y vio en ella dos espadas de esgrima, y dos broqueles de coreho, pendientes de quatro clauos, y vna arca grande sin tapa, ni cosa que la cubriesse: y otras tres esteras de Enea tendidas por el suelo. En la pared frontera estaua pegada vna Imagen de nuestra Señora, destas de mala estampa; y mas abaxo pendia vna esportilla de palma y encaxada en la pared vna almosia blanca, por do coligiò Rincon que la esportilla seruia de cepo para limosna, y la almosia de tener agua bendita: y assi era la verdad. Estando en esto, entraron en la casa dos moços de hasta veinte años cada vno, vestidos de estudiantes; y de alli a poco dos de la esportilla, y vn ciego: y sin hablar palabra ninguna, se començaron a pasear por el patio. No tardò mucho, quando entraron dos viejos con antojos, q̃ los hazia graues, y dignos de ser respetados, con sendos Rosarios de sonadoras cuentas en las manos; luego entrò vna vieja balduda, y sin dezir nada se fue a la sala, y a quien-

auiendo tomado agua bendita con gran deuocion, se puso de rodillas ante la Imagen, y al cabo de vna buena pieça, auiendo primero besado tres vezes el suelo, y leuantados los braços, y los ojos al cielo, otras tantas se leuantò, yechò su limosna en la esportilla, y se salio con los demas al patio, hasta catorce personas de diferentes trajes, y oficios. Llegaron tambien de los postreros dos brauos, y bizarros moços, de vigotes largos, sombreros de grande falda, cuellos a la valona, medias de color, ligas de grã balumbo, espadas demas de marca, sendos pistoletes, cada vno, en lugar de dagas, broqueles pendientes de la pretina: los quales assi como entraron pusieron los ojos de trauès en Rincon, y Cortado, a modo de que los estrañauan: y llegandose a ellos: les preguntaron, si eran de la Cofradia? Rincon respondiò, que si, y muy seruidores de sus mercedes. Llegòse en esto la sazon, y punto en que baxò el señor Monipodio, tan espantado, como bien visto de toda aquella virtuosa compañia. Parecia de edad de quarenta y cinco años, alto de cuerpo, moreno de rostro, cejejunto, barbinegro muyespeso, los ojos hundidos. Venia en camisa, y por la abertura de delante, descubria vn bosque, tanto era el vello q̃ tenia en el pecho. Traia cubierta vna capa de bayeta cayda hasta los pies, en los quales traia vnos çapatos enchancletados. Cubrianles las piernas vnos çaraguelles de lienço, y grandes hasta los touillos: el sombrero era de los del hampa, campanudo de copa, y tendido de falda: atrauessauale vn tahali por la espalda, y pechos, a do colgaua vna espada ancha, y corta, a modo de las del perrillo: las mangas eran cortas, pero limpias, y los dedos gordos: las vñas hembras, y remachadas: las piernas no parecian; pero los pies eran descomunales, de anchos a juanetados. En efeto èl representaua el mas rustico, y disforme barbaro del mundo. Baxò con el guia de los dos, y trauandole de las manos, los presentò a Monipodio, diziendo les: Estos son los dos buenos mancebos que v.m. dixe, mi señor Monipodio: v.m. los desamine, y verà como son dignos de entrar en nuestra congregacion. Esso hare yo de muy buena gana, respondio Monipodio. O luidauame de dezir, que assi como Monipodio baxò, al punto, todos los que aguardandole estauan, le hizieron vna larga reuerencia, excepto los dos brauos (que a medio mogate, como entre ellos se dize) se quitaron los capelos, y luego boluieron a su passeo: por vna parte del patio, y por la otra, se paseaua Mo-

nipodio, el qual preguntò a los nueuos el exercicio, la patria, y padres. Rincon respondiò: El exercicio ya està dicho, pues ve ni nos ante v.m. la patria no me parece de mucha importancia dezirla, ni los padres tampoco, pues no se ha de hazer informacion para recibir algun Abito. A lo qual respondio Monipodio; vos hijo estais en lo cierto, y es cosa muy acertada encubrir esso que dezis: porque si la suerte no corriere como deue, no es bien que quede assentado debaxo de signo de Escriuano, ni en el libro de las entradas: Fulano, hijo de Fulano, vezino de tal parte, tal dia le ahorcaron, ò le açotaron, ò otra cosa semejante; que por lo menos suena mal a los buenos oidos, y assi torno a dezir que es prouechoso documento callar la patria, encubrir los padres, y mudar los nombres, aunque para entre nosotros no ha de auer nada encubierto, y solo aora quiero saber los nõbres de los dos. Rincon dixo el suyo, y Cortado tãbien. Pues de aqui adelante, respondiò Monipodio, quiero, y es mi voluntad, que vos Rincõ, os llameis Rinconete, y vos Cortado, Cortadillo, que son nombres que vienen como de molde a vuestra edad, y nuestras ordenanças, debaxo de las quales cae tener necessidad de saber el nombre de los padres de nuestros Cofrades: porque tenemos de costumbre de hazer dezir cada año ciertas Missas, por las animas de nuestros difuntos, y bienhechores, facando el estipendio para la limosna de quien las dize, de alguna parte de lo que se garvea: y estas tales Missas, assi dichas, como pagadas, dizen que aprouechan à las tales animas por via de naufragio, y caen debaxo de nuestros bienhechores: el procurador que nos defiende, el guro que nos auisa, el verdugo q̃ nos tiene lastima, el que quando alguno de nosotros và huyendo, y detras le vàn dando vozes, al ladron, al ladron, detenganle, detenganle, vno se pone en medio, y se opone al raudal de los que le siguen, diziendo: Dexenle al cuitado, que harta mala ventura lleua, allà se lo aya, castiguele su pecado. Son tambien bienhechoras nuestras las socorridas, que de su sudor nos socorren, assi en la trena, como en las guras, y tambien son nuestros padres, y madres, que nos echan al mundo; y el escriuanò, que si anda de buena, no ay delito que sea culpa, ni culpa à quiẽ se dè mucha pena: y por todos estos que he dicho, haze nuestra hermandad cada año su adversario con la mayor solennidad que podemos. Por cierto, dixo Rinconete (ya confirmado con este nombre)

bre) q̃ es obra digna del altissimo, y profundissimo ingenio, que hemos oido dezir que v.m. señor Monipodio tiene. Pero nuestros padres aun gozã de la vida, si en ella les alcançaremos, daremos luego noticia à esta felicissima, y abogada cofradia, para que por sus almas se les haga esse naufragio, ò tormenta, ò esse aduersario que v.m. dize, con la solemnidad, y pompa acostumbrada; si ya no es que se haze mejor con pompa, y soledad, como tambiẽ apuntò v.m. en sus razones. Assi se harà, ò no quedarà pedaço de mi, replicò Monipodio, y llamando à la guia, le dixo: Ven acà Ganchuelo, estàn puestas las postas? Si, dixo la guia, que Ganchuelo era su nombre, tres centinelas quedan a la cola rando, y no ay què temer que nos cojã de sobresalto. Boluiendo, pues, a nuestro proposito, dixo Monipodio, querria saber, hijos, lo que sabeis, para daros el oficio, y exercicio conforme a vuestra inclinacion, y habilidad. Yo, respondiò Rinconete, sè vn poquito de floreo de Villahan; estiendeseme el rete: tengo buena vista para el hornillo: juego bien de la sola de las quatro, y de las ocho: no se me và por pies el rasgadillo, barreguetar, y el colmillo. Entrome por la boca del lobo, como por camisa, y atreueriame à hazer vn tercio de chança mejor q vn tercio de Napoles: y a vn astillazo al mas pintado, mejor que dos reales prestados. Principios son, dixo Monipodio, pero todas son flores de cuesso, viejas, y tan vsadas, que no ay principiante que no sepa, y solo sirue para algu que sea tan blanco que se deje matar de media noche abaxo: pero andarà el tiempo, y veremos hemos, que assentando sobre esso fundamento media docena de dediciones, yo espero en Dios q̃ aueis de salir oficiales moso, y aun quizà maestros: y do serà para seruir a v.m. y a señores cofradres; responde Rinconete. Y vos Cortadillo, què sabeis? preguntò Monipodio. Yo respondio Cortadillo, sè la treta que dizen abre ojos y saca cinco, y sè dar tiento vna falsa iquierda con mucha puntualidad, y destreza. Sabeis mas, dixo Monipodio? No por mis grandes pecados, respondio Cortadillo. No os aflijais, hijo, replicò Monipodio, que à vuestro escuela aueis llegado donde os aprouechareis, ni dexareis de ser muy aprouechado en todo aquello que mas os conuiene. Pero en esto, del animo como os hijo? como nos ha de ir, respondio Rinconete, sino muy bien animo tenemos para acometer qualquiera empresa de las q̃ cate a nuestro arte, y exercicio.

Està bien, replicò Monipodio: pero querria, yo que tambien les tuuiessedes para sufrir si fuesse menester media dozena de ansias, sin desplegar los labios, y sin dezir esta boca es mia. Ya sabemos aqui, dixo Cortadillo, señor Monipodio, què quiere dezir ansias, y para todo tenemos animo, porque no somos tan ignorantes, que no se nos alcance, que lo que dize la lengua, paga la gorica, y harta merced le haze el cielo al hombre atrevido, por no darle otro titulo, que se dexa en su lengua su vida, ò su muerte, como si tuuiesse mas letras vn no, q̃ vn si. Alto, no es menester mas, dixo a esta sazon Monipodio, Digo que sola esta razon me conuence, me obliga, me persuade, y me fuerça a que desde luego os assenteis por cofrades mayores, y que se os sobrelleue el año de el noviciado. Yo soy de esse parecer, dixo vno de los braços, y a vna voz lo cõfirmaron todos los presentes, que todo la platica auian estado escuchando: y pidieron a Monipodio, que desde luego les concediesse, y permitiesse gozar de las inmunidades de su cofradia, porque su presencia agradable, y su buena platica lo merecia todo. El respondiò, que por darlles contento a todos, desde aquel punto se las concedia, y aduirtiendoles, q̃ las estimassen en mucho, porque era no pagar media nata del primer hurto q̃ hiziessen, no hazer oficios menores en todo aquel año: es a saber, no lleuar recaudo de ningũ hermano mayor a la carcel, ni a la casa de parte de sus contribuyentes, piar el Turco puro, hazer vanquete, como, y a dõde quisieren, sin pedir licencia a su mayoral, entrar a la parte desde luego con los que entruxessen los hermanos mayores, como vno dellos, y otras cosas, que ellos tuuieron por merced señaladissima, y los demas con palabras muy comedidas las agradecieron mucho. Estando en esto, entrò vn muchacho corriendo, y desalentado, y dixo: El Alguazil de vagamũdos viene encaminado a esta casa, pero no trae consigo gorullada. Nadie se alborote, dixo Monipodio, que es amigo, y nunca viene por nuestro daño; sossieguense, que yo le saldrè a hablar. Todos se sossegaron, que ya estauan algo alborotados, y Monipodio salió a la puerta, do hallò al Alguazil, con el qual estuuo hablando, y luego boluiò a entrar Monipodio, y preguntò: A quien le cupo oy la plaça de san Saluador? A mi dixo el de la guia. Pues como, dixo Monipodio, no se me ha manifestado vna bolsa de ambar, que esta mañana en aquel paraje dio al trasle, con quinze escudos

cados de oro, y dos reales de à dos, y vno quartos? Verdad es, dixo la guia, que oy faltò esta bolsa, pero yo no la he tomado, ni puedo imaginar quien la tomasse. No ay leuas conmigo, replicò Monipodio, la bolsa ha de parecer, porque la pide el Alguacil que es amigo, y nos haze merced: tornò a jurar, q̃ no sabia della. Començòse à encolerizar Monipodio de manera, q̃ parecia que fuego lãçaua por los ojos, diziendo: Nadie se burle con quebrantar la mas minima cosa de nuestra orden, q̃ le costarà la vida; manifiestese la cosa, y si se encubre por no pagar los derechos yo le darè enteramente lo que le toca, y pòdrè lo demàs de mi casa: porque en todas las maneras ha de ir contento el Alguacil. Tornò de nueuo à jurar el moço, y a maldezirse: diziendo, que èl no auia tomado tal bolsa, ni vistola de sus ojos. Todo esto fue poner mas fuego à la colera de Monipodio, y dar ocasion à que toda la junta se alborotasse viendo que se rompian sus estatutos, y buenas ordenanças. Viendo Rinconete, pues, tanta dissension, y alboroto, pareciòle que seria bien sossegarle, y dar contento à su mayor, que rebentaua de rabia: y aconsejandose con su amigo Cortadillo, con parecer de entrambos, sacò la bòlsa del Sacristan, y dixo: Cesse toda question, mis señores, que esta es la bolsa, y no faltarle nada de lo que el Alguacil manifiesta, que oy mi camarada Cortadillo le dio con vn pañuelo que al mismo dueño se le quitò por añadidura. Luego sacò Cortadillo el pañuelo, y lo puso de manifiesto. Viendo lo qual Monipodio dixo. Cortadillo el bueno (que con este titulo, y renombre quede de aqui adelante) quede con el pañuelo, y à cuenta se quede la satisfacion del seruicio, y la bolsa se ha de lleuar el Alguacil, que es de vn Sacristan patiente suyo, que cumpla aquel refran, que dize: No es mucho que à quien da la gallina entera, tuerza la pierna della. Mas disimula este buen Alguacil en vn dia, que nosotros le podemos, ni solemos dar en ciento. De comun consentimiento aprobaron todos la hidalguia de los dos mancebos, y la sentencia, y parecer de su mayoral, el qual salió a dar la bolsa al Alguacil, y Cortadillo se quedò confirmado con el renombre de bueno, bien como si fuera Don Alonso Perez de Guzman el Bueno, que arrojò el cuchillo por los muros de Tarifa para degollar a su vnico hijo. Al boluer que bolviò Monipodio, entraron con èl dos moças afeytadas los rostros, llenos de color [illegible] labios, y de albayalde los pechos, cubiertos con medios mantos de anascotes, llenas de desenfadado, y desverguença: señales claras por donde en viendolas Rinconete, y Cortadillo, conocieron que eran de la casa llana, y no se engañaron en nada; y assi como entraron se fueron los braços abiertos, la vna a Chiquizna que, y la otra a Maniferro, que estos eran los nombres de los brauos; y el de Maniferro era, porque traia vna mano hecha de hierro, en lugar de otra que le auian cortado por justicia: ellos las abraçaron con gran regozijo, y les preguntaron si traian algo con que remojar la canal maestra. Pues auia de faltar, diestro mio, respondiò la vna, que se llamaua la Ganancioso, no tardarà mucho en venir Siluatillo tu traynel con la canasta de colar, atestada de lo que Dios ha sido seruido: y assi fue verdad, porq̃ al instante vino vn muchacho cõ vna canasta de colar cubierta con vna sabana. Alegraronse todos con la entrada de Silvato. Y al momento mandò sacar Monipodio vna de las esteras de enea, que estauan en el aposento, y tenderla en medio del patio, y ordenò assimismo, que todos se sentassen a la redonda, porque en cortando la colera se trataria de lo que mas conuiniesse. A esto dixo la vieja, que auia rezado a la Imagen. Hijo Monipodio yo no estoy para fiestas, porque tengo vn vaguido de cabeça dos dias ha, que me crae loca, y mas, que antes que sea medio dia tengo de ir a cumplir mis deuociones, y poner mis candelicas a nuestra Señora de las Aguas; y al Santo Crucificixo de S. Agustin, que no lo dexaria de hazer si neuasse, y ventisca sse. A lo que he venido es, que anoche el Renegado, y Centopies, lleuaron a mi casa vna canasta de colar, algo mayor q̃ la presente, llena de ropa blanca, y en Dios, y en mi anima, que venia consu cernada, que los prouetes no deuieron de tener lugar de quitarla, y veniã sudando la gota tan gorda, que era vna compassion verlos entrar, y jadeando, y corriendo agua de sus rostros, que parecian vnos Angelicos. Dixeronme que iban en seguimiento de vn ganadero, que auia pesado ciertos carneros en la carniceria, por ver si le podian dar vn ciento en vn grandissimo gato de reales que lleuaua. No desembanastaron, ni contaron la ropa fiados en la entereza de mi cõciencia, y assi me cumpla Dios mis buenos deseos, y nos libre de poder de justicia, q̃ no he tocado a la canasta, y se està tan entera como quãdo naciò. Todo se le cree, señora madre, res-

pondiò Monipodio, y estè assi la canasta, que yo ire allà a boca de sorna, y harè cala, y cata de todo lo que tiene, y darè a ca la vno lo que le tocare, bien y fielmente, como tengo de costumbre. Sea como vos lo ordenaredes, hijo, respondiò la vieja, y porq̃ se me haze tarde, dadme vn traguillo, si teneis para consolar este estomago, q̃ tan desmayado anda contino. Y que tal lo beuereis, madre mia dixo a esta sazon la Escalanta, q̃ assi se llamaua la compañera de la Ganancioſa, y descubriendo la canasta, se manifesto vna bota a modo de cuero, con hasta dos arrobas de vino, y vn corcho, que podia caber sossegadamente, y sin apremio, hasta vn azumbre, y llouandolo la Escalanta se lo puso en las manos a la deuotissima vieja, la qual tomandole con ambas manos, y auiendole soplado vn poco de espuma, dixo: Mucho echaste hija Escalanta, pero Dios darà fuerça para todo, y aplicandosele a los labios, de vn tiron sin tomar aliento, lo trasegò del corcho al estomago, y acabò diziẽdo: De Guadalcanal les, y aun tiene vn cesno es de yeso el señorico: Dios te consuele hija, que assi me has consolado, sino que temò que me ha de hazer mal, porque no me he desayunado: no harà madre, respondiò Monipodio, que es tresanejo. Assi lo espero yo en la Virgen, respondiò la vieja, y añadiò: Mirad niñas, si teneis a cas algun quarto para comprar candelicas de mi deuocion, porque con la priessa, ganancia que tenia de venir a traer las nueuas de la canasta, se me oluidò en casa la escarcela. Yo si tengo señora Pipota (que este era el nombre de la buena vieja) respondiò la Ganancioſa, tome dos quartos, del vno le ruego q̃ cõpre vna para mi, y se la ponga al señor San Miguel, y si puede cõprar dos, ponga la otra al señor San Blas, que son mis abogados, quisiera que pusiera otra a la señora santa Luzia, q̃ por lo de los ojos tambien le tengo deuociõ, pero no tengo trocado, mas otro dia avrà donde se cũpla con todos. Muy bien haràs hija, y mira no seas miserable, q̃ es de mucha importancia lleuar la persona las candelas delante de si, antes que se muera, y no aguardar a que las pongan los herederos, ò albaceas. Bien dize la madre Pipota, dixo la Escalanta, y echando mano a la bolsa, le dio otro quarto, y le encargò que pusiesse otras dos candelicas a los Santos, que a ella le pareciessen que eran de los mas aprouechados, y agradecidos. Con esto se fue la Pipota, diziẽdoles: Holgaos hijos, aora que teneis tiempo, que vendrà la vejez, y llorareis en ella los ratos que perdistes en la mocedad, como yo los lloro; encomendadme a Dios en vuestras oraciones, que yo voy a hazer lo mismo por mi, y por vosotros, porque èl nos libre, y conserue en nuestro trato peligroso, sin sobresaltos de justicia, y con esto se fue. Ida la vieja, se sentaron al rededor de la estera, y la Ganancioſa tendiò la sabana por manteles, y lo primero que sacò de la cesta, fue vn grande haz de rabanos, y hasta dos dozenas de naranjas, y limones, y luego vna caçuela muy grande llena de tajadas de bacallao frito. Manifestò luego medio queso de Flandes, y vna olla de famosas azeytunas, y vn plato de camarones, y gran cantidad de cangrejos, con su llaue tiuo de alcaparrones ahogados en pimientos, y tres hogazas blanquiss mas de Gandi. Seian los de almuerço hasta cinco, y ninguno dellos dexò de sacar su cuchillo de cachas amarillas, sino fue Ri conete, que sacò su media espada. A los dos viejos de vayeta, y a la guia tocò el escanciar cõ el corcho de colmena. Mas apenas auian començado a dar assalto a las naranjas, quando les diò a todos gran sobresalto los golpes que dieron a la puerta. Mandòles Monipodio que se sossegassen, y entrando en la sala baxa, y descolgãdo vn broquel, puesto mano a la espada llego a la puerta, y cõ voz hueca, y espantosa pregunto: Quien llama? Respõdiero de fuera: Yo soy, q̃ no es nadie, señor Monipodio, Tagarote soy, cẽtinela desta mañana, y vẽgo a dezir q̃ viene aqui Iuliana la Cariharta, toda desgreñada, q̃ parece auerle sucedido algun desastre. En esto llegò la q̃ dezia, sollocando, y sintiendola Monipodio, abriò la puerta, y mandò a Tagarote que se bolviesse a su posta, y que de allì a delãte a uisasse lo que viesse cõ menos ruido, el dixo que assi lo haria. Entrò la Cariharta, q̃ era vna moça de jaez de las otras, y de el mismo oficio; venia descabellada, y la cara llena de tolondrones, y assi como entrò se cayo en el suelo desmayada: acudieron a socorrerla la Ganancioſa, y la Escalanta, y desabrochandola el pecho, la hallaron toda denegrida, y como magullada: echaronle agua en el rostro, y ella bolviò en si, diziendo a voz es: La justicia de Dios, y del Rey venga sobre aquel ladrõ desuella caras, sobre aquel cobarde baxamanero, sobre aquel picaro generoso, que le he quitado mas vezes de la horca, q̃ tiene pelos en las barbas. Desdichada de mi, mirad por quien he perdido, y ganado mi mocedad, y la flor de mis

años, sino por vn bellaco de salmado, facinoroso, e incorregible. Sossiegate Cariharta, dixo à esta saçon Monipodio, q̃ aquí estoy yo, que te harè justicia, cuentanos tu agrauio, que mas estaràs tu en contarle, que yo en hazerte vengada: dime, si has auido algo con tu respeto, que si assi es, y quieres vengança, no has menester mas que bramear. Q̃ le respetò respondiò Iuliana, respetada mevea yo en los infiernos, si mas lo fuere de aquel Leon con las orejas, y cordero con los hombres, con aquel auia yo de comer mas pan à manteles, ni yazer en vno, primera me vea yo comida de adiuas estar carnes; que me ha parado de la manera que vereis, y alçandose las faldas hasta las rodillas, y aun vn poco mas, las descubrio llenas de cardenales. Desta manera, prosiguiò, me ha parado aquel ingrato de Repolido, de quien lo me mas que à la madre que le pariò: y porque pensais que lo ha hecho, pensais que le di yo ocasion para ello? No por cierto, no lo hizo mas, sino porque estando jugando, y perdiendo, me embiò a pedir con Cabrillas su traynel treinta reales, y no le embie mas de veinte y quatro, que el trabajo, y afan con que yo los auia ganado, ruego yo a los cielos que vaya en descuento de mis pecados: y en pago desta cortesia, y buena obra, creyendo èl que yo le sisaua algo de la cuenta, que èl allà en su imaginacion auia hecho de lo que yo podia tener, esta mañana me sacò al capo, detras de la huerta del Rey, y alli en vnos olmares me desnudò, y con la pretina, sin recoger los hierros, que en mis grillos, y hierros le vea yo, me diò tantos azotes, que me dexò por muerta, de la qual verdadera historia son buenos testigos estos cardenales que mirais. Aqui tornò a leuantar las vozes, aqui boluiò a pedir justicia, y aqui se la promete de nueuo Monipodio, y todos los bramos que alli estauan. La Ganancioſa tomo la mano à consolarla, diziendole, que ella diera de buena gana vna de las mejores preseas que tenia, porque le huuiera passado otro tanto con su querido; porque quanto, dixo, que sepas hermana Cariharta, si no lo sabes, que lo que se quiere bie se castiga, y quando estos bellacones nos dan, açotan, y acocean, entonces nos adoran: sino, confiesame vna verdad por tu vida, despues que te huuo Repolido castigado, y blumado, no te hizo alguna caricia? Como vna, respondiò, la llorosa, cient mil me hizo, y diera èl vn dedo la mano, porque me fuera con èl, y aun me parece que

assi se le saltaron las lagrimas de los ojos despues de auerme molido. No ay dudar en esso, replicò la Ganancioſa, y lloraria de pena de ver qual le auia puesto, que en estos tales casos, no han cometido la culpa, quando les viene el arrepentimiento: y tu veràs hermana, si no viene a buscarte antes q̃ de aqui nos vamos, y a pedirte perdon de todo lo passado, rindiendosete como vn cordero. En verdad respondiò Monipodio, que no ha de entrar por estas puertas el cobrarde embelesado, si primero no haze vna manifesta penitẽcia del cometido delito; las manos auia èl de ser ossado ponerlas en el rostro de la Cariharra, mi en sus carnes, siendo persona, que puede competir en limpieza, y ganancia con la misma Ganancioſa, que està delante, que no lo puedo mas encarecer. Ay, dixo, a esta saçon la Iuliana, no diga vm. señor Monipodio mal de aquel maldito, que con quien malo es, le quiero mas que à las telas de mi coraçon, y ha me buelto el alma al cuerpo las razones que en su abono me ha dicho mi amiga la Ganancioſa, y en verdad que estoy por ir a buscarle. Esso no harás tu por mi consejo, replicò la Ganancioſa porque se estenderà, y ensanchara, y harà tretas en ti, como en cuerpo muerto. Sossiegate, hermana, q̃

apersonados? A lo qual respondiò Monipodio, que aquellos en su Germania, y manera de hablar, se llamauan Abispones, y que seruian de andar de dia por la Ciudad, abispando en q̃ casa se podrá dàr tiento de noche, y en seguir los que sacauan dinero de la cõtratació, ò casa de la moneda, para ver donde lo lleuauan, y aun donde lo ponian: y en sabiendolo, tanteauã la grosezа del muro de la tal casa, y diseñauan el lugar mas conueniẽte para hazerlos guzpataros, que son agujeros, para facilitar la entrada. En resolucion, dixo que era la gente de mas, ò tanto prouecho, que auia en su hermandad, y que de todo aquello que por su industria se hurtaua, lleuã el quinto, como su Magestad de los tesoros; y que con todo esto eran hombres de mucha verdad, y de buena vida, y fama, temerosos de Dios, y de sus conciẽcias: que cada dia oian Missa con estraña deuocion, y ay dellos tan comedidos, especialmente estos dos que de aqui se van agora, que se contentã con mucho menos de lo que por nuestros aràceles les toca. Otros dos ay que son palã quiñes, los quales como por momentos mudan casas, saben las entradas, y salidas de todas las de la Ciudad, y las que puedẽ ser de prouecho, y quales no. Todo me parece de perlas, dixo Rinconete, y quereis ser de algun prouecho a tan famosa Cofradia. Si Dios fauorece el ciuelo a los buenos deseos, dixo Monipodio: Estando en esta plática, llamaron a la puerta, salió Monipodio a ver quien era, y preguntandolo, respondieron: Abra vuace, sor Monipodio, que el Repolido [illegible]. Oyò esta voz Cariharta, y [illegible] çãdo al cielo la suya: no le abran, sor Monipodio, no le abran, que es Marinero de Tarpeya, y esse tigre de Ocaña. No lo de por esto Monipodio de abrir Repolido, pero viendo la Cariharta que le abria, se leuantó corriendo, y se entrò en la [illegible] de los broqueles, y cerrãdo tras si la puerta, desde dentro oyó [illegible] des vozes, dezia: Quitenme de delãte a esse gesto de pascua mas, a esse verdugo de inocentes, assombrador de palomas duendas. Maniferro, y Chiquiznaque tenian a Repolido, y en todas maneras queria entrar dõde la Cariharta estaua, pero como no le dexauã, dezia desde la fuera. No aya mas enojada mia, por tu vida que te sosiegues, y assi te veas casada; casada yo, malino, respõdiò la Chanca, mira en que tecla tocas: si quisieras tu que lo fuera contigo, y antes lo seria yo con [illegible] fotomia que contigo. Ea bobo, replicò Repolido, acabemos ya que es tarde, y mire no se enoje

che, por ver me hablar tan manso, y venir tan rendido, porque viue el dador, si se me sube la colera al campanario, que sea peor la caida, q̃ la recayda: humillese, y humillemonos todos y no demos de comer al diablo. Y aun de cenar le daria yo, dixo la Cariharta, porq̃ te lleuasse a donde nunca mas mis ojos te viessen. No os digo yo, dixo Repolido, por Dios, que voy oliendo, señora Trinquete, que lo tengo de echar todo a doze, aunq̃ nunca se venda. A esto dixo Monipodio: En mi presencia no ha de auer demasias; la Cariharta saldrà, no por amenazas, sino por amor mio, y todo se harà bien, que las riñas entre los que bien se quierẽ, son causa de mayor gusto, quãdo se hazen las pazes. Ha Iuliana, ha riña, ha Cariharta mia, sal acà fuera, por mi amor, que yo harè que el Repolido te pida perdon de rodillas. Como el esso haga, dixo la Escalanta, todas seremos en su fauor, y en rogar a Iuliana salga acà fuera. Si esto ha de ir por via de rendimiento, que huela a menoscabo de la persona, dixo el Repolido, no me rendirè a vn exercito formado de Esguizaros; mas si es por via de que la Cariharta gusta dello, no digo yo incarme de rodillas, pero vn clauo me hincarè por la frente en su seruicio. Rieronse desto Chiquiznaque, y Maniferro, de lo qual se enojò Repolido, pensando q̃ hazian burla del, que dixo con muestras de infinita colera: qualquiera q̃ se riere, ò se pensare reir de lo que la Cariharta, ò contra mi, ò contra ella hemos dicho, ò dixeremos, digo que miente, y mentirà todas las vezes que se riere, ò lo pensare, como ya tengo dicho. Miraronse Chiquiznaque, y Maniferro de tan mal garuo, y talle, que advirtiò Monipodio, que pararia en vn gran mal, si luego no se remediaua. Y assi poniendose luego en medio dellos, dixo: No passe mas adelante, caualleros, cesse n aqui palabras mayores, y deshaganse entre los dientes; pues las que se han dicho no llegã a la cintura, nadie las tome por si. Bien seguros estamos, respõdiò Chiquiznaque q̃ no se dixerõ, ni se diràn semejãtes monitorios por nosotros: q̃ si se huuiera imaginado q̃ se dezian, en manos estaua el pandero que lo supiera bien tañer. Tambien tenemos acà pãdero sor Chiquiznaque, replicò Repolido, y tambien, si fuere menester, sabremos tocar los cascabeles, y ya he dicho, que el que se huelga miente: y quien otra cosa pensare, sigame, que cõ vn palmo de espada menos, harà el hombre q̃ sea lo dicho dicho: y diziendo esto se iba à salir por la puerta a fuera. Estaualo escu-

chando la Cariharta, y quando sintiò q̃ iba enojado, saliò, diziẽdo: Tengãle no se vaya, que harà de las suyas: no vèn que và enojado, y es vn Iudas Macarelo, en esto de la valentia. Buelve valenton del mundo, y de mis ojos, y cerrando con èl, le asiò fuertemente de la capa: y acudiendo tambien Monipodio, le detuvieron, Chiquiznaque, y Moniferro, no sabian si enojarse, ò si no: estuvieronse quedos esperãdo lo q̃ Repolido haria, el qual viendose rogar de la Cariharta, y de Monipodio bolviò diziendo: Nunca los amigos han de dar enojo a los amigos, ni hazer burla de los amigos, y mas quando ven que se enojan los amigos. No ay aqui amigo, respondiò, Maniferro, que quiera enojar, ni hazer burla de otro amigo, y pues todos somos amigos, dense las manos los amigos. A esto dixo Monipodio: Todos voacedes han hablado como buenos amigos, y como tales amigos se dèn las manos de amigos. Dieronselas luego, y la Escalanta, quitandose vn chapin, començò a tañer en èl, como en vn pandero, la Ganancioſa tomò vna escoua de palma nueua, que alli se hallò acaso, y rascandola, hizo vn son, que aunque ronco, y aspero se concertaua con el del chapin. Monipodio rompiò vn plato, y hizo dos texoletas, que puestas entre dos dedos, y repicadas con gran ligereza, llevaua el contrapunto al chapin, y a la escoua. Espantaronse Rinconete, y Cortadillo de la nueua inuencion de la escoua, porque hasta entonces nũca la auia visto. Conociòlo Maniferro, y dixoles: Admiranse de la escoua, pues bien hazen, pues musica mas presta, y mas sin pesadumbre, ni mas barato no se ha inuentado en el mundo: y en verdad que oì dezir el otro dia a vn estudiante, q̃ ni el Negro Feo, que sacò a la Arauz del infierno, ni el Marion, que subio sobre el Delfin, y saliò del mar como si viniera cauallero sobre vna mula de alquiler; ni el otro gran musico que hizo vna Ciudad que tenia cien puertas, y otros tantos postigos, nũca inuentaron mejor genero de musica, tan facil de deprender, tan manera de tocar, tan sin trastes, clauijas, ni cuerdas, y tan sin necessidad de templarse, y a boto a tal, que dizen, que la inuentò vn galan desta Ciudad que se pica de ser vn Hector en la musica. Esso creo yo muy bien (respondiò Rinconete) pero escuchemos lo que quieren cantar nuestros musicos, que parece que la Ganancioſa ha escupido, señal de que quiere cantar, y assi era la verdad, porque Monipodio le auia rogado, que cantasse algunas seguidillas de las que se vsauan; mas la que començò primero fue la Escalanta, y con voz sutil, y quebradiza, cantò lo siguiente.

Por vn Sevillano, rufo a lo Valon,
Tengo socarrado todo el coraçon.

Siguiò la ganancioſa cantando.

Por vn morenico de color verde,
Qual es la fogoſa, que no se pierde.

Y luego Monipodio, dandole gran priessa al meneo de sus tejoletas, dixo:

Riñen dos amantes, hazese la paz,
Si el enojo es grande, es el gusto mas.

No quiso la Cariharta gastar su gusto en silencio, porque tomando otro chapin, se metiò en dança, y acompañò a las demas, diziendo:

Detente enojado, no me açotes mas,
Que si bien lo miras, a tus carnes dàs.

Canteſe a lo llano, dixo esta sazon Repolido, y no se toquen historias passadas, que no ay para que lo passado sea passado, tomese otra verdad, y basta. Tanto le llevauã de no acabar tã presto el comẽçado cãtico, sino sintieran que llamauan a la puerta apriessa, y con ella saliò Monipodio, a ver quien era, y la centinola le dixo, como al cabo de la calle auia assomado el Alcalde de la justicia, y que delante del venian el Tordillo, y el Cernicalo, corchetes neutrales. Oyeronlo los de dentro, y alborotaronse todos de manera, que la Cariharta, y la Escalanta se calçaron sus chapines al reues: dexò la escoba la ganancioſa, Monipodio sus texoletas, y que dò la musica en turbado silencio, enmudeciò Chiquiznaque, pasmose el Repolido, y suspendiòse Maniferro: y todos qual por vna, y qual por otra parte desaparecieron, subiendose a las açoteas, y tejados, para escaparse, y passar por ellos a otra calle. Nunca ha disparado arcabuz a deshora, ni trueno repentino, espantò assi a vãda de descuydadas palomas, como puso en alboroto, y espanto a toda aquella recogida compañia, y buena gente, la nueva de la venida

da del Alcalde de la justicia, y su cerchetada. Los dos nouicios, Rinconete, y Cortadillo no sabiã que hazerse, y estuuieronse quedos, esperando a ver en que paraua aquella repẽtina borrasca, q̃ no parò en mas de bolver la centinela a dezir, que el Alcalde de la justicia se auia passado de largo, sin dar muestra, ni resabio de mala sospecha à alguno. Y estando diziendo esto a Monipodio, llegò vn Cauallero moço a la puerta, vestido, como le suele dezir, de barrio. Monipodio le entrò cõsigo, y mandò llamar a Chiquiznaque, a Maniferro, y al Repolido, y de los demàs, no baxasse alguno. Como se auiã quedado en el patio Rinconete, y Cortadillo, pudieron oir toda la platica que passò Monipodio con el Cauallero recien venido, el qual dixo a Monipodio: que porque se auia hecho tan mal lo que le auia encomendado? Monipodio respondiò, que aun no sabia lo que se auia hecho, pero que alli estaua el oficial a cuyo cargo estaua su negocio, y que él daria muy buena cuenta de si. Baxò en esto Chiquiznaque, y preguntòle Monipodio: si auia cumplido cõ la obra que se le encomendò, de la cuchillada de a catorce? A lo qual respondio Chiquiznaque: Es la de aquel mercader de la Encruzijada? Essa es, dixo el Cauallero. Pues lo que en esso passa, respondiò Chiquiznaque, es, que yo le aguardè anoche a la misma puerta de su casa, y èl vino antes de la Oracion: llegùeme bien cerca del, mirèle con atencion, marquèle el rostro con la vista, y vì que le tenia tan pequeño, que era imposible de toda imposibilidad caber en èl cuchillada de catorce pũtos, y hallãdome imposibilitado de poder cumplir lo prometido, y de hazer lo que llenaua en mi destruicion, instrucion que terrà v.m. dezir, dixo el Cauallero, que no destruicion. Esto quise dezir, respondiò Chiquiznaque: digo, que viendo que en la estrecheza, y poca cantidad de aquel rostro no cabian los puntos propuestos, porque no fuesse mi ida en valde, dì la cuchillada a vn lacayo suyo, que a buen seguro que la puedẽ poner por mayor de marca. Mas quisiera, dixo el Cauallero, que se le houiera dado al amo vn de a siete, que al criado la de catorce: en efeto cõmigo no se ha cumplido, como era razon, pero no importa, poca mella me haràn los treinta ducados que dexè en señal, beso a vs. ms. las manos; y diziendo esto se quitò el sombrero, y bolviò las espaldas para irse: pero Monipodio le assiò de la capa de mezcla que traìa puesta, diziendole: Voace se detenga, y

cumpla su palabra, pues nosotros hemos cũplido la nuestra con mucha honra, y cõ mucha ventaja: veinte ducados faltan, y no hà de salir de aqui voace sin darlos, ò prendas que lo valgàn. Pues a esto llama v. m. cumplimiento de palabra, respondiò el Cauallero, dàr la cuchillada al moço, auiendose de dàr al amo? Quã bien està en la cuenta el señor, dixo Chiquiznaque, bien parece que no se acuerda de aquel refran, que dize: Quien bien quiere a Beltran, bien quiere a su càn. Pues en que modo puede venir a proposito esse refran, replicò el Cauallero. Pues no es lo mismo, prosiguiò Chiquiznaque, dezir: Quien mal quiere a Beltran, mal quiere a su càn: y assi Beltran es el mercader, voace le quiere mal, su lacayo es su cã y dando al càn, se dà a Beltran, y la deuda queda liquida, y trae aparejada execucion: por esso no ay mas fino pagar luego, sin aprecebimiẽto de remate. Esso juro yo bien, añadiò Monipodio, y de la boca me quitaste Chiquiznaque amigo, todo quanto aqui has dicho: y assi voace, señor galan, no se meta en puntillos cõ sus seruidores, y amigos, sino tome mi consejo, y page luego lo trabajado: y si fuere seruido que se le dè otra al amo, de la cantidad que puede lleuar su rostro, haga cuenta que ya se la estàn curando. Como esso sea, respondiò el galan, de muy entera voluntad pagarẽ la vna, y la otra por entero. No dude en esto, dixo Monipodio, mas que en ser Christiano, q̃ Chiquiznaque se la darà pintiparada, de manera q̃ parezca que alli se le naciò. Pues cõ essa seguridad, y promessa, respõdiò el Cauallero, recibase esta cadena en prendas de los veinte ducados atrasados, y de quarenta que ofrezco por la venidera cuchillada: pesa mil reales, y podria ser que se quedasse rematada, porque traygo entre ojos que seràn menester otros catorce pũtos antes de mucho. Quitòse en esto vna cadena de buel tas menudas del cuello, y diòsela a Monipodio, que al peso, biẽ viò que no era de alquimia. Monipodio la recibiò con mucho contento, y cortesia, porque era en estremo biẽ criado: la execucion quedò a cargo de Chiquiznaque, que solo tomò termino de aquella noche: fuesse muy satisfecho el Cauallero, y luego Monipodio llamo a todos los ausentes, y azotados, baxaron todos, y poniendose Monipodio en medio dellos, sacò vn libro de memoria que traìa en la capilla de la capa, y diosele a Rinconete q̃ lo leyesse, porque èl no sabia leer. Abriòle Rinconete, y en la primera hoja viò que dezia,

Me-

Memoria de las cuchilladas que se han de dar esta semana.

LA primera, al mercader de la encruzijada: vale cincuẽta escudos, está recibidos treinta à buena cuẽta. Secutor Chiquiznaque.

No creo que ay otra, hijo, dixo Monipodio, passa adelante, y mira donde dize: Memoria de palos. Boluiò la hoja Rinconete, y viò que en otra estaua escrito.

Memoria de palos.

Y mas abaxo dezia.

AL Bodegonero del Alfalfa, doze palos de mayor quantia: à escudo cada vno. Estan dados a buena cuenta ocho. El termino seis dias. Secutor Maniferro.

Bien podia borrarse essa partida, dixo Maniferro, porque esta noche traere finiquito della. A y mas, hijo? dixo Monipodio. Si, otra, respondio Rinconete: que dize assi.

AL sastre corcobado, que por mal nombre se llama el Silguero, seis palos de mayor quãtia: a pedimiento de la dama q̃ dexò la gargantilla. Secutor el Desmochado.

Maranillado estoy, dixo Monipodio, como, toda via está essa partida en ser, sin duda alguna deue de estar mal dispuesto el Desmochado, pues son dos dias passados del termino, y no ha dado puntada en esta obra. Yo le topè ayer, dixo Maniferro, y me dixo, que por auer estado retirado por enfermo el corcobado, no auia cumplido con su debito. Esso creo yo bien, dixo Monipodio, porque tengo por buen oficial al desmochado, si no fuera por tan justo impedimento, ya èl huuiera dado al corcobo con mayores empressas. A y mas, mocito? No señor, respondiò Rinconete. Pues passad adelante, dixo Monipodio, y mirad donde dize: Memorial de agrauios comunes. Passò adelante Rinconete, y en otra hoja hallò escrito:

Memorial de agrauios comunes; conuiene a saber, redomaços, vntos de miera, clauaçon de sanvenitos, cuernos, matracas, espantos, alborotos, y cuchilladas fingidas, publicacion de libelos.

Q̃ è fize mas abaxo? dixo Monipodio: Dize, dixo, Rinconete: Vnto de miera en la casa.

No se lea la casa, que ya yo sè donde es, respondiò Monipodio,

diò: y yo soy el tuatem, y secutor de essa niñeria, y están dados a buena cuenta quatro escudos, y el principal es ocho. Assi es verdad, dixo Rinconete, que todo está aqui escrito; y aun mas abaxo, dize: Clauaçon de cuernos. Tampoco se sea, dixo Monipodio, la casa, ni adonde, que basta que se les haga el agrauio, sin que se diga en publico, que es gran cargo de conciencia. A lo menos mas querria yo clauar cẽ cuernos, y otros tantos sambenitos, como se me pagasse mi trabajo, que dezirlo solo vna vez, aunque fuesse a la madre que me parió. El secutor desto es, dixo Rinconete, el Narigueta. Ya está esto hecho, y pagado, dixo Monipodio: mirad si ay mas, que si mal no me acuerdo ha de auer ai vn espanto de veinte escudos: está dada la mitad, y el secutor es la comunidad toda, ù el termino es todo el mes en q̃ estamos, y cumplirase al pie de la letra, sin que falte tilde, y será vna de las mejores cosas que ayan sucedido en esta Ciudad de muchos tiempos a esta parte. Dadme el libro, mancebo, que yo sè que no ay mas. y sè tambien q̃ anda muy flaco el oficio: pero tras este tiempo vendrà otro, y avrà mucho mas que hazer, que no se mueue la hoja, sin la voluntad de Dios, y no hemos de hazer nosotros que se vengue nadie por fuerça: quanto mas, que cada vno en su casa, suele ser valiente, y no quiere pagar las hechuras de la obra que èl se puede hazer por sus manos. Assi es, dixo a esto el Repolido; pero mire V. M. señor Monipodio lo que nos ordena, y manda, que se và haziendo tarde, y và entrando el calor, mas que de passo. Lo que se ha de hazer, respondiò Monipodio, es, que todos se vayan a sus puestos, y nadie se mude hasta el Domingo, que nos ũtaremos en este mismo lugar, y se repartirà todo lo q̃ huuiere caido sin agrauiar a nadie. A Rinconete el barrio, y a Cortadillo, se les dà por distrito, hasta el Domingo de Ramos la Torre del oro, por de fuera de la Ciudad, hasta el postigo del Alcaçar, donde se puede trabajar assentadillas cõ sus flores, que yo he visto a otros de menos habilidad que ellos, salir cada dia con mas de veinte reales menudos, amen de la plata, con vna baraja sola, y essa con quatro naipes nueros. Este distrito os enseñarà Ganchoso: y aunque os estendais hasta San Sebastian, y Santelmo, importa poco, puesto que es justicia mera, mista, que nadie se entre en pertenencia de nadie: Besaronle la mano los dos por la merced que les hazia, y ofrecieronse a hazer

su

su oficio con toda diligencia, y recato. Saco en esto Monipodio vn papel doblado de la capilla de la capa donde estaua la lista de los Cofrades, y dixo a Rinconete que pusiesse alli su nombre, y el de Cortadillo: mas porque no auia tintero le dio el papel, para que lo lleuasse, y en el primero boticario que hallasse los escriuiesse, poniendo: Rinconete, y Cortadillo, cofrades, nouiciado ninguno: Rinconete floteò, Cortadillo baxon, y el dia, mes, y año, callando padres, y patria. Estando en esto entrò vno de los viejos Abispones, y dixo: Vengo a dezir a vs.ms. como agora, agora topè en gradas a Lonsillo, el de Malaga, y dizeme que viene mejorado en su arte de tal manera, que con naype limpio, quitarà el dinero al mismo Satanàs: y que por venir mal tratado, no viene luego a registrarse, y a dar la solita obediencia: pero que el Domingo serà aqui sin falta. Siempre se me assentò a mi, dixo Monipodio, que este Louillo auia de ser vnico en su arte; porque tiene las mejores, y mas acomodadas manos para ello, que se pueden desear, que para ser vno buen oficial en su oficio, ò arte, tanto ha menester los buenos instrumentos con que le exercita, como el ingenio con que le aprende. Tambien topè, dixo el viejo, en vna casa de posadas en la calle de tintoreros, al Iudio con habito de Clerigo, q̃ se ha ido a posar alli, por tener noticia que dos peruleros viuen en la misma casa, y quetria ver si podia trauar juego con ellos, aunque fuesse de poca cãtidad que de alli podria venir a mi cha. Dize tambien, que el Domingo no faltarà de la Iu y darà cuenta de su perso Esse Iudio tambien, dixo Monipodio, es gran sacre, dias que no le he visto, y no lo ha bien. Pues a fee, que si no se e mienda, que yo le desha coron, que no tiene mas o nes el ladron que las tiene Turco, ni sabe mas las latin mi madre. Ay mas de nue no, dixo el viejo, al menos yo sepa. Pues sea en buen h dixo Monipodio, vosotros men esta miseria (y reparti tre todos, hasta quarenta les) y el Domingo no falte die, que no faltarà nada de corrido. Todos le bolvier las gracias, tornaronse à a çar Repolido, y la Carihar la Escalanta con Maniferro, Ganancioſa con Chuquiz que, concertando que aque noche despues de auer alça de obra en la casa, se viessen de la Pipota, donde tambi dixo que iria Monipodio registro de la canasta de co

y que luego auia de ir a cumplir, y borrar la partida de la frontera. Abraçò a Rinconete y Cortadillo, y echandoles su bendicion los despidiò, encargandoles, que no tuuiessen jamas posada cierta, ni de assiẽto, porque assi convenia a la salud de todos. Acompañòlos Ganchoso, hasta enseñarles sus puestos, acordandoles que no faltassen el Domingo, porque lo que creia Monipodio, auia de leer vna licion de oposicion; acerca de las cosas concernientes a su arte. Con esto se fue dexando a los dos compañeros, admirados de lo que auian visto. Era Rinconete a̅n muchacho, de buen entendimiento, y tenia buen natural: y como auia andado con su padre en el exercicio de las bulas, sabia algo de buen lenguaje, y hauale gran risa pensar en los vocablos que auia oido a Monipodio, y a los demàs de su compañia; y bendita comunidad, y mas quando por dezir, per modum suffragij, auia dicho, per modo de sufragio, y que facauan el estupendo, por dezir, estipendio de lo que se gratificaua, y quando la Carihara dixo, que era Repolido, como vn marinero de Tarpeya, y vn tigre de Ocaña, por dezir Hircania, con otras mil impertinencias: especialmente le cayo en gracia, quando dixo que el trabajo que auia passado en ganar los veinte y quatro reales, lo recibiesse el cielo, en descuento de sus pecados: y sobre todo le admiraua la seguridad que tenian de irse al Cielo, como no faltara a sus deuociones, estando tan llenos de hurtos, y ofensas de Dios. Y reiase de la otra buena vieja de la Pipota, que dexaua la canasta de colar, hurtada, guardada en su casa, y se iba a poner las candelicas a las Imagenes, y con ello pensaua irse al Cielo. No menos se suspendia la obediencia, que todos tenian a Monipodio, siendo vn hombre barbaro, rustico, y desalmado. Considerauа lo q̃ auia leido en su libro de memoria, y los exercicios en q̃ se ocupauan. Finalmente exageraua: quan descuidada justicia auia en aquella tã famosa Ciudad de Sevilla: pues casi al descubierto viuia en ella gente tan perniciosa, y tan contraria a la misma naturaleza; y propuso en si de aconsejar a su compañero, no durasse mucho en aquella vida tan perdida. Pero con todo esto lleuado de sus pocos años, y de su poca experiencia, passò con ella adelante algunos meses, en los cuales le sucedieron cosas, que piden mas luenga escritura, y assi se dexa para otra ocasion contar su vida, y milagros con los de su maestro Monipodio, y otros fa-

ſucceſſos de aquellos de la infame academia, que todos ſeràn de grande conſideracion, y q̃ podràn ſeruir de exemplo auiſo a todos los que las leyeren.

NOVELA QVARTA.

LA ESPAÑOLA INGLESA.

ENTRE los deſpejos, q̃ los Ingleſes lleuarõ de la Ciudad de Cadiz, Clotaldo vn Caualllero Ingles, Capitan de vna eſquadra de nauios, lleuò a Londres vna niña de edad de ſiete años poco mas, ò menos, y eſto contra la voluntad, y ſabiduria del Conde de Leſte, que con diligencia hizo buſcar la niña, para boluerſela a ſus padres, que ante èl ſe quexaron de la falta de ſu hija, pidiendo, que pues ſe contentaua con las haziendas, y dexaua libres las perſonas, no fueſſen ellos tan deſdichados, que ya que quedauan pobres, quedaſſen ſin ſu hija, que era la lumbre de ſus ojos. Mandò el Conde echar vando por toda ſu tierra, que pena de la vida ſe la tuvieſſen la niña, qualquiera la tuvieſſe; mas ningunas penas ni temores fueron baſtantes que Clotaldo le obedeciellen la tenia eſcondida, aficionada aunque Chriſtianamente, de incõparable hermoſura de bela, q̃ aſsi ſe llamaua la niña. Finalmente, ſus padres ſe dieron ſin ella, triſtes, y deſconſolados, y Clotaldo alegre de ſu modo, llegò a Londres y entregò por riquiſsimo dote jo a ſu muger, la hermoſa niña. Quiſo la buena ſuerte, que todos los de la caſa de Clotaldo eran Catolicos ſecretos, aunque en lo publico moſtrauan ſeguir la opinion de ſu Reyno. Tenia Clotaldo vn hijo llamado Ricardo, de edad de doze años,

ſeñado de ſus padres à amar, y temer à Dios, y à eſtar muy entero en las verdades de la Fè Catolica. Catalina la muger de Clotaldo, noble Chriſtiana, y prudente ſeñora, tomò tanto amor à Iſabela, q̃ como ſi fuera ſu hija la criaua, regalaua, è induſtriaua: y la niña era de tan buen natural, que con facilidad aprendia todo quanto la enſeñauan. Con el tiempo, y los regalos fue olvidando los que ſus padres verdaderos le auian hecho; pero no tanto que dexaſſe de acordarſe, y de ſuſpirar por ellos muchas vezes; y aunque iba aprendiendo la lẽgua Ingleſa, no perdia la Eſpañola, porque Clotaldo tenia cuidado de traerle à caſa ſecretamente Eſpañoles, que hablaſſen con ella. Deſtamanera ſin olvidarla ſabia, como eſtà dicho, hablaua la lẽgua Ingleſa, como ſi huuiera nacido en Londres. Deſpues de auerle enſeñado todas las cõtas de labor, la enſeñarõ à leer, y eſcriuir, pero en lo que tuuo eſtremo, fue en tañer todos los inſtrumentos, que à vna muger ſon licitos, y eſto con toda perfeccion de muſica, acompañada con vna voz que le diò el cielo tan eſtremada, que encantaua. Todas eſtas gracias adquiridas, y pueſtas ſobre la natural ſuya, poco à poco fueron encendiendo el pecho de Ricardo, a quien ella, como à hijo de ſu ſeñor, queria, y ſeruia: al principio le ſaltcò amor con vn modo de agradarſe, y complacerſe de ver la ſin igual belleza de Iſabela, y de conſiderar ſus infinitas virtudes, y gracias, amandola como ſi fuera ſu hermana, ſin q̃ ſus deſeos ſalieſſen de los terminos honrados, y virtuoſos. Pero como fue creciendo Iſabela, que ya quando Ricardo ardia, tenia doze años aquella beneuolencia primera, y aquella complacencia, y agrado de mirarla, ſe boluiò en ardentiſſimos deſeos de gozarla, y poſſeerla, no porque aſpiraſſe à eſto por otros medios, que por los honeſtos de ſer ſu verdadero eſpoſo: pues de la incomparable honeſtidad de Iſabela (que aſsi la llamauan ellos) no ſe podia eſperar otra coſa, ni aun èl quiſiera eſperarla, aunque pudiera, porq̃ ſu noble condicion, y la grande eſtimacion en que à Iſabela tenia, no conſentian que ningun mal penſamiento echaſſe raizes en ſu alma. Mil vezes determinò manifeſtar ſu amoroſa volũtad à ſus padres, y otras tantas aprobò ſu determinacion, porque èl ſabia que le tenia dedicado para ſer eſpoſo de vna muy rica, y principal donzella Eſcoceſa, aſsimiſmo ſecreta Chriſtiana como ellos: y eſtaua claro ſegun èl dezia, q̃ no auian de querer dar à vna eſclaua (ſi eſte nombre ſe podia

dar à Isabela) lo q̃ ya tenian cõ certado de dar a vna señora, y assi pensatiuo, sin saber que camino tomar, ni con quien comunicar su passion, para venir al fin de su buen deseo, passaua vna vida tal, que le puso a punto de perderla; pero pareciendole ser gran cobardia dexarse morir, sin intentar algun genero de remedio a su dolencia, se animò, y esforçò declarar su intento a Isabela. Andauan todos los de casa tristes, y alborotados, por la enfermedad de Ricardo, que de todos era querido, y de sus padres con el estremo possible, assi por no tener otro, como porque lo merecia su mucha virtud, y su grã valor, y entendimiẽto: no le acertauã los Medicos la enfermedad, ni el ossaua, ni queria descubrirsela. En fin puesto en romper por las dificultades que èl se imaginaua: vn dia que entrò Isabela a seruirle, viendola sola, con desmayada voz, y lengua turbada, le dixo: Hermosa Isabela, tu valor, y tu mucha virtud, y grãde hermosura me tiene como me vès: sino quieres que dexe la vida en manos de las mayores penas que puede imaginarse, responda el tuyo a mi buen deseo, que no es otro que el de recibirte por mi esposa a hurto de mis padres, de los quales temo que por no conocer, lo que yo conozco que mereces, me han de negar el bien que tanto me importa: si me dàs la palabra de ser mia, yo te la doy de ser tu Catolico Christiano, de ser tuyo, que puesto que no llegue a gozarte, como no llegare, hasta que con bendicion de la Iglesia y de mis padres sea: que imaginar, cõ seguridad que eres mia serà bastante a darme salud, y mantenerme alegre, y contento, hasta que llegue el feliz punto que deseo. En tanto q̃ esto dixo Ricardo, estuuo escuchandole Isabela los ojos baxos, mostrando en aquel punto, que su honestidad se igualaua a su hermosura, y a su mucha discrecion su recato. Y assi viendo Ricardo callaua, honesta, hermosa, y discreta, le respondiò de esta suerte: Despues que el cielo (que no sè a qual destos estremos lo atribuya) quitarme mis padres, señor Ricardo, y ponerme a los vuestros; agradecida las infinitas mercedes que me han hecho, determinè, que mas mi voluntad saliesse de la suya: y assi sin ella tendria por buena, sino por mala fortuna, la inestimable merced que quereis hazerme; si con su saber duria fuesse yo tan venturosa que os merezca, desde aqui os ofrezco la voluntad que ella me dieren, y en tanto que esto se dilatare, ò no fuere, entre

gan vuestros deseos saber, que los mios serán eternos, y limpios, en desearos el bien que el cielo puede daros. Aqui puso silencio Isabela à sus honestas, y discretas razones, y alli començò la salud de Ricardo, y comẽçaron a reviuir las esperanças de sus padres, que en su enfermedad muertas estauan. Despidieronse los dos cortesmente, el con lagrimas en los ojos, ella con admiracio en el alma, de ver tan rendida à su amor la de Ricardo, el qual leuantando del lecho (al parecer de sus padres) por milagro, no quiso tenerles mas tiempo ocultos sus pensamientos; y assi vn dia se los manifestò a su madre, diziendole en el fin de su platica, que fue larga, que sino le casauan con Isabela, que el negarsela, y darle la muerte, era todo vna misma cosa. Con tales razones, con tales encarecimientos subiò al cielo las virtudes de Isabela, Ricardo, q̃ le pareciò a su madre, que Isabela era la engañada, en lleuar a su hijo por esposo. Dio buenas esperanças a su hijo, de disponer a su padre a q̃ con gusto viniesse en lo que ya ella tambien venia, y assi fue: que diziendo a su marido las mismas razones que a ella auia dicho su hijo, con facilidad le mouiò à querer lo que tanto su hijo deseaua, fabricando escusas que impidiessen el casamiento, que casi tenia concertado con la donzella de Escocia. A esta sazon tenia Isabela catorce años, y Ricardo veinte, y en esta tan verde, y florida edad, su mucha discrecion, y conocida prudencia los hazia ancianos. Quatro dias faltauan para llegarse aquel, en el qual sus padres de Ricardo, querian que su hijo inclinasse el cuello al yugo santo del matrimonio, teniendose por prudentes, y dichosissimos de auer escogido à su prisionera por su hija, teniendo en mas la dote de sus virtudes, que la mucha riqueza que con la Escocesa se les ofrecia: las galas estauan ya a punto, los parientes, los amigos combidados, y no faltaua otra cosa, sino hazer a la Reyna sabidora de aquel concierto, porque entre los de sangre ilustre, no se haze casamiento sin su voluntad, pero no dudaron de la licẽcia, y assi se detuuieron en pedirle. Estando todo en este estado, quando faltauan los quatro dias, hasta el de la boda, vna tarde turbò su regozijo vn ministro de la Reyna, que diò vn recaudo a Clotaldo, que su Magestad mandaua que otro dia por la mañana lleuassen a su presencia à su prisionera la Española de Cadiz. Respondiò Clotaldo, que de muy buena gana haria lo que su Magestad le mandaua. Fuesse el

ministro, y dexò llenos los pechos de todos de mucho miedo. Ay, dezia la señora Catalina, si sabe la Reyna, que yo he criado a esta niña a la Catolica, y de aqui viene a inferir q̃ todos los desta casa somos Christianos: Pues si la Reyna le pregunta, que es lo q̃ ha de prendido en ocho años q̃ ha q̃ es nuestra prisionera, que ha de responder la cuytada, que no nos condene, por mas discrecion que tenga? Oyendolo Isabela le dixo: No le de pena alguna, señora mia, esse temor, que yo confio en el cielo que me ha de dar palabras en aquel instante, por su diuina bondad, y misericordia, q̃ no solo no os condenen, sino que redundẽ en prouecho vuestro. Teblaua Ricardo, casi como adiuino de algun mal sucesso. Clotaldo buscaua modos q̃ pudiesse dàr animo a su mucho temor, y no los hallaua, sino en la mucha confiança que en Dios tenia, y en la prudencia de Isabela, a quien encomẽdò mucho, que por todas las vias que pudiesse escusasse el condenarlos por Catolicos, que puesto que estauan prõptos con el espiritu a recibir martirio, toda via la carne enferma rehusaua su amarga carrera. Vna, y muchas vezes les asseguròIsabela estuuiessen seguros, que por su causa no sucederia lo q̃ temian, y sospechauan: porque aũ que ella no sabia lo que auia de respõder à las pregũtas, que en tal caso le hiziessen, tenia tan viua, y cierta esperança que auia de respõder de modo que como otra vez auia dicho sus respuestas, les siruiessen de abono. Discurrieron aquella noche en muchas cosas, especialmente, en que si la Reyna supiera que eran Catolicos, les embiara recaudo tan mal sesso, por donde se podia inferir que solo queria ver a Isabela, cuya sin igual hermosura, y bondad auria llegado a sus oydos, como a todos los de la Ciudad: pero ya en no auerse presentada se hallauan culpados, de lo qual hallarõ seria bien disculparse con dezir, que desde el punto que entrò en su poder la escogieron para esposa de su hijo Ricardo: pero tambiẽ en esto se culpauã por auer hecho el casamiento sin licencia de la Reyna, aunque esta culpa no les pareciò digna de grande castigo. Con esto se consolaron, y acordaron que Isabela no fuesse vestida humildemente como prisionera, sino como esposa, pues ya lo era de tan principal esposo, como hijo. Resueltos en esto, otro dia vistieron a Isabela a la Española, con vna saya entera de raso verde acuchillada, y aforrada en tela de oro, tomadas las cuchilladas, con vnas esses de perlas, y toda ella bordada de ricas perlas: collar, y cintura de diamantes, y con abanico, a modo de las señoras damas Españolas, sus mismos cabellos, que eran muchos, rubios, y largos, entretexidos, y sembrados de diamantes, y perlas, la seruian de tocado. Con este adorno riquissimo, y con su gallarda disposicion, y milagrosa belleza, se mostrò aquel dia a Londres, sobre vna hermosa carroça, llenando colgados de su vista las almas, y los ojos de quantos la mirauan. Ibã con ella Clotaldo, y su muger, y Ricardo en la carroça, y acauallo muchos illustres parientes suyos. Toda esta honra quiso hazer Clotaldo à su prisionera, por obligar a la Reyna la tratasse como à esposa de su hijo. Llegados, pues, à Palacio, y a vna gran sala dõde la Reyna estaua, entrò por ella Isabela, dando de si la mas hermosa muestra, que pudo caber en vna imaginacion. Era la sala grande, y espaciosa, y à dos passos se quedò el acompañamiẽto, y se adelantò Isabela: y como quedò sola, pareciò lo mismo que parece la estrella, ò exalacion, que por la regiõ del fuego en serena, y sossegada noche suele mouerse, ò bien assi como rayo del Sol, que al salir del dia, por entre dos montañas se descubre. Todo esto pareciò, y aun cometa, que pronosticò el

incendio de mas de vna alma de los que alli estauan, a quien amor abrasò con los rayos de los hermosos soles de Isabela: la qual llena de humildad, y cortesia, se fue a poner de hinojos ante la Reyna, y en lengua Inglesa, la dixo: De vuestra Magestad las manos a esta su sierua, que desde oy mas se tendrà por señora, pues ha sido tan venturosa, q̃ ha llegado a ver la grandeza vuestra. Estuuo la Reyna mirando por vn buen espacio sin hablarle palabra, pareciendole (como despues dixo a su Camarera) que tenia delante vn cielo estrellado, cuyas estrellas eran las muchas perlas, y diamantes que Isabela traìa, su bello rostro, y sus ojos el Sol, y la Luna, y toda ella vna nueua marauilla de hermosura. Las damas que estauan con la Reyna, quisierã hazerse todas ojos, porque no les quedasse cosa por mirar en Isabela. Qual alabaua la viueza de los ojos, qual la color del rostro, qual el gallardo cuerpo, y qual la dulçura de la habla, y tal huuo, q̃ de embidia dixo: Buena es la Española pero no me contenta el traje. Despues de passada la suspension de la Reyna, haziendo leuantar a Isabela, le dixo: Habladme en Español, donzella, que yo le entiendo bien, y gustarè de llo, y boluiendose a Clotaldo, dixo: Clotaldo agrauio me aueis he-

cho en tenerme este tesoro tãtos años encubierto, mas el es tal, que os avrà mouido à codicia, obligado estais à restituirmele, porq̃ de derecho es mio. Señora, respondiò Clotaldo, mucha verdad es lo que V. M. dize: confiesso mi culpa, si lo es, auer guardado este tesoro para parecer ante los ojos de V. M. aora que lo està, pensaua traerle mejorado, pidiendo licencia à V. M. para que Isabela fuesse esposa de mi hijo Ricardo, y daros alta Magestad en los dos todo quanto puedo daros. Hasta el nombre me contenta, respõdiò la Reyna, no le faltaua mas, sino llamarse Isabela la Española, para que no me quedasse nada de perfeccion que desear en ella, pero aduertid Clotaldo, que sè que sin mi licencia la teniades prometida à vuestro hijo. Assi es verdad, señora, respõdiò Clotaldo: pero fue en confiança de los muchos, y leuantados seruicios que yo, y mis passados tenemos hechos à esta Corona, alcançarian de V. M. otras mercedes mas dificultosas que las desta licencia: quanto mas, q̃ aũ no està desposado mi hijo. Ni lo estarà, dixo la Reyna, con Isabela, hasta que por si mismo lo merezca: quiero dezir, que no quiero q̃ para esso se aproueche vuestros seruicios, ni de sus passados, èl por si mismo se ha de disponer à seruirme, y à merecer por esta renda, que yo la estimo como si fuesse mi hija. Apenas oyò esta vltima palabra Isabela, quãdo se boluiò à hincar de rodillas ante la Reyna, diziendole en lẽgua Castellana: Las de gracias q̃ tales descuentos (Serenissima señora) antes han de tener por dichas, q̃ desventuras; y a V. M. me hinco de nombre de hija, sobre esta prẽda, que ie males podrè temer, ò que bienes no podrè esperar? Con tanta gracia, y donaire dezia quanto dezia Isabela, que la Reyna se le aficionò en estremo, y mandò que se quedasse en su seruicio, y la entregò à la gran señora su Camarera mayor, para que la enseñasse el modo de viuir suyo. Ricardo, que se viò quitar la vida, en quitarle à Isabela, estuuo à punto de perder el juizio: y assi temblando, y con sobresalto, se fue à poner de rodillas ante la Reyna, à quien dixo: Para seruir y obligarme à V. Magestad, no es menester con otros premios que con aquellos que mis padres, y mis passados han alcançado, por auer seruido à sus Reyes, pero pues V. Magestad gusta, que yo la sirua con mis continuos deseos, y pretensiones, que ella quisiere saber, en que modo, y en que exercicio podrè mostrar q̃ cumplo con la obligacion en que V. Magestad me pone. Dos na-

uios, respondiò la Reyna, estan para partirse en conserua de los quales he hecho General al Varon de Lanseo: dèl vno dellos os hago auos Capitan, porq̃ en la sangre de dos venis, me asegura que ha de suplir la falta de vuestros años: y aduertid a la merced que os hago, pues os doy ocasion en ella, a que corrijays diziendo a quien sois, sirviendo a vuestra Reyna, mostreis el valor de vuestro ingenio, y de vuestra persona yalcãceis el mejor premio, que a mi parecer, vos mismo podeis acertar a desearos: yo misma os seré guarda de Isabela, aunque ella da mestras, que su honestidad serà su mas verdadera guarda. Id con Dios, que pues vais enamorado, como imagino, grandes cosas me prometo de vuestras hazañas: felize fuera el Rey batallador, que tuuiera en su exercito diez mil soldados amantes, que esperaran que el premio de sus vitorias auia de ser gozar de sus amadas. Leuãtaos Ricardo, y mirad si tenceis q̃ dezir algo a Isabela, porque mañana ha de ser vuestra partida. Besò las manos Ricardo a la Reyna, estimando en mucho la merced que le hazia: y luego se fue a hincar de rodillas ante Isabela, y queriendo la hablar, no pudo, porque se le puso vn nudo en la garganta, que le atò la lengua, y las lagrimas acudieron a los ojos: y èl acudiò a disimularlas lo mas q̃ le fue posible, pero con todo esso no le pudieron encubrir a los ojos de la Reyna, pues dixo: No os afrentеis Ricardo de llorar, ni os tengais en menos, por auer dado en este trance tã tiernas muestras de vuestro coraçon: que vna cosa es pelear con los enemigos, y otra despedirse de quien bien se quiere. Abraçad, Isabela, a Ricardo, y dadle vuestra bendicion, q̃ bien la merece su sentimiẽto. Isabela que estaua suspensa, y atonita de ver la humildad, y dolor de Ricardo, que como a su esposo le amaua, no entendiò lo que la Reyna le mandaua, antes començò a derramar lagrimas, tan sin pensar lo que hazia, y tan sesga, y sin movimiento alguno, que no parecia sino que lloraua vna estatua de alabastro. Estos afectos de los dos amãtes tan tiernos, y tan enamorados, hizieron verter lagrimas a muchos de los circunstantes: y sin hablar mas palabra Ricardo, y sin le auer hablado alguna Isabela, haziendo Clotaldo, y los que con èl venian, reuerencia a la Reyna, se salieron de la sala, llenos de compassion, de despecho y de lagrimas. Quedò Isabela como hueffana, que acaua de enterrar sus padres, y con temor que la nueua señora quisiesse que mudasse las costumbres,

bres, en que la primera la auia criado. En fin, se quedò, y de allà à dos dias Ricardo se hizo à la vela, combatido entre otros muchos, de dos pensamientos, que le tenian fuera de si. Era el vno considerar, que le conuenia hazer hazañas que le hiziessen merecedor de Isabela: y el otro, que no podia hazer ninguna si auia de respon ler à su Catolico intento, que le impedia no desembaynar la espada contra Catolicos, y sino la desembaynaua, auia de ser notado de Christiano, ò de cobarde, y todo esto redundaua en perjuizio de su vida, y en obstaculo de su pretension, pero en fin determinò de posponer al gusto de enamorado, à el que tenia de ser Catolico, y en su oracion pedia al cielo, le deparasse ocasiones donde con ser valiente, cũpliesse con ser Christiano, dexando à su Reyna satisfecha, y à Isabela merecida. Seis dias nauegaron los dos nauios cõ prospero viento, siguiendo la derrota de las Islas Terceras, parage donde nunca faltan, ò naues Portuguesas de las Indias Orientales, ò algunas derrotadas de las Occidentales. Y al cabo de los seis dias les dió le costado vn recissimo viento, que en el mar Oceano tiene otro nombre, que en el Mediterraneo, donde se llama Medio dia, el qual viento fue tã durable, y tã recio, que sin dexarles tomar las Islas, les fue forçoso correr à España: y junto à su costa, à boca del estremo de Gibraltar descubrieron tres nauios, vno poderoso, y grande, y los dos pequeños: arribò la naue de Ricardo à su Capitana, para saber de su General, si queria embestir à los tres nauios que se descubrian, y antes que à ella llegasse, viò poner sobre la gauia mayor vn estandarte negro: y llegandose mas cerca, oyò que tocauan en la naue clarines, y trompetas roncas, señales claras, ò que el General era muerto, ò alguna otra principal persona de la naue. Con este sobresalto llegaron à poder se hablar: que no lo auian hecho despues que salieron del puerto: dieron vozes de la naue Capitana, diziendo, que el Capitan Ricardo passasse a ella, porq̃ el General la noche antes auia muerto de vna apoplexia. Todos se entristecieron, si no fue Ricardo, q̃ se alegrò, no por el daño de su General, sino por ver q̃ quedaua èl libre, para mandar en los dos nauios, que assi fue la orden de la Reyna, que faltando el General, lo fuesse Ricardo, el qual con presteza se passò à la Capitana, donde hallò que todos lloraua por el General muerto, y otros se alegrauan con el viuo: finalmente, los vnos, y los otros le dierõ luego la obediẽcia, y le aclamaron por su General con breues ceremonias, no dando lugar a otra cosa dos de los tres nauios que auian descubierto, los quales desviandose del grande, a las dos naues se venian. Luego conocieron ser Galeras Turquescas, por las medias lunas que en las vanderolas traian, de que recibiò gran gusto Ricardo, pareciendole que aquella presa, si el cielo se la cõcediesse seria de consideracion, sin auer ofendido a ningun Catolico. Las dos galeras llegaron a reconocer los nauios Ingleses, los quales no traiã insignias de Inglaterra, sino de España, por dissimular a quien llegasse a reconocerlos, y no los tuuiesse por nauios de cosarios. Creyeron los Turcos ser naues derrotadas de las Indias, y que con facilidad los rendirian. Fueron entrando poco a poco, y dexòlos llegar Ricardo, hasta tenerlos a gusto de su artilleria, la qual se disparò a tan buen tiempo, que con cinco valas diò en la mitad de vna de las galeras con tanta furia, que la abriò por medio toda: diò luego a la vanda, y començò a irse a pique sin poderse remediar. La otra galera viendo tan mal successo, cõ mucha priessa le diò cabo, y le fue à poner debaxo del costado del gran nauio: pero Ricardo, que tenia los suyos prestos, y ligeros, y que salian, y entrauã,

como si tuuieran remos, mandando cargar de nueuo la artilleria, los fue siguiendo hasta la naue, llouiendo sobre ellos infinidad de valas. Los de la galera abierta assi como llegaron a la naue, la desampararon, y cõ gran priessa procurauan acogerse a la naue. Lo qual visto por Ricardo, y que la galera sana se ocupaua con la rendida, cargò sobre ella con sus dos nauios, y sin dexarla rodear, ni valerse de los remos, la puso en estrecho que los Turcos se aprouecharõ assimismo del refugio de acogerse a la naue, no para defenderse en ella, sino por escapar las vidas por entonces. Los Christianos, de quien venian armadas las galeras, cortando las brauezas, y rompiendo las cadenas, mezclados con los Turcos, tambien se acogierõ à la naue, y como iban subiendo por su costado, con la arcabuzeria de los nauios, les iban tirando como à blanco, à los Turcos no mas que à los Christianos, mando Ricardo, que nadie los tirasse. De esta manera casi todos los mas Turcos fueron muertos: y los que en la naue entraron, por los Christianos que con ellos se mezclaron, aprouechandose de sus mismas armas, fueron hechos pedaços; que la fuerça de los valientes, quando caen, se passa à la flaqueza de los que se leuantã.

Y,

y assi como el color que les daua a los Christianos, pensò que los naujos de Ingleses eran Españoles, hizieron por su libertad marauillas. Finalmente, auiendo muerto casi todos los Turcos, algunos Españoles se pusieron a borde del nauio, y a grandes vozes llamaron a los q̃ pensauan ser Españoles, entrassen a gozar el premio de su vencimiento. Preguntòles Ricardo en Español, que nauio era aquel? Respondieron le, que era vna naue que venia de la India de Portugal cargada de especeria, y con ricas perlas y diamãtes, que valia mas de vn millon de oro, y que con tormenta auia arribado a aquella parte, toda destruida, y sin artilleria, por auerla echado a la mar la gente enferma, y casi muerta de sed, y de hambre, y que aquellas dos galeras que eran del cosario Arnautemami, el dia antes la auian rendido, sin auerse puesto en defensa: y que a lo que auian oido dezir, por no poder passar tanta riqueza a sus dos baxeles, la iquauan a jorro, para meterla en el rio Lanche, que estaua alli cerca. Ricardo les respondiò, que si ellos pensauan, que aquellos dos naujos eran de Españoles, se engañauan, que no eran sino de la señora Reyna de Inglaterra, cuya nueua dio que pensar, y que temer a los que la oyeron, pensando como era razon q̃ essa gente, que de vn lado se auian caydo en otro; pero Ricardo les dixo que no temiessen algun daño, y que estuviessen ciertos de su libertad, con tal que no se pusiessen en defensa. Ni es possible ponernos en ella, respondieron, porque como ya tenemos dicho, este nacio no tiene artilleria, ni nosotros armas: y assi es forçoso acudir a la gentileza y liberalidad de vuestro General, pues sera justo que quien ha librado del injusto cautiuerio de los Turcos, alcance de la terna gran merced, y beneficio que se podrà hazer mas en todas las partes, que serán infinitas, donde les fuere nueua desta memorable victoria, y de su liberalidad, mas que nosotros especiada, que es mia. No le parecieron mal a Ricardo las razones del Español, y mandò a cuydadosos de su nauio, les requirtò, con el hazer para embarcar todos los Christianos a España, sin tener se peligro de algun siniestro suceso, si el ser tantos los daua ocasion para leuantarse? Parecerle ha bien, que los hiziesse passar vno a vno a su nauio, y assi como se fuesse entrando debaxo de cubierta matarle, y desta manera matarlos a todos, y yr con la gran nao a Londres sin temor ni cuidado alguno. A esto respondio Ricardo, pues que Dios nos ha hecho

tan gran merced en darnos tanta riqueza, no quiero corresponder con animo cruel, y desagradecido, ni es bien, que lo que puedo remediar con la industria, lo remedie con la espada, y assi soy de parecer, que ningun Christiano Catolico muera, no porque los quiero bien, sino porque me quiero a mi mismo bien, y querria que esta humanidad de oy en adelante, no la hiziessen ni a vosotros, que en ella me aueis sido compañeros, nos diesse mezclado con el nombre de valientes, el renombre de crueles: porque bien dixo la ciencia la crueldad con la valentia. Lo q̃ se ha de hazer, es, que toda la artilleria de vn nauio destos, se ha de passar a la gran naue Portuguesa, sin dexar en el nauio mas del bastimento, y passando a ella nuestra gente, y los Españoles a nuestro baxel, la llenaremos a Inglaterra, y los Españoles se iràn a España. Nadie osò contradezir lo q̃ Ricardo auia propuesto, y algunos le tuuieron por valiente, y magnanimo, y de buen entendimiento. Otros le juzgaron en sus coraçones por mas Catolico que deuia. Resuelto, pues, en esto Ricardo passò con cincuenta arcabuzeros a la naue Portuguesa, todos a ler ta, y con las cuerdas encendidas hallò en la naue casi trecientas personas, de las que auian escapado de las galeras. Pidiò luego el registro de la naue, y respondiòle aquel mismo que desde el borde le habló la vez primera: que el registro le auia tomado el cosario de los baxeles, que con ellos se auia ahogado. Al instante puso el torno en orden, y acostando su segundo baxel a la grã naue, con mucha presteza, y con fuerça de fortissimos escopetantes, passaron la artilleria del pequeño baxel a la gran naue. Luego haziendo vna breue platica a los Christianos, les mandò passar al baxel desembaraçado, donde hallarõ bastimento en abundancia para mas de vn mes, y para mas gente: y assi como se iban embarcando, diò a cada vno quatro escudos de oro Españoles, que hizo traer de su nauio, para remediar en parte su necessidad quãdo llegassen a tierra, que estaua cerca, que las altas montañas de Auila, y Calpe de allise parecian. Todos le dieron infinitas gracias, por la merced q̃ les hazia; y el vltimo que se iba a embarcar, fue aquel que por los demas auia hablado, el qual le dixo: Por mas ventura tuuiera, valeroso Caualiero, que me leuassis contigo a Inglaterra, que no que me embiasas a España; porque aũque es mi patria, yno avrà sino seis dias que della partì, no he de hallar en ella otra cosa, que no sea de ocasiones de tristezas, y soledades

mias:

mias. Sabràs, señor, que en la perdida de Cadiz, que sucedió avrà quinze años, perdì vna hija, que los Ingleses detuvieron de llevar a Inglaterra, y con ella perdì el descanso de mi vejez, y la luz de mis ojos, que despues que no la vinieron, nũca hã visto cosa que de su gusto sea: el graue descontento en q̃ me dexò su perdida, y la de la hazienda, q̃ tambien me faltò, me pusierõ de manera, q̃ ni mas quise, ni mas pude exercitar la mercancia, cuyo trato me auia puesto en opinion de ser el mas rico mercader de toda la Ciudad. Y assi era la verdad, pues fuera del credito, q̃ passaua de muchos centenares de millares de escudos, valia mi hazienda mas de cincuenta mil ducados; todo lo perdì, y no huuiera perdido nada, como no huuiera perdido a mi hija. Tras esta general desgracia, y tan particular mia, acudiò la necesidad à fatigarme, hasta tanto que no pudiendola resistir, mi muger, y yo, que es aquella triste que alli està sentada, determinamos irnos à las Indias, comun refugio de los pobres generosos, y auiendonos embarcado en vn nauio de auiso, seis dias ha, a la salida de Cadiz, dieron con el nauio estos dos baxeles de cosarios, y nos cautiuaron, donde se renouò nuestra desgracia, y se confirmò nuestra desventura, y fuera mayor, si los cosarios no huuieran tomado aquella naue Portuguesa, que los entretuvo, hasta auer sucedido lo que èl auia visto. Preguntòle Ricardo, como se llamaua su hija, respondiò que Isabela. Con esto se acabò de confirmar Ricardo en lo que ya auia sospechado, que era, que el que se lo cõtaua era el padre de su querida Isabela; y sin dar algunas nueuas della, le dixo de muy buena gana llevaria a èl y a su muger a Londres, donde podria ser hallassen nueuas de la que deseauan. Hizolos passar luego a su Capitana, y poniendo marineros, y guardas bastantes en la nao Portuguesa. Aquella noche alçaron velas, y se dieron priessa a partarse de las costas de España, entre los quales tambien iban hasta veinte Turcos, a quien tambien Ricardo diò libertad, por mostrar, que mas por su buena condicion, y generoso animo, se mostraua liberal, que por forçarle amor, que a los Catolicos tuviesse: rogò a los Españoles, q̃ en la primera ocasion que se ofreciesse, diessẽ entera libertad a los Turcos, que assimismo se le mostrauan agradecidos. El viento que daua señales de ser prospero, y largo, començò a calmar vn tãto, cuya calma causò gran tormenta de temor en los Ingleses, que culpauan a Ricardo, y a su libe-

ralidad, diziendole, que los libres podrian dar auiso en España de aquel sucesso, y que si acaso auia galeones de armada en el puerto, podian salir en subuscalla, y ponerlos en aprieto, y en terminos de perderse. Bien conocia Ricardo, que tenia razõ, pero venciendolos à todos con buenas razones, los sossegò; pero mas los quietò el viento q̃ bolviò a refrescar, de modo, q̃ dandole en todas las velas, sin tener necesidad de amainarlas ni aun de templarlas, dentro de nueue dias, se hallaron a la vista de Londres, y quando à èl victoriosos bolvieron, avria treinta que dèl faltauan. No quiso Ricardo entrar en el puerto con muestras de alegria, ni por la muerte de su General, y assi mezclò las señales alegres, con las tristes; vnas vezes sonauã clarines regozijados, otras trõpetas roncas; vnas tocauã los atãbores alegres, y sobresaltadas armas, a quien con señas lamẽtables, respondian los pifanos. De vna gauia colgaua, puesta al reues, vna vãdera de medias lunas sembrada: en otra se veia vn luengo estandarte de tafetã negro, cuyas puntas besauan el agua. Finalmente, con estos tan contrarios estremos, entrò en el rio de Londres, con su nauio, porque la naue no tuvo fondo en èl, que la sufriesse, y assi se quedò en la mar a lo largo. Estas tan cõtrarias muestras, y señales, tenian suspẽso el infinito pueblo, que desde la ribera las mirana. Bien conocieron por algunas insignias, que aquel nauio menor, era la Capitana del Varon Lansac, mas no podian alcançar, como el otro nauio se huuiesse cambiado con aquella poderosa naue, que en la mar se quedaua: pero sacolos desta duda, auer saltado en el esquife, armado de todas armas, ricas, y resplandecientes el valeroso Ricardo, que à pie, sin esperar otro acompañamiento, q̃ aquel de vn innumerable vulgo que le seguia, se fue à Palacio, dõde ya la Reyna puesta à vnos corredores estaua esperando la nueua de los nauios. Estaua con la Reyna, y con las damas, Isabela, vestida a la Inglesa, y parecia tan bien como à la Castellana. Antes que Ricardo llegasse, llegò vno, que diò las nueuas à la Reyna de como Ricardo venia. Alborotòse Isabela, oyendo el nombre de Ricardo, y en aquel instante temiò malos, y buenos sucessos de su venida. Era Ricardo alto de cuerpo, gentil hombre, y bien proporcionado: y como venia armado de peto, espaldar, y gola, y abraceleres, y escarcelas, cõ vnas armas Milanesas de once listas, grauadas, y doradas, parecia en estremo bien à quantos le mirauan, no le cubria la cabe-

ca morrion alguno, sino vn sombrero de gran de falda, de color leonado, con muchas plumas terciadas a la balona, la espada ancha, los tiros ricos, las calças a la Esguizara. Con este adorno, y con el passo brioso que lleuaua, algunos huuo que le compararon a Marte, dios de las batallas, y otros lleuados de la hermosura de su rostro, dizen q̃ le compararon a Venus, que para hazer alguna burla a Marte, de aquel modo se auia disfraçado. En fin, èl llegò ante la Reyna, y puesto de rodillas, le dixo: Alta Magestad, en fuerça de vuestra ventura, y en consecucion de mi deseo, despues de auer muerto de vna apoplexia el General Lansac, quedando yo en su lugar, merced a la liberalidad vuestra, me deparò la suerte dos galeras Turquescas, q̃ lleuaua remolcando aquella gran naue que alli se parece: acometilas, pelearon vuestros soldados con muygrande animo, como siempre, echaronse à fondo dos baxeles de los cosarios. En el vno de los nuestros, en vuestro Real nombre, dì libertad à los Christianos, que del poder de los Turcos escaparon; solo traxe conmigo à vn hombre, y à vna muger Españoles, que por su gusto quisieron venir à ver la grandeza vuestra. Aquella grã naue es de las que vienen de la India de Portugal, la qual por tormenta vino à dar en poder de los Turcos, que con poco trabajo, ò por mejor dezir, sin ninguno, la rindieron; y segun dixeron algunos Portugueses de los que en ella venian, passa vn millon de oro el valor de especeria, y otras mercancias de perlas, y diamantes q̃ en ella viene; à ninguna cosa se ha tocado, ni los Turcos auian llegado à ella, porque todo lo dicò el cielo, y yo lo mandè guardar para V. Magestad, que con vna joya sola que se me quedare en deuda de otras dos naues: la qual joya Vuestra Magestad me la tiene prometida q̃ es à mi Isabela, con ella quedarè rico, y premiado, no de este seruicio, qual el de que à V. Magestad he hecho fino de otros muchos que pienso hazer, por pagar alguna parte del todo casi infinito, que en esta joya V. Magestad me ofrece. Leuantaos, Ricardo, respondiò la Reyna, y creedme que si por precio os huuiera de dar à Isabela, segun yo la estimo, no la pudierades pagar, ni con lo que trae essa naue, ni con lo que queda en las Indias. Yo os la doy, porque os la prometì; y porque ella es digna de vos, y vos los sois della. Vuestro valor solo la merece: si vos aueis guardado las joyas de la naue para mi, yo os he guardado la joya vuestra para vos, y aunque os parezca que no hago mucho en bolueros lo que es vuestro, yo sè que os hago mucha merced en ello, que las prendas que se comparan a deseos, y tienen su estimacion en el alma del comprador, aquello valen que vale vn alma, que no ay precio en la tierra con q̃ apreciarla: Isabela es vuestra, veisla alli, quando quisieredes podeis tomar su entera possessiõn, y creo serà cõ su gusto, porque es discrera, y sabrà ponderar la amistad que le hazeis, que no la quiero llamar merced, sino amistad, porque me quiero alcançar con el nombre de que yo so la puedo hazer le mercedes: idos a descansar, y venidme a ver mañana, q̃ quiero mas particularmente oir vuestras hazañas, y traedme essos dos que dezis que de su voluntad han querido venir a verme, que se lo quiero agradecer. Besòle la mano Ricardo, por las muchas mercedes que le hazia. Entrose la Reyna en vna sala, y las Damas rodearon a Ricardo, y vna dellas, que auia tomado grande amistad con Isabela, llamada la señora Tansi, tenida por la mas discreta, desembuelta, y graciosa de todas, dixo a Ricardo: Què es esto señor Ricardo, que armas son estas? pensauades por ventura que veniades a pelear con vuestros enemigos, pues en verdad que aqui todas somos vuestras amigas, sino es la señora Isabela, que como Española, està obligada à no teneros buena voluntad. Acuerdese ella, señora Tansi, de tenerme alguna, que como yo esté en su memoria, dixo Ricardo, yo sè que la voluntad serà buena, pues no puede valer en su mucho valor, y entendimiento, y rara hermosura, la fealdad de ser desagradecida. A lo qual resp̃odiò Isabela: Señor Ricardo, pues he de ser vuestra, à vos toca tomàr de mi toda la satisfacion q̃ quisieredes, para recõpesaros de las alabanças que me aueis dado, y de las mercedes que pensais hazerme. Estas, y otras honestas razones, passò Ricardo con Isabela, y con las damas, entre las quales auia vna donzella de pequeña edad, la qual no hizo sino mirar à Ricardo mientras assi estuuo; alçauale las escarcelas por ver que traia debaxo dellas, tentauale la espada, y cõ simplicidad de niña, queria q̃ las armas le siruiessen de espejo, llegãdose à mirar de muy cerca en ellas, y quãdo se huuo ido, boluiendose à las damas, dixo: Aora señoras, yo imagino, q̃ deue de ser cosa hermosissima la guerra, pues aũ entre mugeres parecen bien los hombres armados. Y como si parecen, respondiò la señora Tansi, sino mirad a Ricardo; que no parece sino que el Sol se ha ba-

baxado a la tierra, y en aquel habito và caminando por la calle. Riyeronse todas del dicho de la doncella, y de la disparatada semejança de Tansi: y no faltaron murmuradores, que tuuieron por impertinencia el auer venido armado Ricardo a Palacio, puesto que hallò disculpa en otros, que dixeron, q̃ como soldado lo pudo hazer, para mostrar su gallarda bizarria. Fue Ricardo de sus padres, amigos, y parientes, y conocidos con muestras de entrañable amor recibido. Aquella noche se hizieron generales alegrias en Londres por su buen sucesso. Ya los padres de Isabela estauan en casa de Clotaldo, a quien Ricardo auia dicho quien eran, pero que no les diessen nueua ninguna de Isabela, hasta q̃ èl mismo se la diesse. Este auiso tuuo la señora Catalina su madre, y todos los criados, y criadas de su casa. Aquella noche con muchos baxeles, lanchas, y barcos, y con no menos ojos que lo mirauan, se començò a descargar la gran naue, que en ocho dias no acabò de darla mucha pimiẽta, y otras riquissimas mercaderias, que en su vientre encerradas tenia. El dia que siguiò a esta noche fue Ricardo a Palacio, lleuando consigo al padre, y madre de Isabela, vestidos de nueuos a la Inglesa, diziendoles, que la Reyna queria verles. Llegaron todos donde la Reyna estaua en medio de sus damas, esperando a Ricardo, quien quiso lisongear, y favorecer, con tener junto a si a Isabela, vestida de aquel mismo vestido que lleuò la primera, mostrandose no menos hermosa, y bizarra aora entõces. Los padres de Isabela quedaron admirados y suspensos de ver tanta grandeza, y gallardia junta. Pusieron los ojos en Isabela, y no la conocieron, aunque el coraçõ presagiosso biẽ que tan cerca tenian, les començò a saltar en el pecho; mas con sobresalto que les entrò, no acertauan a entenderlo. No consintiò la Reyna Ricardo estuuiesse de rodillas ante ella; antes le hizo leuãtar, y sentar en vna silla rasa, q̃ para esto solo alli puesta tenia, inusitada merced para la alta condicion de la Reyna, y alguno dixo a otro: Ricardo no merecia aora sobre la silla que le auia dado, sino sobre la primera que èl traxo. Otro acudiò, y dixo: Aora se verifica, lo que comunmente se dize, que dadiuas quebrantan peñas, pues las que ha traido Ricardo, han ablandado el duro coraçon de nuestra Reyna. Otro acudiò, y dixo: Aora està tambien ensillado, mas dudoso se atreueran a correrle. El efecto de aquella nueua hon-

que la Reyna hizo a Ricardo, tomò ocasion la embidia, para nacer en muchos pechos de aquellos, q̃ mirandole estauan, porq̃ no ay merced que el Principe haga a su Priuado, que no sea vna lança que atrauiesse el coraçon del embidioso. Quiso la Reyna saber de Ricardo menudamente, como auia passado la batalla cõ los baxeles de los contrarios, èl la contò de nueuo, atribuyendo la vitoria a Dios, y a los braços valerosos de sus soldados encareciendolos à todos juntos, y particularizando algunos hechos de algunos q̃ mas que los otros se auian señalado, con que obligò a la Reyna a hazer a todos merced, y en particular a los particulares; y quãdo llegò à dezir la libertad que en nombre de su Magestad auia dado à los Turcos, y Christianos, dixo: Aquella muger, y aquel hombre q̃ alli estàn, señalados à los padres de Isabela, son los q̃ dixe ayer à V.M. que con deseo de ver vuestra grandeza, encarecidamente me pidieron los traxesse conmigo: ellos son de Cadiz, y de lo que ellos me han contado, y de lo q̃ en ellos he visto, y notado, sè que son gente principal, y de valor. Mãdòles la Reyna, que se llegassen cerca: alçò los ojos Isabela à mirarlos que dezian ser Espanoles, y mas de Cadiz, con deseo de saber si por ventura conocia à sus padres. Assi como Isabela alçò los ojos, los puso en ella su madre, y detuvo el passo para mirarla mas atentamente, y en la memoria de Isabela se comẽçaron à despertar vnas confusas noticias, que le querian dar à entender, que en otro tiempo ella auia visto aquella muger, q̃ delante tenia. Su padre estaua en la misma confussiõ, sin ossar determinarse à dar credito a la verdad q̃ sus ojos le mostrauã. Ricardo estaua atentissimo à ver los afectos, y mouimientos que hazian las tres dudosas, y perplexas almas, que tan confusas estauan entre el si, y el no, de conocerse. Conociò la Reyna la suspension de entrambos: y aun el desassossiego de Isabela, porque la viò trasudar, y leuantar la mano muchas vezes a cõ ponerse el cabello. En esto deseaua Isabela, q̃ hablasse la que pensaua ser su madre, quizà los oidos la sacarian de la duda en que sus ojos la auian puesto. La Reyna dixo a Isabela, que en lẽgua Española dixesse a aquella muger, y à aquel hombre, le dixessen, que causa les auia mouido a no querer gozar de la libertad que Ricardo les auia dado, siendo la libertad la cosa mas amada, no solo de la gente de razon, mas aun de los animales que carecen della. Todo esto preguntò Isabela a su madre, la qual sin responderla palabra,

desatadamente, y medio tropeçando se llegò a Isabela, y sin mirar a respeto, temores, ni miramientos cortesanos, alçò la mano à la oreja derecha de Isabela, y descubrió vn lunar negro q̃ allí tenia, la qual señal acabò de certificar su sospecha: y viendo claramente ser Isabela su hija, abraçandose con ella, diò vna gran voz, diziendo: O hija de mi coraçon, ò prenda cara del alma mia. Y sin poder passar adelãte se cayò desmayada en los braços de Isabela. Su padre, no menos tierno q̃ prudente, diò muestras de su sentimiento, no con otras palabras que con derramar lagrimas, q̃ sesgamente su venerable rostro y barbas le bañarõ. Iũtò Isabela su rostro cõ el de su madre: y bolviẽdolos ojos a su padre, de tal manera le mirò, q̃ les diò a entender el gusto, y el contẽto, q̃ de verlos alli su alma tenia. La Reyna admirada de tal sucesso, dixo a Ricardo: Yo piẽso Ricardo, que en vuestra discrecion se han ordenado estas vistas, y no sè si diga que han sido acertadas, pues sabemos, que assi suele matar vna subita alegria, como mata vna tristeza; y diziendo esto, se bolviò a Isabela, y la apartò de su madre, la qual auiendole rociado el rostro, bolviò en si: y estando ya vn poco mas en su acuerdo, puesta de rodillas delante de la Reyna, le dixo: Perdone vuestra Magestad mi atreuimiẽto q̃ no es mucho perder los sentidos con la alegria del hallazgo desta amada prenda. Respondiòle la Reyna, que tenia razon, siruiendole de interprete para que lo entẽdiesse Isabela, la qual dela manera que se auia contado, conociò a sus padres, y sus padres a ella; a los quales mandò la Reyna quedar en Palacio, para que de espacio pudiessen ver, y hablar a su hija Isabela, y regozijarse con ella. De lo qual Ricardo se holgò mucho, de nueuo pidiò a la Reyna le cumpliesse la palabra q̃ le auia dado de darsela: y de no mostrarla le suplicaua le mandasse ocupar en cosas, q̃ le hiziessen digno de alcançar lo que tanto deseaua. Bien entendiò la Reyna, que estaua Ricardo satisfecho de si mismo, y de su mucho valor, que no auia necessidad de nueuas prueuas para casarse, y assi le dixo, que dentro a quatro dias le entregaria a su querida Isabela, haziendo en todos la honra que a ella fuesse posible. Con esto se despidiò Ricardo contentissimo con esperança propinqua que llegua, de tener en su poder a Isabela, sin sobresalto de perderla, pues es el vltimo deseo de los amantes. Corrio el tiempo, y no con la ligereza que èl quisiera, que los que viuen con esperanças

de promessas venideras, siempre imaginan que no buela el tiempo sino que anda sobre los pies de la pereza misma: pero en fin llegò el dia, no donde pẽsò Ricardo poner fin a sus deseos, sino de hallar en Isabela gracias nueuas, q̃ le mouiessen a quererla mas, si mas pudiesse. Mas en aquel breue tiempo, donde èl pensaua que la naue de su buena fortuna, corria con prospero viento àzia el deseado puerto, la cõtraria suerte se leuantò en su mortal torméta, que mil vezes temio anegarse. Es, pues, el caso, que la Camarera mayor de la Reyna, a cuyo cargo estaua Isabela, tenia vn hijo de edad de veinte y dos años, llamado el Conde Arnesto. Hazianle la grãdeza de su Estado, la alteza de su sangre, el fauor que su madre con la Reina tenia, hazianle estas cosas mas de lo justo, arrogante, altiuo, y confiado. Este Arnesto se enamorò de Isabela tan encendidamente, que en la luz de los ojos de Isabela tenia abrasada el alma: y aunque en el tiempo que Ricardo auia estado ausente, con algunas señales le auia descubierto su deseo, que nunca de Isabela, fue admitido. Y puesto que la repugnancia, y los desdenes en los principios de los amores, suelen hazer desistir de la empresa a los enamorados, en Arnesto obraron lo contrario los muchos, y conocidos desdenes que le diò Isabela, porque con tu zelo ardia, y con su honestidad se abrasaua. Y como viò que Ricardo, segun el parecer de la Reina, tenia merecida a Isabela, y que en tan poco tiẽpo se la auia de entregar por muger quiso desesperarse: pero antes que llegasse a tan infame y cobarde remedio, hablò a su madre, diziendole, pidiesse a la Reina, le diesse a Isabela por esposa: donde no que pensasse que la muerte estaua llamando a las puertas de su vida. Quedò la Camarera admirada de las razones de su hijo, y como conocia la aspereza de su arrojada condicion, y la tenacidad con q̃ se le pegauan los deseos en el alma, temio que sus amores auiã de parar en algun feliz successo. Con todo esso, como madre, a quien es natural desear, y procurar el bien de los hijos, prometiò al suyo de habiar a la Reina no con esperança de alcançar della el imposible de romper su palabra, sino por no dexar de intẽtar, como en salir desafuzia da, los vltimos remedios. Y estando aquella mañana Isabela vestida por orden de la Reina, tan ricamente, que no se atreue la pluma a contarlo, y auiendola echãdo la Reina al cuello vna sarta de perlas, de las mejores que traia la naue, que la apreciaron en veinte mil ducados;

y presentole vn anillo de vn diamante que se apreciò en seis mil escudos, y estando alborocadas las damas, por la fiesta q̃ esperauan del cercano desposorio, entrò la Camarera mayor a la Reina, y le suplicò suspendiesse el desposorio de Isabela por otros dos dias, que con esta merced sola que su Magestad le hiziesse, se tendria por satisfecha, y pagada de todas las mercedes que por sus seruicios merecia, y esperaua. Quiso saber la Reina primero por què le pedia con tanto ahinco aquella suspẽsion, que tan derechamente iva contra la palabra q̃ tenia dada a Ricardo: pero no se la quiso dar la Camarera hasta que le huuo otorgado, que haria lo q̃ le pedia, tanto deseo tenia la Reina de saber la causa de aquella demanda. Y assi despues que la Camarera alcançò lo que por entonces deseaua, y contò a la Reina los amores de su hijo, y como temia que si no le dauan por muger a Isabela, ò se auia de desesperar, ò hazer algun hecho escandaloso: y que si auia pedido aquellos dos dias, era por dar lugar a que su Magastad pensasse que medio seria apropósito, y conueniente para dar a su hijo remedio. La Reyna respõdio, que si su Real palabra no estuuiera de por medio, q̃ ella hallara salida à tan cerrado laberinto: pero que no la quebrantaria: ni defraudaria las esperanças de Ricardo por todo el interès del mundo. Esta respuesta diò la Camarera a su hijo, el qual sin detenerse vn punto, ardiendo en amor, y en zelos, se armò de todas armas, y sobre vn fuerte y ligero caballo, se presentò ante la casa de Clotaldo, y a grandes vozes pidiò que le assomasse Ricardo a la ventana, el qual à aquella hora estaua vestido de galas de desposado, y a punto para ir a Palacio con el acompañamiento que tal acto requeria: mas auiendo oido las vozes, y sabiendo quien las daua, y del modo que venia, con algun sobresalto se assomò a vna ventana, y como le viò Arnesto dixo: Ricardo esta me atento a que dezirte quiero: La Reyna mi señora te mãdò fuesses a seruirla, y a hazer hazañas, que te hiziessen merecedor de la sangre Isabela: fuiste, y boluiste cargadas las naues de oro, con el qual piensas auer comprado, y merecido a Isabela, y aunque la Reina mi señora te laha prometido, ha sido creyendo que no ay ninguno en su Corte que mejor que tu la sirua, ni quien con mejor titulo merezca a Isabela, y en esto bien podrà ser se ayas engañado, y assi llegandome a esta opinion, que yo tengo por verdad aueriguada, digo que tu has hecho cosas tales, que te hagan merecer a Isabela, ni ninguna

guna podràs hazer: que a tanto bien te leuante, y en razon de que no la mereces, si quieres cõtradezirme, te desafio a todo trance de muerte. Callò el Cõde, y Ricardo respondiò: En ninguna manera me toca salir a semejante desafio: porque yo confiesso, no solo q̃ no merezco a Isabela, sino que no la merece ninguno de los que oy viuen en el mundo: assi que confessando yo lo que vos dezis, otra vez digo que no me toca vuestro desafio: pero le acepto por el atrevimiento que aueis tenido en desafiarme. Con esto se quitò de la ventana, y pidiò sus armas. Alborotaronse todos sus parientes, y todos aquellos que para venir a Palacio le acompañauã. De la mucha gente que auia oido el desafio, no faltò quien lo dixo a la Reyna, la qual mandò al Capitan de su guarda, q̃ fuesse a prender a Arnesto. El Capitã le diò tanta priessa, que llegò a tiempo que ya Ricardo salia de su casa armado con las mejores armas con que se auia desembarcado, y puesto sobre vn hermoso caballo. Quãdo el Cõde viò al Capitan, luego imaginò a lo que venia, y determinò de no dexarse prender, y alçando la voz contra Ricardo le dixo: Ya ves, Ricardo, el impedimento q̃ de vos viene, si tuuiera gana de castigarme, tu me buscaràs: y por la q̃ yo tengo de castigarte, rambien te buscarè; y pues dos que se buscan, facilmente se hallan, dexemos para entonces la execuciõ de nuestros deseos. Soy contento respondiò Ricardo. En esto llegò el Capitan cõ toda su guarda, y dixo al Conde, que fuesse preso en nombre de su Magestad. Respondiò el Conde, que si daua: pero no para que le lleuassen a otra parte, que a la presencia de la Reyna. Contentòse con esto el Capitã, y cogiendole en medio de la guarda, le lleuò a Palacio ante la Reyna, la qual ya de su Camarera estaua informada del amor grande que su hijo tenia a Isabela: y con lagrimas auia suplicado a la Reina, perdonasse al Cõde, que como moço, y enamorado, a mayores yerros estaua sugeto. Llegò Arnesto ante la Reina, la qual sin entrar cõ el en razones, le mandò quitar la espada, y que le lleuassen preso a vna Torre. Todas estas cosas atormentauan el coraçõ de Isabela, y de sus padres, q̃ tan presto veian turbado el mar de su sosiego. Aconsejò la Camarera a la Reina, que para sossegar el mal que podia suceder entre su parentela, y la de Ricardo, q̃ se quitasse la causa de por medio, que era Isabela, embiandola a Espaãa, y assi cessarian los efectos que deuian de temerse, añadiendo a estas razones, dezir que Isabela era Catolica, y

tan Christiana, que ninguna de sus persuasiones, que auian sido muchas, la auian podido torcer en nada de su Catolico intẽto. A lo qual respondiò la Reyna, q̃ por esso la estimaua en mas, pues tambien sabia guardar la ley que sus padres le auian enseñado; y q̃ en lo de embiarla a España no rratasse, porque su hermosa presencia, y sus muchas gracias, y virtudes, le dauã mucho gusto: y que sin duda, si no aquel dia, otro se le auia de dar por esposa a Ricardo, como se lo tenia prometido. Cõ esta resolucion de la Reyna, quedò la Camarera tan desconsolada, q̃ no le replicò palabra, y pareciẽdole, lo q̃ ya le auia parecido, que si no era quitando a Isabela de por medio, no auia de auer remedio alguno, que la rigurosa condicion de su hijo ablandasse, ni reduxesse a tener paz con Ricardo, determinò de hazer vna de las mayores crueldades, que pudo caber jamàs en pensamiento de muger principal, y tanto como ella lo era, y fue su determinacion matar cõ tosigo a Isabela; y como por la mayor parte sea la condiciõ de las mugeres, ser prestas, y determinadas, aquella misma tarde atosigò a Isabela en vna cõserua que le diò, forçandola a q̃ la tomasse, por ser buena cõtra las ansias del coraçon que sentia. Poco espacio passò despues de auerla tomado, quando Isabela se le començò a hincar en la lengua, y la garganta, y ponerse denegridos los labios, y entorpecerse la voz, turbarsele los ojos, y apretarsele el pecho; conocidas señales de auerle dado veneno. Acudieron las damas a la Reyna, contandole lo q̃ passaua, y certificandole la Camarera auia hecho aquel mal recaudo. No fue menester mucho, para q̃ la Reyna lo creyesse; y assi fue a ver a Isabela, ya casi estaua espirando. Mandò llamar la Reyna con priessa sus Medicos, y en tanto q̃ tardaua la hizo dar cãtidad de polvos de Onicornio, cõ otros muchos antidotos que los grandes Principes suelen tener prevenidos para semejantes necessidades. Vinieron los Medicos, y forçaron los remedios, y pidieron a la Reyna hiziesse dezir a la Camarera que genero de veneno le auia dado, porque no dudaua, que otra persona alguna sino ella, la huuiesse auenenado. Ella lo descubriò, y con esta noticia los Medicos aplicaron tãtos remedios, y tan eficazes que con ellos, y con el ayuda de Dios quedò Isabela con vida, a lo menos cõ esperança de tenerla. Mandò la Reyna prender a su Camarera, y encerrarla en vn aposẽto estrecho de Palacio, y castigarla como su delito merecia; puesto que ella se desculpaua, diziendo que en matar a Isabela hazia sacrificio al cielo, quitandò de la tierra a vna Catolica, y con ella las pendencias de su hijo. Estas tristes nueuas oidas de Ricardo le pusieron en termino de perder el juizio: tales eran las cosas que hazia, y las lastimeras razones cõ q̃ se quexaua. Finalmente Isabela no perdiò la vida, que el quedar con ella, la naturaleza lo comutò en dexarla sin cejas, pestañas, y sin cabello, el rostro hinchado, la tez perdida, los cueros leuantados, y los ojos lagrimosos. Quedo tan fea, que como hasta alli auia parecido vn estremo de hermosura entonces parecia vn mostruo de fealdad. Por mayor desgracia tenian los q̃ la conocian, auer quedado de aquella manera, que si la huuiera muerto el veneno. Con todo esto, Ricardo se la pidio a la Reyna, y la suplicò se la dexasse llenar a su casa, porque el grande amor que la tenia, passaua del cuerpo a la alma, y que si Isabela auia perdido su belleça, no podia auer perdido sus infinitas virtudes. Assi es, dixo la Reina, lleuaosla Ricardo, y hazed cuẽta q̃ lleuais en vna riquissima joya, encerrada en vna caxa de madera tosca: Dios sabe si quisiera daroslacomo me la entregastes pero pues no es possible, perdonadme, quizà el castigo que diere a la cometedora del delito, satisfarà en algo el deseo de la vengança. Muchas cosas dixo Ricardo a la Reina, disculpando a la Camareta, y suplicandola la perdonasse, pues las disculpas que daua eran bastantes para perdonar mayores insultos. Finalmente le entregaron Isabela, y a sus padres, y Ricardo los lleuo a su casa, digo a la de sus padres: y a las ricas perlas, y al diamante añadiò otras joyas la Reina, y otros vestidos tales, que descubrieron el mucho amor q̃ a Isabela tenia la qual durò dos meses en su fealdad, sin dar indicio alguno de poder reducirse a su primera hermosura: pero al cabo deste tiempo comẽçò a caerse el cuero, y a descubrirse su hermosa tez. En este tiẽpo los padres de Ricardo determinaron embiar por la donzella. Estocesa, con quien tenian concertado de casarlo, y esto sin que èl lo supiesse; no dudando que la hermosura presente de la nueua esposa, hiziesse oluidar a su hijo la ya passada de Isabela, a la qual pensauan embiar a España con sus padres, dandoles tanto auer, y riquezas, que recompẽsassen sus passadas perdidas. No passò mes y medio, quando sin sabiduria de Ricardo, la nueua esposa se entrò por las puertas, acompañada con o quien ella era, y tan hermosa, que despues de la Isabela que solia ser, no auia otra como ella en todo Lõ

res. Sobresaltòse Ricardo con la improsiua vista de la donzella, y temiò que el sobresalto de su venida auia de acabar la vida à Isabela; y assi para templar el dè temor se fue al lecho donde Isabela estaua, y hallòla con sus padres, delante de los quales, dixo: Isabela de mi alma, mis padres con el grande amor q̃ me tienen, aun no bien enterados del mucho que yo te tengo, hã traìdo à casa vna donzella Escocesa, con quien ellos tenian cõcertado de casarme, antes que yo conociesse lo que vales; y cierto à lo que creo, con intencion que la mucha belleza desta donzella, borre de mi alma la tuya, que en ella estampada tengo. Yo Isabela, desde el punto que te quise fue con otro amor de aquel que tiene su fin, y paradero en el cumplimiento del sensual apetito; que puesto que tu corporal hermosura me cautiuò los sentidos, tus infinitas virtudes me aprisionaron el alma de manera, que si hermosa te quise, fea te adoro: y para cõfirmar esta verdad dame essa mano, y dãdole ella la derecha, y asiendola èl con la suya, prosiguiò, diziendo: Por la Fè Catolica, que mis Christianos padres me enseñaron, la qual fino està en la entereza q̃ se requiere, por aquella juro que guarda el Pontifice Romano, que es la que yo en mi coraçõ confiesso, creo, y tengo; y por el verdadero Dios que nos està oyendo, te prometo, ò Isabela, mitad de mi alma, de ser tu esposo: y lo soy desde luego, si tu q̃ quieres leuãtarme a la alteza de ser tuyo. Quedò suspensa Isabela cõ las razones de Ricardo, y sus padres aronitos, y pasmados. Ella no supo que dezir, ni hazer otra cosa que besar muchas vezes la mano de Ricardo, y dezirle con voz mezclada cõ lagrimas que ella le aceraua por suyo, y se entregaua por su esclua. Besòla Ricardo en el rostro feo, no auiendo tenido jamas atreuimiento de llegarse a el quando hermoso. Los padres de Isabela solenizarõ, cõ tiernas lagrimas las fiestas del desposorio. Ricardo les dixo, q̃ el dilataria el casamiento de la Escocesa, que ya estaua en casa del modo que despues veràn, y quando su padre los quisiesse embiar à España à todos tres, no lo rehusassen, sino q̃ se fuessen, y le aguardassen en Cadiz, ò en Seuilla dos años, dentro de los quales daua su palabra de ser con ellos, si el cielo tanto tiempo le concediesse de vida: y q̃ si dentro termino passasse, tuuiessen por cosa certissima que algũ grande impedimiento, ò la muerte, era lo mas cierto, se auia opuesto à su camino. Isabela, respondiò, q̃ le no solos dos años aguardaria, sino todos aquellos de su vida, hasta estar enterada de que èl nò la tenia; porque en el punto que esto supiesse, seria el mismo de su muerte. Con estas tiernas palabras se renouarõ las lagrimas en todos, y Ricardo salió à dezir a sus padres como en ninguna manera se casaria, ni daria la mano a su esposa Escocesa, sin auer primero ido a Roma a assegurar su conciencia. Tales razones supo dezir a ellos, y a los parientes que auiã venido con Clisterna (que assi se llamaua la Escocesa) que como todos eran Catolicos facilmente las creyeron: y Clisterna se contentò de quedar en casa de su suegro, hasta que Ricardo boluiesse el qual pidiò de termino vn año. Esto assi puesto, y concertado, Clotaldo dixo a Ricardo, como determinaua embiar a España a Isabela, y a sus padres, si la Reyna le daua licencia, quiçà los ayres de la patria apresurarian, y facilitarian la salud que ya comẽçaua a tener. Ricardo, por no dar indicio de sus designios, respondiò tibiamente a su padre, que hiziesse lo que mejor le pareciesse: solo le suplicò, que no quitasse a Isabela ninguna cosa de las riquezas que la Reyna le auia dado, prometiòselo Clotaldo, y aquel dia fue a pedir licencia a la Reyna, y assi para casar a su hijo con Clisterna, como para embiar a Isabela, y a sus padres a España. De todo se contentò la Reyna, y tuuo por acertada la determinacion de Clotaldo: y aquel dia sin acuerdo de letrados, y sin poner a su Camarera en tela de juizio la condeno en que no siruiesse mas su oficio, y en diez mil escudos de oro, para Isabela y al Conde Arnesto, por el desafio, le desterrò por seis años de Inglaterra. No passaron quatro dias, quando ya Arnesto se puso a punto de salir a cumplir su destierro, y los dineros estuuieron juntos. La Reyna llamò a vn mercader rico, que habitaua en Londres, y era Frances, el qual tenia correspondencia en Francia, Italia, y España, al qual entregò los diez mil escudos, y le pidiò cedulas para que se los entregassen al padre de Isabela en Seuilla, ò en otra playa de España. El mercader, descõtados sus intereses, y ganancias, dixo à la Reyna, q̃ las daria ciertas, y seguras para Seuilla, sobre otro mercader Frances su correspondiente, en esta forma: Que èl escriuiera a Paris, para que allì se hiziessen las cedulas, por vn correspondiente suyo, a causa q̃ rezassen las fechas de Francia, y no de Inglaterra, por el contrauando de la comunicacion de los dos Reynos, y q̃ bastaua llenar vna letra de aluiso suya, sin fecha, con sus cõtraseñas, para que luego diesse el dinero el mercader de Seuilla,

que

que ya estaria auisado del de Pa-
ris. En resolucion, la Reyna tomo tales seguridades del Mercader, q̃ no dudo de no ser cierta la partida. Y no contenta con esto, mando llamar al patron de vna naue Flamenca que estaua para partirse a Francia para tomar en algun puerto della testimonio para entrar en España, a titulo de partir de Francia; al qual pidio encarecidamente llcuasse en su naue a Isabela, y sus padres, con seguro, y buen tratamiento los pusiesse en vn puerto de España, el primero a do llegasse. El Patrõ, q̃ deseaua contentar a la Reyna, dixo que si haria, y que los pondria en Lisboa, Cadiz, ò Seuilla. Tomando, pues, los recaudos del Mercader embiò la Reina a dezir a Clotaldo, no quitassen a Isabela nada de lo que le auia dado, assi de ioyas, como de vestidos. Otro dia vino Isabela, y sus padres a despedirse de la Reyna, que los recibiò con mucho amor. Dioles la Reina la carta del Mercader y con ella muchas dadiuas, assi de dineros, como de otras cosas de regalo para el viage. Con tales razones se lo agradeciò Isabela que de nueuo dexò obligada a la Reina para hazerle siempre mercedes. Despidiò se de las damas, las quales como estaua fea, no quisieran ya que se partiera, viendose libres de la embidia que a su hermosura te nian, y cõtentas de gozar de sus gracias, y diferencion. Abra-
ço la Reina a los tres, y encomendar dolos a la buena ventura, y al Patron de la naue, y pidiendo a Isabela la auisasse de su llegada a España, y siempre de su salud, por la via del Mercader Frances, se despidio de Isabela, y de sus padres: los quales a q̃lla ma tarde se embarcaron, no sin lagrimas de Clotaldo, y de su muger, y de todos los de su casa de quien era en estremo querida. No se hallò a esta despedida de presente Ricardo, que por dar muestra de tiernos sentimientos, aquel dia hizo con vnos amigos suyos se llcuassen a caça. Los regalos q̃ la señora Catalina diò a Isabela para el viage fueron muchos, los abraços infinitos, las lagrimas con abundancia, las encomiendas en q̃ la seruiessen, sin numero; y los agradecimientos de Isabela y de sus padres: correspondieron a todos desuerte que aun-
que llorando, los dexaron satisfechos. Aquella noche se hizo el baxel a la vela, y auiendo con prospero viento tocado en Francia, y tomando en ella los recaudos necessarios, para entrar en España, de alli a treinta dias entrò por la barra de Cadiz, donde desembarcaron Isabela, y sus padres: y siendo conocidos de todos los de la ciudad, los recibieron con muestras de mucho con-

contento. Recibieron mil parabienes del hallazgo de Isabela, y de la libertad q̃ auian alcançado, assi de la refriega que con los Moros tuuieron, q̃ los auian cautiuado (auiendo sabido todo su sucesso, de los cautiuos q̃ dió libertad la liberalidad de Ricardo) como de la q̃ le auia alcançado de los Ingleses. Ya Isabela en este tiempo comẽçaua a dar grandes esperãças de boluer a cobrar su primera hermosura. Poco mas de vn mes estuuieron en Cadiz, restaurãdo los trabajos de la nauegaciõ, y luego se fuerõ a Seuilla, por ver si sulia cierta la paga de los diez mil escudos, que librados sobre el mercader Frances traia. Dos dias despues de llegar a Seuilla le buscaron, y le hallaron, y le dieron la carta del mercader Frãces de la Ciudad de Lõdres. El qual la reconociò, y dixo, q̃ hasta que de Paris viniessen las letras, y cartas de auiso, no podia dar el dinero: porque por momentos aguardaua el auiso. Los padres de Isabela, alquilaron vna casa grãde, y principal, frõtero de santa Paula por ocasion que estaua Monja en aquel santo Monasterio vna sobrina suya, vnica, y estremada en el arte de la musica: y assi por tenerla cerca, como por auer dicho Isabela a Ricardo, q̃ si viniesse a buscarla la hallaria en Seuilla, y le diria su casa su prima la Moja de santa Paula: y que para conocerla, no auia menester mas de preguntar por la Moja q̃ tenia la mejor voz en el Monasterio; porq̃ estas señas no se le podian oluidar. Otros quarẽta dias tardaron de venir los auisos de Paris, y a dos siguientes, que llegaron, el Mercader Frãces entregò los diez mil escudos a Isabela, y ella a sus padres, y con algunos mas que hizieron, vendiendo algunas de las muchas joias de Isabela, bolviò su padre a exercitar su oficio de mercader, no sin admiracion de los q̃ sabian sus grandes perdidas. En fin en pocos meses fue restaurãdo su perdido credito: y la belleza de Isabela de nueuo bolviò a su ser primero, de tal manera, q̃ en hablãdo de hermosas, todas daban el lauro a la Española Inglesa, que tanto por este nombre, como por su hermosura, era de toda la ciudad conocida. Por orden del mercader Frances de Seuilla escriuierõ Isabela, y sus padres a la Reyna Inglaterra, su llegada, cõ los agradecimiẽtos, y sumissiones que requeria las muchas mercedes della recibidos: assimismo escriuieron a Clotaldo, y a su señora Catalina, llamãdolos Isabela padres, y sus padres señores. De la Reyna no tuuieron respuesta, pero de Clotaldo, y de su muger, si dõde les dauan el parabiẽ de la llegada a salvo: y los auisauan co-

como su hijo Ricardo, otro dia despues que ellos se hizieron a la vela se auia partido a Francia y de alli a otras partes donde le conuenia ir, para seguridad de su conciencia; añadiendo a estas otras razones, y cosas de mucho amor, y de muchos ofrecimientos. A la qual carta respondieron con otra, no menos cortès, y amorosa, que agradecida. Luego imaginò Isabela, que el auer dexado Ricardo a Inglaterra era para venirla a buscar a España, y asientado con esta esperança, viuia la mas contenta del mûdo, y procuraua viuir de manera, que quando Ricardo llegasse a Sevilla, antes le diesse en los oìdos la fama de sus virtudes, que el conocimiento de su casa. Pocas, ò ninguna vez salia de su casa, sino para el Monasterio; no ganaua otros jubileos, que aquellos que en el Monasterio le ganauan. Desde su casa, y desde su Oratorio ganaua con el pèsamiêto los Viernes de Quaresma, la santissima estacion de la Cruz, y los siete venideros de el Espiritu Santo. Jamàs visitò el rio, ni passò a Triana, ni vio el comun regozijo en el campo de Tablada, y puerta de Xerez, el dia (si le haze claro) de sanSebastian, celebrado de tanta gente, q̃ apenas se puede reducir a numero. Finalmente, no viò regozijo publico, ni otra fiesta en Sevilla: todo lo libraua en su recogimiento, y oraciones, esperando a Ricardo. Este se grande retraimiento tenia abrasados, y encendidos los deseos, y no solo de los pisueñes de el barrio, sino de todos aquellos que vna vez la huuiessen visto; de aqui nacieron musicas de noche en su calle, y carreras de dia. Desto no dexar verse; y deseando mi chos crecieron las alhajas de las terceras, que prometieron mostrase primas, y vnicas en licitar a Isabela, y no faltò q̃ se quiso aprouechar de lo q̃ llaman hechizos, otro no fino embistes, y disparates: pero a todo esto estaua Isabela como roca en mitad de el mar, que no tocan, pero no la mueuen olas, ni los vientos. Año y medio era passado, quando la esperança propinqua de los dos años por Ricardo prometidos con ço con mas ahinco que hasta alli, a fatigar el coraçon de Isabela, y quãdo ya le parecia, que su Esposo llegaua, y que le tenia ante los ojos, y le preguntaua que impedimentos le auian detenido tanto quando ya llegaua a sus oìdos las disculpas de su esposo, y quando ya ella le perdonaua, y le abraçaua, y como a mitad de su alma le recibia: llegò a sus manos vna carta de la señora Catalina, fecha en Londres cincuenta dias auia: venia en lêgua Inglesa, pero leyèdola en Español, viò que assi dezia.

Hija de mi alma, bien conocerà Guillarte, el page de Ricardo; este se fue cõ èl al viage q̃ por otra te auisè, q̃ Ricardo a Francia, y otras partes auia hecho el segundo dia de tu partida. Pues este mismo Guillarte, acabo de diez y seis meses, que no auiamos sabido de mi hijo, entrò ayer por nuestra puerta, con nueuas que el Cõde Arnesto auia muerto a traycion en Francia a Ricardo. Considera hija, qual quedariamos su padre, yyo, y su esposa cõ tales nueuas, cales digo, q̃ aun no nos dexaron poner en duda nuestra desuentura. Lo que Cloraldo, y yo te rogamos otra vez, hija de mi alma, es, que encomiendes muy de veras a Dios la de Ricardo, que bien merece este beneficio el que tanto te quiso, como tu sabes. Tambiẽ pediràs à nuestro Señor nos dè a nosotros paciencia, y buena muerte, a quien nosotros tambiẽ pediremos, y suplicarèmos te dè à ti, y à tus padres largos años de vida.

Por la letra, y por la firma no le quedò que dudar à Isabela, para no creer la muerte de su esposo, conocia al page Guillarte, y sabia que era verdadero, y que de suyo no auia querido, ni tenia para q̃ fingir aquella muerte, ni menos su madre la señora Catalina la auia fingido, por no importarla nada embiarle nueuas de tanta tristeza, y para ella de tanto pesar. Finalmente, ningun discurso que hizo, ninguna cosa que imaginò le pudo quitar del pensamiento no ser verdadera la nueua de su desventura. Acabada de leer la carta, sin derramar lagrimas, ni dar señales de doloroso sentimiento, con sesgo rostro, y sossegado pecho se leuantò de vn estrado donde estaua sentada, y se entrò en vn Oratorio, y hincandose de rodillas ante la Imagen de vn deuoto Crucifixo, hizo voto de ser Monja, pues lo podia ser, teniendose por viuda. Sus padres dissimularon: y encubrieron cõ discrecion la pena que les auia dado aquella triste nueua, por poder cõsolar a Isabela en la amarga que sentia; la qual casi como satisfecha de su dolor templandole con la santa, y Christiana resolucion q̃ auia tomado, ella consolaua a sus padres, a los quales descubriò su intento, y ellos le aconsejaron que no lo pusiesse en execuciõ, hasta que passassen los dos años q̃ Ricardo auia puesto por termino a su venida, que con esto se confirmaria la verdad de la muerte de Ricardo, y ella con mas seguridad podria mudar de estado. Assi lo hizo Isabela, y los seis meses y medio que quedauan, para cumplirse los dos años, los

passò en exercicios de Religiosa, yen concertar la entrada del Monasterio, auiendo elegido el de Santa Paula, donde estaua su prima. Passòse el termino de los dos años, y llegòse el dia de tomar el habito, cuya nueua se estendiò por la ciudad, y de los que conocian de vista a Isabela, y de aquellos q̃ por sola su fama se llenò el Monasterio, y la distãcia que desde la casa de Isabela auia, ycombiando su padre a sus amigos, y a quellos a otros, hizieron a Isabela vno de los mas honrados acompañamientos q̃ en semejantes actos se auia visto en Seuilla. Hallòse en èl el Assistẽte, y el Prouisor de la Iglesia, y Vicario de el Arçobispo, con todos los señores de Titulo que auia en la ciudad; tal era el deseo que en todos auia de ver el sol de la hermosura de Isabela, q̃ tantos meses se les auia eclipsado, y como es costumbre de las donzellas que van a tomar el habito, ir lo posible galanas, y bien compuestas, como quien en aquel punto echa el resto de la bizarria, y se descarta della. Quiso Isabela ponerse la mas bizarra que le fue posible; y assi se vistiò con aquel vestido mismo que lleuò quando fue a ver la Reyna de Inglaterra, que ya se ha dicho quan rico, y quã vistoso era. Salieron a luz las perlas, y el famoso diamante, con el collar, y cinturas, que assimismo era de mucho valor. C este adorno, y con su gall dando ocasion para que tod alabassen a Dios en ella, Isabela de su casa a pie, que estar tan cerca el Monaster escusò los coches. El cõcurso la gente fue tanto, que les p de no auer entrado en los ches: porque no les dauan lug de llegar al Monasterio. V bendecian a sus padres, otros cielo, que de tanta hermos la auia dotado; vnos se em nauan por verla, otros auien la visto vna vez, corrian ace te por verla otra; y èl que solicito se mostrò en esto, y to, que muchos lo echaron ver, fue vn hombre vestido habito de los que vienen re tados de cautiuos, cõ vna i nia de la Trinidad en el pe en señal que han sido rese dos por la limosna de sus Red tores. Este cautiuo, pues, al po que ya Isabela tenia vn dentro de la porteria del Co uento, donde auiã salido a re birla la Priora, y las Monjas c la Cruz, a grandes vozes di Detente Isabela. A cuya voz bela, y sus padres boluieron ojos, y vieron que hendien por la gente, venia vn cautiu que auiendosele caìdo vn bo te açul, q̃ en la cabeça traia cubriò vna cõfusa madexa de bellos de oro ensortijados, y rostro como la nieue colorad

y blanco; señales que luego le hizieron conocer, y juzgar por estrangero de todos. En efecto caminando, y leuantando, llegò donde Isabela estaua, y assiendola de la mano, le dixo: Conoceisme Isabela? Mira q̃ yo soy Ricardo tu esposo. Si conozco, dixo Isabela, si ya no eres fantasma, que viene a turbar mi reposo. Sus padres le assieron, y atentamente le miraron, y en resolucion conocieron ser Ricardo aquel cautiuo; el qual cõ lagrimas en los ojos, hincando las rodillas delante de Isabela, le suplicò, que no impidiesse la estrañeza del trage en q̃ estaua su buen conocimiento, ni estorbasse su baxa fortuna, q̃ ella no correspondiesse a la palabra que entre los dos se auian dado. Isabela, a pesar de la impresion q̃ en su memoria auia hecho la carta de su madre de Ricardo, dãdole nueuas de su muerte, quiso dar mas credito a sus ojos, y a la verdad q̃ presente tenia: y assi abraçandose con el cautiuo le dixo: Vos sin duda señor mio mi Christiana determinacion; vos señor, sois sin duda la mitad de mi alma, pues sois mi verdadero esposo; estampado os tengo en mi memoria, y guardado en mi alma; las nueuas que de vuestra muerte me escriuiò mi señora, y vuestra madre, ya que no me quitaron la vida, me hizieron escoger la de la Religion, que en este punto queria entrar a viuir en ella; mas pues Dios con tan justo impedimento muestra querer otra cosa, ni podemos, ni conuiene, que por mi parte se impida, venid señor a la casa de mis padres, que es vuestra, y allì os entregarè mi possession, por los terminos q̃ pide nuestra santa Fè Catolica. Todas estas razones oyeron los circunstantes, y el Assistente, y Vicario, y Prouisor del Arçobispo; y de oirlas todos se admiraron, y suspendieron, y quisieron que luego se les dixesse què historia era aquella, què estrangero aquel, y de què casamiento tratauan? A todo lo qual respondiò el padre de Isabela, diziẽdo que aquella historia pedia otro lugar, y algun termino para dezirse, y assi suplicaua a todos aquellos que quisiessen saberla, diessen la buelta a su casa, pues estaua tan cerca, q̃ allì se la contarian de modo, que con la verdad quedassen satisfechos, y cõ la grãdeza, y estrañeza de aquel sucesso admirados. En esto vno de los presentes alçò la voz, diziendo: Señor, este mancebo es vn gran cosario Ingles, que yo le conozco, y es aquel que aurà poco mas de dos años tomò à los cosarios de Argel la naue de Portugal, que venia de las Indias, no ay duda sino que es él, que yo le conozco, porque èl me

me diò libertad, y dineros para venirme a España, y no solo a mi, sino à otros trecientos. Cõ estas razones se alborotò la gẽte, y se auiuò el deseo que todos tenian de saber, y ver la claridad de tan intrincadas cosas. Finalmente la gente mas principal, con el Assistente, y aquellos dos señores Eclesiasticos, boluieron à acompañar à Isabela à su casa, dexãdo à las Monjas tristes, cõfusas, y llorando por lo q̃ perdian en tener en su compañia à la hermosa Isabela: la qual estãdo en su casa en vna gran sala della, hizo aquellos señores se sentasse. Y aunque Ricardo quiso tomar la mano en contar su historia, todavia le pareciò, que era mejor fiarlo de la lengua, y discrecion de Isabela, y no de la suya, que no muy expertamente hablaua la lengua Castellana. Callaron todos los presentes, y teniendo las almas pẽdientes de las razones de Isabela, ella assi començò su cuento: el qual le reduzgo yo, a que dixo todo aquello q̃ desde el dia que Cloraldo la robò de Cadiz hasta que entrò, y boluiò à el auia sucedido, contando assimismo la batalla que Ricardo auia tenido con los Turcos: la liberalidad que auia vsado con los Christianos, la palabra que entrambos à dos se auian dado de ser marido, y muger, la promessa de los dos años, las nueuas que auia tenido de su muerte, tã ciertas à su parecer que la pusieron en el termino que la auian visto de ser Religiosa. Engrandeciò la liberalidad de la Reyna, la Christiandad de Ricardo, y de sus padres, y acabò con dezir, que dixesse Ricardo lo que le auia sucedido despues que saliò de Londres, hasta el punto presente, donde le veia con habito de cautiuo, y cõ señal de auer sido rescatado de limosna. Assi es, dixo Ricardo, y en breues razones sumarè los inmensos trabajos mios. Despues que me parti de Londres por escusar el casamiento, que no podia hazer con Clisterna aquella donzella Escocesa Catolica, con quien ha dicho q̃ me auian casar, llenandole en mi compañia a Guillarte aquel page que mi padre escriue, que llevò de Londres las nueuas de mi muerte, atrauesando por Francia, llegùe a Roma, donde se alegrò mi alma, y se fortaleciò mi fe: besè los pies al Sumo Pontifice, confessè mis pecados con el Penitenciario, absoluiòme de ellos, y diòme los recaudos necessarios, que diessen fe de mi confessiõn, y penitencia, y reduccion q̃ auia hecho a nuestra Madre la Iglesia. Hecho esto visitè los lugares tan santos como inumerables, q̃ ay en aquella ciudad santa, y de dos mil cudos que tenia en oro, di los mil y seiscientos a vn cambio, que me los librò en esta ciudad sobre vn Roqui Florentin: con los quatrocientos que me quedaron con intencion de venir a España, me partì para Genoua, donde auia tenido nueuas, que estauan dos Galeras de aquella Señoria, de partida para España. Llegùe con Guillarte a vn lugar que se llama Aguapendẽte, que viniendo de Roma a Florencia, es el vltimo que tiene el Papa, y en vna hosteria dõde me apeè hallè al Conde Arnesto, que cõ quatro criados, disfraçado, y encubierto, mas por ser curioso, que por ser Catolico, entiendo que iva a Roma: creì que no me auia conocido, encerrẽme en mi aposento con mi criado Guillarte, aunque con mucho cuidado, y con determinacion de mudarme luego a otra posada en cerrando la noche. No lo hize assi, porq̃ el descuido grande que notè que tenia el Cõde, y sus criados, me assegurò que no me auian conocido: cenè en mi aposento, cerrè la puerta, apercibi mi espada, encomendeme a Dios, y no quise acostarme. Durmiòse mi criado, y yo sobre vna silla mequedè medio dormido: mas poco despues de media noche me despertaron para hazer medormir el eterno sueño quatro pistoletes, como despues supe, dispararon contra

mi el Conde, y sus criados, y dexandome por muerto, teniendo ya apũto los caualios se fueron diziendo al huesped de la posada, que me enterrasse, porque era hombre principal, y cõ esto se fueron. Mi criado, segun dixo despues el huesped, despertò al ruido, y con el miedo se arrojò por vna vẽtana que caia a vn patio, diziendo: Desventurado de mi, que han muerto a mi señor: se salió del meson, y deuiò de ser con tal miedo, que no deuiò de parar hasta Lõdres, pues èl fue el q̃ lleuò las nueuas de mi muerte. Subieron los de la hosteria, y hallaronme atrauesado con quatro valas, y con muchos perdigones, pero todas por partes que de ninguna fue mortal la herida. Pedì cõfesiõ, y todos los Sacramentos, como Catolico Christiano: dieronmelos, y curaronme, y no estuue para ponerme en camino en dos meses, al cabo de los quales vine a Genoua, donde no hallè otro passage, sino en dos chalupas, que fletamos yo, y otros dos principales Españoles, la vna para que fuesse delante descubriendo, y la otra donde nosotros fuessemos. Con esta seguridad nos embarcamos, nauegando tierra a tierra, con intencion de no engolfarnos; pero llegando a vn parage, que llaman las tres Marias, que es en la costa de Francia, yendo nuestra

tra primera faluca descubriendo, a deshora salieron de vna cala dos galeotas Turquescas, y tomandonos la vna la mar, y la otra la tierra, quando ivamos a embestir en ella nos cortaron el camino, y nos cautiuaron; en entrando en la galeota nos desnudaron hasta dexarnos en carnes: despojaron las falucas de quanto lleuauan, y dexaronlas embestir en tierra, sin echarlas a fondo, diziendo, que aquellas sereirian otra vez de traer otra galima, que con este nombre llaman ellos a los despojos que de los Christianos toman. Bien se me puede creer, si digo que senti en el alma mi cautiuerio, y sobre todo la perdida de los recaudos de Roma, donde en vna caxa de lata los traìa con la cedula de los mil y seiscientos ducados: mas la buena suerte quiso, que viniesse a manos de vn Christiano cautiuo Español, que la guardò; que si viniera a poder de los Turcos, por lo menos auia de dar por mi rescate lo que rezaua la cedula, que ellos aueriguarian cuya era. Truxeronnos a Argel; donde hallè que estauan rescatando los Padres de la Santissima Trinidad, hablelos, dixeles quien era, y mouidos de caridad, aunque yo era Estrangero, me rescataron en esta forma: que dieron por mi trecientos ducados, los ciento luego, y los dozientos quando boluiesse el barco de la limosna a rescatar al Padre de la Redempcion, que quedaua en Argel empeñado en quatro mil ducados, que auia gastado mas de los que traìa, porque a toda esta miseria cordia, y liberalidad se estiende la caridad destos Padres, que dan su libertad por la agena, y se quedan cautiuos, por rescatar los cautiuos. Porañadidura de mi libertad, hallé la caxa perdida con los recaudos, y la cedula; mostrèsela al bendito Padre que me auia rescatado, ofrecile quinientos ducados mas de los de mi rescate. Para ayuda de suempeño. Casi vnaño se tardò en boluer la naue de la limosna, y lo que en este año no pasò a poderlo contar aora fuera otra nueua historia: solo dirè, que fuì conocido de vno de los veinte Turcos que di libertad con los demas Christianos ya referidos, y fue tan agradecido, y tan hombre de bien que no lo quiso descubrir: porque a conocerme los Turcos por aquel q̃ auia echado a fondo sus dos baxeles, y quitadoles de las manos la gran naue de la India, ò me presentaran al gran Turco, ò me quitaran la vida, y de presentarme al gran señor redundara no tener libertad en mi vida. Finalmente el Padre Redemptor vino a España con migo, y con otros cincuenta Chris-

Christianos rescatados. En Valencia hizimos la processiò general, y desde alli cada vno se partiò dõde mas le plugò; yo llegue oy a esta ciudad con tanto deseo de ver a Isabela mi esposa, que sin detenerme a otra cosa, pregunte por este Monasterio, donde me auian de dar nueuas de mi esposa: lo que en èl me ha sucedido ya se ha visto; lo q̃ queda por ver son estos recaudos para q̃ se pueda tener por verdadera mi historia, que tiene tãto de milagrosa, como de verdadera. Y luego en diziendo esto, sacò de vna caxa de lata los recaudos que dezia, y se los puso en las manos al Prouisor, que los viò, junto con el señor Assistente, y no hallò en ellos cosa que le hiziesse dudar de la verdad que Ricardo auia contado. Y para mas confirmacion della, ordenò el cielo que se hallasse presente à todo esto el mercader Florentin, sobre quiẽ venia la cedula de los mil y seiscientos ducados; el qual pidiò que le mostrassen la cedula, y mostrandosela, la reconociò, y la aceptò para luego, porque èl muchos meses auia q̃ tenia auiso desta partida. Todo esto fue añadir admiracio à admiracion, y espanto a espanto. Ricardo dixo, q̃ de nueuo ofrecia los quinientos ducados que auia prometido. Abraçò el Assistente à Ricardo, ya sus padres de Isabela, y ella, ofreciẽdoseles à todos con corteses razones. Lo mismo hizieron los dos señores Eclesiasticos, y rogaron a Isabela, pusiesse toda aquella historia por escrito, para que la leyesse el señor Arçobispo, y ella lo prometiò. El grande silencio que todos los circunstãtes auiã tenido, escuchando el estraño caso, se rompiò en dar alabanças à Dios por sus grandes marauillas; y dãdo desde el mayor hasta el mas pequeño el parabiẽ à Isabela, y à Ricardo, y sus padres, los dexaron, y ellos suplicarõ al Assistẽte honrasse sus bodas, que de alli à ocho dias y ẽ sauã hazerlas. Holgò de hazerlo assi el Assistente; y de alli à ocho dias, acompañado de los mas principales de la ciudad, se hallò en ellas. Por estos rodeos, y por estas circũstancias, los padres de Isabela cobrarõ su hija, y restauraron su hazienda: y ella fauorecida del cielo, y ayudada de sus muchas virtudes, a despecho de tantos inconuenientes, hallò marido tan principal como Ricardo, en cuya compañia se piensa, que aun oy viue en las casas que alquilaron frontero de santa Paula, que despues las comprarõ de los herederos de vn hidalgo Burgales, que se llamaua Hernando Cifuntes. Esta nouela nos podria enseñar quanto puede la virtud, y quãto la hermosura, pues son bastã-

tes juntas, y cada vno de por si, a enamorar aun hasta los mismos enemigos, y de como sabe el cielo sacar de las mayores a uersidades nuestras, nuestr mayores prouechos.

NOVELA QVINTA

EL LICENCIADO VIDRIERA.

Passeandose dos Caualleros estudiantes por las riberas de Tormes, hallaron en ellas debaxo de vn arbol durmiendo a vn muchacho de hasta edad de once años, vestido como labrador; mandaron a vn criado, que le despertasse, despertò, y preguntandole de donde era, y que hazia durmiendo en aquella soledad? A lo qual el muchacho respondiò, que el nombre de su tierra se le auia oluidado, y que iba à la ciudad de Salamanca à buscar vn amo a quien seruir, por solo q̃ le diesse estudio. Preguntaronle si sabia leer, respondiò, que si, y escriuir tambiẽ. De essa manera, dixo vno de los Caualleros, no es por falta de memoria auerse le oluidado el nõbre de su patria. Sea por lo que fuere, respondiò el muchacho, que ni el della, ni el de mis padres se acordarà ninguno, hasta que yo pueda hõrarlos a ellos, y a ella. Pues de què suerte los pienssas hõrar? preguntò el otro Cauallero. Con mis estudios, respondiò el muchacho, siẽdo famoso por ellos: porque yo he oido dezir, que de los hõbres se hazen los Obispos. Esta respuesta mouiò a los Caualleros, a que le recibiessen, y lleuassen consigo, como lo hizieron, dandole estudio de la manera que se via dar en aquella Vniuersidad à los criados q̃ siruen. Dixo el muchacho, que se llamaua Tomàs Rodaja, de donde infirieron sus amos por el nombre, y por el vestido que

deuia de ser hijo de algun labrador probre. A pocos dias le vistieron de negro, y a pocas semanas diò Tomas muestras de raro ingenio, siruiendo a sus amos con tanta fidelidad, puntualidad, y diligencia, que con no faltar vn punto a sus estudios, parecia que solo se ocupaua en seruirlos. Y como el buen seruir del seruo mueue la voluntad del señor a tratarle bien, ya Tomas Rodaja no era criado de sus amos, sinò su compañero. Finalmente en ocho años que estuuo con ellos se hizo tan famoso en la Vniuersidad por su buen ingenio, y notable habilidad, que de todo genero de gẽtes era estimado, y querido. Su principal estudio fue leyes, pero en lo que mas se mostraua era en letras humanas, y tenia tan felice memoria, que era cosa de espanto, è ilustrauala tanto con su buen entendimiento, que no era menos famoso por èl, que por ella. Sucedio que se llegò el tiempo, que sus amos acabaron sus estudios, y se fueron a su lugar que era vna de las mejores ciudades de la Andaluzia. Lleuaronse consigo a Tomas, y estuuo con ellos algunos dias; pero como le fatigassen los deseos de boluer a sus estudios, y a Salamanca, que enhechiza la voluntad de boluer a ella, a todos los que de la apacibilidad de su viuienda han gustado, pidiò a sus amos licencia para boluerse. Ellos corteses, y liberales se la dieron, acomodandole de suerte, que con lo que le dieron se pudiera sustentar tres años. Despidiòse dellos, mostrando en sus palabras su agradecimiento, y salio de Malaga (que esta era la patria de sus señores) y al baxar de la cuesta de la Zambra, camino de Antequera, se topò con vn gentil hombre a cauallo, vestido bizarramente de camino con dos criados tambien a cauallo. Iuntòse con èl, y supo como lleuaua su mismo viage; hizieron camarada, departieron de diuersas cosas, y a pocos lances diò Tomas muestras de su raro ingenio, el Cauallero la diò de su bizarria, y cortesano trato, y dixo que era Capitan de Infanteria por su Magestad, y que su Alferez estaua haziendo la cõpañia en tierra de Salamanca. Alabò la vida de la soldadesca, pintòle muy al vino la belleza de la Ciudad de Napoles, as holguras de Palermo, la abundancia de Milan, los festines de Lombandia, las esplendidas cormidas de las hosterias; dibuxòle dulce, y puntualmente el aconch patron, passa acà manigoldo, venga la macarela, lipolastri, è li macarroni. Puso las alabanças en el cielo, de la vida libre del soldado, y de la libertad de Italia; pero no le dixo nada del frio, de las centinelas,

del peligro, de los assaltos, del espanto, de las batallas, de la hambre, de los cercos, de la ruina, de las minas, con otras cosas deste jaez, q̃ algunos làs tiẽẽ por añadiduras del peso de la soldadesca, y son la causa principal della. En resolucion, tantas cosas le dixo, y tan bien dichas que la discreció de nuestro Tomàs Rodaja comẽçò a titubear, y la voluntad aficionarse a aquella vida, que tan cerca tiene la muerte. El Capitan, que don Diego de Valdiuia se llamaua, contentissimo de su buena presencia, ingenio, y desemboltura de Tomàs, le rogò que se fuesse con èl a Italia, siquiera por curiosidad de verla, que èl le ofrecia su mesa, y aun si fuesse necessario su vandera, porque su Alferez la auia de dexar presto. Poco fue menester para que Tomàs acertasse el cõbite, haziẽdo consigo en vn instãte vn breue discurso, de que seria bueno ver a Italia, y Flãdes, y otras diuersas tierras, y payses; pues las luengas peregrinaciones hazen a los hombres discretos: y q̃ en esto a lo mas largo podia gastar tres, ò quatro años, que añadidos a los pocos que èl tenia, no serian tantos, que impidiessen poder boluer a sus estudios. Y como si todo huuiera de suceder àla medida de su gusto, dixo al Capitan, que era cõtento de irse con èl à Italia: pero auia de ser con condicion, q̃ no se auia de sentar debaxo de vãdera, ni poner en lista de soldado, por no obligarse a seguir su vandera. Y aũque el Capitan le dixo, que no importaua ponerse en lista, que assi gozaria de los socorros, y pagas que a la compañia se diessen: porque èl le daria licencia todas las vezes que se la pidiesse. Esso seria, dixo Tomàs, ir contra mi conciencia, y contra la del señor Capitan: y assi mas quiero ir suelto que obligado. Conciencia tan escrupulosa, dixo don Diego, mas es de Religioso, que de soldado; pero como quiera que sea ya somos camaradas. Llegaron aquella noche à Antequera, y en pocos dias, y grandes jornadas se pusieron donde estaua la compañia, acabada de hazer, y que començaua a marchar la buelta de Cartagena, alexandose ella, y otros quatro por los lugares que le venian a mano. Alli notò Tomàs la autoridad de los Comissarios, la incomodidad de algunos Capitanes, la solicitud de los apossentadores, la industria, y cuenta de los pagadores, las quexas de los pueblos, el rescatar de las boletas, las insolencias, y el pedir vagages mas de los necessarios; finalmẽte la necesidad casi precissa, de hazer todo aquello que no nua, y mal parecia. Auia le vestido Tomas de papagayo, renunciando los habitos de estudiante, y pusose a lo de Dios es Christo, como se suele dezir. Los muchos libros que tenia, os reduxo a vnas Oras de nuestra Señora, y a vn Garcilaso, sin comento, que en las dos faldriqueras leuaua. Llegaron mas presto de lo q̃ quisieran a Cartagena, porq̃ la vida de los aloxamiẽtos es ancha, y varia, y cada dia se topan cosas nueuas, y gustosas. Alli se embarcarõ en quatro galeras de Napoles, y alli notò Tomas la estraña vida de aquellas maritimas casas, a õde lo mas del tiempo maltratã las chinches, roban los forçados, enfadan los marineros, destruyẽ los ratones, y fatigan las meras. Pusiròle temor las borrascas, y tormentas, especialmente en el golfo de Leon, que tuuieron dos; q̃ la vna los echò en Corcega, y la otra los boluiò a Tolon en Frãcia. En fin trasnochados, mojados, y con ojeras, llegaron a la ciudad de Genoua, y desembarcandose en su recogido Mãdrache, despues de auer visitado vna Iglesia, diò el Capitan con sus camaradas en vna hosteria, donde pusieron en oluido las borrascas passadas, con el presente gaudeamus. Alli conòcieron la suauidad de Treuiano, el valor del Monte Frascon, la Ninerca del Asperino, la generosidad de los dos Griegos Candia, y Soma, la grandeza del de las cinco viñas, la dulçura, y apacibilidad de la señora Guarnacha, la rusticidad de la Chentola, sin q̃ entre todos estos señores ossasse parecer la baxeza del Romantesco. Y auiendo hecho el huesped la reseña de tantos, y tan diferẽtes vinos, se ofreciò à hazer parecer alli, sin vsar de tropelia, ni como pintados en mapa, sino real, y verdaderamente a Madrigal, Coca, Alaexos, y a la Imperial, mas q̃ Real ciudad, Recamara del Dios de la risa: ofreciò a Esquiuias, a Alanis, a Cazalla, Guadalcanal, y a la Membrilla, sin q̃ se le oluidasse de Riuadauia, y de Descargamaria. Finalmente mas vinos nombrò el huesped, y mas les diò, que pudo tener en sus bodegas el mismo Baco. Admiraronle tambien al buen Tomas los rubios cabellos de las Ginouesas, y la gentileza, y gallarda disposicion de los hombres, la admirable belleza de la ciudad, que en aquellas peñas parece, que tiene las casas engastadas como diamantes en oro. Otro dia siguiente se desembarcaron todas las compañias que auian de ir al Piamonte; pero no quiso Tomàs hazer este viage, sino irse desde alli por tierra a Roma, y a Napoles como lo hizo, quedando de boluer por la gran Venecia, y por Loreto a Milan, y a Piamõte, dõde dixo D. Diego de Val-

diuia q̃ le hallaria, si ya no los huuiessen lleuado a Flandes, segũ se dezia. Despidióse Tomàs del Capitan de allí a dos dias, y en cinco llegò a Florencia, auiẽdo visto primero a Luca, ciudad pequeña, pero muy bien hecha y en la que mejor que en otras partes de Italia son bien vistos, y agasajados los Españoles. Cõtentòle Florencia en estremo, assi por su agradable assiento, como por su limpieza, suntuosos edificios, fresco rio, y apacibles calles. Estuuo en ella quatro dias, y luego se partiò a Roma, Reyna de las ciudades, y señora del mundo. Visitò sus Tẽplos, adorò sus Reliquias, y admirò su grandeza; y assi como por las viñas del Leon, se viene en conocimiẽto de su grandeza y ferocidad, assi èl sacò de Roma por sus despedaçados marmoles, medias, y enteras estatuas, por sus rotos arcos, y derribados termas, por sus magnificos porticos, y anfiteatros grandes, por su famoso, y santorio, que siẽpre llena sus margenes de agua, y las beatifica con las infinitas Reliquias de cuerpos de Santos gloriosos Martyres, que en ella tuuieron sepultura; por sus puẽtes, que parece que se estàn mirando, vnas a otras; por sus anchurosas calles, que con solo el nombre cobran autoridad sobre todas las de las otras Ciudades del mundo; la via Apia, la Flaminia, la Iulia, con otras de su jaez. Pues no le admiraua menos la disposicion de sus montes dentro de si mismo; el cielo, el Quirinal, y el Vaticano, con los otros quatro, cuyos nombres manifiestan la grandeza, y Magestad Romana. Notò tambien la autoridad del Colegio de los Cardenales, la Magestad del Sumo Pontifice, el concurso, y variedad de gentes, y naciones. Todo lo mirò, y notò, y puso en su punto. Y auiendo andado la estacion de las siete Iglesias, y confessandose con vn Penitenciario, y besado el pie a su Santidad, lleno de Agnusdeis, cuẽtas, determinò de irse a Napoles, y por ser tiempo de mutacion, malo, y dañoso para todos los q̃ en èl entran, ò salen de Roma, como iban caminando por tierra se fue por mar a Napoles, donde a la admiracion que traìa de auer visto a Roma, añadiò la que le causò ver a Napoles, ciudad a su parecer la mejor de Europa, y aun de todo el mundo. Desde allí se fue a Sicilia, y viò a Palermo, y despues a Micina; de Palermo le pareciò bien el assiento, y de Micina el puerto, y de toda la Isla la abundancia, por quien propriamente, y con verdades llamada granero de Italia. Bolviòse a Napoles, y a Roma, y de allí fue a cuya santa Templo no viò paredes, ni murallas, porque todas estauan cubiertas de muletas, de mortajas, de cadenas, de grillos, de esposas, de cabelleras, de medios bultos de cera, y de pinturas, y retratos, q̃ dauã manifiesto indicio de las inumerables mercedes q̃ muchos auiã recibido de la mano de Dios, por intercesion de su diuina Magestad, que aquella sacrosanta Imagen suya quiso engrandecer, y autorizar con muchedũbre de milagros en recompẽsa de la deuocion que le tienen aquellos que con semejantes dones tienen adornado los muros de su casa. Viò el mismo aposento, y estancia donde se recatò la mas alta embaxada, y de mas importancia que vieron, y no entendieron todos los cielos, y todos los Angeles, y todos los moradores de las moradas sempiternas. Desde allí embarcandose en Ancona, fue a Venecia, ciudad que a no auer nacido Colon en el mũdo, no tuuiera en èl semejante merced al cielo, y al gran Hernando Cortes, que conquistò la gran Mexico, para que la gran Venecia tuuiesse en alguna manera quiẽ se le opusiesse. Estas dos famosas ciudades se parecen en las calles, que son todas de agua; la de Europa admiracion del mundo antiguo, la de America, espanto del mundo nueuo. Parecióle que su riqueza era infinita, su gouierno prudente, su sitio inexpugnable, su abundancia mucha, sus contornos alegres: y finalmente, toda ella en si, y en sus partes digna de la fama que de su valor por todas las partes del Orbe se estiende: dãdo causa de acreditar esta verdad, la maquina de su famoso Arsenal, que es el lugar donde se fabrican galeras, cõ otros baxeles que no tienen numero, por poco fueran los de Calipso, los regalos, y passatiempos, que hallò nuestro curioso en Veneeia, pues casi le hazian oluidar de su primer intento. pero auiẽdo estado vn mes en ella, por Ferrara, Parma, y Plasencia, boluiò a Milã, oficina de Vulcano, ojeriza del Reyno de Francia, ciudad en fin, de quien se dize, que puede dezir, y hazer, haziendola magnifica la grandeza suya, y de su Tẽplo, y su maravillosa abũdãcia de todas las cosas a la vida humana necessarias. Desde allí se fue à Aste, llegò a tiempo, que otro dia marchaua el tercio à Flandes, fue muy bien recibido de su amigo el Capitan, y en su compañia, y camarada passò a Flandes, y llegò à Amberes, Ciudad, no menos para marauillar, que las que auia visto en Italia. Viò à Gante, y à Bruselas, y viò que todo el pais se disponia a tomar las armas para salir en campaña el

Ve-

Verano siguiente. Y auiendo cumplido con el deseo q̃ le mouiò a verlo q̃ auia visto, determinò boluerle a España, y a Salamanca, à acabar sus estudios, y como lo p̃sò, lo puso luego por obra cõ pesar grãdissimo de su camarada, q̃ le rogò al tiempo del despedirse, le auisasse de su salud, llegada, y sucesso. Prometiòselo assi como lo pedia, y por Francia, boluiò a España, sin auer visto a Paris, por estar puesta en armas. En fin llegò a Salamanca, donde fue bien recibido de sus amigos, y con la comodidad que ellos le hizierõ, prosiguiò sus estudios hasta graduarse de Licenciado en Leyes. Sucediò, que en este tiempo llegò a aquella ciudad vna dama de todo rumbo, y manejo, acudieron luego al añagaza, y reclamo todos los paxaros del lugar, sin quedar vade mecum, q̃ no la visitasse. Dixeronle a Tomas, que aquella dama dezia, q̃ auia estado en Italia, y en Flandes, y por ver si la conocia, fue a visitarla, de cuya visita, y vista quedò ella muy enamorada de Tomas, y èl sin echar de ver en ello, sino era por fuerça, y lleuado de otros, no queria entrar en su casa. Finalmente ella le descubriò su voluntad, y le ofreciò su hazienda, pero como èl atendia mas a sus libros, que a otros passatiempos, en ninguna manera queria responder al gusto de la señora, la qual como visto desdeñada, y assi parte aborrecida, y q̃ por medios ordinarios, y comunes, no pudo conquistar la roca de la voluntad de Tomas, acordò de vsar otros modos a su parecer mas eficazes, y bastantes para salir con el cumplimiento de sus deseos. Y assi aconsejada de vna Morisca en vn membrillo Toledano diò a Tomas vnos dulces que llaman hechizos, creyendo que le daua cosa que le forçasse la voluntad a quererla, como si huuiesse en el mundo yeruas, encantos, ni palabras, suficientes a forçar el libre albedrio; y assi las que dan estas viuidas, ò comidas a materias, llaman beneficos: porque no es otra cosa lo que hazen, sino dar veneno a quien las toma, como lo tiene mostrado la experiencia en muchas ocasiones. Comiò en tan mal punto Tomas el membrillo, que al momento començò a herir de pie, y de mano, como si tuuiera alferecia, y sin boluer en sí, estuuo muchas horas, al cabo de las quales boluiò como atontado, y dixo con lengua turbada, y tartamuda, que vn membrillo que auia comido, le auia muerto; y declarò quien se le auia dado. La justicia, que tuuo noticia del caso, fue a buscar la malhechora, pero ya ella se auia puesto en cobro, y no parecio mas. Seis meses estuuo en la cama Tomàs, en los quales se secò, y se puso, como suele dezirse, en los huessos, y mostraua tener turbados todos los sẽtidos. Y aunque le hizieron los remedios possibles, solo le sanarõ la enfermedad del cuerpo, pero no la enfermedad del entendimiento: porque quedò sano, y loco de la mas estraña locura, que entre las locuras hasta entonces se auia visto. Imaginòse el desdichado, que era todo hecho de vidrio, y con esta imaginacion quando algunos se le llegaua a èl, daua terribles vozes, pidiendo, y suplicando con palabras, y razones concertadas, que no se le acercassen, porque se quebrarian, que real, y verdaderamente èl no era como los otros hombres, porque todo era de vidrio, de pies a cabeça. Para sacarle desta estraña imaginaciõ muchos sin atẽder a sus vozes, y rogatiuas, arremetieron a èl, y le abraçaron, diziendole, que no atentasse, y mirasse como no se quebraua. Pero lo q̃ se grãgeaua en esto era, que el pobre se echaua en el suelo, dãdo mil gritos, y luego el tormentado vn desmayo, del qual no boluia en si en quatro horas, y quando boluia era renouando las plegarias, y rogatiuas, de q̃ otra vez no le llegassen. Dezia, que le hablassen desde lexos, y le preguntassẽ lo que quisiessẽ porque a todos les responderia con mas entendimiẽto, por ser hombre de vidrio, y no de carne: que el vidrio por ser de materia sutil, y dilicada, obraua por ella el alma cõ mas promptitud, y eficacia, que no por la del cuerpo, pesada, y terrestre. Quisieron algunos experimentar si era verdad lo que dezia; y assi le preguntaron muchas cosas dificiles, a las quales respondiò espontaneamente con mucha agudeza de ingenio; cosa q̃ causò admiracion a los demàs Letrados de la Vniuersidad, y a los professores de la Medicina y Filosofia, viendo que en vn sugeto donde se contenia tan extraordinaria locura, como era el pensar que fuesse de vidrio, se encerrasse tan grande entendimiento; que respondiesse a toda pregunta con propiedad, y agudeza. Pidiò Tomàs le diessen alguna funda donde pusiesse aquel vaso quebradizo de su cuerpo, porque al vestirse algun vestido estrecho, no se quebrasse; y assi le dieron vna ropa parda, y vna camisa muy ancha, que èl se vistiò con mucho tiẽto, y se ciñò con vna cuerda de algodon. No quiso calçarse çapatos en ninguna manera: y el orden que tuuo para que le diessen de comer, sin que àel llegassen, fue poner en la punta de vna vara vna vasera de orinal, en la qual le ponian alguna co-

ſa de fruta, de las que la ſazon del tiempo ofrecia. Carne, ni peſcado no lo queria; no beuia ſino en fuente, ò en rio, y eſto con las manos. Quando andaua por las calles, iba por la mitad de ellas mirando a los tejados, temeroſo no le cayeſſe alguna teja encima, y le quebraſſe. Los Veranos dormia en el campo al cielo abierto, y los Inuiernos ſe metia en algũ meſon, y en el pajar ſe enterraua, haſta la garganta, diziendo, que aquella era la mas propria, y mas ſegura cama que podian tener los hombres de vidrio. Quando trataua, temblaua como azogado, y ſe ſalia al campo, y no entraua en poblado, haſta auer paſſado la tẽpeſtad. Tuuieronle encerrado ſus amigos mucho tiempo; pero viendo que ſu deſgracia paſſaua adelante, determinaron de hazer lo que èl les pedia, que le dexaſſen andar libre, y èl ſaliò por la ciudad, cauſando admiracion, y laſtima a todos los que le conocian. Cercaronle luego los muchachos, pero él con la vara les detenia, y les rogaua le hablaſſen apartados, porque no ſe quebraſſe, que por ſer hombre de vidrio, era muy tierno, y quebradizo. Los muchachos, que ſon la mas traueſſa generacion del mundo, a deſpecho de ſus ruegos, y vozes le començaron a tirar trapos, y aun piedras, por ver ſi era de vidrio, como èl dezia. Ro èl daua tantas vozes, y ha tales eſtremos, que mouia a hombres a que riñeſſen a muchachos, porque no le ſen. Mas vn dia que le fatig mucho: ſe boluiò a ellos di do: Què me quereis muchac porfiados como moſcas; ſuc como chinches, atreuidos mo pulgas; ſoi yo por vent el monte Teſtacho de Rom para que me tireis tãtos tieſto y tejas? Por oirle reñir, y reſp der a todos, le ſeguian ſiem muchos, y los muchachos maron, y tuuieron por me partido, antes oirle, que tirar Paſſando, pues, vna vez por roperia de Salamanca, le d vna ropera. En mi anima, ſe Licenciado, q̃ me peſa de ſu gracia, pero què harè que pudo llorar? El ſe boluiò a y muy meſurado le dixo: *Hieruſalem, plorate ſuper Vos Juper filios veſtros.* Entendido de la ropera la, marido de el dicho, y dixole: Herma Licenciado Vidriera mas neis de vellaco, q̃ de loco. me dà vn ardite, reſpondio como no tenga nada de nec Paſſando vn dia por la caſa na, y venta comun, viò que tauan a la puerta della muc de las moradoras, y dixo: q̃ eran bagajes del exercito de tanàs; que eſtauan alojadas en meſon del infierno. Preguntò vno, què conſejo, ò conſuelo da ria a vn amigo ſuyo, que eſtaua muy triſte, porque ſu muger ſe le auia ido con otro. A lo qual reſpondiò: Dile que dé gracias a Dios por auer permitido, le lleuaſſen de caſa a ſu enemigo. Luego no iràn abuſcarla, dixo el otro. ni por pienſo, replicò Vidriera, porque ſeria el hallarla hallar vn perpetuo, y verdadero teſtigo de ſu deshonra. Ya que eſto ſea aſsi, dixo èl miſmo, que hare yo para tener paz con mi muger? Reſpondiò: Dale lo que huuiere meneſter, dexala que mande a todos los de tu caſa; pero no ſufras q̃ ella te mande a ti. Dixole vn muchacho: Señor Licenc. Vidriera, yo me quiero ir de con mi padre, porque me açota. Y reſpondiole: Aduierte niño, q̃ los açores que los padres dan a ſus hijos honrã y los del verdugo afrentã. Eſtãdo a la puerta de vna Igleſia, viò que entraua en ella vn labrador de los q̃ ſiempre blaſonã Chriſtianos viejos, y detras dèl venia vno q̃ no eſtaua en tã buena reputaciõ como el primero, y el Licenciado diò grãdes vozes al labrador, diziẽdo: Eſperad Domin go a que paſſe el Sabado. De los Maeſtros de Eſcuela dezia, que eran dichoſos, pues trataua pre con Angeles; y que fueran dichoſiſsimos, ſi los Angelitos no fueran mocoſos. Otro le preguntò, què le parecia de los al-

cahuetas: Reſpondiò, que no lo eran las apartadas, ſino las vezinas. Las nueuas de ſu locura, y de ſus reſpueſtas, y dichos, ſe eſtendiò por toda Caſtilla, y llegãdo a noticia de vn Principe, ò Señor, q̃ eſtaua en la Corte, quiſo embiar por èl, y encargoſelo a vn Cauallero amigo ſuyo que eſtaua en Salamanca, que ſe lo embiaſſe. Y tepandole el Cauallero vn dia, le dixo: Sepà el ſeñor Licenciado Vidriera q̃ vn gran perſonage de la Corte le quiere ver, y embiar por él. A lo qual reſpondiò: V. m. me eſcuſe con eſſe ſeñor, que yo no ſoy bueno para Palacio, porque tengo verguença, y no ſe lisongear. Cõ todo eſto el Cauallero le embiò a la Corte, y para uarle vſaron con èl della inuencion, puſieronle en vnas arqueñas de paja, como aquellas dõde lleuan el vidrio, los tercios cõ piedras, y entre paja puſtos algunos vidrios, porque ſe le dieſſe a entender, q̃ como vaſo de vidrio le lleuauan. Llegò a Valladolid, entro de noche, y deſembanaſtaron en la caſa del ſeñor que auia embiado por èl, de quien fue muy biẽ recibido, diziendole: Sea muy bien venido el ſeñor Licenciado: entra: como ha ido en el camino? como va de ſalud? A lo qual reſpondiò: Ningun camino ay malo, como ſe acabe, ſino es el que va a la horca: de ſalud eſtoy neutral:

tral: porque estàn encontrados mis pulsos cõ mi celebro. Otro dia, auiendo visto en muchas almadoras, muchos neblies, y açores, y otros paxaros de bolateria, dixo, que la caça de altaneria, era digna de Principes, y de grandes señores; pero que aduirtiesse, que con ella echaua el gusto cẽso sobre el prouecho a mas de dos mil por vno. La caça de liebres, dixo q̃ era muy gustosa, y mas quãdo se caçaua con galgos prestados. El caualiero gustò de su locura, y dexo le salir por la ciudad debaxo del amparo, y guarda de vn hombre, que tuuiesse cuenta que los muchachos no le hiziessẽ mal, de los quales, y de todo la Corte fue conocido en seis dias; y a cada passo, en cada calle, y en qualquiera esquina respondia a todas las preguntas que le hazian. Entre las quales le preg̃tò vn Estudiante, si era Poeta? porque le parecia que tenia ingenio para todo. A lo qual respondiò: Hasta aora no he sido tan necio, ni tan venturoso. No entiendo esso de necio, y venturoso dixo el estudiante, y respondiò Vidriera: No he sido tã necio, que diesse en Poeta malo, ni tan venturoso q̃ aya merecido serlo bueno. Preguntòle otro Estudiante, que en q̃è estimacion tenia a los Poetas? Respondiò, que a la ciencia en mucho, pero que a los Poetas en ninguna. Replicaronle, q̃ porquè dezia aquello? Respondiò, q̃ del infinito numero de Poetas que auia, eran tan pocos los buenos, que casi no hazian numero, y assi como si no huuiesse Poetas, no los estimaua, pero que admiraua, y renunciaua la ciencia de la poesia, por encerraua en si todas las demas ciencias: porque de todas se sue, de todas se adorna, y pule, y saca a luz sus marauillosas obras con q̃ llena el mundo de prouecho, de deleyte, y de marauilla. Añadio mas: Yo bien sè en q̃ se deue estimar vn buen Poeta, porque se me acuerda de aquellos versos de Ouidio, q̃ dizen:

Cum ducem fuerant olim sua gumque Poeta.
Premiaque antiqui magna tu lere chori.
Sanctaque Maiestas, & erat nerabili nomen.
Vatibus, & large læpe debatur opes.

Y menos se me olvidaua la calidad de los Poetas, pues llama Platon interpretes de dioses, y destos dize Ouidio.

Est Deus in nobis agitante lescimus illo.

Y tambien dize.
Al sacri vates, & diuinum vocamur.

Esto se dize de los buenos Poetas; q̃ de los malos, de los churraleros, què se ha de dezir, sino que son la idiotez, y la arrogancia del mundo? Y añadiò mas: Què es ver vn poeta destos de la primera impresion quando quiere dezir vn soneto a otros, q̃ le rodean, las saluas que les haze, diziendo. Vuessas merced me escuchen vn sonetillo, que à noche à cierta ocasion hize, q̃ à mi parecer, aunque no vale nada, tiene vn no sè què de bonito: y en esto tuerce los labios, pone en arco las cejas; y se rasca la falda tiquera, y de entre otros papeles mugrientos, y rotos donde ay otro millar de sonetos, saca el q̃ quiere relatar, y al fin le dize con tono melifluo: y alfeñicado. Y si a caso los que le escuchan, de ignorantes, no se le alaban, dize: O vuessas mercedes no han entendido el soneto; ò yo no le he sabido dezir, y assi serà biẽ recitarle otra vez, y que vuessas mercedes le presten mas atencion; porque en verdad que el soneto lo merece; y buelue como primero à recitarle cõ nueuos ademanes, y nueuas pausas. Pues què es verlos censurar los vnos a los otros? que dirè del ladrar q̃ hazen los cachorros, y modernos a los mastinaços antiguos, y graues? que de los que murmuran de algunos ilustres, y excelentes sugetos, donde resplandece la verdadera luz de la poesia, que tomandola por aliuio, y entretenimiẽto de sus muchas, y graues ocupaciones, muestrã la diuinidad de sus ingenios, y la alteza de sus conceptos, a despecho, y pesar del circunspecto ignorante, que juzga de lo que no sabe, y aborrece lo que no entiende? y del que quiere que se estime, y tenga en grande precio la necedad que se sienta debaxo de doseles, y la ignorancia que se arrima a los sitiales? Otra vez le preguntaron, que era la causa de que los Poetas por la mayor parte eran pobres? Respondiò, que porque ellos querian, pues estaua en su mano ser ricos, si se sabian aprouechar de la ocasion, que por momentos traian entre las manos, q̃ eran las de sus damas, que todas eran riquissimas por estremo, pues tenian los cabellos de oro, la frente de plata bruñida, los ojos de verdes esmeraldas, los dientes de marfil, los labios decoral; y la garganta de cristal trasparente, y que lo que llorauan eran liquidas perlas: y mas, que lo q̃ sus plantas pisauan, por dura, y esteril tierra que fuesse, al momento producia jazmines, y rosas, y que su aliẽto era de puro ambar, almizcle, y algalia, y que todas estas cosas eran señales, y muestras de su mucha riqueza. Estas, y otras cosas dezia de los malos Poetas; que de los

los buenos siempre dixo bien, y los leuantò sobre el cuerno de la Luna. Viò vn dia en la hazera de S. Francisco vnas figuras pintadas de mala mano, y dixo, que los buenos pintores imitauan a la naturaleza: pero que los malos la bomitauan. Arrimòse vn dia con grandissimo tiento, porque no se quebrasse, à la tienda de vn libretero, y dixole. Este oficio me contẽtara mucho, sino fuera por vna falta que tiene. Preguntòle el librero se la dixesse. Respõdiole: Los melindres que hazen, quando compran el priuilegio de vn libro, y de la burla que hazen a su Autor, si a caso le imprime a su costa, pues en lugar de mil y quinientos, imprimen tres mil libros, y quando el Autor piensa que se venden los suyos, se despachan los agenos. Acaeciò este dia, que passaron por la plaça seis açotados, y diziendo el pregon al primero por ladron, diò grandes vozes a los que estuã delante dèl, diziendoles: Apartaos hermanos, no comience aquella cuẽta por vosotros. Y quando el pregonero llegò a dezir al trasero, dixo: Aquel deue de ser el fiador de los muchachos. Vn muchacho le dixo. Hermano Vidriera, mañana sacan à açotar a vna alcahueta. Respondiòle: Si dixeras que sacauan à açotar a vn alcahuete, entendiera quesa cauan a açotar a vn coche. lloseè alli vno destos q̃ lleuan sillas de manos, y dixole: D nosotros Licenciado, no ten què dezir. No, respondio V driera, sino q̃ sabe cada vno vosotros mas pecados que Confessor; mas es con esta di rencia, que el Confessor lo be para tenerlos secretos, y v sotros para publicarlos por tabernas. Oyò esto vn mo de mulas porque de todo ge ro de genre le estaua escuch do continuo, y dixole: De no tros señor redoma, poco, ò da ay que dezir, porque som gente de bien, y necessaria la Republica. A lo qual resp dio Vidriera, la honra del descubre la del criado, segu to mira à quien sirues, y v quan honrado eres. Moços vosotros de la mas ruin ca lla, que sustenta la tierra. vez, quando no era de vid caminè vna jornada en vna la de alquiler, tal que la co ciento y veinte y vna cach todas capitales, y enemigas genero humano. Todos los ços de mulas tienen su punta rufianes, su punta de cacos, y es no es de truhanes. Si sus amos (q̃ assi llaman ellos a los q̃ uan en sus mulas) son boq velles, hazẽ mas fuerte en ell que las que echaron en esta dad los años passados. Si son trangeros los roban, si estudi

tes los maldizen, y si Religiosos los reniegan; si Soldados los tiemblã. Estos, y los marineros, y carreteros, y harrieros tienen modo de viuir extraordinario, y solo para ellos. El carretero passa lo mas de la vida en espacio de vara y media de lugar, q̃ poco mas deue de auer del yugo de las mulas a la boca del carro. Canta la mitad del tiempo, y la otra mitad reniega, y en dezir, haganse a çaga, se les passa otra muy gran parte; y si a caso les queda por sacar alguna rueda de algun atolladero, mas se ayudan de dos pesetes, que de tres mulas. Los marineros son gente Gentil, inurbana, que no saben otro lẽguage, que el que se vsa en los nauios. En la bonãça son diligentes; y en la borrasca pereçosos. En la tormenta mandan muchos, y obedecen pocos. Su Dios es su arca, y su tancho, y su passatiempo el ver mareados à los passageros. Los harrieros son gente que han hecho diuorcio con las sabanas, y se han casado con las enxalmas. Son tan diligentes, y presurosos que à trueco de no perder la jornada, perderàn el alma. Su musica es la del morrero, su salsa la hambre, sus Maytines leuãtarse à dar sus piensos, y sus Missas no oir ninguna. Quãdo esto dezia estaua a la puerta de vn boticario, y bolviendose al dueño, le dixo: Vuessa merced tiene vn saludable oficio, si no fuesse tã enemigo de sus cãdiles. En que modo sea enemigo de sus candiles? pregũtò el Boticario: Y respõdiò Vidriera: Esto digo porque en faltando qualquiera azeite, le suple el del candil que està mas a mano; y aun tiene otra cosa este oficio, bastante à quitar el credito al mas acertado Medico del mundo. Preguntole porquè? Respondiò, q̃ auia boticario, que por no dezir que faltaua en su botica lo q̃ receptaua el Medico; por las cosas que le faltauan, ponia otras, que a su parecer teniã la misma calidad no siendo assi, y con esto la medicina mal compuesta, obraua al reues de lo que auia de obrar la bien ordenada. Preguntòle vno, q̃ sentia de los Medicos, y respondiò esto: Honora Medicum propter necessitatem, etenim creauit eum altissimus; à Deo enim est omnis medela, & à Rege accipiet donationẽ. Disciplina Medici exaltauit caput illius, & in conspectu Magnatum collaudabitur. Altissimus de terra creauit medicinã; & vir prudens non aborrebit illam. Esto dize el Ecclesiastico de la medicina, y de los buenos Medicos; y de los malos se podria dezir todo al reues. El juez nos puede torcer, ò dilatar la justicia, el mercader chuparnos la hazienda, y otras personas, con q̃ de necessidad tratamos

nos pueden hazer daño, pero quitarnos la vida, sin miedo de castigo ninguno. Solo los Medicos nos puedé matar, sin mas espada que vn recipe, y no ay descubrirse sus delitos, porque al momento los meten debaxo de la tierra. Acuerdome, que quando yo era hombre de carne y no de vidrio, como agora soy que à vn Medico destos de segunda classe, le despidiò vn enfermo, por curarse con otro, y el primero dellì à quatro dias acertò à passar por la botica, donde recetaua el segundo, y preguntò al boticario que como le iba al enfermo que èl auia dexado, y q̃ si le auia recetado alguna purga el otro Medico? El boticario le respondiò, que allì tenia vna receta de purga, que el dia siguiente auia de tomar el enfermo, dixo, que se la mostrasse, y viò que al fin de ella estaua escrito, Summat liluculo, y dixo: Todo lo que lleua esta purga me parece tener, sino es este Alucolo, porque es humedò demasiadamente. Por estas, y otras cosas que dezia de todos los oficios, se andauan tras èl sin hazerle mal, y sin dexarle sossegar; pero con todo esto, no se pudiera defender de los muchachos, si su guardiã no le defendiera. Preguntòle vno, q̃ hauia nacido con embidia à nadie? Respondiòle: Duelome, que todo el tiempo que viuiere, seràs igual al que embidias. Otro le preguntò, que remedio tendria para salir cõ vna comission, que auia dos años que la pretendia? Y dixole: Partete à cauallo, y à la mira de quiẽ la lleua, y acompañale hasta salir de la ciudad, y assi saldrà con ella. Passò vna vez por delante de vn Iuez, de comission que iba de camino à vna causa criminal, y lleuaua mucha gente consigo, y dos alguaziles: preguntò quien era, y como se lo dixeron dixo: Yo apostarè, que lleua aquel Iuez viuoras en el seno, pistoletes en la cinta, y en vnos en las manos, para destruyr todo lo que alcançare su comission. Yo me acuerdo auer conocido vn amigo, que en vna comission criminal que tuvo, dio vna sentencia tan exorbitante que excedia en muchos quilates à la culpa de los delinquentes. Preguntèle, q̃ porque auia dado aquella tan cruel sentencia, y hecho tan manifiesta injusticia? Respondiòme, que pensaua otorgar la apelacion, y que cõ esto dexaua el campo abierto à los señores del Consejo para mostrar su misericordia moderãdo, y poniendo aquella su rigurosa sentencia en su punto, y debuida proporciõ. Yo le respondi, que mejor fuera anadir de manera que los quitara de aquel trabajo, pues con todo le truecan à el por juez recto, y acertado. En la rueda de la audiencia gẽte, que como se ha dicho, siempre le estauan oyendo, estaua vn conocido suyo, en habito de Letrado, al qual otro le llamò señor Licenciado y sabiendo Vidriera, que el tal à quien llamaron Licenciado, no tenia mas q̃ titulo de Bachiller, le dixo: Guardaos compadre, no encuentren con vuestro titulo los Frayles de la Redempcion de cautivos, que os le llevarán por mostrenco. A lo qual dixo el amigo: Trutemonos bien señor Vidriera, pues ya sabeis que soy hombre de altas y de profundas letras. Respõdiole Vidriera: Yo no sè que sois vn Fantaloen ellas, porque se os van por altas, y no las alcançais de profundas. Estando vna vez arrimando a la tienda de vn sastre, viòle que estaua manoseando vn sayo, y dixole: Sin duda señor mio es, que estais en camino de salvacion. En que lo veis? preguntò el sastre. En q̃ lo veo? respondiò Vidriera, veolo en que pues no teneis que hazer, no teneis ocasion de mentir: y añadiò: Desdichado del sastre que no miẽte, y cosa las fiestas: cosa maravillosa es, q̃ casi entre todos los de este oficio apenas se hallarà vno que haga vn vestido justo, haziendo tantos que los hagan pecadores. De los çapateros dezia, que jamas hazian conforme a su parecer, çapato malo; porque si al que se le calçauan venia estrecho, y apretado, le dezian, que assi auia de ser, por ser de galanes calçar justo, y que en trayendolos dos horas, vendrian mas anchos q̃ alpargates; y si le venia anchos dezian, q̃ assi auian de venir por amor de la gota. Vn muchacho agudo que escriuia en vn oficio de Prouincia, le apretaua mucho con preguntas, y demandas, y le traia nueuas de lo que en la ciudad passaua, por que sobre todo discantaua, y a todo respondia. A este le dixo vna vez: Vidriera, esta noche se murió en la carcel vn Vanco, que estaua condenado a horcar. A lo qual respondiò: El hizo bien a darse priessa a morir, antes que el verdugo se estuviese sobre el. En la hazera de san Francisco estaua vn corro de Ginoueses, y passando por alli, vno dellos le llamò, y le dixo: Lleguese acà el señor Vidriera, y cuẽtenos vn cuẽto. El respondiò, no quiero, porque no me le passeis a Genoua. Topò vna vez a vna tendera, que lleuaua delãte de si vna hija suya, muy fea, pero muy llena de dixes, de galas, y de perlas, dixole a la madre: Muy bien aueis hecho en empedrarla, porq̃ se pueda passar. De los Pasteleros, dixo, que auia muchos años que jugauan a la dobladilla sin que les lleuassen la pena porque

auian hecho el pastel de a dos, de aquatro, el de aquatro de a ocho; el de a ocho de a medio real, por solo su aluedrio, y beneplacito. De los titeretros dezia mil males, dezia, que era gente vagamunda, y que trataua con indecencia de las cosas diuinas, porque con las figuras que mostraua en sus retratos, boluian la deuocion en risa, y q̃ les acontecia embiar en vn costal todas, ò las mas figuras del Testumento viejo, y nueuo, y sentarse sobre èl a comer, y beuer en los bodegones, y tabernas. En resolucion dezia, que se marauillaua de como no auia quien podia, no les ponia perpetuo silencio en sus retablos, ò los desterraua del Reyno. Acertò a passar vna vez por donde èl estaua vn comediãte vestido como vn Principe, y en viẽdole, dixo: Yo me acuerdo auer visto a este salir al teatro enharinado el rostro, y vestido vn çamarro del reues: y con todo esso a cada passo fuera del tablado, juraua a fee de hijodalgo. Deuelo de ser, respondio vno, porque ay muchos comediantes, que son muy biẽ nacidos, y hijosdalgos. Assi serà verdad, replicò Vidriera, pero lo que menos ha menester la falsa, es personas biẽnacidas, galanes si, gentiles hombres, y de aspeditas lenguas. Tambien sè dezir dellos que en el sudor de su cara, ganan su pan con immudable trabajo, tomando continuo de memoria, hechos perpetuos gitanos de lugar en lugar, y de meson en venta, y de venta, dexandose en contentar a otros, porque en el gusto ageno consiste su bien propio Tiene mas, que con su oficio no engañan a nadie, pues por momentos sacan su mercaderia a publica plaça al juizio, y a la vista de todos. El trabajo de los Autores es increible, y su cuydado extraordinario, y han de ganar mucho, para que al cabo del año no salgan empeñados, que les sea forçoso hazer pleyto de acreedores: con todo esto son necessarios en la Republica, como lo son las floresta, las alamedas, y las otras de recreacion, y como lo son las cosas que honestamente recrean. Dezia, que auia sido opinion de vn amigo suyo, que el que seruia à vna comedianta sola vna, seruia a muchas damas juntas; como era a vna Reyna, a vna Infanta, a vna diosa, a vna fregona, a vna pastora, y muchas vezes caia la fuerte en que viesse en ellas a vn paje, y a vn lacayo, que todas estas, y mas figuras suele hazer vna farsanta. Preguntòle vno, que qual auia sido el mas dichoso del mundo. Respondiò, que nemo, porque nemo nouit partem, nemo crimine vacat, nemo sua sorte contentus, nemo ascendit in cœlum. De los disertos dixo

vez, que eran Maestros de vna ciencia, que quando la auian menester no la sabian, y que tocaban algo en presuntuosos, pues querian reduzir à demostraciones matematicas, que son inefables los mouimientos, y pensamientos colericos de sus contrarios. Con los que se teñian las barbas tenia particular enemistad, y tiñendo vna vez delante del dos hombres que el vno era Portuges; este dixo al Castellano (assiẽdose de las barbas, que tenia muy teñidas) Por estas barbas q̃ teño no rostro. A lo qual acudio Vidriera: Ollay home, naom digais teño, sino tiño. Otro traia barbas jaspeadas, y de muchas colores (culpa de la mala tinta) a quien dixo Vidriera que tenia las barbas de muladar ouero. A otro que traia las barbas por mitad blancas, y negras, por auerse descuydado, y los cañones crecidos, le dixo, que procurasse de no portiar, ni reñir con nadie, porque estaua aparejado a que le dixessen, que mentia por la mitad de la barba. Vna vez contò, que vna donzella discreta, y bien entendida, por acudir a la voluntad de sus padres, diò el si de casarse con vn viejo todo canoso, el qual la noche antes del dia del desposorio se fue no al tio Iordan, como dizen las viejas, sino a la redomilla del agua fuerte, y plata, con que renouò de manera su barba, que la acostò de negro, y la leuantò de pez. Llegòse la hora de darse las manos, y la donzella conociò por la pinta, y por la tinta la figura, y dixo a sus padres, que le diessen el mismo esposo que ellos le auian mostrado, que no queria otro. Ellos le dixeron, q̃ aquel que tenia delante, era el mismo que le auian mostrado, y dado por esposo. Ella replicò, que no era, y truxo testigos como el que sus padres le dieron era vn hombre graue, y lleno de canas, y q̃ pues el presente no las tenia, no era èl, y se llamaua a engaño. Atuuose a esto, corriose el teñido, y deshizose el casamiento. Con las dueñas tenia la misma ojeriza, que con los escauechados; dezia marauillas de su permafoy, de las mohatras, de sus reuerendas tocas, de sus muchas melindres, de sus escrupulos, y de su extraordinaria miseria. A mohina-uanle sus flaquezas de estomago, sus vaguidos de cabeza, su modo de hablar con mas repulgos que sus tocas. Y finalmente su inutilidad, y sus vaynillas.

Vno le dixo: Què es esto señor Licenciado, que os hè oido dezir mal de muchos oficios, y jamàs lo aueis dicho de los Escriuanos, auiendo tanto que dezir? A lo qual le respondio: Aunque de vidrio, no soy tan fragil, que me dexe ir con la co-

triente del vulgo, las mas vezes engañado. Pareceme a mi, que la Gramatica de los murmuradores, y ella la de los q̃ cantan, son los escriuanos: porque assi como no se puede passar à otras ciencias, si no és por la puerta de la Gramatica; y como el musico primero murmura que cãta, assi los maldicientes, por donde comiençan a mostrar la malignidad de sus lenguas, es por dezir mal de los escriuanos, y Alguaziles, y de los otros ministros de justicia; siendo vn oficio el del escriuano, sin el qual andaria la verdad por el mundo a sombra de tejados, corrida, y maltratada Y assi dize el Ecclesiastico: In manu Dei potestas nominis est, & super faciem scribæ imponet honorem. Es el Escriuano persona publica, y el oficio del juez no se puede exercitar comodamente sin el suyo. Pues este oficio, siendo de tanta fidelidad por què se ha de pẽsar, que de mas de veinte mil Escriuanos que ay en España, se lleue el diablo cosecha como si fuessen cepas de su majuelo? no lo quiera creer, ni es bien q̃ ninguno lo crea: porque finalmente digo, que es la gente mas necessaria que ay en las republicas bien ordenadas; y que si lleuauan demasiados derechos; tãbien hazen demasiados tuertos, y que destos dos estremos podia resultar vn medio que los hizi esse mirar por el virote. De los Alguaziles dixo, que no era mucho que tuuiessen algunos enemigos, siendo su oficio, prenderte, ò sacarte la hazienda de casa, y comer a tu costa. Tachaua la negligencia, ignorancia de los procuradores, solicitadores, comparandolos a los Medicos, los quales que sane, ò no sane el enfermo, ellos lleuan su propina: y los procuradores, y solicitadores, lo mismo, salgan, ò no salgan con pleyto que ayudan. De los musicos, y de los correos decia que tenia las esperanças y las suertes limitadas; porque vnos la acaban con llegar a ser lo de a cauallo, y los otros en alcançar a ser musicos del Rey. De las damas que llaman cortesanas, dezia que todas, ò las mas tenian mas de cortesanas, que de sanas. Estando vn dia en vna Iglesia, viò que traian a enterrar a vn viejo, y luego al mismo punto traxeron a bautizar a vn niño, y a velar vna muger, y todo a vn tiempo; y viendo esto dixo, que los templos eran campos de batalla, donde los viejos acaban, los niños vencen, y las mugeres triunfan. Acertò a picarle vna vez vna abispa en el cuello, y no se la osaua sacar dit, por no quebrarse, pero con todo esso se quexaua, preguntòle vno, que como auia sentido aquella abispa, si era su cuerpo de vidrio? Y respondiò, que aquella abispa deuia de ser murmuradora, porque la lengua, y picos de los murmuradores: eran bastãtes a desmoronar cuerpos de brõce, no que de vidrio. Passando a caso vn Religioso muy gordo, por dõde èl estaua, dixo vno de sus oyentes. De esta no se puede mouer el Padre. Enojòse Vidriera, y dixo: Nadie se oluide de lo que dixo el Espiritu Santo: Nolite tangere Christos meos, y subido mas en colera, dixo, q̃ mirassen en ello, y verian que de muchos Sãtos que de pocos años a esta parte auia canonizado la Iglesia, ninguno se llamaua el Capitan dõ fulano, ni el Secretario Don tal de don tales, ni el Conde Marques, ò Duque de tal parte, sino Fray Diego, Fray Iacinto, &c. todos Frayles, y Religiosos, porque las Religiones son los Arãjuezes del cielo, cuyos frutos de ordinario se ponen en la mesa de Dios. Dezia que las lẽguas de los murmuradores, eran cõmo las plumas del Aguila, que caen, y menoscauan todas las demas aues, que à ellas se juntan. De los gariteros, y tahures dezia milagros: dezia, que los gariteros, eran publicos preuaricadores porque en sacando el barato del que iba haziendo suertes, deseauã que perdiessen, y passasse el naype adelãte, porque el contrario las hiziesse, y èl cobrasse sus derechos. Alabaua mucho la paciencia de vn rahur, que estaua toda vna noche jugando, y perdiendo: y con ser de condicion colerico, y endemoniado, a trueco de que su contrario no se alçasse, no descosia la boca, y sufria lo que vn martir de Barrabas. Alabaua tãbien las conciencias de algunos honrados gariteros, que ni por imaginacion consentian q̃ en su casa se jugassen otros juegos que polla, y cientos: y con esto a fuego lento, sin temor, y mora de malsines, sacauã al cabo del mes mas barato, que los que consentian los juegos de estocada de el rapalo, siete, y llenar, y pinta en la del punto. En resolucion, èl dezia tales cosas, q̃ si no fuera por grandes gritos que daua quando le tocauan, ò à èl se arrimauan, por el habito que traia, por la estrecheza de su comida, por el modo con q̃ beuia, por el no querer dormir sino al cielo abierto en el Verano, y en el Inuierno en los pajares, como queda dicho, cõ que daua tan claras señales de su locura, ninguno pudiera creer sino que era vno de los mas cuerdos del mundo. Dos años, ò poco mas durò en esta enfermedad, porque vn Religioso de la Orden de san Geronimo, que tenia gracia, y ciencia particular en hazer que los mudos entendiessen, y en cierta manera

hablassen: y en curar los locos; tomò a su cargo de curar a Vidriera, mouido de caridad, y le curò, y sanò, y bolviò a su primer juizio, entendimiento, y discurso. Y assi como no le viò sano, le vistiò como letrado, y le hizo bolver a la Corte: donde con dar tãtas muestras de cuerdo, como las auia dado de loco, podia vsar su oficio, y hazerse famoso por èl. Hizòlo assi, y llamandose el Licenciado Rueda, y no Rodaja, bolvlò a la Corte, donde apenas huvo entrado, quando fue conocido de los muchachos: mas como le vieron tan diferente habito del que solia, no le osaron dar grita, ni hazer preguntas: pero seguianle, y dezian vnos, y otros: E te no es el loco Vidriera? a fee que es èl; ya viene cuerdo: pero tãbien puede ser loco bien vestido, como mal vestido. Pregũtemosle algo, y salgamos desta confusion. Todo esto oìa el Licenciado, y callaua, y iba mas confuso, y corrido que quando estaua sin juizio. Passò el conocimiento de los muchachos a los hõbres, y antes q̃ el Licenciado llegasse al patio de los Cõsejos lleuaua trás si mas de dozientas personas de todas suertes. Con este acompañamiento, q̃ era mas q̃ el de vn Catedratico, llegò al patio, donde le acabaró de circũcidar quantos en èl estauan. El viendose cõ tanta turba a la redonda, alçò la voz, y dixo: Señores, yo soy el Licenciado Vidriera, pero no el que solia, soy aora el Licenciado Rueda. sucessos; y desgracias, q̃ acõtecen en el mundo; por permission del cielo, me quitaron el juizio; y las misericordias de Dios me le han buelto. Por las cosas que dizen que dixe quãdo loco, podreis considerar las que dirè, y harè, quando cuerdo. Yo soy graduado en Leyes por Salamanca, a donde estudiè con pobreza, y adonde llegue a segundo en licencias, de do se puede inferir, q̃ mas la virtud que el fauor, me diò el grado que tengo. Aqui he venido a este gran mar de la Corte, para abogar, y ganar la vida: pero sino me dexais, avrè venido a abogar, y grangear la muerte. Por amor de Dios, que no hagais que el seguirme sea perseguirme, y que lo que alcancè por loco, que es el sustento, lo pierda por cuerdo. Lo que soliades preguntarme en las plaças, preguntadmelo aora en mi casa vereis que el que os respondia bien, segun dizen, de improuiso, os responderà mejor de pensado. Escucharonle todos, y dexaronle algunos. Boluiòse à su posada con poco menos acompañamiento, que auia lleuado. Saliò otro dia, y fuelo mismo: hizo otro sermõ, y no siruiò de nada: perdia mucho, y no ganaua cosa. Y viendose morir de hambre, determinò de dexar la Corte, y bolverse a Flandes, donde pensaua valerse de las fuerças de su braço, pues no se podia valer de las de su ingenio. Y poniẽdolo en efeto, dixo al salir de la Corte: O Corte, que alargas las esperanças de los atreuidos pretendientes, y acortas las de los virtuosos encogidos! Sustẽtas a tú

dantemente a los truhanes desvergonçados, y matas de hambre a los diseretos vergonçosos. Esto dixo, y se fue a Flandes, donde la vida que auia començado a eternizar por las letras, la acabò de eternizar por las armas, en compañia de su buen amigo el Capitan Valdiuia, dexando fama en su muerte, de prudente, y valentissimo soldado.

NOVELA SEXTA

LA FVERZA DE LA SANGRE.



NA Noche de las calurosas del Verano, bolvian de recrearse del rio en Toledo vn anciano hidalgo con su muger: vn niño pequeño; vna hija de edad de diez y seis años, y vna criada. La noche era clara las horas onze, el camino solo, y el passo tardo, por no pagar cõ cansacio la pesiõ q̃ traẽ cõsigo las holguras q̃ en el rio, ò en la vega se toma en Toledo. Cõ la seguridad que promete la mucha justicia de aquella Ciudad venia el buẽ hidalgo cõ su familia lexos de pẽsar en desastre q̃ sucederles pudiesse: pero como las mas de las desdichadas q̃ vienẽ nose piẽsã cõtra todo su pẽsamiento, les sucedió vna, que les diò que llorar muchos años. Hasta veinte y dos tendria vn Cauallero de aquella Ciudad,

a quié la riqueza, la sangre ilustre, la inclinacion torcida, la libertad demasiada, y las compañias libres, le hazian hazer cosas que desdezia de su calidad, y le dauan renombre de atreuido.

Este Caualiero, pues, que por aora por buenos respetos encubrié la su nóbre, le llamarémos cõ el de Rodolfo, cõ otros quatro amigos suyos, todos moços, todos alegres, y todos insolétes, baxauan por la misma cuesta q̃ el hidalgo subia. Encontraróse los dos esquadrones: el de las ouejas con el de los lobos, y con deshonesta desemboltura, Rodolfo, y sus camaradas, cubiertos los rostros, miraró los de la madre, y de la hija, y de la criada. Alborotóse el viejo, reprochóles, y afeóles su atreuimiento, ellos le respondieron con muecas, y burla, y sin desmandarse mas, passaron adelante. Pero la mucha hermosura del rostro que auia visto Rodolfo, que era el de Leocadia, que assi q̃rieron se llamasse la hija del hidalgo començó de tal manera a imprimirsele en la memoria, que le lleuó tras si la voluntad, y despertó en él vn deseo de gozarla, a pesar de todos los inconuenientes que sucederle pudiessen, y en vn instante comunicó su pensamiento cõ sus camaradas, y en otro instante se resolvieron de bolver, y robarla por dar gusto a Rodolfo; que siempre los ricos, que dàn en liberales, hallan quien califique por buenos sus malos gustos, y assi el nacer el mal proposito, el comunicarle, y el aprouarle, y el determinarse de robar a Leocadia, y el robarla, casi todo fue en vn punto. Pusieronse los pañiçuelos en los rostros, y desenbaynadas las espadas, bolvieron, y a pocos passos alcançaron a los que no auian acabado de dar gracias a Dios, que de las manos de aquellos atreuidos les auia librado. Arremetió Rodolfo con Leocadia, y cogiéndola en braços, dió a huir con ella: la qual no tuuo fuerças para defenderse, y el sobresalto le quitó la voz para quexarse, y aun la luz de los ojos, pues desmayada, y sin sentido, ni vio quien la lleuaua, ni adonde la lleuauan. Dió vozes su padre, gritó su madre, lloró su hermanico, arañose la criada: pero ni las vozes fueron oidas, ni los gritos escúchados, ni movió a compassion el llanto, ni los años fueró de prouecho alguno, porq̃ todo lo cubria la soledad del lugar, y el callado silencio de la noche, y crueles entrañas de los malhechores. Finalmente, alegres se fueron los vnos, y tristes se quedaron los otros. Rodolfo llegó a su casa sin impedimento alguno, y los padres de Leocadia llegaron a la suya

lastimados, afligidos, y desesperados. Ciegos sin los ojos de su hija, que eran la lumbre de los suyos solos, porque Leocadia era su dulce, y agradable compañia: confusos, sin saber si seria bien dar noticia de su desgracia a la justicia, temerosos no fuessen ellos el principal instrumento de publicar su deshonra. Veianse necesitados de fauor, como hidalgos pobres, no sabian de quien quexarse, sino de su corta ventura. Rodolfo entretanto, sagaz, y estuto, tenia ya en su casa, y en su aposento a Leocadia, a la qual puesto que sintió que ya iva desmayada, quando la lleuaua, la auia cubierto los ojos con vn pañuelo, porque no viesse las calles por donde la lleuaua, ni el aposento donde estaua, en el qual sin ser vista de nadie, a causa que él tenia vn quarto a parte en la casa de su padre, que aũ viuia, y tenia de su estancia la llaue, y las de todo el quarto. Inadvertencia de padres, que quieren tener hijos recogidos.

Antes que de su desmayo bolviesse Leocadia, auia cumplido su deseo Rodolfo, que los impetus no castos de la mocedad, pocas vezes, ò ningunas reparã en como didades, y requisitos, que mas los inciten, y leuanten. Ciego de la luz del entendimiẽto a escuras, robo la mejor prẽda de Leocadia: y como los pecados de la sensualidad por la mayor parte no tirã mas allà la barra, del termino del cumplimiento dellos, quisiera luego Rodolfo que de alli se desapareciera Leocadia, y le vino a la imaginacion de ponerla en la calle, assi desmayada como estaua, y yendolo a poner en obra, sintieron que boluia en si, diziendo: A donde estoy, desdichada? que escuridad es esta? q̃ tinieblas me rodean? Estoy en el limbo de mi inocencia, ò en el infierno de mis culpas? Iesus, quien me toca? Yo en cama, yo lastimada? Escuchasme madre, y señora mia? Oyesme querido padre? Ay sin ventura de mi, que bien aduierto que mis padres no me escuchan, y que mis enemigos me tocan. Venturosa seria yo, si esta escuridad durasse para siempre, sin q̃ mis ojos boluiessen a verla luz del mundo: y que este lugar donde aora estoy, qualquiera que él se fuesse, siruiesse de sepultura a mi hõra, pues es mejor la deshonra q̃ se ignora, que la honra que está puesta en opinion de las gentes. Ya me acuerdo (nunca yo me acordara) que ha poco que venia en la compañia de mis padres, ya me acuerdo que me salteáron, ya me imagino, y veo que no es bien que me vean las gentes. O tu qualquiera q̃ seas, que aqui estàs conmigo (y en esto tenia asido de las manos a

Ro-

Rodolfo (si es que tu alma admite genero de ruego alguno, te ruego, que ya que has triunfado de mi fama, triunfes tambien de mi vida; quitamela al momento, que no es bien que la tenga la que no tiene honra. Mira que el rigor de la crueldad que has vsado conmigo en ofenderme, se templarà con la piedad que vsaràs con matarme: y assi en vn mismo punto verèmos a ser cruel, y piadoso.

Confuso dexaron las razones de Leocadia à Rodolfo, y como moço poco experimentado, ni sabia què dezir, ni què hazer, cuyo silencio admiraua mas a Leocadia; la qual cõ las manos procuraua desengañarse si era fantasia, ò sombra la que con ella estaua. Pero como tocaua cuerpo, y se le acordaua de la fuerça que se le auia hecho, viniendo con sus padres, caia en la verdad del cuento de su desgracia. Y con este pensamiẽto tornò a anudar las razones, que los muchos sollozos, y suspiros auian interrumpido, diziendo: Atreuido mancebo, q̃ de poca edad hazen tus hechos que te juzgue, yo te perdone la ofensa que me has hecho, con solo que me prometas, y jures, que como la has cubierto con esta escuridad, la cubriràs con perpetuo silencio, sin dezirla a nadie. Poca recompensa te pido de tan grande agrauio: pero para mi serà la mayor que yo sabre pedirte, ni tu querràs darme. Aduierte en que yo nunca he visto tu rostro, ni quiero verle: porque ya que se acuerda de mi ofensa, no quiero acordarme de mi ofensor, ni guardar en la memoria la imaginacion del autor de mi daño: entre mi, y el cielo passarán mis quexas, sin querer que las oyga el mundo: el qual no juzga por los sucessos las cosas, sino conforme a el se le asienta en la estimacion. No sè como te digo estas verdades, que se suelen fundar en la experiencia de muchos casos, y en el discurso de muchos años, no llegando los mios a diez y siete: por donde me doy a entender, que el dolor de vna misma manera atu desata la lengua de el afligido: vnas vezes exagerando su mal para que se le crean, otras vezes no diziendole, por que no se le remedien. De qualquiera manera que ye calle, ò hable, creeràs que he de mouerte a que me creas, ò que me remedies: pues el no creerme serà ignorancia, y el remediarme imposible de tener algun aliuio: no quiero desesperarme, porque te costarà poco el darmele, y es esto: mira no aguardes, ni confies el discurso del tiempo temple la justa saña que contra ti tengo, ni quieras amontonar los agrauios, mientras menos mas gozares; y auiendome ya gozado, menos se encenderán tus malos deseos. Haz quenta que me ofendiste por accidente, sin dar lugar a ningun buen discurso, yo lo harè de que no naci en el mundo, ò que si naci, fue para ser desdichada. Ponme luego en la calle, ò a lo menos junto a la Iglesia Mayor, porque desde alli bien sabrè boluerme a mi casa; pero tambien has de jurar de no seguirme, ni saberla, ni preguntar el nombre de mis padres, ni el mio, ni de mis parientes; que a ser tan ricos, como nobles no fueran en mi tan desdichados. Respondeme a esto: y si temes que te pueda conocer en la habla, hagote saber que fuera de mi padre, y de mi Confessor, no he hablado con hombre alguno en mi vida, y a pocos he oidos hablar cõ tanta comunicacion, que pueda distinguirles por el sonido de la habla. La respuesta que diò Rodolfo a las discretas razones de la lastimada Leocadia, no fue otra que abraçarla, dado muestras que queria boluer a confirmar en èl su gusto, y en ella su deshonra. Lo qual visto por Leocadia, con mas fuerças de las que su tierna edad prometia, se defendiò con los pies, cõ las manos, con los dientes, y cõ la lengua, diziendole: Haz quenta traidor, y desastrado hõbre, quien quiera que seas, que los despojos que de mi has llevado, son los que podiste tomar de vn tronco, ò de vna coluna sin sentido, cuyo vencimiento, y triunfo ha de redundar en tu infamia, y menosprecio. Pero el que aora pretendes no le has de alcançar, sino con mi muerte. Desmayada me pisaste, y anquilaste, mas aora que tengo brios, antes podràs matarme, q̃ vencerme, que si aora despierta, sin resistencia consintiesse con tu abominable gusto, podrias imaginar que mi desmayo fue fingido, quando te atreuiste a destruirme. Finalmente, tan gallarda, y varonilmente se resistiò Leocadia, q̃ las fuerças, y los deseos de Rodolfo le enflaquecieron, y como la violencia que con Leocadia auia vsado, no tuuo otro principio, que de vn impetu lasciuo, del qual nunca nace el verdadero amor, que permanece, en lugar del impetu que se passa, queda, si no el arrepentimiento, a lo menos vna tibia voluntad de segundarle. Frio, pues, y cansado Rodolfo, sin hablar palabra alguna, dexò a Leocadia en su cama, y en su casa; y cerrando el aposento, se fue a buscar a sus camaradas para aconsejarse cõ ellos de lo q̃ hazer deuia. Sintiò Leocadia que quedaua sola, y encerrada, y leuantandose del lecho, anduuo todo el aposento, tentando las paredes con las

las manos, por ver si hallaua puerta por donde irse, ò ventana por do arrojarse: hallò la puerta, pero bien cerrada, y topò vna vẽtana, que pudo abrir por donde entrò el resplandor de la Luna, tan clara, que pudo distinguir Leocadia las colores de vnos damascos que el aposento adornauan. Viò que era dorada la cama, y tan ricamente compuesta, que mas parecia lecho de Principe, que de algun particular Caualiero. Contò las sillas, y los escritorios: notò à parte donde la puerta estaua, y aunque viò pendientes de las paredes algunas tablas, no pudo alcançar a ver las pinturas que contenian. La ventana era grãde, guarnecida, y guardada de vna gruessa reja, la vista de la qual caia à vn jardin, q̃ tambien se cerraua con paredes altas dificultades q̃ se opusieron à la intencion que de arrojarse a la calle tenia. Todo lo que viò, y notò de la capacidad y ricos adornos de aquella estancia, le diò a entender, que el dueño de ella deuia de ser hombre principal, y rico, y no como quiera, sino auentajadamente. En vn escritorio que estaua junto a la vẽtana, viò vn Crucifixo pequeño todo de plata, el qual tomò, y se le puso en la manga de la ropa, no por deuocion, ni por hurto, sino llenada de vn discreto designio. Hecho esto, cerrò la ventana como antes estaua, y boluiose al lecho, esperando q̃ fin tendria el mal principio de su sucesso. No auria passado a su parecer media hora, quando sintiò abrir la puerta de el aposento, y que a ella se llegò vna persona, y sin hablarle palabra con vn pañuelo le vendò los ojos, y tomandola del braço, la sacò fuera de la estancia, y sintiò que boluia acerrar la puerta. Esta persona era Rodolfo, el qual aunque auia ido a buscar a sus camaradas, no quiso hallarlas, pareciendole que no le estaua bien hazer testigos de lo con aquella donzella auia passado, antes se resolui en dezirles que arrepentido de el mal hecho, y mouido de su buena mas, la auia dexado en la mitad del camino. Con este acuerdo boluio tan presto a poner a Leocadia junto a la Iglesia Mayor como ella se lo auia pedido, antes que amaneciesse, y el dia le diò ocasion para reconocerla, y le forçasse a tenerla en su aposento, hasta la noche venidera, en el qual espacio de tiempo, ni el queria boluer a vsar de sus fuerças, ni dar ocasion a ser conocido. Lleuala, pues, hasta la plaça del Ayuntamiẽto, y allí en vna trocada, y en lẽgua mezclada Portuguesa, y Castellana, le dixo, que seguramẽte podia yr a su casa, porque de nadie seria seguida: y antes que ella tuuiesse lugar de quitarse el pañuelo, ya èl se auia puesto en parte donde no pudiesse ser visto. Quedò sola Leocadia, mirò bien à todas partes, no viò à persona: perplexa, sospechosa, que desde lexos la siguiessen, a cada passo se detenia, dandòlos àzia su casa, q̃ no muy lexos de allí estaua: y por desmentir las espias, si acaso la seguian, se entrò en vna casa que hallò abierta, y de allí à poco se fue à la suya, donde hallò à sus padres atonitos, y sin desnudarse, y aun sin tener pensamiento de tomar descanso alguno. Quando la vieron, corrieron à ella con braços abiertos, y con lagrimas en los ojos la recibieron. Leocadia llena de sobresalto, y alboroto, hizo à sus padres, q̃ se retirassen con ella a parte, como lo hizieron, y allí en breues palabras les diò cuenta de todo su desastrado sucesso, con todas las circunstancias del, y de la ninguna noticia que tenia del salteador, y rogò le hallar le su honra. Dixoles lo que auia visto en el teatro donde se representò la tragedia de su desuentura, la ventana, el jardin, la reja, los escritorios, la cama, los damascos, y à lo vltimo les mostrò el Crucifixo que auia traido, ante cuya Imagen se renouaron las lagrimas, se hizieron deprecaciones, le pidieron venganças, y desearon milagrosos castigos. Dixo assimismo, que aunque ella no deseaua venir en conocimiento de su ofensor, que si à sus padres les parecia ser bien conocerle, que por medio de aquella Imagen podrian, haziendo que los sacristanes dixessen en los pulpitos de todas las Parroquias de la Ciudad, que el que huuiesse perdido tal Imagen, la hallaria en poder del Religioso que ellos señalassen, y que assi sabiendo el dueño de la Imagen se sabria la casa, y aun la persona de su enemigo. A esto replicò el padre: Bien has dicho hija mia, si la malicia ordinaria no se opusiera à tu discreto discurso; pues esta claro, que esta Imagen oy en este dia se ha de echar menos en el aposento que dizes, y el dueño de ella ha de tener por cierto q̃ la persona que en èl estuuo, se la lleuò, y de llegar à su noticia que la tiene algun Religioso, antes ha de seruir de conocer quien se la diò al tal que la tiene, que no de declarar el dueño que la perdiò, porque puede hazer que venga por ella otro a quien el dueño aya dado las señas. Y siendo esto assi, antes quedarèmos confusos, que informados, puesto que podemos vsar del mismo artificio que sospechamos, dandola al Religioso por tercera persona. Lo que has de hazer hija es guardarla, y encomẽdarte à ella, que pues ella fue

fue testigo de tu desgracia, permitira que aya juez que buelva por tu justicia. Y aduierte hija, que mas lastima vna onça de deshonra publica, que vn arrobi de infamia secreta; y pues puedes viuir honrada con Dios en publico, no te pene de estar deshonrada conmigo en secreto. La de honra está en el pecado, y la honra en la virtud, con el dicho, con el deseo, y con la obra se ofende a Dios, y pues tu, ni el dicho, ni en pensamiento, ni en hecho le has ofendido, tẽte por honrada, que yo por tal te tẽdrè, sin que jamas te mire sino como verdadero padre tuyo. Con estas razones consolò su padre à Leocadia, y abraçando la de nueuo su madre, procurò tambien consolarla: ella gimiò, y llorò de nueuo, y se reduxo à cubrir la cabeça, como dizen, y à viuir recogida debaxo del amparo de sus padres, cõ vestido tan honesto como pobre Rodolfo en tanto buelto a su casa echando menos la Imagen del Crucifixo, imaginò quien la auia llenado, pero no se le diò nada, y como rico no hizo caso dello, ni sus padres se la pidieron, quãdo de alli a tres dias q̃ se partiò a Italia, entregò por cuenta à vna camarera de su madre, todo lo que en el aposento dexaua. Muchos dias auia que tenia Rodolfo determinado de passar á Italia, y su padre que auia estado en ella, se lo persuadia, diziendole, que no era Caualleros los que solo eran en su patria, que era menester serlo tambien en las agenas. Por estas, y otras razones se dispuso la voluntad de Rodolfo, a cumplir la de su padre, el qual le diò credito de muchos dineros para Barcelona, Genoua, Roma, y Napoles; y el con dos de sus camaradas se partiò luego, goloso de lo que auia oido dezir de algunos soldados de la abundancia de las hosterias de Italia, y Francia; de la libertad que en los aloxamientos tienen los Españoles. Son aualeados aquel pico on presum, salcicha &c. de quien los soldados se acuerdan, quando de aquellas partes vienen à estas de España. Finalmente, el se fue con tan poca memoria de lo que con la hermosa Leocadia le auia sucedido, como si no huviera pasado. Ella en este entretanto pasaua la vida en casa de sus padres, con el recato, y recogimiento possible, sin dexarse de persona alguna, temerosa que su desgracia se la auian de leer en la frente: pero a pocos meses viò serle forçoso hazer por fuerça lo que hasta alli auia hecho de grado hazia, viò que conuenia viuir retirada, y escondida, porque se sintiò preñada, sucesso por el qual las algun tanto dadas lagrimas, bolvieron a

ojos, y los suspiros, y lamentos, tomençaron de nueuo a herir los vientos, sin ser parte la discrecion de su buena madre a consolarla. Bolò el tiempo, y llegòse el punto del parto, y con sumo secreto, que aun no se osò fiar de la partera, vsurpando este oficio à la madre, diò à luz del mundo vn niño de los hermosos que pudieran imaginarse. Con el mismo recato, y secreto que auia nacido le llenaron à vna aldea, donde se criò quatro años, al cabo de los quales con nombre de sobrino le traxo su abuelo à su casa, donde se criaua, sino muy rica, a lo menos virtuosamente. Era el niño la quien pusieron nombre Luis, por llamarse assi su abuelo, de rostro hermoso, de condicion mansa, de ingenio agudo, y en todas las acciones que en aquella edad tierna podia hazer, daua señales de ser de algũ noble padre engendrado, y de tal manera su gracia, belleza, y discrecion enamoraron à sus abuelos, que vinieron a tener por dicha la desgracia de su hija, por averles dado tal nieto. Quando iba por la calle, llouiã sobre el millares de bendiciones. Vnos bendecian su hermosura, otros la madre que lo auia parido; estos el padre que lo engendrò; aquellos a quien le criaua. Con este aplauso de los que le conocian, y no conocian, llegò el niño à la edad de siete años, en la qual ya sabia leer latin, y romance, y escriuir formada, y muy buena letra: porq̃ la intencion de sus abuelos era hazerle virtuoso, y sabio, ya que no le podian hazer rico, como si la sabiduria, y la virtud no fuessen las riquezas sobre quien no tienen jurisdicion los ladrones, ni la que llamamos fortuna. Sucediò, pues, que vn dia, q̃ el niño fue con vn recaudo de su abuela à vna parienta suya, acertò à passar por vna calle dõde auia carrera de Cauallos: pusose à mirar, y por mejorarse de puesto, passò de vna parte à otra, à tiempo q̃ no pudo huir de ser atropellado de vn caballo, à cuyo dueño no fue possible detenerle en la furia de su carrera. Passò por encima del, y dexòle como muerto, tendido en el suelo, derramãdo mucha sangre de la cabeça. Apenas esto huuo sucedido, quando vn Caualiero anciano, que estaua mirando la carrera, con no vista ligereça se arrojò de su caballo, y fue donde estaua el niño, y quitandole de los braços de vno que ya le tenia, le puso en los suyos, y sin tener cuenta cõ sus canas, ni con su autoridad, que era mucha, à passo largo se fue à su casa, ordenando à sus criados, que le dexassen, y fuessen à buscar vn Cirujano, que al niño curasse. Muchos Caua-

llero: le siguieron, hasta nueue de la de la gracia de tan hermoso niño, porque luego saliò la voz que el atropella lo era Luysico, el sobrino del tal Caualliero, nombrado a su abuelo. Esta voz corriò de boca en boca, hasta que llegò a los oydos de sus abuelos, y de su encubierta madre; los quales certificados bien del caso, como no desatinados, y locos salieron a buscar a su querido por ser tan conocido, y tan principal el Caualliero que le auia llenado, muchos de los que encontraron les dixeron su casa, a la qual llegaron a tiempo que ya estaua el niño en poder del Cirujano. El Caualliero, y su muger, dueños de la casa, pidieron a los q̃ pensaron ser sus padres, que no llorassen, ni alçassen voz a quexarse, porque no le seria al niño de ningun prouecho. El Cirujano, que era famoso, auiendole curado con grandissimo tiento, y maestria, dixo que no era tan mortal la herida, como al principio auia temido. En la mitad de la cura boluiò Luis en su acuerdo, que hasta alli auia estado sin el, y alegròse en ver a sus tios, los quales le preguntaron llorando, q̃ como se sentia? Respondiò que bueno, fino que le dolia mucho el cuerpo, y la cabeça. Mandò el Medico que no hablassen cõ el, sino que le dexassen reposar. Hizòse assi, y su abuelo començò a agradecer al señor de la casa la caridad q̃ con su sobrino auia vsado. A lo qual respondio el Caualliero, que no tenia q̃ agradecerle; porque le hazia saber, que quando viò al niño crido, y atropellado, le pareciò que auia visto el rostro de vn hijo suyo, a quien el quiere tiernamente, y que esto le mouia a tomarle en sus braços, y traerle a su casa, donde estaria todo el tiempo que la cura durasse, con el regalo q̃ fuesse possible, y necessario. Su muger, que era vna noble señora, dixo lo mismo, y hizo aun mas encarecidas promessas. Admiraron quedaron de tanta Christiandad los abuelos, pero la madre quedò mas admirada, porque auiendo cõ las nueuas del Cirujano sossegadose algun tanto su alborotado espiritu, mirò atentamente el aposento donde su hijo estaua, y claramente conociò por muchas señales conociò que aquella era su estancia donde se auia dado fin a su honra, y principio a su desventura: y que no estaua adornada de los damascos que entonces tenia conociò la disposicion della viò la ventana de la reja q̃ caia al jardin, y por estar cerrada la causa del herido, pregunto si aquella ventana respondia a algun jardin; y vsele respondido que si, pero lo que mas conociò fue, que aquella era la misma cama, y mas que el propio escritorio, sobre el qual estaua la Imagen que auia traido, se estaua en el mismo lugar. Finalmente sacaron a luz la verdad de todas sus sospechas, los escalones que alli auia contado, quando de alli sacaron, digo los escalones que auia desde alli a la calle, que con aduertencia discreta contò. Y quando boluiò a su casa, dexando a su hijo los boluiò a contar, y hallò cabal el numero. Y confiriendo vnas señales con otras, de todo punto certificò por claro, y verdadero lo que tenia en su imaginacion, de lo qual diò por esten so cuenta a su madre, que como discreta se informò, si el Caualliero, dõde su nieto estaua, auia casado, ò tenia algun hijo, y halló que el q̃ llamamos Rodolfo, que era, y que estaua en Italia y tanteando el tiempo que le dixeron que auia faltaua de España, vio que eran los mismos siete años que el nieto tenia. Diò aviso de todo esto a su marido, y entre los dos, y su hija acordaron de esperar lo que Dios hazia del herido, el qual dentro de quinze dias estuuo fuera de peligro, y a los treinta se leuantò; en todo el qual tiempo fue viudrado de la madre, y de la abuela, y regalado de los dueños de la casa, como si fuera su mismo hijo; y algunas vezes hablando con Leocadia doña

Estefania, que assi se llamaua la muger del Caualliero, le dezia, que aquel niño se parecia tanto a vn hijo suyo, que estaua en Italia que ninguna vez le miraua, que no le pareciesse verá su hijo. Destas razones tomò ocasion de dezirle vna vez que se hallò sola con ella, las que con acuerdo de sus padres auia determinado de dezirle que fueron estas. El dia, señora que mis padres oyeron dezir, que su sobrino estaua tan mal parado, creyeron, y pensaron que se les auia cerrado el cielo, y caido todo el mundo a cuestas, imaginaron que ya les faltaua la lumbre de sus ojos, y el vaculo de su vejez faltandoles este sobrino, a quien ellos de tal manera tienẽ amor, que con muchas ventajas excede al que suelen tener otros padres a sus hijos, mas como dizirse suele, que quando Dios dà la llaga, dà la medicina, la hallò el año en esta casa, vino assimismo en ella el recuerdo de vnas memorias, que no las podrè oluidar mientras la vida me durare. Yo señora soy noble porque mis padres lo son, y lo han sido todos mis antepassados, que con vna mediania de los bienes de fortuna han sustentado su honra felizmente, donde quiera que han viuido, admirada, y suspensa estaua doña Estefania, escuchando las razones de Leocadia, y no podia

dia creer, aunque lo veia, que tanta disereccion pudiesse encerrarse en tan pocos años, puesto que a su parecer la juzgaua por de veinte, poco mas a menos, y sin dezirle, ni replicarle palabra, esperò todas las que quiso dezirle, que fueron aquellas q̃ bastaron para contarle la trauesura de su hijo, la deshonra suya, el robo, el cubrirle los ojos, el traerle a aquel aposento, las señales en que auia conocido ser aquel el mismo que sospechaua, para cuya confirmacion sacò del pecho la Imagen del Crucifixo que auia lleuado, a quien dixo: Tu, señor, que fuiste testigo de la fuerça q̃ se me hizo, sè Iuez de la enmienda que se me deue hazer. De encima de aquel escritorio te lleuè con proposito de acordarte siẽpre mi agrauio, no para pedirte vengança dèl, que no la pretendo, sino para rogarte, me die. Tes algun consuelo, con que llegar en paciencia mi desgracia. Este niño, Señor, con que aueis mostrado el estremo de vuestra gran caridad, es vuestro verdadero nieto, permision fue del cielo, el auerle atropellado, para q̃ trayendole a vuestra casa, hallasse yo en ella, como espero que he de hallar, si no el verdadero remedio que mejor conuenga con mi desuẽtura: a lo menos el medio con q̃ pueda sobrellegarla. Diziendo esto, abraçada con el Crucifixo cayò desmayada en los braços de Doña Estefania, la qual enfin como muger, y noble, en quien la compassiò, y misericordia suele ser tan natural, como la crueldad en el hombre; apenas vio el desmayo de Leocadia, quando juntò su rostro con el suyo, derramando sobre el tantas lagrimas, que no fue menester esparcerle otra agua encima, para que Leocadia en si boluiesse. Estando los dos desta manera, acertò a entrar el Cauallero, marido de doña Estefania, que traia Luysico de la mano, y viendo el llanto de Estefania, y el desmayo de Leocadia, preguntò a gran priessa le dixessen la causa de do procedia? El niño abraçaua a su madre por su prima, y a su abuela por su bien hechora; y assi mismo preguntaua, por q̃ llorauan. Grandes cosas, señor, ay que deziros, respondiò doña Estefania a su marido, cuyo remate se acabarà con deziros, que hagais cuenta que esta desmayada es hija vuestra, y este niño vuestro nieto. Esta verdad que os digo me ha dicho està niña, y la ha confirmado, y confirma el rostro deste niño, el qual entrambos auemos visto el de nuestro hijo. Si mas no os declarais, señora, yo nò os entiendo, replicò el Cauallero. En esto boluiò en si Leocadia, y abraçada del Cru-

Crucifixo, parecia estar cõuertida en vn mar de llanto. Todo lo qual tenia puesto en gran cõfusion al Cauallero, de la qual salió, contandole su muger todo aquello q̃ Leocadia la auia contado, y èl lo creyò por diuina permision del cielo, como si con muchos, y verdaderos testigos se lo huuieran prouado. Consolò, y abraçò a Leocadia, besò a su nieto: y aquel mismo dia despacharon vn correo a Napoles, auisando a su hijo se viniesse luego, porque le tenian casamiento concertado cõ vna muger muy hermosa: y tal qual para èl conuenia. No consintieron que Leocadia, ni su hijo boluiessen mas a la casa de sus padres, los quales contentissimos del buen sucesso de su hija, dauã infinitas gracias a Dios por ello. Llegò el correo a Napoles, y Rodolfo con la golosina de gozar tan hermosa muger, como su padre le significaua, de allia dos dias que recibio la carta, ofreciendosele ocasion de quatro galeras, que estauan a punto de venir a Espana, se embarcò en ellas con sus dos camaradas, que aun no le auian dexado: y con prospero sucesso en doze dias llegò a Barcelona, y de alli por la posta en otros siete, le puso en Toledo, y entrò en casa de su padre tan galan, y tan bizarro, que los estremos de la gala, y de la bizarria estauan en èl todos juntos. Alegraronse sus padres con la salud, y bien venida de su hijo. Suspendiòse Leocadia, que de parte escondida le miraua por no salir de la traça, y orden que doña Estefania le auia dado. Las camaradas de Rodolfo quisieran irse a sus casas luego, pero no lo consintiò Estefania por auerlos menester para su desiignio. Estaua cerca la noche, quando Rodolfo llegò, y en tanto que se adereçaua la cena Estefania llamò a parte las camaradas de su hijo, creyendo, que erã ellos los dos de los tres que Leocadia auia dicho que ivan con Rodolfo la noche que la robaron, y con grandes ruegos les pidio le dixessen si se acordauan que su hijo auia robado a vna muger tal noche, tãtos años auia, porque el saber la verdad desto, importaua la honra, y el sossiego de todos sus parientes. Y con tales, y tãtos encarecimientos se lo supo rogar, y de tal manera les asseguro, q̃ de descubrir este robo, no les podia succederdaño alguno, que ellos tuuieron por bien de confessar ser verdad, que vna noche de Verano, yèdo ellos dos, y otro amigo con Rodolfo robaron en la misma que ello señalaua, a vna muchacha, y que Rodolfo se auia venido cõ ella, mientras ellos detenian la gente de su familia que con vozes la querian defender; y que otro

dia les auia dicho Rodolfo, que la auia lleuado a su casa: y solo esto era lo que podian responder a lo que les preguntaua. La cõfession destos dos fue echar la llaue a todas las dudas que en tal caso se podian ofrecer: y assi determinò de llegar al cabo de su buen pẽsamiento, que fue este. Poco antes que se sentassen a cenar, se entrò en vn apossento a solas su madre con Rodolfo, yponiendole vn retrato en las manos, le dixo: Yo quiero Rodolfo, darte vna gustosa cena, con mostrarte tu esposa: este es su retrato: pero quiero aduertirte, que lo que la falta de belleza, le sobra de virtud, es noble, y discreta, y medianamente rica. Y pues tu padre: y yo te la damos, assegurate que es la que te conuiene. Atentamente mirò Rodolfo el retrato, y dixo. Si los pintores, que ordinariamente suelen ser prodigios de la hermosura, con los rostros que retratan, lo tranfido tambien con este, sin duda creo que el original deue de ser la misma fealdad: a la fe señora, y madre, justo es, y bueno, q̃ los hijos obedezcan a sus padres, en quanto les mandaren, pero tambien es conueniente, y mejor q̃ los padres dẽ a sus hijos estado de que mas gustaren; y pues el del matrimonio es nudo q̃ no le desata sino la muerte, bien serà que sus laços sean iguales, y de vnos mismos hilos fabricados. La virtud, la nobleza, la discrecion, y los bienes de la fortuna, bien pueden alegrar el entendimiento de aquel à quiẽ le cupieron en suerte con su esposa: pero que la fealdad della alegre los ojos del esposo, pareceme imposible. Moço soy, pero bien se me entiende, que se compadece con el Sacramẽto del Matrimonio, el justo, y deuido deleyte, que los casados gozan, y que si èl falta, cojea el matrimonio, y desdize de su segunda intencion. Pues pensar que vn rostro feo, que se ha de tener a todas horas delante de los ojos, en la sala en la mesa, y en la cama, pueda deleytar, otra vez digo que lo tẽgo por casi imposible. Por vida de v.m. madre mia, q̃ me dè compañera que me entretenga, y no enfade; porque sino tocar a vna, ò a otra parte, igualmente, y por camino derecho lleuemos ambos a dos el yugo donde el cielo nos pusiere. Si esta señora es noble, discreta, y rica como v.m. dize, no le faltarà esposo, que sea de diferente humor que el mio. Vnos ay que buscan nobleza, otros discrecion, otros dineros, y otros hermosura: y yo soy destos vltimos: porque la nobleza, gracias al cielo, y a mis passados, y a mis padres, que me la dexaron por herẽcia. Discrecion, como vna mu-

ger no sea necia, tanta, ò poca, mas vale q̃ ni por aguda des putte: ni por boba no aproueche. De las riquezas, tambien las de mis padres me hazen no estar temeroso de venir a ser pobre. La hermosura busco, la belleza quiero, no con otro dote que con la honestidad, y buenas costumbres, que si esto trae mi esposa, yo seruirè a Dios con gusto, y darè buena vejez a mis padres. Contentissima quedò su madre de las razones de Rodolfo, por auer conocido por ellas que yua saliendo bien con su designio. Respondiole q̃ ella procuraria casarle con forme a su deseo, que no tuuiesse pena, que era facil deshazerse los cõciertos, que de casarse con aquella señora estauan hechos: agradeciòselo Rodolfo, y por ser llegada la hora de cenarse fueron a la mesa: y auiendose sentado a ella el padre, y la madre, Rodolfo, y sus camaradas, dixo doña Estefania al descuidado: Pecadora de mi, y que bien que trato a mi huespeda, andad vos, dixo a vn criado, dezid a la señora Doña Leocadia, que sin entrar en cuentas con su mucha honestidad nos venga a honrar esta mesa, que los que a ella està todos son mis hijos, y sus seruidores. Todo esto era traza suya, y de todo lo que auia de hazer estaua auisada Leocadia. Poco tardò en salir Leocadia, y dar de si la mas hermosa muestra, que pudo dar la mas cõpuesta: y natural hermosura. Venia vestida por ser Inuierno, de vna saya entera de terciopelo negro, llouida de botones de oro, y perlas, cintura, y collar de diamantes, sus cabellos, que eran luengos, y no demasiadamente rubios, le seruian de adorno, y tocas; cuya inuencion de lazos, y rizos, y vislumbres de diamantes, que con ellos se entretexian, turbauan a la luz de los ojos que los mirauan. Era Leocadia de gentil disposicion, y brio; traia de la mano a su hijo, y delante della venian dos donzellas alumbrandola con dos velas de cera en dos candeleros de plata. Leuantaronse todos a hazer la reuerencia, como si fuera a alguna cosa del cielo, que alli milagrosamente se auia aparecido. Ninguno de los que alli estauan embeuecidos mirandola, parece q̃ de atonitos no acertaron a dezirle palabra Leocadia con ayrosa gracia, y discreta crianza se humillò a todos, y tomandola de la mano Estefania, la sentò junto a si: frontero de Rodolfo: al niño sentaron junto a su abuelo. Rodolfo, que de cerca miraua la incomparable belleza de Leocadia, dezia entre si: Si la mitad desta hermosura tuuiera la que mi padre me tiene escogida por esposa tuuierame

yo por el mas dichoso del mundo; y en esto se le iba entrando por los ojos a tomar possessiõ de su alma la hermosa imagen de Leocadia, la qual en tanto q̃ la cena venia, viendo tambien tan cerca de si al que ya queria mas que a la luz de los ojos, cõ que alguna vez a hurto le miraua, començò a rebolver en su imaginacion lo que con Rodolfo le auia passado; començaron a enflaquecerse en su alma las esperanças que de ser su esposo su madre le auia dado, temiendo que a la cortedad de su ventura, auian de correspõder las promessas de su madre. Y fue la consideraciõ tan intẽsa, y los pensamiẽtos tan rebueltos, que le apretaron el coraçon de manera que començò a sudar, y a perderse de color en vn punto, sobreuiniendole vn desmayo que le forçò a reclinar la cabeça en los braços de doña Estefania, que como assi la viò cõturbacion la recibiò en ellos. Sobresaltaronse todos, y dexando la mesa acudieron a remediarla: pero el que diò mas muestras de sentirlo, fue Rodolfo, pues por llegar presto a ella, tropeçò, y cayò dos vezes; ni por desabrocharle, ni echarla agua en el rostro, bolvia en si antes el leuantado pecho, y el pulso, que no se le hallaua, iban dando señales de su muerte: y las criadas, y criados de casa como menos considerados, dieron vozes, y la publicaron por muerta. Estas amargas nueuas llegaron à los oidos de los padres de Leocadia, que para mas gustosa ocasion los tenia doña Estefania escondidos. Los quales con el Cura de la Parroquia, que assimismo con estos estaua, rompiendo el orden de Estefania, salieron à la sala. Llegò el Cura presto, por ver si por algunas señales daua indicios de arrepentirse de sus pecados, para absoluerla dellos; y donde pensò hallar vn desmayado, hallò dos, porque ya estaua Rodolfo puesto el rostro sobre el pecho de Leocadia. Diòle su madre lugar que a ella llegasse, como à cosa suya, pero quando viò q̃ tambien estaua sin sentido, estuuo apique de perder el suyo, y le perdiera si no viera que Rodolfo tornaua en si como bolviò, corrido de que le huuiessen visto hazer tales extremos; pero su madre, casi como adiuinando lo que su hijo sentia, le dixo: No te corras hijo de los extremos q̃ has hecho, sino correte de los que no hizieres, quando sepas lo q̃ no quiero tenerte mas encubierto, puesto que pensaua dexarlo hasta mas alegre coyuntura. Has de saber hijo de mi alma, que esta desmayada que en los braços tengo, es verdadera esposa: llamo verdadera, porque yo, y tu padre la teniamos escogida, q̃ la del retrato es falsa. Quando esto oyò Rodolfo, leuãtado de su amoroso, y encendido deseo, quitandole el nombre de esposo todos los estorbos que la honestidad, y decẽcia del lugar le podian poner, se abalançò al rostro de Leocadia, y juntando su boca con la della, estaua como esperando, que se le saliesse el alma, para darle acogida en la suya: pero quando mas las lagrimas de todos, por lastima crecian, y por dolor las vozes se aumentauan bolviò en si Leocadia, y con su buelta, bolviò la alegria, y contento, que de los pechos de todos se auia ausentado. Hallòse Leocadia entre los braços de Rodolfo, y aunque fuera cõ honesta fuerça desasirse dellos, pero èl le dixo: No señora, no ha de ser assi, no es bien que peneis por apartaros de los braços de aquel q̃ os tiene en el alma. A esta razon acabò de todo en todo de cobrar Leocadia sus sentidos, y D. Estefania de no llenar mas adelante su determinacion primera, diziendo al Cura: que luego desposasse à su hijo con Leocadia: ello hizo assi, que por auer sucedido este caso en tiempo quando con sola la voluntad de los contrayentes quedaua hecho el matrimonio, no huvo dificultad que impidiesse el desposorio, el qual hecho dexese a

otra pluma, y à otro ingenio mas delicado que el mio, el cõtar la alegria de todos los que en el se hallaron: los abraços q̃ los padres de Leocadia dieron à Rodolfo, las gracias que dieron al cielo, y à sus padres, los ofrecimientos de las partes, la admiracion de los camaradas de Rodolfo, que tan impensadamente vieron la noche de su llegada tan hermoso desposorio, y mas quando supieron, por contarlo delante de todos Doña Estefania, que Leocadia era la donzella, que en su cõpañia su hijo auia robado, de que no menos suspenso quedò Rodolfo, y por certificarse mas de aquella verdad, preguntò à Leocadia, le dixesse alguna señal por donde viniesse en conocimiento entero de lo que no dudaua por parecerle que sus padres lo tendrian bien auerigUado. Ella respondiò: Quando yo recordè, y bolvi en mi de otro desmayo, me hallè señor, en vuestros braços sin honra, pero yo lo doy por bien empleado, pues al bolver del que ora he tenido, assimismo me hallè en los braços de entõces, pero hõrada. Y si esta señal no basta, baste la de vna Imagen de vn Crucifixo, que nadie os le pudo hurtar, sino yo, si es que por la mañana le echastes menos, y si es el mismo que tiene mi señora. Vos lo sois de mi alma, y lo se-

Universidad de Deusto Biblioteca

ferais los años que Dios ordenare, dixo Rodolfo, y abraçandola de nueuo, bolvieron las bendiciones, y parabienes, que les dieron. Vino la cena, y vinieron musicos, que para esto estauan preuenidos. Viòse Rodolfo à si mismo en el espejo del rostro de su hijo, lloraron sus quatro abuelos de gusto; no quedò rincon en toda la casa, que no fuesse visitado del jubilo, del contento, y de la alegria. Y aunque la noche bolaua con sus ligeras, y negras alas, le parecia à Rodolfo que iba, y caminaua no con alas, sino con muletas, tan grande era el deseo de verse à solas con su querida esposa. Llegò en fin la hora deseada, porque no ay fin que no le tenga. Fuerònse à acostar todos, quedò toda la casa sepultada en silencio, en el qual quedarà la verdad desta cuenta; pues no lo consentiràn los muchos hijos, y ilustre descendencia que en Toledo dexaron, y aora viuen estos dos venturosos desposados, que muchos y felizes años gozaron de si mismos, de sus hijos, y de sus nietos, permitido todo por el cielo, y por la fuerça de la sangre, que viò derramada en el suelo el valeroso, ilustre, y Christianissimo abuelo del Lusico.

NOVELA SEPTIMA.

EL ZELOSO ESTREMEÑO.

NO Ha muchos años, que de vn lugar de Estremadura se saliò vn hidalgo, nacido de padres nobles, el qual como otro Prodigo, por diuersas partes de España, Italia, y Flandes, anduuo gastando, assi los años, como la hazienda; y al fin de muchas peregrinaciones (muertos ya sus padres, y gastado su patrimonio) vino à parar a la

gran ciudad de Seuilla, donde hallò ocasion muy bastante para acabar de consumir lo poco q̃ le quedaua. Viendose, pues, tan falto de dineros, y aun no con muchos amigos se acogiò al remedio, que otros muchos perdidos en aquella Ciudad se acogen, que es el passarse a las Indias, refugio, y amparo de los desesperados de España, Iglesia de los alçados, saluoconducto de los homicidas, pala, y cuberta de los jugadores (a quien llaman ciertos los peritos en el arte) añagaza general de mugeres libres, engaño comun de muchos, y remedio particular de muy pocos. En fin llegando el tiempo en que vna flota partia para Tierra-firme, acomodandose con el Almirante della aderezò su matalotage, y su mortaja de esparto, y embarcandose en Cadiz, echando la bendicion a España, con intento de no boluer mas a ella, cargò la flota, y con general alegria dieron las velas al viento, que blando, y muy prospero soplaua, el qual en muy breue tiempo les encubriò la tierra, y les descubriò las anchas, y espaciosas llanuras del gran padre de las aguas el mar Oceano. Yua nuestro passagero muy pensatiuo, reboluiendo en su memoria los muchos, y diuersos peligros, que en los años de su peregrinacion auia passado, y el mal gouierno que en todo el discurso de su vida auia tenido, y sacaua de la cuenta que assi mismo se iva tomando, vna firme resolucion de mudar manera de vida, y de tener otro estilo en guardar la hazienda, que Dios fuesse seruido de darle, y de proceder con mas recato q̃ hasta alli con las mugeres: La flota estaua como en calma, quando passaua cõsigo esta tormenta. Felipo de Carriçales (q̃ este es el nombre del que ha dado materia a nuestra nouela) tornò a soplar el viento, impeliendo con tanta fuerça los nauios, que no dexò a nadie en sus asientos: y assi le fue forçoso a Carriçales dexar sus imaginaciones, y dexarse lleuar de solos los cuydados que el viage le ofrecia; el qual viage fue tan prospero, que sin recibir algun reues, ni contraste, llegarõ al puerto de Cartagena. Y por concluir cõ todo lo que no haze a nuestro proposito, digo, q̃ la edad que tenia Filipo, quando passò a las Indias, seria de quarẽta, y ocho años, y en veinte que en ella estuuo, ayudando de su industria, y diligencia, alcançò a tener mas de ciento y cincuenta mil pesos ensayados. Viendose, pues, rico, y prospero, tocado del natural deseo que todos tienen de boluer a su patria pospuesto, grandes intereses, que se le ofrecian, dexan

xando el Piru, donde auia gran
geado tanta hazienda, trayen-
dola toda en barras de oro, y
plata, y registrada, y por quitar
inconuenientes se boluiò a Es-
paña, desembarcò en Sanlucar:
llegò a Seuilla tã lleno de años,
como de riquezas, saco sus par-
tidas sin çoçobras, buscò sus
amigos, hallòlos todos muer-
tos, quiso partirse a su tierra,
aunque ya auia tenido nueuas
que ningun pariente le auia de-
xado la muerte. Y si quando
iva à Indias, pobre, y menes-
teroso, y le iban combatiendo
muchos pensamientos, sin de-
xarle sossegar vn punto en mi-
tad de las ondas del mar, no
menos aora en el sossiego de la
tierra le combatian, aunque
por diferente causa, que si entõ
ces no dormia por pobre, aora
no podia sossegar de rico, que
tan pesada carga es la riqueza
al que no està vsado a tenerla,
ni sabe vsar della, como lo es la
pobreza al que continuo la tie-
ne. Cuydados acarrea el oro, y
cuidados la falta de èl; pero los
vnos se remedian con alcançar
vna mediana cantidad, y los
otros se aumentan mientras
mas parte se alcança. Contem-
plaua Carrizales en sus barras,
no por miserable, porque en al-
gunos años que fue soldado,
aprendiò a ser liberal, sino en lo
que auia de hazer dellas, a cau-
sa que tenerlas en ser, era cosa
infructuosa, y tenerlas en este
cebo para los codiciosos, y des-
pertador para los ladrones. A-
uiase muerto en èl la gana de
bolver al inquieto trato de las
mercancias, y pareciale, q̃ con-
forme à los años que tenia, le fo-
brauan dineros para passar la vi-
da, y quisiera passarla en su tie-
rra, y dar en ella su hazienda à
tributo, passando en ella los de
su vejez, enquietud, y sossie-
go, dando à Dios lo que po-
dia, pues auia dado al mun-
mas de lo que deuia. Por otra
parte considerana, que la estre-
cheza de su patria era mucha,
la gente muy pobre, que el ir
à viuir à ella, era ponerse por
blanco de todas las importu-
dades que los pobres suelen
al rico, que tienen por vezino
y mas quando no ay otro en
lugar, à quien acudir con sus
miserias. Quisiera tener à qui
dexar sus bienes despues de
dias, y con este deseo toma
el pulso à su fortaleza, y pare-
ciale, que aun podia llevar
carga del matrimonio; y en vi
miendole este pensamien to,
sobresaltaua vn tan gran mie
do, que assi se le desvaneçaua, y
deshazia, como haze à la nie
bla el viento, porque de su na-
tural condicion era el mas ze-
loso hombre del mundo, aun
sin estar casado, pues con solo la
imaginacion de serlo, le co-
mençauan à ofender los zelos

à fatigar las sospechas, y à so-
bresaltar las imaginaciones, y
esto con tanta eficacia, y vehe-
mencia, que de todo en todo
puso de no casarse. Y
estando resuelto esto, y no lo es-
tando en lo que auia de hazer
de su vida, quiso su suerte, que
passando vn dia por vna calle
alçasse los ojos, y viesse à vna
ventana puesta vna donzella,
al parecer de edad de trece a
catorce años, de tan agrada-
ble rostro, y tan hermosa, que
sin ser poderoso para defender-
le el buen viejo Carrizales,
tindiò la flaqueza de sus mu-
chos años, à los pocos de Leo-
nora, que assi era el nombre
de la hermosa donzella. Y luego, sin mas detenerse, comen-
çò à hazer vn gran monton de
discursos, y hablando consigo
mismo, dezia: Esta muchacha
es hermosa, y lo que muestra la
presencia desta casa, no deue de
ser rica, y ella es niña, sus pocos
años pueden assegurar mis sos-
pechas, casarme he con ella, en
cerrarèla, harèla a mis mañas,
y con esto no tendrà otra con-
dicion, que aquella que yo la
enseñare. Y no soy tan viejo, q̃
pueda perder las esperanças de
tener hijos que me hereden. De
que tenga dote, ò no, no ay pa-
rage le hazer caso, pues el cielo
suele dar para todos: y los ricos
no han de buscar en sus matri-
monios hazienda, sino gusto,
que el gusto alarga la vida, y los
disgustos, entre los casados, la
acortan. Alto, pues, echada està
la suerte, y esta es la que el cie-
lo quiere que yo tenga. Y assi
hecho este soliloquio, no vna
vez, sino ciento, al cabo de al-
gunos dias hablòcon los padres
de Leonora, y supo como aun-
que pobres, eran nobles: y dan-
doles cuenta de su intento, y de
la calidad de su persona, y ha-
zienda, les rogò le diessen por
muger à su hija. Ellos le pidierõ
tiempo para informarse de lo q̃
dezia, y que èl tambien le ten-
dria para enterarse ser verdad
lo que de su nobleza le auian
dicho. Despidieronse, informa-
ronse las partes, y hallaron ser
assi lo que entrambos dixeron;
y finalmente, Leonora quedò
por esposa de Carrizales, auien
dola dotado primero en veinte
mil ducados: tal estaua de abra-
sado el pecho del moço viejo;
el qual apenas diò el si de espo-
so, quando de golpe le embistiò vn tropel de rabiosos zelos,
y començò sin causa à temblar,
y a tener mas cuidados que ja-
mas auia tenido. Y la primera
muestra que diò de su condicion
zelosa, fue no querer que sastre
alguno tomasse la medida à su
esposa de los muchos vestidos
que pensaua hazerla, y assi an-
duuo mirando qual otra mu-
ger tendria, poco mas a menos,
el talle, y cuerpo de Leonora, y
la-

hallò vna aprecia cuya medida hizo hacer vna ropa, y prouandosela su esposa, hallò que le venia bien, y por aquella medida hizo los demas vestidos, que fueron tantos, y tan ricos, que los padres de la desposada se tuuieron por mas que dichosos, en auer acertado con tan buen yerno, para remedio suyo, y de su hija. La niña estaua alborotada de ver tantas galas, a causa que las q̃lla en su vida se auia p. esto, no passauan de vna saya de raja, y vna ropilla de tafetan. La segunda señal q̃ dio Filipo, fue no querer juntarse con su esposa, hasta tenerla puesta casa a parte, la qual adereçò en esta forma: Comprò vna casa en doze mil ducados en vn barrio principal de la ciudad, que tenia agua de pie, y jardin con muchos naranjos, y cerrò todas las ventanas que miraua a la calle, y dioles vista al cielo, y lo mismo hizo de todas las otras de casa. En el portal de la calle, que en Sevilla llaman casa puerta, hizo vna caualleriça para vna mula, y encima della vn pajar, y apartamiento, donde estuuiesse el que auia de cuidar de ella que fue vn negro viejo, y en el cabo leuantò las paredes de las açoteas, de tal manera, que el que entraua en casa auia de mirar el Cielo por linea recta, sin que pudiessen ver otra cosa. Hizo torno, q̃ de la casa puerta respondia al patio. Comprò rico menage, para adornar la casa, de modo que por tapicerias, estrados, y doseles ricos mostraua ser de vn gran señor. Comprò assimismo quatro esclauas blancas, y hertò las ser rostro, otras dos negras hozejes. Concertòse con vn despensero, que le truxesse, y comprase de comer, con condicion que no durmiesse en casa ni entrasse en ella sino hasta el torno por el qual auia de dar lo que truxesse. Hecho esto, dio parte de su hazienda a censo, situada en diuersas, y buenas partes, otra puso en el varco, y sucediòse con alguna para lo que se le ofreciesse. Hizo assimismo vna ama maestra para toda la casa, y encerrò en ella todo lo que se le comprasse en junto, y con razones, para la prouision de todo el año, y teniendolo assi adereçado, y como esto, se fue a casa de sus suegros, y pidio a su suegro, que se la entregasse, no con pocas lagrimas, porque les parecio que la llenauan a la sepultura. La tierna Leonora aun no sabia lo que le auia acontecido, y assi llorando con sus padres les pidiò su bendicion, y despidiendose dellos, rodeada de sus esclauas, y criadas, assida de la mano de su marido, se vino a su casa, y en entrando en ella les hizo Carrizales vn sermon a todas, encargandoles la guarda de Leonora, y que por ninguna via, ni en ningun modo dexassen entrar nadie de la segunda puerta à dentro, aunque fuesse el negro Eunuco. Y a quien mas encargò la guarda, y regalo de Leonora, fue a vna dueña de mucha prudencia, y grauedad, que recibiò como gouernanta de Leonora, y para que fuesse superintendente de todo lo que en la casa se hiziesse, y para que mandasse à las esclauas, y à otras dos doncellas de la misma edad de Leonora, q̃ para q̃ se entretuuiesse cõ las de sus mismos años, assi mismo auia recibido. Prometiòles que las trataria, y regalaria à todas de manera que no sintiessen su encerramiẽto, y que los dias de fiesta, todos sin faltar ninguno irian à oir Missa, pero tan de mañana que apenas tuuiesse la luz lugar de verlas. Prometieronle las criadas, y esclauas de hazer todo aquello que les mandaua, sin pesadumbre, con prompta voluntad, y animo. Y la nueua esposa encogiendo los ombros baxò la cabeça, y dixo, que ella no tenia otra voluntad que la de su esposo, y señor, a quien estaua siempre obediente. Hecha esta preuencion, y recogido el buẽ Estremeño en su casa, comenҫò à gozar como prudente los frutos de el matrimonio, los quales à Leonora, como no tenia experiencia de

otros, ni eran enfadosos, ni desabridos, y assi passaua el tiempo con su dueña, donzella, y esclauas: y ellas por passarle mejor, dieron en ser algun tanto golosas, y pocos dias se passauan sin hazer muchas cosas, a quien la miel, y el açucar hazen fabrosas. Sobrauales para esto en grande abundancia lo que auia menester, y no menos sobrauа en su amo la voluntad de darselo, pareciendole que con ello las tenia entretenidas, y ocupadas sin tener lugar donde ponerse à pensar en su encerramiento. Leonora andaua à lo igual con sus criadas, y se entretenia en lo mismo que ellas, y aun dio con su simplicidad en hazer muñecas, y en otras niñerias que mostrauan la llaneza de su condicion, y la terneza de sus años, todo lo qual era de grandissima satisfacion para el zeloso marido, pareciendole q̃ auia acertado a escoger la vida mejor que se la supo imaginar, y que por ninguna via la industria, ni la malicia humana podia perturbar su sossiego: y assi solo se desvelaua en traer regalos a su esposa, y en acordarle le pidiesse todos quantos le viniessen al pensamiento, que de todos seria seruida. Los dias que iban a Missa, que como està dicho era entre dos luzes venian sus padres, y en la Iglesia hablauan a su hija delante de su ma-

mari lo, el qual les daua tantas dadiuas, que aunque tenian lastima à su hija, por la estrecheza en que viuia, la templauan con las muchas dadiuas q̃ Carrizales, su liberal yerno les daua. Leuantauase de mañana, y aguardaua à que el despẽsero viniesse, à quien de la noche antes, por vna cedula q̃ ponian en el torno, le auisauan lo que auia de traer otro dia: y en viniendo el despensero, salia de casa Carrizales, las mas vezes à pie, dexando cerradas las dos puertas, la de la calle, y la de enmedio, y entre las dos quedaua el negro. Ibase à sus negocios, que eran pocos, y con brevedad daua la buelta, y encerrandose, se entretenia en regalar à su esposa, y acariciar à sus criadas, q̃ todas le querian bien, por ser de condicion llana, y agradable: y sobre todo por mostrarse tan liberal con todas. Desta manera passaron vn año de nouiciado, y hizieron profession en aquella vida, determinãdose de llevarla hasta el fin de las suyas: y assi fuera, si el sagaz perturbador del genero humano no lo estoruara, como aora lo oyreis.

Digame aora el q̃ se tuuiere por mas discreto, y recatado, què mas preuenciones para su seguridad podia auer hecho el anciano Filipo, pues aun no contẽtò que dentro de su casa huuiesse algun animal que fuesse varon? A los ratones de ella jamàs los persiguiò gato, ni en ella se oyò ladrido de perro: todos eran del genero femenino. De dia pensaua, y de noche no dormia: èl era la ronda, y centinela de su casa, y el Argos de lo q̃ e bien queria: jamas entrò hombre de la puerta à dentro del patio: cõ sus amigos negociaua en la calle. Las sedas de los paños, que sus salas, y quadras adornauan, todas eran hembras, flores, y bosques. Toda su casa olia à honestidad, recogimiento, y recato: aun hasta en las cõsejas, que en las largas noches del Inuierno en la chimenea sus criadas contauan, por estar èl presente, no ninguna, ningũ genero de liuia se descubria. La plata de canas del viejo, à los ojos Leonora, parecian cabellos oro puro, porque el amor mero, que las donzellas tienen se les imprime en el alma, como el sello en la cera. Su demasiada guarda, le parecia aduerdo recato. Pensaua, y creia, lo q̃ ella passaua, passaua cõ las recièn casadas. No se desdauan sus pensamientos à de las paredes de su casa, ni voluntad deseaua otra mas de aquella que la q̃ su rido queria: solos los dias iba à Missa veia las calles, y era tan de mañana, que sino al bolver de la Iglesia, no luz para mirarlas. No se viò Monasterio tan cerrado, ni Mõjas mas recogidas, ni mançanas de oro tan guardadas: y con todo esto, no pudo en ninguna manera preuenir, ni escusar de caer en lo que recelaua, à lo menos en pensar que auia caido.

Ay en Seuilla vn genero de gente ociosa, y holgazana, à quien comunmente suelen llamar gente de barrio: estos son los hijos de vezino de cada Collacion, y de los mas ricos della, gente valdia, atildada, y meliflua: de la qual, de su trage, y manera de viuir, de su cõdicio, y de las leyes q̃ guardan entre si, auia mucho q̃ dezir, pero por los buenos respetos se dexa

Vno destos galanes, pues, que entre ellos es llamado Virote (moço soltero, que recien casado llaman mantones) acertò à mirar la casa del recatado Carrizales: y viendola siempre cerrada le tomò gana de saber quien viuia dentro, y con tanto ahinco, y curiosidad hizo la diligencia, que de todo en todo vino à saber lo que deseaua. Supo la condicion del viejo, la hermosura de su esposa, y el modo que tenia en guardarla. Todo lo qual le encendiò el deseo, de ver si seria possible expugnar por fuerça, ò por industria, fortaleza tã guardada. Y comunicandolo con dos virotes, y vn manton sus amigos, acordaron que se pusiesse por obra, que nũca para tales obras faltan consejeros, y ayudadores. Dificultauan el modo que se tendria para intentar tan dificil hazaña, y auiendo entrado en bureo muchas vezes, cõuinieron que fingiendo Loaysa (q̃ assi se llamaua el virote) que iba fuera de la Ciudad por algunos dias, se quitasse de los ojos de sus amigos, como lo hizo: y hecho esto se puso vnos calçones de lienço, y camisa limpia: pero encima se puso vnos vestidos tan rotos, y remendados, que ningun pobre en toda la Ciudad los traia tan astrosos. Quitòse vn poco de barba, que tenia, cubriose vn ojo con vn parche: vendòse vna pierna estrechamente, y arrimandose à dos muletas se conuirtiò en vn pobre tullido, tal que el mas verdadero estropeado no se le igualaua. Con este talle se ponia cada noche à la Oracion, à la puerta de la casa de Carrizales, que ya estaua cerrada, quedando el negro, que Luis se llamaua, cerrado entre las dos puertas. Puesto alli Loysa sacaua vna guitarrilla, algo grasiẽta, y falta de algunas cuerdas; y como èl era algo musico, començaua à tañer algunos sones alegres, y regozijados, mudando la voz por no ser conocido. Con esto se daua priessa à cantar romances de Moros, y Mo-

ras a la loquesca, con tanta gracia que quantos passauan por la calle, se ponian a escucharle, y siempre en tanto que cantaua, estaua rodeado de muchachos, y Luis el negro, poniendo los oidos por entre las puertas, estaua colgado de la musica del virote, y diera vn braço por poder abrir la puerta, y escucharle mas a su placer: tal es la inclinacion que los negros tienen a ser musicos. Y quando Loaisa queria que los que le escuchauan, le dexassen, dexaua de cantar, y recogia su guitarra, y acogiendose a sus muletas, se iva. Quatro, ò cinco vezes auia dado musica al negro (que por solo él la daua) pareciendole, que por donde se auia de comẽçar à desmoronar aquel edificio, auia, y deuia ser por el negro: y no le saliò vano su pensamiento, porque llegandose vna noche, como solia, à la puerta, començò à templar su guitarra, y sintiò que el negro estaua ya atento, y llegandose al quicio de la puerta con voz baxa, dixo: Serà posible Luis, darme vn poco de agua, que perezco de sed, y no puedo cantar? No, dixo el negro, porque no tengo la llaue desta puerta, y no ay abujero por dõde daros la: Pues quien tiene la llaue? preguntò Loaysa. Mi amo, respondiò el negro, que es el mas zeloso hõbre del mundo. Y si el supiesse que yo soy aora aqui hablando con nadie, no seria mas mi vida: pero quien sois vos, que me pedis el agua? Yo, respondiò Loaysa, soy vn pobre estropeado de vna pierna, que gano mi vida pidiẽdo por Dios a la buena gente, y juntamente con esto enseño à tañer à algunos moros, y à otra gente pobre, y ya tengo tres negros esclauos de tres Veintiquatros, à quien he enseñado de modo que pueden cantar, y tañer en qualquier bayle, y en qualquiera taberna, y me lo hã pagado muy rebien. Harto mejor os lo pagara yo, dixo Luis, à tener lugar de tomar licio, pero no es posible, causa que mi amo en saliendo por la mañana cierra la puerta de la calle, y quãdo buelve hazlo mismo, dexandome empare- dado entre dos puertas. Por Dios, Luis, replicò Loaysa (que ya sabia el nombre de el negro) que si vos diessedes traça à que yo entrasse algunas noches a daros licion, en menos de quinze dias os sacaria tan diestro en la guitarra, que pudiessedes tañer sin verguença alguna en qualquiera esquina: porque os hago saber, que tengo grãdissima gracia en el enseñar; y mas que he oido dezir, que vos teneis muy buena abilidad, y à lo que siento, y puedo juzgar por el organo de la voz, que es aplacible, y enseñaros mejor que al

Preste Iuan de las Indias: porq̃ veo ser gran lastima que se pierda vna tal voz como la vuestra, faltandole el arrimo de la guitarra, q̃ quiero que se pais hermano Luis, que la mejor voz del mundo pierde de sus quilates quando no se acompaña con el instrumento, aora sea de guitarra, ò clauicimbano, de organos, de arpa: pero el que mas a vuestra voz le conuiene, es el instrumento de la guitarra, por ser el mas mañero, y menos costoso de los instrumentos. Bien me parece esso replico el negro, pero no puede ser, pues jamas entran las llaues en mi poder, ni mi amo las suelta de la mano: de dia, y de noche duermen debaxo de su almohada: Pues hazed otra cosa Luis, dixo Loaysa, si es que teneis gana de ser musico consumado, que sino la teneis, no ay para que cansarme en aconsejaros. Y como si tengo gana, replico Luis, y tanta q̃ ninguna cosa dexare de hazer como sea posible salir con ella, a trueco de salir cõ ser musico. Pues assi es, dixo el virote, yo os darè por entre estas puertas, haziendo vos lugar, quitando alguna tierra del quicio, digo que os darè vnas tenaças, y vn martillo, con que podais, de noche quitar los clauos de la cerradura de loba, con mucha facilidad, y con la misma boluereмos a poner la chapa,

No canto mal, respondiò el negro, pero que me puede aprouechar, pues no sè tonada alguna, sino la de la Estrella de Venus, y la de por vn verde prado, y aquella que aora se vsa, q̃ dize: A los hierros de vna reja turbada mano asida. Todas essas son ayre, dixo Loaysa, para las que yo os pudiera enseñar: porque sè todas las del Moro Abindarraez con las de su dama Xarifa, y todas las que se cãtan de la historia del gran Sofi Tomunibey, con las de la Zarabanda a lo diuino, que son tales, que hazen pasmar a los mismos Portugueses, que son los que mas las vsan, y esto enseño con tales modos, y con tanta facilidad, que aunque no os deis priessa a aprender, apenas avreis comido tres, ò quatro Mayos de sal, quando ya os veais musico corriente, y moliente en todo genero de guitarra. A esto suspirò el negro, y dixo: Que aprouecha todo esso, sino se como medio meteros en casa. Buen remedio, dixo Loaisa, procurad vos tomar las llaues a vuestro amo, y yo os dare vn pedaço de cera, donde las imprimais de manera, que queden señaladas las guardas en la cera: que por la aficion que os he tomado, yo harè que vn cerrage- ro amigo mio haga las llaues, y assi podrè entrar dentro de noche, y enseñaros mejor que al

de modo que no se eche de ver que ha sido desclauada, y estando yo dentro encerrado con vos en vuestro pajar, ò à donde dormis, me dare tal priessa à lo que tengo que hazer, que vos veais aun mas de lo que os he dicho, con aprouechamiento de mi persona, y aumento de vuestra suficiẽcia: y de lo que huuieremos de comer, no tengais cuydado, que yo lleuarè matalotage para entrambos, y para mas de ocho dias; q̃ discípulos tengo, y amigos, que no me dexarã mal passar. De la comida, replicò el negro, no avrà de q̃ temer, que con la racion que me dà mi amo, y cõ los relieues que me dàn las esclauas, sobrarà comida para otros dos. Venga esse martillo, y tenaças que dezis, que yo harè por junto à este quicio, lugar por donde quepa, y le bolveré à encubrir, y tapar con barro, que puesto que dè algunos golpes en quitar la chapa, mi amo duerme tan lexos desta puerta, q̃ serà milagro, ò grã desgracia nuestra si los oye. Pues à la mano de Dios, dixo Loysa, que de aqui à dos dias tendreis, amigo Luis, todo lo necessario, para poner en execucion vuestro virtuoso proposito, y advertid en no comer cosas flemosas, porque no hazen ningun prouecho, sino mucho daño à la voz. Ninguna cosa me enronquece tanto, respondiò el negro, como el vino, pero no me lo quitarè yo por todas quantas vozes tiene el suelo. No digo tal, dixo Loysa, ni Dios tal permita, bebed hijo Luis, bebed, y buen prouecho os haga, que el vino que se bebe con medida, jamas fue causa de daño alguno. Con medida lo bebo, replicò el negro, aqui tengo vn jarro, que cabe vna açumbre justa, y caual: este me llenan las esclauas sin que mi amo lo sepa, y el despẽsero a solapo, me trae vna botilla, que tambien cabe justas dos açumbres, con que se suplẽ las falaas del jarro. Digo, dixo Loaysa, que tal sea mi vida, como esso me parece, porq̃ la seca garganta, ni gruñe, ni canta. Andad con Dios, dixo el negro, pero mirad q̃ no dexeis de venir à cantar aqui todas las noches que tardaredes en traer lo que aueis de hazer, para entrar acà dentro, que ya me comen los dedos por verlos puestos en la gitarra. Y como si vendrè, respondiò Loaysa, y aun con tonadicas nueuas. Esso pido, dixo Luis, y aora no me dexeis de cantar algo, porque me vaya acostar con gusto; y en lo de la paga, entienda el señor pobre, que le he de pagar mejor que vn rico. No reparo en esso, dixo Loaysa, que segun yo os enseñare, assi me pagareis, y por aora escuchad esta tonadilla, que quando esto dètre vereis

vereis milagros. Sea en buen hora respondiò el negro. Y acabado el amigo coloquio, cantò Loaysa vn romancito agudo, con que dexò al negro tan contento, y satisfecho, que ya no veia la hora de abrir la puerta. Apenas se quitò Loaysa de la puerta, quando con mas ligereza que el traer de sus muletas prometia, se fue à dar cuenta à sus consejeros de su buen comienço, adiuino del bien fin que por el esperaua; hallòlos, y contòlo q̃ con el negro quedaua concertado: y otro dia hallaron los instrumentos tales, que rompian qualquiera clauo, como si fuera de palo. No se defendiò el virtuoso de bolver à dar mas cuerda al negro, ni menos tuuo descuydo el negro en hazer el abujero por donde cupiesse lo que su maestro le diesse, cubriendolo de manera, que a no ser auisado, con malicia, no se podia caer en el agujero. La segunda noche le diò los instrumentos Loaysa, y Luis prouò sus fuerças, y casi sin poner alguna se hallò rompidos los clauos, y con la chapa de la cerradura en las manos abriò la puerta, y recogiò a sù Orfeo, y maestro, y quando se viò con sus dos muletas, y tan handrajoso, y tan faxada su pierna, quedò admirado. No llenaua Loaysa el parche en el ojo, por no ser necessario; y assi como entrò, abrazò

de si escuchãdole: auiendo tocado vn poco, sacò de nuevo colacion, y diòla à su discipulo, y aunque con dulce, bebiò con tan buen talante de la bota, que le dexò mas fuera de sentido que la musica. Passado esto, ordenò que luego tomasse licion Luis, y como el pobre negro tenia quatro dedos de vino sobre los sessos, no acertaua traste, y cõ todo esso le hazia creer Loaysa, que ya sabia por lo menos dos tonadas: y era lo bueno que el negro se lo creìa, y en toda la noche no hizo otra cosa que tañer con la guitarra destemplada, y sin las cuerdas necessarias. Durmiò lo poco que de la noche le quedaua, y à hora de las seis de la mañana baxò Carrizales, y abriò la puerta de enmedio, y tambien la de la calle, y estuuo esperando al despensero; el qual vino de alli à vn poco, y dando por el torno la comida, se bolviò à ir, y llamò al negro que baxasse à tomar cebada para la mula, y su racion, y en tomandola se fue el viejo Carrizales, dexãdo cerradas ambas puertas, sin echar dever lo q̃ en la calle se auia hecho, de que no poco se alegrarõ maestro, y discipulo. Apenas saliò el amo de casa, quando el negro arrebatò la guitarra, y començò à tocar de tal manera, que todas las criadas le oyeron, y por el torno le preguntaron: Que es esto Luis; de quãndo acà tienes tu guitarra, òquiẽ te la ha dado? Quien me la ha dado? respondiò Luis, el mejor musico que ay en el mundo, y el que me ha de enseñar en menos de seis dias, mas de seis mil sones. Y donde està esse musico, preguntò la dueña? No està muy lexos de aqui, respondio el negro: y sino fuera por verguença, y por el temor que tengo à mi señor, quizà os le enseñara luego, y à fee que os holgaredes de verle. Y adõde puede estàr, que nosotras le podamos ver? Replicò la dueña, si en esta casa jamàs entrò otro hombre que nuestro dueño. Aora bien, dixo el negro, no os quiero dezir nada, hasta q̃ veais lo que yo sè, y èl me ha enseñado en el breue tiempo que he dicho. Por cierto, dixo la dueña, que sino es algun demonio el que te ha de enseñar, que yo no sè quien te pueda sacar musico con tanta breuedad. Andad, dixo el negro, que lo oyreis, y lo vereis algun dia. No puede ser esso, dixo otra donzella, porque no tenemos ventanas à la calle, para poder ver, ni oìr à nadie. Bien està, dixo el negro, que para todo ay remedio, sino es para escusar la muerte, y mas si vosotras sabeis, ò quereis callar. Y como que callare nos, hermano Luis, dixo vna de las esclauas, callaremos mas

mas que si fuessemos mudas: porque te prometo amigo que me muero por oir vna voz, que despues que aqui nos emparedaron, ni aun el canto de los pajaros auemos oido. Todas estas platicas estaua escuchando Loaysa, con grandissimo contento, pareciendole que todas se encaminauan à la consecucion de su gusto, y que la buena suerte auia tomado la mano en guiarlas a la medida de su voluntad. Despidieronse las criadas, con prometerles el negro, que quando menos se pensassen las llamaria a oir vna muy buena voz, y con temor que su amo boluiesse, y le hallasse hablando con ellas, las dexò, y se recogiò a su estancia, y clausura. Quisiera tomar licion, pero no se atreuiò a tocar de dia, porque su amo no le oyesse, el qual vino de alli a poco espacio, y cerrando las puertas, segũ su costumbre, se entrò en casa. Y al dar aquel dia de comer por el torno al negro, dixo Luis a vna negra, que se lo daua, que aquella noche, auiendo dormido su amo, baxassen todas al torno, a oir la voz que les auia prometido, sin falta alguna. Verdad es, que antes que dixesse esto auia pedido con muchos ruegos a su maestro, fuesse contento de cantar, y tañer aquella noche al torno, porque el pudiesse cumplir la palabra que auia dado de hazer oir a las criadas vna voz estremada, asseguradose que seria en estremo regalado de todas ellas. Algose hizo de rogar el maestro, de hazer lo que èl mas deseaua: pero al fin dixo, que haria lo que su buen dicipulo pedia, solo por darle gusto, sin otro interes alguno. Abraçòle el negro, y diòle vn beso en el carrillo, en señal del contento que le auia causado la merced prometida, y aquel dia diò a comer a Loaysa tan bien, como si comiera en su casa, y aun quizà mejor, pues pudiera ser que en su casa le faltara. Llegòse la noche, y en la mitad della, ò poco menos, començaron a cecear en el torno, y luego entendido Luis, q̃ era la casi la que auia llegado, y llamando à su maestro, baxaron del pajar con la guitarra bien encordada, y mejor templada. Preguntò Luis, quien, y quantas eran las que escuchauan? Respondieronle que todas, sino su señora, q̃ quedaua durmiendo cõ su marido, de que le pesò à Loaysa: pero con todo esso quiso dar principio à su designio, y contentar à su dicipulo, y tocando mansamente la guitarra, tales sones hizo, que dexò admirado al negro, y suspenso el rebaño de las mugeres, q̃ le escuchauan. Pues q̃ dirè de lo que ellas sintieron, quando le

oyerõ tocar el pesame de ello, y baylar cõ el endemoniado son de la çarabanda, nueua entonces en España. No quedò viejo por baylar, ni moza que no se hiziesse pedaços, todo a la sorda, y con silencio estraño, poniendo centinelas, y espias que auisassen si el viejo despertaua. Cantò assi mismo Loaysa coplillas de la seguida, con que acabò de echar el sello al gusto de las escuchantes, que ahincadamente pidieron al negro, les dixesse quien era tan milagroso musico. El negro les dixo que era vn pobre mendicante, el mas galan, y gentil hombre, que auia en toda la pobreria de Seuilla. Rogaronle que hiziesse de suerte, que ellas le viessen y que no le dexasse ir en quinze dias de casa, que ellas se regalarian muy bien, y darian quanto huuiesse menester. Preguntaronle, q̃ modo auia tenido para meterle en casa? A esto no respondio palabra: a lo demas dixo que para poderle ver, hiziessen vn agujero pequeño en el torno, que despues lo tapariã con cera: y que a lo de tenerle en casa, que el lo procuraria. Hablòles tambien Loaysa, ofreciendoseles a su seruicio con tan buenas razones, que ellas echaron de ver que no salian de ingenio de pobre mendicante. Rogaronle, que otra noche viniesse al mismo puesto, que ellas harian con su señora que baxasse a escuchalle a pesar del ligero sueño de su señor, cuya ligereza no nacia de sus muchos años, sino de sus muchos zelos. A lo qual dixo Loaysa, que si ellas gustauan de oirle sin sobresalto del viejo, q̃ el les daria vnos poluos, que le echassen en el vino, que le harian dormir con pesado sueño mas tiempo del ordinario, Jesus valme, dixo vna de las damas zellas, y si esso fuesse verdad, q̃ buena ventura se nos auia entrado por las puertas sin sentirlo, y sin merecerlo. No serian ellos poluos de sueño para el, sino poluos de vida para nosotras, y para la pobre de su señora Leonora su muger, que no la dexa à sol ni a sombra, ni la pierde de vista vn solo momento. Ay señor mio de mi alma: traiga essos poluos, assi Dios le de todo el bien que desea, vaya, no tarde vn punto traigalos señor mio, que yo me ofrezco a mezclarlos en el vino, y a ser la escanciadora: y pluguiesse a Dios que durmiesse el viejo tres dias con sus noches: que otros tantos tendriamos nosotras de gloria. Pues yo los traere, dixo Loaysa, y son tales, q̃ no hazen otro mal, ni daño a quien los toma, sino es prouocarle al sueño pesadissimo. Todas le rogaron que los traxesse con breuedad, y quedando de hazer otra noche con vna Varrena el agujero en el torno, y de traer a la señora, para que la viesse y oyesse, se despidieron, y el negro aunque era [illegible] de quien tomar leccion, [illegible] oido que el suyo, en quantos diepulos tenia, y no sabia si por [illegible] negro, ni lo supo jamas, hizo la cruzado. Tenian los amigos de Loaysa muy particular cuydado de venir de noche a escuchar por entre las puertas de la calle, a ver si su amigo hazia algo, o si auia menester alguna cosa, y haziendo vna señal que dexaron concertada, conoció Loaysa que estauan a la puerta, y por el agujero de el quicio les dio breue cuenta del buen termino en que estaua su negocio, pidiendoles encarecidamente buscassen alguna cosa que prouocasse a sueño, para darselo a Carrizales, que ella auia oido dezir, que auia vnos poluos para este efecto, dixeronle, que tenian vn Medico amigo, que les daria el mejor remedio que supiesse, si el que le auia, y animandole a proseguir la empressa, y prometiendole de boluer la noche siguiente con el recado, se despidieron. Vino la noche, y la vanda de las palomas acudio al reclamo de la guitarra: con ellas vino la simple Leonora, tremolando de miedo, que no despertasse su marido, que aunque ella venciesse la de este temor, no auia de venir, tantas cosas le dixeron las criadas, especialmente la dueña de la su vida de la muñeca, y de la galarda disposicion del musico, sobre que sin auerle visto, le alabaua, y subia sobre Absalon, y sobre Orfeo, que la pobre señora conuencida, y persuadida de ellas, huuo de hazer lo que no tenia, ni tuuiera jamas en voluntad. Lo primero que hizieron, fue varrenar el torno para ver al musico, el qual no estaua ya en habitos de pobre, sino con vnos calçones grandes de rafetan leonado, anchos a la napolitana, vn jubon de lo mismo, con trencillas de oro, y vna montera de raso de la misma color, con cuello almidonado con grandes puntas, y encaje, que de todo vino prouisto en las alforjas, y imaginando, que se auia de ver en ocasion que le conuiniesse mudar de trage. Era mozo, y de gentil disposicion, y buen parecer, y como auia tarro tiempo, que todas tenian hecha la vista a mirar al viejo de su amo, parecioles que no auian a vn Angel. Ponianse vna al agujero para verle, y luego otra, y porque le pudiessen ver mejor, andaua el buelgo passeandole el cuerpo de arriba abaxo, con el torcal de cera en-

escendido. Y despues que todas le huuieron visto, hasta las negras bozales, tomò Loaysa la guitarrilla, y cantò aquella noche tan estremadamente, q̃ las acabò de dexar suspensas, y atonitas a todas, assi a la vieja, como a las moças, y todas rogaron a Luis diesse orden, y traça, como el señor su maestro entrasse allà dentro para oirle, y verle de mas cerca y no tan por bruxula, como por el abujero, y sin el sobresalto de estar tan apartadas de su señor, que podia coger de sobresalto. y con el hurto en las manos: lo qual no sucederia, ni si le tuuiessen escondido dentro. A esto contradixo su señora con muchas veras diziendo que no se hiziesse tal cosa, ni la tal entrada, porque le pesaria en el alma, pues desde alli le podian ver, y oir a su saluo, y sin peligro de su honra. Què honra, dixo la dueña, el Rey tiene harta, estese v.m. encerrada con su Matusalen, y dexenos a nosotras holgar como pudieremos. Quanto mas que parece es se señor tan honrado, que no querrà otra cosa de nosotras, mas de lo que nosotras quisieremos. Yo señoras mias, dixo a essa sazon Loaysa, no vine sino con intencion de seruir a todas vuessas ms. con el alma, y con la vida: y condolido de su no vista clausura, y de los ratos que en este estrecho genero de vida se pierden. Hombre soy yo por vida de mi padre, tan sencillo, tan manso, y de tan buena condicion, y tan obediente, que no harè mas de aquello que se me mandare, y si alguna de vuessas ms. dixere, Maestro assientese aqui: Maestro passese alli, echaos acà, passaos a cuillas, assi lo harè yo como el mas domestico, y enseñado perro, que salta por el Rey de Francia. Si esso ha de ser assi, dixo Leonora, que medio se darà para que entre acà dentro el señor maestro? Bueno, dixo Loaysa, vuessas ms. pugnen por sacar en cera la llaue desta puerta de en medio, que yo harè que mañana en la noche vẽga hecha otra tal, que nos pueda seruir. En sacar esta llaue, dixo vna donzella, se sacan las de toda la casa, porque es llaue maestra. No por esso serà peor replicò Loaysa. Assi es verdad, dixo Leonora, pero ha de jurar este señor primero que no ha de hazer otra cosa, quando estè acà dentro sino cantar, y tañer, quando se lo mandaren, y que ha de estar encerrado, y q̃ edito donde le pusieremos, si juro, dixo Loaysa, no vale nada esse juramento, respondiò Leonora, que ha de jurar por vida de su padre, y ha de jurar la Cruz, y besalla, que lo veamos todas. por vida de mi madre juro, dixo Loaysa, y por esta señal de Cruz que la besò con mi boca sucia, y haziendo la Cruz con dos dedos, la besò tres vezes. Esto hecho, dixo otra de las dõcellas: tire señor, que no se le oluide aquello de los poluos, que es el tuauten de todo. Con esto cessò la platica de aquella noche, quedando todos muy contentos del concierto. Y la suerte que de bien en mejor encaminaua los negocios de Loaysa, truxo a aquellas horas que erã dos despues de media noche, por la calle, a sus amigos, los quales haziendo la señal acostumbrada, que era tocar vna trompa de Paris, Loaysa los hablò, y les diò cuenta de el termino en que estaua su pretension; y les pidiò si traian los poluos, ò otra cosa como se la auia pedido para que Carrizales durmiesse: dixoles assimismo lo de la llaue maestra. Estos le dixeron, que los poluos, ò vn vnguento vendria la siguiẽte noche de tal virtud, que vntados los pulsos, y las sienes con èl, causaria sueño profundo, sin que del se pudiesse despertar en dos dias, sino era labandose cõ vinagre todas las partes que se huuian vntado, y que se les dissimulasse la llaue en cera, que assimismo la harian hazer con facilidad. Con esto se despidieron, y Loaysa, y su discipulo durmieron lo poco que de la noche les quedaua, esperando Loaysa con gran deseo por ver si le cumplian la palabra prometida de la llaue. Y puesto que el tiempo parece tardio, y pereçoso a los que en èl esperan, en fin corre a las parejas con el mismo pensamiento, y llega al termino que quiere, porque nunca para, ni sosiega. Vino pues la noche, y a la hora acostumbrada de acudir al torno, donde vinieron todas las criadas de casa, grandes, y chicas negras, y blancas, porque todas estauan deseosas de ver dentro de su Serrallo al señor musico; pero no vino Leonora, y preguntando Loaysa por ella, le respondieron, que estaua acostada con su velado, el qual tenia cerrada la puerta del aposento donde dormia con llaue, y despues de auer cerrado, se la ponia debaxo de la almohada, y q̃ su señora les auia dicho, que en durmiẽdose el viejo, le tomaria la llaue, y sacaria en cera, y que de allia vn poco auian de ir a requerirla por vna gatera. Marauillado quedò Loaysa del gran recato del viejo; pero no por esto se le desmayò el deseo Y estando en esto oyò la trompa de Paris, acudiò al puesto, hallò a sus amigos, que le dieron vn borrico de vnguento, de las propriedades que le auian significado: tomòlo Loaysa, y dixoles, que esperassen vn poco,

poco, que les daria la muerte de la llaue: boluiose a como, y dixo a la dueña, que estaua con mas ahinco mostrando desear su entrada, que se lo llenasse a la señora Leonora, dizlendole la propriedad que tenia, y que procurasse vntar a su marido con tal tiento, que no lo entiesse, y que veria marauillas. Hizolo assi la dueña, y llegandose a la gatera, hallo que estaua Leonora esperando tendida en el suelo de largo a largo puesto el rostro en la gatera. Llegò la dueña, y vntandose de la misma manera puso la boca en el orificio de la señora, y con voz baxa le dixo que traia el vnguento, y de la manera que auia de prouar su virtud. Ella tomò el vnguento, y respondiò a la dueña, como en ninguna manera podia tomar la llaue a su marido, porque no la tenia debaxo de la almohada como solia, sino entre dos colchones, y casi debaxo de la mitad de lo cuerpo; pero que dixesse al maesso que si el vnguento obraua, como ella dezia, con facilidad sacarian la llaue todas las vezes que quisiesse, y assi no seria necessario sacarla en cera, dixo q̃ fuesse a dezirlo luego, y boluiesse a ver lo que el vnguento obraua, porque luego le pensaua vntar a su velado. Bxòle dueña a dezirlo al maesso Lonyfa, y el despidiò a sus amigos, q̃ esperando la buelta de la dueña, boluiò, y passando a dentro, y sin hablar palabra, llegò Leonora a tentarle los pulsos del zeloso marido, y assimismo le vntò las ventanas de las narizes, y quando a ellos llegò parecia que se estremecia, y ella creyendo que le auia cogido en el huerto. En efecto como pudo, y le acabò de vntar todos los lugares que le dixeron ser necessarios: que fue lo mismo que auerle embalsamado para la sepultura. Poco espacio estuvo dolerla lo mandado vnguento, quando manifiestas señales de su virtud, porque luego començò a dar el viejo tan grandes vonquidos, que se pudieran oir en la calle, musica a los oidos de su esposa, mas cordada que la de el maesso de su negro: y quan mal segura de lo que auia, se llegò a el, y le estremeciò vn poco, y luego mas, y luego entro poquito mas, por ver si despertaua: y a tanto se atreuiò, que le bolvio de vna parte a otra, sin que despertasse. Como vio esto se fue a la gatera de la puerta, y con voz no tan baxa como la primera, llamò a la dueña que alli estaua esperando, y le dixo: Dame albricias, hermana, que Carrizales duerme mas que vn muerto. Pues a que aguardas a tomar la llaue, señora, dixo la dueña, mira que està el musico aguardandola mas ha de vna hora. Esta era hermana, que ya voy, por ella, respondiò Leonora, y boluiendo a la cama, metiò la mano por entre los colchones, y sacò la llaue de entre dellos, sin que el viejo lo sintiesse, y tomandola en sus manos, començò a dar brincos de contento, y sin mas esperar abriò la puerta, y la entregò a la dueña, que la recibiò con la mayor alegria del mundo. Mandò Leonora, que fuesse abrir al musico, y le truxesse a los corredores, porque ella no osaua apartarse de alli por lo que podia suceder, pero que ante todas cosas hiziesse que de nueuo ratificasse el juramento que auia hecho, de no hazer mas de lo que ellas ordenassen, y que si no le quisiesse confirmar, y hazer de nueuo, en ninguna manera le abriessen. Assi serà, dixo la dueña y a fee que no ha de entrar, si primero no jura, y rejura, y besa la Cruz seis vezes. No le pongas tassa, dixo Leonora, bisela él, y sean las vezes que quisiere, pero mira que jure la vida de sus padres, y por todo aquello q̃ bien quieres, porque con esto estaremos seguras, y nos hartaremos de oirle cantar, y tañer que en mi anima, que lo haze delicadamente, y anda no te detengas mas, porque no se nos passe la noche en platicas. Alçòse las faldas la buena dueña, y como visto ligereza se puso en el torno, donde estaua toda la gente de casa esperando, y auiendoles mostrado la llaue que traia, fue tanto el contento de todas, que la alçaron en peso como a Catredatico, diziendo: viua: y mas quando les dixo, que no auia necessidad de contrahazer la llaue, porque segũ el vntado viejo dormia, bien podian aprouecharse de la de casa todas las vezes que la quisiesse. Ea, pues, amiga, dixo vna de las donzellas abrase essa puerta, y entre esse señor, que ha mucho que aguarda, y demonos vn verde de musica, que no aya mas que ver. Mas ha de auer, que ver, replicò la dueña, que le hemos de tomar juramento como la otra noche. El es tan bueno, dixo vna de las esclauas, que no reparara en juramentos. Abriò en esto la dueña la puerta, y teniendola entre abierta, llamò a Leonisa, que todo lo auia estado escuchando, por el abujero de el torno; el qual llegandose a la puerta, quiso entrarse de golpe, mas poniendole la dueña la mano en el pecho, le dixo: sabrà v.m. señor mio, que en Dios, y en mi conciencia, todas las que estamos dentro de las puertas desta casa somos donzellas como las madres que nos parierõ, excepto mi señora: y aunque yo deuo

dezuo de parecer de quarenta años, no teniendo treinta cumplidos: porque me faltan dos meses y medio, tambien lo soy, mal pecado: y si acaso parezco viejo, cuydados, trabajos, y desabrimientos echan vn cero a los años, y a vezes dos, segun se les antoja: y siendo esto assi, como lo es, no es razon, q̃ por oyr dos, ò tres cantares, nos pusiessemos a perder tanta virginidad como a qui se encierra. Assi que señor de mi coraçon, vuessa merced nos ha de hazer (primero q̃ entre en este nuestro Reyno) vn muy solemne juramento, y promessa, de que no ha de hazer mas de lo que nosotras le ordenaremos: y si le parece que es mucho lo que se le pide, considere, y mire que es mucho lo que se aventura. Y si es que v.m. viene con buena, y sana intencion, poco le ha de doler en jurar, que al buẽ pagador no le duelen prendas. Bien, y rebien ha dicho la señora Marialonso, dixo vna de las donzellas, en fin como persona discreta, y que està en las cosas como se deue; y si es que el señor no quiere jurar, no entre acà dentro. A esto dixo Guiomar la negra, que no era muy ladina: Por mi, mas que nunca jura, entre con todo lo diablo, que aun que mas jura, si acà estàs todo olvida. Oyò con gran sossiego Loaysa la arenga de la señora Marialõso, y con graue reposo, y autoridad, respondiò: Por cierto señoras hermanas, y cõpañeras mias, que nunca mi intento fue, es, ni serà otro que daros gusto, y contento en quãto mis fuerças alcançaren, y assi no se me harà cuesta arriba este juramento que me pidem: pero quisiera yo, que se fiara algo de mi palabra porque dada de tal persona como yo soy, era lo mismo q̃ hazer vna obligacion guarentigia, y quiero hazer sabera v.m. que debaxo de sayal, ay al, y que debaxo de mala capa, ay vn buen bebedor. Mas para que todas estèn seguras de mi buen deseo, determino de jurar como Catolico, y buen varõ, y assi juro por la intemerata eficacia, donde mas santa, y largamente se cõtiene, y por las entradas, y salidas del santo monte Lybano, y por todo aquello q̃ en su preuio contiene la verdadera historia de Carlo Magno, con la muerte de el Gigante Fierabras, de no salir, ni passar del juramento hecho, y del mandamiento de la mas minima, y desechada destas señoras, so pena que si otra cosa hiziere, ò quisiere hazer desde aora para entonces, y desde entonces para aora, lo doy por nulo, y no hecho, ni valedero. Aqui llega con su juramento el buen Loysa, quando vna de las dõzellas que

q̃ con atencion auia estado escuchando, diò vna voz diziendo: Este si que es jurar me to para enternecer las piedras, mal aya yo si mas quiero que jures, pues con solo lo jurado, podias entrar en la misma sima de Cabra: y assiendole de los greguescos, le metiò dentro, y luego todas las demas se le pusieron a la redonda: luego fue vna a dar las nueuas a señora, la qual estaua haziendo centinela al señor de su esposo: y quando la mensagera le dixo que ya sabia el musico, se alegrò, y se turbò en vn punto, y preguntò si auia jurado? respondiole que si, y con la mas nueua forma de juramento, que en su vida auia visto. Pues si ha jurado, dixo Leonora, assido le tenemos; ò que auisada que anduuo en hazerle que juraste! En esto llegò toda la caterua junta, y el musico en medio, alumbrandolos el negro, y Guiomar la negra; y viendo Loaysa a Leonora, hizo muestra de arrojarsele a los pies para besarle las manos. Ella callando, y por señas le hizo leuantar, y todas estauan como mudas, sin osar hablar, temerosas que su señor las oyesse: lo qual cõsiderado por Loaysa les dixo, que bien podian hablar alto, porque el vnguento con que estaua vntado su señor, tenia tal virtud, que fuera de quitar la vida, ponia vn hombre como muerto. Assi lo creo, dixo Leonora, que si assi no fuera, ya el huuiera despertado muchas vezes, segun le hazen de sueño ligero sus muchas indisposiciones; pero despues que le vntè ronca como vn animal. Pues si esso es assi, dixo la dueña, vamos a aquella sala frontera, donde podremos oir cantar a qui al señor, y rogozijarnos vn poco. Vamos dixo Leonora, pero quedese aqui Guiomar por guarda que nos auise si Carrizales despierta. A lo qual respondio Guiomar: Yo negra quedo, blancas van, Dios perdone a todas. Quedose la negra, y fueronse a la sala, donde auia vn rico estrado, y cogiendo la buena Marialõso vna vela, començò a mirar de arriba abaxo al musico, y vna dezia, ay que copete que tiene tan lindo: otra, ay blancura de dientes, mal año para piñones mondados que mas blancos, ni mas lindos sean: otra, ay que ojos tan grandes, y tan rasgados: y por el siglo de mi madre que son verdes que no parecen sino que son esmeraldas. Esta alabaua la boca, aquella los pies, y todas juntas hizieron dèl vna menuda anotomia, y perfiladas, sola Leonora callaua, y le miraua, y le iua pareciẽdo de mejor talle, que su velado. En esto la dueña tomò la guitarra que tenia el negro, y

la

la puso en las manos de Loaysa, rogandole que la tocasse, y q̃ cantasse vnas coplillas, que entonces andauan m y validas en Seuilla, que dezian: Madre la mi madre, guardas me poneis. Cumpliòle Loaysa su deseo, leuantaronse todas, y se començaron a hazer pedaços baylando. Sabia la dueña las coplas, y cantòlas cõ mas gusto que buena voz, y fueron estas.

MAdre la mi madre
guardàs me poneis,
que si yo no me guardo,
mal me guardareis.

¶ Dizen que està escrito,
y con gran razon,
ser la priuacion
causa de apetito:
crece en infinito
encerrando amor,
por esso es mejor
que no me encerreis,
que si yo &c.

Si la voluntad
por si no se guarda,
no la haràn guarda
miedo, ò calidad:
romperà en verdad
por la misma muerte,
hasta hallar la suerte,
que vos entendeis,
que si yo, &c.

Quien tiene costumbre
de ser amorosa,
como mariposa
se irà tras su lumbre:
aunque muchedumbre
de guardas le pongan,
y aunque mas propongan
de hazer lo que hazeis,
que si yo, &c.

Es de tal manera
la fuerça amorosa,
que a la mas hermosa
la buelue en quimera:
el pecho de cera,
de fuego la gana,
las manos de lana,
de fieltro los pies,
que si yo no me guardo,
mal me guardareis.

AL fin llegauan de su cãto, y bayle el corro de las mu ças, guiado por la buena dueña quando llegò Guiomar la negra trinela toda turbada, dirigiendo de pie, y de mano: como si fuera alferecia, y con voz entre ronca, y baxa dixo: Despierta señor, señora, y señora, despierta señor, y leuantas, y vierto Quien ha visto vanda de pa nias estar comiendo en el cam po sin miedo, lo que agena manos sembraron, que al fuego estrepito de disparada escopeta se açora, y leuanta, y olu dada del pasto, confusa, y atonita cruza por los ayres, tal le imagino que quedò la vanda, y el rro de las bayladoras pasma da; y temerosas, oyendo la no esperada nueua, que Guiomar auia traido, y procurando cada vna sin disculpa, ò todas juntas su remedio, qual por vna, y qual por otra parte, se fueron a es-

esconder por los desvanes, y rincones de la casa, dexando solo al musico, el qual dexando la guitarra, y el canto llano, de turbacion no sabia que hazerse. Torcia Leonora sus hermosas manos; abofeteauase el rostro (aunque blandamente) la señora. Marialonso. En fin, todo era confusion, sobresalto, y miedo; pero la dueña, como mas astuta, y reportada, dió orden q̃ Loaysa se entrasse en vn aposento suyo, y que ella, y su señora se quedariã en la sala, que no faltaria escusa que dàr a su señor, si alli las hallasse. Escondiose Loaysa, y la dueña se puso atenta à escuchar, si su amo yerma, y no sintiendo rumor alguno, cobrò animo, y poco a poco, y passo ante passo se fue llegando al aposento donde su señor dormia, y oyò que roncaua como primero, y asseguranda de que dormia, alçò las faldas, y boluiò corriendo a pedir albricias a su señora de el sueño de su amo, la qual se las mãdò de muy entera voluntad. No quiso la dueña perder la coyuntura que la suerte le ofrecia, de gozar primero q̃ todas las gracias que ella se imaginaua q̃ auia de tener el musico: y assi diziendole à Leonora q̃ esperasse en la sala, en tanto que iva a llamarlo, la dexò, y se entrò donde èl estaua; no menos cõfuso q̃ pensatiuo, esperando las nueuas de lo que hazia el viejo vntado. Maldezia la falsedad del vngüẽto, y quexauase de la credulidad de sus amigos, y de el poco aduertimiento q̃ auia tenido, en no hazer primero la experiencia en otro, antes de hazerla en Carrizales. En esto llegò la dueña, y asegurò, que el viejo dormia a mas y mejor: sossegò el pecho, y estuuo a tento muchas palabras amorosas, que Marialonso le dixo, de las quales coligiò la mala intencion suya, y propuso en si de ponerla por anzuelo, para pescar a su señora. Y estando los dos en sus platicas, las demas criadas que estauan escondidas por diuersas partes de la casa, vna de aqui, otra de alli boluieron a ver si era verdad: que su amo auia despertado, y viendo que todo estaua sepultado en silencio, llegaron a la sala donde auian dexado a su señora, de la qual supieron el sueño de su amo, y preguntandole por el musico, y por la dueña, les dixo donde estauan todas con el mismo silencio que auian traido, se llegaron a escuchar por entre las dos puertas, lo que entrambos tratauan. No faltò de la junta Guiomar la negra, el negro, si porq̃ assi como oyo q̃ su amo auia despertado, se abraçò con su guitarra, y se fue a esconder en su pajar, adonde cubierto con la manta

de su pobre cama, sudaua, y trasudaua de miedo; y con todo esso no dexaua de tentar las cuerdas de la guitarra, tanta era (encomendandose à Satanas) la aficion que tenia à la musica. Entretuuieronse las moças los requiebros de la vieja, y cada vna se dixo el nombre de las Pascuas; ninguna la llamò vieja, que no fue con su epiteto, y adjetiuo de hechizera, y de barbuda, de antojadiça, y de otros que por buen respeto se callan; pero lo que mas risa le causara à quien entonces las oyera, eran las razones de Guiomar la negra, que por ser Portuguesa, y no muy ladina, era estraña la gracia con que la vituperaua. En efecto la conclusion de la platica fue que èl con lecenderia con la voluntad della quando ella primero le entregasse a toda su voluntad a su señora. Cuesta arriba se le hizo a la dueña ofrecer lo q̃ el infusico pedia, pero a trueco de cumplir el deseo, que ya se le auia apoderado de el alma, y de los huessos, y medulas del cuerpo, le prometiera los imposibles, que pudieran imaginarse: Dexòle, y salio a hablar a su señora; y como vio su puerta rodeada de todas las criadas, les dixo, que se recogiessen a sus aposentos: que otra noche auia lugar para gozar con menos, o con ningun sobresalto del mundo. Que ya aquella noche el albor roto les auia aguado el gusto. Bien entendieron todas que la vieja se queria quedar sola, pero no pudieron dexar de obedecerla, porque las mandaua a todas. Fueronse las criadas, y ella acudio a la sala a persuadir a Leonora, acudiesse a la voluntad de Loaysa, con vna larga, y tan concertada arenga, que parecio que la tenia estudiada. Encareciole su gentileza, su valor, su donayre, y sus muchas gracias. Pintole de quanto mas gusto le serian los abraços del amante moço, que los del marido viejo, assegurandole el secreto, y la duracion del deleyte, con otras cosas semejantes a estas, que el demonio le puso en la lengua, llenas de colores retoricos, tan demostratiuos, que mouieran no solo el coraçon tierno, y poco aduertido de la simple Leonora, sino el de vn endurecido marmol. O dueñas, nacidas, y vsadas en el mundo, para perdicion de mil recatadas, y buenas intenciones! ò luengas, y repulgadas tocas, escogidas para autorizar las salas, y estrados de señoras principales, y quan al reues de lo q̃ deuiades vsais de vuestro casi ya forçoso oficio! En fin tanto le dixo la dueña, y tanto persuadio la dueña, que Leonora se rindio, Leonora se engañò, y Leonora se perdiò, donde en tierra con todas

todas las preuenciones del discreto Carrizales, que dormia el sueño de la muerte de su honra. Tomò Marialonso por la mano a su señora, y casi por fuerça preñados de lagrimas los ojos, la lleuò donde Loaysa estaua: y echandoles la bendicion, con vna risa falsa de demonio, cerrado tras si la puerta, los dexò encerrados, y ella se puso a dormir en el estrado, ò por mejor dezir, a esperar su contento, y gozo de recudida: pero como el desvelado las pesadas noches la venciesse, sin poder resistir, se quedò con vn profundo sueño dormida en el estrado. Bueno fuera en esta sazon preguntar a Carrizales, a no saber que estaua durmiendo, que adonde estan sus aduertencias, sus recelos tan grandes, sus aduertimientos, sus persuasiones, los altissimos muros de su casa, el no auer entrado en ella, ni aun en sombra, alguien que tuuiesse nombre de varon. El todo tan estrecho, las paredes tan gruessas, las ventanas sin luz alguna, el encerramiento tan notable, el gallo en quien Leonora auia dormido, los regalos continuos que le hazia, el buen tratamiento de sus criadas, y esclauas, el no faltar vn punto a todo aquello que èl imaginaua que auian menester, y que podian desear: pero ya queda dicho, q̃ no auia para que pregũtarselo, porque dormia mas de aquello que fuera menester. Y si èl lo oyera, y à caso respondiera, no podia dar mejor respuesta, que encoger los ombros, y enarcar las cejas, y dezir: Todo aquesso derribò por los fundamẽtos, la astucia, a lo que yo creo, de vn moço holgazan, y vicioso, y malicia de vna falsa dueña: con la inaduertencia de vña muchacha rogada, y persuadida. Libre Dios a cada vno de tales enemigos, contra los quales no ay escudo de prudencia que defienda, ni espada de recato que corte, pero con todo esto el valor de Leonora fue tal, que en el tiempo que mas le conuenia, le mostrò contra las fuerças villanas de su astuto engañador, pues no fuerõ bastantes a vencerla, yèl se cãsò en valde, y ella quedò verdadera, y entrambos dormidos. Y en esto ordenò el cielo, que a pesar del vnguento, Carrizales despertasse, y como tenia de costumbre, tẽtò la cama por todas partes, y no hallandola en ella a su querida esposa, salto de la cama despauorido, y atonito, con mas ligereza, y denuedo que sus muchos años prometian: y quando en el aposento no hallò a su esposa, y le vio abierto, y q̃ le faltaua la llaue de entre los colchones, penso perder el juizio; pero reportandose vn poco, salio al corredor, y de alli andando pie ante pie, por no ser

sencido, llegò à la sala donde la dueña dormia, y viendola sola sin Leonora, fue al aposento de la dueña, y abriendo la puerta muy quedo, viò lo que nunca quisiera auer visto; viò lo que diera por bien empleado no tener ojos para verlo; viò à Leonora en braços de Loaysa durmiendo tan à sueño suelto, como si en ellos obrara la virtud del vnguento, y no en el zeloso anciano. Sin pulsos quedò Carrizales con la amarga vista de lo q̃ miraua, la voz se le pegò à la garganta, los braços se le cayerõ de desmayo, y quedò hecho vna estatua de marmol; y aũque la colera hizo su natural oficio, ahogandole los casi muertos espiritus, pudo tanto el dolor, que no le dexò tomara aliento; y cõ todo esso tomara la vengança, que aquella grãde maldad requeria si se hallara con armas para poder tomarla, y assi determinò boluer à su aposento por vna daga, y sacar las manchas de su hõra cõ sangre de sus enemigos; y aun con toda aquella de toda la gente de su casa. Cõ esta determinacion bolviò con el mismo silencio, y recato que auia venido a su estãcia, donde le apretò el coraçon tãto el dolor, y la angustia, que sin ser poderoso a otra cosa, se dexò caer desmayado sobre el lecho. Llegòse en esto el dia; y cogiò a los nueuos adulteros enlaçados en la red de sus braços, despertò Marialõso y quiso acudir por lo que à su parecer le tocaua; pero viendo ya entrado el dia, mal dixo su descuido, y el de la maldita dueña: y las dos cõ sobresaltados passos fueron donde estaua su esposo rogando entre dientes al cielo, que le hallassen todavia roncãdo, y quando le vieron encima de la cama, callando, creyeron que todavia obraua la vntura, pues dormia: y con gran regocijo se abraçarõ la vna cõ la otra. Llegòse Leonora a su marido y asiendole de vn braço le bolviò de vna parte à otra, por ver si despertaua, sin ponerles en necessidad de lauarle cõ vinagre, como deziã, era menester, para q̃ en si boluiesse; pero cõ el mouimiẽto boluiò Carrizales de su desmayo, y dando vn profundo suspiro, cõ vna voz lamẽtable, y desmayada, dixo: Desdichado de mi, y a qué tristes terminos me ha traido mi fortuna! No entendiò bien Leonora lo que dixo su esposo: mas como le viò despierto, y q̃ hablaua, admirada de ver la virtud del vnguẽto no duraua tanto como auian significado, se llegò à el, y poniendo su rostro con el suyo, teniendole estrechamẽte abraçado, le dixo. Què teneis señor mio, que me parece que os estais quexãdo? O, ò la voz de la dulce enemiga suya el desdichado viejo, abriendo los ojos descansadamẽte, viẽte, como ato nito, y embelesado, los puso en ella, y cõ grãde ahinco sin mouer pestaña, la estuuo mirando vna gran pieça, al cabo de la qual le dixo. Hazedme placer, señora, q̃ luego embieis a llamar à vuestros padres de mi parte, porq̃ siento no se q̃ en el coraçõ, que me da grandissima fatiga, y temo q̃ breuemẽte me ha de quitar la vida: y quisiera verlos antes q̃ muriesse. Sin dada creyò Leonora ser verdad lo que su marido le dezia, pẽsando antes que la fortaleza del vnguente, y no lo que auia visto le tenia en aquel trance; y respondiendole, que haria lo q̃ mandaua, mãdò al negro, que luego al punto fuesse a llamar a sus padres, y abraçandose con su esposo, le hazia las mayores caricias que jamas le auia hecho, preguntandole, que era lo que sentia con tãta ternas, y amorosas palabras, como si fuera la cosa del mundo que mas amaua. Ella miraua cõ el embelesamiento que se ha dicho, siendole cada palabra, ò caricia que le hazia vna lançada q̃ le atrauessaua el alma. Y a la dueña auia dicho a la gẽte de casa, y à Loaysa, la enfermedad de su amo, encareciẽdoles, que deuia de ser de momento, pues se le auia oluidado de mãdar cerrar las puertas de la calle; quando el negro salió a llamar à los padres de su señora de la qual embaxada assi mismo se admiraron, por

no auer entrado ninguno dellos en aquella casa, despues q̃ casaron a su hija. En fin todos andauã callados, y suspẽsos, no dãdo en la verdad de la causa de la indisposicion de su amo, el qual de rato en rato tan profunda, y dolorosamente suspiraua, q̃ cõ cada suspiro parecia arrãcarsele el alma. Lloraua Leonora, por verle de aquella suerte, y reiase èl con vna risa de persona q̃ estaua fuera de si; cõsiderando la falsedad de sus lagrimas. En esto llegarõ los padres de Leonora, y como hallarõ la puerta de la calle, y la del patio abiertas, y la casa sepultada en el silencio, y sola: quedaron admirados, y con no pequeño sobresalto. Fueron al aposento de su yerno, y hallaronle como se ha dicho, siẽpre clauados los ojos en su esposa, mirandola muy ahincadamẽte, a la qual tenia asida de las manos, derramãdo los dos muchas lagrimas, ella cõ no mas ocasiõ de verlas derramar a su esposo, él por ver quan fingidamẽte ella la derramaua. Assi como sus padres entraron, hablò Carrizales, y dixo: Sientẽse aqui vuessas mercedes rodos los demàs dexen desocupado este aposento, y solo que le la señora Marialonso. Hizieronlo assi, y quedando solos los cinco sin esperar q̃ otro hablasse, con sossegada voz, limpiandole los ojos, desta manera dixo Carrizales: Biẽ seguro estoy, padres,

dres, y señores mios, que no serà mẽe ter tracios ningunos testigos para que me creais vna verdad q̃ quiero yo aora deziros: biẽ se os deue acordar (q̃ no es posible se os aya caido de la memoria) cõ quanto amor, con quan tiernas entrañas, haze oy vn año, vn mes, cinco dias, y nueue horas, q̃ me entregastes a vuestra hija por muger. Tambien sabeis con quanta liberalidad la dotè, pues fue tal el dote que mas de tres de su calidad se pudieran casar con opinion de ricas. Assimismo se os deue acordar la diligẽcia que puse en vestirla, y adornarla de todo aquello que ella se acertò à desear, y yo alcancè à saber que le cõuenia. Ni mas, ni menos aueis visto, como lleuado de mi natural condicion, y temeroso del mal de que sin duda he de morir, y experimentãdo por mi mucha edad, en los estraños, y varios acaecimiẽtos de el mũdo, quise guardar esta joya q̃ yo escogi, y vosotros me distes, con el mayor recato que me fue posible, alcè las murallas desta casa, quitè la vista à todas las vẽtanas q̃ salen à la calle, doblè las cerraduras de las puertas, puse le torno, como vn monasterio de Mõjas, desterrè perpetuamente de lla todo aquello que sombra, ò nombre de varon tuuiesse, dile cria das, y esclauas que la siruiessen, ni les neguè à ellas, ni à ella quãto quisiessen pedirme; hize la mi igual, comunicèle mis secreros pensamientos, entregue la toda mi hazièda. Todas estas eran obras para que bien lo cõsiderara, y viuiera seguro de gozar sin sobresalto lo que tanto me auia costado, y ella procurara no darme ocasiõ à que ningũ genero de temor zeloso entrara en mi pẽsamiẽto; mas como no se puede preuenir con diligẽcia humana el castigo que la volũtad diuina quiere dar à los que en ella no ponẽ del todo en todos sus deseos, y esperãças, no es mucho que yo quede defraudado en las mias; y que yo mismo aya sido el fabricador de lvo neno, que me và quitando la vida. Pero porque veo la suspension, con que todos estais colgados de las palabras de mi boca, quiero cõcluir los largos preambulos desta platica, con dezires en vna palabra lo que no es posible dezirse en millares dellas. Digo, pues, señores mios, que todo lo que he dicho, y hecho, ha parado en que esta madrugada hallè a esta nacida en el mundo, para perdicion de mi sossiego, y fin de mi vida (y esto señalando à su esposa) en los braços de vn gallardo madcebo, que en la estancia desta pestifera dueña aora està encerrado. Apenas acabò estas vltimas palabras Carrizales, quando à Leonora se le cubriò el coraçon, y en las mismas

rodillas de su marido se cayò desmayada. Perdiò el color Maria Ionso, ya las gargantas de los padres de Leonora se les atrauesò vn nudo, que no les dexaua hablar, palabra; pero prosiguiendo adelante Carrizales, dixo: La vengança que pienso tomar desta afrenta, no es, ni ha de ser de las que ordinariamente suelen tomarse, pues quiero que assi como yo fuy estremado en lo q̃ hize, assi sea la vengãça que tomarè, tomandola de mi mismo, como del mas culpado en este delito, que deuiera considerar, que mal podràn estar, ni compadecerse en vno los quinze años desta muchacha, con los casi ochenta mios. Yo fui el que como el gusano de seda me fabriquè la casa donde muriesse; y a ti no te culpo, ò niña mal aconsejada (y diziendo esto, se inclinò, y besò el rostro de la desmayada Leonora) no te culpo digo, porque persuasiones de viejas taymadas, y requiebros de mocos enamorados, facilmente vẽcen, y triunfan de el poco ingenio, que los pocos años encierran. Mas porque todo el mũdo vea el valor de los quilates de la voluntad, y fe con que te quise, en este vltimo trance de mi vida, quiero mostrarlo de modo, que quede en el mundo por exẽplo, si no de bondad, alo menos de simplicidad jamas oida, ni vista: y assi quiero que se trayga luego aqui vn Escriuano, para hazer de nueuo mi testamento, en el qual mandarè doblar la dote a Leonora, y le rogaré, que despues de mis dias, que serà biẽ breues, disponga su voluntad, pues lo podrà hazer sin fuerça, a casarse con aquel moço, a quien nunca ofendierõ las canas deste lastimado viejo: y assi verà, que si viuiendo, jamas sali vn punto de lo que pude pensar ser su gusto, en la muerte hago lo mismo, y quiero que le tenga cõ el que ella deue de querer tanto. La de mas hazienda mandarè a otras obas pias, y a vosotros, señores mios, dexarè con que viuais hõradamente lo que de la vida os queda. La venida del Escriuano sea luego, porque la passion que tẽgo, me aprieta de manera, q̃ a mas andar me và acortàdo los passos de la vida. Esto dichò, le sobreuino vn terrible desmayo, y se dexò caer tan junto de Leonora, que se juntarõ los rostros: estraño, y muy triste espectaculo para los padres que a sumuy querida hija, ya su amado yerno mirauan. No quiso la mala dueña esperar a las reprehensiones, q̃ pensò le darian los padres de su señora, y assi se salio del aposento, y fue a dezir a Loaysa todo lo que passaua, aconsejandole, q̃ luego al punto se fusse de aquella casa, que ella tẽdria cuidado de auisarle con el negro todo lo q̃ sucedieſſe, pues ya no auia pue

tas, ni llaues que lo impidiessen, admiròse Loaysa con tales nueuas, y tomando el consejo, boluiò a vestirse como pobre, y fuesse a dar cuenta a sus amigos del estraño, y nunca visto sucesso de sus amores. En tanto, pues, que los dos estauan transportados, el padre de Leonora embiò a llamar vn amigo suyo, el qual vino a tiempo q̃ ya auian buelto hija, y yerno en su acuerdo. Hizo Carrizales su testamento en la manera que auia dicho, sin declarar el yerro de Leonora, mas de que por buenos respetos le pedia, y rogaua se casasse, si acaso el muriesse, con aquel mancebo que el auia dicho en secreto. Quando esto oyò Leonora se arrojò a los pies de su marido, y faltandole el coraçon en el pecho, le dixo: Viuid vos muchos años mi señor, y mi bien todo, que puesto caso q̃ no estais obligado a creerme ninguna cosa de las que os dixere, sabed que no os he ofendido, sino con el pensamiento: y començando a disculparse, y a contar por estenso la verdad del caso, no pudo mouer la lengua, y boluiò a desmayarse. Abraçola assi desmayada el estimado viejo, y abraçaronla sus padres, llorando todos tan amargamente, que obligaron, y aun forçaron a que en ellas les acompañasse el escriuano que hazia el testamento, en el qual dexò de comer a todas las criadas de casa, horras las esclauas, y el negro, y a la falsa de Marialonso no la mandò otra cosa que la paga de su salario: mas sea lo que fuere, el dolor le apretò de manera, que al sereno dia le lleuaron a la sepultura. Quedò Leonora viuda, llorosa, y rica, y quando Loaysa esperaua que cumpliesse lo que èl sabia, que su marido en su testamento dexaua mandado, viò que dentro de vna semana se metio Mõja en vno de los mas recogidos Monasterios de la ciudad. El desdichado, y casi corrido se passò a las Indias. Quedaron los padres de Leonora tristissimos, aunque se consolaron con lo que su yerno les auia dexado, y mandado en su testamento. Las criadas se consolaron con lo mismo, y las esclauas, y esclauo con libertad. La maluada de la dueña pobre, y defraudada de todos sus malos pensamientos, y yo quedè cõ el deseo de llegar al fin de este sucesso, exemplo, y espejo de lo poco que ay que fiar de llaues, torno, y paredes: quando queda la voluntad libre, y de lo menos q̃ ay que confiar de verdor, y pocos años, si les andan al oido exortaciònes destas dueñas de mongil negro, y tendido, y tocas blãcas, y luengas. Solo no se què fue la causa que Leonora no fuesse alunco en disculparse, y dar a entẽder a su zeloso marido, q̃ limpia, y sin ofensa auia quedado en aquel sucesso; pero la turbacion le atò la lẽgua, y la priesa que se diò a morir su marido, no diò lugar à dar su disculpa.

NOVELA OCTAVA.

LA ILVSTRE FREGONA.

EN Burgos Ciudad ilustre, y famosa, no ha muchos años q̃ en ella viuiã dos Caualleros principales, y ricos: el vno se llamaua D. Diego de Carriazo, y el otro D. Iuã de Auẽdaño. El D. Diego tuvo vn hijo, a quiẽ llamò de su mismo nõbre, y el D. Iuan otro, a quiẽ puso D. Tomàs de Auendaño. A estos dos Caualleros moços, como quien han de ser las principales personas deste cuento, por escusar, y ahorrar letras, les llamarèmos con solos los nombres de Carriazo, y de Auendaño. Treze años poco mas, ò menos tẽdria Carriazo, quando lleuado de vna inclinaciõ picaresca, sin forçarle à ello algun mal tratamiẽto que sus padres le hiziessen, solo por su gusto, y antojo se descarriò, como dizen los muchachos, de casa de sus padres, y se fue por esse mundo adelante tã contento de la vida libre, que en la mitad de las incomodidades, y miserias que trae cõsigo, no echaua menos la abundãcia de la casa de su padre, ni el andar a pie le cansaua, ni el frio le ofendia, ni el calor le enfadaua: para el, todos los tiẽpos del año eran dulce, y templada Primauera: tãbien dormia en parua, como en colchones; cõ tãto gusto se soterraua en vn pajar de vn mesõ, como si le acostara entre dos sabanas de Olanda. Finalmẽte, èl saliò tan bien con el assunto de picaro, q̃ pudiera leer Catedra, en la facultad al famoso de Alfarache. En tres años q̃ tardò en parecer, y bolver a su casa, aprẽdiò a jugar a la taba en Madrid

rid, y al rentoy en las ventillas de Toledo, y a presa, y pinta en pie, en las barbacanas de Seuilla pero cõsetle anejo a este genero de vida la miseria, y estrecheza, mostraua Carriazo ser vn Principe en sus obras: atiró de escopeta, en mil señales descubria ser bié nacido, porque era generoso, y bien partido con sus camaradas. Visitaua pocas vezes las hermitas de Baco, y aunque bebia vino, era poco, que nunca puedo entrar en el numero de los que llaman desgraciados, que con alguna cosa que beban demasiado, luego se les pone el rostro como si le huuiessen xaluegado con bermellon, y almagre. En fin en Carriazo vio el mundo vn picaro virtuoso, limpio, y bien criado, y mas que medianamente discreto. Passò por todos los grados de picaro, hasta que se graduò de maestro en las Almadrauas de Zahara, donde es el finibus terre de la picaresca. O picaros de cozina, sucios, gordos, y luzios; pobres fingidos, tullidos falsos, cicaterue los de Zocodouer, y de la plaça de Madrid, vistosos oracionarios, esportilleros de Seuilla, mãdilejos de la hambre, con toda la caterua inumerable que se encierra debaxo deste nombre picaros: baxà del toldo, amaynad el brio, no os llamais picaros, si no aueis cursado dos cursos en la academia de la pesca de los atunes. Alli, alli, que està en su centro el trabajo, junto con pobreza. Alli esta la suciedad limpia, la gordura rolliza, la hambre prompta, la hartura abundancia, sin disfraz el vicio, el juego siempre, las pendencias por momentos, las muertes por puntos, las pullas a cada passo, los bayles como en bodas, las seguidillas como en estampa, los romáces cõ estribos, la poesia sin acciones. Aqui se cãta, alli se reniega, acullà se riñe, acà se juega, y por todo se hurta. Alli campea la libertad, y luce el trabajo: alli van, y embiã muchos padres principales a buscar a sus hijos, los hallã, y tanto sienten sacarlos de aquella vida, como si los lleuaran a dar la muerte. Pero toda esta dulçura que he pintado, tiene vn amargo aziuar, que la amarga; y es no poder dormir sueño seguro, sin el temor de que en vn instante los trasladen de Zahara a Berberia. Por esto las noches se recogen a vnas torres de marina, y tienẽ sus atajadores, y centinelas en confiança, de cuyos ojos cierran ellos los suyos, puesto que tal vez ha sucedido, que centinelas, y atajadores, picaros, mayorales, barcos, y redes con toda la turba multa que allí se ocupa, han anochecido en España, y amanecido en Tetuan. Pero no fue parte este temor, para que nuestro Carriazo dexasse de acudir alli tres Veranos, a

darse buen tiempo. El vltimo Verano le dixo tambien la suerte, que ganò, cerca de setecientos reales, con los quales quiso vestirse, y boluerse à Burgos, y ver su madre, que auia derramado por el muchas lagrimas. Despidiòse de sus amigos, que los tenia muchos, y muy buenos. Prometiòles, que el Verano siguiente seria con ellos, si enfermedad, ó muerte no lo estoruasse. Dexò con ellos la mitad de su alma: y todos sus deseos entregò à aquellas secas arenas, q̃ à èl le parecian mas frescas, y verdes que los campos Eliseos. Y por estar ya acostumbrado de caminar à apie, tomò el camino en la mano, y sobre dos alpargates se llegò desde Zahara à Valladolid, cantando tres anades madre. Estuuose alli quinze dias para reformar la color del rostro, sacandola de mulata à Flamenca, y para trastejarse, y sacarse del borrador de picaro, y ponerse en limpio de Cauallero. Todo esto hizo; segun, y como le dierõ comodidad quinientos reales, con que llegò à Valladolid, y aun dellos reseruò cierto, para alquilar vna mula, y vn mozo, con que se presentò à sus padres, honrado, y contẽto. Ellos le recibierõ cõ mucha alegria, y todos sus amigos, y parientes vinieron à darle el parabien de la buena venida del señor Don Diego de Carriazo su hijo. Es de aduertir, que en su peregrinacion, D. Diego mudò el nombre de Carriazo en el Vidiales, y con este nombre se hizo llamar de los que el suyo no sabian.

Entre los que vinieron à ver el recien llegado, fueron Don Iuan de Auendaño, y su hijo D. Tomàs, con quien Carriazo, por ser ambos de vna misma edad, y vezinos, trauò, y confirmò vna amistad estrechissima. Contò Carriazo a sus padres, y à todos mil magnificas, y luengas mentiras, de cosas que le auian sucedido en los tres años de su ausencia; pero nũca tocò, ni por pienso en Almadrauas, puesto q̃ en ellas tenia de continuo la imaginacion, especialmẽte, quando viò que se llegaua el tiempo, donde auia prometido à sus amigos la buelta, ni le entretenia la caça, en q̃ su padre le entretenia, ni los muchos, honestos, y gustosos combites que en aquella Ciudad se vsan le daban gusto; todo passatiempo le cansaua, y a todos los mayores que se le ofrecian, anteponia el que auia recibido en las Almadrauas. Auendaño su amigo, viendole muchas vezes melancolico, è imaginatiuo, fiado en su amistad, se atreuiò à preguntarle la causa, y se obligò à remediarla, si pudiesse, y fuesse menester cõ su misma sangre. No quiso Carriazo tenersela encubier-

bierta, por no hazer agrauio a la grande amistad que professauã, y a si le contò punto por punto la vida de la xuega, y como todas sus grittezas, y pẽsamientos nacian del deseo que tenia de boluer a ella, pintòsela de modo que Auendaño, quãdo le acabò de oir, antes alabò, q̃ vituperò su gusto. En fin, el de la platica fue disponer Carriazo la voluntad de Auendaño de manera q̃ se determinò de irse cõ el a gozar vn Verano de aquella felicissima vida que le auia descrito, de lo qual quedò sobre modo contento Carriazo: por parecerle q̃ auia ganado vn testigo de abono, que calificasse su baxa determinacion. Traçarõ assi mismo de juntar todo el dinero q̃ pudiessen, y el mejor modo que hallarõ fue, que de alli a dos meses auia de ir Auendaño a Salamanca, donde por su gusto, tres años auia estado estudiando las lenguas, Griega, y Latina, y su padre queria que passasse a delãte, y estudiasse la facultad q̃ el quisiesse: y que de el dinero que le diesse, avria para lo que desean. En este tiempo propuso Carriazo a su padre que tenia voluntad de irse con Auendaño à estudiar a Salamanca. Vino su padre con tanto gusto en ello, q̃ hablando al de Auendaño, ordenaron de ponerles jũtos casa en Salamanca, con todos los requisitos que podian ser hijos suyos. Llegòse el tiempo de la partida, prouey eronles de dineros, y embiaron con ellos vn ayo que los gouernasse, q̃ tenia mas de hõbre de bẽ, que de discreto. Los padres dieron documentos a sus hijos, de lo que auian de hazer, y de como se auiã de gouernar, para salir aprouechados en la virtud, y en las ciencias, que es el fruto que todo estudiante deue pretender sacar de sus trabajos, y vigilias, principalmente los bien nacidos. Mostraronse los hijos humildes, y obedientes: holgaron las madres, recibieron la bendicion de todos: pusieronse en camino con mulas propias, y con dos criados de casa, amende del ayo que se auia dexado crecer la barba, porque diesse autoridad a su cargo. En llegando a la ciudad de Valladolid dixeron al ayo, que queriã estar en aquel lugar dos dias, para verle, porque nunca se auian visto, ni estado en èl. Reprehẽdiòles mucho el ayo seuera, y asperamente la estada, diziendoles, que los que iuan a estudiar con tanta priessa como ellos, no se auian de detener vna hora a mirar niñerias, quanto mas dos dias, y que èl formaria muy grãde escrupulo, si los dexaua detener vn solo punto, y que se partiessen luego, y si no que sobre esso morena. Hasta aqui se estendia la habilidad del señor ayo, ò mayordomo, como mas nos diere gusto llamarle. Los mancebitos que tenian ya hecho su agosto, y su vendimia, pues auian ya sacado quatrocientos escudos de oro, que llamaua su mayor, lixo con, que solo los dexasse aquel dia, en el qual querian ir à ver la fuente de Argales, que la començauan a conducir à la Ciudad por grãdes, y espaciosos arquedaetos. En efeto, hizolo cõ color de su enfermedad, les dio licencia, porque el quisiera escusar el gasto de aquella noche, y hazerle en Valdecastillas, y repartir las diez y ocho leguas que ay de Valladolid à Salamanca, en dos dias: y no las veinte y dos que ay desde Valladolid. Pero como vno piẽsa el bayo, y otro el q̃ le ensilla, todo le sucedio al reues de lo q̃ el quisiera. Los mancebos con solo vn criado, ya cauallo en dos muy buenas, y caseras mulas, salieron à ver la fuẽte de Argales, famosa por su antiguedad, y sus aguas, a despecho del caño dorado, de la reuerenda Priora, con paz sea dicho, de Leganitos, y de la celebradissima fuente Castellana cuya competencia puede callar Corpa, y la Pizarra de la Mancha. Llegaron Argales, y quando lo creyò el criado, que sacaua Auendaño de las bolsas del cogin alguna cosa cõ que beber, vio que sacò vna carta cerrada, diziendole, que luego al punto bolviesse à la Ciudad, y se la diesse a su ayo, y q̃ en dandosela les esperasse en la puerta del Campo. Obedeciò el criado, tomò la carta, bolviò à la Ciudad, y ellos bolvieron las riendas, y aquella noche durmieron en Mojados, y de alli a dos dias en Madrid, y en otros quatro se vẽdieron las mulas en publica plaça, y huuo quien les fiasse por seis escudos de prometido, y aũ quien les diesse el dinero en oro por sus cauales. Vistieronse à lo page, con capotillos de dos haldas, çahones, ò garagüelles, y medias de paño pardo. Ropero huuo que por la mañana les cõpro sus vestidos, y à la noche los auia mudado de manera, que no los conociera la propria madre que los auia parido. Puestos, pues, à la ligera, y del modo q̃ Auendaño quiso, y supo, se pusieron en camino de Toledo, ad pedem literæ, y sin espadas, que tambien el ropero, aunque no tañia à su menester, se las auia comprado. Dexemos los ir por aora, pues van contentos, y alegres, y boluamos à lo que el ayo hizo, quando abrió la carta que el criado le llevo, y hallò q̃ dezia desta manera: V. m. serà seruido, señor Pedro Alonso, de tener paciẽcia, ù dar la buelta a Burgos, dõde dirà à nuestros padres, que auiendo nosotros sus hijos con madura consideraciõ considerado, quan mas propias son de los Caualleros las armas, que las letras, auemos determinado de trocar à Salamãca por Bru-

Bruselas, yà España por Flãdes: los quatrocientos escudos lleuamos, las mulas pensamos vẽder. Nuestra hidalga intencion, y largo camino, es bastante disculpa de nuestro yerro, aunque nadie le juzgarà por tal, sino es cobarde. Nuestra partida es aora, la buelta serà quando Dios fuere seruido, el qual guarde a vuessa merced, como puede, y estos sus menores dicipulos deseamos. De la fuẽte de Argales, puesto ya el pie en el estriuo para caminar a Flãdes. Carriazo, y Auẽdaño. Quedò Pedro Alonso suspẽso, en leyendo la epistola, y acudiò presto a su valixa, y el hallar la vazia le acabò de cõfirmar la verdad de la carta: y luego al punto en la mula que aquia quedado, se partio a Burgos, a dar las nueuas a sus amos con toda priesa, porque con ella pusiessen remedio, y diessen traça de acudir a su hijo: pero de tas cosas no dize nada el Autor desta Nouela, solo que assi como dexò puesto a caualleros a Pedro Alonso, bolviò a cõtar de lo que le sucedió à Auendaño, y à Carriazo a la entrada de Illescas, diziendo, que al entrar de la puerta de la villa encontraron dos moços de mulas, al parecer Andaluzes, en calçones de lienço anchos, jubones acuchillados de angeo, sus coletos de ante, dagas de gancho, y espadas sin tiros: al parecer el vno venia de Sevilla, y el otro iba a ella, el que iba, estaua diziendo al otro: Sino fueramos tan adelante, toda via me detuuiera algo mas a pregũtarte mil cosas, q̃ deseo saber porque me has marauillado mucho con lo que has contado, de que el Conde ha ahorcado a Alonso Gines, yà Ribera, sin querer otorgarles la apelació. O pecador de mi: replicò el sevillano, armòles el Conde çancadilla, y cogiòlos debaxo de su jurisdicciõ, q̃ erã soldados, y por contrauando, se aprouechò dellos, sin que la Audiencia se los pudiesse quitar. Sabete amigo, q̃ tiene v. Bercebu en el cuerpo este Conde de Puñonrostro, que nos mete los dedos de su puño en el alma, barrila està Sevilla, y dellegua s a la redonda de xaraon, no para ladron en sus cõtornos, todos le temen como al fuego, aora, e ya se suena, que dexa presto el cargo de Asistente, porque no tiene condicion para ver sacar a cada passo en dimes, y retes con los señores de la Audiencia. Viuan ellos mil años, dixo el que iba à Sevilla, que son padres de los miserables, y amparo de los desdichados: mas tos pobres estã mascãdo barro no mas de por la colera de vn Juez absoluto, de vn Corregidor, ò mal informado, ò bien apassionado? Mas veen muchos ojos, que dos: no se apodera tan presto el veneno de la injusticia de muchos poraçones, como se apodera de vno solo. Predicador te has buelto, dixo el de Sevilla, y segun llenas la retahila, no acabaràs tan presto, y yo no te puedo aguardar esta noche no vayas a posar donde sueles, sino en la posada del Sevillano, porque veràs en ella la mas hermosa fregona que se sabe: Maritilla la de la venta. Teja la, es verdad en su comparaciõ, no te digo mas, sino que ay fama, que el hijo del Corregidor beue los vientos por ella: vno dessos mis amigos, que allà vã, jura, que al boluer q̃ buelua al Andaluzia, se hade estar dos meses en Toledo, y en la misma posada, solo por hartarse de mirarla. Yo la dixo yo de señal vn pellizco; y me lleuo en contracambion vn mordisco: es dura como vn marmol, y çahareña como vna de Sayagon, aspera como vna hortiga, pero tiene vna cara de Pascuas, y vn rostro de buen dia: vna mexilla tiene el Sol, en la otra la Luna: la vna es de rosas, y la otra de claueles, y en entrãbas ay tambien azucenas, y jazmines: no te digo mas, sino que la veas, y veras como no te he dicho nada, segun quisiera dezir acerca de su hermosura. En las dos mulas, que sabes que tengo de la dotara de buena gana, si la quisieran dar por muger: pero yo sè que no me la darán, que es joya para vn Arcipreste, ò para vn Cõde. Y otra vez torno a dezir, que allà lo veras, y à Dios que me mando. Con esto se despidieron los dos moços de mulas, cuya plática, y conuersacion dexò mudos a los dos amigos, que escuchadola auian, especialmente Auẽdaño, en quien la simple relacion que el moço de mulas auia hecho de la hermosura de la fregona, despertò en èl vn interesso deseo de verla: tambien le despierto en Carriazo, pero no de manera, que no deseasse mas de llegar a sus Almadrauas, que de tenerse a ver las piramides de Egypto, ò otra de las siete marauillas del mundo, ò todas juntas. En repetir las palabras de los moços, y en remedar, y cõtrahazer el modo, y los ademanes con que las dezian, entretuuieron el camino hasta Toledo: y luego siendo la guia Carriazo, que ya otra vez auia estado en aquella ciudad, baxãdo por la Sagra de Christo, dieron con la posada del Sevillano, pero no se atreuieron a pedirla alli, y porque su trage no lo pedia. Era ya anochecido, y aunque Carriazo importunaua a Auendaño, que fuessen a otra parte a buscar posada, no le pudo quitar de la puerta del Sevillano, esperãdo si acaso parecia la tã celebrada fregona. Entrauase la noche, y la fregona no parecia desesperauase Carriazo, y Auen-

das

daño se estaua quedo, el qual por salir cõ su intencion, cõ el cu sa de preguntar por vnos Caua lleros de Burgos, que iban a la ciudad de Seuilla, se entrò hasta el patio de la posada, y apenas huvo entrado, quãdo de vna sa la que en el patio estaua, viò sa lir vna moça, al parecer, de quin ze años, poco mas, ò menos, ves tida como labradora, cõ vna ve la encendida en vn candelero. No puso Auendaño los ojos en el vestido, y trage de la moça, si no en su rostro, y que le parecia ver en èl los que suelen pintar de los Angeles; quedò suspenso, y atonito de su hermosura, y no acertò à pregũtarle nada: tal era su suspension, y embelesamien to. La moça viendo a aquel hom bre delante de si, le dixo: Que busca hermano, es por ventura criado de los huespedes de casa? No soy criado de ninguno, sino vuestro, respondiò Auendaño, todo lleno de turbacion, y so bresalto. La moça, que de aquel modo le viò responder, dixo: Vaya hermano norabuena, que las que seruimos, no hemos me nester criados, y llamando à su señor, le dixo: Mire señor lo q̃ busca este mancebo. Saliò su amo, y pregũtòle, q̃ buscaua? El respondiò, q̃ a vnos Caualleros de Burgos q̃ iban a Seuilla: vno de los quales era su señor, el qual le auia embiado delante, por Al calà de Henares, donde auia de huzer vn negocio q̃ les impor taua, y que junto con esto le mã dò, que se viniesse a Toledo, y le esperasse en la posada del Seui llano, dõde vendria a apearse, y q̃ pensaua que llegaria aquella noche, ò el dia siguiente à mas tardar. Tan buẽ color diò Auẽ daño a su mentira, que a la cue ta del huesped passò por ver dad, pues dixo: Quedese amigo en la posada que aqui podra es perar a su señor, hasta q̃ venga Muchas mercedes, señor, hues ped respõdio Auẽdaño, y mãd v. m. q̃ se me de vn aposento co ra mi, y vn cõpañero que vie cõmigo, que està alli fuera, q̃ neros traemos para pagarlo bien como otro. En buen hor respondiò el huesped, y bolui dose a la moça, dixo: Ollan ca di a Arguello, que lleue a tos galanes al aposento del ri cõ, y q̃ les eche sabanas limpi Sr hare, señor, respondiò Coll ça, que assi se llamaua la don lla, y haziendo vna reuerencia fu amo, se les quitò de delan cuya ausencia fue para Auẽ ño lo bueue suele ser al camin ponerse el Sol, y sobrevenir noche lobrega, y escura. Cõ do esto, saliò a dar cuenta a C rriazo de lo q̃ avia visto, y de que dexaua negociado. Alqua por mil señales conociò, q̃ mo su amigo venia herido de la amorosa pestilẽcia, pero no le quiso dezir nada por entõces hasta ver si lo merecia la causa de quien nacian las extraordi narias alabanças, y grãdes hipe boles, con q̃ la belleza de Cõstã ça sobre los mismos cielos leuã taua. Entraron en fin en la posada, y la Arguello, q̃ era vna muger de hasta quarenta y cinco años, superintendente de las camas, y adereço de los aposentos, los lle uò a vno, que ni era de Caualle ros, ni de criados, sino de gente, q̃ podia hazer medio entre los dos estremos. Pidierõ de cenar; respondioles Arguello, que en aquella posada no dauan de co mer a nadie, puesto que guisauã y adereçauan lo que los huespe des traian de fuera comprado; pero que bodegones, y casas de stado auia cerca, donde sin es crupulo de conciencia podian ir a cenar lo que quisiessen. Toma ron los dos el consejo de Argue llo, y dieron con su cuerpo en vn bodegon, donde Carriazo ce nò lo que le dieron, y Auendaño lo que con èl lleuaua, que fuerõ pensamientos, è imaginaciones. Lo poco, ò nada que Auendaño comia, admiraua mucho a Ca rriazo. Por enterarse del todo de los pensamiẽtos de su amigo; al boluerse a la posada, le dixo: Conuiene que mañana madru guemos, porq̃ antes que entre la calor, estemos ya en Orgaz. No estoy en esso, respõdio Auẽ daño, porque pienso, antes que de esta ciudad me parta, ver lo q̃

dizen que ay famoso en ella, co mo es el Sagrario, el artificio de Iuanelo, las vistillas de San Agus tin, la huerta de el Rey, y la Ve ga. Norabuena, respon io Ca rriazo, esso en dos dias se podra ver. En verdad que ló he de to mar de espacio, que no vamos a Roma a alcançar alguna Vacan te. Ta, ta, replicò Carriazo; a mi me maten amigo, sino estais vos con mas deseo de quedaros en Toledo, que de seguir nuestra començada romeria. Assi es ver dad, respondiò Auendaño, y tan imposible serà apertarme de ver el rostro desta donzella, co mo no es posible ir al cielo sin buenas obras. Gallardo encare cimiento, dixo Carriazo, y de terminacion digna de vn tan ge neroso pecho como el vuestro. Bien quadra vn don Tomas de Auendaño, hijo de don Iuan de Auendaño, Cauallero, lo que es bueno, rico lo que basta, moço lo que alegra, discreto, lo q̃ ad mira con enamorado, y perdido por vna fregona, que sirue en el meson del Seuillano. Lo mismo me parece à mi que es, respon dio Auendaño, considerar vn dõ Diego de Carriazo, hijo del mis mo Cauallero del Abito de Al cantara el padre, y el hijo apiq̃ de heredarle con su mayorazgo, no menos gentil en el cuerpo, que en el animo, y con todos es tos generosos atributos, verse enamorado, de quien si pensais

de la Reyna Ginebra? no por cierto, sino de la Almadraua de Zahar, cõ los picaros della, que es mas fea a lo que creo; que vn miedo de san Anton. Pàra, es la trauiessa, amigo, respondiò Carriazo: por los filos que te heri me has muerto, quedese aqui nuestra pendencia, y vamos a dormir, y amanecerà Dios, y medraremos. Mira, Carriazo, hasta agora no has visto a Constança, en viendola, te doy licencia, para que me digas todas las injurias, ò reprehensiones q̃ quisieres. Ya sè yo en que ha de parar esto, dixo Carriazo. En què? replicò Auẽdaño, en que yo me irè con mis Almadrauas, y tu te quedaràs con tu fregona, dixo Carriazo. No serè yo tan venturoso, dixo Auendaño. Ni yo tan necio respondiò Carriazo, que por seguir tu malgusto, dexò cõ seguir el bueno mio. En estas platicas, llegarõ à la posada, yaũ se les passò en otras semejantes la mitad de la noche; y auiendo dormido, à su parecer, poco mas de vna hora, los despertò el son de muchas chirimias, que en la calle sonauan. Sentaronse en la cama, y estuuieron atentos, y dixo Carriazo: Apostarè q̃ es ya de dia, q̃ deue de hazerse alguna fiesta en vn Monasterio de nuestra Señora del Carmẽ, que està aqui cerca, y por esso tocan estas chirimias. No es esso, respondiò Auendaño, porque no hasta que dormimos, q̃ pueda ser ya de dia. Estando en esto, sintieron llamar à la puerta de su aposento, y preguntando, quien llamaua? respondieron de fuera, diziẽdo: Mancebos, si quereis oir vna braua musica, leuantaos, y assomaos àvna reja que sale à la calle, q̃ està en aquella sala frõtera, que no ay nadie en ella. Leuantaronse los dos, y quando abrieron, no hallarõ persona, ni supieron quiẽ les auia auisado, mas porque oyerõ el son de vna harpa, creyerõ ser verdad la musica; y assi en camisa, como se hallaron, se fueron à la sala, donde estauan otros tres, ò quatro huespedes puestos à las rejas, hallaron lugar, y de alli à poco, al son de la harpa, oyeron cãtar este soneto, que no se le passò de la memoria à Auendaño,

RAro humilde sugeto, que leuantas
A tan excelsa cumbre la belleza,
Que en ella le excedió ñaturaleza
Assimisma, y al cielo adelantas:
Si hablas, ò si ries, ò si cantas,
Si muestras mansedumbre, ò aspereça,
(Efecto solo de tu gentileza)
Las Potençias del alma nos encantas.

Para que pueda ser mas conocida,
La sin pàr hermosura que contienes,
Y la alta honestidad de que blasonas:
Dexa el serbir, pues deues ser serbida
De quantos veen sus manos, y sus sienes
Resplandecer por cetros, y coronas.

NO fue menester que nadie les dixesse à los dos q̃ aquella musica se daua por Constança, que bien claro lo auia descubierto el soneto, que sonò de tal manera en los oidos de Auendaño, que le diera por bien empleado por no auerle oìdo, auer nacido sordo, y estarlo todos los dias de la vida, que le quedaua: porque desde aquel punto la començò à tener tan mala, como quien se hallò trasspassado el coraçõ de la riguro sa lança de los zelos: y era lo peor, que no sabia de quien deuia, ò podria tenerlos. Pero presto le sacò deste cuydado vno de los que à la reja estauan diziendo: Què tan simple sea este hijo del Corregidor, q̃ se ande dando musicas à vna fregona? Verdad es, que ella es vna de las mas hermosas muchachas q̃ yo he visto, y he visto muchas, mas no por esto auia de solicitarla cõ tanta publicidad. A lo qual añadiò otro de la reja: Pues en verdad, que he oìdo yo dezir, por cosa muy cierta, que assi haze ella cuenta dèl como sino fuesse nadie: apostarè que està ella aora à sueño suelto, detras de la cama de su ama, donde dizen que duerme, sin acordarsele de musicas, ni cãciones. Assi es la verdad, replicò el otro, porq̃ es la mas honesta dõcella que se sabe: y es marauilla, que cou estàr en casa de tanto trafago, y donde ay cada dia gẽte nueua, y andar por todos los aposentos, no se sabe della el menor desman del mundo. Cõ esto que oyò Auendaño, tornò a rebibir, y à cobrar aliento, para poder escuchar otras muchas cosas, q̃ al son de diuersos instrumentos los musicos cantaron, todas encaminadas a Constança: la qual como dixo el huesped, estaua durmiendo sin ningũ cuydado. Por venir el dia, se fueron los musicos, despidiendose con las chirimias. Auendaño, y su camarada Carriazo se bolvieron à su aposento donde durmiò el q̃ pudo, hasta la mañana, la qual venida, se leuantaron los dos, entrambos con deseo de ver à Constança; pero el deseo del vno era deseo curioso, y el del otro, deseo enamorado. Pero à entrambos se los cumpliò Constãça, saliẽ do de la sala de su amo tan hermosa, q̃ a los dos les parecio que todas

quantas alabanças la auia dado el moço de mulas, erã cortas, y de ningun encarecimiento, su vestido, era vna saya, y corpiños de paño verde, cõ vnos ribetes del mismo paño. Los corpiños, eran baxos, pero la camisa alta, plegado el cuello con vn cabeçõ labrado de seda negra, puesta vna gargantilla de estrellas de azabache, sobre vn pedaço de vna coluna de alabastro, que no era menos blanca su garganta, ceñida con vn cordon de S. Frãcisco; y de vna cinta pendiente: al lado derecho vn gran manojo de llaues: no traìa chinelas, sino çapatos de dos suelas coloradas, cõ vnas calças, que no se le parecian, sino quanto, por vn perfil, mostrauan tambiẽ ser coloradas. Traìa trançados los cabellos con vnas cintas blancas de hiladillo: pero tan largo el trãçado, que por las espaldas le passaua de la cintura, el color salìa de castaño, y tocaba en rubio; pero al parecer tan limpio, y tan igual, y tan peynado, que ninguno, aũque fuera de hebras de oro, se le pudiera comparar. Pendiala de las orejas dos calabacillas de vidrio, que parecian perlas, los mismos cabellos la seruian de garvin, y de tocas. Quãdo salìo de la sala, se persiguiò, y santiguò, y con mucha deuocion, y sosiego, hizo vna profunda reuerencia a vna Imagen de nuestra Señora, q̃ en vna de las paredes del patio estaua colgada, y alçando los ojos, viò a los dos, que mirando la estaua: y apenas los huvo visto, quando se retirò, y bolviò à entrar en la sala, desde la qual diò vozes a Arguello, q̃ se leuantasse. Resta aora por dezir, que es lo que le pareciò à Carrirzo de la hermosura de Constança: què de lo q̃ le pareciò à Auendaño, ya està dicho, quando la viò la vez primera: no digo mas, sino que à Carriazo le pareciõ tambiẽ, como à su compañero, pero enamoròle mucho menos, y tan menos, que quisiera no anochecer en la posada, sino partirse luego para sus Almadrauas. En esto, à las vozes de Constança, salìo los corredores la Arguello, con otras dos moçetonas, rambien criadas de casa, de quiẽ se dize que eran Gallegas, y el auer tantas, lo requeria la mucha gente que acude à la posada del Seuillana, q̃ es vna de las mejores y mas frequentadas que ay en Toledo. Acudieron tambiẽ los moços de los huespedes à pedir ceba la: salìo el huesped de casa à darsela, maldiziendo à sus mozas, que por ellas se le auia ido vn moço, que la solia dàr con muy buena cuenta, y razon, sin que le huviesse hecho menos, à su parecer, vn solo grano. Auendaño que oyò esto, dixo: No se fatigue, señor huesped, deme el libro de la cuenta, que los dias que huviere de estar aqui yo la tendrè tã buena en dar la ceba, y paja que pidieren, que no eche menos al moço que dize que se le ha ido. En verdad que os lo agradezco mãcebo, respõdiò el huesped, porque yo no puedo atender àesto, que tengo otras muchas cosas à que acudir dedentro, y fuera de casa. Baxad aquellos libros, y mirad que estos moços de mulas son el mismo diablo, y hazen trampantojos vn celemin de cebada, con menos escrupulo de conciencia que si fuesse de paja. Baxò al patio Auendaño, y entregòse en el libro, y començò à despachar celemines como agua, y assentarlos con tan buena orden, que el huesped que lo estaua mirando, quedò contẽto, y tanto, que dixo: Pluguiesse à Dios, que vuestro amo no viniesse, y que à vos os diesse gana de quedaros en casa, que a fee q̃ otro gallo os cantasse, porque el moço que se me fue, y vino à mi casa avrà ocho meses, roto, y flaco, y aora lleua dos pares de vestidos muy buenos, y và gordo como vna nutria. Porque quiero que sepais hijo, que en esta casa ay muchos prouechos amen de los salarios. Si yo me quedasse, replicò Auẽdaño, no repararìa mucho en la ganancia, que con qualquiera cosa me cõtentaria, àtrueco de estar en esta Ciudad, que me dizen que es la mejor de España. A lo menos, respondiò el huesped, es de las mejores, y mas abũdantes que ay en ella: mas otra cosa nos falta aora, que es buscar quien vaya por agua al rio, que tambien se me fue otro moço, que con vn asno que tengo famoso, me tenia rebosando las tinajas, y hechavn lago de agua la casa. Y vna de las causas porque los moços de mulas se huelgan de traer sus amos à mi posada, es por la abundancia de agua que hallan siempre en ella, porque no lleuan su ganado al rio, sino de casa beben las caualgaduras en grandes varreños. Todo esto estaua oyendo Carriazo, el qual viendo que ya Auendaño estaua acomodado, y mas que considerò el gran gusto que haria à su amigo Auendaño, si le seguia el humor; y assi dixo al huesped: Venga el asno, señor huesped, q̃ tambien sabrè yo cincharle, y cargarle, como sabe mi compañero assentar en el libro su mercancia. Si, dixo Auendaño, mi compañero Lope Asturiano, seruirà de traer agua como vn Principe, y yo le fio. La Arguello, q̃ estaua atenta desde el corredor à todas estas platicas, oyendo dezir à Auendaño, que èl fiaua à su compañero, dixo: Digame gentilhombre, y quien le ha de fiar à èl, que en verdad que me parece, que mas necesidad tiene de ser fiado, que de ser fiador? Calla Arguello, dixo el huesped,

ped, no te metas donde no te llaman, yo los fio à entrambos; y por vida de vosotras, que no tẽgais dares, ni tomares con los moços de casa, que por vosotras se me van todos. Pues què (dixo otra moça) ya se quedan en casa? Para mi sãtiguada, que si yo fuera camino cõ ellos, nunca les fiara la bota. Dexese de chocarrerias, señora Gallega, respondiò el huesped, y haga su hazieda, y no se entremeta cõ los moços, que la molerè àpalos. Por cierto si, respondiò la Gallega, mirad q̃ joyas, para codiciallas? pues en verdad que no me ha hallado el señor mi amo tan juguetona cõ los moços de casa, ni menos con los de fuera, para tenerme en la mala opiniõ que me tiene: ellos son bellacos, y se và quando se les antoja, sin que nosotras les demos ocasion alguna, bonica gente es ella por cierto, para tener necessidad de apetites, que les inciten àdar vn madrugon à sus amos, quando menos se percatan. Mucho hablais Gallega hermana, respondiò su amo, y fũto en boca, y atẽded à lo que teneis à vuestro cargo. Ya en esto tenia Carriazo en jaezado el asno, y subiendo en èl de vn brinco, se encaminò a brio, dexando à Auendaño muy alegre de auer visto su gallarda resolucion. He aqui tenemos ya (en buena hora se cuente) à Auendaño hecho moço del meson, con nombre de Tomas Pedro, que assi dixo que se llamaua, y à Carriazo cõ el de Lope Asturiano, hecho aguador. Transformaciones dignas de anteponerse à las del narigudo Poeta. A malas penas acabò de entender la Arguello, que los dos se quedauã en casa, quãdo hizo designio sobre el Asturiano, y le marcò por suyo, determinandose à regalarle de suerte, que aunque èl fuesse de condicion esquiua, y retirada, le bolviesse mas blãdo que vn guãte. El mismo discurso hizo la Gallega melindrosa, sobre Auẽdaño: y como las dos por trato, y conuersacion, y por dormir juntas, fuessen grandes amigas, al punto declarò la vna à la otra su determinacion de dar principio à la conquista de sus dos desapassionados amantes: pero lo primero que aduirtieron fue en que no las auian de pedir zelos, por cosas que las viessen hazer de sus personas: porque mal puede entregalar las moças a los de dentro, sino hazen tributarios a los de fuera de casa. Callad hermanos dezian ellas (como si los tuuieran presentes, y fuerã ya sus verdaderos mancebos, ò amancebados) callad, y tapaos los ojos, y dexad tocar el pandero a quien sabeis que guiè la dança quiè la entiende, y no avrà par de Canonigos en esta ciudad mas regalados q̃ vosotros lo sereis de estas tributarias vuestras. Estas, y otras razones de esta substãcia, y jaez, dixeron la Gallega, y la Arguello, y en tanto caminaua nuestro buen Lope Asturiano la buelta del rio, por la cuesta del Carmẽ puestos los pensamientos en sus Almadrauas, y en la subita mutacion de su estado, ò ya fuesse por esto, ò porque la suerte assi lo ordenasse, en vn passo estrecho, al baxar de la cuesta encontrò con vn asno de vn aguador, que subia cargado, y como èl descendia, y su asno era gallardo, biẽ dispuesto, y poco trabajado, tal encuentro diò al cãsado, y flaco, que subias que dioron èl en el suelo: y por auerse quebrado los cantaros, se derramò tãbien el agua, por cuya desgracia el aguador antiguo, despechado, y lleno de colera, arremetiò al aguador moderno, que aun se estaua caualiero, y antes que se desembolviesse, y apeasse, le auia pagado, y assentado vna dozena de palos tales, que no le supieron bien al buen Asturiano. Apeòse en fin, pero con tan malas entrañas, q̃ arremetiò àsu enemigo, y asiendole con ambas manos por la garganta, diò con èl en el suelo, y tal golpe diò con la cabeça sobre vna piedra, que se la abriò por dos partes, saliendo tãta sangre, que pensò que le auia muerto. Otros muchos aguadores q̃ allì venian, como vieron à su compañero tã malparado, arremetieron à Lope, y tuuieronle

asido fuertemente, gritãdo Iusticia, justicia, que este aguador ha muerto àvn hombre: y àbuelta destas razones, y gritos, le molian à moxicones, y à palos; otros acudieron al caido, y vieron que tenia hendida la cabeça, y que casi estaua espirando. Subieron las vozes de boca en boca por la cuesta arriba, y en la plaça del Carmen dieron en los oidos de vn Alguazil: el qual cõ dos corchetes, con mas ligereza que si bolara, se puso en el lugar de la pendẽcia à tiempo que ya el herido estaua atrauesado sobre su asno, y el de Lope asido, y Lope rodeado de mas de veinte aguadores, que no le dexauan menear, antes le brumauan las costillas de manera, que mas se pudiera temer de su vida, que de la del herido, segun menudeauan sobre èl los puños, y las varas aquellos vengadores de la agena injuria. Llegò el Alguazil, apartò la gẽte, entregò à sus corchetes al Asturiano, y entre cogiendo à su asno, y al herido sobre el suyo, diò con ellos en la carcel, acompañado de tãta gẽte, y de tãtos muchachos que le seguian, que apenas podia hender por las calles. Al mismo rumor de la gente, salio Tomàs Pedro, y su amo à la puerta de casa, à ver de què procedia tanta grita, y descubrieron à Lope entre los dos corchetes, lleno de sangre el rostro, y la boca, mirò luego por su

asno el huesped, y viòle en poder de otro corchete, que ya se les auia jũtado. Preguntò la causa de aquellas prisiones, fuele respõdida la verdad del sucesso, pesòle de su asno, temiendo que le auia de perder, ò à lo menos hazer mas costas por cobrarle que èl valia. Tomàs siguiò à su compañero, sin que le dexassen llegar à hablarle vna palabra: tãta era la gente que lo impedia, y recato de los corchetes, y del alguazil que le lleuaua. Finalmente no le dexò hasta verle poner en la carcel, y en vn calaboço cõ dos pares de grillos: y al herido en la enfermeria, donde se hallò à verle curar, y viò que la herida era peligrosa, y mucho, y lo mismo dixo el Cirujano. El Alguazil se lleuò à su casa los dos asnos, y mas cinco reales de à ocho, q̃ los corchetes auian quitado à Lope. Bolviòse à la posada, lleno de confusion, y de tristeza, hallò al que ya tenia por amo con no menos pesadũbre que èl traìa, à quien dixo de la manera que quedaua su compañero, y del peligro de muerte en que quedaua el herido, y del sucesso de su asno. Dixole mas, que à su desgracia se le auia añadido otra, de no menor fastidio, y era q̃ vn amigo de su señor le auia encontrado en el camino, y le auia dicho, q̃ su señor por ir muy de priesa, y ahorrar dos leguas de camino, desde Madrid auia passado por la barca de Acequia, y que aquella noche dormia en Orgaz, y q̃ le auia dado doze escudos que le diesse, con ordende que fuesse à Sevilla, donde le esperaua. Pero no puede ser assi, añadiò Tomas, pues no serà razon que yo dexe à mi amigo, y camarada en la carcel, y en tanto peligro; mi amo me podrà perdonar por ora: quanto mas que èl es tan bueno, y honrado, que darà por bien qualquiera falta que le hiziere, a trueco que no la haga à mi camarada. V.m. señor amo me la haga de tomar este dinero, y acudir à este negocio, y en tãto que este se gasta, yo escriuirè à mi señor lo que passa, y sé que me embiarà dineros, que basten à sacarnos de qualquiera peligro. Abriò los ojos de vn palmo el huesped alegre de ver, que en parte iba saneãdo la perdida de su asno; tomò el dinero, y consolò à Tomas, diziendole, que èl tenia personas en Toledo, de tal calidad, que valian mucho con la justicia, especialmente vna señora Monja, parienta del Corregidor, que le mandaua con el pie, y que vna lauandera del Monasterio de la tal Mõja, tenia vna hija, que era grandissima amiga de vna hermana de vn Frayle muy familiar, y conocido del Confessor de la dicha Monja, la qual lauandera lauaua en casa: y como esta pida à su hija, que si pedirà, hable à la hermana del Frayle, que hable à su hermano, que hable al Confessor, y el Confessor à la Monja, y la Mõja guste de dar vn villete (que serà cosa muy facil) para el Corregidor, en que le pida mire por el negocio de Lope, sin duda alguna se podrà esperar buen sucesso. Y esto ha de ser con tal q̃ el aguador no muera, y con que no falte vnguento para vntar à todos los ministros de justicia, porque como estàn vntados, gruñen mas que carretas de bueyes. En gracia le cayò à Tomas los ofrecimientos del fauor que su amo le auia hecho, y los infinitos, y rodeltos arcaduzes por donde le auia deribado, y aun que conociò q̃ antes lo auia dicho de sotarron, que de inocẽte, con todo esso le agradeciò su buen animo, y le entregò el dinero, con promesa que no faltaria mucho mas, segun èl tenia la confiança en su señor, como ya le auia dicho. La Arguello que viò atrayllado à su nueuo cuyo, acudiò luego à la carcel, à lleuarle de comer, mas no se le dexarõ ver, de que ella quedò muy sentida, y mal contenta; pero no por esto desistiò de su buen proposito. En resoluciõ dentro de quince dias estuuo fuera de peligro el herido, y à los veinte declarò el Cirujano estaua sano; y ya en este tiempo auia dado traça Tomas, como le viniessen cincuenta escudos de Sevilla, y sacãtoles el

de su seno, se los entregò al huesped, con cartas fingidas de su amo; y como al huesped le iba poco en averiguar la verdad de aquella correspondencia, cogia el dinero, que por ser en escudos de oro, le alegraua mucho. Por seis ducados se apartò de la querella el herido: en diez, y en el asno, y las costas, sentenciaron al Asturiano, y salìò de la carcel, pero no quiso bolver à estar con su compañero, dandole por disculpa, que en los dias que auia estado preso, le auia visitado la Arguello, y requeridole de amores; cosa para èl de tanta molestia, y enfado, que antes se dexara ahorcar, que corresponder cõ el deseo de tan mala hembra, q̃ lo que pensaua hazer en aquel caso era, ya que èl estaua determinado de seguir, y passar adelante con su proposito, comprar vn asno, y vsar el oficio de aguador, en tanto que estuuiesse en Toledo, que con aquella cubierta no seria juzgado, ni preso por vagamundo; y sin esso era el oficio que con mucho descanso, y comodidad suya podia vsar, pues con solavna carga de agua se pasaba todo el dia por la ciudad mirando bobas. Antes miraràs hermosas que bobas en esta ciudad, que tiene fama de tener las mas discretas mugeres de España, y que andan à vna discrecion con su hermosura: y si no miralo por Costança, de cu-

cuyas sombras de belleza, puede enriquecer, no solo à las hermosas de esta ciudad, sino à las de todo el mundo. Passo señor Tomás, replicò Lope, vamos poco à poco en esto de alabanças de la señora fregona, si no quiere, q̃ como le tengo por loco, le tẽga por hereje. Fregona has llamado à Costança, hermano Lope, respõdiò Tomas, Dios te lo perdone, y te traiga à verdadero conocimiento de yerro. Pues no es fregona, replicò el Asturiano? Hasta aora le tengo por ver fregar el primer plato. No importa, dixo Lope, no auer le visto fregar el primer plato, si le has visto fregar el segundo, y aun el cẽtesimo. Yo te digo hermano, replicò Tomas, que ella no frie ga, ni entiende en otra cosa que en su labor, y en ser guarda de la plata labada que ay en casa, que es mucha. Pues como la llaman por toda la ciudad (dixo Lope) la fregona ilustre, si es que no frie ga? mas sin duda deue de ser, que como frie ga plata, y no loça, la dan nombre de ilustre; pero dexãdo esto à parte, dime Tomas, en q̃ estado estan tus esperanças? En el de perdicion, respondiò Tomàs, porque en todos estos dias que has estado preso, nũca la he podido hablar vna palabra, y à muchas que los huespedes le dizen, cõ ninguna otra cosa respõde, que con baxar los ojos, y no desplegar los labios: tales es su honestidad, y su recato que no menos enamora con su recogimiẽto, que con su hermosura. Lo que me trae alcançado de paciẽcia, es saber, que el hijo del Corregidor, que es moço brioso, y algo atreuido, muere por ella, y la solicita con musicas, que pocas noches se passan sin darselas, y tã al descubierto, que en los cantan la nombran, la alaban, y la solenizã pero ella no las oye, ni desde que anochece, hasta la mañana, no sale del aposento de su ama, escudo que no dexa que me passe el coraçon la dura saeta de los zelos. Pues què piensas hazer con lo imposible que se te ofrece en la conquista desta Porcia, desta Minerva, y de esta nueua Penelope, que en figura de donzella, y de fregona, retamora, acobarda, y te desvanece? Haz la burla que de mi oyste, amigo Lope, que yo sè que esto, y en mas grado, es el mas hermoso rostro, que pudo formar naturaleza, y de la mas incomparable honestidad, que acostumbre de vsar en el mundo. Costança se llama, y no Porcia, Minerva, ni Penelope, en vn meson sirue, que no lo puedo negar; pero que puedo yo hazer si me parece que el destino con oculta fuerça me inclina, y la eleccion con el discurso me mueue à que la adore? Mira amigo, no sè como tu digas (prosiguiò Tomas) de la manera con que amor el

baxo sugeto desta fregona (que tu llamas) me le encumbra, y leuanta tan alto, que viendole, no la vea, y conociendole le descorteza. No es possible, que aunque lo procuro, pueda vn breue termino contemplar, si assi se puede dezir, en la baxeza de su estado: porque luego acuden à borrarme este pensamiento su honestidad, su honestidad, y recogimiento, y me dan à entẽder, que debaxo de aquella rustica corteza deue de estar encerrada, y escondida alguna mina de gran valor, y merecimiento grande. Finalmente, sea lo que se fuere, yo la quiero bien, y no con aquel amor vulgar con que à otras he querido, sino con vn amor tan limpio, que no se estiende à mas que à servir, y à procurar que ella me quiera, pagãdose con honesta voluntad, lo que es mia, tan bien honesta se deue. A este punto dió vna grãvoz el Asturiano, y como exclamando, dixo, ò amor Platonico, ò fregona ilustre, ò felicissimos tiempos los nuestros, donde vemos que la belleza enamora sin malicia, la honestidad enciende sin q̃ abrace, el donayre de gusto sin que incite, y la baxeza del estado humilde obliga, y fuerça à que le suban sobre la rueda de la que llaman fortuna! O pocos atunes mios, que os passais este año sin ser visitados de quien tan enamorado, y aficionado vuestro; pero el que viene, yo hare la enmiẽda de manera, que no se quexen de mi los mayorales de las deseadas Almadranas. A esto dixo Tomas: Ya veo Asturiano, quan al descubierto te burlas de mi; lo que podràs hazer, es irte norabuena à tu pesqueria, q̃ yo me quedarè en mi caça, y aqui me hallarà sà la buelta; si quisieres lleuarte contigo el dinero que te toca, luego te lo darè, y vete en paz, y cada vno siga la senda por dõde su destino le guiare. Por mas discreto te tenia, replicò Lope: ò tu no ves q̃ lo que digo es burlando? Pero ya que sè que tu hablas de veras, de veras te servirè en todo aquello que fuere de tu gusto. Vna cosa sola te pido, en recompensa de las muchas que pienso hazer en tu servicio, y es, que no me pongas en ocasion de que Arguello me requiebre, ni solicite, porque antes romperè con tu amistad que ponerme à peligro de reñir la suya. Viue Dios amigo, q̃ habla mas que vn Relator, y que le huele el aliento à rasuras desde vña legua, todos los dientes de arriba son postiços, y tengo para mi que los cabellos son cabellera; y para adouar, y suplir estas faltas, despues que me descubriò su mal pensamiento, ha dado en afeytarse con albayalde, y assi se xaluega el rostro, q̃ no parece sino mascarõ de yesso puro. Todo esso es verdad, replicò Tomas, y

no

no es tan mala la Gallega que à mi me marauiza: lo que se podrà hazer es, que esta noche sola estes en la posada, mañana compraràs el asno que dizes, y buscaràs donde estar, y assi huyràs los encuentros de Arguello, yo quedarè sujetos àlos de la Gallega, y à los de los rayos de la vista de mi Constança. En esto se conuinieron los dos amigos, y se fueron à la posada, à dõde de la Arguello fue con muestras de mucho amor recibido el Asturiano. Aquella noche huuo vn bayle à la puerta de la posada de muchos moços de mulas, que en ella, y en las cõuezinas auia. El que tocò la guitarra fue el Asturiano, las baylaloras, amen de las dos Gallegas, y de la Arguello, fueron otras tres moças, que á peticion, y ruego de la Arguello, vinieron à la fiesta de otra posada junto: llegarõse muchos emboçados con deseo de ver à Constança; pero ella no pareciò, con que dexò burlados muchos deseos. De tal manera tocaua la guitarra Lope, que dezian que la hazia hablar. Pidieronle las moças, y con mas ahinco la Arguello, que cantasse algun Romance, èl dixo, que como ellas le baylassen, al modo como se canta, y bayla en las comedias, q̃ le cantaria; y que para que no lo errassen, q̃ hiziessen todo aquello que èl dixesse cantando, y no otra cosa. Auia entre los moços de mulas baylarines, y entre las moças, ni mas, ni menos. Mondò el pecho Lope, escupiendo dos vezes, en el qual tiempo rẽsò lo que diria: y como era de presto, facil, y lindo ingenio, cõ vna facilissima corriente de improuiso començò àcantar desta manera.

Salga la hermosa Arguello,
moça vna vez, y no mas,
y haziendo vna reuerencia
dè dos passos àzia tras.

De la mano la arrebate,
el que llaman Barrabàs,
Andaluz moço de mulas
canonigo del compàs.

De las dos moças Gallegas
que en esta posada estàn,
salga la mas carigorda
en cuerpo, y sin deuantal.

Engarrafela Torote,
y todos quatro à la par,
con mudanças, y meneos,
dèn principio à vn contrapas.

Todo lo que iba cantando Asturiano hizieron al pie de la letra, ellos, y ellas: mas quando llegò à dezir que diessen principio à vn contrapas, respondiò Barrabas (que assi le llamauan por mal nombre al baylarin moço de mulas.) Hermano musico mire lo que canta, y no moteje à nadie de malvestido, porque aqui no ay nadie con trapos, y cada vno se viste como Dios le ayuda. El huesped que oyò la ignorancia del moço, dixo: Hermano moço, contrapas es vn bayle estrangero, y no motejo de mal vestido. Si esso es, replicò el moço, no ay para què nos meta en dibuxos: toquen sus çarabãdas, chaconas, y folias al vsso, escudillen como quisierẽ, que aqui ay personas, q̃ les sabràn llenar las medidas hasta el gollete. El Asturiano sin replicàr palabra, prosiguio su canto, diziendo:

Entrè, pues, todas las Ninfas,
y los ninfos que han de entrar,
que el bayle de la chacona
es mas ancho que la mar.

Requieran las castañetas,
y baxense à refregar
las manos por essa arena,
ò tierra del muladar.

Todos lo hã hecho muy biẽ,
no tengo que les retar,
santiguense, y dèn al diablo
dos higas de su higueral.

Escupan al hi de puta,
porque nos dexen holgar
puesto que de la chacona
nunca se suele apartar.

Cambio el son diuina Argentina
mas bella que vn hospital,
pues eres tan nueua Musa,
tu fauor me quieras dàr.

El bayle de la chacona,
encierra la vida bona.

Hallase alli el exercicio,
que la salud acomoda,
sacudiendo de los miembros
à la pereza poltrona.

Baile la risa en el pecho
del que bayla, y del que toca,
del que mira, y del que escucha
bayle y musica sonara.

El brio, y la ligereça,
en los viejos se remoça,
y en los mancebos se ensalça,
y sobre modo se entona.

Que el bayle de la Chacona,
encierra la vida bona.

Què de vezes ha intentado
aquesta noble señora,
con la alegre Zarauanda,
el pesamo, y Perramora.

Entrarse por los resquicios
de las casas Religiosas,
à inquietar la honestidad,
que en las santas celdas mora?

Quantas fue vituperado
de los mismos que la adorán?
Porque imagina el lascino,
tal que es necio se le antoja.

Que el bayle de la Chacona,
encierra la vida bona.

Esta Indiana amulatada,
de quien la fama pregona,
que ha hecho mas sacrilegios,
è insultos, que hizo Aroua.

Esta à quien es tributaria
la turba de las fregonas,
la caterua de los pajes,
y de lacayos las tropas.

Dize, Jura, y no rebienta,
que à pesar de la persona
del soberuio zampapalo,
ella es la flor de la olla.

Y que sola la Chacona,
encierra la vida bona.

En tanto que Lope cantaua, se hazian rajas baylando la turbamulta de los mulantes, y fre-

gatizes del bayle, que llegauã a doze; y en tanto que Lope acomodaua à passar adelante, cãtãdo otras cosas de mas tomo, substancia, y consideracion de las cãtadas, vno de los muchos emboçados, que el bayle mirauan, dixo, sin quitarse el emboço: Calla-borracho, calla cuero, calla odrina, poeta de viejo, musico falso. Tras esto acudierõ otros, diziendole tãtas injurias, y muecas, que Lope tuvo por bien de callar: pero los moços de mulas lo tomarõ tan mal, que sino fuera por el huesped, que con buenas razones lo sossegò: allí fuera la de maçagaros; y aun con todo esso no dexaran de menear las manos, si à aquel punto no llegara la justicia, y los hiziera recoger à todos. Apenas se auiã retirado, quãdo llegò à los oìdos de todos los q̃ en el varrio despiertos estauan, vna voz de vn hombre, que sentado sobre vna piedra, frontero de la posada del Sevillano cantaua con tan marauillosa voz, y suaue armonia que los dexò suspẽsos, y les obligò a q̃ le escuchassen hasta el fin, pero el que mas atẽto estuvo, fue Tomàs Pedro, como aquel a quien mas le tocaua, no solo el oìr la musica, sino entẽder la letra, que para èl no fue oir cãciones, sino cartas de excomuniõ, que le congoxauan el alma, por que lo que el musico cantò, fue este Romance:

DOnde estàs que no parece
esfera de la hermosura,
bel leça à la vida humana
de diuina compostura?
Cielo imperio, donde amor
tiene su estancia segura,
primer mouil, que arrebata
tras si todas las ventanas.
Lugar cristalino, donde
transparentes aguas puras
enfrian de amor las llamas,
las acrecientan, y apuran.
Nueuo hermoso firmamẽto,
donde dos estrellas juntas,
sin tomar la luz prestada,
al cielo, y al suelo alumbran.
Alegria, que se opone
à las tristezas confusas
del padre, que dà à sus hijos
en su vientre sepultura.
Humildad, que se resiste
de la alteza con que encumbra
el gran Iobe, à quien instruye
su benignidad que es mucha.
Red inuisible, y sutil,
que pones en prisiones duras
al adulrero guerrero,
que de las batallas triunfa.
Quarto cielo, y Sol segundo,
que al primero dexa à escuras
quando à caso dexa verse,
que el verle es caso, y ventura.
Graue embaxador q̃ habla
con tan estraña cordura,
que persuades callando lo,
aun mas de lo que procuras.
Del segundo cielo tienes
no mas que la hermosura,
y del primero, no mas
que el resplandor de la Luna.

Esta esfera sois Constança,
puesta por cortar fortuna,
en lugar que por indigno
vuestras venturas deslibra.
Fabricad vos vuestra suerte,
consintiendo se reduzga
la entereza, a trato, al vso,
la esquiuidad a blandura.
Con esto vereis, señora,
que embidian vuestra ventura
las soberuias por linage,
las grandes, por hermosura.
Si quereis ahorrar camino
la mas rica, y la mas pura
voluntad, en mi os ofrezco,
que vio amor en alma alguna.

El acabar estos vltimos versos, y el llegar bolando dos mesones ladrillos, fue todo vno, que como dieron junto a los pies del musico, le dieran en mitad de la cabeça, con facilidad le sacaran de los cascos la musica, y la poesia. Assombrose el pobre, y dio a correr por aquella cuesta arriba, con tanta priessa, que no le alcançara vn galgo (infelice espantado de los musicos murciegalos, y lechuços, siempre fugitiuos a semejantes llouias, y desvanes:) A todos los que escuchado auian la del apedreado, les parecio bien; pero a quien mejor fue a Tomas Pedro, q̃ admirò la voz, y el Romance, mas dissiera èl que de otra Costãça hiziera la ocasion de tantas mudanças, puestas que a sus oidos jamas llegò ninguna. Contrario desteparecer fue Barrabas, el moço de mulas, que tambien estuuo atento a la musica, porque assi como viò huir al musico, dixo: Allà iràs mentecato, robador de Iudas, que pulgas te coman los ojos; y quien diablos te enseñò a cantar a vna fregona cosas de Esfera, y de cielo, llamandola Lunes, y Martes, y de ruedas de fortuna, dixerasla (no ramala para ti, y para quien le huuiere parecido bien tu trouba) q̃ es tiessa como vn esparrago, entonada como vn plumaje: blãca como vna leche, honesta como vn Frayle nouicio, melindrosa, zahareña como vna mula de alquiler, y mas dura que vn pedaço de argamasa: q̃ como esto le dexaras, ella lo entẽdiera, y se holgara: pero llamarla embaxadora, y red, y moble, y alteza, y baxeza, mas es para dezirlo a vn niño de la doctrina, q̃ a vna fregona. Verdaderamente que ay poetas en el mundo, que escriuẽ trobas que no ay diablo que las entienda: yo alomenos, aunque soy Barrabas, estas que ha cantado este musico, de ninguna maneralas entiendo, miren que hará Cõstancica; pero ella lo haze mejor: que se està en su cama, haziẽdo burla del mismo Preste Iuan de las Indias. Este musico alomenos no es del hijo del Corregidor, que aquellos son muchos, y vna vez que otra se dexan entender; pero este, boto a

tal

tal q̃ me dexa mohino. Todos los que escucharon a Barrabas, recibieron grã gusto, y tuuierõ su censura, y parecer por muy acertado. Con esto se acostaron todos, y apenas estaua sossegada la gente, quando sintiò Lope, q̃ llamauan à su aposẽto muy passo. Y preguntando, quiẽ llama? fuele respondido con voz baxa: La Arguellio, y la Gallega somos; aoranos que nos morimos de frio. Pues en verdad, respondio Lope, que estamos en la mitad de los Caniculares. Dexate de gracias, amigo Lope, replicò la Gallega, leuantate, y abre, que venimos hechas vnas Archiduquesas. Archiduquesas, ya tal hora? respondio Lope, no creo en ellas, antes entiendo que sois brauxas, o vnas grandissimas vellacas: idos de ahi luego al punto, sino por vida de, hago juramẽto, que si mucho me hazeis, me leuante, y con los hierros de mi pretina os tẽgo de poner las tales posaderas como vnas amapolas. Ellas que se vieron resõder tan aceruamente, y tan fuera de aquello q̃ primero se imaginaron, temieron la furia del Asturiano, y defraudadas sus esperanças, y borrados sus designios, se boluieron tristes, y melancolizadas a sus lechos, aunq̃ antes de apartarse de la puerta, dixo la Arguello, poniendo los hozicos por el agujero de la llaue. No es la miel para la boca del asno: cõ esto, como si huuiera dicho vna grã sẽtencia, y tomãdo, vna justa vengãça, se boluio como se ha dicho, a su triste cama. Lope que sintiò q̃ se auia buelto, dixo à Tomas Pedro, q̃ estaua despierto: Mirad Tomas, ponedme vos a pelear con dos Gigantes, y en ocasion que me sea forçoso desquixarar por vuestro seruicio media dozena, o vna de Leones, que yo lo harè con mas facilidad, que beuer vna taça de vino; pero que me pongais en necessidad que me tome abraço partido con la Arguello; no lo consentirè, sino me assaetean. Mirad què donzellas de Dinamarca nos auia ofrecido la suerte esta noche? Aora bien, amanecerà Dios, y medraremos. Ya te he dicho amigo, respondio Tomas, que puedes hazer tu gusto, ò ya en irte a tu romeria, ò ya en cõprar el asno, y hazerte aguador, como tienes determinado. En lo de ser aguador me afirmo, respondiò Lope, y durmamos lo poco que queda, hasta venir el dia, que tengo esta cabeça mayor que vna cuba; y no estoy para ponerme a contra ladepartir contigo. Durmieronse, vino el dia, leuantaronse, y acudiò Tomas a dar cenada, y Lope se fue al mercado de las bestias, que es alli junto, a comprar vn asno, que fuesse tal como bueno. Sucediò, pues, que Tomas, lleuado de sus pensamientos, y de la comodidad que le daua la soledad de las fiestas, auia compuesto en algunas vnos versos amorosos, y escritolos en el mismo libro, do tenia la cuenta de la cenada, con intẽcion de sacarlos à parte en limpio, y romper, ò borrar aquellas hojas; pero antes que esto hiziesse, estando el fuera de casa, y auiendose dexado el libro sobre el cajõ de la cenada, le tomò su amo, y abriendole para ver como estaua la cuenta, diò con los versos que leìdos, le turbaron, y sobresaltaron. Fuesse cõ ellos à su muger, y antes que se los leyesse, llamò à Cõstança, y con grandes ofrecimientos, mezclados cõ amenaças, le dixo le dixesse, si Tomàs Pedro, el moço de la cenada, le auia dicho algũ requiebro, ò alguna palabra descompuesta, ò que diesse indicio de tenerla aficion. Cõstãça jurò q̃ la primera palabra, que en aquellos ò en otra materia alguna estaua aun por hablarla, y que jamàs, ni aun con los ojos le auia dado muestras de pensamiento malo alguno. Creyeronla sus amos por estàr acostumbrados à oirla siẽpre dezir verdad en todo quanto la preguntauã. Dixeronla, que se fuesse de alli, y el huesped, dixo à su muger: No sè que me diga desto. Avreis de saber señora, que Tomàs tiene escritas en este libro de la cenada vnas coplas, que me ponẽ mala espina, que està enamorado de Cõstancica. Veamos las coplas, respondiò la muger, que yo os dirè lo que en esso se deue hazer. Assi serà sin duda alguna, replicò su marido, q̃ como sois poeta, luego dareis en su sentido. No soy poeta, respondiò la muger; pero ya sabeis vos que tengo buen entendimiento, y que sè rezar en latin las quatro oraciones. Mejor hariades de rezallas en Romance, que ya os dixo vuestro tio el Clerigo, que deziades mil gazapatones, quãdo rezauades en Latin, y que no rezauades nada. Essa flecha, de la aljaua de su sobrina ha salido, q̃ està embidiosa de verme tomar las horas de Latin en la mano, y irme por ellas como por viña vẽdimiada. Seacomo vos quisierdes, respondiò el huesped, estad atẽta, q̃ las coplas son estas.

Q Viẽ de amor vẽturas halla?
El que calla.
Quien triunfa de su aspereza?
La firmeza
Quien dà alcance à su alegria?
La porfia.
Desse modo bien podria
Esperar dichosa palma,
Si en esta empresa mi alma
Calla, està firme, y porfia.
Con què se sustenta amor?
Con fauor.
Y con què mengua sufria?
Con la injuria.
Antes con desdenes crece?
Desfallece.

Claro en esto se parece.
Que mi amor serà inmortal,
Pues la causa de mi mal,
Ni'inj tia, ni fauorece.
Quien desespera, què espera?
Muerte entera.
Pues q̃ muerte el mal remedia?
La que es media.
Luego bien serà morir?
Mejor sufrir.
Porque se suele dezir,
Y esta verdad se reciba,
Que tras la tormẽta esquiua
Suele la calma venir.
Descubrirè mi pasion?
En ocasion.
Y si jamàs se me dà?
Si harà.
Llegarà la muerte en tanto.
Llegue à tanto,
Tu limpia fee, y esperança,
Que en sabiendolo Cõstãça,
Conuierta en risa tu llanto.

A y mas? Preguntò la hueſpeda. No, respõdiò el marido: pero q̃ os parece destos versos? Lo primero, dixo ella, es menester aueriguar, sin sõ de Tomàs. En esso no ay q̃ poner duda, replicò el marido, porq̃ la letra de la cuẽta dela ceuada, y la de las coplas, toda es vna, sin que se pueda negar. Mirad, marido, dixo la hueſpeda, a lo què yo veo, puesto q̃ las coplas nombran à Cõstancica, por donde se puede pensar q̃ se hizierõ para ella, no por esso lo auemos de afirmar nosotros por verdad, como si se las viera-

mos escrimir, quanto mas que otras Cõstãças que la nuestra ay en el mũdo: pero ya que sea por esta, alli no le dize nada que le deshonre, ni la pide cosa que le importe. Estemos à la mira, y auemos à la muchacha, q̃ si el està enamorado della, à buen seguro que el haga mas coplas, y que procure darselas. No sera mejor, dixo el marido, quitarnos de essos cuydados, y echarle de casas? Esso, respondiò la hueſpeda en vuestra mano està: pero en verdad q̃ segun vos dezis, el moço sirue de manera que seria conciencia el despedirle por tan liuiana ocasion. Aora bien, dixo el marido, estaremos alerta, como vos dezis, y el tiempo nos dirà lo q̃ auemos de hazer. Quedaron en esto, y tornò à poner el hueſped el libro donde le auia hallado. Bolviò Tomàs a mirarlo, y fingiò à buscar su libro, hallòle: y por q̃ no le diesse otro sobresalto, trasladò las coplas, y rasgò aquellas hojas, y propuso de auẽturarse à descubrir su deseo à Cõstança en la primera ocasion q̃ se le ofreciesse. Pero como ella auia siempre sobre los estriuos de su honestidad, y recato, à ninguna no daua lugar de mirarla, quanto mas de ponerse à platicas con ella: y como auia tanta gente, y tãtos ojos de ordinario en la posada, aumentaua mas la dificultad de hablarla, de q̃ se desesperaua el pobre enamorado. Mas

auiendo salido aquel dia Cõstança con vna toca, ceñida por las mexillas, y dicho a quien le preguntò que porq̃ se la auia puesto, que tenia vn gran dolor de muelas. Tomàs, à quien sus deseos auiuauan el entendimiento, en vn instante discurriò lo q̃ seria bueno que hiziesse, y dixo: Señora Cõstãça, yo le darè vna oracion en escrito, que à dos vezes que la reze se le quitarà, como por la mano su dolor. Norabuena, respondiò Cõstãça, yo la rezare, porque sè leer. Ha de ser con condiciõ, dixo Tomàs, q̃ no la ha de mostrar à nadie, porq̃ la estimo en mucho, y no sera bien, que por saberla muchos, se menosprecie. Yo le prometo, dixo Cõstança, Tomas q̃ no la dè a nadie y demela luego, porque me fatiga mucho el dolor. Yo la trasladarè de la memoria, respondiò Tomas, y luego se la darè. Estas fueron las primeras razones que Tomàs dixo à Cõstança, y Cõstança à Tomàs, en todo el tiempo que auia que estaua en casa, que ya passauan de veinte y quatro dias. Retiròse Tomàs, y escriuiò la oracion, y tuvo lugar de darsela à Constança, sin que nadie lo viesse, y ella con mucho gusto, y mas deuociõ, se entrò en vn aposento à solas, y abriendo el papel, viò que dezia desta manera.

Señora de mi alma, yo soy vn Cauallero natural de Burgos, si

alcãço de dias à mi padre, heredo vn mayorazgo de dos mil ducados de rẽta. A la fama de vuestra hermosura, q̃ por muchas leguas se estiẽde, dexè mi patria, mudè vestido, y en el trage q̃ me veis, vine àseruir à vuestro dueño, si vos lo quisieredes ser mio, por los medios que mas à vuestra honestidad cõuẽgan, mirad que pruebas quereis que haga para enteraros desta verdad; y enterada en ella siẽdo gusto vuestro, serè vuestro esposo, y me tẽdrè por el mas biẽ afortunado del mundo. Solo por ora os pido, que no echeis tiẽe namorados, y limpios pensamientos, como los mios en la calle; q̃ si vuestro dueño los sabe, y no los cree, me condenarà à destierro de vuestra presencia, que seria lo mismo que cõdenarme à muerte. Dexadme, señora, q̃ os vea, hasta que me creais, cõsiderando que no merece el riguroso castigo de no veros, el que no ha cometido otra culpa, q̃ a ojos vistas con los ojos, podeis resp̃derme à hurto de los muchos q̃ siempre os estàn mirando, que ellos son tales, que ayrados matan, y piadosos resucitan. En tanto que Tomàs entendiò que Cõstança se auia ido à leer su papel, le estuvo palpitando el coraçon, temiendo, y esperando, ò ya la sentẽcia de su muerte, ò la restauracion de su vida. Saliò en esto Cõstança tan hermosa, aun

que reboçada, que si pudiera recibir aumento su hermosura cõ algun accidente, se pudiera juzgar, q̃ el sobresalto de auer visto en el papel de Tomàs otra cosa tan lexos de la que pensaua, auia acrecentado su belleza. Salió entonces cõ el papel, entre las manos, hecho menudas piecas, y dixo à Tomàs, que apenas se podia tener en pie: Hermano Tomàs, esta tu oracion, mas parecia hechizeria, y embuste, q̃ oracio santa: y assi yo no la quiero creer, ni vsar della, y por esso la he rasgado, porque no la vea nadie que sea mas credula que yo; aprende otras oraciones, porque esta sera imposible q̃ te sea de prouecho. En diziẽdo esto, se entrò con su ama, y Tomàs quedò suspenso; pero consolado, viendo que en solo el pecho de Cõstança quedaua el secreto de su deseo, pareciẽdole, que pues no auia dado cuenta dèl à su amo, por lo menos no estaua en peligro de q̃ le echassẽ de casa. Pareciòle que en el primero passo que auia dado en su pretensiõ, auia atropellado por mil montones de inconuenientes, y que en las cosas grandes, y dudosas, la mayor dificultad està en los principios.

En tanto que esto sucediò en la posada, andaua el Asturiano cõprado el asno donde los vendian, y aunque hallò muchos, ninguno le satisfizo, puesto que vn Gitano anduuo muy solicito por encaxarle vno, que mas caminaua por el azogue que le auia echado en los oidos, que por ligereza suya; pero lo que cõtentaua por el passo, desagradaua cõ el cuerpo, que era muy pequeño, y no del grandor, y talle que Lope queria, que le buscaua suficiẽte para lleuarle à el por añadidura. Llegòse à èl en esto vn moço, y dixole al oido, Galã, si busca alguna vestia comoda para el oficio de aguador yo tẽgo vn asno aqui cerca en vn prado que no le ay mejor, ni mayor en la Ciudad, y aconsejòle, q̃ no compre bestia de Gitanos, porque aunque parezcã sanas, y buenas, todas son falsas, y llenas de dolames: si quiere cõprar la que le conuiene, vẽgase conmigo, y calle la boca. Creyòle el Asturiano, y dixole, que guiasse à donde estaua el asno, que tanto encarecia. Fueronse los dos mano à mano, como dizen, hasta que llegaron à la huerta del Rey, dõde à la sombra de vna açuda, hallaron muchos aguadores, cuyos asnos pacen en vn prado que alli cerca estaua. Mostrò el vendedor su asno, tal, que le hinchò el ojo al Asturiano, y de todos los que alli estauã, fue alabado el asno de fuerte, de caminador, y comedor sobremanera. Hizieron su cõcierto, y sin otra seguridad, ni informaciõ, siendo corredores, y medi-

dianeros los demas aguadores, dió diez y seis ducados por el asno, con todos los aderentes del oficio, hizo la paga real en escudos de oro. Dieronle el parabiẽ de la cõpra, y de la entrada en el oficio, y certificaronle, q̃ auia cõprado vn asno dichosissimo: porque el dueño que le dexaua, sin que se mancasse, ni matasse, auia ganado cõ èl en menos tiẽpo de vn año, despues de auerse sustentado a èl, y al asno honradamente, dos pares de vestidos, y mas aquellos diez y seis ducados con que pensaua boluer a su tierra, donde le tenian cõcertado vn casamiento con vna media parienta suya. Amen de los corredores de el asno, estauan presentes quatro aguadores jugando a la primera, tendidos en el suelo, siruiendoles de bufete la tierra, y de sobremesa las capas: puso se el Asturiano a mirarlos, y viò que no jugauan como aguadores, sino como Arcedianos, porque tenia de resto cada vno mas de cien reales en quartos, y en plata. Llegò vna mano de echar todos el resto: y si vno no hiziera partido a otro, el hiziera mesa Gallega. Finalmente, a los dos en aquel resto se les acabò el dinero, y se leuantaron. Viendo lo qual el vendedor del asno dixo que si hauiera quarto, que èl jugara, porque era enemigo de jugar entercio. El Asturiano que era de propiedad del açucar, q̃ jamàs gastò menestra, como dize el Italiano, dixo que èl haria quarto. Sentaronse luego, anduuo la cosa de buena manera, y queriẽdo jugar antes el dinero que el tiempo, en poco rato perdiò Lope seis escudos que tenia y viendose sin blanca: dixo q̃ si querian jugar el asno, que èl le jugaria. Aceptarõle el embite, y hizo de resto vn quarto del asno diziendo, que por quartos queria jugarle. Dixole tan mal, que en quatro restos cõsecutiuamẽte perdiòlos quatro quartos del asno, y ganoselos el mismo que se le auia vendido, y leuantando se para boluer à entregarse en èl, dixo el Asturiano, que aduirtiessen, q̃ el solamẽte, auia jugado los quatro quartos del asno, pero la cola q̃ se la diessen, y se le lleuassen norabuena. Causòles gran risa à todos la demanda de la cola: y huuo Letrados que fueron de parecer, que no tenia razon en lo que pedia, diziendo que quãdo se vẽde vn carnero, ò otra res alguna, no se saca, ni quita la cola, que con vno de los quartos traseros ha de ir forçosamẽte. A lo qual replicò Lope que los carneros de Berberia ordinariamente tienẽ cinco quartos, y que el quinto es de la cola, y quando los tales carneros se quartean, tanto vale la cola, como qualquier quarto: y que à lo de ir la cola junto con la res q̃ se vende viua, y no se quartea,

que lo concedia: pero que la suya no fue vendida, sino jugada, y que nunca su intencion fue jugar la cola, y que al punto se la boluiessen luego, cõ todo lo a ello anexo, y concerniente, que era desde la punta del celebro, con toda la ossamenta del espinaço, donde ella tomaua principio, y decẽdia, hasta parar en los vltimos pelos della. Dadme vos, dixo vno, que ello sea assi como dezis, y que os la dẽ como la pedis, y sentaos junto a lo que del asno queda. Pues assi es, replicò Lope, venga mi cola, si no por Dios q̃ no me lleuen el asno, si bien viniessen quantos aguadores ay en el mundo, y no piẽsen que por ser tantos los que aqui estan, me hã de hazer superchería, por que soy yo vn hombre q̃ me sabrè llegar a otrò hombre, y meterle dos palmos de daga por las tripas, sin que sepa de quien, por donde, ò como le vino; y mas les quiero dezir, que no quiero que me paguen la cola del asno tata porcãtidad, sino que quiero que me la den en ser y la corten del asno, como tengo dicho. Al Ganancioso, y a lo demas les parecio no ser biẽ lleuar aquel negocio por fuerça, porque juzgaron ser de tal brio el Asturiano, que no cõsentiria que se la hiziessen; el qual como no estaua hecho al trato de las Almadrauas, donde se exercita todo genero de rumbo, y xacara, y de extraordinarios juramẽtos, y votos; boleò alli el capelo, y empuñò vn puñal, que debaxo del capotillo traia, y puso se en tal postura que infundiò temor, y respeto en toda aquella aguadora compañia. Finalmẽte, vno dellos, que parecia de mas razon, y discursos los cõcertò, en que se echasse la cola contra vn quarto de asno a vna quinola, ò a dos, y passante. Fueron contentos, y ganò la quinola Lope, picòse el otro, echò el otro quarto y a otras tres manos quedò sin asno. Quiso jugar el dinero, no queria Lope, pero tanto le porfiarõ todos, que lo huuo de hazer con que hizo el viaje del desposado, dexandole sin vn solo marauedi; y fue tanta la pesadumbre, q̃ desto recibiò el perdido, que se arrojò en el suelo, y con nẽçò a darse de calabaçadas por la tierra. Lope, como bien nacido, y como liberal, y compassiuo, le leuantò, y le boluiò todo el dinero que le auia ganado y los diez ducados del asno y aũ de los que èl tenia repartio con los circunstantes, cuya estraña liberalidad passmò a todos, y si fueran los tiempos, y las ocasiones del gran Tamorlan, le alçaran por Rey de los aguadores. Con grande acompañamiento boluiò Lope a la ciudad, donde contò a Tomas lo sucedido, y Tomas assimismo le diò cuenta de sus buenos successos. No

quedò taberna, ni bodegon, ni junta de picaros, dõde no se supiesse el juego del asno, el esquite por la cola, y el brio, y liberalidad del Asturiano; pero como la mala vestia del vulgo, por la mayor parte es mala, mal dita, y maldiziente, no tomò de memoria la liberalidad, brio, y buenas partes del gran Lope, sino solamente la cola. Y assi, apenas huuo andado dos dias por la Ciudad echãdo agua, quando se viò señalar de muchos con el dedo, que dezia: este es el aguador de la cola. Estuviero̅ los muchachos atentos, supieron el caso, y no auia assomado Lope por la entrada de qualquiera calle, quando por toda ella le gritauan quien de aqui, y quien de alli: Asturiano, daca la cola, daca la cola, Asturiano. Lope que se viò assi acosar de tãtas lẽguas y con tãtas vozes, diò en callar, creyendo que en su mucho silencio, se anegaria tanta insolencia. Mas ni por essas, pues mientras mas callaua, mas los muchachos gritauan, y assi preuò à mudar su paciencia en colera, y apeandose del asno, diò a palos tras los muchachos, que fue afinar el poluorin, y ponerle fuego; y fue otro cortar las cabeças de la serpiẽte, pues en lugar de vna que quitaua a palcando à algun muchacho, nacian en el mismo instante, no otras siete, sino setecientas; que con mayor ahinco, y menudeo le pedian la cola. Finalmente tuvo por biẽ de retirarse à vna posada que auia tomado, fuera de la de su compañero, por huir de la Arguello, y de estarse en ella, hasta que la influencia de aquel mal Planeta passasse, y se borrasse de la memoria de los muchachos, aquella demãda mala, de la cola que le pedian. Seis dias se passaron, sin que saliesse de casa, sino era de noche, q̃ iba à ver à Tomàs, yà pregũtarle del estado en que se hallaua: el qual le contò que despues que auia dado el papel à Cõstança, nunca mas auia podido hablarla vna palabra q̃ le parecia andaua mas recatada que solia: puesto q̃ vna vez tuuo lugar de llegar à hablarla, y viendolo ella se auia dicho antes que llegasse, Tomàs, no me duele nada, y assi, ni tengo necesidad de tus palabras, ni de tus oraciones, contentate que no te acusè à la Inquisicion, y no te cãses. Pero que estas razones las dixo, sin mostrar ira en los ojos ni otro desabrimiento que pudiera dàr indicio de riguridad alguna. Lope le cõtò à èl la priessa que le dauan los muchachos, pidiendole la cola, porque èl auia pedido la de su asno, con que hizo el famoso esquite. Aconsejòle Tomàs, que no saliesse de casa, à lo menos sobre el asno, y que si saliesse, fuesse por calles solas, y apartadas: y q̃

quãdo esso no bastasse, bastaria dexar el oficio; vltimo remedio de poner fin à tan poco honesta demanda. Preguntòle Lope, si auia acudido mas la Gallega? Tomàs dixo, que no; pero que no dexaua de sobornarle la voluntad con regalos, y presentes de lo que hurtaua en la cozinaà los huespedes. Retiròse cõ esto à su posada Lope, con determinaciõ de no salir della en otros seis dias, á lo menos con el asno. Las onze serian de la noche quãdo de improuiso, y sin pensarlo, vieron entrar en la posada muchas varas de justicia, y al cabo el Corregidor. Alborotòse el huesped, y aun los huespedes; porque assi como los cometas, quando se muestrã, siempre causan temores de desgracias, è infortunios, ni mas, ni menos la justicia, quando derepente, y de tropel se entra en vna casa, sobresalta, y atemoriça, hasta las conciẽcias, no culpadas. Entròse el Corregidor en vna sala, y llamò al huesped de casa, el qual vino temblando, à ver lo que el señor Corregidor queria. Y assi como le viò el Corregidor, le preguntò cõ mucha grauedad: Sois vos el huesped? Si señor, respondiò èl, para lo que v. m. me quisiere mandar. Mandò el Corregidor que saliessen de la sala, todos los q̃ en ella estauan, y que le dexassen solo con el huesped. Hizieronlo assi, y quedandose solos, dixo el Corregidor al huesped: Huesped, que gente de seruicio teneis en esta vuestra posada: Señor, respõdiò èl, tengo vna moça Gallega, y vna ama, y vn moço que tiene cuenta cõ dàr la cenada, y paja. No mas, replicò el Corregidor. No señor, respõdiò el huesped. Pues dezidme huesped, dixo el Corregidor, donde està vna muchacha, que dizen que sirue en esta casa, tã hermosa, que por toda la Ciudad la llaman la ilustre fregona? yaun me han llegado a dezir, que mi hijo D. Periquito es su enamorado, y que no ay noche que no le dà musicas. Señor, respondiò el huesped, essa fregona ilustre que dizẽ, es verdad q̃ està en mi casa; pero ni es mi criada, ni dexa de serlo. No entiẽdo lo q̃ dezis, huesped en esso de ser, y no ser vuestra criada? Yo he dicho biẽ, añadiò el huesped, y si v. m. me dà licencia, le dirè lo que ay en esto, lo qual jamàs hè dicho à persona alguna. Primero quiero ver à la fregona, que saber otra cosa, llamadla acà, dixo el Corregidor. Assomose el huesped à la puerta de la sala, y dixo: Oyslo, señora, hazed que entre aqui Cõstãça. Quãdo la huespeda oyò que el Corregidor llamaua à Cõstança, turbose, y començò à torcerse las manos, diziendo: Ay desdichada de mi, el Corregidor à Constança, y à solas, algun gran mal deue de auer sucedido, que la hermosura desta muchacha trae encantados los hombres. Cõstança que lo oìa, dixo: Señora, no se congoje, que yo irè a ver lo que el señor Corregidor quiere, y si algũ mal huuiere sucedido, estè segura v. m. que no tendrè yo culpa. Y en esto sin aguardar que otra vez la llamassen, tomò vna vela encẽdida sobre vn candelero de plata, y con mas verguença que temor fue donde el Corregidor estaua, assi como el Corregidor la viò, mandò al huesped q̃ cerrasse la puerta de la sala: lo qual hecho, el Corregidor se leuantò, y tomando el candelero que Costãça traìa, llegandole la luz al rostro, la anduuo mirando toda de arriba a baxo, y como Costãça estaua cõ sobresalto, auiasele encẽdido la color del rostro, y estaua tan hermosa, y tan honesta, que al Corregidor le pareciò que estaua mirãdo la hermosura de vn Angel en la tierra; despues de auerla bien mirado, dixo: Huesped, esta no es joya para estar en el baxo engaste de vn meson, desde aqui digo, que mi hijo Periquito es discreto, pues tãbien ha sabido emplear sus pensamiẽtos. Digo donzella, que no solamẽte os pueden, y deuen llamar ilustre, sino ilustrissima: pero estos titulos no auiã de caer sobre el nõbre de fregona, sino sobre el de vna Duquesa. No es fregona, señor, dixo el huesped, que no sirue de otra cosa en casa, q̃ de traer las llaues de la plata, q̃ por la bondad de Dios tengo alguna, con que se siruen los huespedes honrados que à esta posada vienen. Con todo esso, dixo el Corregidor, digo huesped, q̃ no es decente, ni conuiene que esta donzella estè en vn meson. Es parienta vuestra por vẽtura? Ni es mi parienta, ni es mi criada, y si v. m. gustare de saber quien es, como ella no estè delãte, oirà vuessa merced cosas q̃ juntamente con darle gusto les admiren. Si gustarè, dixo el Corregidor, salgase Cõstãcica allã fuera, y prometase de mi, lo que de su mismo padre pudiera prometerse, que su mucha honestidad, y hermosura obligan à que todos los que la vieren se ofrezcan à su seruicio. No respondiò palabra Cõstança, sino con mucha mesura hizo vna profunda reuerencia al Corregidor, saliòse de la sala, y hallò à su ama desalada esperandola, para saber della, que era lo que el Corregidor la queria. Ella le contò lo q̃ auia passado, y como su señor quedaua con èl, para cõtarle no se que cosas, que no queria que ella las oyesse. No acabò de sossegarse la huespeda, y siempre estuvo rezãdo, hasta que se fue el Corregidor, y viò salir libre à su marido, el qual en tanto que estuuo con el Corregidor, le di-

xo:

xo: Oy hazen, señor, segun mi cuenta, quinze años: vn mes, y quatro dias, que llegò à esta posada vna señora en habito de peregrina en vna litera, acompañada de quatro criados de acauallo, y de dos dueñas, y vna donzella, que en vn coche venian. Traìa assimismo dos azemilas, cubiertas con dos ricos repostetos, y cargadas con vna rica cama, y cõ adereços de cozina. Finalmente, el aparato era principal, y la peregrina representaua ser vna gran señora; y aũque en la edad mostraua ser de quarenta, è poco mas años, no por esto dexaua de pàrecer hermosa en todo estremo. Venia enferma, y descolorida, y tan fatigada, que mãdò que luego, luego le hiziessen la cama, yen esta misma sala se la hizieron sus criadas. Preguntarõme qual era el medico de mas fama desta ciudad? Dixeles, que el Doctor de la Fuente. Fueron luego por èl, y èl vino luego, comunicò à solas cõ èl su enfermedad: y lo que de su platica resultò, fuè, que mãdò el Medico que se le hiziesse la cama en otra parte, y en lugar donde no le diessen ruido. Al momento la mudaron à otro aposento, que està aqui arriba apartado, y cõ la comodidad que el Doctor pedia. Ninguno de los criados entraua donde estaua su señora y solas las dos dueñas, y la donzella la seruian. Yo, y mi muger preguntamos à los criados, quièn era aquella tal señora, y como se llamaua, de donde venia, y adonde iba, si era casada, viuda, ò donzella, y porquè causa se vestia aquel habito de peregrina? A todas estas preguntas que les hizimos vna, y muchas vezes, no huuo alguno que nos respondiesse otra cosa, sino que aquella peregrina, era vna señora principal, y rica de Castilla la Vieja, y que era viuda, y que no tenia hijos, q̃ la heredassen; y que porq̃ auia algunos meses que estaua enferma de hidropesia, auia ofrecido de ir à nuestra Señora de Guadalupe en romeria, por la qual promessa iba en aquel habito. En quanto à dezir su nombre, traìa ordẽ de no llamarla, sino la señora Peregrina. Esto supimos por entõces; pero acabo de tres dias que por enferma la señora Peregrina se estaua en casa, vna de las dueñas nos llamò à mi, y à mi muger de su parte: fuimos à ver lo que nos queria, y delante de sus criadas, casi con lagrimas en los ojos, nos dixo: Creo q̃ estas mismas razones, señores mios, los cielos me son testigos, q̃ sin culpa mia, me hallo en el riguroso trãce que aora os dirè: Yo estoy preñada, y tan cerca del parto, que ya los dolores me van apretando. Ninguno de los criados que vienen conmigo sabe mi necesidad, ni desgracia: estas mis mugeres, ni he podido, ni he querido encubrirselo: por huir de los malicios os ojos de mi tierra, y porque esta hora no me tomasse en ella, hize voto de la nuestra Señora de Guadalupe: ella deue de auer sido seruida, que en esta vuestra casa me tome el parto, a vosotros està ao el remediarme, y acudirme ò el secreto que merece la que honra pone en vuestras manos. La paga de la merced que me hizieredes, que assi quiero llamarla, si no respõdiere al grãde beneficio que espero, respondera à lo menos a darmuestra de vna voluntad muy agradecida. Quiero que comiencen a dar muestras de mi voluntad estos trecientos escudos de oro, que van en este bolsico, y sacando debaxo de la almohada de la cama vn bolsillo de aguja, de oro, verde, se le puso en las manos de mi muger, la qual como simple, y sin mirar lo q̃ hazia por q̃ estaua suspensa, y colgada de la peregrina, tomò el bolsillo sin responderle palabra de agradecimiento, ni de comedimiento al punto. Yo me acuerdo que le dixe que no eramenester nada de aquella, que no eramos personas que por interes mas que por caridad nos mouiamos a hazer bien quando se ofrecia. Ella prosiguiò, diziendo. Es menester amigos, que busqueis donde llegar lo que pariere luego, luego buscando tambien mentiras q̃

dezir a quien lo entregaredes, que por aora serà en la ciudad, y despues quiero que se lleue a vna aldea. De lo que despues se huuiere de hazer, siendo Dios seruido de alumbrarme, y de lleuarme a cumplir mi voto, quãdo de Guadalupe buelua lo sabreis: porque el tiempo me avrà dado lugar, de que piense, y esco ja lo mejor que me conuenga. Partera no la menester, ni la quiero, que otros partos mas honrados que he tenido, me assegura que con sola la ayuda destas mis criadas, facilitarè sus dificultades, y no harè vn testigo mas de mis sucessos. Aqui diò fin su razonamiento la lastimada, y afligida Peregrina, y principio a vn copioso llãto, que en parte fue cõsolado por las muchas, y buenas razones que mi muger, ya buelta en mas acuerdo le dixo. Finalmente, yo sali luego à buscar donde lleuar lo que pariesse, aqualquier hora q̃ fuessè; y entre las doze, y la vna de aquella misma noche, quando la gente de casa estaua entregada al sueño, la buena señora pariò vna niña la mas hermosa que mis ojos hasta entonces auian visto, que es esta misma que v. merced acaba de ver aora. Ni la madre se quexò en el parto, ni la hija naciò llorando: en todos auia sosiego, y silencio marauilloso, y tal qual conuenia para el secreto de aquel

estra-

estraño caso. Otros seis dias estuuo en la cama, y en todos ellos venia el medico a visitalla: pero no porque ella le hauiesse declarado de que procedia su mal, y las medicinas que le ordenaua nunca las puso en execucion, porque solo pretendiò engañar a sus criados cõ la visita del Medico. Todo esto medixo ella misma, despues que se viò fuera de peligro, yà los ocho dias se leuãtò con el mismo bulto, ò con otro que se parecia à aquel con quel se auia echado. Fue a su romeria, y boluiò de alli a veinte dias ya casi sana, porque poco a poco se iva quitando el artificio con q despues de parida se mostraua hidropica. Quãdo boluiò estaua ya la niñadada acriar por mi orden, con nombre de mi sobrina, en vna aldea dos leguas de aqui; en el Bautismo se le puso por nombre Cõstança, que assi lo dexò ordenado su madre: la qual contenta de lo que yo auia hecho, al tiempo de despedirse, me diò vna cadena de oro, que hasta aora tengo, de la qual quitò seis trozos, los quales dixo q traeria la persona que por la niña viniesse. Tambien cortò vn blãco pergamino a bueltas, y a ondas, a la traça, y manera como quando se enclauijan las manos y en los dedos se escribiesse alguna cosa, q estando enclauijados los dedos se puede leer: y despues de apartadas las manos, queda diuidida la razon, porq se diuiden las letras, que en boluiendo a enclauijar los dedos, le juntan y corresponden de manera, que se pueden leer continuamente; digo que el vn pergamino sirue de alma del otro, y encajados se leeran, y diuididos no es possible, sino es adiuinãdo la mitad de el pergamino; y casi toda la cadena quedò en mi poder, y todo lo tengo, esperãdo el contrario hasta aora, puesto que ella me dixo, que dẽtro de dos años embiaria por su hija, encargandome que la criasse, no como quien ella era, sino del modo q se suele criar vna labradora. Encargòme tambien, que si por algun sucesso no le fuesse possible embiar tã presto por su hija, q le auiaque creciesse, y llegasse à tener entendimiento, no la dixesse del modo q auia nacido, y que la perdonasse el no dezirme su nombre, ni quien era, que lo guardaua para otra ocasion mas importante. En resolucion, dãdome otros quatrocientos escudos de oro, y abraçando à mi muger, cõ tiernas lagrimas se partiò dexãdonos admirados de su discreciõ, valor, hermosura, y recato. Cõstança se criò en el aldea dos años, y luego la truxe cõmigo, y siẽpre la he traido en habito de labradora, como su madre me lo dexò mãdado. Quinze años, vn mes, y quatro dias ha q aguardo àquiẽ ha de venir por ella, y la mucha tardança me ha consumido la esperança de ver esta venida: y si en este año en q estamos, no vienen, tẽgo determinado de prohijarla, y darle todo mi hazienda, que vale mas de seis mil ducados, Dios sea bẽdito. Resta a ora, señor Corregidor, dezir à vuessa merced, si es possible, que yo sepa dezir, las bondades, y virtudes Constancica. Ella lo primero, y principal es deuotissima de nuestra Señora, cõfiessa, y comulga cada mes: sabe escriuir, y leer: es la mayor bailadera en Toledo: cãta à la aldohadilla como vnos Angeles: en ser honesta, no ay quien la iguale. Pues en lo que toca à ser hermosa, ya vuessa merced lo ha visto. El señor D. Pedro, hijo de vuessa merced, en su vida la ha hablado, bien es verdad, q de quando en quãdo le dà alguna tentica, que ella jamàs escucha. Muchos señores, y de Titulo hã posado en esta posada, y à posta, por tratarse de verla, hã detenido su camino muchos dias: pero yo tengo bien, q no avrà ninguno, que cõ verdad se pueda alabar, que ella le aya dado lugar de decirle vna palabra sola, ni acompañada. Esta es, señor, la verdadera historia de la ilustre fregona, que no friega, en la qual no se ha sacado de la verdad vn pãto. Callò el huesped, y tardò vn grã rato el Corregidor en hablar: estaua suspẽso le tenia el sucesso, que el huesped le tenia cõtado. En fin, le dixo, q le truxesse alli la cadena, y pergamino q queria verlo. Fue el huesped por ello, y trayendoselo, viò que era assi como le auia dicho: la cadena era de troços, curiosamente labrada. En el pergamino estauã escritas, vna debaxo de otra, en el espacio q auia de henchir el vacio de la otra mitad, estas letras. E, T, E, L, S, N, V, D, O, R; por las quales letras viò ser forçoso, que se juntassen con las de la mitad del otro pergamino, para poder ser entẽdidas. Tuvo por discreta la señal del conocimiento, y juzgò por muy rica à la señora Peregrina, que tal cadena auia dexado al huesped. Y, teniendo en pensamiento de sacar de aquella posada à la hermosa muchacha, quãdo huuiesse concertado vn Monasterio donde lleuarla, por entonces se contẽtò de lleuar solo el pergamino, encargando al huesped, que si acaso viniessen por Constança, le auisasse, y diesse noticia de quien era el que por ella venia, antes que le mostrasse la cadena que dexaua en su poder. Cõ esto se fue tã admirado del cuento, y sucesso de la ilustre fregona, como su incomparable hermosura. Todo el tiempo que gastò el huesped en estàr con el Corregidor, y el que ocupò Cõstança, quando la llamaron, estuvo Tomàs fuera de si,

com;

cõbatida el alma de mil varios pensamientos, sin acertar jamàs con ninguno de su gusto: pero quando viò que el Corregidor se iba, y que Cõstança se quedaua, respirò su espiritu, y boluiendo los passos, que ya casi desamparado le tenia. No osò preguntar al huesped lo que el Corregidor queria, ni el huesped lo dixo a nadie, sino à su muger, cõ que ella tambien boluiò, en si, dando gracias à Dios, que de tã grande sobresaltò la auia librado. El dia siguiente, cerca de la vna, entraron en la posada con quatro hombres de acaballo, dos Caualleros ancianos de venerable presencia, auiendo primero, preguntando vno de los moços que a pie cõ ellos venia, si era aquella la posada del Seuillano? Y auiendole respõdido, que si, se entraron todos en ella. Apearonse los quatro, y fueron à apear à los dos ancianos, señal por donde se conociò, que aquellos dos eran señores de los seis. Saliò Constança con su acostũbrada gẽtileza a ver los nueuos huespedes. Y apenas vno la huuo visto, quãdo dixo al otro: Yo creo, señor D. Iuan, que hemos hallado todo aquello que venimos a buscar. Tomas, que acudiò a dar recado a las caualgaduras, conociò luego a dos criados de su padre, y al padre de Carriazo, que eran los dos ancianos a quien los demas respetauan; y aunque se admirò de su venida, cõsiderò q̃ le deuiã de ir à buscar a èl, y a Carriazo a las Almadrauas, que no auia faltado quien les huuiesse dicho, que en ellas, y no en Flandes los hallarian: pero no se atreuiò à dexarse conocer en aquel trage, antes auẽturãdo todo, puesta la mano en el rostro, passò por delante dellos, y fue à buscar à Cõstança, y que la buena suerte, que la hallasse sola; y apriessa, y con voz algo turbada, temeroso q̃ ella no le daria lugar para dezirle nada, la dixo: Constança, vno destos dos Caualleros ancianos, que aqui han llegado aora, es mi padre, y es aquel que oyeres llamar Don Iuã de Auendaño, informate de sus criados, si tiene vn hijo que se llama don Tomàs de Auendaño, que soy yo, y de aqui podrè yr colligiendo, y auerigũando, que he dicho verdad en quãto te la diè en quanto de mi parte te tengo ofrecido, y quedate con Dios, que hasta que ellos se vayan, no pienso bolver à esta casa. No le respondiò nada Cõstança, ni el aguardò à que le respondiesse, sino boluiendose à salir cubierto como auia entrado, se fue à dar cuenta à Carriazo, de como sus padres estaua en la posada. Diò vozes el huesped à Tomàs, que viniesse à dar cenada, pero como no pareciò, dixla el mismo. Vno de los dos ancianos llamò a parte a vna de las dos moças Gallegas, y preguntole como se llamaua aquella muchacha hermosa que auian visto, y que si era hija, ò parienta del huesped, ò huespeda de casa? La Gallega le respondiò: La moça se llama Cõstança, ni es parienta del huesped, ni de la huespeda ni sè lo que es; solo digo, que la doy a la mala landre, que no se que tiene que no dexa hazer baza a ninguna de las moças que estamos en casa. Pues en verdad que tenemos nuestras faciones como Dios nos las puso: no entra huesped q̃ no pregunte luego quien es la hermosa; y que no diga: Bonita es, biẽ parece, a fee que no es mala, mal año para la mas pintada; nunca peor me la depare la fortuna: y a nosotras no ay quien nos diga que teneis ahi diablos, ò mugeres, ò lo que sois? Luego esta niña à essa cuẽta repliqu el Cauallero, deue de dexarse manosear, y requebrar de los huespedes? Si, respõdio la Gallega, tenelde el pie al herrar, bonita es la niña para esso; par Dios, señor, si ella se dexara si quiera mirar, manara en oro: es vn erizo, es vna traga Aue Marias: labrando esta todo el dia, y tezãdo. Para el dia que ha de hazer milagros, quisiera yo tener vn cuento de renta. Mi ama, dize, que trae vn filicio pegado a las carnes, y que es vna santa. Contentissimo el Cauallero de lo que auia oido a la Gallega, sin esperar a que le quitassen las espuelas, llamò al huesped, y retirãdose cõ èl aparte en vna sala, le dixo: Yo, señor huesped, vengo a quitaros vna prenda mia, q̃ ha algunos años que teneis en vuestro poder, para quitaros las traigo mil escudos en oro, y estos trozos de cadena, y este pergamino; y diziẽdo esto, sacò los seis de la seña de la cadena q̃ èl tenia. Assi mismo conociò el pergamino, y alegre sobremanera cõ el ofrecimiẽto de los mil escudos, respõdiò: Señor, la prẽda que quereis quitar, està en casa, pero no estàn en ella la cadena, ni el pergamino con que se ha de hazer la prueua de la verdad que yo creo que vuessamerced trata, y assi le suplico tẽga paciencia, que yo buelvo luego: y al momẽto fue à auisar al Corregidor de lo que passaua, y de como estauã dos Caualleros en su posada, que venian por Constança. Acabaua de comer el Corregidor, y con el deseo que tenia de ver el fin de aquella historia, subiò luego a cauallo, y vino a la posada del Seuillano, llevando consigo el pergamino de la muestra. Y apenas huuo visto los dos Caualleros, quãdo abiertos los braços, fue à abraçar al vno, diziendo: Valgame Dios q̃ buena venida es esta, señor don Iuan de Auendaño, primo, y señor mio? El Cauallero le abraçò

assi

assimismo, diziẽdole: Sin duda señor primo, avrà sido buena mi venida, pues os veo, y con la salud que siempre os deseo. Abraçad primo a este Cauallero, que es el señor don Diego de Carriazo, gran señor, y amigo mio. Ya conozco al señor don Diego, respõdio el Corregidor, y le soy muy seruidor, y abraçãdose los dos, despues de auerse recibido con grande amor, y grãdes cortesias, se entraron en vna sala donde se quedaron solos con el huesped, el qual ya tenia cõsigo la cadena, y dixo: Ya el señor Corregidor sabe a lo q̃ vuessa merced viene señor don Diego de Carriazo, vuessa merced saque los trozos que faltan a esta cadena, y el señor Corregidor sacarà el pergamino, q̃ està en su poder, y hagamos la prueua: q̃ ha tantos años que el pero aque se haga. De essa manera, respondio don Diego, no avrà necessidad de dar cuenta al señor Corregidor de nuestra venida, pues bien se verà: que ha sido à lo que vos, señor huesped, avreis dicho. Algo me hã dicho: dixo el Corregidor, pero mucho me queda por saber, el pergamino hele aqui, sacó D. Diego el otro y juntandò las dos partes, se hizieron vna, y a las letras del q̃ tenia el huesped, que como se ha dicho eran E, T, E, L, S, N, V, D, D, R, respondian en el otro pergamino estas, S, A, S, A, E, A, L, E, R, A, E, A, que todas juntas deziã: esta es la señal verdadera. Cotejaronse luego los trozos de la cadena, y hallaron ser las señas verdaderas. Esto està hecho, dixo el Corregidor, resta aora saber, si es possible, quien son los padres desta hermosissima prenda. El padre, respondiò don Diego, yo lo soy: la madre ya no viue, basta saber que fue tan principal, que pudiera yo ser su criado. Y porque como se encubre su nombre, no se encubra su fama, ni se culpe lo que en ella parece manifiesto error, y culpa conocida, se ha de saber: que la madre desta prenda, siendo viuda de vn gran Cauallero, se retirò à viuir a vna aldea suya, y allì con recato, y con honestidad grãdissima, passaua con sus criados, y vassallos vna vida sossegada, y quieta. Ordenò la suerte, q̃ vn dia yendo yo a caça por el termino de su lugar, quise visitarla, y era la hora de siesta quãdo llegue a su alcaçar, q̃ assi se puede llamar su gran casa, dexè el caualio a vn criado mio, subi sin topar ànadie, hasta el mismo aposento donde ella estaua durmiẽdo la siesta sobre vn estrado negro. Era por estremo hermosa, y el silencio, la soledad del lugar, y la ocasion tan de los cabellos asida, despertaron en mi vn deseo mas atreuido, que honesto, y sin ponerme a hazer discretos discursos, cerrè tras mi la puerta, y llegandome à ella, la despertè, y teniendola asida fuertemente, le dixe: V.m. señora mia, no grite, que las vozes que diere, serán pregoneras de su deshonra: nadie me ha visto entrar en este aposento, que mi suerte, porque la tẽgo bonissima en gozaros, ha llouido sueño en todos vuestros criados, y quando ellos acudan à vuestras vozes, no podrán mas q̃ quitarme la vida, y esto ha de ser en vuestros mismos braços, y no por mi muerte dexarà de quedar en opinion vuestra fama. Finalmente, yo la gozè contra su voluntad, y à pura fuerça mia: ella cansada, rendida, y turbada, ò no pudo, ò no quiso hablarme palabra; y yo dexãdola como atonita, y suspensa, me bolui à salir por los mismos passos donde auia entrado, y me vine à la aldea de otro amigo mio, que estaua dos leguas de la suya. Esta señora se mudò de aquel lugar à otro, y sin que yo jamàs la viesse, ni lo procurasse, se passaron dos años, al cabo de los quales supe q̃ era muerta, y podrà auer veinte dias, que con grandes encarecimientos, escriuiẽdome q̃ era cosa que me importaua en ello el contento, y la honra, me embiò à llamar vn mayordomo desta señora: fui àver lo que me queria bien lexos de pensar en lo que me dixo: hallèle à punto de muerte, y por abreuiar razones, en muy breues me dixo como al

tiempo que muriò su señora, le dixo todo lo q̃ conmigo le auia sucedido, y como auia quedado preñada de aquella fuerça, y que por encubrir el bulto, auia venido en romeria à nuestra Señora de Guadalupe, y como auia parido en esta casa vna niña, que se auia de llamar Costãça. Diòme las señas con que la hallaria, que fueron las que aueis visto, de la cadena, y pergamino. Y diòme assimismo treinta mil escudos de oro, que su señora dexò para casar à su hija. Dixome assimismo, que el no auermelos dado luego como su señora auia muerto, ni declaradome lo que ella encomendò à su confiança, y secreto, auia sido por pura codicia, y por poderse aprouechar de aquel dinero; pero que ya q̃ estaua à punto de ir à dar cuenta à Dios, por descargo de su conciẽcia me daua el dinero, y me auisaua àdonde, y como auia de hallar à mi hija. Recibì el dinero, y las señales, y dando cuenta de esto al señor D. Iuan de Auendaño nos pusimos en camino desta Ciudad. A estas razones llegaua D. Diego, quando oyeron, q̃ en la puerta de la calle, dezian à grandes vozes: Digãle à Tomas Pedro, el moço de la ceuada, como lleuan à su amigo el Asturiano preso, que acuda à la carcel, q̃ allì le espera. A la voz de carcel, y de preso, dixo el Corregidor q̃ entrasse el preso, y el Alguazil,

que le lleuaua. Dixerõ al Alguazil, que el Corregidor, que estaua alli, le mandaua entrar cõ el preso, y assi lo huuo de hazer. Venia el Asturiano todos los dientes bañados en sangre, y muy mal parado, y muy bien asido del Alguazil, y assi como entrò en la sala, conociò à su padre, y al de Auendaño. Turbòse, y por no ser conocido cõ vn paño, como que se limpiaua la sãgre, se cubriò el rostro. Preguntò el Corregidor, que què auia hecho aquel moço que tan mal parado le lleuauan? respõdiò el Alguazil, que aquel moço era vn aguador, que llamauã el Asturiano, daca la cola Asturiano, daca la cola: y luego en breues palabras contò la causa, porque le pedian la tal cola, de que no riyeron poco todos. Dixo mas, que saliendo por la puente de Alcantara, dãdole los muchachos priessa con la demãda de la cola se auia apeado de el asno, y dando tras todos, alcançò à vno à quien dexaua medio muerto à palos; y que queriẽdole prẽder, se auia resistido, y que por esto iba tan mal parado. Mãdò el Corregidor, que se descubriesse el rostro, y porfiando à no querer descubrirse, llegò el Alguazil, y quitole el paño, y al punto le conociò su padre, y dixo todo alterado: Hijo D. Diego, como estàs desta manera? q̃ trage es este? aun no se te hã olvidado tus muchas picardias? Hincò las rodillas Carriazo, y fuesse à poner à los pies de su padre, q̃ con lagrimas en los ojos, le tuuo abraçado vn buen espacio. Don Iuan de Auendaño, como sabia que D. Diego auia venido con D. Tomas su hijo, preguntòle por èl; à lo qual respondiò, que Don Tomas de Auendaño era el moço que dauan ceuada, y paja en aquella posada. Cõ esto q̃ el Asturiano dixo, se acabò de apoderar la admiracion en todos los presentes, y mandò el Corregidor al huesped que truxesse alli al moço de la ceuada. Yo creo que no està en casa, dixo el huesped, pero yo le buscarè, assi fue à buscarle. Preguntò D. Diego à Carriazo, que transformaciones eran aquellas, y q̃ les auia mouido à ser èl aguador, y D. Tomas moço de meson? A lo qual respondiò Carriazo q̃ no podia satisfacer à aquellas preguntas tan en publico, que èl respõderia à solas. Estaua Tomas Pedro escondido en su aposento, para poder ver desde alli sin ser visto, lo que hazian su padre, y el de Carriazo. Teniale suspenso la venida del Corregidor, y el alboroto que en toda la casa andaua. No faltò quien le dixesse al huesped, como estaua alli escõdido: subiò por èl, y mas por fuerça que por grado, le hizo baxar, y aun no baxara, si el mismo Corregidor no saliera al patio, y le llamara por su nombre,

diziendo. Baxe v. m. señor pariente, que aqui no le aguardan osos, ni Leones. Baxò Tomas, y con los ojos baxos, y sumission grande, se hincò de rodillas ante su padre, el qual le abraçò con grãdissimo contento, à fuer del que tuuo el padre del hijo Prodigo, quando le cobrò de perdido. Ya en esto auia venido vn coche del Corregidor para boluer en èl pues la grãfiesta no permitia boluer à caualo. Hizo llamar à Constança, y tomãdola de la mano, se la presentò à su padre, diziendo: Recibid, señor D. Diego, esta prenda, y estimadla por mas rica que acertarades à desear, y vos hermosa donzella besad la mano à vuestro padre, y dad grãcias à Dios que con tã hõrado sucesso hà enmèndado, subido, y mejorado la baxeza de vuestro estado. Constança que no sabia, ni imaginaua lo que le auia acontecido, toda turbada, y temblãdo, no supo hazer otra cosa, que hincarse de rodillas ante su padre, y tomandole las manos se las començò à besar tiernamente, bañandoselas con infinitas lagrimas, que por sus hermosissimos ojos derramaua. En tanto que esto passaua, auia persuadido el Corregidor à su primo D. Iuan, que se viniessen todos con èl à su casa: y aunque D. Iuan lo rehusaua, fueron tantas las persuasiones del Corregidor, que lo huuo de conceder, y assi entraron en el coche todos; pero quãdo dixo el Corregidor à Costãça, que entrasse tambiõ en el coche, se le anublò el coraçon, y ella, y la huespeda se asieron vna à otra, y començaron à hazer tan amargo llanto, que quebraua los coraçones de quantos le escuchauan. Dezia la huespeda: Como es esto, hija de mi coraçon, que te vas, y me dexas? Como tienes animo de dexar à esta madre, que con tanto amor te ha criado? Costãça lloraua, y la respondia con no menos tiernas palabras; pero el Corregidor enternecido, mandò que assimismo la huespeda entrasse en el coche, y que no se apartasse de su hija, pues por tal la tenia, hasta q̃ saliesse de Toledo. Assi la huespeda, y todos entraron en el coche, y fueron à casa del Corregidor, donde fueron bien recibidos de su muger, q̃ era vna principal señora. Comieron regalada, y sumptuosamente, y despues de comer contò Carriazo à su padre, como por amores de Costança, D. Tomas se auia puesto à seruir en el meson, y que estaua enamorado de tal manera de ella, que sino le hubuiera descubierto ser tan principal, como era siendo su hija, la tomara por muger en el estado de fregona. Vistiò luego la muger del Corregidor à Cõstança, con vnos vestidos de vna hija que tenia de la

ma edad, y cuerpo de Costança. Y si parecia hermosa con los de labradora, cõ los cortesanos parecia cosa del cielo; tan bien la quadraua, que daua à entender, que desde que nació auia sido señora, y vsado los mejores trages que el vso trae consigo, pero entre tantos alegres, no pudo faltar vn triste, que fue D. Pedro el hijo del Corregidor, que luego se imaginò, que Costança no auia de ser suya: y assi fue la verdad, porque entre el Corregidor, y D. Diego de Carriazo, y D. Iuan de Auendaño se concertaron, en que Don Tomas se casasse con Costança, dandole su padre los treinta mil escudos, que suma dre le auia dexado, y el aguador D. Diego de Carriazo casasse con la hija del Corregidor, y D. Pedro, el hijo del Corregidor con vna hija de D. Iuã de Auendaño, que su padre se ofrecia à traer dispensacion del parentesco. Desta manera quedaron todos contentos, y alegres, y satisfechos: y la nueua de los casamientos, y de la ventura de la fregona ilustre se estendiò por la ciudad, acudia infinita gẽte à ver à Costança en el nueuo habito, en el qual tan señora se mostraua, como se ha dicho. Vieron al moço de la cenada Tomas Pedro, buelto en D. Tomas de Auendaño, y vestido como señor, notaron que Lopẽ Asturiano era muy gentilhombre, despues que auia mudado vestido, y dexado el asno, y las aguaderas: pero con todo esso no faltaua quien en medio de su pompa, quando iba por la calle, le pidiesse la cola. Vn mes se estuuieron en Toledo, al cabo del qual se boluieron à Burgos Don Diego de Carriazo, y su muger, su padre, y Costança con su marido D. Tomas, y el hijo del Corregidor, que quiso ir à ver à su parienta, y esposa. Quedò el Sevillano rico con los mil escudos, y con muchas joyas, que Costãça diò à su señora, que siempre con este nombre llamaua à la que la auia criado. Diò ocasion la historia de la fregona ilustre, à que los Poetas del dorado Tajo exercitassen sus plumas en solenizar, y en alabar la sin par hermosura de Costança, la qual aun viue en compañia de su buen moço de meson: y Carriazo, ni mas, ni menos con tres hijos, que sin tomar el estilo del padre, ni acordarse si ay Almadrauas en el mũdo, oy estàn todos estudiando en Salamanca; y su padre apenas vee algun asno de aguador, quãdo le viene à la memoria el que tuuo en Toledo: y teme que quando menos se cate, ha de remanecer alguna satira, el daca la cola Asturiano, Asturiano daca la cola.

LAS

NOVELA NONA.

LAS DOS DONZELLAS.

Cinco leguas de la Ciudad de Seuilla està vn lugar, que se llama Castilblanco: y en vno de muchos mesones que tiene, à hora que anochecia, entrò vn caminante sobre vn hermoso rucartago estrangero; no traia criado alguno, y sin esperar à que le tuuiessen el estriuo, se arrojò de la silla con gran ligereza. Acudiò luego el huesped (que era hombre diligente, y de recato) mas no fue tan presto, que no estuuiesse ya el caminante sentado en vn poyo que en el portal auia, desabrochandose muy apriessa los botones del pecho, y luego dexò caer los braços à vna, y otra parte, dando manifiesto indicio de desmayarse. La huespeda que era vn poco caritatiua, se llegò à el, y rociandole con agua el rostro, le hizo boluer en su acuerdo; y èl dando muestras que le auia pesado de que assi le huuiessen visto, se bolviò à abrochar, pidiẽdo que le diessen luego vn aposento donde se recogiesse, y que si fuessepossible, fuesse solo. Dixole la huespeda, que no auia mas devno en toda la casa, y que tenia dos camas, y que era forçoso, si algun huesped acudiesse, acomodarle en la vna. A lo qual respondiò el caminante, que èl pagaria los dos lechos, viniesse, ò no huesped alguno; y sacando vn escudo de oro, se lo diò à la huespeda con condicion, que à nadie diesse el lecho vazio. No se descontentò la huespeda de la paga, antes le ofreciò de hazer lo que le pedia, aunque el mismo Dean de Seuilla llegasse aquella noche à su casa. Preguntò le si queria cenar, y respondiò, que no; mas que solo queria que se tuuiesse grã cuydado cõ su quartago. Pidiò la llaue del aposento y lleuando consigo vnas bolsas grandes de cuero, se entrò en èl, y cerrò tras si la puerta cõ la llaue, y aun (à lo que despues pareciò)

cio) arrimò à ella dos sillas. Apenas se huuo encerrado, quãdose juntaron à cõsejo el huesped, y la huespeda, y el moço que daua la cenada, y otros dos vezinos, q̃ à caso allí se hallaron; y todos trataronde la gran hermosura, y gallarda disposicion del nueuo huesped, concluyendo, q̃ jamàs tal belleza auianvisto, tantearõle la edad, y se resolvieron que tendria de diez y seis à diez y siete años. Fueron, y vinieron, y dieron, y tomaron (como se suele dezir) sobre què podria auer sido la causa del desmayo que le diò; perocomo no la alcançarõ, quedaronse con la admiracion de la gentileza. Fueronse los vezinos à sus casas, y el huesped à pensar elquartago, yla huespeda à aadereçar algo de cenar, por si otroshuespedes viniessen; y no tardò mucho, quãdo entrò otro de poca mas edad q̃ el primero, y no de menos gallardia; y apenas le huuo visto la huespeda quando dixo: Valame Dios, y q̃ es esto? vienen por ventura esta noche àposar Angeles à mi casa? Porquè dize esso la señora huespeda? dixo el Cauallero. No lo digo por nada señor, respondiò la mesonera, solo digo quev.m. no se apee, porque no tengo cama que darle, que dosque tenia, las ha tomado el Cauallero que està en aquel aposento, y me las ha pagado entrambas, aunque no auia menester mas de la vna sola, porque nadie le entre en el aposento, y es, que deue de gustar de la soledad, y en Dios, y en mi anima, que no sè yopor què, que no tiene èl cara, ni disposicion para escõderse, sino para q̃ todo el mundo le vea, y le bẽdiga. Tan lindo es, señora huespeda? replicò el Cauallero. Y como si es lindo, dixo ella, y aun mas que relindo. Ten aì moço, dixo à esta sazon el Cauallero, que aunque duerma en el suelo tẽgo de ver hombre tan alabado, y dando el estriuo à vn moço de mulas, que cõ èl venia, se apeò, y hizo que le diessen luegode cenar, y assi fue hecho, y estando cenando, entrò vn Alguazil del pueblo (como de ordinario en los lugares pequeños se vsa) y sentòse à conuersaciò con el Cauallero, en tanto que cenaua; y no dexò entre razon, y razon de echar àbaxo trescubiletesde vino, y de roer vna pechuga, y vna cadera de perdiz, que le diò el Cauallero: y todo se lo pagò el Alguazil cõ pregũtarle nueuas de la Corte, y de las guerras de Flandes, y baxa del Turco, no oluidãdose de los sucessos del Trãsiluano, que nuestro Señor guarde. El Cauallero cenaua, y callaua, porque no venia de parte q̃ le pudiesse satisfacer à sus preguntas. Ya en esto auia acabado el mesonero de dar recado al quartago, y sentòse à hazer tercio en la conuersacion, y apro-

uar de su mismo vino, no menos tragos que el Alguazil, y à cada trago que embasaua, y boluia, y derribaua la cabeça sobre el ombro izquierdo, y alabaua el vino, que le ponia en las nubes, aunque no se atreuia à dexarle mucho en ellas, porque no se aguasse. De lance en lance boluieron à las alabanças del huesped encerrado, y contaron de su desmayo, y encerramiento, y de que no auia querido cenar cosa alguna. Ponderaron el aparato de las bolsas; y la bõdad del quartago, y del vestido vistoso, que de camino traia. Todo lo qual requeria no venir sin moçoque le sirviesse. Todas estas exageraciones pusieron nueuo deseo de verle, y rogò al mesonero hiziesse de modo como èl entrasse à dormir en la otra cama, y le daria vn escudode oro. Y puesto que la codicia del dinero acabò con la voluntad del mesonero, de darsela hallò ser imposible, à causa que estaua cerrada por de dentro, y no se atreuia à despertar al que dentro dormia, y q̃ tambien tenia pagados los dos lechos. Todo lo qual facilitò el Alguazil, diziendo: Lo que se podrà hazer es, que yo llamaré à la puerta, diziendo, que soy la Justicia, que por mãdado del señor Alcalde traygo à aposentar à este Cauallero à este meson, y que no auien lo otra cama; se le mandaua dar aquella; à lo qual ha de replicar el huesped, que se le haze agrauio, porque ya està alquilada, y no es razõ quitarla al que la tiene. Con esto quedarà el mesonero disculpado, y v. merced cõseguirà su intento. A todos les pareciò bien la traça de el Alguazil, y por ella le diò el deseoso quatro reales. Pusose luego por obra, y en resolucion, mostrando gran sentimiento el primer huesped, abriò à la justicia; y el segundo pidiendole perdon de el agrauio, q̃al parecer se le auia hecho, se fue àacostar en el lecho desocupado; pero ni el otro le respõdiò palabra, ni menos se dexòver el rostro: porque apenas huuo abierto, quando se fue à su cama, y buelta la cara à la pared por no responder, hizo que dormia. El otrose acostò, esperando cumplir por la mañana su deseo, quando se leuantassen. Erã las noches de laspereçosas, y largas de Diziembre, y el frio, y el cansancio del camino forçaua à procurar passarlascon reposo; pero como no le tenia el huesped primero, à poco mas de la media noche, començò à suspirar tan amargamente que cõ cada suspiro parecia despedirsele el alma; y fue de tal manera, que aunque el segũdo dormia, huuo de despertar al lastimero son del que se quexaua. Y admirado de los solloços con que acompañaua los suspiros, atentamente se puso àescuchar loque al parecer

entre si murmuraua. Estaua la sala escura, y las camas biẽ desviadas; pero no por esto dexò de oir entre otras razones estas, q̃ con voz debilitada, y flaca, el lastimado huesped primero dezia: Ay sin ventura, à dõde me lleua la fuerça incontrastable de mis hados? Què camino es el mio, ò q̃ salida espero tener del intrincado laberinto donde me hallo? Ay pocos, y mal experimẽtados años, incapazes de toda buena consideracion, y consejo. Què fin ha de tener esta no sabida peregrinacion mia? Ay honra menospreciada, ay amor mal agradecidos, ay respetos de hõrados padres, y parientes atropellados; y ay de mi, vna, y mil vezes, que tan à rienda suelta me dexè lleuar de mis deseos! O palabras fingidas, que tan de veras me obligastes à que con obras os respõdiesse; pero de quien me quexo cuytada? yo no soy la que quise engañarme? y no soy yo la que tomò el cuchillo con sus mismas manos, con que corté, y echè por tierra mi credito, con el que de mi valor teniã mis ancianos Padres? O femẽtido Marco Antonio, como es posible que en las dulces palabras que me dezias viniesse mezclada la hiel de tus descortesias, y desdenes? A donde estàs ingrato? à donde te fuiste desconocido? Respondeme, que te hablo: esperame, que te sigo, sustẽtame, que desfallezco: pagame, que me deues: socorreme, pues por tantas vias te tẽgo obligado. Callò en diziendo esto, dando muestras en los ayes, y suspiros, que no dexauan los ojos de derramar tiernas lagrimas. Todo lo qual con sossegado silencio estuuo escuchando el segundo huesped, coligiendo por las razones que auia oido, que sin duda alguna era muger la que se quexaua, cosa que le auiuò mas el deseo de conocerla, y estuuo muchas vezes determinado de irse à la cama de la que creìa ser muger, y huuieralo hecho, si en aquella sazon no la sintiera leuantar, y abriendo la puerta de la sala, dió vozes al huesped de casa, que le ensillasse el quartago, porque queria partirse. A lo qual al cabo de vn buen rato que el mesonero se dexò llamar, le respondiò que se sossegasse, porque aun no era passada la media noche, y q̃ la escuridad era tanta, que seria temeridad ponerse en camino. Quietòse con esto, y bolviendo à cerrar la puerta se arrojò à la cama de golpe, dando vn recio suspiro. Pareciòle al que escuchaua, que seria bien hablarle, y ofrecerle para su remedio lo que de su parte podia, por obligarle con esto à que se descubriesse, y su lastimera historia le contasse, y assi le dixo: Por cierto señor gẽtilhombre, que si los suspiros que aueis dado, y las palabras q̃ aueis

aueis dicho no me hunieran movido à condolerme del mal de que os quexais, entendiera que carecia de natural sentimiento, ò que mi alma era de piedra, y mi pecho de bronce duro, y siesta compassion que ostengo, y el presupuesto que en mi ha nacido de poner mi vida por vuestro remedio, si es que vuestro mal le tiene, merece alguna cortesia y recompẽsa, ruegoos que la veais, conmigo declarandome sin escusarme cosa la causa de vuestro dolor. Si él no me hauiera sacado de sentido, respondiò el q̃ se quexaua, biẽ deuiera yo de acordarme, que no estaua solo en este aposento, y assi huuiera puesto mas freno à mi lẽgua, y mas tregua à mis suspiros: pero en pago de auerme faltado la memoria, en parte donde tanto me importaua tenerla, quiero hazer lo q̃ me pedis, porque renouando la amarga historia de mis desgracias podria ser que el mucho sentimiento me acabasse. Mas si quereis que haga lo que me pedis aueisme de prometer por la fee que me aueis mostrado en el ofrecimiento que me aueis hecho, y por quien vos sois, que à lo que en vuestras palabras mostrais, prometeis mucho, que por cosas que de mi oygais, en lo que os dixere, no os aueis de mouer de vuestro lecho, ni venir al mio, ni preguntarme mas de aquello que yo quisiere deziros, porque si al contrario desto hizieredes, en el punto que os sienta mouer, cõ vna espada que à la cabecera tengo, me passare el pecho. Esso otro, que mil imposibles prometiera por saber lo que tanto deseaua, le respondio, que no haria vn punto de lo que le auia con tan corteses palabras pedido, afirmandoselo con mil juramentos. Cõ esse seguro, pues, dixo el primero, yo hare lo que hasta aora no he hecho, que es dar cuenta de mi vida à nadie, y assi escuchad.

Aueis de saber, señor, que yo que en esta posada entré (como sin duda os auran dicho) en traje de varõ, soy vna desdichada dõzella, à lo menos vna que lo fue no ha ocho dias, y lo dexò de ser por inaduertida, y loca, y por creerse de palabras compuestas, y afeytadas, de fementidos hombres. Mi nombre es Teodosia, mi patria vn principal lugar desta Andaluzia, cuyo nombre callo, porque no os importa a vos tanto el saberlo, como à mi el encubrirle, mis padres son nobles, y mas que medianamente ricos, los quales tuuierõ vn hijo, y vna hija, èl para descanso, y honra suya, y ella para todo lo contrario: àel embiaron à estudiar à Salamanca, y à mi me tenian en su casa, à donde me criauan con el recogimiento, y recato que su virtud, y nobleza pedian; y yo sin pesadumbre alguna, siempre les

fuy

fue obediente, ajustando mi voluntad à la suya, sin discrepar vn punto, hasta que mi suerte menguada, ò mi mucha demasia, me ofreciò à los ojos vn hijo de vn vezino nuestro, mas rico q̃ mis padres, y tan noble como ellos. La primera vez que le mirè no sentì otra cosa, que fuesse mas de vna complacencia de auerle visto, y no fue mucho, porque su gala, gentileza, rostro, y costũbres, eran de los alabados, y estimados del pueblo cõ su rara discrecion, y cortesia. Pero de què me sirve alabar à mi enemigo, ni ir alargando con razones el sucesso tan desgraciado mio, ò por mejor dezir, el principio de mi locura? Digo en fin que èl me viò vna, y muchas vezes desde vna ventana, que frontero de otra mia estaua, desde allì (à loq̃ me pareciò) me embiò el alma por los ojos, y los mios, con otra manera de contento, que el primero, gustaron de mirarla, y aun me forçaron à que creyesse, que eran puras verdades quanto en sus ademanes, y en su rostro leìa. Fue la vista la intercessora, y medianera de la habla, la habla de declarar su deseo, su deseo de encender el mio, y de dar fee al suyo. Llegòse à todo esto las promessas, los juramentos, las lagrimas, los suspiros, y todo aquello que àmi parecer puede hazer vn firme amador, para dar à entender la entereza de su volũtad, y la firmeza de su pecho, y en mi desdichada, que jamàs en semejantes ocasiones, y trances me auia visto, cada palabra era vn rode artilleria, q̃ derribaua parte de la fortaleza de mi honra: cada lagrima era vn fuego en q̃ se abrasaua mi honestidad: cada suspiro vn furioso viento, q̃ el incendio aumẽtaua de tal suerte, que acabè de cõsumir la virtud que hasta entonces aun no auia sido tocada; y finalmente con la promessa de ser mi esposo, à pesar de sus padres (que para otra le guardauan) di con todo mi recogimiento en tierra, y sin saber como, me entreguèen su poder à hurto de mis padres, sin tener otro testigo de mi gran desatino, que vn paje de Marco Antonio (que este es el nombre del inquietador de mi sossiego) y apenas huuo tomado de mi la possessiõ que quiso, quando de allì à dos dias desapareciò del pueblo: sin q̃ sus padres, ni otra persona alguna supiessen dezir, ni imaginar dõde auia ido. Qual yo quedè, digalo quien estuuiere para poder dezirlo, que yo no sè, ni supe mas que sentirlo. Castiguè mis cabellos, como si ellos tuuieran la culpa de mi yerro: martirizè mi rostro, por parecerme que èl auia dado toda la ocasion à mi desventura: maldixe mi suerte, acusè mi presta determinaciõ, derramè muchas, è infinitas lagrimas, vime casi ahogada entre ellas, y entre los suspiros que de mi lastimado pecho salian. Quexème en silencio al cielo: discurrì con la imaginacion por ver si descubria algun camino, ò senda à mi remedio, y la que hallè, fue vestirme en habito de hombre, y irme à buscar à este segũdo engañador Eneas, à este cruel, y femẽtido Vireno, à este defraudador de mis buenos pensamientos, y legitimas y biẽ fundadas esperanças, y assi sin ahondar mucho en mis discursos, ofreciendome la ocasion vn vestido de camino de mi hermano, y vn quartago de mi padre, que yo por mi mano ensillè, vna noche escurissima salì de casa, con intencion de ir à Salamãca, donde (segun despues se dixo) creìan que Marco Antonio podia auer venido: porque tambiẽ es estudiante, y grande amigo, y camarada del hermano mio, q̃ os hedicho. No dexè assimismo de sacar cãtidad de dinero en oro para todo aquello que en mi imp̃sado viaje, pueda sucederme. Y lo que mas me fatiga es, que mis padres me han de seguir, y hallar por las señas del vestido, y del quartago; y quando esto no tema, temo à mi hermano, que al presente està estudiãdo en Salamanca, del qual si soy conocida ya se puede entender el peligro en que està puesta mi vida: porque aunque èl escuche mis disculpas, el menor punto de su honor, passa à quãtas yo pudiere darle. Con todo esto, mi principal determinacion es (aunque pierda la vida) buscar el desalmado de mi esposo, que no puede negar el serlo, sin que le desmientan las prendas que dexò en mi poder, que son vna sortija de diamantes, con vnas cifras, q̃ dizen: Es Marco Antonio esposo de Teodosia. Si le hallo sabrè dèl què hallò en mi, que tã presto le mouiò à dexarme. Y en resoluciõ, harè que me cumpla la palabra, y fee prometida, ò le quitarè la vida, mostrandome tã presta à la vengãça, como fuy facil al dexar agraviarme; porq̃ la nobleza de la sangre que mis padres me han dado, và despertando en mi brios que prometen el remedio, ò la vengãça de mi agravio. Esta es, señor Cauallero, la verdadera, y desdichada historia que deseauades saber, la qual serà bastãte disculpa de los suspiros, y palabras que os dispertaron. Lo que os ruego, y suplico es, que ya que no podais darme remedio, à lo menos me deis cõsejo con que pueda huir los peligros que me contrastan, y templar el temor que tengo de ser hallada, y facilitar los medios q̃ he de vsar para conseguir lo que tanto deseo, y he menester. Vn gran espacio de tiempo estuuo sin respõder palabra, el que auia estado escuchando la historia de la enamorada Teodosia, y tanto

que

que ella pensò que estaua dormido, y que ninguna cosa le auia oido; y para certificarse de lo q̃ sospechaua, le dixo: Dormis señor, yno seria malo que durmiesse des, porque el apasionado que cuenta sus desdichas à quien no las siente, bien es que causen en quien las escucha mas sossiego que lastima. No duermo respõdiò el Cauallero, antes estoy tan despierto, y siento tanto vuestra desgracia, y desventura, que no sè si os diga, que en el mismo grado me aprieta, y duele que à vos misma, y por esta causa el consejo que me pedis, no solo ha de parar en aconsejaros, sino en ayudaros con todo aquello que mis fuerças pudieren, y alcãçaren, q̃ puesto que en el modo que aueis tenido en contarme vuestro lastimero, y triste sucesso, se ha mostrado el raro entendimiento de que sois dotada, y que cõforme à esto os deuiò de engañar mas vuestra voluntad rendida, que las persuasiones de Marco Antonio, todauia quiero tomar por disculpa de vuestro yerro, vuestros pocos años, en los quales no cabe tener experiencia de los muchos engaños de los hombres. Sossegad señora, y dormid si podeis, lo poco que deue de quedar de la noche, que en viẽdo el dia nos aconsejaremos los dos, y veremos que salida se podrà dar à vuestro remedio. Agradeciòsele lo Teodosia lo mejor q̃ supo, y procurò reposar vn rato, por dar lugar à que el Cauallero durmiesse, el qual no fue posible sossegar vn punto, antes començò à rebolcarse por la cama, y à suspirar de manera, que le fue forçoso à Teodosia pregũtarle, què era lo que sentia; que si era alguna passion, à quien ella pudiesse remediar lo haria con la voluntad misma que èl à ella se le auia ofrecido. A esto respondiò el Cauallero: Puesto que sois vos, señora la causa del desassossiego que en mi aueis sẽtido, no soisvos la que podais remediarle, que à serlo, no tuuiera yo pena alguna. No pudo entender Teodosia à donde se encaminauan aquellas confusas razones, pero todauia sospechò, que alguna passion amorosa le fatigaua, y aun pensòser ella la causa, y era de sospechar, y de pẽsar, pues la comodidad del aposento, la soledad, y la escuridad, y el saber que era muger no fuera mucho auer despertado en èl algũ mal pensamiento: y temerosa desto, se vistiò cõ grande priessa, y con mucho silencio, y se ciñò su espada, y daga, y de aquella manera, sentada sobre la cama estuuo esperando el dia, que de alli à poco espacio diò señal de su venida con la luz que entraua por los muchos lugares, y entradas, que de ordinario tienen los aposentos de los mesones, y ventas, y lo mismo que Teodosia auia hecho, hizo el Cauallero, y apenas vio estrella so el aposento cõ la luz del dia, quando se leuantò de la cama, diziẽdo: Leuantaos señora Teodosia, que yo quiero acompañaros en esta jornada, y no dexaros de mi lado, hasta que el no legitimo esposo, tengais en su vuestro à Marco Antonio, o que el, ò yo, perdamos las vidas: y aqui vereis la obligacion, y voluntad en que me ha puesto vuestro desgracia: y diziendo esto, abriò las ventanas, y puertas del aposento. Estaua Teodosia deseando ver la claridad, para ver con la luz, que talle, y parecer tenia aquel con quien auia estado hablando toda la noche: mas quando le mirò, y le conociò, quisiera que jamàs huuiera amanecido, sino que alli en perpetua noche se le huuiera cerrado los ojos, porque apenas hubo el Cauallero buelto los ojos à mirarla (que tambien deseaua verla) quando ella conociò que era su hermano, de quien tanto se temia, à cuya vista casi perdiò la de sus ojos, y quedò suspensa, y muda, y sin color en el rostro, pero sacando del temor esfuerço, y del peligro discrecion, echando mano à la daga, la tomò por la punta, y se fue à hincar de rodillas delante de su hermano, diziendo con voz turbada, y temerosa. Toma señor, y quitado hermano mio, y haz con este hierro el castigo que he merecido, satisfaciendo tu enojo, que para tan grande culpa como la mia, no es bien que ninguna misericordia me valga; yo confiesso mi pecado, y no quiero que me sirua de disculpa mi arrepentimiento: solo te suplico, que la pena sea de suerte, que se estienda à quitarme la vida, y no la honra, que puesto que yo la he puesto en manifiesto peligro ausentandome de casa de mis padres, todavia quedarà en opinio, si el castigo que me dieres fuere secreto. Miraualo su hermano, y aunque la soltura de su atrevimiento le incitaua à la vengança, las palabras tan tiernas, y tan eficazes, con que manifestaua su culpa, le ablandaron de tal suerte las entrañas, que con rostro agradable, y semblante pacifico la leuantò del suelo, y la consolò lo mejor que pudo, y supo: diziendole entre otras razones, q̃ por no hallar castigo igual à su locura, le suspendia por entonces: y assi por esto, como por parecerle que aun no auia cerrado la fortuna de todo en todo las puertas à su remedio, queria antes procurarsela por todas las vias posibles, que no tomar vẽgança del agrauio, que de su muerte huiandad en èl redundaua. Con estas razones boluiò Teodosia à cobrar los perdidos espiritus, y boluiò la color à su rostro, y reuiuieron sus casi muertas esperanças. No quiso mas D. Rafael

fael (que assi se llamaua su hermano) tratarle del sucesso: solo le dixo, que mudasse el nombre de Teodosia en Teodoro, y que diessen luego la buelta à Salamanca los dos juntos, à buscar à Marco Antonio, puesto que èl imaginaua que no estauan en ella: porque siendo su camarada, le huuiera hablado, aunque podia ser que el agrauio que le auia hecho, le enmudeciesse, y le quitasse la gana de verle. Remitiòse el nueuo Teodoro à lo que su hermano quisso. Entrò en esto el huesped, al qual ordenaron que les diesse algo de almorçar, porque querian partirse luego. Entre tanto que el moço de mulas ensillaua, y el almuerço venia, entrò en el meson vn hidalgo, q̃ venia de camino, que de D. Rafael fue conocido luego. Conociale tambien Teodoro, y no osò salir del aposento por no ser visto. Abraçaronse los dos, y preguntò D. Rafael al recien venido, què nueuas auia en su lugar? A lo qual respondiò, que èl venia del puerto de S. Maria, à dõde dexaua quatro galeras de partida para Napoles, y que en ellas auia visto embarcar à Marco Antonio Adorno, el hijo de Don Leonardo Adorno, con las quales nueuas se holgò D. Rafael, pareciendole, que pues tan sin pensar auia sabido nueuas de lo que tanto le importaua, era señal que tendria buen fin su sucesso. Rogòle à su amigo, que trocasse con èl el quartago de su padre (que èl muy bien conocia) por la mula que él traìa, no diziendole que venia, sino que iba à Salamanca, y que no queria llevar tan buen quartago en tan largo camino. El otro que era comedido, y amigo suyo se contentò del trueco, y se encargò de dar el quartago à su padre, almorçaron juntos, y Teodoro solo llegado al punto de partirse, el amigo tomò el camino de Çalla, donde tenia vna rica heredad. No partiò D. Rafael con èl, que por hurtarle el cuerpo dixo que le conuenia bolar aquel dia à Sevilla. y assi como le viò ido estando en orden las cauallgaduras, hecha la cuenta y pagado al huesped, diziendo Dios, se salieron de la posada, xando admirados à quantos ella quedauan de su hermosura y gentil disposicion, que no nia para hombre menor gracia brio, y compostura Don Rafael que su hermana belleza, y dor nayre. Luego en saliendo con D. Rafael à su hermana las nueuas que de Marco Antonio auian dado, y que le parecia, que con la diligencia possible cami nassen la buelta de Barcelona, dondede ordinario suelen par algun dia las galeras que passan à Italia, ò vienen à España, y que esperarlas, y alli sin duda halla-

rian à Marco Antonio. Su hermana le dixo, que hiziesse todo aquello que mejor le pareciesse, porque ella no tenia mas voluntad que la suya. Dixo D. Rafael al moço de mulas, que consigo traìa, que tuuiesse paciencia, porque le conuenia passar à Barcelona, assegurandole la paga à todo su contento del tiempo q̃ con èl anduuiesse. El moço, que era de los alegres del oficio, y que conocia que D. Rafael era liberal, respõdiò, que hasta el cabo del mundo le acompañaria, y mas siruiria. Preguntò Don Rafael à su hermana, q̃ dineros lleuaua, respondiò, que no los tenia consigo, y que no sabia mas de que en el escritorio de su padre auia metido la mano siete, ù ocho vezes, y sacadola llena de escudos de oro, y segun aquello imaginò D. Rafael que podia llegar hasta quinientos escudos, y con otros dozientos que èl traìa, y vna cadena de oro que ella traìa, le pareciò no ir muy acomodado: y mas persuadiendose, que auia de hallar en Barcelona à Marco Antonio. En esto se dierõ priesa à caminar sin perder jornada: y sin acaecimiento desman, ò impedimento alguno, llegaron à dos leguas de vn lugar que està nueue de Barcelona, que se llama Igualada, donde han sabido en el camino, como vn Cauallero, que passaua por Embaxador à Roma, estaua en Barcelona esperando las Galeras, que aun no auian llegado, nueua que les diò mucho contento. Con este gusto caminarõ hasta entrar en vn bosquecillo, q̃ en el camino estaua, del qual vieron salir vn hombre corriendo, y mirando à tras como espãtado. Pusose D. Rafael delante, diziendole: Por què huis buen hombre, ò què caso os ha acontecido, que con muestras de tãto miedo os haze parecer tan ligero? No quereis que corra à priessa, y con miedo, respondiò el hombre, si por milagro me he escapado de vna compañia de vandoleros, que queda en este bosque? Malo, dixo el moço de mulas, malo viue Dios, vandoleros à estas horas, para mi santiguada, que ellos nos pongan como nueuos. No os congoxeis hermano, replicò el del bosque, que ya los vandoleros se han ido, y han dexado atados à los arboles deste bosque mas de treinta passageros, dexandolos en camisa à solo vn hombre dexaron libre, para que desatasse a los demas, despues que ellos huuiessen traspuesto vna montañuela que le dieron por señal. Si ello es dixo Caluete, que assi se llamaua el moço de mulas, segu tos podemos passar, à causa que al lugar donde los vandoletos hazen el salto, no buelue por algun os dias, y puedo assegurar esto, como aquel que ha dado dos vezes en

fus

fos manos, y sabe de molde su vsança, y costumbres. Assi es, dixo el hombre: el qual oido por D. Rafael, determinò passar à delante, y no anduuieron mucho, quando dieron en los atados que passauan de quarenta, que los estaua desatando el que dexaron suelto. Era estraño espectaculo el ver los vnos desnudos del todo; otros con vestidos astrosos de los vandoleros; vnos llorãdo de verse robados, otros riendo de ver los estraños trajes de los otros; este contaua por menudo lo que le lleuauã, aquel dezia que le pesaua mas de vna caxa de Agnus, que de Roma traia, que de otras infinitas cosas q̃ le lleuauan. En fin todo quanto alli passaua era llantos, y gemidos de los miserables despojados. Todo lo qual mirauan no sin mucho dolor, los dos hermanos, dando gracias al Cielo que de tan grande, y tan cercano peligro los auia librado; pero lo que mas compassion les puso, especialmente à Teodoro, fue ver al tronco de vna encina atado vn muchacho de edad de diez y seis años, con sola la camisa, y vnos calçones de lienço; pero tan hermoso de rostro, que forçaua, y mouia à todos, que le mi.assen. Apeòse Teodoro à desatarle, y èl le agradeciò cõ muy corteses razones el beneficio, y por hazersele mayor, pidiò à Caluete, el moço de mulas, le prestasse su capa, hasta que en el primer lugar comprassen otra para aquel gentil mãcebo. Diòla Caluete, y Teodoro cubriò con ella al moço, preguntandole de donde era, de donde venia, y àdonde caminaua. A todo esto estaua presente D. Rafael, y el moço respõdiò, que era del Andaluzia, y de vn lugar, q̃ en nombrandole, vieron que no distaua del suyo sino dos leguas. Dixo que venia de Sevilla, y que su designio era passar à Italia, à probar vẽtura en el exercicio de las armas, como otros muchos Españoles acostumbrauan, pero q̃ la suerte suya auia salido azar con el mal encuentro de los vandoleros, que le llauauan vna buena cantidad de dineros, y vestidos, tales que no se compraran tan buenos con trecientos escudos; pero que con todo esso pensaua proseguir su camino, porq̃ no venia de casta, que se le auia de helar al primer mal suceso el calor de su feruoroso deseo. Las buenas razones del moço, junto con auer oido que era tan cerca de su lugar, y mas con la carta de recomendacion, que en su hermosura traia, pusieron voluntad en los dos hermanos de fauorecerle en quanto pudiessen. Y repartiendo entre los que mas necesidad tenian, algunos dineros, especialmente entre Frayles, y Clerigos que auia mas de ocho, hizieron que subiesse el mancebo en la mula de Caluete, y sin detenerse mas, en poco espacio se pusieron en Igualada, donde supieron q̃ las galeras el dia antes auian llegado à Barcelona, y que de alli à dos dias se partiã, si antes no les forçaua la poca seguridad de la playa. Estas nueuas hizieron que la mañana siguiente madrugassen antes q̃ el Sol, puesto que aquella noche no la durmieron toda, sino con mas sobresalto de los dos hermanos, que ellos se pensaron, causado de que estan lo à la mesa, y con ellos el mancebo que auian desatado, Teodoro puso atentadamente los ojos en su rostro, y mirandole algo curiosamẽte le pareciò que tenia las orejas horadadas, y en esto, y en vn mirar vergõçoso, que tenia, sospechò que deuia de ser muger, y deseaua acabar de cenar, para certificarse à solas de su sospecha, y entre la cena le preguntò D. Rafael, que cuyo hijo era, porque èl conocia toda la gẽte principal de su lugar si era aquel que antes auia dicho. A lo qual respondiò el mãcebo, que era hijo de D. Enrique de Cardenas. A esto dixo don Rafael que èl conocia à D. Enrique; pero que sabia, y tenia por cierto, q̃ no tenia hijo alguno, mas que si lo auia dicho por no descubrir sus padres, q̃ no importaua, y que nunca mas se lo preguntaria. Verdad es, replicò el moço, que don Enrique no tiene hijos, pero tiene los vn hermano suyo, que se llama D. Sãcho. Esse tampoco, respõdiò D. Rafael, tiene hijos, sino vna hija sola, y aun dizen, que es de las mas hermosas donzellas que ay en la Andaluzia: y esto no lo sé mas de por fama, que aunque muchas vezes he estado en su lugar, jamàs la he visto. Todo lo que dezis señor, es verdad, respondiò el mancebo, que D. Sãcho no tiene mas de vna hija pero no tan hermosa como su fama dize, y si yo dixe q̃ era hijo de don Enrique, fue porque me tuuiessedes señores en algo, pues no lo soy, sino de vn mayordomo de don Sancho, q̃ ha muchos años que le serui, y yo naci en su casa, y por cierto en mi jo que di à mi padre, auiendole tomado buena cãtidad de dineros, quise venirme à Italia, como os he dicho, y seguir el camino de la guerra, por quien vienen, segũ he visto, a hazerse ilustres, aun los de escuro linage. Todas estas razones, y el modo cõ que las dezia notaua atentamente Teodoro, y siempre se iba confirmando en la sospecha. Acabò se la cena, alçaron los manteles y en tanto que don Rafael se desnudaua, auiendole dicho lo que del mancebo sospechaua, con su parecer, y licencia se apartò cõ el mancebo a vn valcon de vna alta ventana, que à la calle salia,

y en èl puestos los dos de pechos Teodoro assi començó a hablar con el moço: Quisiera señor Francisco (que assi auia dicho èl que se llamaua) aueros hecho tantas buenas obras, que obligarã à no negarme qualquiera cosa que pudiera, ò quisiera pediros, pero el poco tiempo que ha que os conozco, no ha dado lugar a ello: podria ser que en el que està por venir, conociesse des lo que merece mi deseo, y si al que agora tẽgo no gustare des de satisfacer, no por esso dexarè de ser vuestro seruidor. Quiero tambien, que antes q̃ os le descubra, se pais que auñq̃ tengo tan pocos años, como los vuestros, y rengo mas experiencia de las cosas del mundo, que ellos prometen, pues con ella he venido a sospechar que vos no sois varon, como vuestro trage lo muestra, sino muger, y tan bien nacida como vuestra hermosura publica, y quizà tan desdichada, como lo dà àentender la mudãça del trage, pues jamas tales mudanças son por bien de quien las haze. Si es verdad lo que sospecho, dezidmelo, que os juro por la fee de Caualiero que professo, de ayudaros, y seruiros en todo aquello que pudiere. Deque seais muger no me lo podeis negar, pues por las ventanas de vuestras orejas se vè esta verdad biẽ clara; y aueis andado descuydada en no cerrar sus abujeros con alguna cera encarnada que pudiera ser que otro tan curioso como yo, y no tan honrado, sacara à luz lo que vos tan mal aueis sabido encubrir. Digo, que no dudeis de dezirme quien sois con presupuesto, que os ofrezco mi ayuda, y os asseguro el secreto que quisieredes que tenga. Con grande atencion estaua el mancebo escuchando lo que Teodoro le dezia, y viendo que ya callaua, antes que le respondiesse palabra, le tomò las manos, y llegandolas à la boca, se las besò por fuerça, y aun se las bañò con gran cantidad de lagrimas, que de sus ojos derramaua, cuyo estraño sentimiento le causò en Teodoro de manera que no pudo dexar de acompañarle en ellas (propia, y natural condicion de mugeres principales, enternecerse de los sentimientos, y trabajos agenos) pero despues, que cõ dificultad retirò sus manos de la boca del mancebo, estuuo atenta a ver lo que le respondia, el qual dando vn profundo gemido, acompañado de muchos suspiros, dixo. No quiero, ni puedo negaros, señor, que vuestra sospecha no aya sido verdadera, mas ser soy, y la mas desdichada q̃ echaron al mundo las mugeres: y pues las obras que me aueis hecho, y los ofrecimientos que me hazeis me obligan à obedeceros en quanto me mandaredes; escuchad, que yo os dirè quien soy (si ya no os cansa oir agenas desventuras.) En ellas via yo siempre, replicò Teodoro, sino llegue al gusto de saber à la pena que me dauan el ser vuestras, que ya las voy sintiendo como proprias mias; y torñdole à abraçar, y à hazer nuevos, y verdaderos ofrecimientos, el mancebo (algo mas sossegado) començò à dezir estas razones.

En lo que toca à mi patria, la verdad he dicho, en lo que toca à mis padres, no la dixe, porque D. Enrique no lo es, sino mi tio; y su hermano D. Sancho, mi padre; que yo soy la hija desventurada, que vuestro hermano dize que D. Sancho tiene tan celebrada de hermosa, cuyo engaño, y desengaño se echa de ver en la ninguna hermosura que tengo. Mi nombre, es Leocadia, la ocasion de la mudança de mi trage oyreis aora. Dos leguas de mi lugar està otro de los mas ricos, y nobles de la Andaluzia, en el qual viue vn principal Caualiero que trae su origen de los nobles, y antiguos adornos de Genoua. Este tiene vn hijo, que sino es que la fama se adelanta en sus alabanças, como en las mias, es de los gentiles hõbres que desear se puede. Este, pues, assi por la vezindad de los lugares, como por ser aficionado al exercicio de la caça, como mi padre, algunas vezes venia à mi casa, y en ella se estaua cinco, ò seis dias, que todos, y aun parte de las noches, èl, y mi padre las passauã en el campo. Desta ocasiõ tomò la fortuna, ò el amor, ò mi poca advertencia, la que fue bastãte para derribarme de la alteza de mis buenos pensamientos, à la baxeza del estado en que me veo. Pues auiendo mirado (mas de aquello que fuera licito à vna recatada donzella) la gentileza, y discrecion de Marco Antonio, y considerado la calidad de su linage, y la mucha cantidad de los bienes que llaman de fortuna, que su padre tenia, me pareciò, que si se alcãçaua por esposo, era toda la felicidad que podia caber en mi deseo. Con este pensamiento le comencè à mirar con mas cuydado, y deuiò de ser sin duda cõ mas descuydo, pues èl vino à caer en que yo le miraua, y no quiso, ni le fue menester al traydor otra entrada para entrarse en el secreto de mi pecho, y robarme las mejores prendas de mi alma. Mas no sè para q̃ me pongo à contaros, señor, punto por punto las menudencias de mis amores (pues hazen tan poco caso) sino deziros de vna vez lo que èl con muestras dè solicitud grangeò conmigo, q̃ fue que auiendome dado su fee, y palabra debaxo de grandes, y

à mi parecer firmes, y Christianos juramentos de ser mi esposo, me ofrecì à q̃ hiziesse de mi todo lo que quisiesse; pero aun no bien satisfecha de sus juramentos, y palabras, porque no se las lleuasse el viento, hize que las escriuiesse en vna cedula q̃ èl me diò firmada de su nõbre, con tantas circunstancias, y fuerças escrita, que me satisfizo. Recibida la cedula, di traza como vna noche viniesse de su lugar al mio, y entrasse por las paredes de vn jardin à mi aposento, à dõde sin sobresalto alguno podia coger el fruto, que para èl solo estaua destinado, llegòse en fin, la noche por mi tã deseada. Hasta este pũto auia estado callando Teodoro, teniendo pendiente el alma de las palabras de Leocadia, que con cada vna dellas le traspassaua el alma, especialmente, quando oyò el nõbre de Marco Antonio, y viò la peregrina hermosura de Leocadia, y considerò la grandeza de su valor, con la de su rara discrecion, que bien lo mostraua en el modo de contar su historia. Mas quando llegò à dezir: Llegò la noche por mi tã deseada, estuuo por perder la paciencia, y sin poder hazer otra cosa; le saltèo la razon, diziendo. Y bien? assi como llegò esta felicissima noche, que hizo? entrò por dicha? gozaste? le cõfirmò de nueuo la cedula? quedò contento en auer alcançado de vos lo que dezis que era suyo? supolo vuestro padre? òen què pararon tan honestos, y sabios principios? Pararon, dixo Leocadia, en ponerme de la manera que veis, porq̃ no le gozè, ni me gozò, ni vino al concierto señalado. Respirò con estas razones Teodosia, y detuuo los espiritus, que poco à poco la iban dexando estimulados, y apretados de la rabiosa pestilencia de los zelos, que à mas andar, se le iban entrando por los huessos, y medulas, para tomar entera possessiõn de su paciencia: masno la dexò tan libre, q̃ no bolviesse à escuchar con sobresalto lo que Leocadia prosiguiò diziendo: No solamente no vino; pero de alli à ocho dias supe por nueua cierta, q̃ se auia ausentado de su pueblo, y lleuado de casa de sus padres a vna doncella de su lugar, hija de vn principal Cauallero, llamada Teodosia, donzella de estremada hermosura, y de rara discrecion, y por ser de tan nobles padres se supo en mi pueblo el robo, y luego llegò a mis oidos, y con èl la fria, y temerosa lança de los zelos, que me passò el coraçon, y me abrasò el alma en fuego tal, que en èl se hizo ceniza mi honra, y se consumiò mi credito, se secò mi paciencia, se acabò mi cordura. Ay de mi desdichada! que luego se me figurò en la imaginacion. Teo-

dosia mas hermosa que el Sol, y mas discreta que la discreciõ misma, y sobre todo, mas venturosa que yo sin ventura: lei luego las razones de la cedula, vi las firmes, y valederas, y que no podian faltar en la fee que publicauan, y aunque a ella (como a cosa agrada) se acogiera mi esperança, en cayendo en la cuenta de la sospechosa compañia, que Marco Antonio, lleuaua cõsigo daua con todas ellas sen el suelo. Maltratè mi rostro, arranquè mis cabellos, maldixe mi suerte y lo que mas sentia, era no poder hazer estos sacrificios a todas horas, por la forçosa presencia de mi padre. En fin, por acabar de quexarme sin impedimento, ò por acabar la vida, que es lo mas cierto, determinè dexar la casa de mi padre. Y como para poner por obra en mal pensamiento, parece que la ocasion facilita, y allana todos los inconuenientes sin temer alguno: hurtè a vn pariente de mi padre sus vestidos, y à mi padre mucha cantidad de dineros, y vna noche cubierta cõ su negra capa, sali de casa, ya pie caminé algunas leguas, y lleguè a vn lugar que se llama Osuna, y acomodandome en vn carro de alli à dos dias entrè en Seuilla, q̃ fue auer entrado en la seguridad possible, para no ser hallada, assi que me buscassen. Alli comprè otros vestidos, y vna mula, y cõ vnos Caualleros que venian a Barzelona cõ priessa, por no perder la comodidad de vnas galeras que passauã a Italia, caminè hasta ayer, que me sucedio lo q̃ ya avreis sabido, de los vandoleros, que me quitaron quãto traia, y entre otras cosas, la joya que sustẽtaua mi salud, y aliuiada la carga de mis trabajos, que fue la cedula de Marco Antonio que pensaua con ella passar a Italia, y hallando a Marco Antonio presentarsela por testigo de su poca fee, y a mi por abono de mi mucha firmeza, y hazer de suerte q̃ me cumpliesse la promessa. Pero juntamente con esto he considerado, que con facilidad negarà las palabras que en vn papel, estã escritas el que niega las obligaciones, que deuian estar grauadas en el elma; q̃ claro està q̃ si el tiene en su compañia à la sin par Teodosia, no ha de querer mirar a la desdichada Leocadia, aunque con todo esto pienso morir, ò ponerme en la presencia de los dos, para q̃ mi vista les turbe su sossiego. No piense aquella enemiga de mi descanso, gozar tan a poca costa lo que es mio: yo la buscaré, yo la hallarè, y yo la quitarè la vida, si puedo. Pues què culpa tiene Teodosia? dixo Teodoro, si ella quizà tambiõ fue engañada de Marco Antonio como vos señora lo aueis sido? Como puede ser esso assi, dixo Leocadia, si se la lleuò consigo,

y estando juntos los que bien se quierē, que engaño puede auer? Ninguno por cierto: ellos estàn contento, pues estan juntos: ora estèn, como suele dezirse en los remotos, y abrasados desiertos de Libia, ò en los solos, y apartados de lá Scitia. Ella le goza sin duda, sea de donde fuere, y ella sola ha de pagar lo que he sentido, hasta q̄ le halle. Podia ser q̄ os engañassedes, replicò Teodosia, que assi como veo que la passiō que sētis, no os dexa hazer mas acertados discursos, veo q̄ no estais en tiempo de admitir consejos saludables. De mi os sè dezir lo que ya os he dicho, que os he de ayudar, y fauorecer en todo aquello que fuere justo, y yo pudiere; ylo mismoos prometo de mi hermano, que su natural cōdicion, y nobleza, no le dexan hazer otra cosa. Nuestro camino es a Italia, si gustaredes venir con nosotros, ya poco mas a menos sabeis el trato de nuestra cōpañia: lo que os ruego es, que deis licencia, que diga a mi hermano lo que sè de vuestra hazienda, para que os trate con el comedimiento, y respeto que se os deue, y para que se obligue a mirar por vos, como es razon, juntò con esto me parece no ser bien que mudeis de trage, yssi en este pueblo ay comodidad de vestiros, por la mañana os comprarè los vestidos mejores que huuiere, y que mas os conuēgan; y en lo demas de vuestras prētensiones, dexad el cuydado al tiempo, que es grā maestro de dar, y hallar remedio a los casos mas desesperādos. Agradeciò Leocadia à Teodosia (que ella pensaua ser Teodoro) sus muchos ofrecimientos, y diòle licencia de dezir à su hermāno todo lo q̄ quisiesse, suplicādola que no la desamparasse, pues veìa à quantos peligros estaua puesta, si por muger fuesse conocida. Con esto se despidieron, y se fueron à acostar, Teodosia al aposento de su hermano, y Leocadia à otro que junto dèl estaua. No se auia aun dormido don Rafael, esperando à su hermāna, por saber lo q̄ le auia passado con el que pensaua ser muger, y en entrando, antes que se acostasse, se lo preguntò, la qual, punto por punto le contò todo quanto Leocadia lē auia dicho: cuia hija era, sus amores, la cedula de Marco Antonio, y la intencion que lleuaua. Admirò se don Rafael, y dixo à su hermana: Si ella es la que dize, sè os dezir hermana, que es de las mas principales de su lugar, y vna de las mas nobles señoras de toda la Andaluzia. Su padre es biē conocido del nuestro, y la fama q̄ ella tenia de hermosa, correspōde muy bien à lo que aora vemos en su rostro. Y lo que desto me parece, es que deuemos andar con tecato, demanera que ella no hable primero con Marco Antonio que nosotros, que me dà algun cuydado la cedula que dize que le hizo, puesto q̄ la aya perdido: pero sossegaos, y acostaos hermāna, q̄ para todo se buscarà remedio. Hizo Teodosia lo que su hermano la mandaua, en quāto al acostarse, mas en lo de sossegarse, no fue en su mano, que ya tenia tomada possession en su alma la rabiosa enfermedad de los zelos. O quanto mas de lo que ella era, se le representaua en la imaginaciō, la hermosura de Leocadia, y la deslealtad de Marco Antonio! O quantas vezes leìa, ò fingia la cedula q̄ le auia dado! Que de palabras, y razones la añadia q̄ la hazian cierta, y de mucho efeto! Quantas vezes nos creyò q̄ se le auia perdido. Y quantas imaginò, que sin ella Marco Antonio, no dexaria de cumplir su promessa, sin acordarse de lo q̄ à ella estaua obligado. Passòsele en esto la mayor parte de la noche, sin dormir sueño. Y no la passò con mas descanso don Rafael su hermāno; porque assi como oyò dezir quien era Leocadia, assi se le abrasò el coraçon en sus amores, como si de mucho antes para el mismo efecto la huviera comunicado, q̄ esta fuerça tiene la hermosura, q̄ en vn punto, en vn momēto lleua trasi el deseo de quiē la mira, y la conoce: y quando descubre, ò promete algun via de alcançarle, y gozarse, enciende cō poderosa vehemēcia el alma de quiē la contempla bien; assi del propio modo, y facilidad cō q̄ le en-

cien de la feca, y dispuesta polvora, con qualquiera minima centella que la toca. No la imaginaua atada al arbol, ni menos vestida en el roto trage de varõ, sino en el rico suyo de muger, y en casa de sus padres ricos, y de tã principal, y rico linage, como ellos erã. No detenia, ni queria detener el pensamiento en la causa que la auia traido à q̃ la conociesse: deseaua, que el dia llegasse, para proseguir su jornada, y buscar à Marco Antonio, no tanto, para hazerle su cuñado, como para estoruar que no fuesse marido de Leocadia, y ya le tenian el furioso amor, y el zelo de manera, que tomara à buen partido ver à su engañada hermana, sin el remedio que le procuraua; y à Marco Antonio sin vida, à trueco de no verse sin esperança de alcãçar à Leocadia: la qual esperança, ya le iba prometiendo feliz sucesso en su deseo, ò ya por el camino de la fuerça, ò por el de los regalos, y buenas obras, pues para todo le daua lugar el tiẽpo, y la ocasiõ. Cõ esto que èl assimismo se prometia, se dexò venir el dia, y ellos dexaron las camas, y llamando D. Rafael al huesped, le pregũtò, si auia comodidad en aquel pueblo para vestir à vn paje, ù quien lo's vandoleros auian desnudado? El huesped dixo, que èl tenia vn vestido razonable que vender. truxòle, y vinole biẽ à

Leocadia: pagòle D. Rafael, y ella se le vistiò, y se ciñò vna espada, y vna daga, con tanto donayre, y brio, que en aquel mismo trage suspẽdiò los sentidos de D. Rafael, y doblò los zelos en Teodosia. Ensillò Calvete, y à las ocho del dia partierõ para Barzelona, sin querer subir por entonces el famoso Monasterio de Monserrate, dexandolo para quando Dios fuesse seruido de bolverlos, con mas sossiego, à su patria. No se podrà contar bien particularmente los pensamiẽtos que los dos hermaños lleuauan, ni con quan diferentes animos los dos iban mirando à Leocadia, deseãdo à Leocadia la muerte, y D. Rafael la vida, entrambos zelosos, y apassionados. Teodosia, buscãdo tachas que ponerla por no desmayar en su esperança, D. Rafael hallandole perfecciones, que de punto en punto le obligauan à mas amarla. Cõ todo esto no se descuydarõ de dar se priessa, de modo que llegarõ à Barzelona, poco antes que el Sol se pusiesse. Admiròles el hermoso sitio de la Ciudad, y la estimaron por flor de las bellas Ciudades del mundo, honra de Espaẽa, temor, y espanto de los circunvezinos, y apartados enemigos, regalo, y delicia de sus moradores, amparo de los Estrãgeros, escuela de la Caualleria, exemplo de lealtad, y satisfaciõ de todo aquello que de vna grã

dad, famosa, rica, y bien fundada Ciudad, puede pedir vn discreto, y curioso deseo. En entrãdo en ella: oyerõ grandissimo ruydo, y vierõ correr tã grã tropel de gẽte cõ grãde alboroto: y preguntando la causa de aquel bruydo, y mouimiento? les respondieron, que la gente de las galeras, q̃ estaua en la playa, se auia rebuelto, y trabado con la de la Ciudad. Oyendo lo qual D. Rafael, quiso ir à ver lo q̃ passaua, aunque Calvete le dixo, que no lo hiziesse, por no ser cordura yrse à meter en vn manifiesto peligro, que èl sabia bien, quã mal librauan los que en tales pẽdẽcias se metian, que eran ordinarias en aquella Ciudad, quãdo à ella llegauan galeras. No fue bastante el buẽ cõsejo de Calvete, para estoruar à D. Rafael la yda, y assi le siguieron todos. Y en llegando à la marina, vieron muchas espadas fuera de las bayuecas, y mucha gente acuchillandose, sin piedad alguna. Cõ todo esto, sin apearse, llegaron tã cerca, que distintamente veian los rostros de los que peleauan (por q̃ aun no era puesto el Sol.) Era infinita la gente, que de la Ciudad acudia, y mucha la q̃ de las galeras se desẽbarcaua, puesto que el que las traia à cargo (q̃ era vn Cauallero Valenciano, llamado D. Pedro Vique) desde la popa de la galera Capitana amenazaua a los que se auian embarcado en los esquifes, para ir à socorrer à los suyos. Mas viendo que no aprouechauã sus vozes, ni sus amenazas, hizo bolver las proas de las galeras à la Ciudad, y disparar vna pieça sin vala (señal de q̃ si no se apartassẽ, otra no iria sin ella.) En esto estaua D. Rafael atentamente mirando la cruel, y bien trabada riña, y viò, y notò, que de parte de los que mas se señalauan de las galeras, lo hazia gallardamente vn mãcebo de hasta veinte y dos, ò poco mas años, vestido de verde, con vn sombrero de la misma color, adornado con vn rico trẽcillo, al parecer de diamãtes: la destreza con que el moço se combatia, y la bizarria del vestido, hazia que bolviessen à mirarle todos quantos la pendencia miraua, y de tal manera le miraron los ojos de Teodosia, y Leocadia, que ambas à vn mismo punto, y tiempo, dixeron: Valgame Dios! ò yo no tẽgo ojos, ò aquel de lo verde es Marco Antonio. Y diziendo esto, con gran ligereza, saltaron de las mulas, y poniendo mano à sus dagas, y espados, sin temor alguno, se entrarõ por mitad de la turba, y se pusierõ, la vna à vn lado, y la otra al otro de Marco Antonio (q̃ era el mancebo de lo verde, q̃ se ha dicho.) No temais, dixo assi como llegò Leocadia, señor Marco Antonio, que à vuestro

lado

lado teneis quien os hará escudo con su propia vida, por defender la vuestra. Quié lo duda, replicò Teodosia, estando yo aqui. D. Rafael que viò, y oyò lo que passaua, las siguiò assimismo, y se puso de su parte. Marco Antonio, ocupado en ofender, y defenderse, no advirtiò en las razones q̃ las dos le dixerõ, antes cebado en la pelea, hazia cosas, al parecer muy increybles; pero como la gẽte de toda la ciudad por momẽtos crecia, fueles forçoso a los de las galeras retirarse, hasta meterse en el agua. Retirauase Marco Antonio de mala gana, y à su mismo cõpas se iban retirando a sus lados las dos valientes, y nueuas Bradamante, y Marfisa, ò Hipolita, y Pantasilea. En esto vino vn Cauallero Catalan, de la famosa familia de los Cardonas, sobre vn poderoso caualllo, y poniendose en medio de las dos partes, hazia retirarlos de la ciudad, los quales le tuuieron respeto en conociẽdole; pero algunos desde lexos tiravan piedras a los q̃ ya se ivã acogiendo al agua: y quiso la mala suerte que vno acertasse en la sien a Marco Antonio con tãta furia, que diò cõ èl en el agua, q̃ ya le daua a la rodilla, y apenas Leocadia le vio caido, quando se abraçò con èl, y le sostuuo en sus braços, y lo mismo hizo Teodosia. Estaua D. Rafael vn poco desviado, detenièdole de las infinitas piedras que sobre èl llouian: y queriendo acudir al remedio de su alma, y al de su hermana, y cuñado, el Cauallero Catalan se le puso delante, diziendo: Sossegaos, señor, por lo que deueis à buen soldado, y hazedme merced de poneros à mi lado, que yo os librarè de la insolẽcia, y demasia deste desmãdado vulgo. A señor! respondiò don Rafael, dexadme passar, q̃ veo en gran peligro puestas las cosas que en esta vida mas quiero. Dexòle passar el Cauallero, mas no llegò tan à tiempo que ya no huuiessen recogido en el esquife de la galera Capitana à Marco Antonio, y à Leocadia, q̃ jamàs le dexò de los braços, y queriendose embarcar cõ ellos Teodosia, ò ya fuesse por estar cansada, ò por la pena de auer visto herido à Marco Antonio, ò por ver si iba con èl su mayor enemigo, no tuvo fuerças para subir en el esquife: y sin duda cayera desmayada en el agua, si su hermano no llegara à tiẽpo de socorrerla, el qual no sintiò menos pena, de ver que con Marco Antonio se iba Leocadia, que su hermana auia sentido, porq̃ ya tambien èl auia conocido à Marco Antonio. El Cauallero Catalan, aficionado de lã gentil presencia de D. Rafael, y de su hermano (que por hombre tenia) les llamò desde la orilla, y les rogò que cõ èl se viniessen; y ellos forçados de la necessidad, y temerosos de que la gente q̃ aun no estaua pacifica, les hiziesse algun agrauio, huuierõ de aceptar la oferta que se les hazia. El Cauallero se apeò, y tomandolos à su lado, cõ la espada desnuda passò por medio de la turba, alborotado, rogandoles, que se retirassen, y assi lo hizieron. Mirò don Rafael a todas partes, por ver si veria a Caluete con las mulas, y no le viò, a causa que èl assi como ellos se apearon, las antecogiò, y le fue a vn meson donde solia posar otras vezes. Llegò el Cauallero a su casa, que era vna de las principales de la ciudad, y preguntãdo a D. Rafael, en qual galera venia: le respondiò, que en ninguna, pues auia, llegado à la ciudad al mismo punto que se començaua la pendencia, y que por auer conocido en ella al Cauallero que lleuaron herido de la pedrada en el esquife, se auia puesto en aquel peligro: y que le suplicaua diesse orden como sacassen a tierra al herido, que en esto le importaua el contento, y la vida. Esso harè yo de buena gana, dixo el Cauallero, y èste que se le dará seguramẽte el General, que es principal Cauallero, y pariente mio. Y sin detenerse mas boluio a la galera, y hallò que estauan curando a Marco Antonio, y la herida que tenia era peligrosa, por ser en la siẽ izquierda: dezia el cirujano ser de

peligro. Alcançò cõ el General se le diessen para curarle en tierra, y puesto con grã tiẽto en el esquife, le sacarõ sin quererle dexar Leocadia, q̃ se embarcò con èl, como en seguimiẽto del norte de su esperãça. En llegãdo à tierra, hizo el Cauallero traer de su casa vna silla de manos donde le lleuassen. En tãto que esto passaua, auia enbiado don Rafael à buscar à Caluete, que en el mesõ estaua, con cuydado de saber lo que la suerte auia hecho de sus amos; y quando supo que estauan buenos, se alegrò, y vino à donde D. Rafael estaua. En esto llegaron el señor de la casa, Marco Antonio, y Leocadia, y a todos alojò en ella con muy grande amor. Ordenò luego como se llamasse vn cirujano famoso de la ciudad, para q̃ de nueuo curasse a Marco Antonio: vino; pero no quiso curarle hasta otro dia, diziendo, que siempre los cirujanos de los exercitos, y armadas, eran muy experimentados, por los muchos heridos que a cada passo tenian entre las manos, y assi no convenia curarle, hasta otro dia. Lo que ordenò fue, le pusiessen en vn aposẽto abrigado, donde le dexassen sossegar. Llegò en aquel instante el cirujano de las galeras, y diò cuẽta al de la Ciudad de la herida, y de como le auia curado, y del peligro que de la vida, a su parecer, te-

tenia el herido; con lo qual se acabò de enterar el dela ciudad de que estaua biẽ curado. Y assi mismo (segun la relaciõ que se le auia hecho) exagerò el peligro de Marco Antonio. Oyerõ esto Leocadia, y Teodosia; con aquel sentimiento, que si oyerã la sentencia de su muerte: mas por no dar muestras desu dolor se reprimieron, y callarõ, y Leocadia determinò de hazer lo q̃ le parecio conuenir para satisfazer su honra, y fue, que assi como se fueron los cirujanos se entrò en el aposento de Marco Antonio; y delante del señor de la casa, de D. Rafael, Teodosia, y de otras personas, se llegò a la cama del herido, y assiẽdole de la mano, le dixo estas razones: No estàs en tiempo, señor Marco Antonio Adorno, en que se puedan, ni deuan gastar cõ vos muchas palabras, yassi solo querria que me oyessedes algunas, que conuienen, si no para la salud de vuestro cuerpo, a lo menos para la de vuestra alma, y para deziros las, es menester que me deis licencia, y me aduirtais, si estais con sugeto de escucharme, que no seria razon, que auiendo yo procurado desde el punto que os conoci, no salir de vuestro gusto, en este instante, que le tẽgo por el postrero, seros causade pesadumbre. A estas razones abrio Marco Antonio los ojos, y los puso atentamẽte en el rostro de Leocadia: y auiendola cali cenõcido, mas por el organo de la voz que por la vista, con voz debilitada, y doliente, le dixo: Dezid señora lo que quisieredes, que no estoy tã alcabo, que no pueda escucharos, ni essa voz me es tan desagradable, que me cause fastidio el oirla. Atentissima estaua a todo este coloquio Teodosia, y cada palabra q̃ Leocadia dezia, era vna aguda saeta que le atrauessaua el coraçon, y aun el alma de don Rafael, que assimismo la escuchaua. Y prosiguiendo, Leocadia, dixo: Si el golpe dela calbeça, òpor mejor dezir, el que a mi me han dado en el alma, no os ha llegado, señor Marco Antonio, de la memoria, la imagen de aquella que poco tiempo ha que vos dezides ser vuestra gloria, y vuestro cielo, bien os deueis acordar quien fue Leocadia: yqual fue la palabra que le distes firmada en vna cedula de vuestra mano, y letra: ni se os avrà olvidado el valor de sus padres, la entereza de su recato, y honestidad, y la obligacion en q̃ estais, por auer acudido avuestro gusto en todo lo que quisistes. Si esto no se os ha oluidado, aũque me veais en este trage tan diferente, conocereis con facilidad que yo soy Leocadia. q̃ temerosa que nuevos accidentes, y nueuas ocasiones no me quitassen lo que tan justamente es mio, assi como se

pe que de vuestro lugar os auia des partido, atropellãdo por infinitos inconuenientes, determinè seguiros en este habito, con intenciõ de buscaros por todas las partes de la tierra, hasta hallaros; de lo qual no os deueis maravillar, si es que alguna vez aueis sentido, hasta donde llegã las fuerças de vn amor verdade ro, y la rabia de vna muger engañada. Algunos trabajos he passado en esta mi demãda, todos los quales los juzgo, y tẽgo por descanso, cõ el descuento q̃ han traido de veros, que puesto q̃ esteis de la manera q̃ estais, si fuere Dios seruido de lleuaros desta à mejor vida, cõ hazer lo que deueis à quiẽ sois, antes de la partida, me juzgarè por mas que dichosa, prometiẽdoos, como os prometo, de darme tal vida, despues de vuestra muerte q̃ biẽ poco tiempo se passe, sin que os siga en esta vltima, y forçosa jornada. yassi os ruego, primeramente por Dios, à quien mis deseos, e intentos van encaminados, luego por vos, que deueis mucho à ser quien sois; vltimamente por mi, à quien deueis mas que à otra persona del mũdo, que aqui luego me reciba, por vuestra legitima esposa, no permitiẽdo haga la justicia, lo q̃ con tãtas veras, y obligaciones la razon os persuade. No dixo mas Leocadia, y todos los que en la sala estauã guarda ron vn marauilloso silencio, en tanto que estuuo hablando, y cõ el mismo silencio esperauan la respuesta de Marco Antonio, q̃ fue esta: No puedo negar, señora, el conoceros q̃ vuestra voz, y vuestro rostro, no cõsentirãn que lo niegue. Tampoco puedo negar lo mucho que os deuo, ni el grande valor de vuestros padres, junto con vuestra incomparable honestidad; y recogimiento, ni os tengo, ni os tẽdrè en menos, por lo que aueis hecho, en venirme àbuscar, en trage tan diferente del vuestro: antes por esto os estimo, y estimarè en el mayor grado q̃ ser pueda. Pero pues mi corta suerte me ha traido à termino (como vos dezis) q̃ creo que serà el postrero de mi vida, y son los semejantes trãces los apuradores de las verdades, quiero deziros vna verdad, q̃ sino os fuere aora de gusto, podria ser que despues os fuesse de prouecho. Confiesso hermosa Leocadia, que os quise bien, y me quisistes, y juntamente cõ esto confiesso, que la cedula que oshize, fue mas por cũplir con vuestro deseo, que con el mio: porque antes que la firmasse, con muchos dias, tenia entregada mi voluntad, y mi alma a otra dõzella de mi mismo lugar, que vos bien conoceis, llamada Teodosia, hija de tan nobles padres como los vuestros; y si à vos os di cedula firmada de

mi

mi mano, à ella le di mano firmada, y acreditada con tales obras, y testigos, que quedè imposibilitado de dar mi libertad a otra persona en el mũdo. Los amores que con vos tuue, fueró de passatiempo, sin que dellos sal cãçasse otra cosa, sino las flores que vos sabeis, las quales no os ofendieron, ni pueden ofender en cosa alguna. Lo que con Teodosia me passò, fue alcançar el fruto que ella pudo darme, y yo quise que me diesse, confesse, y seguro de ser su esposo, como lo soy. Y si a ella, y a vos os dexè en vn mismo tiempo, a vos suspensa, y engañada, a ella temerosa, y a su parecer sin honra, hizelo con poco discurso, y con juizio de mozo, como lo soy, creyendo que todas aquellas cosas, erã de poca importancia, y que las podia hazer sin escrupulo alguno, con otros pensamiẽtos que entonces me vinieron, y solicitaron lo que queria hazer, que fue venirme a Italia, y emplear en ella alguno de los años de mi juuẽtud, y despues boluer a ver lo que Dios auia hecho de vos, y de mi verdadera esposa. Mas doliendose de mi el cielo, sin duda creo que ha permitido poner me de la manera que me veis, para que confessando estas verdades nacidas de mis muchas culpas, pague en esta vida lo q̃ deuo, y vos quedeis desengañada, y libre, para hazer lo que mejor os parezciere. Y si en algun tiẽpo Teodosia supiere mi muerte sabrà de vos, y de los q̃ estan presẽtes, como en la muerte le cumplo la palabra q̃ le di en la vida. Y si en el poco tiempo q̃ de ella me queda, señora Leocadia, os puedo ser en algo, dezidmelo, que como no sea recibiros por esposa, pues no puedo ninguna otra cosa dexarè de hazer, que à mi sea possible, por daros gusto. En tanto que Marco Antonio dezia estas razones tenia la cabeça sobre el codo: y en acabãdolas, dexò caer el braço, dãdo muestras que se desmayaua. Acudiò luego don Rafael, y abraçandole estrechamente le dixo: Bolued en vos, señor mio, y abraçad a vuestro amigo y a vuestro hermano, pues vos quereis que lo sea: conoced a don Rafael vuestro, camarada, que serà el verdadero testigo de vuestra voluntad, y de la merced que a su hermana quereis hazer con admitirla por vuestra. Boluiò en si Marco Antonio, y al momẽto conociò a don Rafael, y abraçandole muy estrechamente, y besandole en el rostro le dixo: Ora digo, hermano, y señor mio, que la suma alegria q̃ he recibido en veros, no puede traer menos descuentos que vn pesar grandissimo, pues se dize, que tras el gusto se sigue la tristeza: pero yo daré por bien empleada qualquiera que me

viniere en trueco de auer gustado del contento de veros. Pues yo os le quiero hazer mas cumplido, replicò D. Rafael con presentaros esta joya, q̃ es vuestra esposa, y buscando à Teodosia, la hallò llorãdo detras de la gẽte suspensa, y atonita entre el temor, y alegria por lo que veia, y por lo que auia oido dezir. Asio de su hermano de la mano, y ella sin hazer resistencia, se dexò llevar dõde èl quiso, que fue antes Marco Antonio, que la conociò, se abraçò con ella, llorãdo los dos tiernas, y amorosas lagrimas. Admirados quedaron quãtos en la sala estauan, viendo tã estraño acontecimiento. Miraronse vnos à otros, sin hablar palabra, esperando en que auiã de parar aquellas cosas, mas la desengañada, y sin ventura Leocadia, que viò por sus ojos lo que Marco Antonio hazia, y viò al que pensaua ser hermano de D. Rafael, en braços del que tenia por su esposo, viendo junto cõ esto burlados sus deseos, y perdidas sus esperanças, se hurtò de los ojos de todos (que atentos estauan mirando lo que el enfermo hazia con el paje que abraçado tenia) y se saliò de la sala, aposento, y en un instãte se salio en la calle, con intencion de yrse desesperada por el mundo, à donde gentes no la viessen: mas apenas auia llegado à la calle, quando D. Rafael la echò menos; y como si le faltara el alma, preguntò por ella, nadie le supo dar razõ donde se auia ido y sin esperar mas, desesperado saliò à buscarla, y acudiò donde le dixeró que posaua Caluete, por si auia ido allà à procurar alguna caualgadura en que irse, y no hallandola alli andaua como loco por las calles, buscandola de vnas partes à otras; y pẽsando si por ventura se auia buelto à las galeras, llegò à la marina, y vn poco antes que llegasse, oyò q̃ à grandes vozes llamauã desde tierra, al esquife de la Capitana y conociò que quiẽ las daua, era Leocadia, la qual rezelosa de algun desman, sintiendo passos à sus espaldas, empuñò la espada, y esperò apercebida, q̃ llegasse D. Rafael, à quien ella luego conociò, y le pesò de que la huuiesse hallado, y mas en parte tan sola, que ya ella auia entendido por mas de vna muestra que D. Rafael, la auia dado, que no la queria mal, sino tambien, que tomara por buen partido, que Marco Antonio la quisiera otro tanto. Con què razones podrè yo dezir aora lo que D. Rafael dixo à Leocadia, declarãdole su alma, que fueron tantas, y tales, que no me atreuo à escriuirlas? mas pues es forçoso dezir algunas, dirè las que entre otras le dixo, que fueron estas que se siguen: Si con la ventura que me falta, me faltasse aora,

hermosa Leocadia, el atreuimiento de descubriros los secretos de mi alma, q̃ daria encerrada en los senos del perpetuo olui-do la mas enamorada, y honesta voluntad, que ha nacido, ni puede nacer en vn enamorado pecho; pero por no hazer este agrauio a mi justo deseo (venga me lo que viniere) quiero señora que aduirtais (si es que os dà lugar vuestro arrebatado pensamiento) que en ninguna cosa se me aventaja Marco Antonio, si no es en el biẽ de ser de vos querido. Mi linage es tan bueno como el suyo, y en los bienes que llaman de fortuna, no me haze mucha ventaja, y en los de naturaleza, nó conuiene que me alabe, y mas si a los ojos vuestros no son de estima. Todo esto digo apassionado, señora, porque tomeis el remedio, y el medio que la suerte os ofrece en el estremo de vuestra desgracia. Ya veis q̃ Marco Antonio no puede ser vuestro, porque el cielo, le hizo de mi hermana, y el mismo cielo lo que oy os ha quitado a Marco Antonio, os quiere hazer recompensa conmigo, que no deseo otro bien en esta vida, que entregarme por esposo vuestro. Mirad que el buen sucesso està llamãdo a las puertas del malo que hasta aora aueis tenido, y no pensais que el atreuimiẽto que aueis mostrado en buscar a Marco Antonio, ha ser parte para que no os estime, y tenga en lo que merecieredes, si nunca le huuieredes tenido, que en la hora que quiero, y determino igualar me con vos (eligiendoos por perpetua señora mia) n aquella misma se me ha de oluidar, y ya se me ha oluidado todo quanto en esto he sabido, y he visto, que bien sè que las fuerças que a mi me han forçado, à que tan desdon, y a rienda suelta me disponga à dar os, y entregar me por vuestro essas mismas os han traydo a vos al estado en que estais, y assi no avrà necessidad de buscar disculpa, à donde no ha auido yerro alguno. Callando estuuo Leocadia à todo quanto don Rafael le dixo, sino que de quando en quando daua vnos profundos suspiros, salidos de lo intimo de sus entrañas. Tuuo atreuimiento don Rafael de tomarle vna mano, y ella no tuuo esfuerço para estoruarselo, y assi besando sela muchas vezes, le dezia: Acabad, señora de mi alma, de serlo del todo, à vista destos estrellados cielos que nos cubren, y de este sossegado mar que nos escucha, y destas bañadas arenas que nos sustentan. Dadme ya el si que sin duda conuiene tanto a vuestra honra, como a mi contento. Bien os lo dixo, que soy Cauallero, como vos sabeis, y rico, y que os quiero bien (que es lo que mas aueis de estimar) y que en cambio de hallaros

ha, y en trage q̃ desdize mucho del de vuestra honra, lexos de la casa de vuestros padres, y parientes, sin persona que os acuda à lo q̃ menester huuieredes, y sin esperança de alcançar lo que buscauades podeis boluer a vuestra patria en vuestro propio, y honrado, y verdadero trage, acompañada de tan buen esposo, como el que vos supisteis escogeros, rica, contenta, estimada, y seruida, y aun loada de todos aquellos, à cuya noticia llegaren los sucessos de vuestra historia. Si esto es assi, como lo es, no sè en que estais dudando. Acabad (que otra vez os lo digo) de leuantarme del suelo de mi miseria, al cielo de merecerosos, que en ello hareis por vos misma, y cumplireis con las leyes de la cortesia, y del buen conocimiento, mostrandoos en vn mismo punto agradecida, y discreta. En, pues, dixo à esta sazon la dudosa Leocadia, pues assi lo ha ordenado el cielo, y no es en mi mano, ni en la de viniente alguno oponerse à lo que el determinado tiene, hagase lo que èl quiere, y vos quereis, señor mio, y sabe el mismo cielo con la verguença que vengo à condecender con vuestra voluntad, no porque no entiẽda lo mucho que en obedeceros gano, sino porque temo que en cumpliendo vuestro gusto, me aueis de mirar con otros ojos de los que quizà hasta aora mirandome os han engañado: mas sea como fuere, que en fin el nombre de mi muger legitima de dõ Rafael de Villauicencio no se podrà perder: y con este titulo solo viuirè contenta. Y si las costumbres que en mi vieredes, despues de ser vuestra, fueren parte para que me estimeis en algo, darè en algo las gracias de auerme traido por tan estraños rodeos, y por tantos males à los bienes de ser vuestra Dadme señor don Rafael, la mano de ser mio, y veis aqui os la doy de ser vuestra, y siruan de testigos los que vos dezia, la mar, y las arenas, y este silencio solo interrumpido de mis suspiros, y de vuestros ruegos. Diziendo esto se dexò abraçar, y le dio la mano, y don Rafael le diò la suya, celebrando el noturno, y nueuo desposorio, solas las lagrimas que en el contento, a pesar de la passada tristeza, sacaua de los ojos. Luego se boluieron à casa de el Cauallero, que estaua con grandissima pena de su falta, y lo mismo tenian Marco Antonio, y Teodosia: los quales ya por mano de Clerigo estauan desposados, que a persuasion de Teodosia, temerosa que algun contrario accidẽte no le turbasse el bien que auia hallado. El Cauallero embiò luego por quien los desposasse: de modo, que quando don Rafael, y

Leocadia entraron, y don Rafael contò lo que con Leocadia le auia sucedido, assi les aumentò el gozo, como si ellos fueran sus cercanos parientes, que es condicion propia de la nobleza Catalana saber ser amigos, y fauorecer à los estrangeros, que dellos tienen necessidad alguna. El Sacerdote que presente estaua, ordenò que Leocadia mudasse el habito, y se vistiesse en el suyo, y el Cauallero acudio à ello con presteza, vistiendo à las dos de los ricos vestidos de su muger, que era vna principal señora, del linage de los Granolleques, famoso y antiguo en aquel Reyno. Auisò al cirujano (quien por caridad se dolia de el herido) como hablaua mucho, y no le dexauã solo, el qual vino, y ordenò lo primero, que le dexassen en silencio. Pero Dios q̃ assi lo tenia ordenado, tomado por medio, è instrumento de sus obras, quando à nuestros ojos quiere hazer alguna marauilla, lo que la naturaleza no alcãça, ordenò que el alegria, y el poco silencio que Marco Antonio auia guardado: fuesse parte para mejorarle de manera, que otro dia quãdo le curaron, le hallaron fuera de peligro, y de alli a catorce se leuantò tan sano, que sin temor alguno se pudo poner en camino. Es de saber, que el tiempo que Marco Antonio estuuo en el lecho, hizo voto, si Dios le sanasse, de ir en romeria à pie à Santiago de Galicia, en cuya promessa le acompañaron D. Rafael, Leocadia, Teodosia, y aun Galuete el moço de mulas (obra pocas vezes vsada de los de oficio semejante) pero la bondad, y llaneza que auia conocido en Don Rafael, le obligò à no dexarle, hasta que bolviesse à su tierra: y viendo que auian de ir à pie, como peregrinos, embiò las mulas à Salamanca, con la que era del don Rafael, que no faltò con quien embiarlas. Llegòse, pues, el dia de la partida, y acomodados de sus esclauinas, y de todo lo necessario, se despidieron del liberal Cauallero que tanto les auia fauorecido, y agasajado, cuyo nombre era dõ Sancho de Cardona, ilustrissimo por sangre, y famoso por su persona; ofrecieronsele todos de guardar perpetua memoria de ellos, y sus descendientes, à quien se lo dexarian mãdado, la memoria de las mercedes tan singulares de èl recibidas, para agradecerlas si quiera, ya que no pudiessen servirlas; Don Sancho les abraçò à todos, diziendoles que de su natural condicion nacia hazer aquellas obras, ò otras que fuessen buenas, à todos los que conocia, ò imaginaua ser hidalgos Castellanos. Reiteraronse dos vezes los abraços, y con alegria mezclada con algun sen-

timiento triste, se despidieron, y caminando con la comodidad que permitia la delicadeza de las dos nueuas peregrinas, en tres dias llegaron à Monserrate, y estando alli otros tãtos haziendo lo que à buenos, y Catolicos Christianos deuian, con el mismo espacio bolvieron à su camino, y sin sucederles reues, ni desman alguno, llegaron à Santiago. Y despues de cumplir su voto, con la mayor deuocion que pudieron, no quisieron dexar el habito de peregrinos hasta entrar en sus casas, à las quales llegaron poco à poco descansados, y contentos; mas antes que llegassen, estando à vista del lugar de Leocadia, que como se ha dicho, era vna legua de el de Teodosia, desde encima de vn recuesto los descubrieron à entrambos, sin poder encubrir las lagrimas q̃ el contento de verlos, les truxo à los ojos, à lo menos à las dos desposados, que cõ su vista renouaron la memoria de los passados sucessos. Descubriase desde la parte donde estauan vn ancho valle, que los dos pueblos diuidia, en el qual vieron à la sombra de vn oliuo vn dispuesto Cauallero sobre vn poderoso cauallo, con vna blanquissima adarga en el braço izquierdo, y vna gruessa, y larga lança terciada en el derecho: y mirandole con atencion, vierõ que assimismo por entre vnos oliuares venian otros dos Caualleros con las mismas armas, donayre, y postura, y de alli à poco vieron que se juntaron todos tres, y auiendo estado vn pequeño espacio juntos, se apartarõ, y vno de los q̃ à lo vltimo auiã venido, se apartò con el que estaua primero debaxo del oliuo, los quales poniendo las espuelas a los caualos, arremetieron el vno al otro con muestras de ser mortales enemigos, començando à tirarse brauos, y diestros botes de lança, con tanta destreza, que dauan bien à entender ser maestros en aquel exercicio. El tercero los estaua mirando, sin mouerse de vn lugar: mas no pudiendo don Rafael sufrir estar tan lexos mirando aquella tan reñida, y singular batalla, a todo correr baxo del recuesto, siguiendole su hermana, y su esposa, y en poco espacio se puso junto à los dos combatientes, a tiempo que andauã ya algo heridos: y auiendosele caido al vno el sombrero, y con él vn casco de azero, al bolver el rostro, conocio Don Rafael ser su padre, y Marco Antonio conociò que el otro era el suyo. Leocadia, que con atẽcion auia mirado el que no se combatia, conociò q̃ era el padre que la auia engẽdrado, de cuya vista todos quatro suspensos, atonitos, y fuera de si quedaron: pero dando el sobresalto lugar al discurso de la razõ

los dos cuñados, sin detenerse, se pusieron en medio de los que peleauan, diziendo à vozes: No mas Caualleros, no mas, que los que esto os piden, son vuestros propios hijos: yo soy Marco Antonio. Padre, y señor mio, dezia Marco Antonio, yo soy aquel por quien, à lo que imagino, estàn vuestras canas venerables puestas en este riguroso trance: reemplad la furia, y arrojad la lança, ò bolvedla contra otro enemigo, que el que teneis delante ya de oy mas ha de ser vuestro hermano. Casi estas mismas razones dezia don Rafael à su padres, à las quales se detuuierõ los Caualleros, y atentamẽte se pusieron à mirar à los q̃ se las dezian: y bolviendo la cabeça, vieron que don Sancho el padre de Leocadia, se auia apeado, y estaua abraçado con el que pensauan ser peregrino, y era que Leocadia se auia llegado à él, y dandosele à conocer, le rogò q̃ pusiesse en paz à los que se cõpatian: contandole como D. Rafuel era su esposo, y Marco Antonio lo era de Teodosia. Oyẽdo esto su padre, se apeò, y la tenia abraçada, como se ha dicho; pero dexãdola acudiò à ponerlos en paz, aũque no fue menester, pues ya los dos auian conocido à sus hijos, y estauan en el suelo teniẽdolos abraçados, llorando todos lagrimas de amor, y de contento nacidas. Juntaronse todos, y bolvierõ à mirar à sus hijos, y no sabiã que dezirse. Atentauãles los cuerpos, por ver si erã fantasticos, que su improuisa llegada, esta, y otras sospechas, engẽdraua: pero desengañados, bolvieron à las lagrimas, y à los abraços, y en esto assomò por el vltimo valle gran cantidad de gente armada, de à pie, y de acauallo, los quales venia à defender al Caualler o de su lugar, pero como llegaron, y los vierõ abraçados de aquellos peregrinos, y preñados los ojos de lagrimas, se apearon, y admiraron estàndo suspensos, hasta tanto que don Sancho les dixo brevemente lo que Leocadia su hija les auia cõtado. Todos fuerõ à abraçar àlos peregrinos cõ muestras de contẽto, tales, que no se pueden encarecer. D. Rafael de nueuo contò à todos cõ la brevedad q̃ el tiẽpo requeria, todo el suceso de sus amores, y de como venia casado cõ Leocadia, y su hermana Teodosia con Marco Antonio, nueuas q̃ de nueuo causaron alegria. Luego de los mismos cauallos de la gente q̃ llegò al socorro, tomaron los q̃ huuieron menester para los cinco peregrinos, y acordarõ de irse al lugar de Marco Antonio, ofreciẽdoles su padre de hazer alli las bodas de todos; y cõ este parecer se partierõ, y algunos de los que se auian hallado presentes, se adelantarõ à pedir albricias à los parientes, y amigos de los desposados. En el camino supieron don Rafael, y Marco Antonio, la causa de aquella pendencia, que fue, que el padre de Teodosia, y el de Leocadia, auian desafiado al padre de Marco Antonio, en razon de que èl auia sido sabidor de los engaños de su hijo: y auiendo venido los dos, y hallãdose solo, no quisierõ combatirse con alguna ventaja, sino vno à vno, como Caualleros, cuya pẽdencia paràra en la muerte de vno, ò en la de entrãbos, si ellos no huuieran llegado. Dierõ gracias à Dios los quatro peregrinos del sucesso felice. Y otro dia, despues q̃ llegaron con real, y esplẽdida magnificencia, y sumptuoso gasto, hizo celebrar el padre de Marco Antonio las bodas de su hijo, y Teodosia, y las de D. Rafael, y de Leocadia, los quales luengos, y felizes años vieron en compañia de sus esposas, dexando de su ilustre generacion descendencia, que hasta oy dura en estos dos lugares, q̃ son de los mejores de la Andaluzia, y sino se nombran, es por guardar el decoro a las dos donzellas, à quien quiçà las lenguas maldicientes, ò neciamente escrupulosas, les harán cargo de la ligereza de sus deseos, del subdito mudar de trages: à los quales ruego que no se arrojen à vituperar semejantes libertades, hasta q̃ se miren en si, si alguna vez han sido tocados destas que llaman flechas de Cupido, que en efeto es vna fuerça (si assi se puede llamar) incontrastable, que haze el apetito à la razon. Calcuete, el moço de mulas, se quedò con la que Don Rafael auia embiado à Salamanca, y con otras muchas dadiuas que los dos desposados le dieron; y los Poetas de aquel tiempo tuuieron ocasion donde emplear sus plumas, exagerando la hermosura, y los sucessos de las dos tan atreuidas, quanto honestas donzellas, fuero principal destes estraño suceso.

Universidad de Deusto Biblioteca

NOVELA DEZIMA.

LA SEÑORA CORNELIA.

DON Antonio de Isunça, y Don Iuan de Gamboa, Caualleros principales, de vna edad, muy discretos, y grandes amigos, siendo estudiantes en Salamanca determinaron de dexar sus estudios, por irse à Flandes, lleuados del hervor de la sangre moça, y del deseo (como dezirse suele) de ver mundo; y por parecerles que el exercicio de las armas, aunque arma, y dize bien à todos, principalmente asienta, y dize mejor en los bien nacidos, y de ilustre sangre. Llegaron, pues, à Flandes, à tiempo que estauan las cosas en paz, ò en conciertos, y tratos de tenerla en esto. Recibieron en Ambères cartas de sus padres do de les escriuieron el grande enojo que auian recibido, por auer dexado sus estudios, sin auisarselo, para que huuieran venido con la comodidad q̃ pedia el ser quien eran. Finalmente, conociẽdo la pesadumbre de sus padres, acordaron de bolverse à España, pues no auia que hazer en Flandes; pero antes de bolverse, quisierõ ver todas las mas famosas Ciudades de Italia; y auiendolas visto todas, pararon en Bolonia, y admirados de los estudios de aquella Vniuersidad, quisieron en ella proseguir los suyos. Dieron noticia de su intento à sus padres, de que se holgaron infinito, y lo mostrarõ con proueerles magnificamente, y de modo que mostrassen en su tratamiẽto quien eran, y què padres tenian. Y desde el primero dia q̃ salieron à las Escuelas, fuerõ conocidos de todos por Caualleros, galanes, discretos, y biẽ criados. Tendria don Antonio hasta veinte y quatro años, y don Iuã no passaua de veinte y seis; y adornauan esta buena edad con ser muy gẽtiles hombres musicos, poetas, diestros, y valientes partes que los hazian amables, y bien

bien quèridos de quãtos los comunicauan. Tuuierõ luego muchos amigos, assi estudiantes Españoles; de los muchos que en aquella Vniuersidad cursauan, como de los mismos de la ciudad, y de los estrãgeros. Mostrauanse con todos liberales, y comedidos, y muy agenos de la arrogancia, q̃ dizen que suelen tener los Españoles. Y como eran moços, y alegres, no se disgustauan de tener noticia de las hermosas de la ciudad; y aũque auia muchas señoras donzellas, y casadas, con gran fama de ser honestas, y hermosas, à todas se auentajaua la señora Cornelia Bentibolli, de la antigua, y generosa familia de los Bẽtibollis, q̃ vn tiempo fuerõ señores de Bolonia. Era Cornelia hermosissima en estremo, y estaua debaxo de la guarda, y amparo de Lorenço Bentibolli su hermano, honradissimo, y valiente Caualliero, huerfanos de padre, y madre, que aunque los dexaron solos, los dexaron ricos, y la riqueza es grande aliuio de la horfandad. Era el recato de Cornelia tãto, y la solicitud de su hermano tãta en guardarla, que ni ella se dexaua ver, ni su hermano consentia que la viessen. Esta fama traian deseos à don Iuan, y à don Antonio de verla, aũque fuera en la Iglesia; pero el trabajo que en ello pusieron fue en valde, y el deseo, por la imposibilidad, cuchillo de la esperãça, fue menguando, y assi con solo el amor de sus estudios, y el entretenimiẽto de algunas honestas mocedades, passauan vna vida tan alegre, como honrada. Pocas vezes saliã de noche, y si salian, iban juntos, y bien armados. Sucediò, pues, que auiendo de salir vna noche dixo don Antonio à don Iuan, que èl se queria quedar à rezar ciertas deuociones, que se fuesse, que luego le seguiria. No ay para què, dixo don Iuan, que yo os aguardarè, y si no salieremos esta noche, importa poco. No por vida vuestra, replicò D. Antonio, salid à coger el ayre, que yo serè luego cõ vos, si es que vais por donde solemos ir. Hazed vuestro gusto, dixo don Iuan, quedaos en buẽ hora, y si salieredes, las mismas estaciones andarè esta noche q̃ las demas. Fuesse D. Iuan, y quedòse don Antonio. Era la noche entre escura, y la hora las once, y auiendo andado dos, ò tres calles, y viendose solo, y que no tenia cõ quien hablar, determinò bolverse à casa, y poniendolo en efecto al passar por vna calle que tenia portales, sustentados en marmoles, oyò que de vna puerta le ceceauan. La escuridad de la noche, y la que causauan los portales, no le dexauã atinar al ceceo. Detuuose vn poco, estuuo atẽto, y viò entreabrir vna puerta, llegose à ella, y oyò vna voz

baxa, que dixo: Soispor ventura Fabio? D. Iuan, por si, ò por no, respondiò: si. Pues tomad, respòdieron de dentro, y ponedlo en cobro, y bolued luego, que importa. Alargò la mano D. Iuan, y topò vn bulto, y queriendolo tomar, viò que erã menester las dos manos, y assi le huuo de asir con entrambas, y apenas se le dexaron en ellas, quando le cerraron la puerta, y èl se hallò cargado en la calle, y sin saber de què; pero casi luego començò à llorar vna criatura, al parecer reciẽ nacida, à cuyo lloro quedò Don Iuan confuso, y suspenso, sin saber què hazerse, ni q̃ corte dar en aquel caso, porque en bolner à llamar à la puerta, le pareciò q̃ podia correr algun peligro, cuya era la criatura, y en dexarla allí, la criatura misma, pues el lleuarla à su casa, no tenia en ella quiẽ le remediasse, ni èl conocia en toda la ciudad persona à donde poder lleuarla; pero viendo que le auian dicho de dentro, que la pusiesse en cobro, y que boluiesse luego, determinò de traerla à su casa, y dexarla en poder de vna ama que los seruia, y boluer luego à ver, si era menester su fauor en alguna cosa, puesto que bien auia visto, que le auian tenido por otro, y que auia sido error darle la criatura. Finalmẽte, sin hazer mas discursos, se vino à casa con ella, à tiempo que ya D. Antonio no estaua en ella. Entrôse en vn aposento, yllamò al ama, descubriò la criatura, y viò que era la mas hermosa que jamàs huuiesse visto. Los paños en que venia embuelta, mostrauan ser de ricos padres nacida. Desembolviòla el ama, y hallaron que era varon: menester es, dixo don Iuan, dar de mamar à este niño, y ha de ser de manera que vos ama, le aueis de quitar estas ricas mantillas, y ponerle otras mas humildes, y sin dezir que yo le he traido, le aueis de lleuar en casa de vna partera, q̃ las tales siempre suelen dar recaudo, y remedio à semejantes necessidades: lleuareis dineros con que la dexeis satisfecha, y dareisle los padres que quisierẽdes, para encubrir la verdad del auerlo yo traìdo. Respondiò el ama, que assi lo haria, y D. Iuan con la priessa que pudo, bolviò à ver si le ceceauan otra vez; pero vn poco antes q̃ llegasse à la casa à dõde le auian llamado, oyò gran ruydo de espadas, como de mucha gẽte que se acuchillaua. Estuuo atento, y no oyò palabra alguna: la herreria era à la sorda, y à la luz de las centellas, que las piedras heridas de las espadas leuantauan, casi pudo ver, que erã muchos los que à vno solo acometian: y confirmòse en esta verdad, oyendo dezir. Atraydores! que sois muchos, y yo solo; pero con todo esto no os ha de valer vuestra supercheria. Oyẽdo, y viendo lo qual Don Iuan, lleuado de su valeroso coraçon en dos brincos se puso à su lado, y metiendo mano à la espada, y à vn broquel que lleuaua, dixo al que se ofendia, en lengua Italiana, por no ser conocido por Español. No temais, que socorro os ha venido, que no os faltarà hasta perder la vida: menead los puños, que traidores pueden poco. A estas razones respòdiò vno de los contrarios: Tu mientes, que aqui no ay ningun traidor, porque el querer cobrar la hõra perdida à todos dà demasiada licencia. No le hablò mas palabra, porque no les dauà lugar à ello la priessa que se dauan à herirle los enemigos, que al parecer de Don Iuan, deuian de ser seis. Apretaron tanto à su compañero, que de dos estocadas q̃ le dieron à vn tiempo en los pechos dieron con èl en tierra. Dõ Iuan creyò que le auiã muerto, y con ligereza, y valor estraño se puso delante de todos, y los hizo arredrar à fuerça de vna lluuia de cuchilladas, y estocadas. Pero no fuera bastante su diligencia para ofender, y defenderse, si no le ayudara la buena suerte, con hazer que los vezinos de la calle sacassen lumbre à las ventanas, y à grãdes vozes llamassen à la justicia; lo qual visto por los contrarios, dexarõ la calle, y à espaldas bueltas se ausentaron. Ya en esto se auia leuantado el caido, porque las estocadas hallarõ vn peto, como de diamãte, en que toparon. Auiasele caido à don Iuan el sombrero en la refriega, y buscandole, hallò otro que se puso, à caso sin mirar si era el suyo, ò no. El caido se llegò à èl, y le dixo: Señor Cauallero, quien quiera que seais, yo cõfiesso que os deuo la vida que tengo, la qual con lo que valgo, y puedo, gastarè à vuestro seruicio; hazedme merced de dezirme quien sois, y vuestro nombre, para que yo sepa à quien tengo de mostrarme agradecido. A lo qual respondiò don Iuan: No quiero ser descortès, ya que soy desinteresado; por hazer señor lo que me pedis, y por daros gusto solamẽte, os digo, que soy vn Cauallero Español, y estudiãte, en esta ciudad, si el nombre os importara saberlo os le dixera; mas por si à caso os quisieredes seruir de mi en otra cosa, sabed que me llamo don Iuan de Gamboa. Mucha merced me aueis hecho, respondiò el caido; pero yo señor don Iuan de Gamboa, no quiero deziros quien soy, ni mi nombre, porque he degustar mucho de q̃ lo sepais de otro que de mi, y yo tendrè cuydado de que os hagã sabidor de ello. Auiale preguntado primero don Iuan, si estaua herido, porque le auia visto dar dos grandes estocadas, y auiale respondido que vn famoso peto que traìa puesto despues de Dios le

le auia defendido; pero que con todo esso sus enemigos le acabarian, si él no se hallara à su lado. En esto vieron venir àzia ellos vn bulto de gente, y D. Iuã dixo: Si estos son los enemigos, apercebios señor, y hazed como quien sois. A lo que yo pienso, dixo el caìdo, no son enemigos, sino amigos los que aqui vienen; y assi fue la verdad, porque los que llegaron, q̃ fueron ocho hombres, rodearon al caido, y hablaron con èl pocas palabras; pero tã calladas, y secretas, que don Iuan no las pudo oir. Bolviò luego el defendido à don Iuã, y dixole: A no auer venido estos amigos, en ninguna manera, señor don Iuan, os dexara, hasta que acabarades de ponerme en saluo; pero aora os suplico cõ todo encarecimiento, que os vayais, y me dexeis, que me importa. Hablando esto, se tentò la cabeça, y viò que estaua sin sombrero, y bolviendose à los que auian venido, pidiò que le diessen vn sombrero, que se le auia caìdo el suyo. Apenas lo huuo dicho, quando don Iuan se puso en la cabeça el q̃ auia hallado. Tentòle el caìdo, y bolviẽdose le a don Iuan, dixo: Este sombrero no es mio, por vida del señor don Iuan que se le lleue por trofeo desta refriega, y guardarle, que creo es conocido. Dieronle otro sombrero al defendido, y don Iuan por cumplir lo que le auia pedido, passãdo otros algunos, aunque breues comedimientos, le dexò sin saber quien era, y se vino à su casa, sin querer llegar à la puerta donde le auiã dado la criatura, por parecerle q̃ todo el barrio estaua despierto, y alborotado cõ la pẽdencia. Sucediò, pues, que bolviẽdose à su posada, en la mitad del camino, encontrò con don Antonio de Isunça, su camarada, y conociendole, dixo don Antonio: Bolved conmigo D. Iuã hasta aqui arriba, y en el camino os contarè vn estraño cuẽto que aora poco ha me ha sucedido, que no le aueis oìdo tal en toda vuestra vida. Como essos cuentos os podré contar yo, respondiò don Iuan; pero vamos dõde quereis, y cõtadme el vuestro. Guiò don Antonio, y dixo: Aueis de saber, que poco mas de vn hora, despues que salistes de casa, salì à buscaros, y no treinta passos de aqui, vi venir casi à encontrarme, vn bulto negro de persona, que venia muy aguijando: y llegãdose cerca conoci ser muger en el habito largo, la qual con voz interrumpida de sollozos, y suspiros, me dixo: Por ventura, señor, sois Estrangero, ò de la Ciudad? Estrangero soy, y Español, respõdi yo. Y ella dixo: Gracias al Cielo, que no quiere que muera sin Sacramentos. Venis herida, señora (replicuè yo) ò traeis algun mal de muerte? Podria

ser q̃ el q̃ traygo lo fuesse: si presto no se me dà remedio. Por la cortesia que siempre suele reinar en los de vuestra nacion, os suplico, señor Español, que me saqueis desta calle, y me leueis à vuestra posada, con la mayor priessa que pudieredes, q̃ allà si gustaredes dello, sabreis el mal q̃ lleuo, y quien soy, aunque sea à costa de mi credito. Oyendo lo qual, pareciendome que tenia necessidad de lo que pedia, sin replicarla mas la assi de la mano, y por las calles desviadas la lleuè à la posada, abriòme la puerta Antistenan el page, hizele que se retirasse, y sin que èl la viesse, la lleuè à mi estancia, y ella en entrando se arrojò encima de mi lecho desmayada. Llegùeme à ella, y descubrila el rostro, que con el manto traìa cubierto, y descubrì en èlla mayor belleza que humanos ojos han visto; sera à mi parecer de hasta diez y ocho años, antes menos q̃ mas. Quedè suspenso de ver tal estremo de belleza: acudì à echarle vn poco de agua en el rostro, cõ que bolviò en si, suspirando tiernamente; y lo primero que me dixo, fue: Conoceisme, señor? No, respondì yo, ni es bien que yo aya tenido ventura de auer conocido tanta belleza, y hermosura. Desdichada de aquella, respõdiò ella, à quien se la dà el cielo para mayor desgracia suya; pero señor, no es tiempo este para alabar hermosuras, sino de remediar desdichas: por quiẽ sois, que me dexeis aqui encerrada, y no permitais que ninguno me vea, y bolved luego al mismo lugar que me topastes, y mirad si riñe alguna gente, y no fauorezcais à ninguno de los q̃ riñen, sino poned paz: porq̃ qualquier daño de las partes ha de resultar en acrecẽtar el mio. Dexo la encerrada, y vẽgo à poner en paz esta pendencia. Teneis mas que dezir, dõ Antonio? (pregũtò don Iuan.) Pues no os parece que he dicho harto? (respondiò dõ Antonio) pues he dicho que tengo debaxo de llaue, y en mi aposento, la mayor belleza que humanos ojos han visto. El caso es estraño, sin duda dixo dõ Iuã; pero oid el mio, y luego le contò todo lo que le auia sucedido; y como la recièn nacida criatura, que le auian dado, estaua en casa en poder de su ama, y la orden q̃ le auia dexado de mudar las ricas mãtillas en pobres, y de lleuarle à donde le criassen, ò à lo menos socorriessen la presente necessidad. Y dixo mas que la pẽdencia que èl venia à buscar, ya era acabada, y puesta en paz, que èl se auia hallado en ella; y que à lo q̃ èl imaginaua, todos los de la pendencia deuiã de ser gente de prendas, y de grã valor. Quedaron entrãbos admirados del sucesso de cada vno, y cõ priessa se bolvierõ à la posada, por ver lo

lo que auia menester la encerrada. En el camino dixo don Antonio à don Iuã, que èl auia prometido à aquella señora, que no la dexaria ver de nadie, ni entraria en aquel aposento, sino èl solo, en tanto que ella no gustasse de otra cosa. No importa nada, respondiò don Iuan, que no faltarà orden para verla, que ya lo deseo en estremo, segun me la aueis alabado de hermosa. Llegaron en esto, y à la luz que sacò vno de tres pages que tenian, alçò los ojos don Antonio al sombrero que don Iuan traìa, y viòle resplandeciente de diamantes, quitòsele, y viò que las luzes salian de muchos que en vn cintillo riquissimo traìa. Miraronle, y remiraronle entrambos, y cõcluyeron, que si todos eran finos, como parecian, valia mas de doze mil ducados. Aqui acabaron de conocer ser gente principal la de la pendencia, especialmente el socorrido de don Iuan, de quien se acordò auerle dicho, que truxesse el sombrero, y le guardasse, porque era conocido. Mandaron retirar los pages, y don Antonio abriò su aposento, y hallò à la señora Cornelia sentada en la cama con la mano en la mexilla, derramando tiernas lagrimas. Don Iuan con el deseo que tenia de verla, se assomò à la puerta, tanto, quanto pudo entrar la cabeça, y al punto la lumbre de los diamantes diò en los ojos de la que lloraua, y alçandolos, dixo: Entrad, señor Duque, entrad para que me queraeis dar con tanta escaseza el bien de vuestra vista. À esto dixo don Antonio: Aqui, señora, no ay ningun Duque que se escuse de veros. Como no? replicò ella, el que alli se assomò aora, es el Duque de Ferrara, q̃ mal se puede encubrir la riqueza de su sombrero. En verdad señora, q̃ el sombrero que visteis, no le trae ningun Duque, y si quereis desengañaros con ver quien le trae, dadle licencia que entre. Entre norabuena, dixo ella, aunque si no fuesse el Duque, mis desdichas serian mayores. Todas estas razones auia oido don Iuã, y viendo que tenia licencia de entrar, cõ el sombrero en la mano, entrò en el aposento; y assi como se le puso delante, y ella conociò no ser quien dezia el del rico sombrero, con voz turbada, y lengua presurosa, dixo: Ay desdichada de mi! señor mio, dezidme luego, sin tenerme mas suspensa, conoceis el dueño de esse sombrero? donde le dexastes, ò como vino à vuestro poder, es viuo por ventura, ò son estas las nueuas que me embia de su muerte? Ay bien mio! que sucessos son estos? Aqui veo tus prendas, aqui me veo sin tu cerrada, y en poder (que à no saber que es de gentiles hombres Españoles) el temor de perder mi ho-

nestidad, me huuiera quitado la vida. Sossegaos, señora, dixo don Iuan, que ni el dueño deste sombrero es muerto, ni estais en parte donde se os ha de hazer agrauio alguno, sino seruiros cõ quãto las fuerças nuestras alcançaren, hasta poner las vidas por vos defenderos, y ampararos, que no es bien que os salga vana la fee que teneis de la bondad de los Españoles: y pues nosotros lo somos, y principales (que aqui vie bien esta que parece arrogancia) estad segura que se os guardarà el decoro que vuestra presencia merece. Assi lo creo yo, respondiò ella, pero con todo esso dezidme señor, como vino à vuestro poder este sombrero, y adonde està su dueño? q̃ por lo menos es Alfõso de Este, Duque de Ferrara. Entonces don Iuan por no tenerla mas suspẽsa, le cõtò como le auia hallado en vna pendencia, y en ella auia favorecido, y ayudado a vn Caballero, que por lo que ella decia, sin duda deuia de ser el Duque de Ferrara, y que en la pendencia auia perdido el sombrero, y hallado aquel, y que aquel Caballero le auia dicho que le guardasse, que era conocido; y que la refriega se auia concluido, sin quedar herido el Caualliero, ni èl tampoco: y que despues de acabada, auia llegado gente, que al parecer deuiã de ser criados, ò amigos del que èl pẽsaua ser el Duque, el qual le auia pedido, le dexasse, y se viniesse, mostrãdose muy agradecido al fauor q̃ yo le auia dado. Demanera, señora mia, que este rico sombrero vino à mi poder por la manera q̃ os he dicho: y su dueño, si es el Duque, como vos dezis no ha vna hora que le dexè bueno, y sano, y saluo, sea esta verdad parte para vuestro consuelo, si es que le tendreis cõ saber del buẽ estado del Duque. Para que sepais, señores, si tengo razon, y causa para preguntar por èl, estadme atentos, y escuchadla, no se si diga mi desdichada historia. Todo el tiempo en que esto passò, se entretuuo el ama en paladear al niño con miel, y en mudarle las mãtillas de ricas en pobres; ya que lo tuuo todo adereçado, quiso lleuarlo en casa de vna partera, como don Iuã se lo dexò ordenado; y al passar con ella por junto à la estancia donde estaua la que queria començar su historia, llorò la criatura de modo, que lo sintiò la señora, y leuantandose en pie, puso se atentamente à escuchar, y oyò mas distintamente el llãto de la criatura, y dixo: Señores mios, que criatura es aquella, que parece recièn nacida? Don Iuan respondiò: Es vn niño, q̃ esta noche nos han echado à la puerta de casa, y và el ama à buscar quien le dè de mamar. Traigãmele aqui por amor

de

de Dios, dixo la señora Cornelia, q̃ yo harè essa caridad a los hijos agenos, pues no quiere el cielo que la haga con los propios. Llamò don Iuan al ama, y tomòle el niño, entrògsele a la que le pedia, y pusosele en los braços, diziendo: Veis aqui señora, el presẽte que nos han hecho esta noche, y no hasido este el primero; que pocos meses se pasã, que nohallèmos a los quicios de nuestras puertas, semejãtes hallazgos. Tomòle ella en los braços, y miròle atentamente assi el rostro, como los pobres, aunque limpios paños en que venia embuelto, y luego sin poder tener las lagrimas, se echò la toca de la cabeça encima de los pechos, para poderdar cõ honestidad de manera la criatura, aplicandola a ellos, junto su rostro con el suyo, y con la leche le sustentaua, y con las lagrimas le bañaua el rostro, y desta manera estuuo sin leuãtar el suyo, tanto espacio, quãto el niño no quiso dexar el pecho. En este espacio guardauan todos quatro silencio: el niño mamaua; pero no era assi, porque las recien paridas no pueden dar el pecho; y assi cayendo en la cuenta la que se lo daua, se boluio a don Iuan, diziendo: En valdeme he mostrado caritatiua, bien perezco nueua en estas cosas; hazed señor, que a este niño le paladeen con vn poco de miel, y no consintais que a estas horas le lleuẽ por las calles; dexad llegar el dia, y antes que le lleuẽ, bueluãmele a traer, q̃ me cõsuelo en verle. Boluio don Iuan el niño a la ama, y ordenò le le entretuuiesse hasta el dia, y q̃ le pusiesse las ricas mãtillas cõ que le auia traido, y q̃ no le lleuasse, sin primero dezirselo. Y boluiendo a entrar, y estando los tres solos, la hermosa dixo: Si quereis que hable, dadme primero algo que coma, queme desmayo, y tengo bastante ocasion para ello. Acudio prestamẽte don Antonio a vn escritorio, y sacò dellmuchas cõseruas, y de algunas comio la desmayada, y beuiò vn vidrio de agua fria, cõ que boluiò en sy, y algo sossegada, dixo: Sẽtaos señores, y escuchadme. Hizieronlo assi, y ella recogiendose encima del lecho, y abriendose bien con las faldas del vestido, dexò descolgar por las espaldas vn velo que en la cabeça traia, dexando el rostro essento, y descubierto, mostrãdo en èl el mismo de la Luna, ò por mejor dezir, del mismo Sol, quando mas hermoso, y mas claro se muestra: llouiãle liquidas perlas delos ojos, y limpiaualas con vn lienço blanquissimo, y cõ vnas mangas tales, que entre ellas, y el lienço fuera de buen juizio el que supiera diferenciar la blãcura. Finalmente, despues de auer dado muchos suspiros, y de auer pro-

curado sossegar algun tanto el pecho, con voz algo doliente, y turbada, dixo: Yo señores, soy aquella, que muchas vezes sin duda alguna avreis oido nombrar por aì: porque la fama de mi belleza, tal qual ella es, por las lẽguas ay q̃ no la publiquen. Soy en efeto Cornelia Bentibolli, hermana de Lorenço Bentibolli, que con deziros esto, quiza avrè dicho dos verdades: la vna de minobleza, la otra de mi hermosura. De pequeña edad quedè huerfana de padre, y madre, en poder de mi hermano, el qual desdeñia puso enmi guarda el recato mismo: puesto que mas confiaua de mi honrada cõdicion, que de la solicitud q̃ ponia en guardarme. Finalmente, entre paredes, y entre soledades, acompañada no mas q̃ de mis criadas, fui creciendo, y juntamente conmigo crecia la fama de mi gẽtileza, sacada en publico de los criados, y de aquellos que en secreto me tratauã y de vn retrato que mi hermano mãdo hazer a vn famoso pintor, para que (como èl dezia) no quedasse sin mi el mundo, ya que el cielo à mejor vida me lleuasse; pero todo esto fue poca parte, para apresurar mi perdiciõ, sino sucediera venir el Duque de Ferrara à ser padrino de vnas bodas de vna prima mia, dõde me lleuò mi hermano cõ sana intẽcion, y por honra de mi parienta, alli mirè, y fui vista; alli, segũ creo, rendi coraçones, auassallè voluntades; alli sentì que dauã gusto las alabanças, aũque fuessen dadas por lisongeras lẽguas; alli finalmẽte vì al Duque, y èl me vio a mi, de cuya vista ha resultado verme aora como me veo. No quiero dezir, señores, porque seria proceder en infinito los terminos, las traças, y los modos por dõde el Duque, y yo venimos à cõseguir, al cabo de dos años, los deseos que en aquellas bodas nacieron. porque, ni guardas, ni recatos, ni honrosas amonestaciones, ni otra humana diligẽcia fue bastante para estoruar el juntarnos, que en fin huuo de ser debaxo de la palabra que èl me diò de ser mi esposo, porq̃ sin ella fuera impossible rendir la roca de la valerosa, y honrada presuncion mia. Mil vezes le dixe, que publicamente me pidiesse à mi hermano, pues no era posible que me negasse, que no auia que dar disculpa al vulgo, de la culpa q̃ le pondrian de la desigualdad de nuestro casamiẽto, pues no desmẽtia en nada la nobleza del linage Bentibolli, a la suya Estense. A esto me respondio cõ escusas, que yo las tuue por bastãtes, y necessarias: y confiada como rẽdida, creì como enamorada, y entregueme de toda mi voluntad à la suya, por intercesion de vna criada mia, mas blãda à las da-

dadiuas, y promesas del Duque, que lo que deuia à la confiança que de su fidelidad mi hermano hazia En resolucion al cabo de pocos dias me senti preñada; y antes que mis vestidos manifestassẽ mis libertades (por no dar les otro nombre) me fingi enferma, y melancolica, y hize con mi hermano me truxesse en casa de aquella mi prima, de quiẽ auia sido padrino el Duque. Alli le hize saber el termino en que estaua, y el peligro que me amenazaua, y la poca seguridad que tenia de mi vida, por tener barrũtos de que mi hermano sospechaua mi desemboltura; que dò de acuerdo entre las dos, que en entrãdo en el mes mayor, se lo auisasse, q̃ èl vendria por mi con otros amigos suyos, y me lleuaria à Ferrara, dõde en la sazon que esperaua, se casaria publicamẽte conmigo. Estanoche en que estàmos fue la del concierto de su venida, y esta misma noche, estandole esperãdo, senti passar à mi hermano, cõ otros muchos hõbres, al parecer, armados, segun les cruxiã las armas, de cuyo sobresalto, de improuiso me sobreuino el parto, y en vn instante parì vn hermoso niño. Aquella criada mia, sabidora, y medianera de mis hechos, q̃ èstaua ya preuenida para el caso, embolui ò la criatura en otros paños, que no los que tiene la q̃ à vuestra puerta echaron, y saliendo à la puerta de la calle, la diò (à lo que ella dixo) a vn criado del Duque. Yo desde alli à vn poco, acomodandome lo mejor que pude (segun la presẽte necessidad) salì de casa, creyendo que estaua en la calle el Duque, y no lo deuiera hazer, hasta que èl llegara à la puerta: mas el mucho miedo q̃ me auia puesto la quadrilla armada de mi hermano, creyendo ya esgrimia su espada sobre mi cuello, no me dexò hazer otro mejor discurso; y assi desatentada, y loca salì donde me sucediò lo que aueis visto. Y aũque me veo sin hijo, y sin esposo, ycõ temores de peores successos, doy gracias al cielo, q̃ me ha traìdo à vuestro poder, de quiẽ me prometo todo aquello que de la cortesia Española puedo prometerme, y mas de la vuestra, que la sabeis realçar, por ser tã nobles como parteis. Diziendo esto, se dexò caer del todo encima del lecho, y acudiẽdo los dos àver si se desmayaua, vieron que no, sino que amargamente lloraua, y dixole don Iuã: Si hasta aqui, hermosa señora, yo, y don Antonio mi camarada, os teniamos compassion, y lastima, por ser muger, ahora que sabemos vuestra calidad, la lastima, y compassion passa à ser obligacion precisa de seruiros; cobrad animo, y no desmayeis: y aunque no acostumbrada à semejantes casos, tanto mas

mas mostrareis quiẽ sois, quanto con mas paciẽcia supiertedes remediarlos; creed señora, que imagino q̃ estos tan estraños successos, han de tener vn felice fin, que no han de permitir los cielos, que tanta belleza se goze mal, y tan honestos pensamientos se mal logren. Acostaos señora, y curad de vuestra persona, que lo aueis menester, que aqui entrarà vna criada nuestra que os sirua, de quien podeis hazer la misma confiança, que de nuestras personas, tambiẽ sabrà tener en silẽcio vuestras desgracias, como acudir a vuestras necessidades. Tal es la que tengo que a cosas mas dificultosas me obliga, respondiò ella, entre quien vos quisieredes, que encaminada por vuestra parte, no puedo dexar de tenerla muy buena en lo q̃ menester huviere. Pero con todo esso os suplico, que no me vean mas que vuestra criada. Assi serà, respondiò don Antonio, y dexandola alli se salieron, y don Iuan dixo al ama, que entrasse dentro, y acompañasse la criatura cõ los ricos pañnos, si se los auia puesto; el ama dixo que si, y que ya estaua de la misma manera q̃ èl la auia traìdo. Entrò el ama, advertida de lo q̃ auia de responder à lo q̃ à cerca de aquella criatura, la señora q̃ hallaria alli dentro, le pregũtasse. En viendola Cornelia, le dixo: Vengais en buen hora, amiga mia, dadmẽ essa criatura, y llegadme aqui essa vela. Hizolo assi el ama, y tomando Cornelia el niño en sus braços, se turbò toda, y le mirò ahincadamente, y dixo al ama: Dezidme, señora, este niño, y el que me truxistes, ù me truxeron poco ha, es todo vno? Si señora, respondiò el ama. Pues como trae tan trocadas las mãtillas? replicò Cornelia, en verdad amiga, que me parece, ò que estas son otras mantillas, ò que esta no es la misma criatura. Todo podia ser, respondiò el ama. Pecadora de mi, dixo Cornelia, como todo podia ser? Como es esso ama mia, que el coraçon me rebiẽta en el pecho, hasta saber este trueco, dezidmelo amiga por todo aquello que bien quereis, digo que me digais de donde aueis auido estas tan ricas mantillas, porque os hago saber que son mias si la vista no me miente, ò la memoria no se acuerda, con estas mismas, ò otras semejãtes entreguè yo a mi donzella la prenda querida de mi alma: quien se las quitò, ay desdichada, y sin ventura, y quien las truxo aqui. D. Iuan, y D. Antonio, q̃ todas estas quexas escuchauan, no quisieron q̃ mas à delãte passasse en ellas, ni permitierõ que el engaño de las trocadas mantillas mas la tuuiesse en pena, y assi entraron; y D. Iuan le dixo: Estas mantillas, y este niño son

cosa vuestra, señora Cornelia, y luego le contò punto por pũto, como èl auia sido la persona a quien su donzella auia dado el niño, y como se auia traido aca sa con la orden que auia dado al ama, de el trueco de las mantillas, y la ocasion porque lo auia hecho: aunque despues que la contò su partò, siẽpre tuuo por cierto que aquel era su hijo, y que sino se lo auia dicho, auia sido porque tras el sobresalto del estar en duda de conocerse, sobreuiniesse la alegria de auerle conocido. Allifueron infinitas las lagrimas de alegria de Cornelia, infinitos los besos que diò a su hijo, infinitas las lagrimas que rindiò a sus fauorecedores, llamãdolos Angeles humanos de su guarda, y otros titulos, que de su agradecimiento dauan notoria muestra. Dexarõla con el ama, encomendandola mirasse por ella, y la siruiesse quanto, fuesse posible, aduirtiẽdola en el termino en que estaua, para que acudiesse a su remedio, pues ella por ser muger sabia de aquel menester mas que ellos. Con esto se fueron a reposar lo que faltaua dela noche; vino el dia, y el ama truxo quien secretamẽte, y a escuras diesse de mamar al niño, y ellos preguntaron por Cornelia, dixo el ama, que reposaua vn poco. Fueron a las Escuelas, y passaron por la calle de la pendencia, y por la casa de dõ de auia salido Cornelia, por ver si era ya publica su falta, o si hazian corrillos della, pero en ningun modo sintieron, ni oyeron cosa, ni de la riña, ni de la ausencia de Cornelia. Cõ esto, oydas sus liciones, se boluieron a su posada. Llamòlos Cornelia con el ama, a quien respondieron, que tenian determinado no poner los pies en su aposẽto, para que con mas decoro se guardasse el que a su honestidad se deuia; pero ella replicò, que entrassen a verla, que aquel era el decoro mas conueniente, si no para su remedio, a lo menos para su cõsuelo. Hizieronlo assi, y ella los recibiò con rostro alegre, y con mucha cortesia. Pidiòles le hiziessen merced de salir por la ciudad, y ver si oiã algunas nueuas de su atreuimiento. Respondieronle, que ya estaua hecha aquella diligencia con toda curiosidad; pero que no se dezia nada. En estollegò vnpage, de tres que teniã, y desde fuera dixo: A la puerta està vn Caualler con dos criados, que dize se llama Lorenço Bertibolli, y busca a mi señor don Iuan de Gamboa. A este recado cerrò Cornelia ambos puños, y se los puso en la boca, y por entre ellos saliò la vozbaxa, y temerosa, y dixo: Mi hermano, señores, mi hermano es este; sin duda deue de auer sabido q̃ estoy aqui, y viene a quitarme la vida, socorro señores, y

lãparo. Sossegaos, señora, dixo Don Antonio, q̃ en parte estais, y en poder de quien no os dexarà hazer el menor agrauio del mundo. Acudid vos, señor dõIuã; y mirad lo que quiere este Caualler, y yo me quedarè aqui a defender, si menester fuere, à Cornelia. Don Iuan sin mudar semblãte, baxò à baxo, y dõ Antonio hizo traer dos pistoletes armados, y mandò à los pages, que tomassen sus espadas, y estuviessen apercibidos. El ama viendo aquellas preuenciones, deblaua. Cornelia temerosa de algun mal sucesso temia, solos dõ Antonio, y dõ Iuan estauã en pie, y muy bien puestos en lo que auian de hazer. En la puerta de la calle, hallò dõIuan à dõ Lorẽço, el qual viendo à don Iuan, le dixo: Suplico à V. Señoria, que esta es la merced de Italia, me haga merced de venirse cõmigo, que tengo vn negocio q̃ comunicar con V.S. en que me va la vida, y la honra. De buena gana, respondiò dõ Iuan, vamos señor, dõde quisieredes. Dicho esto, mano à mano se fuerõ à la iglesia, y sentandose en vn escaño, y en parte donde no pudiessen ser oydos, Lorẽço hablò primero, y dixo: Yo señor Español soy Lorenço Bentibolli, si no de los mas ricos, de los mas principales desta ciudad, ser esta verdad tan notoria, seruirà de disculpa de alabarme yo propio, quedè huerfano algunos años ha, y en mi poder vna mi hermana, tan hermosa, que à no tocarme tanto, quizà os la alabara de manera, que me faltaran encarecimientos, por no poderningunos coresponder del todo à su belleza. Ser yo honrado, y ella muchacha, y hermosa, me hazia andar solicito enguardarla, pero todas mis preuenciones, y diligencias, las ha defraudado la voluntad arrojada de mi hermana Cornelia, q̃ este es su nombre. Finalmẽte, por no cansaros este que pudiera ser cuento largo, digo que el Duque de Ferrara Alfonso de Este, con ojos de lince vencio a los de Argos, derribò, y triunfò de industria, vẽciẽdo a mi hermana, y anoche me la lleuò, y sacò de casa de vna parienta nuestra, y aun dizen que reciẽ parida. Anoche lo supe, y anoche le sali à buscar, y creo q̃ le halle, y acuchillè; pero fue socorrido de algun Angel, que no consintio q̃ su sangre sacasse la mancha de mi agrauio. Hame dicho mi parienta, que es la q̃ todo esto me ha dicho, q̃ el Duque engañò a mi hermana, debaxo de palabra de recibirla por muger; esto yo no lo creo, por ser desigual el matrimonio, en quãto à los bienes de fortuna, q̃ quanto à los de naturaleza, el mundo sabe la calidad de los Bentibollis de Bolonia. Lo que creo es, que èl se atuuo a lo que

se atienen los poderosos, que quiere atropellar vna donzella temerosa, y recatada, poniendole a la vista el dulce nombre de esposo, haziendola creer, que por ciertos respetos no se despo saua luego: mentiras aparétes de verdades, pero falsas, y mal intencionadas. Pero sea lo que fuere, yo me veo sin hermana, y sin honra, puesto que todo esto hasta aora, por mi parte lo tengo puesto debaxo de la llaue del silencio, y no he querido cõtar à nadie este agrauio, hasta ver si le puedo remediar, y satisfacer en alguna manera; que las infamias mejores q̃ se presumã, y sospechen, que no que se sepan de cierto, y distintamente; q̃ entre el si, y el no dela duda, cada vno puede inclinarse a la parte que mas quisiere, y cadavna tendrà sus valedores. Finalmente, yo tengo determinado de ir a Ferrara, y pedir al mismo Duque la satisfacion de mi ofensa: y si la negare; desafiarle sobre el caso, y esto no ha de ser con esquadrones de gẽte, pues no los puedo, ni formar, ni sustentar, sino de persona à persona, para lo qual querria el ayuda de la vuestra, y que me acompañasedes en este camino, confiado en que lo hareis por ser Español, y Caualle ro, como ya estoy informado, y por no dar cuenta à ningun pariente, ni amigo mio, de quien no espero sino consejos, y disuasiones, y de vos puedo esperar los que sean buenos, y honrosos, aunque rompan por qualquier peligro. Vos señor, me aueis de hazer merced de venir conmigo, que lleuando vn Español à mi lado, y tal como vos, me parece harè cuenta que lleuo en mi guarda dos exercitos de Xerxes. Mucho os pido pero à mas obliga la deuda de respõder a lo que la fama de vuestra nacion pregona. No mas, señor Lorenço, dixo a esta sazon don Iuan (que hasta alli, sin interrumpirle palabras le auia estado escuchãdo) no mas, que desde aqui me cõstituyo por vuestro defensor, y consejero, y como a mi cargo la satisficion, ò vengança de vuestro agrauio; y esto no solo por ser Español, sino por ser Caualiero, y ser lo vos tã principal como aueis dicho, y como yo sè, y todo el mundo sabe. Mirad quando quereis que sea nuestra partida, y seria mejor q̃ fuesse luego: porq̃ el hierro se ha de labrar mientras estuuiere encendido, y el ardor dela colera acrecienta el ánimo, y la injuria reciente, despierta la vengança. Leuantòse Lorenço, y abraçò apretadamente a Don Iuan, y dixo: A tan generoso pecho como el vuestro, señor don Iuan, no es menester mouerle, con ponerle otro interes delante, que el de la honra que ha de ganar en este hecho, la qual

qual desde aqui os la doy, si salimos felicemente deste caso, y por añadidura os ofrezco quanto tengo, puedo, y valgo: la ida quiero que sea mañana, porque oy pueda preuenir lo necessario para ella. Bien me parece, dixo D. Iuan, y dadme licencia, señor Lorenço, que yo pueda dar cuenta deste hecho à vn Caualiero camarada mia, de cuyo valor, y silencio os podeis prometer, harto mas q̃ del mio. Pues vos señor D. Iuan, segun dezis, aueis tomado mi honra à vuestro cargo, disponed della como quisieredes, y dezid della lo que quisieredes, y à quien quisieredes, quanto mas que camarada vuestra, quien puede ser, q̃ muy bueno no sea? Con esto se abraçaron, y despidieron, quedando que otro dia por la mañana le embiaria à llamar, para q̃ fuera de la ciudad se pusiessen a caualio, y siguiessen disfraçados su jornadar. Boluio D. Iuan, y dio cuenta a D. Antonio, y à Cornelia de lo que cõ Lorenço auia passado, y el concierto que que daua hecho. Valame Dios! dixo Cornelia, grande es señor vuestra cortesia, y grande vuestra confiança; como, y tã presto os aueis arrojado à empreder vna hazaña tan llena de inconuenientes? Y que sabeis vos señor, si os lleua mi hermano a Ferrara ò à otra parte. Pero donde quiera que os llenare, bien podeis hazer cuenta que vã con vos fidelidad misma, aũque yo como desdichada, en los atamos del Sol tropieço, de qualquier sombra temo, y no quereis que tema, si està puesta en la respuesta del Duque mi vida, ò mi muerte? y que sè yo si responderà tan atentadamente, que mi herma no se contẽga en los limites de su discrecion; y quãndo assi no salga, pareceos. que tiene flaco enemigo? y no os parece que los dias que tardaredes, he de quedar colgada, temerosa, y suspensa, esperando las dulces, ò amargas nueuas del successo? Quiero yo tã poco al Duque, ò a mi hermano, que de qualquiera de los dos no tema las desgracias, y las sienta en el alma? Mucho discurris, y mucho temeis señora Cornelia, dixo don Iuã; pero dad lugar entre tantos miedos a la esperança, y fiad en Dios, y en mi industria, y buẽ deseo que aueis de ver con toda felicidad cumplido el vuestro; la ida de Ferrara no se escusa, ni el dexar de ayudar yo à vuestro hermano, tampoco. Hasta agora no sabemos la intencion del Duque, ni tampoco si èl sabe vuestra falta, y todo esto se ha de saber de su boca, y nadie se lo podrà preguntar como yo. Y entended, señora Cornelia, que la salud, y contento de vuestro hermano, y el del Duque lleuo puesto en las niñas de mis ojos;

yo mirarè por ellos, como por ellas. Si assi os dà el Cielo, señor D. Iuan, le respondiò Cornelia, poder para remediar, como gracia para consolar, en medio destos mis trabajos, me cuẽto por bien afortunada, y ya querria veros ir, y bolver, por mas que el temor me aflija en vuestra ausẽcia, ò la esperança me suspẽda. Don Antonio aprobò la determinacion de D. Iuan, y le alabò la buena correspondencia q̃ en èl auia hallado la cõfiãça de Lorenço Bẽtiboli. Dixole mas, que él queria ir à acõpañarlos, por lo que podia suceder. Esso no, dixo D. Iuan, assi, porque no serà bien, que la señora Cornelia quede sola, como porque no piense el señor Lorenço, que me quiero valer de esfuerços agenos. El mio, es el vuestro mismo, replicò D. Antonio: y assi, aunque sea desconocido, desde lexos os tengo de seguir, que la señora Cornelia, sè que gustarà dello, y no quedarà tan sola, q̃ le falte quien la sirua. A lo qual Cornelia, dixo: Gran consuelo serà para mi, señores, si sè que vais juntos, ò à lo menos de modo que os fauorezcais el vno al otro, si el caso lo pidiere: y pues al q̃ vais, à mi se me semeja ser de peligro, hazedme merced, señores, de lleuar estas reliquias cõ vosotros: y diziẽdo esto, sacò de el seno vna Cruz de diamantes de mucho valor, y vn Agnus de oro, tan rico como la Cruz. Miraron los dos las ricas joyas, y apreciaronlas aun mas que lo q̃ auian apreciado el cintillo; pero bolvieronselas, diziẽdo: q̃ ellos lleuauan reliquias consigo, sino tan bien adornadas, à lo menos en su calidad tan buenas. Pesòle à Cornelia el no acetarlas; pero al fin, huvo de èstar à lo q̃ ellos querian. El ama, tenia gran cuydado de regalar à Cornelia; y sabiẽdo la partida de sus amos, de que le dieron cuenta, pero no à lo que iban, ni adonde iban, se encargò de mirar por la señora (cuyo nombre, aun no sabia) de manera, que sus mercedes no hiziessen falta. Otro dia, bien de mañana, ya estaua Lorenço à la puerta, y D. Iuan de camino cõ el sombrero del cintillo, à quiẽ adornò de plumas negras, y amarillas, y cubriò el cintillo cõ vna toquilla negra. Despidieronse de Cornelia, la qual imaginando que tenia à su hermano tan cerca, estaua tan temerosa, que no acertò à dezir palabra à los dos q̃ della se despidieron. Saliò primero D. Iuan, y con Lorenço, se fue fuera de la Ciudad, y en vna huerta, algo desbiada, hallaron dos muy buenos cauallos, cõ dos moços, q̃ del diestro los tenian. Subieron en ellos, y los moços delante por sendas, y caminos desbiados, caminaron à Ferrara. D. Antonio sobre vn quartago suyo, y otro vestido dissimulado los

los seguia; pero parecìòle que se recatauan dèl, especialmente Lorenço, y assi acordò de seguir el camino derecho de Ferrara, con seguridad que allì los encõtraria. Apenas huuieron salido de la ciudad, quando Cornelia dio cuenta al ama de todos sus sucessos, y de como aquel niño era suyo, y del Duque de Ferrara; cõ todos los puntos que hasta aqui se han contado, tocãtes a su historia: no encubriendole como el viage que lleuauan sus señores era a Ferrara, acompañando a su hermano, que iba a desafiar al Duque Alfonso. Oyẽdo lo qual el ama, como si el demonio se lo mãdara, para intrincar, estoruar, ò dilatar el remedio de Cornelia, dixo: Ay señora de mi alma! y todas essas cosas han passado por vos, y os estais aqui descuydada, y a pierna tendida? ò no teneis alma, ò teneis la tan desalmada que no siente; como, y per sais vos por ventura, que vuestro hermano và à Ferrara? no lo penseis, sino pensad, y creed, que han querido lleuar a mis amos de aqui, y ausentarlos desta casa, para boluer a ella, y quitaros la vida, que lo podrà hazer como quiẽ beue vn jarro de agua. Mirad debaxo de què guarda, y amparo quedamos, sino en la de tres pages, que harto tienen ellos q̃ hazer en rascarse la sarna de que estàn llenos, que en meterse en dibuxos, a lo menos de mi sè dezir, quero tendrè animo para esperar el sucesso, y ruina q̃ à esta casa amenaza. El señor Lorenço, Italiano, y q̃ se fie de Españoles, y les pida fauor, y ayuda, para mi, ojo, si tal crea (y dixose esta misma vna higa.) Si vos hija mia, quisiessedes tomar mi consejo, yo os le daria tal, que os lucisse. Pasmada, atonita, y confusa estaua Cornelia, oyendo las razones del ama, que las dezia con tanto ahinco, con tantas muestras de temor, q̃ le pareciò ser todo verdad lo que le dezia, y quizà estauan muertos D. Iuan y D. Antonio, y que su hermano entraua en aquellas puertas y la cosia à puñaladas, y assi le dixo: Y que cõsejo me dariades vos amiga, que fuesse saludable, y que preuiniesse la sobrestante desvẽtura? Y como que le darè, tal, y tan bueno, que no pueda mejorarse, dixo el ama. Yo señora, he seruido à vn Piouano, à vn Cura, digo de vn aldea, que està dos millas de Ferrara, es vna persona santa, y buena, y que harà por mi todo lo que yo le pidiere, porque me tiene obligacion mas què de amo: vamonos allà, que yo buscarè quien nos lleue luego, y la que viene à dar de mamar al niño, es muger pobre, y se irà con nosotras al cabo del mundo; y ya señora, que presupõgamos que has de ser hallada, mejor serà que te hallen en

casa de vn Sacerdote de Missa, viejo, y honrado, que en poder de dos estudiantes moços, y Españoles, que los tales (como yo soy buen testigo) no desechã ripio: y aora señora, ¿como estàs mala, te han guardado respeto; pero si sanas, ycõvaleces en esta casa, y en su poder, Dios lo podrà remediar. Porque en verdad q̃ si à mi no me huvieran guardado mis repulsas, desdenes, y entrerezas, ya huvieran dado conmigo, y con mi honra al traste, porque nò es todo oro lo que en ellos reluze, vno dizen, y otro piensan; pero hanlo auido conmigo, que soy de los Cribelos de Milan, y tẽgo el punto de la hõra, y diez millas mas allà de las nubes, y en esto se podrà echar de ver, señora mia, las calamidades que por mi hã passado, pues con ser quiẽ soy, he venido à ser mas fara de Españoles, à quien ellos llaman ama: aunque a la verdad, no tẽgo de que quexarme de mis amos, porque son vnos benditos, como no estèn enojados, y en esto parecen Vizcaynos, como ellos dizẽ que lo son. Pero quizà para contigo serán Gallegos, que es otra nació, segun es fama, algo menos puntual, y mirada que la Vizcayna. En efecto tãtas, y tales razones le dixo, q̃ la pobre Cornelia se dispuso à seguir su parecer; y assi en menos de quatro horas, disponiendo el ama, y consintiendolo ella, se metieron dentro de vna carroça à las dos, y la ama del niño, y sin ser sentidas de los pages, se pusieron en camino para la aldea del Cura, y todo esto se hizo à persuasion del ama, y con sus dineros, porque auia poco q̃ la auian pagado sus señores vn año de sueldo, y assi no fue menester empeñar vna joya que la señora Cornelia le daua. Y como auian oìdo dezir à D. Iuan, que èl, y su hermano no auiã de seguir el camino derecho de Ferrara, sino por sendas apartadas quisierõ ellas seguir el derecho, y poco à poco, por no encontrarse con ellos, y el dueño de la carroça se acomodò al passo de la voluntad della, porque le pagaron al gusto de la suya. Dexemoslas ir, que ellas van tan atreuidas, como biẽ encaminadas; y sepamos que les sucediò à Don Iuan de Gamboa, y al señor Lorenço Bentibolli, de los quales se dize, que en el camino supieron que el Duque no estaua en Ferrara, sino en Bolonia, y assi dexando el rodeo que lleuauan, se vinieron al camino Real, ò a la estrada maestra, como allà se dize, considerando que aquella auia de traer el Duque, quando de Bolonia bolviesse. Y a poco espacio que en ella auian entrado, auiendo tenido la vista àzia Bolonia, por verse si por èl alguno venia, vieron vn tropel de gente de à cauallo, y entonces dixo D.

D. Iuàn à Lorenço, que se desviasse del camino: porque si à caso entre aquella gẽte viniesse el Duq̃, le queria hablar alli, antes que se encerrasse en Ferrara, que estaua poco distante. Hizolo assi Lorenço, y aprouò el parecer de D. Iuan. Assi como se apartò Lorenço, quito Don Iuan la toquilla que encubria el rico cintillo, y esto no sin falta de discreto discurso, como èl del pues lo dixo. En esto llegò la tropa de los caminantes, y entre ellos venia vna muger sobre vna pia, vestida de camino, y el rostro cubierto cõ vna mascarilla, ò por mejor encubrirse, ò por guardarse de el Sol, y del ayre. Parò el cauallo D. Iuan en medio del camino, y estuvo con el rostro descubierto, à que llegassen los caminantes; y en llegando cerca, el talle, el brio, el poderoso cauallo, y bizarria del vestido, y las luzes de los diamãtes, llegaron tras si los ojos de quantos alli venian, especialmẽte, los del Duque de Ferrara, q̃ era vno dellos, el qual como puso los ojos en el cintillo, luego le diò à entender, que el que le traìa, era D. Iuan de Gamboa, el que le auia librado en la pendencia, y tan deueras aprehẽdiò esta verdad, que sin hazer otro discurso, arremetiò su cauallo àzia D. Iuan, diziendo: No creo q̃ me engañarè en nada, señor Cauallero, si os llamo D. Iuan de Gamboa, que vuestra gallarda disposicion, y el adorno de esse cauallo me lo estàn diziendo. Assi es la verdad, respondiò D. Iuan, porque jamàs supe, ni quise encubrir mi nombre; pero dezidme, señor, quien sois, porque yò no caya en alguna descortesia. Esso serà imposible, respondiò el Duque, que para mi tengo, que no podeis ser descortès en ningũ caso; con todo esso os digo, señor D. Iuan, que yo soy el Duque de Ferrara, y el que està obligado à seruiros todos los dias de tu vida, pues no ha quatro noches que vos se la distes. No acabò de dezir esto el Duque, quando D. Iuan con estraña ligereza, saltò del cauallo, y acudiò à besar los pies del Duque, pero por presto que llegòs ya el Duque estaua fuera de la silla, de modo q̃ se acabò de apear en braços de D. Iuan. El señor Lorenço, que desde algo lexos miraua estas ceremonias, no pẽsando que lo eran de cortesia, sino de colera, arremetiò su cauallo; pero en la mitad del repelon, le detuvo, porque viò abraçados muy estrechamẽte al Duque, y à Don Iuan (que ya auia conocido al Duque.) El Duque por encima de los ombros de D. Iuan, mirò à Lorenço, y conociòle, de cuyo conocimiento algun tanto se sobresaltò; y assi como estaua abraçado, pregũtò à D. Iuan, si Lorenço Bentibolli,

lli, que alli estaua, venia con èl, ò no? A lo qual don Iuan respondiò: Aparte monos algo de aqui y contarele à V. Excelencia grãdes cosas. Hizo lo assi el Duque, y don Iuan le dixo: Señor, Lorenço Bẽtibolli, el que alli veis tiene vna quexa de vos, no pequeña: dize, que avrà quatro noches que le sacastes à su hermana, la señora Cornelia, de casa de vna prima suya, y que la aueis engañado, y deshonrado, y quiere saber de vos, que satisfacion le pensais hazer, para que èl vea lo que le conuiene. Pidiome, que fuesse su valedor, mediannero, y yo se lo ofrecì, porque por los barruntos que èl me dio de la pendencia, conocì que vos señor, erades el dueño deste cintillo, que por liberalidad, y cortesia vuestra quisistes que fuesse mio; y viendo que ninguno podia hazer vuestras partes mejor que yo, como ya he dicho, le ofrecì mi ayuda. Querria yo ora, señor, me dixessedes lo q̃ sabeis acerca deste caso, y si es verdad lo que Lorẽço dize. Ay tamigo, respondio el Duque, es tãta verdad, que no me atreueria a negaria, aunque quisiesse: yo no he engañado, ni sacado a Cornelia, aunque sè que falta de la casa q̃ dize; no la he engañado, porque la tengo por mi esposa; no la he sacado, porque no sè della; si publicamente no celebrè mis desposorios, fue, porque aguardaua que mi padre (que està ya en lo vltimo) passasse desta a mejor vida, que tiene deseo que sea mi esposa la señora Liuia, hija del Duque de Mantua, y por otros inconuenientes, quizà mas eficazes q̃ los dichos. Lo que passa es, que la noche que me socorristes, la auia de traer à Ferrara, porque estaua ya en el mes de dar a luz la prenda que ordenò el cielo q̃ en ella depositasse, o ya fuesse por la riña, ò ya por mi descuido, quando llegue a su casa, hallè que salia della la secretaria de nuestros cõciertos. Preguntèle por Cornella, dixome que ya auia salido, y que aquella noche auia parido vn niño muy bello, y que se le auia dado a vn Fabio mi criado. La donzella es aquella que alli viene, el Fabio està aqui, y el niño, ni Cornelia no parecen. Yo he estado estos dos dias en Bolonia, esperando, y escudriñando oir algunas nueuas de Cornelia; pero no he sentido nada: de modo señor, dixo D. Iuan, quando Cornelia, y vuestro hijo pereciessen, no negareis ser vuestra esposa, y el vuestro hijo? No por cierto, por q̃ aunq̃ me precio de Caualliero, mas me precio de Christiano, y mas que Cornelia es tal, que merece ser señora de vn Reyno: pareciesse ella, y viua, y muera mi padre, que el mundo sabrà que si supe ser amente, supe la fee que di en secreto guardarla en publico. Luego bien direis, dixo D. Iuan, lo que à mi me aueis dicho, à vuestro hermano, el señor Lorenço? Antes me pesa, respondiò el Duque de que tarde tanto en saberlo. Al instante hizo D. Iuan señas à Lorenço, que se apeasse, y viniesse donde ellos estauã, como lo hizo, bien ageno de pẽsar la buena nueua que le esperaua. Adelantose el Duque à recibirle cõ los braços abiertos, y la primera palabra que le dixo, fue llamarle hermano. Apenas supo Lorenço responder à salutacion tan amorosa, ni à tan cortès recibimiento: y estando assi suspenso, antes que hablasse palabra, D. Iuan, dixo: El Duque, señor Lorẽço, confiessa la conversacion secreta que ha tenido con vuestra hermana; confiessa assimismo, que es su legitima esposa, y que como lo dize aqui, lo dirà publicamente, quando se ofreciere. Concede assimismo, q̃ fue quatro noches ha à sacarla de casa de su prima, para traerla à Ferrara, y aguardar coyuntura de celebrar las bodas, que las ha dilatado por justissimas causas q̃ me ha dicho. Dize assimismo, la pendencia que con vos tuvo, y que quando fue por Cornelia, encontrò con Sulpicia su dõze lla, q̃ es aquella mũger que alli viene, de quien supo que Cornelia, no auia vna ora que auia parido, y que ella dio la criatura à

vn criado del Duque, y que luego Cornelia, creyendo que estaua alli el D. q̃ auia salido de casa, y medrosa, porq̃ imaginaua que ya vos, señor Lorenço, sabiades sus tratos, Sulpicia no diò el niño al criado del Duq̃, si no à otro en su cãbio. Cornelia no parece, el se culpa de todo, y dize, q̃ cada, y quando que la señora Cornelia parezcã, la recibirà, como à su verdadera esposa: Mirad, señor Lorẽço, si ay mas que dezir, ni mas que desear, sino es el hallazgo de las dos tan ricas, como deseadas prendas. A esto respondio el señor Lorenço, arrojandose à los pies del Duq̃ q̃ porfiaua por leuãtarlo: De vuestra Christiandad, y grandeza, Serenissimo señor, y hermano mio, no podiamos mi hermana, y yo esperar menor bien del que à entrãbos nos hazeis: à ella igualaria cõ vos, y à mi en ponerme en el numero de vuestro criado. En esto se le arrasauan los ojos de lagrimas, y el Duque lo mismo, enternecidos, el vno cõ la perdida de su esposa, y el otro con el hallazgo de tan buen cuñado. Pero considerando, q̃ parecia flaqueza, dàr muestras con lagrimas de tanto sentimiento, las reprimieron, y bolvieron à encerrar en los ojos, y los de D. Iuan alegres, casi les pedian las albricias de auer parecido Cornelia, y su hijo, y que los dexaua en su misma casa. En esto es-

estauan, quãdo se descubrio D. Antonio, que fue conocido de D. Iuan en el quartago desde algo lexos; pero llegãdo cerca, parò, y viò los cauallos de Don Iuan, y de Lorenço, que los moços tenian acullà desviados, conociò a D. Iuan, y a Lorenço: però no al Duque, y no sabia si se llegaria, ò no a donde D. Iuan estaua: y llegãdose a los criados del Duque, les pregũtò, si conocian aquel Cauallero, que con los otros dos estauan señalando al Duque: fuele respondido ser el Duque de Ferrara, cõ q̃ que dò mucho mas confuso: pero sacòle de su perplexidad don Iuan llamãdole por su nombre. Apeòse don Antonio, viendo que todos estauan a pie, y llegose a ellos, recibiòle el Duque cõ mucha cortesia, porque D. Iuan le dixo que era su camarada. Finalmente, D. Iuan contò à D. Antonio todo lo que cõ el Duque le auia sucedido, hasta que èl llegò. Alegrose en estremo D. Antonio, y dixole a don Iuan: Por què señor D. Iuan no acabais de poner la alegria, y el contento de estos señores en su punto, pidiendo las albricias del hallazgo de la señora Cornelia, y de su hijo? Si vos no llegarades, señor D. Antonio, yo las pidiera; pero pedidlas vos, que yo asseguro que os las dẽ de muy buena gana. Como el Duque, y Lorenço oyerõ tratar del hallazgo de Cornelia, y de albricias, preguntaron, que era aquello? Que ha de ser, respondio D. Antonio, sino que yo quiero hazer vn personage en esta tragica comedia, y ha de ser el que pide las albricias del hallazgo de la señora Cornelia, y de su hijo, que quedã en mi casa. Y luego les cõtò todo lo que hasta aqui se ha dicho, de lo qual el Duque, y el señor Lorenço, recibieron tanto placer, que don Lorenço se abraçò con D. Iuan, y el Duque con D. Antonio. El Duque prometiò todo su Estado en albricias, y el señor Lorenço toda su hazienda. Llamaron a la dõzella, que entregò a D. Iuan la criatura, la qual auiẽdo conocido a Lorenço, estaua temblando. Preguntaronle, si conoceria al hombre à quiẽ auia dado el niño? dixo que no, sino que ella le auia pregũtado, si era Fabio, y èl auia respondido, que si, y cõ esta buena fee se le auia entregado. Assi es la verdad, respõdio D. Iuan, y vos señora, cerrastes la puerta luego, y me dexistes que le pusiesse en cobro, y diesse luego la buelta. Assi es señor, respõdio la donzella, llorãdo, y el Duque dixo: Ya no son menester lagrimas aqui, sino jubilos, y fiestas. El caso es, que yo no tengo de entrar en Ferrara, sino dar la buelta luego a Bolonia, porque todos estos contentos son en sombra, hasta que los haga ver-

daderos la vista de Cornelia. Y sin mas dezir, de comun cõsentimiento dieron la buelta à Bolonia. Adelantòse dõ Antonio, para apercebir à Cornelia, por no sobresaltarla con la improuisa llegada del Duq̃, y de su hermano. Pero como no la hallò, ni los pages le supieron dar nueuas della, quedò el mas triste, y confuso hombre del mũdo; y como viò que faltaua el ama, imaginò que por su industria faltaua Cornelia. Los pages le dixeron que faltò el ama el mismo dia que ellos auiã faltado, y que la Cornelia por quiẽ preguntaua nunca ellos la vierõ. Fuerade si quedò don Antonio con el no pensado caso, temiendo, que quizà el Duque los tendria por mẽtirosos, ò embusteros, ò quizà imaginaria otras peores cosas que redundassen en perjuizio de su honra, y de el buen credito de Cornelia. En esta imaginacion estaua, quando entraron el Duque, y don Iuan, y Lorenço, que por calles desviadas, y encubiertas, dexando la demàs gẽte fuera de la ciudad, llegarõ a la casa de don Iuan, y hallaron à D. Antonio sentado en vna silla, con la mano en la mexilla, y cõ vna color de muerto. Preguntòle don Iuan, què mal tenia, y dõde estaua Cornelia? Respondio dõ Antonio: Què mal quereis que tenga, pues Cornelia no parece, que con el ama que le dexamos para su compañia, el mismo dia que de aqui faltamos, faltò ella. Poco le faltò al Duque para espirar, y a Lorenço para desesperarse oyendo tales nueuas. Finalmente, todos quedaron turbados, y suspensos. En esto se llegò vn page a don Antonio, y al oido le dixo: Señor, Santisteuã el page del Señor don Iuan, desde el dia que vuessas mercedes se fueron tiene vna muger muy bonita encerrada en su aposento, y yo creo que se llama Cornelia, q̃ assi la he oido llamar. Alborotòse de nueuo dõ Antonio, y mas quisiera que no huuiera parecido Cornelia (q̃ sin duda pensò que era la que el page tenia escondida) que no que la hallarà en tal lugar. Con todo esso no dixo nada, sino callando se fue al aposento de el page, y hallò cerrada la puerta, y que el page no estaua en casa. Llegòse a la puerta, y dixo con voz baxa: Abrid señora Cornelia, y salid à recibir à vuestro hermano Lorenço, y al Duque vuestro esposo, que vienen à buscaros. Respondieronle de dentro: Hazen burla de mi, pues en verdad que no soy tã fea, ni tan desdichada, que no podian buscarme Duques, y Condes, y ello se merece la persona que trata con pages. Por las quales palabras entendiò don Antonio, que no era Cornelia la que respondia. Estando en esto y vno Santisteuã el page,

y acudiò luego a su aposento, y hallando alli a don Antonio, q̃ pedia que le truxesse̅ las llaues que auia en casa, por ver si alguna hazia a la puerta. El page hincado de rodillas, y con la llaue en la mano, le dixo: El ausencia de vuestras mercedes, y mi bella queria, por mejor dezir, me hizo traer vna muger estas tres noches a estar cõ migo: suplico a vuessa merced, señor D. Antonio de Isunça, assi oyga buenas nueuas de España, que sino lo sabe mi señor D. Iuan, que no se lo diga, q̃ yo la echarè al momento. Y como se llama la tal muger? preguntò don Antonio. Llamase Cornelia, respondio el page. El page q̃ auia descubierto la celada, que no era muy amigo de Sãtisteuan, ni se sabe si simplemente, ò con malicia, baxò donde estaua el Duque, don Iuan, y Lorenço, diziendo; tomame el page, por Dios que le han hecho gormar a la señora Cornelia, escondidita la tenia; a buẽ seguro que no quisiera el que huuieran venido los señores para alargar mas el gaudeamus tres, ò quatro dias mas. Oyò esto Lorenço, y pregũtole: Què es lo que dezis gentil-hombre, donde està Cornelia? Arriba, respondiò el page. Apenas oyò esto el Duque, quãdo como vn rayo subio la escalera arriba, à ver a Cornelia, q̃ imaginò que auia parecido, y dio luego con el aposento donde estaua D. Antonio, y entrando dixo: Donde està Cornelia? a donde està la vida de mi vida? Aqui està Cornelia, respondiò vna muger, que estaua embuelta en vna sabana de la cama, y cubierto el rostro, y prosiguiò diziendo: valamos Dios! es este algũ buey de hurto? es cosa nueua dormir vna muger cõ vn page, para hazer tantos milagrones? Lorenço que estaua presente, con despecho, y colera retirò de vn cabo de la sabana, y descubriò vna muger moça, y no de mal parecer, la qual de verguença se puso las manos delãte del rostro, y acudiò à tomar sus vestidos, que le seruian de almohada, porque la cama no la tenia; y en ellos vieron que deuia de ser alguna picara de las perdidas del mundo. Preguntòle el Duque, que si era verdad que se llamaua Cornelia? respondiò que si, y que tenia muy honrados padriẽtes en la ciudad, y que nadie dixesse de esta agua no beberè. Quedò tã corrido el Duque, q̃ casi estuuo por pensar, si hazian dar lugar à tan mala sospecha, los Españoles burla; pero por no bolver las espaldas, y sin hablar palabra, siguiendo a Lorenço, subieron en sus caualos, y se fueron dexando à D. Iuan, y a don Antonio, harto mas corridos q̃ ellos iban, y determinaron hazer las diligencias posibles, y aun

aũ imposibles en buscar à Cornelia, y satisfacer al Duque de su verdad, y buen deseo. Despidieron à Santisteuan por atreuido, y echaron la picara Cornelia; y en aquel punto se les vino à la memoria, que se les auia olvidado de dezir al Duque las joyas del Agnus, y la Cruz de diamantes, que Cornelia les auia ofrecido; pues con estas señas creeria que Cornelia auia estado en su poder: y que si faltaua, no auia estado en su mano. Salieron a dezirle esto, pero no le hallaro̅ en casa de Lorenço, donde creyeron que estaria: à Lorenço si, el qual les dixo, que sin detenerse vn punto, se auia buelto à Ferrara, dexandole orden de buscar à su hermana. Dixeronle lo que iban à dezirle; pero Lorenço les dixo, que el Duque iba muy satisfecho de su buen proceder, y que entrambos auian echado la falta de Cornelia à su mucho miedo, y que Dios seria seruido de que pareciesse; pues no auia de auer tragado la tierra al niño, al ama, y à ella. Cõ esto se consolaron todos, y no quisieron hazer la inquisicion de buscarla por vandos publicos, si no por diligẽcias secretas, pues de nadie, sino de su prima se sabia su falta; y entre los que no sabian la intencion del Duque, correria riesgo el credito de su hermana, si la pregonassen, y seran trabajo andar satisfaciẽdo à cada vno, de las sospechas que vna vehemente presumpciõ les infunde. Siguiò su viage el Duque, y la buena suerte q̃ iba disponiendo su ventura, hizo que llegasse̅ à la aldea del Cura, dõde ya estauan Cornelia, el niño, y su ama, y la cõsejera: y ellas le auian dado cuenta de su vida, y pedidole consejo de lo que harian. Era el Cura grande amigo del Duque, en cuya casa acomodada à lo de Clerigo rico, y curioso, solia el Duque venirse desde Ferrara muchas vezes, y desde alli salia à caça; porque gustaua mucho, assi de la curiosidad del Cura, como de su donayre, que lo tenia en quarto dezia, y hazia. No se alborotò por ver al Duque en su casa, porque, como se ha dicho, no era la vez primera; pero descontẽtose en verle venir triste, porque luego echò de ver, que con alguna passion traìa ocupado el animo. Entreoyò Cornelia que el Duque de Ferrara estaua alli, y turbose en estremo, por no saber con què intencion venia: torciase las manos, y andaua de vna parte à otra, como persona fuera de sentido. Quisiera hablar Cornelia al Cura; pero estaua entretenicndo al Duque, y no tenia lugar de hablarle. El Duque le dixo: Yo vengo, padre mio, tristissimo, y no quiero oy entrar en Ferrara, sino ser vuestro huesped: dezid à los q̃ vie-

vienen conmigo, que passen à Ferrara, y que solo se quede Fabio. Hizolo assi el buen Cura, y luego fue á dar orden, como no regalar, y seruir al Duque; y con esta ocasiõ le pudo hablar Cornelia, la qual tomandole de las manos, le dixo: Ay padre, y señor mio! que es lo que quiere el Duque? Por amor de Dios, señor, q̃ le dè algun toque en mi negocio, y procure descubrir, y tomar algun indicio de su intencion; en efecto, guielo como mejor le pareciere, y su mucha discreciõ le acõseje re. A esto le respõdiò el Cura: El Duque viene triste, hasta agora no me ha dicho la causa; lo que se ha de hazer es, q̃ luego se aderece el niño muy bien, y ponedle, señora, las joyas todas que tuvieredes, principalmente las que os huviere dado el Duque, y dexadme hazer, q̃ yo espero en el cielo q̃ hemos de tener oy vn buẽ dia. Abraçò le Cornelia, y besòle la mano, y retiròse à dereçar, y componer el niño. El Cura salió a entretener al Duque, en tãto que se hazia hora de comer, y en el discurso de su platica, preguntò el Cura al Duque, si era possible saberse la causa de su melancolia, porque sin duda de vna legua se echaua de ver que estaua triste? Padre, respondiò el Duque, claro està, q̃ las tristezas del coraçon salen al rostro, en los ojos se lee la relacion de lo que està en el alma, y lo que peor es, que por agora no puedo comunicar mi tristeza con nadie. Pues en verdad, señor, respondiò el Cura, que si estuviesedes para ver cosas de gusto, que os enseñara yo vna que tengo para mi, q̃ os le causara, y grande. Simple seria (respondio el Duque) aquel que ofreciendose el aliuio de su mal, no quisiesse recibirle. Por vida mia, padre, q̃ me mostreis esso que dezis, que deue de ser alguna de vuestras curiosidades que para mi son todas de grandissimo gusto. Leuantòse el Cura, y fue donde estaua Cornelia, que ya tenia adornado à su hijo, y puestole las ricas joyas de la Cruz, y del Agnus, cõ otras tres piẽças preciosas, todas dadas del Duque a Cornelia; y tomãdo al niño entre sus braços, salió a donde el Duque estaua, y diziendole, que se leuãtasse, y se llegasse a la claridad de vna ventana, quitò al niño de sus braços, y le puso en los del Duque, el qual quando mirò, y reconociò las joyas, y viò que eran las mismas q̃ èl auia dado a Cornelia, quedò atonito, y mirando ahincadamẽte al niño, le parecio que miraua a su mismo retrato: y lleno de admiracion, preguntò al Cura, cuya era aquella criatura que en su adorno, y adereço, parecia hijo de algũ Principe? No sè, respondiò el Cura, solo sè, que avrà no sè quantas noches, que

q̃ de aqui me le truxo vn Caualliero de Bolonia, y me encargò mirasse por èl, y le criasse, que era hijo de vn valeroso padre, y de vna principal, y hermosissima madre. Tambien vino con el Caualliero vna muger para dar leche al niño, a quien yo le pregũtado si sabe algo de los padres desta criatura, y responde que no sabe palabra, y en verdad que si la madre es tã hermosa como el ama, que deue de ser la mas hermosa muger de Italia. No la veriamos, preguntò el Duque. Si por cierto, respõdio el Cura, venios señor conmigo, que si os suspende el adorno, y la belleza desta criatura, como creo que os ha suspendido, el mismo efeto entiendo que ha de hazer la vista de su ama. Quisole tomar la criatura el Cura al Duque; pero el no la quiso dexar; antes la apretò en los braços, y le diò muchos besos. Adelantòse el Cura vn poco, y dixo a Cornelia, que saliesse sin turbacion alguna a recibir al Duque. Hizole assi Cornelia, y con el sobresalto le salierõ tales colores al rostro, que sobre el rostro mortal la hermosearõ: Pasmòse el Duque quãdo lavio, y ella arrojandose a sus pies, se los quiso besar. El Duque sin hablar palabra diò el niño al Cura y boluiendo las espaldas se salió con gran priessa del aposento: lo qual visto por Cornelia, boluiẽdose al Cura, dixo: Ay señor mio! si se ha espantado el Duque de verme? si me tiene aborrecida? si le he parecido fea? si se le han oluidado las obligaciones que me tiene? No me ha hablara si quiera vna palabra? Tanto le cãsaua ya su hijo, que assi le arrojò de sus braços? A todo lo qual no respondia palabra el Cura, admirado de la huida del Duque que assi le pareciò q̃ fuesse huida, antes que otra cosa; y no fue sino que salio a llamar a Fabio, y dezirle: Corre Fabio amigo, y a toda diligencia buelue a Bolonia, y di que al momento Lorenço Bentibolli, y los dos Caualleros. Españoles don Iuan de Gamboa, y D. Antonio de Isunça, sin poner escusa alguna, vengan luego a esta aldea, mira amigo que bueles; y no te vẽgas sin ellos, que me importa la vida en verlos. No fue pereçoso Fabio, que luego puso en efecto el mandamiento de su señor. El Duque boluio luego à donde Cornelia estaua derramando hermosas y cristalinas lagrimas de sentimiẽto. Cogiola el Duque en sus braços, y añadiendo lagrimas a lagrimas, mil vezes le beniò el aliento de la boca, teniendose el contento atadas las lẽguas. Y assi en silencio honesto, y amoroso, se gozauan los dos felizes amantes, y esposos verdaderos. El ama del niño, y la criuela, por lo menos, como ella dezia que por entre las puertas de otro apo-

sento auiã estado mirando lo que entre el Duque, y Cornelia passaua, de gozo se dauan de talabaçadas por las paredes, que no parecia fino que auian perdido el juizio. El Cura daua mil besos al niño q̃ tenia en sus braços, y con la mano derecha que desocupò, no se hartauade echar bendiciones à los dos abraçados señores. El ama del Cura, que no se auia hallado presente al graue caso, por estar ocupada adereçando la comida, quando la tuuo en su punto entrò à llamarlos, q̃ se sentassen à la mesa. Esto apartò los estrechos abraços; y el Duque desembaraçò al Cura del niño, y le tomò en sus braços, y en ellos le tuuo todo el tiempo que durò la limpia, y bien sazonada, mas que sumptuosa comida: y en tanto que comian diò cuenta Cornelia de todo lo que le auia sucedido, hasta venir a aquella casa por consejo de la ama de los dos Caualleros Espanoles que la auian seruido, amparado, y guardado con el mas honesto, y puntual decoro que pudiera imaginarse. El Duque le contò assimismo à ella todo lo que por èl auia passado, hasta aquel punto. Hallaronse presentes las dos amas, y hallarõ en el Duque grandes ofrecimientos, y promessas. En todos se renouò el gusto con el felice fin del successo, y solo esperauan a colmarle, y à ponerle en el estado mejor que acertara à desearse, con la venida de Lorenço, de don Iuan, y don Antonio, los quales de alli à tres dias vinieron desalados, y deseosos por saber si alguna nueua sabia el Duque de Cornelia, que Fabio, que los fue à llamar, no les pudo dezir ninguna cosa de su hallazgo, pues no lo sabia. Saliòlos à recibir el Duque vna sala antes donde estaua Cornelia, y esto sin muestras de contento alguno, de que los recien venidos se entristecieron. Hizolos sentar el Duque, y èl se sentò con ellos, y encaminando su platica à Lorenço, le dixo: Bien sabeis señor Lorenço Bentibolli, que yo jamàs engañe à vuestra hermana, de lo q̃ es buen testigo el cielo, y mi conciencia. Sabeis assimismo la diligencia cõ que la he buscado, y el deseo que he tenido de hallarla para casarme con ella, como se lo tengo prometido. Ella no parece, y mi palabra no ha de ser eterna. Yo soy moço, y no tã experto en las cosas del mundo, que no me dexe llevar de las q̃ me ofrece el deleyte à cada passo. La misma aficion q̃ me hizo prometer ser esposo de Cornelia, me llevò tambien à dar, antes que à ella, palabra de matrimonio a vna labradora desta aldea, à quien pensaua dexar burlada, por acudir al valor de Cornelia, aunque no acudiera à lo que la conciencia me pedia

que no fuera pequeña muestra de amor. Pero pues nadie se casa con muger que no parece, ni es cosa puesta en razon, que nadie busque la muger que le dexa, por no hallar la prenda que le aborrece. Digo que vais, señor, Lorenço que satisfacion puedo daros del agrauio que no os hize, pues jamàs tuue intencion de hazeros le, y luego quiero q̃ me deis licencia para cumplir mi primera palabra, y desposarme con la labradora, que ya està dentro de esta casa. En tanto que el Duque esto dezia, el rostro de Lorenço se iba mudando de mil colores, y no acertaua à estar sentado de ninguna manera en la silla, señal es que la colera le iba tomando possession de todos sus sentidos. Lo mismo passaua por don Iuan, y por don Antonio, que luego propusieron de no dexar salir al Duque con su intencion, aunque le quitassen la vida. Leyẽdo, pues, el Duque en sus rostros sus intenciones, dixo: Sossegaos, señor Lorenço, que antes que me respõdais palabra, quiero que la hermosura que vereis en la q̃ quiero recibir por mi esposa, os obligue á darme la licẽcia que os pido, porque es tal, y tan estremada, que de mayores y erros serà disculpa. Estodicho, se leuanto, y entrò donde Cornelia estaua riquissimamente adornada, cõ todas las joyas que el niño tenia y muchas mas. Quando el Duque bolviò las espaldas, se leuãtò don Iuan, y puestas ambas manos en los dos braços de la silla donde estaua sentado Lorenço al oido, dixo: Por Santiago de Galicia, señor Lorenço, y por la Fè de Christiano, y de Caualleroque tengo, que assi dexe yo salir con su intencion al Duque, como bolverme Moro; aqui, aqui en mis manos, han de dexar la vida, ò ha de cumplir la palabra que à la señora Cornelia vuestra hermana tiene dada, ò à lo menos nos ha de dar tiẽpo de buscarla, y hasta q̃ de cierto se sepa que es muerta, èl no ha de casarse. Yo estoy de esse parecer mismo, respondiò Lorenço; pues del mismo estarà mi camarada D. Antonio, replicò D. Iuan. En esto entrò por la sala adelãte Cornelia, en medio del Cura, y del Duque, que la traìade la mano, demas de las quales veniã Suplicia la donzella de Cornelia, que el Duque auia embiado por ella à Ferrara y las dos amas, la del niño, y la de los Caualleros. Quando Lorẽço viò à su hermana, y la acabò de reconocer, y conocer, que al principio la imposibilidad, à su parecer de tal successo, no le dexaua enterar en la verdad tropeçado en sus mismos pies, fue à arrojarse à los del Duque, que le leuantò, y le puso en los braços de su hermana, quiero de-

zir, que su hermana le abraçò con las muestras de alegria possibles. Don Iuan, y don Antonio dixeron al Duque, que auia sido la mas discreta, y mas sabrosa burla del mũdo. El Duque tomò al niño que Suplicia traia, y dandoselo à Lorenço, le dixo: Recibid señor hermano à vuestro sobrino, y mi hijo, y ved si quereis darme licencia que me case cõ esta labradora, que es la primera à quien he dado palabra de casamiento. Seria nunca acabar cõtar lo que respondiò Lorenço, lo que preguntò don Iuan, lo q̃ sintio don Antonio, el regocijo del Cura, la alegria de Suplicia, el contento de la cõsejera, el jubilo de Iama, la admiracion de Fabio: y finalmente el general contento de todos. Luego el Cura los desposò, siendo su padrino don Iuan; y entre todos le diò traça, que aquellos desposorios estuuiessẽ secretos, hasta ver en que parana la enfermedad, q̃ tenia muy al cabo al Duque su padre, y que en tãto la señora Cornelia se boluiesse à Bolonia con su hermano. Todo se hizo assi: el Duque viejo murio. Cornelia entrò en Ferrara, alegrando al mundo con su vista; los iuros se boluierõ en galas: las amas quedarõ ricas. Suplicia por muger de Fabio, D. Antonio, y D. Iuan contentissimos de auer seruido en algo al Duque, el qual les ofrecio dos primas suyas por mugeres, con tiquissimo dõte. Ellos dixeron, que los Caualleros de la nacion Vizcayna, por la mayor parte se casauã en su patria: y que no por menosprecio, pues no era posible, sino por cumplir con su loable costumbre, y la voluntad de sus padres, que ya los deuian de tener casados, no aceptauã tan ilustre ofrecimiẽto. El Duq̃ admitio su disculpa, y buscando ocasiones licitas, les embiò muchos presẽtes à Bolonia, y algunos tã ricos, y embiados à tan buena sazon, y coyuntura, q̃ aunque pudieran no admitirse, por no parecer que recibian paga, el tiempo en que llegauan, lo facilitaua todo: especialmente lo que les embiò al tiempo de su partida para España, y lo que les diò quando fueron à Ferrara à despedirse del, y hallaron à Cornelia con otras dos criaturas hembras, y al Duque mas enamorado que nunca. La Duquesa diò la Cruz de diamantes à D. Iuan y el Agnus à don Antonio, q̃ sin ser poderosos à hazer otra cosa las recibieron. Llegaron à España, y à su tierra, à donde se casaron con ricas, principales, y hermosas mugeres, y siempre tuuieron correspondencia con el Duque, y la Duquesa, y con el señor Lorenço Bentibolli, con grandissimo gusto, y contento de todos.

(*)

EL

NOVELA VNDEZIMA.

EL CASAMIENTO ENGAÑOSO.

SALIA de el Hospital de la Resurreccion, que està en Valladolid, fuera de la puerta de el Campo, vn soldado, que por seruirse su espada de vaculo, y por la flaqueza de sus piernas, y amarillez de su rostro, mostraua bien claro, que aunque no era el tiempo muy caluroso, deuia de auer sudado en veinte dias todo el humor que quizà grangeò en vna hora. Iba haziendo pinito, y dando traspies, como conualeciente, y al entrar por la puerta de la ciudad, viò que hazia èl venia vn su amigo, à quien no auia visto en mas de seis meses, el qual santiguandose, como si viera alguna mala vision, le dixo: Què es esto señor Alferez Campuçano? es posible que està v.m. en esta tierra? Como quiẽ soy que le hazia en Flandes, antes terciando allà la pica, que arrastrando aqui la espada: què color, què flaqueza es essa? A lo qual respondiò Campuçano. A lo flesto y en esta tierra, ò no, señor Licenciado Peralta, el verme en ella le respõderà a las demas preguntas no tẽgo què dezir, sino que salgo de aquel Hospital, de sudar catorce cargas de bubas, que me echò à cuestas vna muger, que escogi por mia, que no deuiera. Luego casòse v.m. replicò Peralta? Si señor, respondiò Campuçano. Seria por amores, dixo Peralta, y tales casamiẽtos traen consigo aparejada la execucion del arrepentimiento. No sabrè dezir si fue por amores, respondiò el Alferez, aũque sabrè afirmar, que fue por dolores, pues de mi casamiento, ò casamiento, saquè tantos en el cuerpo, y en el alma; que los del cuerpo para entretenerlos me cuestan quarenta sudores: y los del alma, no ha-

hallo remedio para aliuiarlos si quiera. Pero porque no estoy para tener largas platicas en la calle, v.m. me perdone, que otro dia con mas comodidad le dare cuenta de mis sucessos, que son los mas nueuos, y peregrinos q̃ v.m. avrà oido en todos los dias de su vida. No ha de ser assi, dixo el Licenciado, sino que quiero que venga conmigo à mi posada, y alli haremos penitencia juntos, que la holla es muy de enfermo, y aunque està tassada para dos, vn passel suplirà cõ mi criado, y si la convalecencia lo permite, vnas lonjas de jamon de Rute, nos harán la salva, y sobre todo la buena voluntad con que lo ofrezco, no solo esta vez, sino todas las que v.m. quisiere. Agradeciòselo Campuçano, y aceptò el combite, y los ofrecimientos. Fueron à S. Lorenço, oyeron Missa, llevole Peralta à su casa, diòle lo prometido, y ofreciòlo de nueuo, y pidiole, no acabando de comer le contasse los sucessos que tato le avia encarecido. No se hizo de rogar Campuçano, antes començò à dezir desta manera: Bien se acordarà v.m. señor Licenciado Peralta, como yo hazia en esta ciudad camarada con el Capitan Pedro de Herrera, que agora està en Flandes. Bien me acuerdo, respondiò Peralta. Pues vn dia (prosiguiò Campuçano) que acababamos de comer en aquella posada de la Solana, donde viviamos entraron dos mugeres de gentil parecer cõ dos criadas: la vna se puso à hablar cõ el Capitan en pie, arrimados à vna ventana; la otra se sentò en vna silla junto à mi, derribãdo el manto hasta la barba, sin dexar ver el rostro mas de aquello que concedia la claridad del manto, y aunque le supliquè, que por cortesia me hiziesse merced de descubrirse, no fue posible acabarlo con ella, cosa que me encendiò mas el deseo de verla. Y para acrecentarle mas (ò fuesse de industria, ò acaso) sacò la señora vna muy blãca mano, con muy buenas sortijas. Estaua yo entonces bizarrissimo, con aquella gran cadena que vuessa merced deuiò de conocerme: el sombrero con plumas, y cintillo, el vestido de colores à fuer de soldado, y tan gallardo à los ojos de mi locura, que me daua à entẽder, que las podia matar en el ayre. Con todo esto le roguè que se me descubriesse: à lo q̃ ella me respõdiò: No seais importuno, casa tengo hazed à vn paje que me siga, que aunq̃ soy mas honrada que lo q̃ promete esta respuesta, todavia à trueco de ver si responde vuestra discrecion à vuestra gallardia, holgare de q̃ me veais mas de espacio. Besele las manos por la grãde merced que me hazia, en pago de jaqual le prometi montes de oro. Acabò

què el Capitan la platica. Ellas se fueron, siguiòlas vn rato mi criado. Dixome el Capitan, q̃ lo q̃ la dama le queria, era q̃ le embiasse vnas cartas à Flandes, a otro Capitan que dezia ser su primo, aunque el sabia que no era sino su galan. Yo quedè abrasado cõ las manos de ver que avia visto, y muerto por el rostro que desseava ver, y assi otro dia, guiandome mi criado, dioseme libre entrada, hallè vna casa muy bien adereçada, y vna muger de hasta treinta años, a quien conoci por las manos. No era hermosa en estremo, pero ezalo de suerte, q̃ podia enamorar comunicada, porque tenia vn tono de habla tan suaue, que se entraua por los oidos en el alma. Passè con ella buenos, y amorosos coloquios, blasonè, hendi, ofreci, prometi, y hize todas las demonstraciones que me pareciò ser necessarias para hazerme bien quisto cõ ella. Pero como ella estaua hecha à oir semejãtes ofrecimientos, y razones, parecia que las traia tento oido, antes que creditto alguno. Finalmẽte, nuestra platica se passò en flores quatro dias, que continue en visitarla, sin que llegasse à coger el fruto que desseaua. En el tiempo que la visitè, siempre hallè la casa desembaraçada, sin que viesse visiones en ella, de parientes fingidos, ni de amigos verdaderos: servialava vna moça mas traymada q̃ simple. Finalmẽte, tratando mis amores como soldado, que està à vispera de mudar, apuree à mi señora doña Estefania de Caycedo (que este es el nombre de la que assi me tiene) y respõdiòme: Señor Alferez Campuçano, simplicidad seria si yo quisiesse venderme à v.m. por santa: pecadora he sido, y aun agora lo soy; pero no de manera que los vezinos me murmuren, ni los apartados me noten, ni de mis padres, ni de otro pariente heredo hazienda alguna, y con todo esto vale el menage de mi casa mas de mil y quinientos ducados: y estos en cosas, que puestas en almoneda, lo q̃ se tardare en ponerlas, se tardarà en hazer las dineros. Con esta hazienda busco marido à quien entregarme, y à quien tener obediencia, à quien juntamente con la enmienda de mi vida, le entregarè vna increible solicitud de regalarle, y servirle; porque no tiene Principe cocinero mas goloso, ni que mejor sepa dar el punto à los guisados, que le sè dar yo, quãdo mostrando ser casera, me quiero poner à ello. Se ser mayordomo en casa, moça en la cozina, y señora en la sala, en efeto sè mandar, y se hazer que me obedezcan. No despercidio nada, y allego mucho: mi real no vale menos, sino mucho mas, quando es gastado por mi orden. La ropa blanca que ten-

go, que es mucha, y muy buena, no se saco de tiendas, ni lenceros, estos pulgares, y los de mis criadas la hilaro, y si pudiera texerse en casa, se tegiera. Digo estas alabanças mias, porque no acarrean vituperio, quando es forçosa la necessidad de dezirlas. Finalmente, quiero dezir, que yo busco marido q̃ me ampare, me mande, y me honre: y no galan, que me sirua, y me vitupere. Si y, si gustare de aceptar la prenda que se le ofrece, aqui estoy moliente, y corriente, sugeta a todo aquello que vuestra merced ordenare, sin andar en venta, que es lo mismo andar en lenguas de casamientos, y no ay ninguno tã bueno para concertar el todo como las mismas partes. Yo que tenia entõces el juizio, no en la cabeça, sino en los carcañales, haziẽdoseme el deleyte en aquel punto mayor de lo que en la imaginacion le pintaua: y ofreciendoseme tã a la vista la cantidad de haziẽda, que ya cõtemplaua en dineros conuertida, sin hazer otros discursos de aquellos aque daua lugar el gusto, que me tenia echado grillos al entendimiento, le dixe, que yo era el venturoso, y bien afortunado, en auerme dado el cielo, casi por milagro, tal compañera para hazer la señora de mi voluntad, y de mi hazienda, que no era tan poca, que no valiesse, cõ aquella cadena que traia al cuello, y cõ otras joyuelas que tenia en casa, y con deshazerme de algunas galas de soldado, mas de dos mil ducados, que juntos cõ los dos mil y quinientos suyos, era suficiente cantidad para retirarnos a viuir a vna aldea, de donde yo era natural, y a donde tenia algunas raizes: hazienda tal, que sobrellenada con el dinero, vendiendo los frutos a su tiempo, nos podia dar vna vida alegre, y descansada. En resolucion, aquella vez se concerto nuestro desposorio, y se diò traça como los dos, hiziessemos informacion de solteros: y en los tres dias de fiesta, que vinieran luego jũtos en vna Pasqua, se hizieron las amonestaciones, y el quarto dia nos desposamos hallandose presentes al desposorio dos amigos mios, y vn mancebo, que ella dixo ser primo suyo, a quien yo me ofreci por pariente, con palabras de mucho comedimiẽto, como lo auian sido todas las que hasta entonces a mi nueua esposa auia dado, con intencion tan torcida, y traidora, que la quiero callar: porque aunque estoy diziendo verdades, no son verdades de confession, que no pueden dexar de dezirse. Mudò mi criado el baul de la posada a casa de mi muger: encerrè en el delante della, mi magnifica cadena, mostrèle otras, ò quatro, si no tan grandes, de mejor hechura, con otros tres, ò quatro cintillos de diuersas suertes, hizele patẽtes mis galas, y mis plumas, y entreguele para el gasto de casa hasta quatrocientos reales que tenia. Seis dias gozè del pan de la boda, espaciẽdome en casa, como el yerno rui en la del suegro rico. Pisè ricas alfombras, aje sabanas de Olanda, alumbreme con candeleros de plata: almorçaua en la cama, levantauame à las onze, comia à las doze, y à las dos sesteauan en el estrado, baylauame Doña Estefania, y la moça el agua delante. Mi moço, q̃ hasta alli le auia conocido pereçoso, y lerdo, se auia buelto vn corço. El rato que doña Estefania faltaua de mi lado, la auia de hallar en la cocina, toda solicita en ordenar guisados, que me despertassen el gusto, y me auiuassen el apetito. Mis camisas, cuellos, y pañuelos, eran vn nueuo Aranjuez de flores, segun olia bañados en agua de Angeles, y de azahar, que sobre ellos se derramaua. Passaron se estos dias bolando, como se passan los años, que estan debaxo de la jurisdicion del tiempo: en los quales dias, por verme tã regalado, y tan bien servido, iva mudando en buena la mala intencion con que aquel negocio auia començado. Al cabo de los quales, vna mañana, que aun estaua con doña Estefania en la cama, llamaron cõ grãdes golpes

à la puerta de la calle. Assi mose la moça à la ventana, y quitanse al momento, dixo. O que sea ella muy bien venida: hã visto, y como ha venido presto. Quien es la que ha venido, moça? le pregunte. Quien? respondiò ella, es mi señora doña Clemenca Bueso, y viene con ella el señor don Lope Melendez de Almendarez, cõ otros dos criados, y Hortigosa la dueña que lleuo consigo. Corre moça (bien aya yo) y abrelos, dixo à esta sazon doña Estefania, y vos señor, por amor de mi, que no os alboroteis, ni respondais por ninguna cosa q̃ contra mi oyeredes. Pues, quiẽ ha de dezir cosa que os ofenda, y mas estando yo delante? dezidme que gente es esta, que me parece que os ha alborotado su venida? No tengo lugar de responderos, dixo doña Estefania solo sabed que todo lo que aqui passare es fingido, y que tira à cierto designio que despues sabreis. Y aunque quisiera replicarle à esto, no me dio lugar la señora Doña Clemenca Bueso, que se entrò en la sala, vestida de raso verde prensado con muchos passamanos de oro, sombrero con plumas verdes, blancas, y encarnadas, y con rico cintillo de oro. Entrò con ella el señor don Lope Melendez de Almendarez, no menos bizarro que ricamente vestido de camino. La dueña Hortigosa fue la primera que

que hablò diziendo: Iesus que es esto? ocupado el lecho de mi señora doña Clementa, y mas cõ ocupacion de hombre? à fee que se ha ido bien del pie à la mano la señora doña Estefania, fiada en la amistad de mi señora. Yo te lo prometo Hortigosa, replicò doña Clementa, pero yo mẽ tengo la culpa, que jamas escarmiento: yo entomar amigas que no lo saben ser, si no és quando les viene à cuẽto. A todo lo qual respondiò doña Estefania: No te tiba v.m. pesadumbre, mi señora doña Clementa, y entienda que no sin misterio vee lo que vee en esta su casa, que quando lo sepa, yo sé que quedare discul pada, y v.m. sin ninguna quexa. En esto ya me auia puesto yo en calças, y en jubon, y tomandome doña Estefania por la mano, me lleuò à otro aposento, y alli me dixo, que aquella su amiga queria hazer vna burla à aquel don Lope que venia con ella, con quien pretendia casarse, y que la burla era darle à entender, que aquella casa, y quanto estaua en ella, era todo suyo, de lo qual pensaua hazerle carta de dote, y que hecho el casamiento, se le daua poco que el descubriesse el engaño, fiada en el grãde amor que el don Lope la tenia, y luego se me boluerà lo que es mio, y no se le tendrà à mal ella, ni a otra muger alguna, de que procure buscar marido honrado, aũ que sea por medio de qualquier embuste: Y o le respõdi, que era grande estremo de amistad el que queria hazer, y q̃ primero se mirasse bien en ello, porque despues podria ser tener necessi dad de valerse de la justicia, para cobrar su hazieda. Pero ella me respondiò con tantas razones, representando tantas obligaciones, que la obligauan à seruir à doña Clementa aun en cosas de mas importãcia, que mal de mi grado, y con remordimiento de mi juizio huue de condecender con el gusto de Doña Estefania, assegurandome ella, que solos ocho dias podia durar el embuste, los quales estariamos en casa de otra amiga suya. Acabamonos de vestir ella, y yo: y luego entrãdose à despedir de la señora doña Clementa Bueso, y del señor don Lope Melendez de Almendarez, hizo à mi criado que se cargasse el Baul, y que la siguiesse, a quien yo tambien segui sin despedirme de nadie, llegò doña Estefania en casa de vna amiga suya: y antes que entrassemos dentro, estuuo vn buen espacio hablando con ella al cabo del qual salio vna moça, y dixo q̃ entrassemos yo, y mi criado. Leuõnos à vn aposento estrecho, en el qual auia dos camas tan juntas, que parecian vna: a causa que no auia espacio q̃ las diuidiesse, y las sabanas de entrambas se besauã. En efeto alli estuuimos seis dias, y en todos ellos no pasò hora que no tuuiessemos pendencia diziendo la necessidad q̃ auia hecho en dexar su casa, y hazienda, aunq̃ fuera por su misma madre. En esto iva yo, y venia por momentos, tanto que la huespeda de casa, vn dia que doña Estefania dixo que iva à ver en què terminos estaua su negocio, quiso saber de mi, què era la causa que me mouia à reñir tanto cõ ella, y què cosa auia hecho, que tãto se la afeaua, diziẽdole, que auia sido necedad notoria, mas que amistad perfeta. Cõtele todo el cuento, y quãdo llegue à dezir que me auia casado con doña Estefania, y la dote que truxo, y la simplicidad que auia hecho en dexar su casa, y hazienda à doña Clementa, aunque fuesse cõ tan sana intencion, como era el alcançar tan principal marido como don Lope, se començò à santiguar, y hazerse Cruzes con tanta priesa, y con tanto Iesus, Iesus de la mala hembra, q̃ me puso en grãde turbacion; y al fin me dixo: Señor Alferez no sè si voy contra mi cõciencia en descubriros lo que me parece, que tambiẽ la cargaria si lo callasse; pero à Dios, y à ventura, sea lo que fuere, viua la verdad, y muera la mentira. La verdad es, que doña Clemenca Bueso es la verdadera soñora de la casa, y de la hazienda de q̃ os hizieron la do

te: la mentira es todo quãdo os ha dicho doña Estefania, que ni ella tiene casa, ni hazienda, ni otro vestido del que traẽ puesto. Y el auer tenido lugar, y espacio para hazer este embuste, fue que doña Clementa fue à visitar à vnos parientes suyos à la ciudad de Plasẽcia, y de alli fue a tenernouenas en nuestra Señora de Guadalupe, y en este entretanto dexò en su casa à doña Estefania, q̃ mirasse por ella, porque en efeto son grandes amigas, aunque bien mirado, no ay que culpar à la pobre señora, pues ha sabido grangear vna tal persona, como la del señor Alferez por marido. Aqui diò fin a su platica, y yo di principio à desesperarme: y sin duda lo hiziera, si tãtico se descuydara el Angel de mi guarda en socorrerme, acudiẽdo à dezirme en el coraçõ, que mirasse que era Christiano, y que el mayor pecado de los hombres, era el de la desesperacion, por ser pecado de demonios. Esta consideracion, ò buena inspiracion me consoto algo, pero no tanto, que dexasse de tomar mi capa, y espada, y salir à buscar à doña Estefania, cõ presupuesto de hazer en ella vn exemplar castigo. Pero la suerte, que no sabre dezir, si mis cosas empeoraua, ò mejoraua, ordeno que en ninguna parte donde pensè hallar à doña Estefania la hallasse. Fuime à san Llorenzo,

Universidad de Sevilla Biblioteca

ré, encomendéme à nuestra Señora, sentéme sobre vn cañon y con la pesadumbre me tomò vn sueño tã pesado, que no despertara tan presto, sino me despertarã. Fuy lleno de pensamiẽtos, y congojas, à casa de doña Clemenca, y hallèla con tanto reposo, como señora de su casa: no le osè dezir nada, porque estaua el señor D. Lope delante, bolvi en casa de mi huespeda q̃ me dixo auer cõtado à doña Estefania, como sabia toda su maraña, y embuste, y q̃ ella le preguntò, què semblante auia demostrado cõ tal nueua, y que le auia respõdido, que muy malo, y que a su parecer auia salido yo con mala intencion, y con peor determinacion, à buscarla. Dixeronme, finalmente, que doña Estefania se auia ido, lleuando quanto en el baul tenia, sin dexarme en èl, sino vn solo vestido de camino. Aquí fue ello, aquí me tuuo de nueuo Dios de su mano: fuí à ver mi baul, y hallèle abierto, y como sepultura q̃ esperaua vn cuerpo difunto, y a buena razõ auia de ser el mio, si yo tuuiera entendimiento para saber sentir, y ponderar tamaña desgracia. Bien grande fue, dixo à esta sazon el Licẽciado Peralta, auerse lleuado doña Estefania tanta cadena, y tanto cintillo, q̃ como suele dezirse: Todos los duelos &c. Ninguna pena me diò essa falta, respondiò el Alferez, pues tambien podrè dezir: Pensose Don Samueque, que me engañaua con su hija la tuerta, y cõtrecho soy de vn lado. No sè à que proposito puede v.m. dezir esso? respondiò Peralta. El proposito es, respondiò el Alferez, deq̃ toda aquella balumba, y aparato de cadenas, cintillos, y brincos, podia valer hasta diez, ò doze escudos. Esto no es posible, replicò el Licẽciado, porq̃ la que el señor Alferez traia al cuello, mostraua pesar mas de doziẽtos ducados. Assi fuera, respõdiò el Alferez, si la verdad respondiera al parecer; pero como no es todo oro lo que reluze, las cadenas, cintillos, joyas, y brincos, con solo ser de alquimia se contentarõ; pero estauan tã bien hechas, q̃ solo el toque, ò el fuego podia descubrir su malicia. Dessa manera, dixo el Licenciado, entre v.m. y la señora doña Estefania para es la trauiessa. Y tan para, respondiò el Alferez, que podemos bolver à barajar; pero el daño està, señor Licenciado, en que ella se podrà deshazer de sus cadenas, y yo no de la falsia de su termino, y en efeto, mal que me pese es prẽda mia. Dad gracias à Dios señor Campuçano, dixo Peralta, que fue prenda con pies, y que se os ha ido, y que no estais obligado à buscarla. Assi es, respondiò el Alferez; pero con todo esso, sin que la busque la hallo siẽpre en la imaginacion, y à donde quiera que estoy, tengo mi afrenta presente. No sè que responderos, dixo Peralta, sino traeros à la memoria dos versos Petrarca, que dizen:

Che qui prende diclito di far fiode.
Non si de lamentar si altri lin gana.

Que responden en nuestro Castellano: que el que tiene costumbre, y gusto de engañar à otro, no se deue quexar quando es engañado. Yo no me quexo, respondiò el Alferez, sino lastimome, que el culpado, no por conocer su culpa, dexa de sentir la pena del castigo. Bien veo que quise engañar, y fuy engañado: porque me hirieron por mis propios filos; pero no puedo tener tan araya el sentimiento, que no me quexe de mi mismo. Finalmente, por venir à lo que haze mas al caso a mi historia (que este nombre se le puede dar al cuento de mis sucessos) digo que supe que le auia lleuado à doña Estefania, el primo que dixe q̃ se hallò à nuestros desposorios, el qual de muchos tiẽpos atras era su amigo à todo ruedo. No quise buscarla, por no hallar el mal que me faltaua. Mudè posada, y mudè el peso dentro de pocos dias: porque començaron à pelarseme las cejas, y las pestañas, y poco à poco me dexaron los cabellos: y antes de edad me hize calvo, dandome vna enfermedad que llamã Lupicia, y por otro nombre mas claro, la peladera. Hallème verdaderamẽte hecho pelon, porque ni tenia barbas que peynar, ni dineros q̃ gastar. Fue la enfermedad caminãdo al passo de mi necessidad, y como la pobreza atropella à la hõra, y à vnos lleua à la horca, y à otros al hospital, y à otros les haze entrar por las puertas de sus enemigos, con ruegos, y sumissiones, que es vna de las mayores miserias que pueden sucederà vn disdichado. Por no gastar en curarme los vestidos que me auian de cubrir, y hõrar en salud, llegado el tiempo en que se dan los sudores en el hospital de la Resurrecion, me entrè en el, donde he tomado quarenta sudores. Dizen que quedarè sano, si me guardo, espada tengo, lo demas Dios lo remedie. Ofreciosele de nueuo el Licenciado, admirandose de las cosas que le auia contado. Pues de poco se marauilla vuessa merced, señor Peralta dixo el Alferez, que otros sucessos me quedan por dezir, q̃ exceden à toda imaginacion, pues van fuera de todos los terminos de naturaleza, no quiera v.merced saber mas, sino què son de suerte, que doy por bien empleadas todas mis desgracias; por auer sido parte de auerme puesto en el hos-

hospital, donde vi lo que aora dirè, que es lo que aora, ni nunca vuessamerced podràcreer, ni aurà persona en el mũdo que lo crea. Todos estos preambulos, y encarecimientos, que el Alferez hazia antes de contar lo q̃ auia visto, encendian el deseo de Peralta, de manera, que con no menores encarecimientos le pidiò, que luego luego le dixesse las marauillas que se quedauan por dezir. Ya v.m. avrà visto, dixo el Alferez, dos perros, q̃ con dos lenternas andan de noche con los Hermanos de la Capacha, alumbrandolos quando piden limosna? Si he visto, respondio Peralta. Tambien avrà visto, ò oido vuessamerced, dixo el Alferez, lo que dellos se cuenta, que si acaso echã limosna de las ventanas, y se cae en el suelo; ellos acuden luego à alumbrar, y à buscar lo que se cae, y se paran delante de las ventanas, dõde saben que tienen costumbre de darles limosnas: y con ir alli con tanta mansedumbre, q̃ mas parecen corderos que perros, en el hospital son vnos Leones, guardando la casa con grande cuidado, y vigilancia. Yo he oìdo dezir, dixo Peralta, que todo es assi; pero esso ni me puede, ni deue causar marauilla. Pues lo que aora dirè dellos, dixo el Alferez, es razon que la cause, y que sin hazerse Cruzes, ni alegar imposibles, ni dificultades, vuessa merced se acomode à creerlo. Y es, que yo oì, y casi vi con mis ojos à estos dos perros que el vno se llama Cipion, y el otro Bergança, estar vna noche, q̃ fue la penultima que acabè el sudar, echados de tras de mi cama en vnas esteras viejas, y à la mitad de aquella noche, estando à escuras, y desvelado pẽsando en mis passados sucessos, y presẽtes desgracias, oì hablar alli junto, y estuue con atento oìdo escuchãdo por ver si podia venir en conocimiento de los q̃ hablauan, y eran los perros, Cipion, y Bergança. Apenas acabò de dezir esto Campuçano, quãdo leuantandose el Licenciado, dixo: Vuessa merced que de mucho en buen hora, señor Campuçano, q̃ hasta aquì estaua en duda, si creeria, ò no lo que de su casamiento me auia contado: y esso que aora me cuenta, de que oyò hablar los perros, me ha hecho declarar por la parte de no creerle ninguna cosa. Por amor de Dios, señor Alferez, que no cuẽte estos disparates à persona alguna, si ya nò fuere à quien sea tan su amigo como yo. No me tenga v.m. por tan ignorante, replicò Campuçano, que no entienda, que si no es por milagro, no pueden hablar los animales; que bien sè, que si los tordos, picaças, y papagayos hablan, no son sino las palabras que aprenden, y toman de memoria, y por tener la lẽgua estos animales comoda para poder pronũciarlas: mas no por esto puedẽ hablar, y responder con discurso concertado, como estos perros hablaron; y assi muchas vezes, despues que los oì, yo mismo no he querido dar credito à mi mismo, y he querido tener por cosa soñada lo que realmente estando despierto, con todos mis cinco sẽtidos, tales quales nuestro Señor fue servido darmelos, oì, escuchè, notè; y finalmente, escriui, sin faltar palabra, por su concierto; de dõde se puede tomar indicio bastante, que mueua, y persuada à creer esta verdad que digo. Las cosas de que trataron fueron grandes, y diferentes, y mas para ser tratadas por varones sabios, que para ser dichas por bocas de animales. Assi, que pues yo no las pude inuentar de mi, ò à mi pesar, y contra mi opinion, vengo à creer, que no soñaua, y que los perros hablauã. Cuerpo de mi, replicò el Licenciado, si se nos ha buelto el tiempo de Maricastaña, quando hablauã las calabaças: ò el de Yfopo quando departia el gallo con la çorra, y vnos animales con otros. Vno dellos seria yo, y el mayor, replicò el Alferez, si creyesse que esse tiempo ha buelto. Y aun tã bien lo seria, si dexasse de creer lo que oi, y lo q̃ vi, y lo que me atreuerè à jurar cõ juramẽto, q̃

obligue, y aũ fuerce à q̃ lo crea la misma incredulidad. Pero puesto caso que me aya engañado, y que mi verdad sea sueño, y el porfiarla disparate, no se holgarà vuessa merced, señor Peralta, de ver escritas en vn coloquio las cosas que estos perros, ò sean quien fueren, hablaron? Como vuessa merced, replicò el Licenciado, no se canse mas en persuadirme, que oyò hablar à los perros, de muy buena gana oyrè esse coloquio, que por ser escrito, y notado del buen ingenio del señor Alferez, ya le juzgo por bueno. Pues ay en esto otra cosa, dixo el Alferez, que como yo estaua tan atento, y tenia delicado el juizio, delicada, sutil, y desocupada la memoria (merced à las muchas passas, y almendras que auia comido) todo lo tomè de coro, y casi por las mismas palabras que auia oido, lo escriui otro dia, sin buscar colores para adornarlo, niq̃ añadir, ni quitar para hazerle gustoso. Ni fue vna noche sola la platica que fueron dos consecutiuamente, aunque yo no tengo escrita mas de vna, que es la vida de Bergança; y la del compañero Cipion pẽso escriuir (que fue la que se contò la noche segunda) quando viere, ò que esta se crea, ò à lo menos no se desprecie. El coloquio traigo en el seno: pusèlo en forma de coloquio, por ahorrar, le dixo Cipion,

pion, respondiò Bergança, que suele alargar la escritura. Y en diziẽdo esto, sacò del pecho vn cartapacio, y le puso en las manos del Licenciado, el qual le tomó riyendose, y como haziendo burla de todo loque auia oìdo, y de lo que pensaua leer. Yo me recuesto, dixo el Alferez, en esta silla, en tãto que v. merced lee, si quiere, estos sueños, ò disparates, que no tiene otra cosa de bueno, sino es el poderlos desxar quando enfaden. Haga vuesa merced su gusto, dixo Peralta, que yo con breuedad me despedirè desta letura. Recostose el Alferez, abriò el Licenciado el cartapacio, y en el principio viò que estaua puesto esse titulo:

NOVELA, Y COLOQVIO QVE PASSO ENTRE CIPION, Y BERgança, perros del Hospital de la Resurreccion, que està en la Ciudad de Valladolid, fuera de la puerta del Campo, à quien comunmente llaman los perros de Mahudes.

Cipio. BERGANça amigo, dexemos esta noche el Hospital en guarda de la confiança, y retirémonos à esta soledad, y entre estas esteras, dõde podremos gozar, sin ser sentidos desta no vista merced, que el cielo en vn mismo punto à los dos nos ha hecho.

Bergança. Cipion hermano, oygote hablar, y sè que te hablo, y no puedo creerlo, por parecerme, que el hablar nosotros, passa de los terminos de natura leza.

Cipion. Assi es la verdad, Bergança, y viene à ser mayor este milagro, en que no solamẽte hablamos, sino en que hablamos con discurso, como si fueramos capaces de razon, estãdo tan sin ella, que la diferencia q̃ ay del animal bruto al hombre, es ser el hombre animal racional, y el bruto irracional.

Ber. Todo lo que dizes Cipion, entiendo, y el dezirlo tu, y entenderlo yo, me causa nueua admiracion, y nueua marauilla. Biẽ es verdad, que en el discurso de mi vida, diuersas, y muchas

vezes he oido dezir grandes prerrogatiuas nuestras, tãto que parece q̃ algunos han querido sentir que tenemos vn natural distinto, tã viuo, y tan agudo en muchas cosas, q̃ dà indicios, y señales de faltar poco para mostrar q̃ tenemos vn no sè què de entẽdimiẽto capaz de discurso.

Cip. Lo que yo he oido alabar, y encarecer, es nuestra mucha memoria, el agradecimiẽto, y grã fidelidad nuestra, tanto que nos suelen pintar por simbolo de la amistad, y assi avràs visto (si has mirado en ello) que en las sepulturas de alabastro, donde suelen estar las figuras de los q̃ alli està enterrados (quãdo sõ marido, y muger) ponẽ entre los dos à los pies vna figura de perro, en señal que se guardarõ en la vida amistad, y fidelidad inviolable.

Ber. Biẽ sè que ha auido perros tã agradecidos, q̃ se han arrojado con los cuerpos difuntos de sus amos en la misma sepultura. Otros hã estado sobre las sepulturas donde estauan enterrados sus señores, sin apartarse dellas, sin comer hasta q̃ se le acabaua la vida. Se tambiẽ, que despues del Elefãte, el perro tiene el primer lugar de parecer que tiene entẽdimiẽto: luego el cauallo, y el vltimo la Ximia.

Cip. Anssi es, pero bien confessarás, que ni has visto, ni oido dezir jamas, que aya hablado ningun Elefante, perro, cauallo; ò mona. Por dõde me doy à entẽder, que este nuestro hablar tan de improuiso, cae debaxo del numero de aquellas cosas que llaman portentos, las quales quãdo se muestran, y parecẽ tiene aueriguado la experiencia, q̃ alguna calamidad grande amenaza à las gentes.

Ber. De essa manera no harè yo mucho en tenerpor señal portẽtosa, lo q̃ oì dezir los dias passados à vn estudiãte, passando por Alcalà de Henares.

Cip. Que le oiste dezir?

Ber. Que de cinco mil estudiantes, que cursauã aquel año en la Vniuersidad, los dos mil oìan Medicina.

Cip. Pues vendràs à inferir de esso, ò que estos dos mil Medicos han de tener enfermos que curar (que seria harta plaga, y mala ventura) ò que se avràn de morir de hãbre. Pero sea lo que fuere, nosotros hablamos, sea portento, ò no, q̃ lo que el cielo tiene ordenado q̃ suceda, no ay diligẽcia, ni sabiduria humana que lo pueda prevenir: y assi no ay para q̃ ponernos à disputar como, ò por q̃ hablamos; mejor serà que este buen dia le metamos en casa, y pues le tenemos cõ bueno, yno sabemos què durarà esta nuestra vẽtura, sepamos aprouecharnos della, y hablemos toda esta noche, sin dar lugar al sueño, q̃ nos impida este gusto, de mi por largos tiempos deseado.

Ber. Y aunde mi que desde que tuve fuerças para roer vn haçesso, tuue deseo de hablar, para dezir cosas, q̃ depositaua en la memoria, y allí de antiguas, y muchas, ò se enmohecian, ò se me olvidauan. Empero agora que tã sin pẽsarlo me veo enriquecido de tedioino dõ desta habla, pienso gozarle, y aprouecharme dèl lo mas q̃ pudiere, dandome priesa à dezir todo aquello q̃ se me acordare, aũque sea atropellada, y confusamente, porque no sè quando me bolverã à pedir este bien que por prestado tengo.

Cip. Sea esta la manera, Bergãça amigo, q̃ esta noche me cuẽtes tu vida, y los trances por dõde has venido al pũto en q̃ agora te hallas, y si mañana en la noche estuuiere q̃ no sco habla, yo te cõtarè la mia, porq̃ mejor seràgastar el triẽpo en cõtar las propias, q̃ en procurar saber las agenas vidas.

Ber. Siempre Cipiõ te he tenido por discreto, y por amigo, y agora mas que nunca, paresce como amigo, mi gres dezirme tus sucessos, y saber los mios, y como discreto has repartido el tiempo, donde podamos manifestarlos. Pero aduierte primero si nos oye alguno.

Cip. Ninguno, à lo q̃ creo, puesto q̃ aqui cerca està vn solo dormidores, pero en esta sazon mas estarà para dormir, que para ponerse à escuchar àn die.

Ber. Pues si puedo hablar cõ esse seguro, escucha, y si te cãsare lo que te fuere diziendo, ò me reprehende, ò manda que calle.

Cip. Habla hastaque amanezca, ò hasta que seamos sentidos, q̃ yo escucharè de muy buena gana, sin impedirte, sino quando viere ser necessario.

Ber. Parecemeq̃ la primera vez q̃ vi el Sol, fue en Seuilla, y en su matadero, q̃ està fuera de la puerta de la carne: por donde imaginar, (si no fuera por loq̃ despues te dirè) que mis padres deuierõ de ser alanos de aquellos que crian los ministros de aquella confusion, à quien llaman gifferos. El primero que conoci por amo, fue vno llamado Nicolas el Romo, moço robusto, doblado, y colerico, como lo son todos aquellos q̃ exercitan la giferia. Este tal Nicolas me enseñaua à mi, y à otros cachorros aq̃ en compañia de alanos viejos, arremetiessemos à los toros, y les hiziessemos presa de las orejas. Cõ mucha facilidad salì vn agudo en esto.

Cip. No me marauillo, Bergãça, q̃ como el hazer mal viene de natural cosecha, facilmente se aprende el hazerle.

B. Que te diria Cipiõ hermano de lo q̃ vi en aquel matadero, y de las cosas exorbitantes que en aquel passo? Primero has de saber que todos quãtos en el trabajan, desde el menor hasta el mayor, es gẽte mucha de sociecia, desalmada, sin temer al Rey ni a su justicia: los mas mãcebados: son aues de rapiña carniceras. Mantienẽse ellos, y sus amigas de lo que hurtan. Todas las mañanas, que son dias de carne, antes que amanezca estan en el matadero gran cãtidad de mugercillas, y muchachos, todos con talegas, que viniendo vacias, bueluen llenas de pedaços de carne, y las criadas con criadillas, y lomos medio enteros. No ay res alguna que se mate, de quiẽ no lleue esta gente diez mos, y primicias de lo mas sabroso, y bien parado. Y como en Seuilla no ay obligado de la carne, cada vno puede traer la q̃ quisiere, y la que primero se mãta, ò es la mejor, ò la de mas basta postura, y con este concierto ay siempre mucha abundancia. Los dueños se encomiendan à esta buena gente que he dicho, no para que no los hurten (que esto es imposible) sino para que se moderen en las tales tajadas, y escaliñas que hazen en las reses muertas, que las escamonẽa, y podan, como si fuessen sauces, ò parras. Pero ninguna cosa me admiraua mas, ni me parecia peor, que el ver que estos gifetos con la misma facilidad matan à vn hombre, que à vna vaca, por quitarme allà esta paja, à dos por tres, meten vn cuchillo de cachas amarillas por la barriga de vna persona, como si ocagotassen vn toro. Por marauilla se passa dia sin pendencias, y sin heridas, y à vezes sin muertes: todos se pican de valientes: y aun tienen sus puntas de rufianes, no ay ninguno que no tenga su Angel de guarda en la plaça de San Francisco, grangeado con lomos, y lenguas de vaca. Finalmente, oi dezir à vn hombre discreto, que tres cosas tenia el Rey por ganar en Seuilla: la calle de la caça, la costanilla, y el matadero.

Cip. Si en contar las cõdiciones de los amos que has tenido, y las faltas de sus oficios te has de estar amigo Bergança tãto como esta vez, menester serà pedir al cielo nos conceda la habla siquiera por vn año, y aun temo que al passo que llenas, no llegaras à la mitad de tu historia. Y quiero te aduertir de vna cosa, de la qual veràs la experiencia quãdo te cuente los successos de mi vida, y es, que los cuentos vnos encierran, y tienen la gracia en ellos mismos, otros en el modo de contarlos: quiero dezir, que alguno ay, que aunque se cuenten sin preambulos, y ornamentos de palabras, dan contento: otros ay, que es menester vestirlos de palabras, y con demonstraciones del rostro, y de las manos, y con mudar la voz se hazen algo de renada, y de floxos, y desmayados, se bueluen agudos, y gustosos, y no se te olvide

de este aduertimiẽto, para aprouecharte del en lo q̃ te queda por dezir.

Ber. Yo lo harè âsi, si pudiere, y si me dà lugar la grande tẽtacion que tengo de hablar, aunque me parece que con grandissima dificultad me podrias ir à la mano.

Cip. Vete à la lengua, q̃ en ella consisten los mayores daños de la humana vida.

Ber. Digo pues, que mi amo me enseñò à lleuar vna espuerta en la boca, y à defenderla de quiẽ quitarmela quisiesse. Enseñòme tambien la casa de su amiga, y con esto se escusò la venida de su criada al matadero, porque yo le lleuaua las madrugadas lo que èl auia hurtado las noches. Y vn dia que entre dos luzes, iva yo diligẽte à lleuar la porcion, oì q̃ me llamauan por mi nombre desde vna ventana; alcè los ojos, y vi vna moça hermosa en estremo detuueme vn poco, y ella baxò à la puerta de la calle, y me tornò à llamar. Lleguème à ella, como si fuera à ver lo que me queria, que no fue otra cosa, que quitarme lo que lleuaua en la cesta, y ponerme en su lugar vn chapin viejo. Entonces dixe entre mi, la carne se ha ido à la carne. Dixome la moça en auiendome quitado la carne. Andad gauilã, ò como os llamais, y dezid à Nicolas el romo vuestro amo, que no se fie de animales, y que del lobo vn pelo, y este de la espuerta. Bien pudiera yo boluer à quitar lo q̃ me quitò, pero no quise, por no poner mi boca xifera, y sucia en aquellas manos limpias, y blancas.

Cip. Hiziste muy bien, por ser perrogatiua de la hermosura, q̃ siempre se le tenga respeto.

Ber. Assi lo hize, y assi me bolui à mi amo sin la porcion, y cõ el chapin. Parecìole q̃ bolui presto, viò el chapin, imaginò la burla, sacò vno de cachas, y tiròme vna puñalada, que a no desviarme, nunca tu oyeras aora este quento, ni aun otros muchos que pienso contarte. Puse pies en poluorosa, y tomando el camino en las manos, y en los pies por detras de sanBernardo, me fui por aquellos campos de Dios, a donde la torruna quisiesse lleuarme. Aquella noche dormi al cielo abierto, y otro dia me deparò la suerte vn hato, ò rebaño de ouejas, ò carneros. Assi como le vi, creì que auia hallado en èl el contẽto de mi reposo, pareciendome ser propio, y natural al oficio de los perros guardar ganado, q̃ es obra dõde se encierra vna virtud tan grande, como es amparar, y defender de los poderosos, y soberuios, los humildes, y los q̃ poco pueden. Apenas me huuo visto vno de tres pastores q̃ el ganado guardauan, quando diziẽdo:

To, to, me llamò, y yo que otra cosa no deseaua, me llegue à èl, baxan lo la cabeça, y meneando la cola. Truxome la mano por el ro no, abriòme la boca, escupiòme en ella, miròme las presas, conociò mi edad, y dixo à otros pastores, q̃ yo tenia todas las señales de ser perro de casta. Llegò à este instãte el señor del ganado sobre vna yegua rucia à la gineta, con lança, y adarga, que mas parecia atajador de la costa, que señor de ganado. Pregũtò al pastor: Què perro es este, q̃ tiene señales de ser bueno? Bien lo puede v.m. creer, respondiò el pastor, que yo le he cotejado bien, y no ay señal en èl, que no muestre, y prometa q̃ ha de ser vn grã perro: aora se llegò aqui, no sè cuyo sea, aunque sè q̃ no es de los rebaños de la redonda. Pues assi es, respondiò el señor, dale luego el collar de leoncillo, el perro que se muriò, y denle racion q̃ à los demas, y acaricialde, porq̃ tome cariño al hato, y se quede en èl. En diziendo esto se fuè, y el pastor me puso luego al cuello vnas carlãcas llenas de puntas de azero, auiẽdome dado primero en vn dornajo grã cãtidad de sopas en leche. Y assi mismo me puso nõbre, y me llamò Barcino. Vime harto, y cõtento con el segundo amo, y cõ mi nueuo oficio. Mostrème solicito, y diligẽte en la guarda del rebaño, sin apartarme dèl, sino

las fiestas, q̃ me iba à passarlas, ò ya à la sombra de algun arbol, ò de algun ribaço, ò peña, ò à la de alguna mata, à la margen de algun arroyo de los muchos que por alli corrian. Y estas horas de mi sosiego no las passaua ociosas; porq̃ en ellas ocupaua la memoria en acordarme de muchas cosas, especialmente en la vida que auia tenido en el matadero y en la q̃ tenia mi amo, y todos los como èl, que estàn sugetos à cũplir los gustos impertinentes de sus amigas. O què de cosas te podia dezir aora de las q̃ aprendì en la escuela de aquella ãgifera dama de mi amo; pero avrèlas de callar, porque no me tengas por largo, y por murmurador.

Cip. Por auer oido dezir q̃ dixo vn grã Poeta de los antiguos, q̃ era dificil cosa el escriuir satiras, cõsentirè que murmures vn poco de luz, y no de sãgre, quiero dezir, q̃ señales, y no hieras, ni des mate à ninguno en cosa señalada, que no es buena la murmuracion, aunque haga reir à muchos, si mata à vno; y si puedes agradar sin ella, te tendrè por muy discreto.

Ber. Yo tomarè tu consejo, y esperarè con gran deseo q̃ llegue el tiempo en que me cuẽtes tus successos, q̃ de quien tan bien sabe conocer, y enmẽdar los defectos q̃ tengo en contar los mios, bien se puede esperar q̃ contarà los suyos de manera q̃ enseñen,

y deleyten à vn mismo punto; pero anudando el roto hilo de mi cuento, digoque en aquel silencio, y soledad de mis fiestas, entre otras cosas, considerauaq̃ no deuia de ser verdad lo que auia oido cõtar de la vida de los pastores, ò à lo menos de aquellos que la dama de mi amo leia en vnos libros, quando yo iba à su casa, que todos tratavan de pastores, y pastoras, diziendo que se les passaua toda la vida cantando, y tañedo con gaytas, çampoñas, rabeles, y chirumbelas, y con otros instrumẽtos extraordinarios. Deteniame à oir la leer, y leia como el pastor Anfriso cãtaua estremada, y diuinamente, alabãdo à la sin par Belisarda, sin auer en todos los montes de Arcadia, arbol en cuyo tronco no se huuiesse sentado à cãtar, desde que salia el Sol en los braços de la Aurora, hasta q̃ se ponia en los de Tetis, y aun despues de auer rẽdido la negra noche por la faz de la tierra sus negras, y obscuras alas, él no cessaua de sus bien cantadas, y mejor lloradas quexas. No se le quedaua entre renglones el pastor Elicio, mas enamorado que atreuido de quien dezia, que sin atender à sus amores, ni à su ganado, se entraua en los cuidados agenos. Dezia tambiẽ, que el gran pastor de Filida, vnico pintor de vn retrato, auia sido mas confiado que dichoso. De los desmayos de Sireno, y arrepentimiento de Diana, dezia q̃ daua gracias à Dios, y à la sabia Felicia, que con su agua encantada deshizo aquella maquina de enredos, y aclarò aquel laberinto de dificultades. Acordaua me de otros muchos libros, que de este jaez la auia oido leer, pero no eran dignos de traerlos à la memoria.

Cip. Aprouechandote vas Bergança de mi aviso, murmura, pica, y passa, y sea tu intenciõ limpia, aunque la lengua no lo parezca.

Ber. En estas materias nũca tropieça la lengua, sino cae primero la intenciõ. Pero si acaso por descuido, ò por malicia murmurare, responderé à quien me reprehendiere, lo que respondiò Mauleon Poeta, tonto, y academico de burla de la academia de los imitadores, à vno que le preguntò, que queria dezir *Deũde Deo*? Y respondio, que de dende diere.

Cip. Essa fue respuesta de vn simple; pero tu si eres discreto, o lo quieres ser, nunca has de dezir cosa que demasdar disculpa adelante.

Ber. Digo, que todos los pensamientos que he dicho, y muchos mas, me causaron ver los differentes tratos, y exercicios que mis pastores, y todos los demas de aquella marina tenian de aquellos que auia, ò de leer, que tenian los pastores de los libros, porque si los mios cantauan, no eran canciones acordadas, y bien compuestas, sino vn Cata el lobo, do và tuanica, y otras cosas semejantes; y esto no assi son de chirũbelas, rabeles, ò gaytas, sino al que hazia el dar vn cayado con otro, ò al de algunas tejuelas puestas entre los dedos, y no cõ vozes delicadas, sonoras, y admirables, sino con vozes roncas, que solas, ò juntas, parecia, no que cantauan, sino que gritauan, ò grunian. Lo mas del dia se les passaua espulgando, ò remendando sus abarcas, ni entre ellos se nombrauan Amarilis, Filidas, Galateas, y Dianas, ni auia Lisardos, Lauros, Iacintos, ni Riselos, todos eran Antones, Domingos, Pablos, ò Llorẽtes. Por donde vine à entender lo q̃ pienso que deuẽn de creer todos, que todos aquellos libros son cosas sonadas, y bien escritas para entretenimiẽtos de los ociosos, y no verdad alguna, que à ser lo entre mis pastores huuiera alguna reliquia de aquella felicissima vida, y de aquellos amenos prados, espaciosas selvas, sagrados montes, hermosos jardines, arroyos claros, y cristalinas fuentes, y de aquellos tã honestos, quanto bien declarados requiebros, y de aquel desmayarse aqui el pastor, allà la pastora, acullà resonar la çampoña del vno, acà el caramillo del otro.

Cip. Basta Bergança, buelue à tu senda, y camina.

Ber. Agradezcotelo Cipiõ amigo; porque si no me auisaras, de manera se me iva calentãdo la boca, que no parara hasta pintarte vn libro entero destos q̃ me tenian engañado: pero tiempo vendra en que lo diga todo, cõ mejores razones que aora.

Cip. Mirate à los pies, y desharàs la rueda Bergaça, quiero dezir, que mires que eres vn animal que carece de razon, y si aora muestras tener alguna, ya emos auerriguado entre los dos ser cosa sobre natural, y jamas vista.

Ber. Esso fuera assi, si yo estuuiera en mi primera ignorancia, mas aora que me ha venido à la memoria lo que te auia de auer dicho al principio de nuestra platica, no solo no me marauillo de lo que hablo; pero espantome de lo que dexo de hablar.

Cip. Pues aora puedes dezir lo que aora se te acuerda.

Ber. Es vna cierta historia, que passò con vna grãde hechizera, discipula de la Camacha de Mõtilla.

Cip. Digo que me la cuentes antes que passes mas adelãte en el cuento de tu vida.

Ber. Esso no hare yo por cierto, hasta su tiempo, ten paciencia, y escucha por su orden mis sucessos, q̃ assi te darà mas gusto,

si ya no te fatigaquerer saber los medios antes que los principios
Cip. Se breue, y cuenta lo que quisieres, y como quisieres.
Berg. Digo, pues, que yo me hallaua bien con el oficio de guardar ganado, por parecerme, que comia el pan de mi sudor, y trabajo, que la ociosidad, raiz, y madre de todos los vicios, no tenia que ver conmigo, a causa que si los dias holgaua, las noches no dormia, dandonos assaltos à menudo, y tocandonos al arma los lobos, y apenas me auian dicho los pastores: Al lobo Barzino, quando acudia primero que los otros perros à la parte que me señalauan que estaua el lobo, corria los valles, escudriñaua los montes, desentrañaua las seluas, saltava barrancos, cruzaua caminos, y à la mañana boluia al hato, sin auer hallado lobo, ni rastro del: anhelando, cansado, hecho pedaços, y los pies abiertos de los garranchos: hallaua en el hato, ò ya vna oueja muerta, ò vn carnero degollado; y medio comido del lobo. Desesperauame de ver de quan poco seruia mi mucho cuidado, y diligencia. Venia el señor del ganado, y salian los pastores à recibirle cõ la piel de la res muerta. Culpaua à los pastores por negligentes, y mandaua castigar à los perros por pereçoso, llouian palos sobre nosotros, y assi viendome castigado sin culpa, y q̃ mi cuydado, y braueça no era de prouecho para coger el lobo, determine de mudar estilo, no desviandome à buscarle, como tenia de costumbre, lexos del rebaño, sino estarme junto à el, q̃ pues el lobo alli venia, alli seria mas cierta la presa. Cada semana nos tocauan à rebato, y en vna obscura noche tuue yo vista para ver los lobos, de quien era imposible q̃ el ganado se guardasse. Agachème detràs de vna mata, passaron los perros mis compañeros adelante, y desde alli notè, y vi, que dos pastores assierõ de vn carnero de los mejores del aprisco, y le mataron, demanera que verdaderamẽte pareciò à la mañana que auia sido su verdugo el lobo. Pasmème, quedè suspenso quando vi que los pastores eran los lobos, y que despedaçauã el ganado los mismos que le auiã de guardar. Al punto hazian saber à su amo la presa del lobo, dauanle el pellejo, y parte de la carne, y comianse ellos lo mas, y lo mejor. Bolvia àreñirles el señor, bolvia tambiẽ el castigo de los perros. No auia lobos, menguaua el rebaño; quisiera yo descubrirlo, hallauame mudo. Todo lo qual me traia lleno de admiracion, y de congoja. Valame Dios, dezia entre mi, quiẽ podrà remediar esta maldad? quien serà poderoso à dar à entẽder que la defensa

sa ofende? q̃ las centinelas duermen? que la confiãça roba? y el que os guarda os mata?
Cip. Y dezias muy bien Bergança, porque no ay mayor, ni mas lutil ladron, que el domestico, y assi mueren muchos mas de los confiados, que de los recatados; pero el daño estè en que es imposible que puedan passar bien las gentes en el mundo, si no se fian, y se confia. Masque dese aqui esto, que no quiero que parezcamos Predicadores: passà à delante.
Ber. Passo à delante, y digo que determinè dexar aquel oficio, aunque parecia tan bueno, y escoger otro donde por hazerle bien, y aque no fuesse remunerado, no fuesse castigado. Bolvime à Seuilla, y entrè à servir a vn mercader muy rico.
Cip. Què modo tenias para entrar con amo? porq̃ segun lo que se vsa con grãdificultad el dia de oy hallà vn hõbre de biẽ señor à quien servir. Muy diferentes son los señores de la tierra, del Señor del cielo. Aquellos para recibir vn criado, primero le espulgan el linage, examinan la habilidad, le marcã la postura, y aun quieren saber los vestidos que tiene. Pero para entrar à servir à Dios el mas pobre es mas rico, el mas humilde de mejor linage, y con solo q̃ se disponga cõ limpieça de coraçõ à querer servirle, luego le manda poner en el libro de susgages, señalandose los tan auentajados, q̃ de muchos, y de grãdes, apenas pueden caber en su deseo.
Ber. Todo esso es predicar, Cipion amigo.
Cip. Assi me lo parece à mi, y assi callo.
Ber. A lo que me preguntaste del orden que tenia para entrar con amo, digo: Que ya tu sabes q̃ la humildad es la basa, y fundamento de todas virtudes, y q̃ sin ella no ay alguna que lo sea. Ella allana inconvenientes, vẽce dificultades, y es vn medio q̃ siempre à glorioso fines nos conduce, de los enemigos haze amigos, templa la colera de los ayrados, y menoscaba la arrogãcia de los sobervios, es madre de la modestia, y hermana de la tẽplança. En fin con ella no pueden atraues̃ar triunfo, que les sea de prouecho, los vicios, porque en su blandura, y mansedũbre se embotan, y despuntã las flechas de los pecados, de suerte pues me aprouechaua yo, quãdo queria entrar à servir en alguna casa, auiendo primero cõsiderado, y mirado muy bien ser casa que me pudiesse mantener, y donde pudiesse entrar vn perro grãde. Luego arrimauame àla puerta, y quando à mi parecer entraua algun forastero, le ladraua, y quãdo venia el señor baxaua la cabeça, y moviendo la cola me iba à el, y con la lengua le limpiaua

praua los çapatos, si me echaua à palos fuera dalos, y con la misma mãse. lumbre boluia a hazer halagos al que me apaleaua, q̃ ningeno seg ndaua viendo mi porfia, y mi noble termino. Desta manera à dos porfias me queda ua en casa, seruia bi̇ẽ, quetiã me luego bien, y nadie me despidiò sino era que yo me despidiesse, ò por mejor dezir me fuesse, y tal vez hallè amo, q̃ estefuera el dia que yo estuuiera en su casa, si la contraria suerte no me huuiera perseguido.

Cip. De la misma manera q̃ has contado entraua yo õ los amos que tuue, y parece que nos leèmos los pensamientos.

Ber. Como en essas cosas nos he mos encõtrado, sino me enga ño, yo te las dirè à su tiempo como tẽgo prometido, y aora escucha loq̃ mesucedió despues q̃ dexè el ganado en poder de aquellos perdi los Bolsime à Seuilla, como dixe, que es amparo de pobres, y refugio de desechados, q̃ en su grandeza, no solo cabẽ los pequeños, pero no se echan de ver los grandes. Arrimème à la puerta de vna grãca sa de vn mercader, hize mis acostumbradas diligencias, y à pocos lances me quedè en ella. Recibieron me para tenerme atado detras de la puerta de dia, y suelto de noche: seruia con grã cuidado, y diligẽcia, ladraua àlos forasteros, y gruñia à los q̃ no eran muy conocidos; no dormia de noche, visitãdo los corrales, subiẽdo à los tẽrrados, hechovniuersal cẽsura de la mia, y de las agenas. Agradòse tanto mi amo de mi buen seruicio, q̃ mãdò que me tratassen bien, y me diessen racion de pan, y los huessos que se leuãtassen, y arrojassen de su mesa, con las sobras de la cocina, à lo q̃ me mostraua agradecido, dando infinitos saltos quando veìa à mi amo: especialmente quando venia de fuera, que eran tantas las muestras de regocijo q̃ daua, y tantos los saltos, q̃ mi amo ordenò q̃ me desatassen, y me dexassen andar suelto de dia, y de noche. Como me vi suelto corria à èl, rodeele todo, sin osar llegarle con las manos, acordandome de la fabula de Ysopo, cuãdo aquel asno, tãasno q̃ quiso hazer à su señor las mismas caricias que le hazia vna perrilla regalada suya le grangeatõ ser molido à palos. Pareciome q̃ en esta fabula nos diò à entẽder, que las gracias, y donayres de algunos, no estã bien en otros. A podẽ el cruã, juguè de manos, y boltee el Istrion, rebuznè el picaro, imite el cãto de los pajaros, y los diuersos gestos, y acciones de los animales, y los hõbres, el hombre baxo q̃ se huuiere dado à ello, y no lo quiera hazer el hõbre principal, à quiẽ ninguna habilidad destas le puede dar credito, ni nõbre hõroso.

Cip. Basta, adelante Bargança, que

que ya està entendido.

Ber. Ojalà, q̃ se como tu entiendes, me entendiessen aquellos por quien lo digo, q̃ no sè q̃ tengo de buẽ natural, que me pesa infinito quando veo q̃ vn Caualllero se hazechocarrero, y se precia de saber jugar los cubiletes, y las agallas, y que no ay quien como el se pabayle la chacona. Vn Caualllero conozco yo, que se alabaua q̃ à ruegos de vn Sacristan auia cortado de papel 32. flores para poner envn monumẽto sobre paños negros, y destas cortaduras hizo tãto caudal, q̃ assi lleuaua à sus amigos àverlas, como si los lleuarà à ver las vanderas, y despojos de enemigos, q̃ sobre la sepultura de sus padres, y abuelos estauã puestas. Este mercader puestenia dos hijos el vno de doze, y el otro de hasta catorce años, los quales estudiauan Gramatica en el estudio de la Compañia de Iesus, ibã con autoridad cõ ayo, y cõ pages, q̃ les lleuauã los libros, y aquel q̃ llaman vade mecũ. El verlos ir cõ tanto aparato, en sillas, si hazia Sol, en coches si llouia, me hizo considerar, y reparar en la mucha llaneza con q̃ su padre iba à la lonja à negociar sus negocios: porq̃ no lleuaua otro criado q̃ vn negro, y algunas vezes se desmãdaua à ir en vn machuelo aun no bien adereçado.

Cip. Has de saber Bergança, q̃es costumbre, y condicion de los mercaderes de Seuilla, y aũde las otras ciudades, no mostrar su autoridad en sus personas, sino en las de sus hijos, porq̃ los mercaderes son mayores en su sombra q̃ en si mismos, y como ellos por marauilla entiẽden à otra cosa q̃ à sus tratos, tratanse modestamẽte, y como la ambicion, y la riqueza muere por manifestarse, rebienta por sus hijos, y assi los tratan, y autorizan como si fuessen hijos de algun Principe, y algunos ay q̃ les procurã titulos, y ponerles en el pecho la marca, q̃ tanto distingue la gente principal de la pleueya.

Ber. Ambiciõ es, pero ambicion generosa, la de aquel que pretẽde mejorar su estado sin perjuizio de tercero.

Cip. Pocas, ò ninguna vez se cũple con la ambicion, que no sea con daño de tercero.

Ber. No hemos dicho, que no hemos de murmurar.

Cip. Si, q̃ yo no murmuro de nadie

Ber. Aora acabo de confirmar por verdad lo q̃ muchas vezes he oido dezir, a cerca vn maldiciente murmurador de echar à perder diez linages, y de calumniar veinte buenos, y si alguno le reprehẽde por loq̃ ha dicho, responde, q̃ él no ha dicho nada, y q̃ si ha dicho algo, no lo ha dicho por tãto, y que si pensara q̃ à alguno le auia de agraviar, no lo dixera. A la fe, Cipiõ, mucho ha de saber, y muy sobre los estriuos ha de

de estar el que quisiere sustẽtar dos horas de conuersacion, sin tocar los limites de la murmuracion: porque yo veo en mi, q̃ con ser vn animal como soy, à quatro razones q̃ digo me acuden palabras à la lengua como mosquitos al vino, y todas maliciosas, y murmurantes. Por lo qual buelvo à dezir lo que otra vez he dicho, que el hazer, y dezir mal lo heredamos de nuestros primeros padres, y lo mamamos en la leche. Veese claro, en que apenas ha sacado el niño el braço de las faxas, quando leuanta la mano con muestras de querer vengarse de quiẽ à su parecer le ofende: y casi la primera palabra articulada que habla, es llamar puta à su ama, ó à su madre.

Cip. Assi es verdad, è yo confiesso mi yerro, y quiero que me le perdones, pues te he perdonado tãtos, echè nos pelillos à la mar (como dizen los muchachos) y no murmurèmos de aqui adelante, y sigue tu cuento, que le dexaste en la autoridad cõ que los hijos del mercader tu amo yban al estudio de la Compañia de Iesus.

Ber. A èl me encomiendo en todo acontecimiẽto; y aunque el dexar de murmurar lo tẽgo por dificultoso pienso vsar de vn remedio que oì dezir que vsaua vn gran jurador, el qual arrepẽtido de su mala costumbre, cada vez que despues de su arrepentimiento juraua, se dauan vn pellizco en el braço, ò besaua la tierra en pena de su culpa, pero con todo esto juraua. Assi yo cada vez que fuere contra el precepto q̃ me has dado de que no murmure, y contra la intencion que tẽgo de no murmurar, me morderé el pico de la lengua, de modo que me duela, y me acuerde de mi culpa, para no bolver à ella.

Cip. Tal es esse remedio, que si vsas del el pero q̃ te has de morder tãtas vezes, que has de quedar sin lengua; y assi quedaràs imposibilitado de murmurar.

Ber. A lo menos yo harè de mi parte mis diligencias, y supla las faltas el cielo. Y assi digo, q̃ los hijos de mi amo se dexaron vn dia vn cartapacio en el patio, dõde yo à la sazon estaua: y como estaua enseñado à lleuar las sportilla del gifero mi amo, assi del vade mecum, y fuime tras ellos, con intenciõ de no soltarle hasta el estudio. Succdiòme todo como lo deseaua, que mis amos me vierõ venir con el vade mecum en la boca, assi do sutilmente de las cintas mandaron à vn page me le quitasse. mas yo no lo cõsentì, ni le soltè, hasta que entrè en el aula conèl, cosa que causò risa à todos los estudiantes. Llegueme al mayor de mis amos, y à mi parecer cõ mucha crianca se le puse en las manos, y quedème sentado en cuclillas à la puerta de la aula, mirando de hito en hito al Maestro q̃ en la Catedra leia. No sè que tiene la virtud que con alcançarseme à mi tan poco, ònada della, luego recibi gusto de ver el amor, el termino, la solicitud, la industria con que aquellos benditos Padres, y Maestros enseñauan à aquellos niños, endereçãdo las tiernas varas de su juuẽtud, porque no torciessen, ni tomassen mal siniestro en el camino de la virtud, que juntamente con las letras les mostrauan. Considerava, como los reñian con suauidad, los castigan con misericordia, los animauan con exemplos, los incitauan con premios, y los sobrelleuauan cõ cordura. Y finalmente, como les pintauã la fealdad, y horror de los vicios y les dibuxauã la hermosura de las virtudes, para que aborrecidos ellos, y amadas ellas, consiguiessen el fin para que fueron criados.

Cip. Muy bien dizes Bergança, porque yo he oìdo dezir de essa bendita gente, que para republicos del mundo, no los ay tã prudentes en todo el, y para guiadores y adalides del camino del cielo poco les llegan. Son espejos donde se mira la honestidad, la Catolica doctrina, la singular prudencia; y finalmẽte la humildad profunda, basa sobre quien se leuanta todo el edificio de la bienauenturança.

Ber. Todo es assi como lo dizes, y siguiendo mi historia, digo, que mis amos gustaron de que les lleuasse siempre el vade mecum; con lo qual tenia vna vida de Rey, y aun mejor, porque era descansada, à causa que los estudiantes dieron en burlarse conmigo, y domestiquemẽ cõ ellos de tal manera que me metian la mano en la boca, y los mas chiquillos subian sobre mi. Arrojauan los bonetes, ò sombreros, y yo los boluia a la mano limpiamente, y con gran regozijo. Dieron en darme de comer quanto ellos podian, y gustauan de ver, que quando me dauan nuezes, ò auellanas, las partia como mona, dexando las cascaras, y comiẽdo lo tierno. Tal huuo, que por hazer prueua de mi habilidad me truxo en vn pañuelo grã cantidad de ensalada, la qual comi, como si fuera persona. Era tiempo de Inuierno, quando campeã en Seuilla los mõlletes y mantequillas, de quien era tã bien seruido, q̃ mas de dos Antonios se empeñaron, ò vendieron para que yo almorçasse. Finalmente, yo passaua vna vida de estudiante sin hambre, y sin sarna, que es lo mas q̃ se puede encarecer, para dezir que era buena: porque si la sarna, y la hãbre no fuessen tan vnas con los estudiantes, en las vidas no avria otra de mas gusto, y passatiẽpo, porque corren parejas en ello la vin-

virtud, y el gusto, y se passa la mocedad aprendiendo, y holgãdose. Desta gloria, y desta quietud me vino à quitar vna señora, q̃ à mi parecer llaman por ahi razon de estado, que quãdo cõ ella se cumple, se ha de descumplir con otras razones muchas. Es el caso que aquellos señores mi maestros, les parecio que la mitad hora que ay de licio à licio, la ocupauan los estudiantes, no en repassar las liciones, sino en holgarse conmigo. Y assi ordenaron à mis amos q̃ no me leuantassen mas al estudio: obedecieron, boluieronme à casa, y à la antigua guardadela puerta, y sin acordarse señor, el viejo, de la merced que me auia hecho, de que de dia, y de noche andouiesse suelto, bolui à entregar el cuello à la cadena, y el cuerpo à vna esterilla que dentras de la puerta me pusieron. Ay amigo Cipion si supiesses quan dura cosa es de sufrir el passar de vn estado felice à vn desdichado. Mira, que todas las miserias, y desdichas tienen larga la corriente, y son continuas, o se acaban presto con la muerte, à la continuacio dellas haze vn habito, y costumbre en padecerlas, que suele en su mayor rigor seruir de alibio, mas quãdo de la suerte passada, y calamitosa, sin pensarla, y de improuiso se sale à gozar de otra suerte prospera, ventarosa, y alegre, de alli à poco se buelue à precipitar la suerte primera, y à los primeros trabajos, y desdichas, es vn dolor tan riguroso, que si no acaba la vida, es poner atormentarla mas viuiendo. Digo en fin que bolui à mi racion perruna, y à los huessos que vna negra de casa me arrojaua, aun estos me dezmauã dos gatos romanos, q̃ como sueltos, y ligeros, eran les facil quitarme lo que no caia de baxo del distrito que alcançaua mi cadena. Cipio hermano, assi el cielo te conceda el bien que deseas, que sin que te enfades me dexes aora filosofar vn poco: porq̃ si dexasse de dezir las cosas q̃ en este instante me han venido à la memoria de aquellas que entonces me ocurrieron, me parece que no seria mi historia cabal, ni de fruto alguno.

Cip. Aduierte Bergança, no sea tentacio del demonio essa gana de filosofar, que dizes te ha venido, porque no tiene la murmuracion mejor vaso para paliar, y encubrir su maldad disoluta, q̃ darsela à entender el murmurador, que todo quanto dize son sentencias de Filosofos, y que el dezir mal es reprehension, y el descubrir los defetos, celos buenos zelo. Y no ay vida de ningun murmurante, que si la considerasses, y escudrinasses no la hallasses llena de vicios, y de insolencias, debaxo de saber esto, filosofea aora quanto quisieres.

Ber. Seguro puedes estar Cipion de que mas murmure, porque assi lo tengo presupuesto. Es, pues, el caso, que como me esta un rodo el dia ocioso, y la ociosidad sea madre de los pensamientos, d. en repassar por la memoria algunos Latines q̃ ne quedaron en ella de muchos que oi quando fui con mis amos al estudio, con que à mi parecer me hallo algo mas mejorado de entendimiento, y determinè como si hablar supiera, aprouecharme dellos en las ocasiones que se me ofreciessen; pero en manera diferẽte de la que se suelen aprouechar algunos ignorãtes. Ay algunos Romancistas, que en las cõversaciones dispara n de quando en quando con algun Latin breve, y compendioso, dando à entender à los que no lo entienden, que son grandes Latinos, y apenas sabẽ declinar vn nõbre, ni conjugar vn verbo.

Cip. Por menor daño tẽgo esse, que el que hazẽ los que verdaderamente saben Latin, de los quales ay algunos tã imprudentes, que hablando con alguna patero, ò con vn sastre, arrojan Latines como agua.

Ber. De esso podremos inferir, que tãto peca el que dize Latines delãte de quien los ignora, como el que los dize, ignorandolos.

Cip. Pues otra cosa puedes aduertir, y es, que ay algunos que holes escusa el ser Latinos de ser asnos.

Ber. Pues quien lo duda? la razõ està clara, pues quãdo en tiempo de los Romanos hablauã todos Latin, como lengua materna suya, algun majadero auria entre ellos, à quiẽ no escusaria el hablar Latin para dexar de ser necio.

Cip. Para saber callar en Romãce, y hablar en Latin, discretion es mer ester hermano Bergança.

Ber. Assi es, porque tambien se puede dezir vna necedad en Latin, como en Romance, y yo he visto Letrados sotos, y Gramaticos pesados, y Romãcistas vareteados con sus listas de Latin, que con mucha facilidad pueden enfadar al mũdo, no vna, sino muchas vezes.

Cip. Dexemos esto, y comienga a dezir tus filosofias.

Ber. Ya t. he dicho: estas son que acabo de dezir.

Cip. Quales?

Ber. Estas de los Latines, y Romances que yo comento, y tu acabaste.

Cip. Al murmurar llamas filosofia assi à ello: cariñena, cornica Bergança, ala maldita plaga de la murmuracion, y dale el nombre que quisieres, que ella dara à nosotros el de Cinicos, que quiere dezir perros murmuradores, y por tu vida que calles ya, y figas tu historia.

Ber. Como la tengo de seguir si calle?

Cip.

Cip. Quiero dezir que la sigas de golpe, sin q̃ lo hagas que parezca pulpo, segun la vàs añadiendo colas.

Ber. Habla con propiedad, que no se llamã colas las del pulpo.

Cip. Esse es el error que tuuo el que dixo q̃ no era torpedad, ni vicio nombrar las cosas por sus propios nombres, como si no fuesse mejor (ya que sea forçoso nombrarlas) dezirlas por circũloquios, que rodeos, que templen la asqueroſidad que causa el oirlas por sus mismos nombres. Las honestas palabras dan indicios de la honestidad del q̃ las pronuncia, ò las escriue.

Ber. Quiero creerte, y digo, que no cõtenta mi fortuna de auerme quitado de mis estudios, y de la vida que en ellos passaua tan regozijada, y compuesta, y auerme puesto a traylladar tras de vna puerta, y de auer trocado la liberalidad de los estudiãtes, en la mezquinidad de la negra, ordenò de sobresaltarme en lo q̃ yo por quietud, y descanso tenia. Mira Cipion, ten por cierto, y aueriguado, como yo lo rẽgo, que al desdichado, las desdichas le buscan, y le hallan, aũque se esconda en lo vltimo de la tierra: digolo, porque la negra de casa estaua enamorada de vn negro, esclauo de casa: el qual negro dormia en el çaguã, que es entre la puerta de la calle, y la de en medio, detras de la qual yo estaua, y no se podian juntar, sino de noche, y para esto auia hurtado, ò contrahecho las llaues: y assi las mas de las noches baxaua la negra, y tapandome la boca con algun pedaço de carne, ò queso, abria al negro, con quien se daua buen tiempo, facilitandolo mi silencio, y à costa de muchas cosas q̃ la negra hurtaua. Algunos dias me estragaron la conciencia las dadiuas de la negra pareciẽdome que sin ellas se me apretaria las hijadas, y daria de mastin en galgo; pero en efecto, lleuado de mi buen natural, quise responder à lo q̃ à mi amo deuia, pues tiraua sus gages, y comia su pã, como lo deuen hazer, no solo los perros honrados, à quien se les dà renombre de agradecidos, sino todos aquellos que siruen.

Cip. Esto si Bergança quiero que passe por filosofia, porque son razones que consisten en buena verdad, y en buen entendimiento, y adelante, y no hagas soga, por no dezir cola, de tu historia.

Ber. Primero te quiero rogar me digas, si es que lo sabes, què quiere dezir Filosofia? que aunque yo la nombro no sè lo que es, solo me doy à entender, que es cosa buena.

Cip. Con breuedad te lo dirè. Este nombre se compone de los nombres Griegos, que son, Filos, y Sofia. Filos, quiere dezir amor,

Amor y Sofia la ciẽcia: assi que Filosofia significa amor de la ciencia, y Filosofo amador de la ciencia.

Ber. Mucho sabes Cipion; quien diablos te enseñò à ti nombres Griegos?

Cip. Verdaderamente Bergãça, que eres simple, pues desto haces caso; porque estas son cosas que las saben los niños de la escuela, y tambien ay quien presuma saber la lengua Griega sin saberla, como la latina, ignorandola.

Ber. Esso es lo que yo digo, quisiera que à estos tales los pusiessen en vna prensa, y à fuerça de buelcas les sacaran el jugo de lo que saben: porque no anduuiessen engañando el mundo cõ el tropel de sus gregueſcos rotos, y sus Latines falsos, como hazen los Portugueses con los negros de Guinea.

Cip. Aora si Bergança, que te puedes morder la lẽgua, y tarabarmela yo, porque todo quanto dezimos es murmurar.

Ber. Si, que no estoy obligado à hazer lo que he oido dezir que hizo vno llamado Corõdas Tirio, el qual puso ley, que ninguno entrasse en el Ayuntamiẽto de su Ciudad con armas, so pena de la vida. Descuydòse desto, y otro dia entrò en el Cabildo ceñida la espada: aduirtieronselo y acordandose de la pena por el puesta, al momento desembaynò la espada, y se passò con ella el pecho, y fue el primero que puso, y quebrantò la ley, y pagò la pena. Lo que yo dixe no fue por ley, sino prometer, que me morderia la lengua quando murmurasse; pero aora no vàn las cosas por el tenor, y rigor de las antiguas: oy se haze vna ley, y mañana se quiebra, y quizà conuiene que assi sea. Aora promete vno enmendarse de sus vicios, y de alli à vn momento cae en otros mayores. Vna cosa es alabar la diciplina, y otra el darse con ella: en efecto del dicho al hecho ay gran trecho. Muerdase el diablo, que yo no quiero morderme, ni hazer finezas detras de vna estera, donde de nadie soy visto, que pueda alabar mi honrosa determinacion.

Cip. Segun esso Bergança, si tu fueras persona, fueras hipocrita, y todas las obras que hizieras, fueran aparentes, fingidas, y falsas, cubiertas con la capa de la virtud, solo porque te alabaran, como todos los hipocritas hazen.

Ber. No sè lo que entonces hiziera: esto sè, que quiero hazer aora, que es no morderme, quedandome tãtas cosas por dezir, que no se como, ni quando podrè acabarlas, y mas estando temeroso que al salir del Sol nos hemos de quedar à escuras, faltandonos la habla.

Cip. Mejor lo harà el cielo, sigue

tu historia, y no te desvies del camino carretero, con impertinentes digressiones, y assi por larga que sea, la acabarás presto.

Ber. Digo, pues, que auiẽdo visto la insolencia, ladronicio, y deshonestidad de los negros, determinè, como buen criado, estorvarlo, por los mejores medios que pudiesse, y pude tan bien, que salí con mi intento. Baxaua la negra, como hasoido, à refocilarse con el negro, fiada en que me enmudecian los pedaços de carne, pan, òqueso que me arrojaua. Mucho pueden las dadiuas Cipion.

Cip. Mucho: no te diuiertas, passa adelante.

Ber. Acuerdome, que quando estudiaua, oi dezir al Preceptor vn refran Latino, que ellos llaman adagio, que dezia: Habet bobem in lingua.

Cip. O que en hora mala ayais encaxado vuestro Latin, tã presto se te ha oluidado loque poco ha dixi mos contra los que entremeten Latines en las conuersaciones de Romance.

Ber. Este Latin viene aqui de molde, que has de saber, que los Atenienses vsauã entre otras de vna moneda sellada con la figura de vn buey, y quando algun Iuez dexaua de dezir, ò hazer lo que era razon, y justicia, por estar cohechado, dezian: Este tiene el buey en la lengua.

Cip. La aplicacion falta.

Ber. No està bien clara? si las dadiuas de la negra me tuvieron muchos dias mudo, que ni queria, ni osaua ladrarla, quando baxaua à verse con su negro enamorado, por lo que buelvo à dezir, que pueden mucho las dadiuas.

Cip. Ya te he respondido; que puedẽ mucho, y si no fuera por no hazer aora vna larga digression, con mil exemplos probara lo mucho que las dadiuas pueden, mas quizà lo dirẽ, si el cielo me concede tiempo, lugar, y habla, para contarte mi vida.

Ber. Dios te dè lo que deseas, y escucha. Finalmente, mi buena intẽcion rompiò por las malas dadiuas de la negra: à la qual baxãdo vna noche muy obscura à su acostumbrado passatiempo, arremetì sin ladrar, porque no se alborotassen los de casa, y en vn instante le hize pedaços toda la camisa, yle arranque vn pedaço de vn muslo, burla que fue bastante à tenerla de veras mas de ocho dias en la cama, fingiendo para con sus amos no sè que enfermedad. Sanò, bolviò otra noche, y yo bolvì à la pelea con ella, y sin morderla la arañè todo el cuerpo. Nuestras batallas eran à la sorda, de las quales salia siempre vencedor, y la negra mal parada, y peor contenta. Pero sus enojos se parecian biẽ en mi salud: alçòseme cõ la ración, y los hueSSos: y los mios poco à poco

poco ivan señalando los nudos del espinaço. Con todo esto, aũque me quitaron el comer, no me pudieron quitar el ladrar. Pero la negra por acabarme de vna vez me truxo vna esponja frita con mãteca, conocì la maldad, vì que era peor que comer çaraças, porque aquiẽ la come, se le hincha el estomago, y no sale dèl sin lleuarle tras si la vida; pareciendome ser imposible guardarme de las assechanças de tã indignados enemigos, acordè de poner tierra en medio, quitandome delante de sus ojos. Hallème vn dia suelto, y sin dezir à Dios à ninguno de casa, me puse en la calle, y à menos de cien passos me detuvo la fuerte al Alguazil que dixe al principio de mi historia, q̃ era grande amigo de mi amo Nicolas el Romo, el qual apenas me huuo visto, quando me conociò, y me llamò por mi nombre; tambien le conocì yo, y al llamarme, me llegue à el con mis acostumbradas ceremonias, y caricias; assiòme del cuello, y dixo a dos corchetes suyos: Este es famoso perro de ayuda, que fue de vn grande amigo mio, lleuemosle à casa. Holgaronse los corchetes, y dixeron, que si era de ayuda à todos seria de prouecho. Quisieron assirme para lleuarme, y mi amo dixo, que no era menester assirme, que yo me iria, porque le conocia: hasemè oluidado dezirte, q̃ è las carlancas con puntas de azero, que saquè quando me desgarrè, y ausentè del ganado, me las quitò vn Gitano en vna vẽta, y en Sevilla andaua sin ellas: pero el Alguazil me puso vn collar tachonado todo de laton Morisco. Considera Cipion aora esta rueda variable de la fortuna mia: ayer me vi estudiante, y oy me ves corchete.

Cip. Assi và el mũdo, y no ay para que te põgas aora à exagerar los bayvenes de fortuna, como si huviera mucha diferẽcia de ser moço devngifero, à ser lode corchete, no puedo sufrir, ni lleuar en paciencia, oir las quexas que dàn de la fortuna algunos hombres, que la mayor que tuvierõ, fue tener premissas, y esperãças de llegar à ser escuderos: cõ què maldicientes la maldizen, con quantos improperios la deshõrã, y no por mas de que porque piense el que los oye que de la prospera, y buena ventura, han venido à la desdichada, y baxa en que los miran.

Ber. Tienes razõ, y has de saber, que este Alguazil tenia amistad con vn Escriuano, con quien se acõpañaua: estauan los dos amãcebados cõ dos mugercillas, no de poco mas, ò menos, sino de menos en todo, verdad es, que tenian algo de buenas caras; pero mucho de desenfado, y de tal monia putesca. Estas le seruian

de red, y de ançuelo para pescar en seco en esta forma; vestianse de suerte, que por la pinta descubrian la figura, y à tiro de arcabuz mostrauan ser damas de la vida libre, andauã siempre à caça de estrangeros, y quando llegaua la Vendexa a Cadiz, y à Sevilla, llegaua la huella de su ganãcia, no quedaua Breton con quien no se embolviessen, y en cayendo el grasiento con alguna destas limpias, auisauan al Alguazil, y al Escriuano, à dõde, y à que posada iban, y en estando juntos les dauã assalto, y los prẽdian por amancebados: però nũca los lleuauã à la carcel, à causa, que los estrangeros siempre redimian la vexacion con dineros. Sucediò, pues, que la Colindres (que assi se llamaua la amiga del Alguazil) pescò vn Breton, vnto, y visunto, concertò con èl cena, y noche en su posada, diò el cañuto à su amigo, y apenas se auian desnudado quãdo el Alguazil, el Escriuano, dos corchetes, y yo, dimos cõ ellos. Alborotaronse los amãtes, exagerò el Alguazil el delito, mandòlos vestir à toda priessa para llevarlos à la carcel: afligiose el Breton, terciò, mouido de caridad, el Escriuano, y à puros ruegos redugo la pena à solos cien reales. Pidiò el Breton vnos follados de camuça, que auia puesto en vna silla à los pies de la cama, dõde tenia dineros para pagar su libertad, y no parecieron los follados, ni podian parecer, porque assi como yo entrè en el aposento llegò à mis narices vn olor de tocino, que me consolò todo, descubrile con el olfato, y hallèle en vna faldriquera de los follados, digo que hallè en ella vn pedaço de jamon famoso, y por gozarle, y poderle sacar sin rumor, saquè los follados à la calle, y allì me entreguè en el jamon a toda mi voluntad, y quãdo bolui al aposẽto, hallè que el Breton daua vozes, diziendo en lenguaje adultero, y bastardo, aunque se entendia, que le boluiessẽ sus calças, que en ellas tenia cinquẽta escuti in oro: imaginò el Escriuano, ò que la Colindres, ò los corchetes se los auian robado, el Alguazil pensò lo mismo, llamòlos a parte, no confessò ninguno, y dieronse al diablo todos. Viendo yo lo q̃ passaua, bolui a la calle dõde auia dexado los follados para boluerlos, pues a mi no me aprouechaua nada el dinero, no los hallè: porque ya algun venturoso que passò se los auia lleuado: como el Alguazil viò que el Breton no tenia dinero para el cohecho, se desesperaua, y pensò sacarde la hueſpeda de casa lo que el Breton no tenia, llamòla, y vino medio desnuda, y como oyò las vozes, y quexas del Breton, y à la Colindres desnudo, y hallãdo al Alguazil en colera, y al

al Escriuano enojado, y à los corchetes despauilando lo que hallauan en el aposento, no le plugò mucho. Mãdò el Alguacil que se viniesse con el a la carcel, porque consentia en su casa hõbres, y mugeres de mál viuir. Aqui fue ello, aqui si que fue quando se aumentaron las vozes, y creciò la confusion, porq̃ dixo la hueſpeda: Señor Alguacil, y señor Escriuano, no conmigo essas tretas, que entiendo toda costura: no conmigo dixes, ni poleos callen la boca, y vàyanse con Dios, sino, por mi santiguada, que arroje el bodegon por la ventana, y que saque a plaça toda la chritinola desta historia, que yo muy bien conozco a la señora Conlindres, y tãbien sè que ha muchos meses que es su cobertor el señor Alguacil, y no hagan que me aclare mas, sino bueluase el dinero a este señor, y quedemos todos por buenos: porque yo soy muger honrada, y tengo vn marido con su carta de executoria, y con a perpetuam rei memoria, con sus colgaderos de plomo. Dios sea loado, y hago este oficio muy limpiamente, y sin daño de barras. El arancel tengo clauado, donde todo el mundo le vea, y no conmigo cuentos, que por Dios que se desporcarme. Bonita soy yò para que por mi orden entren mugeres cõ los hueſpedes: ellos tienen las llaues de sus aposentos, y yo nõ soy lince, que tengo de ver tras siete paredes. Pasmados quedaron mis amos de auer oido la arenga de la hueſpeda, y de ver como les leìa la historia de sus vidas; pero como vieron que no tenian de quien sacar dinero, si della no, por fiauan de lleuarla à la carcel. Quexauase ella al cielo de la sin razon, y injusticia q̃ la haziã estando su marido ausente, y siendo tan principal Hidalgo. El Breton bramaua por sus cincuenta ducados. Los corchetes porfiauan, que ellos no auian visto los follados, ni Dios permitiesse tal. El Escriuano por lo callado, insistia al Alguazil, que mirasse los vestidos de la Colindres, que le daua sospecha, que ella deuia de tener los cincuenta escuti, por tener de costumbre visitar los escondrijos, y faldriqueras de aquellos que con ella se embolsuian. Ella dezia, que el Breton estaua borracho; y que deuia de mentir en lo del dinero. En efeto todo era confusion, gritos, y juramentos, sin lleuar modo de apaciguarse, ni le apaciguarã, si al instante no entrara en el aposento el Teniẽte de Assistente, que viniẽdo à visitar aquella posada, las vozes le llevaron à donde era la grita. Pregũtò la causa de aquellas vozes, y alboroto; la hueſpeda se la dio muy por menudo: dixo quien era la ninfa Colindres, que ya estaua vestida; pu-

blicò la publica amistad suya, y del Alguazil, echòen la calle sus tretas, y modo de robar: disculposse à si misma, de q̃ con su consentimiẽto jamas auia entrado en su casa muger de mala sospecha, conociòse por santa, y à su marido por vn bẽdito, y diò vozes à vna moça que fuesse corriẽdo, y truxesse de vn cofre la carta de executoria de su marido, para q̃ la viesse el señor Teniente, diziendole, que por ella echaria dever, que muger de tã hõrado marido, no podia hazer cosa mala, y que si tenia aquel oficio de casa de camas, era àno poder mas, que Dios sabia lo q̃ le pesaua, y si quisiera ella mas tener alguna renta, y pan cotidiano para passar la vida, que tener aquel exercicio. El Teniẽte enfadado de su mucho hablar, y presumir de executoria, la dixo: Hermana camera, yo quiero creer, que vuestro marido tiene carta de hidalguia, con que vos me confesseis q̃ es hidalgo mesonero. Y cõ mucha honra, respõdiò la huespeda, y qué linage ay en el mundo, por bueno que sea, que no tenga algun dime, y diretе? Lo que yo os digo hermana es, que os cubrais q̃ aueis de venir àla carcel. La qual nueua diò con ella en el suelo, arañose el rostro, alçò el grito, pero con todo esso el Teniẽte, demasiadamẽte seuero, los lleuò à todos à la carcel, cõuiene à saber, al Breton, à la Colindres, y à la huespeda. Despues supe que el Breton perdió sus cincuẽta escuti, y mas dizen, que le condenarõ en las costas. La huespeda pagò otro tanto, y la Colindres saliò libre por la puerta àfuera. Y el mismo dia que la soltaron pescò à vn marinero que pagò por el Breton, con el mismo embuste del soplo, porque veas Cipion quãtos, y quan grandes inconuenientes nacieron de mi golosina.

Cip. Mejor dixeras de la vellaqueria de tu amo.

Ber. Pues escucha, que aun mas adelante tiraua la barra, puesto que me pesa de dezir mal de Alguaziles, y de Escriuanos.

Cip. Si, que dezir mal de vno, no es dezirlo de todos; si que muchos, y muy muchos Escriuanos ay buenos, fieles, y legales, y amigos de hazer placeres, sin daño de tercero. Si, que no todos entretienẽ los pleytos, ni auisan à las partes, ni todos lleuã mas de sus derechos, ni todos van buscando, è inquiriendo las vidas agenas, para ponerlas en tela de juizio, ni todos se aunan con el juez, para hazerme la barba, y hazerte he el copete; ni todos los Alguaziles se conciertã con los vagabundos, y fulleros, ni tienen todos las amigas de tu amo para sus embustes. Muchos, y muy muchos ay hidalgos por naturaleza, y de hidalgas cõdiciones; muchos no son arrojados, insolentes, ni mal criados, ni rateros, como los que andan por los mesones midiendo las espadas à los estrangeros, y hallandolas vn pelo mas de la marca, destruyen à sus dueños. Si que no todos como prenden, sueltan, y son juezes, y abogados quando quieren.

Ber. Mas alto picaua mi amo; otro camino era el suyo, presumia de valiente, y de hazer prisiones famosas, sustentaua la valentia sin peligro de su persona; pero à costa de su bolsa. Vn dia acometiòen la puerta de Xerez el solo à seis famosos rufianes, sin que yo le pudiesse ayudar, porq̃ lleuaua con vn cordel impedida la boca (que assi me traia de dia y de noche me le quitaua) quedè marauillado de ver su atreuimiento, su brio, y su denuedo. Assi se entraua, y salia por las seis espadas de los rufos, como si fueran varas de mimbres, era cosa maravillosa ver la ligereça con que acometia, las estocadas que tiraua, los reparos, la cuenta, el ojo alerta, porque no le tomassen las espaldas, finalmente el quedò en mi opinion, y en la de todos quantos la pendencia miraron, y supieron, por vn nueuo Rodamonte, assiendo lleuado à sus enemigos desde la puerta de Xerez, hasta los marmoles del Colesio de Maese Rodrigo, que ay mas de cien passos: de xòles encerrados, y bolviò à coger los troseos de la batalla, que fueron tres vaynas, y luego se las fue à mostrar al Assistente, que si mal no me acuerdo lo era entonces el Licenciado Sarmiento de Valladares, famoso por la destruycion de la Sauceda. Miraua mi amo por las calles do passaua señalandole con el dedo, como si dixeran; aquel es el valiente, que se atreuiò à reñir solo cõ la flor de los brauos de el Andaluzia. En dar bueltas àla ciudad para dexarse ver, se passò lo que quedaua del dia, y la noche nos hallò en Triana, jũto al molino de la polvora: y auiẽdo mi amo auizorado (como en la xacara se dize) si alguien le veia, se entrò en vna casa, y hallamos en vn patio à todos los jauantes de la pẽdencia, sin capas, ni espadas, y todos desabrochados, y vno que deuia de ser el huesped tenia vn gran jarro de vino en la vna mano, y en la otra vna copa grande de taberna: la qual colmandola de vino generoso, y espumante, brindaua à toda la compañia. Apenas huuierõ visto àmi amo, quãdo todos se fueron à èl con los braços abiertos, y todos le brindaron, y èl hizo la razon à todos, y aun la hiziera à otros tãtos, si le fuera algoen ello, por ser de cõdicion afable, y amigo de no enfadar ànadie por pocas cosas. Quererte yo contar aora lo que alli se tratò, la cena que

cenaron, las peleas que se contaron los huertos q̃ se refirieron, las damas que de su trato se calificaron, y las que se reprobaron, las alabanças que los vnos a los otros se dieron, los brauos ausentes, que se nombraron, la destreça que alli se puso en su punto, leuantandose en mitad de la cena a poner en praticas las tretas que se les ofrecian, esgrimiẽdo con las manos, los bocablos tan esquisitos de que vsauan, y finalmente el talle de la persona del huesped, a quien todos respetauan, como à señor, y padre: seria meterme en vn laberinto dõde no me fuesse posible salir quando quisiesse. Finalmente vine à entender con toda certeça, que el dueño de la casa, à quien llamauan Monipodio, era encubridor de ladrones, y pala de rufianes, y que la gran pendencia de mi amo, auia sido primero concertada con ellos, cõ las circunstancias del retirarse, y dexar las vaynas, las quales pagò mi amo alli luego de contado, con todo quanto Monipodio dixo que auia costado la cena, que se concluyò casi amanecer, con mucho gusto de todos. Y fue su postre dar soplo à mi amo de vn rufian forastero, que nueuo, y finalmente auia llegado à la ciudad, deuia de ser mas valiente que ellos, y de embidia le soplaron. Prendiole mi amo la noche siguiente, desnudo en la cama q̃ si vestido estuuiera, yo vi en su talle, que no se dexara prender tan à mansalua. Con esta prision que sobreuino sobre la pendencia, creciò la fama de micobarde amo, que lo era mas que vna liebre, y a fuerça de meriendas, y tragos, sustentaua la fama de ser valiente, y todo quanto con su oficio, y con sus inteligencias grangeaua, se le iva, desaguaua por la canal de la valentia. Pero ten paciencia, y escucha aora vn cuento que le sucedio, sin añadir ni quitar de la verdad vna tilde. Dos ladrones hurtaron en Antequera vn cauallo muy bueno, truxeronle à Seuilla, y para vender le sin peligro, vsarõ de vn ardid, que à mi parecer tiene del agudo, y del discreto. Fuerõse à posar à posadas diferentes, y el vno se fue à la justicia, y pidio por vna peticion, que Pedro de Losada le deuia quatrocientos reales prestados, como parecia por vna cedula firmada de su nombre, de la qual hizo presentacion. Mandò el Teniente, que el tal Losada reconociesse la cedula, y que si la reconociesse, le sacassen prendas de la cãtidad, ò le pusiessen en la carcel. Tocó hazer esta diligencia à mi amo, y al Escriuano su amigo. Leuoles el ladron à la posada del otro, y al punto reconociò su firma, y confesso la deuda, y señalo por prenda de la execucion, el cauallo, el qual visto por mi amo, le creciò el

ojos, y le matò por suyo si a caso se vendiesse. Dio el ladron por passados los terminos de la ley, y el cauallo se puso en venta, y se rematò en quinientos reales en vn tercero, que mi mano echò de mãga, para que se le cõprasse valia el cauallo tanto y medio mas de lo que dieron por èl; pero como el bien del vẽdedor estaua en la breuedad de la vẽta, a la primera postura rematò su mercaduria. Cobrò el vn ladrõ la deuda que no le deuian, y el otro la carta de pago q̃ no auia menester, y mi amo se quedo cõ el cauallo, q̃ para èl fue peor que el Seyano lo fue para sus dueños. Mandarõ luego la haza los ladrones, y de alli a dos dias despues de auer trastejado mi amo las guarniciones, y otras faltas del cauallo parecio sobre el en la plaça de san Fracisco, mas hueco, y pomposo, que aldeano vestido de fiesta, dierõle mil parabienes de la compra, afirmandole que valia ciento y cincuẽta ducados, como vn hueuo vn maraùedi, y el bolteando, y reboluiendo el cauallo, representaua su tragedia, en el teatro de la referida plaça. Y estando en sus caracoles, y rodeos, llegaron dos hombres de buen talle, y de mejor ropage, y el vno dixo: Vi ue Dios que este es pie de hierro mi cauallo, que ha pocos dias que me le hurtarõ en Antequera. Todos los que venian conel, que eran quatro criados, dixeron, que assi era la verdad, que aquel era pie de hierro, el cauallo que le auian hurtado a su amo: Pasmose mi amo, querello se el dueño, hizo pruebas, y fueron las que hizo el dueño tan buenas, que hallò la sentẽcia en su fauor, y mi amo fue desposseido del cauallo. Supose la burla, y la industria de los ladrones, que por manos, è intercucion de la misma justicia vendieron lo que auian hurtado, y casi todos se holgauan de que la codicia de mi amo le huuiesse rompido el saco. Y no parò en esto su desgracia, que aquella noche saliendo a rondar, el mismo Assistente, por auerle dado noticia, que àzia los barrios de San Iulian andauan ladrones, al passar de vna encrucijada, vieron passar vn hombre corriendo, y dixo a este punto el Assistente, asiendome por el collar, y ençudome: A lladron, Gauilõ, ea Gauilan hijo, al ladron, al ladron. Yo a quien ya tenian cãsado las maldades de mi amo, por cumplir lo que el señor Assistente le mandaua, sin dar lugar a reparar en nada, arremeti con mi propio amo, y sin q̃ pudiesse valerse, di cõ el en el suelo, y si no me lo quitaran, yo hiziera mas de quatro vengados: quitaronme con mucha pesadũbre de entrambos. Quisieranlos corcheres castigarme, y aũ matarme a palos, y lo hizierã

si el Assistente no lo estoruara con requirtes. Entendióse la malicia, y yo sin despedirme de nadie, por vn agujero de la muralla salí al campo, y antes que amaneciesse ya estaua yo en Mayrena, que es vn lugar q̃ está quatro leguas de Seuilla. Quiso mi suerte que estuuo allí vna compañia de soldados, que segun oi dezir se iban à embarcar à Cartagena. Estauan en ella quatro rufianes de los amigos de mi amo; y el atambor era vno, que auia sido corchete, y gran chocarrero, como lo suelen ser los matamalhores. Conocieronme todos, y todos me hablaron, y assi me pregũtauã por mi amo, como si les hauiera de responder. pero el que mas aficion me mostró fue el atambor, y assi determinè de acomodarme cõ él, si el quisiesse, y seguir aquella jornada, aunque me lleuasse à Italia, ò à Flandes, porque me parece à mi, y aũ à ti te debe parecer lo mismo, que puesto que dize el refrã: Quien necio es en su villa, necio es en Castilla, el andar tierras, y comunicar con diuersas gentes, haze à los hombres discretos.

Cip. Es esso tan verdad, que me acuerdo auer oido dezir à vn amo que tuue de bonissimo ingenio, que al famoso Griego llamado Vlises, le dieron renombre de prudente, por solo auer andado muchas tierras, yo comunicado cõ diuersas gentes, y varias Naciones, y assi alabo la intencion que tuuiste de irte donde te lleuassen.

Ber. Es pues, el caso, que el atãbor, por tener con què mostrar mas sus incorrerias, comẽçò à enseñarme à baylar al son del atambor, y à hazer otras monerias, tan agenas de poder aprenderlas otro perro que no fuera yo, como las oirás quando te las diga. Por acabarse el distrito de la comission se marchaua poco à poco: no auia Comissario que nos limitasse; el Capitã era moço, pero muy buen Caualliero, y gran Christiano, el Alferez no auia muchos meses que auia dexado la Corte, y el tinelo; el Sargento era matrero, y sagaz, y grãde harriero de Compañias, desde donde se leuãtan ãzia el embarcadero. Iba la Compañia llena de rufianes chuRulleros, los quales hazian algunas insolencias por los lugares por do passãuamos, que redundauan en maldezir à quien no lo merecia. Infelicidad es del buẽ Principe ser culpado de sus subditos, por la culpa de sus subditos, à causa que los vnos son verdugos de los otros, sin culpa del señor, pues aunque quiera, y lo procure, no puede remediar estos daños, porque todas, ò las mas cosas de la guerra traen consigo aspereza, riguridad, y desconveniencia. En fin en menos de quince dias, con

con mi buen ingenio, y cõ la diligencia que puso el que auia escogido por patron, supe saltar por el Rey de Francia, y à no saltar por la mala tabernera. Enseñòme à hazer corbetas como caballo Napolitano, y andar ála redõda como mula de atahona, con otras cosas, que si yo no tuuiera cuenta en no adelãtarme à mostrarlas, pusiera en duda, si era algun demonio en figura de perro el que las hazia. Pusome nõbre del perro sabio, y no auiamos llegado al alojamiẽto, quãdo tocãdo su atãbor andaua por todo el lugar pregonãdo, q̃ todas las personas q̃ quisiessen venir áver las marauillosas gracias y habilidades del perro sabio, en tal casa, ò en tal hospital las mostrauau à ocho marauedis, ò à quatro, segun era el pueblo grãde, ò pequeño. Con estos encarecimientos, no quedaua persona en todo el lugar que no me fuesse à ver, y ninguno auia que no saliesse admirado, y contento de auerme visto. Triunfaua mi amo con la mucha ganãcia, y sustentaua seis camaradas como vnos Reyes. La codicia, y la embidia despertò en los rufianes voluntad de hurtarme, y andauan buscãdo ocasion para ello, q̃ esto del ganar de comer holgando tiene muchos aficionados, y golosos. Por esto ay tantos titereteros en España, tãtos que muestran retablos, tantos que venden alfileres, y coplas, que todo su caudal, aunque se vẽdiesse todo, no llega à poderse sustentar vn dia, y cõ esto los vnos, y los otros no salen de los bodegones, y tabernas en todo el año, por do me doy à entender, que de otra parte, que de la de sus oficios sale la corriẽte de sus borracheras. Toda esta gente es vagabũda, invtil y sin prouecho, et pon jas del vino, y gorgojos del pan.

Cip. No mas Bergança, no boluamos à lo passado, sigue, que se và la noche, y no querria que al salir del Sol quedassemos à la sombra del silencio.

Ber. Tẽle, y escucha. Como sea cosa facil añadir à lo ya inuẽtado, viendo mi amo quan bien sabia imitar el corsel Napolitano, hizome vnas cubiertas de guadamacil y vna silla pequeña que me acomodò en las espaldas, y sobre ella puso vna figura humana de vn hombre, con vna lancilla de correr sortija, y enseñòme à correr derechamente à vna sortija, que entre dos palos ponia, y el dia q̃ auia de correrla, pregonaua que aquel dia corria sortija el perro sabio, y hazia otras nueuas, y nunca vistas galãterias, las quales de mi santiscario, como dizen, las hazia, por no sacar mẽtiroso à mi amo. Llegamos, pues, por nuestras jornadas contadas à Mẽtilla, villa del famoso, y gran Christiano

Mar-

Marques de Priego, señor de la casa de Aguilar; y de Montilla. Aloxaron à mi amo, porque el lo procurò en vn hospital: echò luego el ordinario vando, y como ya la fama se auia adelantado à leuar las nueuas de las habilidades y gracias del perro sabio, en menos de vna hora se llenò el patio de gente. Alegròse mi amo, viendo que la cotecha iza de guilla, y mostrose aquel dia chocarrero en demasia. Lo primero en que començaua la fiesta, era en los saltos que yo daua por vn aro de cedaço, que parecia de cuba. Conjurauame por las ordinarias preguntas, y quando el baxaua vna varilla de mẽbrillo en señal del salto, y quando la tenia alta, de que me estuuiesse quedo. El primero conjuro deste dia (memorable entre todos los de mi vida) fue dezir: Ea Gauilà amigo, salta por aquel viejo verde que ta conoces, que se escarrecha las barbas, y si no quieres salta por la pompa, y aparato de doña Primpinela de Piafagoma, que fue compañera de la moça Gallega que seruia en Valdecastillas. No te quadra el conjuro hijo? pues salta por el Bachiller Passillas, que se firma Licenciado sin tener grado alguno. O, que pereçoso estàs! por que no saltas? pero ya entiendo, y alcanço tus marrullerias, aora salta por el licor de Esquiuias, famoso à par del de Ciudad-Real, san Martin, y Ribadauia. Baxò la varilla, y salte yo, y note sus malicias, y malas entrañas. Boluiose luego al pueblo, y en voz alta dixo: No piense v.m. Senado valeroso, que es cosa de burla lo que este perro sabe, veinte y quatro piezas le tengo enseñadas, que por la menos dellas bolaria vn Gauilan, quiero dezir que por ver la menor se pueden caminar treinta leguas. Sabe bailar la çarabanda, y chacona mejor que su inuentora misma, beue se vn açumbre de vino sin dexar gota, entona vn sol fa mi re tan bien como vn sacristan: todas estas cosas, y otras muchas que me quedan por dezir, las irán viendo vuessas mercedes en los dias que estuuiere aqui la compañia, y por aora de otro salto nuestro sabio, y luego entraremos en lo grueso. Con esto suspendiò el auditorio, que auia llamado Senado, y les encendiò el deseo de no dexar de ver todo lo que yo sabia. Boluiose à mi mi amo, y dixo: Bolued hijo Gauilan, y con gentilidad, y destreza, deshazed los saltos que aueis hecho; pero ha de ser à deuocion de la famosa hechicera, que dizen que huuo en este lugar. Apenas huuo dicho esto, quando alço la voz la hospitalera, que era vna vieja, al parecer de mas de sesenta años, diziendo: Bellaco charlatan embaydor, y hijo de puta, aqui no ay

ay hechicera alguna. Si lo dizes por la Camacha, ya ella pagò su pecado, y esta donde Dios sabe. Si lo dezis por mi, chacorrero, ni yo soy, ni he sido hechicera en mi vida, y si he tenido fama de auerlo sido, merced à los testigos falsos, y à la ley del encaxe, y al juez arrojadizo, y mal informado. Ya sabe todo el mũdo la vida que hago en penitẽcia, no de los hechizos que no hize: sino de otros muchos pecados, que como pobre pecadora he cometido. Assi, que socarron tamborilero, salid del hospital, sino por vida de mi señora la Iguada, q̃ os haga salir mas que de passo, y con esto començò à dar tantos gritos, y à dezir tantas, y tan atropelladas injurias à mi amo, que le puso en confusion, y sobresalto: finalmente, no dexò que passasse adelãte la fiesta en ningun modo. No le pessò à mi amo del alboroto, porque se quedò con los dineros, y aplaçò para otro dia, y en otro hospital lo que en aquel auia faltado. Fuesse la gente maldiziendo à la vieja, añadiendo al nõbre de hechizera, el de bruja, y el de barbuda sobre vieja. Con todo esto nos quedamos en el hospital aquella noche, y encontrandome la vieja en el corral solo, me dixo: Eres tu hijo Montiel? eres tu por vẽtura hijo. Alcè la cabeça, y mirè la muy de espacio, la qual visto. Por ella, cõ lagrimas en los ojos se vino à mi, y me echò los braços al cuello, y si la dexara me besara en la boca; pero tuue asco, y no lo consenti.

Cip. Bien hiziste, porque no es regalo, sino tormento el besar, ni dexar besarse de vna vieja.

Ber. Esto que aora te quiero cõtar te lo auia de auer dicho al principio de mi cuento, y assi escusaremos la admiracion que nos causò el vernos con habla, porque has de saber, que la vieja me dixo: Hijo Montiel vente tras mi, y sabràs mi aposento, y procura que esta noche nos veamos àsolas en el, que yo dexaré abierta la puerta, y sabe que tengo muchas cosas que dezirte de tu vida, y para tu prouecho. Baxè yo la cabeça en señal de obedecerla, por lo qual ella se acabò de enterar, en q̃ yo era el perro Montiel que buscaua, segun despues me lo dixo. Quede atorito, y confuso, esperando la noche, por ver en lo que paraua aquel misterio, ò prodigio de auerme hablado la vieja, y como auia oido llamarla de hechizera, esperaua de su vista, y habla grandes cosas. Llegòse en fin el punto de verme con ella en su aposento, que era escuro, estrecho, y baxo, y solamente claro, con la debil luz de vn candil de varro, que en èl estaua, y assiè le la vieja, y sentòse sobre vna arquilla, y llegòme junto à si, y sin hablar palabra me bolviò à abra-

car,

car, y yo bolvi à tener cuenta cõ que no me besasse. Lo primero que me dixo, fue: Bien esperaua yo en el cielo, que antes que estos mis ojos se cerrassen con el vltimo sueño te auia de ver, hijo mio, y ya que te he visto, venga la muerte, y lleueme desta cansada vida. Has de saber hijo que en esta villa viuiò la mas famosa hechizera que huuo en el mundo, à quien llamaron la Camacha de Montilla: fue tan vnica en su oficio, que las Erintos, las Circes, las Medeas, de quien he oido dezir que estan las historias llenas, no la igualarõ. Ella congelaua las nubes quãdo queria cubriẽdo con ellas la faz del Sol: y quãdo se le antojaua boluia sereno el mas turbido cielo; traia los hombres en vn instãte de lexas tierras; remediaua marauillosamente las donzellas, que auiã tenido algun descuido en guardar su entereza. Cubrir las viudas de modo, que con honestidad fuessẽ deshonestas: descasaua casadas, y casaua las que ella queria. Por Diziembre tenia rosas frescas en su jardin, y por Enero segaua trigo. Esto de hazer nacer verros en vna artesa, era lo menos que ella hazia, ni el hazer ver en vn espejo, o en la vña de vna criatura los vivos, ò los muertos que le pediã que mostrasse. Tanto fama que conuertia los hõbres en animales, y que se auia seruido de vn Sacristan seis años en forma de asno, real, y verdaderamente, lo q̃ yo nunca he podido alcãçar, ni entender como se haga: porque lo que se dize de aquellas antiguas Magas, que conuertian los hombres en bestias, dizen los que mas saben, que no era otra sino que ellas con su mucha hermosura, y con sus halagos atraiã los hõbres de manera, à que las quisiessen bien, y los sugetauan de suerte, sirviendose dellos en todo quanto queriã, que parecian bestias; pero en ti hijo es lo cõtrario, que sè que eres persona racional, y te veo hecho perro, si ya no es esto se haze con aquella ciencia, que llaman tropelia, que haze parecer vna cosa por otra. Sea lo que fuere, lo que me pesa es, que yo ni tu madre, que fuimos discipulas de la Camacha, nunca llegamos à saber tanto como ella, y no por falta de ingenio, sino por sobra de su malicia, que nunca quiso enseñarnos las cosas mayores, y q̃ las reseruaua para ella. Tu madre, hijo, se llamò la Montiel, que despues de la Camacha fue famosa: yo me llamo I. Cañizares, si ya no tan sabia como las dos, à lo menos de tã buenos deseos, como qualquiera dellas. Verdad es que al animo que tu madre tenia de hazer, y entrar en vn cerco, y encerrarse en el con vna regiõ de demonios no le hazia ventaja la misma Camacha: yo fui siempre algo medrosilla con conjurar la media region me contentaua; pero cõ paz sea dicho de entrambas, en esto de conficionar las vnturas cõ que las brujas nos vntamos, à ninguna de las dos diera vẽtaja, ni la daré à quãtos oy siguen, y guardan nuestras reglas. Que has de saber hijo, que como yo he visto, y veo que la vida que corre sobre las ligeras alas del tiempo se acaba, he querido dexar todos los vicios de la hechiceria, en que estaua engolfada muchos años auia, y solo me he quedado cõla curiosidad de ser bruxa, que es vn vicio dificultosissimo de dexar, tu madre hizo lo mismo, de muchos vicios se apartò, muchas buenas obras hizo en esta vida, pero al fin murió bruja, y no murió de enfermedad alguna, sino de dolor, de que supo que la Camacha su maestra de embidia que la tuuo, porque se le iba subiendo à las barbas en saber tãto como ella, ò por otra pendẽçuela de zelos, que nunca pude averiguar, estãdo tu madre preñada, y llegãdose la hora de parto, fue su comadre la Camacha, la qual recibiò en sus manos lo q̃ tu madre pariò, y mostròle, que auia parido dos perritos, y assi como los viò dixo: Aqui ay maldad, y ay bellaqueria; pero hermana Montiel, tu amiga soy, y yo encubrirè este parto, y atiẽde tu à estar

sana, y haz cuẽta que esta tu desgracia queda sepultada en el mismo silencio: no te dè pena alguna este sucesso, pues ya sabes tu que puedo yo saber, que sino es con Rodriguez el ganapan tu amigo, dias ha que no tratas cõ otro, assi que este perruno parto de otra parte viene, y algun misterio cõtiene. Admirada quedò tu madre, y yo q̃ me hallé presẽte à todo del estraño sucesso. La Camacha se fue, y se lleuò los cachorros, yo me quedé cõ tu madre para assistir à su regalo, la qual no podia creer lo que le auia sucedido. Llegose el fin de la Camacha, y estando en la vltima hora de su vida, llamò à tu madre, y le dixo, como ella auia cõvertido à sus hijos en perros, por cierto enojo que cõ ella tuuo; pero que no tuuiesse pena, que ellos bolverian à su ser, quãdo menos lo pensassen: mas que no podia ser primero que ellos por sus mismos ojos, viessen lo siguiente.

Bolverán en su forma verdadera,
Quando vieren con presta diligencia
Derribar los sobervios leuantados,
Y alçar à los humildes abatidos,
Con poderosa mano para hazerlo.

Esto dixo la Camacha à tu madre al tiempo de su muerte, como

mo te he dicho. Tomolo tu madre por escrito, y de memoria, y yo lo fixé en la mia, para si sucediesse tiempo de poderlo dezir à alguno de vosotros, y para conoceros à todos los perros que veo de tu color, los llamo con el nombre de tu madre, no por pẽsar que los perros hã de saber el nombre, sino por ver si respondian à ser llamados tan diferentemente, como se llaman los otros perros. Y estatarde como te vi hazer tãtas cosas, y que te llamin el perro sabio, y como alçaste la cabeça à mirarme quãdo te llamè en el corral, he creìdo que tu eres hijo de la Montilla, à quien con grã de gusto doy noticia de tus sucessos, y del modo con que has de cobrar tu forma primera, el qual modo quisiera yo que fuera tan facil como el que dize de Apuleyo en el asno de oro, que consistia en solo comer vna rosa; pero este tuyo va fundado en acciones agenas, y no en tu diligencia. Lo que has de hazer, hijo, es encomendarte à Dios allà en tu coraçõ, y espera que estas (que no quiero llamarlas profecias, sino adiuinanças) han de suceder presto y prosperamente, que pues la Camacha las dixo, sucederã sin duda alguna, y tu, y tu hermano si es vino, os vereis como deseais. De lo que à mi me pesa es, que estoy tan cerca de mi acabamiento, que no tendré lugar de verlo. Muchas veces he querido preguntar à mi cabrõ, què fin tendrà vuestro sucesso; pero no me he atreuido, porque nunca à lo que le preguntamos responde aderechas, sino con razones torcidas, y de muchos sentidos. Assi, que à este nuestro amo no ay que pregũrarle nada, porque cõ vna verdad mezcla mil mentiras, y à lo que yo he colegido de sus respuestas èl no sabe nada de lo por venir de cierto, sino por conjeturas. Con todo esto nos trae tã engañadas à las que somos brujas, que con hazernos mil burlas, no le podemos dexar. Vamos à verle muy lexos de aqui à vn gran campo, donde nos juntamos infinidad de gente, brujos, y brujas, y allì nos dà de comer de labridamente, y passan otras cosas, que en verdad, y en Dios, y en mi anima, q̃ no me atreuo a contarlas, segun son sucias, y asqueruosas, yno quiero ofender tus castas orejas. Ay opinion que no vamos à estos combites, sino con la fantasia, en la qual nos representa el demonio las imagenes de todas aquellas cosas que despues contamos que nos han sucedido. Otros dizen que no, sino q̃ verdaderamente vamos en cuerpo, y en anima, y entrambas opiniones tengo para mi que son verdaderas, puesto que nosotros no sabemos quando vamos de vna, ò de otra manera, porque todo lo

lo què nos ossa en la fantasia es tan intensamente, que no ay diferencia de lo quando vamos real, y verdaderamẽte. Algunas experiencias desto hã hecho los señores Inquisidores cõ algunas de nosotras, que han tenido presas, y piensso que han hallado ser verdad lo que digo. Quisiera yo hijo mio, apartarme deste pecado, y para ello he hecho mis diligencias; heme acogido a ser hospitalera, curo à los pobres, y algunos se mueren, que me dan à mi la vida, con lo que me mandan, ò con lo q̃ se les queda entre los remiendos, por el cuydado que yo tengo de espulgarlos los vestidos. Rezo poco, y en publico, murmuro mucho, y en secreto. Vame mejor cõ ser hipocrita, que con ser pecadora declarada. Las apariencias de mis buenas obras presentes, van borrando en la memoria de los q̃ me conocen las malas obras passadas. En efeto la santidad fingida no haze daño à ningun tercero, sino al que la vsa. Mira hijo Montiel, este consejo te doy, q̃ seas bueno en todo quanto pudieres, y si has de ser malo, procura no parecerlo en todo quanto pudieres, bruja soy, no te lo niego, bruja, y hechicera fue tu madre, què tan poco te lo puedo negar; pero las buenas apariencias de las dos, podian acreditarnos en todo el mundo. Tres dias antes que muriesse auiamos estado las dos en el valle de los montes Pirineos en vna gran gira, y con todo esso, quãco muriò fue con tal sossiego, y reposo, que sino fueron algunos visajes que hizo vn quarto de ora antes que rindiesse el alma, no parecia sino que estaua en aquella cama como en vn talamo de flores; lleuaua atrauesados en el coraçon sus dos hijos, y nunca quiso aun en el articulo de la muerte, perdonar à la Camacha: tal era ella de entera, y firme en sus cosas. Yo le cerrè los ojos, y fuì con ella hasta la sepultura; allì la dexè para no verla mas, aunq̃ no tengo perdida la esperança de verla antes que me muera, porq̃ se ha dicho por el lugar, que la hã visto algunas personas andar por los cemẽterios, y encruzijadas en diferẽtes figuras, y quizà alguna vez la toparè yo, y le preguntarè, si manda q̃ haga alguna cosa en descargo de su cõciẽcia. Cada cosa destas que la vieja me dezia en alabãça de la q̃ dezia ser mi madre, era vna lançada, que me atrauesaua el coraçon, y quisiera atrevmeter à ella, y hazerla pedaços entre los diẽtes, y si lo dexè de hazer, fue porque no le tomasse la muerte en tan mal estado. Finalmẽte, me dixo, que aquella noche pẽsaua vntarse, para ir a vno de sus vsados combites, y que quãdo ella estuuiesse, pensaua pregũtar a su dueño, algo de lo que estaua por su-

Universidad de Navarra Biblioteca

sucederme. Quisiera le yo preguntar, que vnturas eran aquellas que dezia, y parece que me leyò el deseo, pues respondiò a mi intento, como si se lo huuiera preguntado pues dixo. Este vnguento cõ que las brujas nos vnta nos, es compuesto de jugos de yeruas en todo estremo frias, y no es como dize el vulgo hecho cõ la sangre de los niños que ahogamos. Aqui pudieras tambien preguntarme que gusto, o prouecho saca el demonio de hazernos matar las criaturas tiernas, pues sabe que estando bautizados, como inocentes, y sin pecado se van al cielo, y èl recibe pena particular cõ cada alma Christiana que se le escapa: a lo que no te sabre respõder aora cosa, sino lo que dize el refran, q̃ tal ay que se quiebra dos ojos, porq̃ su enemigo se quiebre vno y por la pesadumbre q̃ dà à sus padres matandoles los hijos, q̃ es la mayor que se puede imaginar. Y lo que mas le importa es hazer que nosotras cometamos à cada passo tã cruel, y peruerso pecado, y todo esto lo permite Dios por nuestros pecados, que sin su permisiõ, yo he visto por experiencia q̃ no puede ofender el diablo à vna hormiga; y es tã verdad esto, que rogandole yo vna vez, que destruyesse vna viña de vn mi enemigo, me respõdiò, que ni aun tocar à vna hoja della podia, porque Dios no quiere, por lo qual podràs venir à entender, quando seas hombre, q̃ todas las desgracias que vienẽ à las gentes, à los Reyes, à las Ciudades, y a los Pueblos, las muertes repẽtinas, los naufragios, las caidas, en fin todos los males que llaman de daño vienẽ de la mano del Altissimo, y de su voluntad permitente, y los daños, y males que llaman deculpa vienen, y se causã por nosotros mismos. Dioses impecable, de do se infiere, que nosotros somos autores de pecado, formandole en la intecion, en la palabra, y en la obra, todo permitiẽdolo Dios por nuestros pecados, como ya he dicho. Diràs tu agora hijo, si es que à caso me entiendes, que quien me hizo à mi Teologa, y aun quizà diràs entre ti cuerpo de tal cõ la puta vieja, por q̃ no dexa de ser bruja, pues sabe tanto, y se buelue à Dios, pues sabe que està mas pronto à perdonar pecados, que à permitirlos? A esto te respondo, como si me lo preguntaras, q̃ la costumbre del vicio se buelue en naturaleza; y esto de ser brujas, se cõuierte en sangre, y carne: en medio de su ardor trae vn frio q̃ pone en alma tal, que las resfria, y entorpece, aun en la Fè, de dõde nace vn oluido de simismà, y ni se acuerda de los temores con que Dios la amenaça, ni de la gloria cõ q̃ la combida, y en efecto como es pecado de carne, y deleyte es fuer-

fuerça que amortigue todos los sentidos, y los embeleese, sin dexarlos vsar sus oficios como deuen, y assi quedãdo el alma, inutil, floxa, y desmazalada, no puede leuantar la consideracion siquiera à tener algun buen pẽsamiento, y assi dexandose estar sumida en la profunda sima de su miseria, no quiere alçar la mano à la de Dios, que èl la està dado por sola su misericordia, para q̃ se leuante. Yo tengo vna destas almas, q̃ te he pintado, todo lo veo, y todo lo entiendo, y como el deleyte me tiene echados grillos à la voluntad, siempre he sido, y serè mala; pero dexemos esto, y boluamos à lo de las vnturas, y digo que son tan frias, que nos priuan de todos los sentidos en vntandonos con ellas, y quedamos tendidas en el suelo, y entonces dizen q̃en la fantasia, passamos todo aquello q̃ nos parece passar verdaderamẽte. Otras vezes acabadas de vntar, a nuestro parecer, mudamos forma, y conuertidas en gallos, lechuças, y cuervos, vamos al lugar dõde nuestro dueño nos espera, y alli obramos nuestra primera forma, y gozamos de los deleytes, que te dexo de dezir, por ser tales que la memoria se escandaliza en acordarse dellos, y assi la lengua huye de contarlos, y con todo esto soy bruja, y cubro con capa de la hipocresia todas mis muchas faltas. Verdad es que si algunos me estiman, y hõrã por buena no faltan muchos q̃ me dizen, no dos dedos del oido, el nombre de las fiestas, que es el que les imprimio la furia de vn Iuez colerico, que en los tiempos passados tuuo que ver conmigo, y con tu madre depositado su ira en las manos de vn verdugo, que por no estar sobornado, vsò de toda su plena potestad, y rigor cõ nuestras espaldas. Pero esto ya passò, y todas las cosas se passan: las memorias se acaban, las vidas no bueluen, las lenguas se cansan, los sucessos nuenos hazen oluidar los passados. Hospitalera soy, buena muestras doy de mi proceder, buenos ratos me dan mis vnturas, no soy tan vieja, que no pueda viuir vn año, puesto que tengo setenta y cinco; y ya que no puedo ayunar por la edad, ni rezar por los vaguidos, ni andar romerias, por la flaqueza de mis piernas, ni dar limosna, porque soy pobre, ni pensar en bien, porque soy amiga de murmurar, y para auerlo de hazer es forçoso pensarlo primero, assi que siempre mis passatiempos hã de ser malos, con todo esto sè, que Dios es bueno, y misericordioso, y que sabe lo que ha de ser de mi, y basta, y quedese aqui esta platica, q̃ verdaderamente me entristece, vẽ hijo, y verasme vn rato, q̃ todos los duelos cõ pan son buenos, el buẽ dia meterle en casa, pues mien-

tras se tiè, no se llora: quiero dezir, que aunque los gustos que nos dà el demonio son aparẽtes y falsos, todavia nos parecẽ gustos, y el deleyte mucho mayores imaginado que gozado, aunque en los verdaderos gastos deue de ser al contrario. Leuantòse en diziendo esta larga arenga y tomando el candil, se entrò en otro aposentillo mas estrecho: seguila cõbatido de mil varios pensamientos, y admirado de lo que auia oido, y de lo que esperaua ver, colgò la Cañizares el candil de la pared, y con mucha priessa se desnudo hasta la camisa, y sacando de vn rincon vna olla vidriada, metiò en ella la mano, y murmurando entre diẽtes se vntò de los pies à la cabeça, que tenia sin toca; y antes q̃ se acabasse de vntar me dixo, que orasse que dasse su cuerpo en aquel aposento sin sentido, ora desaparecieste dèl, que no me espantasse, ni dexasse de aguardar allí hasta la mañana, porque sabria las nueuas de lo q̃ me quedaua por passar, hasta ser hombre. Dixele baxando la cabeça, que si haria, y con esto acabò su vntura, y se tendiò en el suelo como muerta. Llegùe mi boca à la suya, y vi que no respiraua poco ni mucho. Vna verdad te quiero contar. Cipion amigo que me dio gran temor verme encerrado en aquel estrecho aposento con aquella figura delante, la qual te la pintarè como mejor supiere. Ella era larga de mas de siete pies, todo era no tomia de huessos, cubiertos con vna piel negra, vellosa, y curtida, con la barriga, que era de vadana, se cubrian las partes deshonestas, y aun le colgaua hasta la mitad de los muslos. Las tetas semejauan dos vejigas de vaca secas, y arrugadas, denegridos los labios, trasspillados los dientes, la nariz, corua, y entablada, desencajados los ojos, la cabeça desgreñada, las maxillas chupadas, ingosta la gargãta, y los pechos sumidos. Finalmente, toda era flaca, y endemoniada. Puseme de espacio à mirarla, y priessa, comẽçò à apoderarse de mi el miedo, considerando la mala vision, de su cuerpo, y la peor ocupacion de su alma. Quise mouerla, por ver si boluia en si, y no pallè parte en toda ella que el asco no me lo estoruasse; pero cõ todo esto la asi de vn carcañar, y la saquè arrastrãdo al patio, mas no por estodio muestras de tener sẽtido. Alli cõ mirar el ciclo, y verme en parte ancha, se me quitò el temor, à lo menos se tẽplò de manera q̃ tuue animo de esperar à ver en lo q̃ para la vida, y buelta de aquella mala hembra, y lo que me contaua de mis sucessos. En esto me pregũtaua yo à mi mismo quièn hizo à esta mala vieja tã discreta, y tan mala? de dõde sabe ella quales son males de daño, y quales de culpa? como entiende, y habla tanto de Dios, y obra tanto del diablo, como peca tan de malicia, no escusandose con ignorancia? En estas consideraciones se passò la noche, y vino el dia, que nos hallo à los dos en mitad del patio, ella no buelta en si, y à mi junto à ella en cuclillas atento mirando su espantosa, y fea catadura. Acudiò la gente del Hospital; y viendo aquel retablo vnos dezian: Ya la bendita Cañizares es muerta, mirad quan disfigurada la tenia la penitencia: otros mas considerados la tomaron el pulso, y vieron que le tenia, y que no era muerta; por doso se dieron à entender, que estaua en extasis. Otros huuo que dixeron. Esta puta vieja, sin duda deue de ser bruja, y deue de estar vntada, que nũca los Santos hazen tan deshonestos arrobos, y hasta aora entre los que la conocemos mas fama tiene de braja, que de santa. Curiosos huuo que se llegaron à hincarle alfileres por las carnes, desde la pũta hasta la cabeça, ni por esto recordaua la dormilona, ni boluio en si hasta las siete del dia, y como se sintiò acriuada de los alfileres, y mordida de los carcañares, y magullada del arrastramiento, fuera de su aposento, y à vista de tantos ojos, que la estauan mirando, creyò, y creyò la verdad, que yo auia sido el autor de su deshonra, y assi arremetiò à mi, y echandome ambas manos à la garganta, procuraua ahogarme, diziendo: O bellaco, desagradecido, ignorante, y malicioso, y es este el pago q̃ merecen las buenas obras que à tu madre hize, y de las que te pensaua hazer à ti? Yo que me vi en peligro de perder la vida entre las vñas de aquella fiera harpia, sacudime, y asiendole de las luengas faldas de su vientre, la çamarreè, y arrastrè por todo el patio, ella daua vozes, que la librassen de los dientes de aquel maligno espiritu. Con estas razones de la vieja creyeron los mas que yo deuia de ser algun demonio de los que tienen ojeriza continua con los buenos Christianos, y vnos acudieron à echarme agua bendita; otros no osauan llegar à quitarme, otros dauan vozes, que me conjurassen, la vieja gruñia, yo apretaua los dientes, crecia la cõfusion, y mi amo, que ya auia llegado al ruido, se desesperaua, oyendo dezir q̃ yo era demonio. Otros, q̃ no sabian de exorcismos, acudieron à tres, ò quatro garrotes, cõ los quales comẽçarõ à santiguarme los lomos: escociome la burla, solte la vieja, y en tres saltos me puse en la calle, yà pocos mas sali de la villa perseguido de vna infinidad de muchachos, que ivan à grandes vozes diziendo: Apartense, q̃ rabia el perro sabio, otros dezian: No rabia, si-

no que es demonio en figura de perro. Con este molimiento a campaua herida, salidel pueblo, siguiendome muchos, que indubitablemente creyeron que era demonio; assi por las cosas que me auian visto hazer, como por las palabras q̃ la vieja dixo quando despertò desu malditosueño. Dime tanta priessa à huir, y à quitarme delante de sus ojos q̃ creyeron que me auia desaparecido como demonio, en seis horas anduuedoze leguas, y llegué à vn ranche de Gitanos que estaua en vn campo junto de Granada, alli me reparè vn poco, porq̃ algunos de los Gitanos me conocieron por el perro sabio, y con no pequeño gozo me acogieron, y escondieron en vna cueua, porque no me hallasẽ, si me fuessen buscando, con intencion, à lo que despues entendi, de ganar conmigo, como lo hazia el atambor mi amo. Veinte dias estuue con ellos, en los quales supe, y note su vida, y costumbres, que por ser notables, es forçoso que te las cuente.

Cip. Antes Bergança que passes adelante, es bien q̃ reparemos en lo que te dixo la bruja, y aueriguemos tambien, si puede ser verdad la grande mẽtira, à quiẽ das credito. Mira Bergança. grãdissimo disparate seria creer, q̃ la Camacha pudiesse mudar los hombres en bestias, y que el sacristan en forma de jumẽto la siruiesse los años que dizẽ que la siruio. Todas estas cosas, y las semejantes son embustes, embelecos, mentiras, ò apariẽcias del demonio, y si nosotros nos parece aora que tenemos algun entendimiento, y razon, pues hablamos, siendo verdaderamente perros, estando en su figura, ya hemos dicho, que este es caso portentoso, y jamas visto, y que aunque le tocamos con las manos, no leauemos de darcredito, hasta tanto q̃ el sucesso dèl nos muestre lo que conuiene que creamos; quieres lo ver mas claro, considera en quan vanas cosas, y en quan tantos puntos dixo la Camacha, que consistia nuestra restauracion; y que aquellas que à ti te deuen parecer profecias, no son sino palabras de consejas, ò cuẽtos de viejas; como aquellos del caualllo sin cabeça, y de la varilla de virtudes, con que le entretienen al fuego las dilatadas noches del Inuierno, porque à ser otra cosa ya estauan enmplidas, sino es q̃ sus palabras se han de tomar en vn sentido que he oido dezir se llama alegoria, el qual sentido no quiere dezir lo que la tierra suena, sino otra cosa, que aũque diferente, le haga semejança, y assi dezir, boluerán à su forma verdadera, quando vieren con presta diligencia derribar los soberuios leuantados, y alçar à los humildes abatidos por mano po-

derosa para hazerlo. Tomandolo en el sentido, que he dicho, pareceme que quiere dezir, que cobraremos nuestra forma, quãdo vieremos que los que ayer estauan en la cumbre de la rueda de fortuna, oy estan hollados, y apartados à los pies de la desgracia, y tenidos en poco de aquellos que mas los estimauan. Y assimismo, quando vieremos que otros que no ha dos horas que no tenian deste mundo otra parte, que seruir en el de numero, que à crecentasse el de las gẽtes, y aora estan tan encumbrados sobre la buena dicha, q̃ los perdemos de vista; y si primero no parecian por pequeños, y encogidos, aora no los podemos alcançar por grandes, y leuantados. Y si en esto consistiera boluer nosotros à la forma que dizes, ya lo hemos visto, y lo vemos, à cada passo por do me doy à entender, que no en el sentido alegorico, sino en el literal se hã de tomar los versos de la Camacha, ni tampoco en este consiste nuestro remedio, pues muchas vezes hemos visto lo que dizen, y nos estamos tan perros, como tu lo vès; assi que la Camacha fue burladora falsa, y la Cañizares embustera, y la Mõtiel tonta maliciosa, y bellaca, con perdon sea dicho, si à caso es nuestra madre de entrambos, ò tuya, que yo no la quiero por madre. Digo pues, que el verdadero sẽtido es, vn juego de bolos, donde con presta diligencia derriban los que estan en pie, y bueluen à alçar à los caidos, y esto por la mano de quien lo puede hazer. Mira pues, si en el discurso de nuestra vida avremos visto jugar à los bolos, y si hemos visto por esto auer buelto à ser hombres, si es que lo somos.

Ber. Digo que tienes razon, Cipion hermano, y que eres mas discreto de lo que pensaua: y de lo que has dicho vengo à pensar y creer, que todo lo que hasta aqui hemos passado, y lo que estamos passando, es sueño, y que somos perros; pero no por esto dexemos de gozar deste bien de la habla, que tenemos, y de la excelencia tã grande de tener discurso humano todo el tiempo que pudieremos, y assi no te cãse el oirme contar lo que me passò con los Gitanos que me escondieron en la cueua.

Cip. De buena gana te escuho por obligarte à q̃ me escuches quando te cuente, si el cielo fuere seruido, los sucessos de mi vida.

Ber. La que tuue con los Gitanos, fue cõsiderar aquel tiempo sus muchas malicias, sus embaymientos, y los hurtos en que se exercicitan, assi Gitanas, como Gitanos, desde el punto casi que salen de las mantillas, y saben andar; vees la multitud que ay de ellos esparcida por España? pues todos se conocen, y tienen noti-

cia los vnos de los otros, y trasie gan, y trasponen los hurtos des tos enaquellos, y los deaquellos en estos: dan la obediẽcia mejor que a su Rey, a vno que ellos lla man Conde, el qual, y todos los que dèl suceden, tienen el sobre nõbre de Maldonado; y no por que vengan del apellido deste noble linage, sino porque vn pa ge de vn Caualliero deste nombre se enamorò de vna Gitana por ser muy hermosa, la qual no le quiso conceder su amor, y cũplirle su deseo, si no se hazia Gitano, y la recibia por su muger. Hizolo assi el page, y agradò tãto a los demas Gitanos, q̃ le alçaron por señor, y le dieron la obediencia, y como en señal de vassallage le acudẽ cõ parte de los hurtos que hazen, como sean de importancia. Ocupanse por dar calor a su ociosidad, en labrar cosas de hierro, haziẽdo instrumentos con que facilitan sus hurtos; y assi los verás siempre traer a vender por las calles tenaças, varrenas, martillos, y ellas treuedes, y vadiles. Todas ellas son parteras, y en esto lleuan ventaja a las nuestras, porq̃ sin costa, ni aderentes sacan sus partos a luz, y lauã las criaturas con agua fria en naciendo, desde que nacen, hasta que mueré, se curten, y muestran a sufrir las inclemencias, y rigores del cielo: y assi veras, que todos son alentados, bolteadores, corredores, y bayladores. Casanse siempre entre ellos, porque no salgan sus malas costũbres a ser conocidas de otros; ellas guardan el decoro a sus maridos, y pocas ay que les ofendan con otros, que no sean de su generacion. Quando piden limosna, mas la sacan con inuenciones, y chacorrerias, que con deuociones, y a titulo, que no ay ya quiẽ se fie dellas, no siruen, y dàn en ser holgaçanas. Y pocas, ò ninguna vez he visto, si mal no me acuerdo, ninguna Gitana à pie de Altar comulgãdo, puesto q̃ muchas vezes he entrado en las Iglesias. Son sus pensamientos imaginar como hã de engañar, y donde han de hurtar. Confieren sus hurtos, y el modo que tuuieron en hazerlos, y assi vn dia contò vn Gitano delãte de mi a otros vn engaño, y hurto que vn dia auia hecho a vn labrador, y fue, que el Gitano tenia vn asno rabõ y en el pedaço de la cola que tenia sin cerdas le ingiriò otra peluda que parecia ser suya natural. Sacòle al mercado, comprofelo vn labrador por diez ducados, y auiendoselo vendido, y cobrado el dinero, le dixo, que si queria comprarle otro asno hermano dè el mismo, y tã bueno como el que lleuaua, que se le venderia por mas buen precio. Respondiole el labrador, que fuesse por èl, y le truxesse, que èl se lo compraria, y que en tanto que boluiesse lleuaria el que auia comprado à su posada. Fuesse el labrador, y siguiolo el Gitano, y sea como se sea, el Gitano tuuo maña de hurtar al labrador el asno que le auia vendido, y al mismo instante le quitò la cola postiça, y que dò con la suya pelada. Mudòle la aluarda, y jaquima, y atreuiose à ir à buscar al labrador; para que se le comprasse, y hallòle antes que huuiesse echado menos el asno primero; y à pocos lances comprò el segundo. Fuesselle à pagar à la posada donde hallò menos la bestia à la bestia, y aunque lo era mucho, sospechò que el Gitano se lo auia hurtado, y no queria pagarle, acudiò el Gitano por testigos, y truxo à los que auian cobrado la alcanala del primer jumento, y juraron, que el Gitano auia vendido al labrador vn asno con vna cola muy larga, y muy diferente del asno segundo que vendia. A todo esto se hallò presente vn Alguazil, que hizo las partes del Gitano con tantas veras que el labrador huuo de pagar el asno dos vezes. Otros muchos hurtos contaron, y todos, ò los mas de bestias, en quien son ellos graduados, y en lo que mas se exercitan. Finalmente, ella es mala gente, y aunque muchos, y muy prudentes Iuezes han salido contra ellos; no por esso se enmiendan. Al cabo de veinte dias me quisieron llenar a Murcia, passe por Granada, donde ya estaua el Capitan, cuyo atan bor era mi amo. Como los Gitanos lo supieron, me encerraron en vn aposento del meson donde viuian, oiles dezir la causa, no me parecio bien el viage que lleuauan, y assi determine soltarme, comò lo hize; y saliendome de Granada, di en vna huerta de vn Morisco, que me acogiò de buena voluntad, y yo quedè con mejor, pareciendome que no me queria para mas de para guardarle la huerta, oficio à mi cuenta de menos trabajo que el de guardar ganado. Y como no auia alli altercar sobre tanto, mas quanto al salario, fue cosa facil hallar el Morisco criado à quien mandar, y yo amo à quien seruir. Estuue con èl mas de vn mes, no por el gusto de la vida que tenia, sino por el que me daua saber la de mi amo, y por ella la de todos quantos Moriscos viuen en España. O quantas, y quales cosas te pudiera dezir, Cipion amigo desta Morisca canalla, si no temiera no poderlas dar fin en dos semanas, y si las huuiera de particularizar, no acabara en dos meses; mas en efecto ere de dezir algo, y assi oye en general, ò que yo vi, y note en particular desta buena gente. Por marauilla se hallarà entre tãtos vno, que crea derechamente en

en la sagrada ley Christiana. Todo ẽ su intento es acuñar, y guardar dinero acuñado, y para conseguirle, trabajan, y no comen en entrando el real en su poder cõmo no sea sencillo, le condenan à carcel perpetua, y à escuridad eterna. De modo, que ganãdo siempre, y gastando nũca, llegan, y amontonan la mayor cantidad de dinero que ay en España. Ellos son su lucha, su polilla, sus picazas, y sus comadrejas: todo lo llegã, todo lo esconden, y todo lo tragã. Considerese, que ellos son muchos, y que cada dia ganan, y esconden poco, ò mucho, y que vna calentura lenta acaba la vida, como la de vn tabardillo, y como van creciendo se van aumẽtando los esconderos, que crecen, y han de crecer en infinito, como la experiencia lo muestra. Entre ellos no ay castidad, ni entran en Religion ellos, ni ellas: todos se casan, todos multiplican, porq̃ el viuir sobriamente aumenta las causas de la generacion. No los consume la guerra, ni exercicio, que demasiadamente los trabaje. Robannos a pie quedo, y con los frutos de nuestras heredades que nos reuenden, se hazen ricos. No tienen criados, porque todos lo son desi mismos: no gastan cõ sus hijos en los estudios, porque su ciencia no es otra, q̃ la de robarnos. De los doze hijos de Iacob, que he oido dezir, que entraron en Egipto, quando los saco Moysen de aquel cautiuerio, salieron seiscientos mil varones sin niños, y mugeres. De aqui se podrà inferir lo que multiplicaràn las destos que sin comparacion son en mayor numero.

Cap. Escadose ha remedio para todos los daños que has apuntado, y be squexado en sombra, que bien se que son mas, y mayores los que callas, que los que cuentas, y hasta aora no se ha dado cõ el que conuiene; pero zeladores prudentissimos tiene nuestra Republica, que considerando que España cria, y tiene en su seno tantas viuoras, como Moriscos, ayudados de Dios, hallaràn à tãto daño cierta, presta, y segura salida. Di adelante.

Ber. Como mi amo era mezquino, como lo son todos los de su casta, sustentauame con pan de mijo, y con algunas sobras de çaynas, comun sustento suyo, pero estami miseriame ayudò à leuar el cielo por vn modo tan estraño como el que aora oyràs. Cada mañana, juntamente con el Alua, amanecia sẽtado al pie de vn granado, de muchos que en la huerta auia, vn mancebo, al parecer estudiante vestido de vayeta, no tan negra, ni tã peluda, que no pareciesse parda, y tundida. Ocupauasse en escriuir en vn cartapacio, y de quando en quando se daua palmadas en la frente y se mordia las vñas, estando mirando al cielo, y otras vezes se ponia tan imaginatiuo, que no mouia pie, ni mano, ni aun las pestañas, tal era su embelesamiẽto. Vna vez me llegue jũto à el, sin q̃ me echasse dever, oile murmurar entre dientes, y al cabo de vn buen rato, dio vna grã voz, diziendo: Viue el Señor, que es la mejor octaua q̃ he hecho en todos los dias de mi vida; y escriuiẽdo à priessa en su cartapacio, daua muestras de gran contento todo lo qual me diò à entender, que el desdichado era Poeta. Hizele mis acostumbradas caricias, por assegurarle de mi mansedumbre. Echeme à sus pies, y el con esta seguridad prosiguiò en sus pẽsamientos, y tornò à rascar la cabeça, ya sus arrobos, y à boluer a escriuir lo que auia pensado. Estando en esto entrò en la huerta otro mancebo galan, muy bien adereçado, con vnos papeles en la mano, en los quales de quando en quãdo leia. Llegò donde estaua el primero, y dixole: Aueis acabado la primera jornada? Aora le di fin (respondiò el Poeta) la mas gallardamente que imaginarse puede. De que manera? (preguntò el segundo.) Desta (respondiò el primero) sale su Santidad el Papa vestido de Pontifical, con doze Cardenales, todos vestidos de morado, porq̃ quãdo sucedio el caso que cuenta la historia de mi comedia, era tiẽpo de muratio caparum, en el qual los Cardenales no se visten de rojo, sino de morado, y assi en todas maneras conuiene para guardar la propiedad que estos mis Cardenales salgan de morado, y este es vn punto que haze mucho al caso para la comedia, y à buen seguro dieran en el, y assi hazen à cada passo mil impertinencias, y disparates. Yo no he podido errar en esto, porque he leido todo el Ceremonial Romano, por solo acertar en estos vestidos. Pues de donde quereis vos (replicò el otro) que tẽga mi Autor vestidos morados, para doze Cardenales? Pues si me quita vno tan solo, respondio el Poeta, assi le dare yo mi comedia, como bailar. Cuerpo de tal esta apariẽcia tã grandiosa se ha de perder? imaginad vos desde aqui lo que parecerà en vn teatro vn Sumo Pontifice con doze graues Cardenales, y cõ otros ministros de acompañamiento, que forçosamente han de traer consigo, viue el cielo, q̃ sea vno de los mayores, y mas altos espectaculos que se aya visto en comedia, aun que sea la del ramillete de Daraja. Aqui acabè de entender, que el vno era Poeta, y el otro Comediante. El Comediante aconsejò al Poeta, que cercenasse algo de los Cardenales, si no queria imposibilitar al Autor el hazer la comedia. A lo que

dixo el Poeta que le agradeciessen que no viuia puesto todo el exercicio que se hallò junto al acto memorable, que pretendia traer à la memoria de las gentes en su felicissima comedia. Riose el recitante, y dexòlo en su ocupacion por irse à la suya, que era estudiar vn papel de vna comedia nueua. El Poeta, despues de auer escrito algunas coplas de su magnifica comedia, cõ mucho sossiego, y espacio, sacò de la faldriquera algunos mẽdrugos de pan, y obra de veinte pasas, que à mi parecer entiendo que se las conte, y aun estoy en duda si erã tantas; porque juntamente con ellas hazian bulto ciertas migajas de pan que las acompañauã: soplò, y apartò las migajas, y vna à vna se comiò las pasas, y los pallillos, porque no le vi arrojar ninguno ayudandolas con los mendrugos, que morados con la borra de la faldriquera, parecian mohosos, y eran tan duros de condicion, que aunque él procurò enterneceros, passeandolos por la boca vna, y muchas vezes, no fue posible mouerlos de su terquedad: todo lo qual redundo en mi prouecho, porque me los arrojò diziendo: To, to, toma, que buen prouecho te hagã: Mirad, dixe entre mi, que Nectar, ò Ambrosia me dà este Poeta, de los que ellos dizen que se mantienen los Dioses, y su Apolo allà en el cielo. En fin por la mayor parte, grande es la miseria de los Poetas, pero mayor era mi necesidad, pues me obligo à comer lo que èl desechaua. En tanto que durò la composicion de su comedia, no dexò de venir à la huerta, ni à mi me faltaron mendrugos, porque los repartia conmigo cõ mucha liberalidad, y luego nos ivamos à la noria donde yo de bruzas, y èl con vn cangilon satisfaciamos la sed como vnos Monarcas, pero faltò el Poeta, y sobrò en mi la hambre, tãto que determinò dexar al Morisco, y entrarme en la ciudad à buscar ventura, que la halla el q̃ se muda. Al entrar de la ciudad vi q̃ salia del famoso Monasterio de san Geronimo mi Poeta, que como me viò se vino à mi con los braços abiertos, y yo me fui à èl con nueuas muestras de regozijo, por auerle hallado. Luego al instante començò à desembaular pedaços de pan mas tiernos de los que solia llenar à la huerta, y à entregarlos à mis dientes, sin repassar los por los suyos, merced, que con nueuo gusto satisfiço mi hãbre. Los tiernos mendrugos, el auer visto salir à mi Poeta del Monasterio dicho, me pusieron en sospecha de que tenia las mussas vergonçantes, como otros muchos la tienen. Encaminòse à la ciudad, y yo le seguì cõ determinacion de tenerle por amo, si èl quisiesse, imaginando, que las sobras de su cestillo podian mãtener mi real, porque no ay mayor, ni mejor bolsa, que la de la caridad, cuyas liberales manos, jamàs estàn pobres. Y assi no estoy bien con aquel refran, que dize: mas dà el duro, que el desnudo, como si el duro, y auaro diesse algo, como lo dà el liberal desnudo, que en efeto dà el buen deseo quando mas no tiene. De lance en lance paramos en la casa de vn Autor de comedias, que se llamaua Angulo el malo, à diferencia de otro Angulo no Autor, sino representante, el mas gracioso que entõces tuuieron, y aora tienẽ las comedias. Juntòse toda la compañia à oir la comedia de mi amo, que ya por tal le tenian, ya la mitad de la jornada primera, vno à vno y dos à dos, se le fueron saliendo todos, excepto el Autor, y yo, que seruiamos de oyentes. La comedia era tal, que con ser yo vn asno en esto de la poesia, me parecio, q̃ la auia compuesto el mismo Satanas para toral ruyna, y muy grande perdiciõ del Poeta, que ya iva tragando saliua, viendo la soledad en que el auditorio le auia dexado, y no era mucho, si el alma presaga le dezia allà dentro la desgracia que le estaua amenazando, que fue boluer todos los recitantes, que passauan doze, y sin hablar palabra asieron de mi Poeta, y si no fuera porque la autoridad del Autor, llena de ruegos, y vozes, se puso de por medio, sin duda dierã fin de mi pobre amo. Quedè yo del caso como pasmado, y el Autor desabrido, los farsãtes muy alegres, y el Poeta mohino, el qual con mucha paciencia, y aunque algo torcido el rostro, tomò su comedia, y encerrandosela en el seno, medio murmurando dixo: no es bien echar las margaritas à los puercos, y sin dezir mas palabra se fue cõ mucho sossiego: yo de corrido que quedè, ni pude, ni quise seguirle, y acertelo, à causa que el Autor me hizo tantas caricias, que me obligaron à que con èl me quedasse, y en menos de vn mes, ya era yo grande entremesista, y gran farsante de figuras mudas. Pusieronme vn freno de orillos, y me enseñaron à que arremetiesse en el teatro a quien ellos querian de modo, que como los entremeses solian acabar por la mayor parte en palos, en la compañia de mi amo acabauã en çarnae, y yo derribaua, y atropellaua à todos, con que daua que reir à los ignorantes, y mucha ganancia à mi dueño. O Cipion, quiẽ te pudiera cõtar lo que vì en esta, y en otras dos copañias de comediantes en q̃ anduue, mas por no ser posible reducirlo à narracion sucinta, y breue, lo avrè de dexar para otro dia, si es que ha de auer otro dia en que nos comuniquemos. Vès quan

quã larga ha sido mi platica? vès mis muchos, y diuersos sucessos? considera mis caminos, y mis amos tantos como ha sido? pues todo lo q̃ me has oido es nada, en comparacion de lo que aora te pudiera contar, de lo que yo noté, auerigué, y vì desta gente, su proceder, su vida, sus costumbres, sus exercicios, su trabajo, su ociosidad, su ignorãcia, y su agudeza, con otras infinitas cosas; vnas para dezirse al oido, otras para aclamarlas en publico, y todas para hazer memoria dellas, para desengaño de muchos que idolatrã en figuras fingidas, y en bellezas de artificios, y transformacion.

Cip. Bien se me trasluce Berganza amigo, el largo campo que se descubria, para dilatar tu platica, y soy de parecer, que la dexes para entretenimiento particular, y para sossiego no sobresaltado.

Ber. Sea assi, y escucheme aora vn poco. Con vna compañia llegue à esta Ciudad de Valladolid donde en vn entremes me dieron vna herida, q̃ me llegò casi al fin de la vida, no pude vengarme entonces, por estar enfermo, y despues à sangre fria no quise, que la vengança pensada arguye crueldad, y mal animo. Cansóme aquel exercicio, no por ser trabajo, sino porque veia en èl cosas, que juntamente pedian enmienda, y grãde castigo, y como à mi me estaua mas bien el sentirlo, que el remediarlo, acordè de no verlo, y assi me acogi à sagrado, como hazen aquellos que dexan los vicios quando no pueden exercitarlos, aunque mas vale tarde, que nunca. Digo, pues, que viẽdote vna noche llevar la linterna cõ el buen Christiano Mahudes, te consideré contento, y justa, y muy santamente ocupado, y lleno de buena embidia, quise seguir tus passos, y con esta loable intencion me puse delante de Mahudes, que luego me eligio para su compañero, y me truxo à este hospital: lo que en èl me ha sucedido, no es tan poco, que no aya menester espacio para contarlo, especialmente lo que oìa à quatro enfermos que la suerte, y la necessidad truxo a este hospital, y a estar todos quatro jũtos, en quatro camas apartadas. Perdoname, porque el cuẽro es breue, y no sufre dilacion ninguna, y viene aqui de molde.

Cip. Supperdono, concluye presto que à lo que creo no deue de estar muy lexos el dia.

Ber. Digo pues, q̃ en las quatro camas que estãn al cabo desta enfermeria, en la vna estaua vn Alquimista, en la otra vn Poeta, en la otra vn Matematico, y en la otra vno de los que llamã Albitristas.

Cip. Ya me acuerdo auer visto essa buena gente.

Ber. Digo, pues, que vna fiesta de las

las del Verano passado, estando cerradas las ventanas, y yo cogiendo el ayre debaxo de la cama del vno dellos, el Poeta se començò a quexar lastimosamente de su fortuna, y preguntandole el Matematico de que se quexaua, respondiò, que de su corta suerte. Como, y no serà razon que me quexe, prosiguiò, que auiẽdo yo guardado lo que Oracio manda en su Politica, que no salga à luz la obra que despues de compuesta no ayan passado diez años por ella; y que tenga yo vna de veinte años de ocupacion, y doze de passante, grande en el sugeto, admirable, y nueua en la intencion, graue en el verso, entretenida en los episodios, marauillosa en la diuisiõ, porque el principio responde al medio, y al fin de manera, que constituyen el poema, alto, sonoro, heroyco, deleytable, y sustancioso, y que con todo esto no hallo vn Principe à quien dirigirla: Principe digo, que sea inteligẽte, liberal, y magnanimo. Mistra edad, y depravado siglo nuestro. De que trata el libro? preguntò el Alquimista. Respondiò el Poeta, trata de lo que dexò de escribir el Arçobispo Turpin del Rey Artus de Ingalaterra, con otro suplemento de la historia de la demanda del santo Brial, y todo en verso heroyco, parte en octauas, y parte en verso suelto; pero todo esdruxulamente, digo en esdruxulos de nombres sustãtiuos, sin admitir verbo alguno. A mi respondio el Alquimista, poco se me entiende de Poesia, y assi no sabrè poner en su punto la desgracia de que vuessa merced se quexa, puesto que aunque fuera mayor no se igualaua à la mia, que es, q̃ por faltarme instrumento, òvn Principe que me apoye, y me dè à la mano los requisitos, que la ciencia de la alquimia pide, no estoy aora manando en oro, y con mas riquezas que los Midas, que los Crasus, y Cresos. Ha hecho vuessa merced, dixo à esta sazon el Matematico, señor Alquimista la experiencia de sacar plata de otros metales? Yo (respondiò el Alquimista) no la he sacado hasta agora; pero realmente sè que se saca, yà mi no me faltan dos meses para acabar la piedra filosofal, con que se puede hazer plata, y oro de las mismas piedras. Bien hã exagerado vuessas mercedes sus desgracias, dixo à esta sazõ el Matematico, pero al fin el vno tiene libro que dirigir, y el otro està en potencia propinqua de sacar la piedra filosofal, con que quedarà tãrico, como lo han quedado todos aquellos que hã seguido este rumbo, mas que dirè yo de la mia, que es tan sola, que no tiene, donde arrimarse? Veinte y dos años ha que ando tras el punto fixo, y aqui lo dexo, y alli lo tomo, y apareciendo-

dome que ya lo he hallado, y q̃ no se me puede escapar en ninguna manera, quando no me cato me hallo tan lexos del, que me admiro, lo mismo me acaece con la quadratura del circulo que he llegado tã al remate de hallarla, que no sè, ni puedo pensar, como no la tengo ya en la faldriquera; y assi es mi pena semejable à las de Tãtalo, que estã cerca del fruto, y muere de hambre, y propinquo al agua, y perece de sed. Por momentos pienso dar en la coyũtura de la verdad, y por minutos me hallo tan lexos della, que buelvo à subir el monte, q̃ acabè de baxar con el cãto de mi trabajo acuestas como otro nueuo Sisifo. Auia hasta este punto guardado silencio el Arbitrista, y aqui le rompiò, diziendo: Quatro quexosos tales, que lo pueden ser del grã Turco, ha jũtado en este hospital la pobreça, y reniego yo de oficios, y exercicios, que ni entretienen, ni dan de comer à sus dueños. Yo señores soy Albitrista, y he dado à su Magestad en diferentes tiempos, muchos, y diferentes arbitrios, todos en prouecho suyo, y sin daño del Reyno, y aora tengo hecho vn memorial donde le suplico me señale persona con quien comuni que vn nueuo arbitrio, tal, que ha de ser la total restauraciõ de sus empeños: pero por loque me ha sucedido cõ otros memoriales, entiendo que tambien este ha de parar en el carnero. Mas porq̃ vuessas mercedes no me tengan por mentecato, aunque mi arbitrio quede desde este punto publico, le quiero dezir, que es este. Hase de pedir en Cortes que todos los vassallos de su Magestad, desde edad de catorce à sesenta años, sean obligados à ayunar vna vez en el mes à pan y agua, y esto ha de ser el dia que se escogiere, y señalare; y que todo el gasto que en otros condumios de fruta, carne, y pescado, vino, huevos, y legumbre, que hã de gastar aquel dia, se reduzga à dinero, y se dè à su Magestad, sin defraudarle vn ardite, so cargo de juramento: y con esto en veinte años queda libre de sacalliñas, y desempeñado: porque si se haze la cuenta, como yo la tengo hecha, bien ay en España mas de tres millones de personas de la dicha edad, fuera de los enfermos, mas viejos, ò mas muchachos, y ninguno destos dexarà de gastar, y esto contado al menorete cada dia real y medio, y yo quiero que no sea mas de vn real, q̃ no puede ser menos, aunque coma alholuas: pues parecerles à vuessas mercedes, que seria barato tener cada mes tres millones de reales como ducados? Y esto antes seria prouecho, que daño à los ayunantes, porque con el ayuno agradarian al cielo, y seruirian à su Rey: y tal por

podria ayunar, que le fuesse cõueniente para su salud. Este es arbitrio limpio de poluo, y de paja, y podriase coger por Parroquias, sin costa de Comissarios, que destruyen la Republica. Riyeronse todos del arbitrio, y del arbitrante, y èl tambien se riyò de sus disparates, y yo quedè admirado de auerlos oido, y de ver que por la mayor parte los seme jantes hombres venian à morir en los hospitales.

Cip. Tienes razon Bergança, mira si te queda mas que dezir.

Ber. Dos cosas no mas, con que darè fin à mi platica, que ya me parece que viene el dia. Yendo vna noche mi mayor à pedir limosna en casa del Corregidor desta ciudad, que es vn gran Caballero, y muy gran Christiano, hallamosle solo, y pareciendome à mi tomar ocasion de aquella soledad para dezirle ciertos aduertimientos que auia oido dezir à vn viejo enfermo deste hospital, acerca de como se podia remediar la perdicion tan notoria de las moças vagamundas, que por no servir dã en malas, y tan malas, que pueblan los Veranos todos los hospitales, de los perdidos que las siguen: plaga intolerable, y que pedia presto y muy eficaz remedio. Digo pues, que queriendo dezirselo, alcè la voz, pensando que tenia habla, y en lugar de pronunciar razones concertadas, ladrè con tanta priessa, y cõ tã leuantado tono, que enfadado el Corregidor, diò vozes à suscriados: que me echassen de la sala à palos; y vn lacayo, q̃ acudiò à la voz de su señor, q̃ fuera mucho mejor que por entonces estuuiera sordo, asiò de vna candilimplora de cobre, que hallò mas à la mano y diome tal en mis costillas, que hasta agora guardo las reliquias de aquellos golpes.

Cip. Y quexaste de esso Bergança?

Ber. Pues no me tengo de quexar, si hasta aora me duele; como he dicho, y si me parece que no mereciatal castigo mi buena intencion?

Cip. Mira Bergança, nadie se ha de meter donde no le llamã, ni ha de querer vsar del oficio, que por ningũ caso le toca. Y has de considerar, que rũca el consejo del pobre, por bueno q̃ sea, fue admitido: ni el pobre humilde ha de tener presuncion de acõsejar à los grandes, y à los que piensan que se lo saben todo. La sabiduria en el pobre està assombrada, que la necessidad, y miseria, son las sombras, y nubes que la escurecen, y assi si àcaso se descubre, la juzgan por tontedad, y tratan con menosprecio.

Ber. Tienes razon, y escarmẽtado en mi cabeça, de aqui adelante seguirè tus cõsejos. Entrè

assimismo otra noche en casa de vna señora principal, la qual tenia en los braços vna perilla destas que llaman de falda, tan pequeña, que la pudiera esconder en el seno, la qual quando me vio, saltò de los braços de su señora, y arremetiò à mi ladrando, y con tan grande denuedo, que no parò hasta morderme de vna pierna. Boluila à mirar con muy grande respeto, y con enojo, y dixe entre mi: si yo os cogiera (animal ejo ruin) en la calle ò no hiziera ningun caso de vos por ser tan ruin, ò os hiziera mil pedaços entre mis dientes. Cõsidere en ella, que hasta los cobardes, y de poco animo, son atrenidos, è insolentes, quando ven que son fauorecidos, y se adelantan à ofender à los que valen mucho mas que ellos, aũque por no tener tan buena fortuna, ni se habla de ellos, ni les dàn el lugar que merecen.

Cip. Vna muestra, y señal de essa verdad que dizes, nos dàn algunos hombrecillos, que a la sombra de sus amos, se atreuen à ser insolẽtes: y si acaso la muerte, ò otro qualquier accidente, derriba el arbol donde se arrimã, luego se descubre, y manifiesta su poco valor: porque en efeto no son los mas quilates sus prẽdas, que los que les dàn sus dueños, y vale dores, la virtud, y el buen entendimiento siẽpre es vna, y siempre es vno, desnudo, ò vestido, solo, ò acompañado, no ha menester apoyos, ni ne cesita de amparos, por si solo vale, sin que las grandes dichas le ensoberuezcan, ni las adversidades les desanimen: bien es verdad, que puede padecer àcerca de la estimaciõ de las gentes, mas no en la realidad verdadera de lo que merece. Y con esto pongamos fin à esta platica, que la luz que entra por estos resquicios, muestra que es muy entrado el dia, y esta noche que viene, si no nos ha dexado este grãde beneficio de la habla, serà la mia, para cõtarte mi vida.

Ber. Sea assi, y mira que acudas à este mismo puesto, que yo fio en el cielo, que nos ha de cõseruar el habla, para dezir las muchas verdades que aora se nos quedan por falta de tiempo.

El acabar el coloquio el Licenciado, y despertar el Alferez fue todo à vn tiempo, y el Licẽciado dixo: Aunque este coloquio sea fingido, y nunca aya passado, pareceme que està tan biẽ compuesto; que puede el señor Alferez passar adelante con el segundo. Con esse parecer (respondiò el Alferez) me animarè, y dispondrè à escriuirle, sin ponerme mas en disputas cõ vuestra merced, si hablarõ los perros, ò no hablaron. A lo qual dixo el Li-

Licẽciado: Señor Alferez, no bolvamos mas à esta disputa, yo alcanço el artificio del coloquio, y la invencion, y basta; vamonos al Espolon à recrear los ojos del cuerpo, pues ya he recreado los ojos del entendimiento. Vamos muy en buen hora, dixo el Alferez, y con esto se fueron.

FIN.



IN-

INDICE
DE LAS NOVELAS
DE ESTE LIBRO.

1. La Gitanilla. Fol. 1.
2. El Amante liberal. 55.
3. Rinconete, y Cortadillo. 99
4. La Española Inglesa. 128
5. El Licenciado Vidriera. 164
6. La fuerça de la sangre. 185
7. El zeloso Estremeño. 202
8. La ilustre fregona. 233
9. Las dos Donzellas. 277
10. La señora Cornelia. 310
11. El casamiento engañoso. 341
12. Los perros Cipion, y Bergança. 352

Universidad de Puerto Rico
Biblioteca